NILOA GRAY



EL GRIMORIO DEL ORIGEN

REINO DE BRUJAS

LIBRO 2

ALFAGUARA

NILOA GRAY

EL GRIMORIO DEL ORIGEN

REINO DE BRUJAS

LIBRO 2

ALFAGUARA



Marzo de 1844. Winchester, Inglaterra

La joven vio su propio reflejo en el cristal fundido, con el oscuro paisaje apenas visible tras la caída del sol y las decenas de velas que titilaban en la estancia. Ovidia Winterson suspiró, el cristal se tiñó de su vaho y aquella imagen desapareció al instante.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, se apartó del gran ventanal y se acercó al fuego de la imponente chimenea, que ofrecía un calor que sin duda necesitaba. Sobre su repisa descansaban cientos de libros, al igual que en las estanterías de la gran biblioteca de la mansión Clearheart.

El reloj que había junto a la puerta marcó la medianoche y, al mirarlo, Ovidia se sintió pequeña en la inmensidad de aquella estancia. Ese había sido su hogar durante las últimas semanas y por tercera noche consecutiva no conseguía conciliar el sueño en una cama demasiado grande para una sola persona.

La última reunión de urgencia celebrada después de Año Nuevo había dejado un ambiente enrarecido que asfixiaba a la Última Bruja Negra. En aquel instante, bajo la suave luz de las velas y el azaroso y cortante frío invernal, Ovidia solo deseaba dos cosas: la llegada de la cálida primavera y el retorno de Noam Clearheart, el brujo con el que había hecho un viaje de ida y vuelta al infierno.

Todo el mundo sabía que Noam y ella vivían juntos, pero que no estaban casados. Él todavía no le había pedido matrimonio, aunque Ovidia anhelaba ser su esposa. Lo anhelaba tanto que incluso había llegado a plantearse, animada por su mejor amiga, Charlotte Woodbreath, ser ella quien diese ese paso. Sin embargo, había decidido que el destino siguiese su curso y que Noam buscase el momento y el lugar perfectos para pedírselo. Así que se había prometido tener paciencia.

De un chasquido, todas las velas se apagaron excepto la que Ovidia sostenía en la mano. Con la otra tomó un ejemplar de *Emma,* de Jane Austen —el quinto que Noam le había regalado en apenas unos meses—, y se dirigió a los dormitorios más rápido de lo que le hubiese gustado.

La mansión era preciosa, pero de noche su aura cambiaba de tal manera que a Ovidia le causaba escalofríos. Por ser quien era, la Oscuridad debía temerla a ella y no al contrario. Ese miedo era el motivo por el que la joven se daba como máximo treinta segundos para subir las escaleras, adentrarse en los aposentos que compartía con Noam, cerrar con llave y meterse bajo las sábanas.

Se encontraba subiendo las escaleras, cuando le pareció oír cómo una puerta se abría y se cerraba. Otro escalofrío recorrió su cuerpo y aceleró el paso, lo que casi hizo que tropezase con el último escalón.

Cuando llegó a su habitación, situada al final del pasillo, no pudo evitar girarse para comprobar que no había nadie allí y apretó con fuerza el pomo de la puerta. Tal vez lo hizo al ver la extraña luz que bañaba el pasillo a esas horas de la noche o por su mágico modo de ver el mundo en ese momento, como si estuviese embrujado. «Irónico adjetivo», pensó.

Por un instante creyó verlas al final del pasillo, lejanas y misteriosas. Creyó reconocer sus dorados ojos y esas sonrisas que habían llegado a aterrorizar a muchos, pero que a ella le resultaban familiares y cálidas. De una de las últimas habitaciones del ala contraria se proyectaba una extraña luz a través de una puerta semiabierta. Descartó que proviniera de la chimenea porque su tono era blanco, tan puro que alertó sobremanera a Ovidia. Decidida a saber el origen de aquella luz, dio un paso en dirección a ella, pero, en ese momento, alguien abrió la puerta de sus aposentos y Ovidia gritó, su libro y la vela cayeron al suelo y esta se apagó al instante.

Entonces vio a Noam frente a ella, que la sujetaba por los hombros lo bastante fuerte como para sentir dolor. La luz blanca iluminó a Noam y Ovidia supo que lo que fuese aquello estaba detrás de ella. Él tenía los ojos puestos en ella y vio que de su cuello comenzaba a brotar sangre.

—Mi amor —susurró Noam—. No mires.

A medida que Ovidia respiraba más fuerte, la luz blanca fue aumentando su brillo y se acercó a ella lenta y tortuosamente.

—Ovidia. —Esta vez la voz de Noam fue una súplica, llena de urgencia, como un ruego—. Despierta ya.

Ovidia Winterson le obedeció y despertó de otra de sus pesadillas nocturnas entre gritos.

Noam Clearheart, una vez más, la consoló y la cobijó en su pecho. El cálido y embriagador olor a pino que emanaba hizo suspirar a Ovidia, que se aferró a su acogedor y vigoroso cuerpo.

—No es real. Mi amor, no es real. Soy yo. Estoy aquí. Estás bien. Estamos bien.

Ovidia se incorporó y Noam supo lo que ella haría en ese instante. La bruja inspeccionó el cuello del chico, buscando la marca que había dejado el abrecartas: estaba allí. Esa herida blanca que jamás desaparecería era el recuerdo de lo que había ocurrido en el solsticio de invierno de 1843 y que Ovidia nunca olvidaría.

Con labios temblorosos aún, el llanto de la joven se fue calmando hasta hacerse silencioso. Noam acunó su rostro, limpió sus lágrimas y comenzó a guiar sus respiraciones.

—Conmigo y despacio. Inspira…, espira, eso es, mi vida. Despacio.

Cuando Ovidia se tranquilizó, la doncella, acostumbrada a esa situación, entró en la habitación con una manzanilla y paños húmedos.

—¿Necesitan algo más, señor?

—No, Georgia. Vuelva a la cama y descanse. Yo me encargo.

La doncella personal de Ovidia asintió y la Bruja Negra le ofreció una sonrisa y un débil «gracias» mientras desaparecía por la puerta.

Con las mejillas sonrosadas y el rostro limpio de lágrimas, Ovidia suspiró al mirar aquellos familiares ojos color miel y no pudo evitar murmurar:

—¿Por qué eres tan hermoso?

Noam sonrió de medio lado y apartó un mechón que caía en el hombro de la joven.

—¿Quieres contármelo?

Ovidia negó y Noam lo intentó de otro modo:

—¿Quieres dormir?

Estaba agotada, eso era cierto. Llevaba casi dos semanas durmiendo mal y Noam no la abandonaba en ningún momento. Aquella era una situación injusta para los dos.

—Quiero, pero a la vez… me aterra. Es un mundo que está fuera de mi control.

Ovidia terminó su manzanilla, él cogió la taza, la dejó en la mesilla y la miró de nuevo.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

Noam echó un vistazo al reloj que había al lado de la puerta.

—Pasadas las cinco, no queda mucho para que amanezca.

Ovidia respiró hondo, tiró de la camisa del joven y lo atrajo hacia ella para besarlo de una manera insultantemente perfecta.

Noam sonrió ante ese gesto, cerró los ojos y dejó que Ovidia le desnudase y se pusiera a horcajadas sobre él.

—¿Puedo hacerte el amor? —murmuró ella.

Cuando el camisón de su amada se deslizó del todo, los erectos pezones de la joven quedaron frente al rostro del brujo.

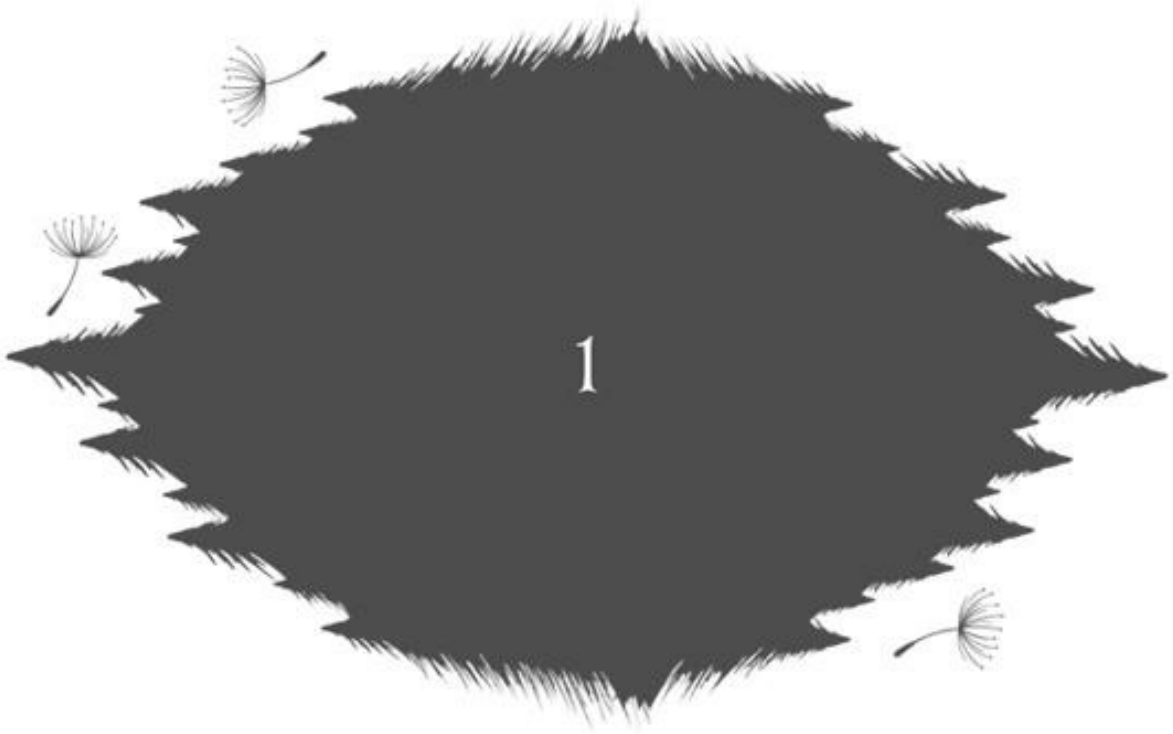
—Puedes hacer lo que quieras conmigo, Ovi. Lo que malditamente desees —susurró.

Si Noam tenía que sacrificar el resto de la noche y de su sueño para fundirse de placer con el amor de su vida y hacerla gemir hasta olvidar su propio nombre… que así fuera.



PRIMERA PARTE

Serendipia



17 de abril de 1844. Londres, Inglaterra

El olor a flores frescas llegó a ella como un abrazo cruel.

Y el corazón de Endora Clearheart se encogió.

Se giró para ver cómo Maggie, la jefa de sala y una de las primeras brujas Desertoras a las que acogió en su ya desaparecido negocio, colocaba el primer ramo de flores frescas en el jarrón más cercano a la Bruja de la Noche.

A Endora nunca se le habían dado bien las plantas y ni siquiera se había molestado en recordar sus nombres; aunque reconoció todas las flores: lavanda, margaritas, petunias y pensamientos. En realidad, en los últimos meses, era lo único que había estado haciendo.

La campanita de la puerta tintineó y sacó de su extraño ensueño a la bruja. Esta se dio cuenta de que Maggie fingía no haber visto la reacción de Endora. La jefa de sala se dirigió con rapidez a recibir a los nuevos clientes.

Endora dio un largo trago a su copa de brandy, se enderezó y salió de detrás de la barra para saludar a un grupo de señoras que la joven conocía muy bien. Había compartido más que simples miradas con dos de ellas y una tercera, que llevaba un vestido tan ajustado que a buen seguro no le permitía respirar, estaba deseando que la joven pusiese sus ojos en ella.

Una pena que no fuese a surtir efecto. Endora les siguió el juego durante unos instantes, elogiando las jugadas que tenían entre manos y se excusó para dar la bienvenida a los nuevos clientes que acababan de entrar. A las mujeres las acompañó hasta una mesa que daba a un ventanal desde el que podían contemplar a los londinenses, la niebla de las calles y el ajetreo de carruajes que pasaban y parecían ser un engranaje que movía el corazón de la ciudad.

Maggie apareció con la carta. Entonces Endora se apartó y regresó a la barra, donde

descansaba su copa de brandy vacía. Buscó la melena rubia y los ojos azules de Maggie, quien se dirigía hacia allí para servir a los clientes.

—¿Y mi copa?

La jefa de sala se encogió de hombros.

—Pensaba que la habíais terminado.

—Pues resulta que no, querida. Ponme otra.

—Jefa… Son apenas las once de la mañana. Además, ¿no dijisteis que hoy os tomaríais el día libre?

A decir verdad, esas habían sido las intenciones de Endora. Sin embargo, de alguna manera se había visto arrastrada de nuevo a su trabajo, que era el único lugar donde no estaría rodeada por el silencio y por sus propios recuerdos.

—He cambiado de parecer, eso es todo. ¿Han preparado la sala para esta noche?

—El equipo nocturno aún está descansando, como debería estar haciendo usted.

—No seas tan formal, Maggie.

—Discúlpeme, pero estamos preocupados, Endora. Después de todo lo que pasó… la cosa aún no ha acabado, y se ve que para usted tampoco.

Endora buscó su pitillera en los bolsillos de su falda hecha a medida, pero al abrirla comprobó que no quedaba ninguno. Frustrada, la dejó encima de la tabla, donde el metálico sonido hizo más ruido del esperado. Maggie la miró con una mueca de preocupación en su redondo rostro y dijo:

—Vaya a descansar. Si sucede algo, le mandaremos un cuervo.

Endora asintió, se guardó de nuevo la pitillera y se dirigió hacia la puerta que había tras la barra, que daba acceso a los vestuarios del piso superior. Una vez allí cogió su abrigo de color violeta oscuro, se lo abotonó y se colocó bien la capucha, anclando los enganches a su oscura cabellera. Bajó de nuevo las escaleras, se despidió de todas sus clientas con una sonrisa formal y salió del local por la puerta principal.

Como de costumbre en aquella ciudad, estaba chispeando. Era como si Londres llorara cada día. Sus botas se mojaron nada más pisar los adoquines y, al mirar al suelo, vio a los viandantes reflejados en los charcos que alfombraban la avenida. Antes de comenzar a caminar, un sonido la detuvo por completo. Al otro lado de la calle, un grupo de niños empezó a reír a carcajada limpia. Estaban empapándose por la lluvia, pero, aun así, seguían jugando con algo que Endora no alcanzó a ver. Tuvieron que apartarse corriendo de la carretera, donde un carruaje casi les atropella, pero aquello tampoco hizo que sus risas se apaciguasen.

Endora se obligó a apartar la vista de esos chiquillos, respiró hondo y se adentró en las calles de Londres, dejando atrás su afamado local y en dirección a su casa. A su nuevo hogar.

Mientras caminaba, iba notando las miradas de la gente. Era raro que una mujer, y más una de su edad, pasease sola por las calles sin una carabina, es decir, acompañada de un hombre; algo que a todas luces era visto como un auténtico escándalo. Con todo, la gente sabía quién era Endora. El rumor había corrido por todo Londres: una mujer respetable había abierto un club solo para señoras en pleno centro de la ciudad.

Lo habitual era que cada mes se abriese al menos un nuevo club para hombres. Y no solo de esos donde se reunían para jugar a las cartas. Endora había regentado un lugar así durante los últimos cinco años. Pero en tiempos desesperados, fue la única vía que encontró para poder empezar de nuevo en el barrio de Belgravia.

Desde un principio supo que sería realmente complicado conseguir un lugar donde vivir y,

sobre todo, en un barrio tan lujoso. Pero, cuando se tiene cierto estatus y se posee una buena cantidad de libras, además de las que uno gana anualmente, importa bien poco ser una mujer de veinticinco años soltera.

Sujetando con firmeza su paraguas y a sabiendas de que la gente estaba escandalizada porque mostraba sus zapatos, Endora serpenteó las calles del barrio de Mayfair, la nueva localización de su negocio. La humedad que condensaba la ciudad le caló los huesos y sintió cómo un escalofrío la recorría de pies a cabeza.

Le encantaban ese tipo de cosas —un escalofrío, una caricia, una mirada furtiva— porque la hacían sentirse viva.

Una vez que dejó Mayfair atrás, se dirigió a Belgravia, apreciando el lujo y la calidad de los adoquines, las farolas y los ropajes que llevaba la gente en esa zona de la ciudad. Además, algo que le llamó la atención un par de meses atrás, a principios de febrero, cuando se mudó allí, era que no había apenas vagabundos. Sin duda, un hecho extraño, pues aquella ciudad era conocida por sus grandes lujos y también por su mayor fracaso: el no poder ofrecer a todos las mismas oportunidades.

Endora respiró hondo y saludó a uno de los muchos guardias que salvaguardaba la entrada a su barrio. La lluvia había parado y Endora recogió su paraguas y se dirigió a su casa. Fue en ese momento cuando escuchó un familiar maullido. Uno de sus muchos gatos se encontraba en una de las escaleras de las casas cercanas a la suya. Era el más joven de todos ellos y Endora sabía que estaba obsesionado con ella. Tenía el pelo largo y unos ojos amarillos y brillantes. En cuanto la vio, dio un maullido superagudo, bajó las escaleras y saltó a los brazos de Endora y ronroneó de inmediato.

Se dispuso a hablar, pero un olor envuelto en una brisa la cautivó y la dejó helada. Una mezcla de olores que reconocería en cualquier parte: lavanda, lino y un leve toque de lirio. Había cambiado la combinación de su perfume.

Ya en las escaleras de su casa que conducían a la puerta principal, Endora no tuvo que levantar la vista para ver un vestido de tonalidades verdes y escuchar el sonido de unos tacones delicados y finos que se acercaban a ella.

—¿Endora?

Esta levantó la mirada y se encontró con algo que no esperaba. Con algo que deseaba, pero a lo que no estaba preparada para enfrentarse.

La sonrisa de oreja a oreja de Charlotte Woodbreath.



31 de diciembre de 1843. Winchester, Inglaterra

Charlotte la encontró en uno de los pasillos del piso superior, mirando al exterior de forma melancólica, ajena a la presencia de la Bruja de la Tierra.

Los ojos grises de Endora parecían hechos de cristal, fríos, mientras se terminaba de fumar un cigarro, soltando una calada profunda y sonora. Su vestido era diferente a los que solía llevar; no tan ajustado al cuerpo, sino con una falda más amplia que también encajaba con el aura que desprendía la bruja y que hacía que su piel clara brillase todavía más.

Lottie se había preguntado en muchas ocasiones cómo había pasado. Cómo, de un momento a otro, se había angustiado por el destino de su mejor amiga, para instantes después sentir que algo distinto se abría paso en su interior tras conocer a Endora. La forma en la que sus ojos parecían seguir a la Bruja de la Noche a todas partes… Para su sorpresa, esta parecía sentir algo parecido a ella.

Charlotte sabía que, fuera lo que fuese que estaba ocurriendo entre ambas brujas, era efímero, como las flores en primavera, que al cabo de un tiempo se marchitan y desaparecen.

A veces a Lottie le hubiera gustado ser tan optimista en el amor como lo era Ovidia con sus novelas. Pero la realidad siempre la había acompañado más que los cuentos ficticios.

Ella misma lo había visto. Las miradas curiosas de los Sensibles cuando habían bailado hacía un rato delante de todos. Como el baile con Endora, que había hecho que, durante unos instantes, los demás desapareciesen y solo estuviesen ellas dos en la sala.

Lo que vino después fue algo para lo que Charlotte ya se había preparado. El comentario de sus padres «parece una buena amiga» y cómo se había tenido que morder la lengua al oírlo. Charlotte se había limitado a asentir, sonriendo, sin poder evitarlo, de oreja a oreja.

La Bruja de la Tierra se arregló las faldas y con cuidado se acercó a la otra bruja, que todavía se encontraba perdida en sus pensamientos.

—¿Todo bien?

Endora se sobresaltó, miró a su derecha y encontró a Charlotte, que a su vez la miraba con una media sonrisa en los labios. Sin duda, el verde le daba un aire diferente a Endora. Esta dio una larga calada al cigarro, se agachó para apagarlo con la suela de su zapato y lo tiró por la ventana mientras expulsaba el humo blanco por la boca.

—No sé cómo lo haces —soltó Endora, cerrando de nuevo el ventanal.

—¿El qué? —preguntó Charlotte, acercándose más a ella.

—Aparecer así de repente. No te he visto.

—Llevo muchos años escapándome por las noches. He aprendido a no hacer apenas ruido. —Lottie se atrevió a apartar un mechón de pelo que tapaba parcialmente el rostro de Endora—. Te he buscado para un segundo baile, pero has desaparecido.

—Necesitaba un momento a solas. Después de recordar que…

Lottie frunció el ceño y cogió la mano de Endora, quien, para sorpresa de la Bruja de la Tierra, temblaba ligeramente.

—Si no quieres, no tienes por qué contármelo.

—Vi a mis padres. El día que pasó todo. Los vi entrando en la Academia mientras llegaba la ayuda que pedí. No los veía desde que dejé la Sociedad. Y fue chocante. Pero el estrés y la adrenalina del momento me impidieron reaccionar. No dejo de pensar en ello.

—Asumo que no has mantenido relación con ellos desde que te fuiste.

Endora negó con la cabeza, apoyándose en el marco de la ventana.

—Saben que estoy aquí. Seguro que vendrán a la fiesta.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No. Si vienen y tengo que enfrentarme a ellos, lo haré. Nunca he huido, ni siquiera cuando me fui de la Sociedad. No huía de ellos. Me estaba salvando a mí misma.

—¿Qué ocurrió?

—Ocurre que mi padre en muchos aspectos es un cobarde y se deja manipular por mi madre. Y no me mires así. No quiero tu pena.

El jolgorio que estaba teniendo lugar en el piso de abajo les llegó como un sonido opacado, pero aun así lo pudieron percibir. Las risas de la gente, la música, el sonido de copas al brindar… Era una noche de oasis, el ojo de la tormenta antes de que llegase el nuevo año y las consecuencias de lo que había ocurrido los días anteriores. Las reuniones con los líderes y representantes de otros países, la recogida de testimonios con más detalle…

Charlotte se obligó a volver a la realidad y, en un leve murmullo, preguntó:

—¿Qué quieres de mí entonces, Endora?

El cuerpo de la bruja se tensó ante tal pregunta. El cambio de postura fue tan ligero y fugaz que Charlotte casi lo obvió. Pero sí, lo había visto.

—Lo que tú me quieras dar, Lottie. No te pediré más. Solo lo que tú quieras darme hasta que vuelva a Londres. Me iré en unos días.

Charlotte asintió, y la noticia fue como si le asestasen un golpe en toda ella.

«Solo unos días».

Fingió una de sus muchas sonrisas y, apoyando la cabeza en el marco de la ventana, la Bruja de la Tierra susurró:

—Entonces ¿bailarías conmigo de nuevo, Endora?

La Bruja de la Noche sonrió, se acercó a Charlotte y ambas rozaron sus narices; los alientos de ambas se mezclaron casi en un beso.

—Por ti, lo que sea, Lottie. Lo que sea.



17 de abril de 1844. Londres, Inglaterra

Sin duda, el morado era su color, o cualquier tonalidad de este. Provocaba que algo en Endora brillase más de lo habitual.

Tuvo que controlar su respiración al ver aquellos ojos grises de nuevo que había intentado dibujar una y otra vez. Pero a Lottie nunca se le había dado bien dibujar personas. Sin embargo, lo había estado intentando por primera vez esos meses.

Pero aquellos ojos grises se le habían resistido en todos los aspectos. Se percató de su total rigidez y cómo parecía querer mantener la distancia entre ambas.

Algo se removió dentro de Charlotte, pero se aventuró a bajar los escalones, desafiando a la chica. Había pensado durante todo el camino desde Winchester qué sería lo primero que le diría.

La última vez que la vio había sido aquella fría noche de enero.

Así que Charlotte respiró hondo y dijo lo indiscutible:

—No has respondido a mis cartas.

Endora la miró de arriba abajo. Antes Charlotte hubiera sido capaz de descifrar lo que pasaba por la cabeza de la bruja que tenía frente a ella, pero ahora Endora parecía una fortaleza infranqueable. La Bruja de la Tierra odiaba sentirse así.

—Habrán llegado a la antigua dirección. Me mudé a finales de enero…

—Lo sé —interrumpió Charlotte, bajando los escalones y rompiendo la distancia entre ellas hasta estar cara a cara con Endora—. Noam me dio tu nueva dirección. Bonito barrio, por cierto.

—¿A qué has venido, Charlotte? Tengo cosas…

—Hubo una reunión con los representantes y líderes del resto de los países hace unas semanas. Ya hay resoluciones y quería contártelas. Hasta dentro de unas semanas no se comunicarán.

»Escucha, sé que… ninguna estamos cómodas con esta situación. Pero si te consuela, me iré inmediatamente después de contártelo todo. ¿Te parece bien?

Uno de los gatos de Endora fue hacia Lottie, maullando y ronroneando cerca de su pierna, y se hundió en el voluminoso vestido.

—Creo que el hecho de que uno de mis gatos haga eso debe interpretarse como una invitación. Vamos. —Endora pasó por su lado, sacando las llaves de uno de los bolsillos de su capa—. Pediré que preparen un poco de té y me cuentas lo ocurrido.

—Me iré en cuanto te lo haya contado todo. No te molestaré más de lo necesario —le aseguró Charlotte mientras la seguía hacia el recibidor de la casa.

De nuevo, aquellos ojos grises la analizaron y a la Bruja de la Tierra le dio un vuelco el corazón al ver una mueca en los labios de Endora. Por dos motivos: el primero, porque sabía que no era del todo verdadera, pues Lottie sí que había visto el verdadero y honesto cortejo de la bruja; y el segundo, porque le dejaba saber a la bruja que Endora le había quitado su posición privilegiada.

Había pasado de ser su amante a ser alguien a quien consideraba ignorar. Y con esa idea en mente, ambas entraron en la imponente casa.

Aquella mansión era mucho más grande que la de Camden Town, y también mucho más fría. Se notaba que Endora vivía sola, pues la mayoría de las habitaciones se encontraban inhabilitadas o con los muebles tapados con sábanas blancas. Lottie sintió que los gatos de Endora la rodeaban, maullando y ronroneando. Justo al final del pasillo se encontraba una puerta de madera de alta calidad que se abrió sola para sorpresa de Charlotte, que reconoció los muebles que había en el interior de la habitación. Los sillones, el piano y el escritorio del despacho de Endora.

Lottie se detuvo en el umbral de la puerta a la vez que los felinos entraban y ocupaban diferentes posiciones en la habitación. Endora chasqueó los dedos y el familiar fuego violeta empezó a calentar la gran estancia.

Antes de entrar, algo llamó la atención de Lottie. A su izquierda, al final del pasillo, observó cómo al menos tres sirvientas, asomadas desde lo que parecía ser la cocina, la observaban con curiosidad. Sonriente, Lottie giró su mano y de ella sacó una margarita. Las tres se sorprendieron y murmuraron entre sí, pero no se alarmaron como lo hubiera hecho alguien que no sabe sobre magia.

Habían hecho el pacto. Así que, haciendo desaparecer la flor, Charlotte inclinó la cabeza de forma respetuosa y entró finalmente en el despacho de Endora. Esta se encontraba ya sentada en su escritorio, bebiendo un trago de algo que parecía estar asqueroso.

La puerta se cerró tras Lottie y, antes de que Endora le ofreciese asiento, ella misma se sentó en una de las dos sillas que había frente al gran escritorio. La Bruja de La Noche levantó la vista y enarcó una ceja.

—¿Quieres que te pregunte cómo estás, cómo te va por este barrio tan distinguido o vamos al grano?

—Puedes quitarte la capa, Charlotte. No quiero ser una mala anfitriona.

—Estoy cómoda —contestó la otra chica, enderezando la espalda—. Y como te he dicho, no te robaré mucho tiempo.

Endora compuso un gesto duro y asintió reclinándose sobre su asiento cómodamente.

—Empieza pues. ¿Qué has venido a contarme?

Lottie fue a hablar, pero algo la detuvo. Una voz en su interior le decía que no hablase de

temas triviales por propio interés. Pues sí, le preocupaba la situación de la Sociedad y el hecho de que hubiese un asesino suelto. Pero ahora, frente a Endora, y tras meses sin saber de ella, tan solo tenía preguntas y preguntas en la punta de la lengua.

«¿Qué te pasa? ¿Por qué no has respondido? ¿Por qué te has venido a vivir aquí? ¿Hay alguien nuevo? ¿Te has olvidado tan fácilmente de mí? ¿Sueñas conmigo? ¿Queda algo de lo que sentías por mí?».

Sin embargo, se tragó todas aquellas preguntas. A pesar de tener a Endora tan cerca, sentía su lejanía como un dolor cortante.

Acuchillador.

—Vinieron a mediados de enero —comenzó su explicación de manera pausada, ocultando su preocupación con fingida tranquilidad—. Representantes de todos los países donde la brujería está regularizada. Representantes y líderes por igual. Fueron a visitar a Eleonora, Benjamin y Galus, que siguen encerrados. Decretaron que los interrogarían al final para cerrar el juicio como era debido.

»Nos reunieron a todos en la Academia y organizaron los interrogatorios por listas. Nosotros tres fuimos los últimos antes de que fuesen a por los representantes, y nos retuvieron en el edificio los días que se celebraron los interrogatorios. Yo fui la primera, luego Noam y después Ovidia.

—¿Cuántos días duró todo aquello?

—Casi cinco días. Al ser nosotros los mayores sospechosos, no querían correr el riesgo de que huyésemos. Como si no hubiésemos tenido la oportunidad de hacerlo los días anteriores y sabiendo lo que se nos venía encima. —Charlotte soltó una risa seca, negando con la cabeza—. Llevaron a todos los testigos posibles y recopilaron cientos de testimonios de lo que pasó. Algunos de los Desertores a los que llamaste asistieron. Otros…

—Fueron buscados e interrogados. Lo sé. Recibí su dulce visita a finales de enero.

—¿Vinieron expresamente a verte? —Aquella noticia sorprendió a Charlotte.

—Y se aseguraron de preguntar todo lo que pudieron. —Endora se incorporó; su oscura cabellera cayendo en hipnóticas cascadas—. Vinieron unos seis o siete, cada uno de un país distinto. Todos apuntaban como locos todo lo que yo decía en pequeñas libretas. Por un momento me sentí el primer ministro Peel, con tanta gente deseando saber cuáles eran mis respuestas. ¿Fueron vuestras interrogaciones como la mía?

—Fuimos interrogados por separado —explicó Charlotte—. No permitían acompañantes, ni siquiera estuvieron mis padres, que, como ya estarás imaginando, insistieron e insistieron en estar conmigo hasta que les echaron a rastras.

—¿Cómo fue? El interrogatorio —interrumpió Endora, con gesto serio.

Charlotte hizo una leve mueca, recordando la más de hora y media que pasó dentro de aquella sala con los representantes y líderes de varios países. Había demasiada gente en esa sala, sentada en un semicírculo y en el centro, la persona interrogada. Jamás olvidaría las caras y las miradas de sospecha, pero Charlotte no se amedrentó en ningún momento. Ellos eran inocentes y el culpable de todo seguía libre.

—Empezaron con preguntas sencillas, hasta que intentaron que la información que yo dijese tuviese alguna laguna o incongruencia y atacarme por ahí. Sus caras de frustración al ver que no podrían sacarme nada fueron uno de los mayores placeres que he sentido en mucho tiempo.

—Explícame eso. —Quiso saber Endora, y dio una calada fuerte a su cigarro.

Charlotte la miró con los ojos entrecerrados y su mente voló hacia recuerdos que la habían

marcado durante gran parte de su vida. Pero desde hacía unos años ciertas circunstancias la habían hecho olvidarlos y cambiar. No drásticamente, pero sí era más observadora con su entorno y más lista que los que la rodeaban.

—Mírame. —Charlotte se señaló y esperó que Endora no viera pena o desolación en ella, sino una determinación que avivase su curiosidad por saber más—. La gente asume muy rápido cómo soy, cómo pienso, veo y actúo ante el mundo. Me di cuenta hace años de que mi dulce apariencia confunde a la gente. Mi cabello bien cuidado, mis ojos grandes y delicados. Mis vestidos refinados. Ser hija única. Las expectativas. La sociedad. Nuestra Sociedad. —El énfasis que puso en aquellas dos últimas palabras era para que Endora entendiera muchas cosas—. Creo que en esto último me entiendes perfectamente.

»Así que, con el tiempo, aprendí que, tal vez, podría usar los prejuicios y las presunciones de los demás a mi favor. Las personas son fáciles de entender cuando te ves obligada a pasar demasiado tiempo con ellas. Y en casa, siempre había alguien visitando a mis padres y, por ende, visitándome a mí.

—Deberías trabajar para el Scotland Yard, Lottie. Si admitiesen mujeres, claro —exclamó Endora; sus ojos grises brillando con intensidad posados en Charlotte.

Ella emitió una risa seca y omitió el comentario.

—Como iba diciendo, las personas son predecibles, y los temas de conversación también. Por lo que, el día del interrogatorio, no resultó nada difícil adivinar cuáles serían las preguntas y las tácticas que podrían usar en mi contra para intentar inculparme. Porque esa es la cuestión, Endora: necesitan un culpable y no lo tienen. Y ante la falta de este, siempre es mejor culpar a un inocente y disculparse después por ello que no culpar a nadie. Así, la gente ve que algo se ha hecho. Se juega con la mente de las personas de una forma un tanto No Sensible.

—¿Los Videntes no hicieron de las suyas?

Charlotte negó con la cabeza.

—Fue un interrogatorio donde la magia solo se usó para lo necesario. Eso sí, no nos permitieron decir nada después. Ni lo que habíamos contado, ni lo que nos habían preguntado.

—¿Y me lo estás contando a mí? Cuidado, jovencita, o vendrán a por ti.

—Que lo hagan. No les tengo miedo. —Charlotte vio cómo Endora estuvo a punto de volver a interrumpirla y se apresuró a hablar. A hacer que la conversación fuese a su favor—. Ahora, ¿me podrías contar cuál es el motivo que te está llevando a dejar de lado no solo a tus amigos sino también a tu primo?

La leve mueca de diversión que había dibujada en el rostro de Endora se desvaneció en un suspiro, y la Bruja de la Noche apagó el cigarro en el cenicero que tenía sobre su escritorio para encender otro rápidamente. Mientras fumaba, se rellenó una copa ya medio llena de lo que parecía whisky. Charlotte frunció el ceño y apretó los labios, percatándose de la situación. Tendría que abordar el tema con cuidado.

—Estoy preocupada por ti —murmuró Charlotte, manteniéndose muy quieta; sus grandes ojos fijos en Endora—. Nuestra relación puede que ya no sea la misma, pero te sigo teniendo un gran afecto. Me preocupo por ti, Endora. Te considero una buena amiga. Después de lo que pasamos, ese calificativo es justo.

—¿Sueles meterte en la cama con amigas, Lottie?

Esta suspiró, sonriendo tristemente.

—Eres tan predecible… —suspiró esta, y dejó que uno de los gatos de Endora se subiese a su regazo, donde ronroneó con los ojos medio cerrados—. No me refiero a eso. Me refiero a lo que

tuvimos que pasar el otoño pasado. Lo que nos hizo Harvey a todos. A Ovidia, a ti.

»¿Crees que no veo cómo te duele? Tienes la misma mirada que nubló tus ojos la noche que secuestraron a Ovidia. Esa luz en ella… no ha cambiado desde entonces. No te ha abandonado. Te persigue, como un fantasma.

—Buenísima metáfora, florecilla. —Endora dio otra larga calada al cigarro y tiró los restos de ceniza en un vaso de whisky medio lleno—. Tal vez Ovidia no debería escribir esos libros, sino tú.

—Utiliza el sarcasmo para intentar tapar lo que quieras. Como te he dicho, de ingenua no tengo un pelo.

Hubo una leve pausa entre ellas donde el ronroneo de los gatos, la ligera lluvia y el crepitar de la chimenea fueron lo único que llenaba la estancia.

Lottie volvió a hablar:

—No solo soy yo. Noam y Ovidia están muertos de preocupación por ti. Hace semanas que no respondes a sus cartas y has ignorado las invitaciones para ir a verlos.

—¿Por eso estás aquí? ¿Para arrastrarme contigo?

—Estoy aquí porque te estás cayendo a pedazos —exclamó Charlotte, incorporándose de repente con una fuerza que sorprendió a Endora—. Porque no me ha hecho falta estar aquí ni una hora para saber con certeza que te pasas el día bebiendo y fumando, o bien aquí o en tu nuevo negocio. Porque tienes el corazón roto.

—Te prometo que Harvey y yo no fuimos amantes en ningún momento, si eso es lo que te preocupa. Ya lo sabes.

—¿Sabes lo que sí sé? Sé que a veces perder una amistad puede doler y cambiarnos tanto como la pérdida de un amante. Y tú eres el vivo reflejo de ello.

»Harvey te ha roto el corazón, Endora. Tu mano derecha te ha fallado. Pero no apartes a los amigos que te quedan porque uno te haya traicionado.

Tras varios segundos, Endora se aventuró a hablar, pero unos pasos precipitados por el pasillo hicieron que dirigiese su atención hacia una de las sirvientas.

—¡Mi señora! —dijo con la respiración agitada—. Está aquí la señorita Sarkar. Es realmente urgente.

—Hágala pasar —respondió Endora.

La sirvienta asintió, corrió de nuevo al pasillo y, segundos después, se escucharon sus pasos al llegar a la puerta del despacho.

Nadine Sarkar, otra de las Desertoras y vieja amiga de Endora, entró en la estancia con una carta abierta en sus manos, su capa y parte de sus cabellos empapados por la fría lluvia.

Endora se levantó alarmada, y lo mismo hizo Lottie, que se mantuvo a cierta distancia mientras la Bruja de la Noche inspeccionaba a su amiga.

—He venido en cuanto he podido. Me he recorrido medio Londres para llegar hasta aquí. Perdona que haya…

—Nadine, respira hondo. Eso es. ¿Qué ha pasado?

—Todavía no lo sabe nadie. Mi hermana me ha escrito en cuanto ha podido.

—¿Tu hermana? ¿No vivía en Francia? ¿Le ha ocurrido algo?

Los oscuros ojos de Nadine se volvieron a llenar de lágrimas y con manos temblorosas finalmente murmuró:

—Hace dos días los representantes y el líder de Francia celebraron una reunión en Reims, donde reside mi hermana. Su marido y ella eran cercanos al Representante de los Brujos de Día.

Esa misma noche habían quedado para cenar después de la reunión, pero Jean-Louis nunca llegó. Cuando fueron a buscarlo al punto de la reunión…

Endora y Charlotte intercambiaron una mirada. Una mirada de puro terror, pues ambas sabían las palabras que venían después. O al menos, eso pensaban.

—Los mataron, Endora.

—¿Los? —preguntó Charlotte, acortando la distancia que había mantenido con Endora y Nadine.

Esta última asintió y mostró la carta a ambas.

—Los cinco. Los cinco estaban sentados en sus sillas, con un objeto clavado en sus cuellos.

—¿Qué objeto, Nadine?

—Un abrecartas. Un abrecartas como este.

Al final de la carta había un dibujo, o más bien un garabato rápido del abrecartas. Aunque no estaba hecho con gran detalle, Lottie y Endora se echaron para atrás a la vez, pues no cabía duda de lo que significaba: Harvey había vuelto a matar.



17 de abril de 1844. Londres, Inglaterra

El dibujo del abrecartas fue un golpe seco para Endora. Al verlo, Charlotte tuvo que controlar las ganas de salir y tomar algo de aire. Pero no era momento de pensar en una misma. Harvey había vuelto a escena. Y lo peor era que no sabían el porqué.

Nadine se había sentado frente al escritorio de Endora; Charlotte estaba junto a la chimenea, dando algo de espacio a ambas.

—¿Quién sabe esto? —se apresuró a decir Endora yendo a su escritorio con rapidez.

—Solo nosotras. Ni siquiera la Sociedad francesa lo sabe todavía. Están esperando aclarar lo sucedido, pero no tardará en correrse la voz.

—Si la noticia ha llegado hasta nosotras, más gente lo sabrá. Tal vez tu cuñado haya avisado ya a quien haya creído conveniente. Además, estoy segura de que los líderes y representantes de otros países ya estarán al tanto después de cuarenta y ocho horas.

»Voy a convocar a todos los Desertores en la casa de campo hoy a las tres de la tarde. Debemos tratar este tema inmediatamente. Me da igual lo que estén haciendo. Los quiero a todos allí.

Endora abrió la ventana que había tras su escritorio y varios cuervos vinieron a su encuentro, a los cuales les empezó a dar unos sobres diminutos y cerrados.

—Hay algo más —afirmó Nadine, y las dos brujas la miraron—. Mi hermana me ha contado que, cuando llegaron al escenario del crimen, había restos de lo que parecía ser un ritual.

—¿Qué restos?

—Un círculo rodeaba la mesa donde se encontraban los cinco cadáveres —explicó con un hilo de voz la bruja—. Marcas y poco más. Pero claramente, si los asesinó fue por un buen motivo.

—Lottie —dijo Endora sin girarse, y la Bruja de la Tierra no se movió; sus ojos aún fijos en el dibujo que había en la misiva—. Estás de suerte, lo has conseguido.

Frunciendo el ceño, esta respondió:

—¿De qué hablas, Endora?

—Arrastrarme contigo. Mañana a primera hora nos vamos a Winchester sin perder más tiempo. Vamos a hacerle una visita a mi primo y a su querida.

—¿No sería mejor avisarlos por carta?

—¿Para avisarlos de que vamos a verlos? Mis pequeños están en ello.

Endora hizo un ruido hacia los cuervos y estos salieron volando con los sobres en sus picos. Eran más de diez y planeaban en todas direcciones.

—Pero no les diremos el verdadero motivo hasta que estemos allí. No quiero arriesgarme.

—A la reunión —declaró con firmeza Charlotte—, yo también voy.

Endora cerró la ventana de un golpe firme, se acercó hacia Nadine y Charlotte y, mientras se ponía su capa, aseguró:

—No esperaba menos.

Nadine, Charlotte y Endora habían partido juntas en el carruaje de esta última hacia la casa de campo. La Bruja de la Noche no había hablado en todo el viaje; su mirada fija en el exterior. La gran mayoría de los Desertores ya se encontraban allí cuando ellas llegaron.

La reunión con los Desertores se anunciaba como uno de los encuentros más intensos en los que Charlotte había estado presente en mucho tiempo. Entraron en una de las salas principales, donde había tenido lugar el baile del mes de diciembre anterior. Lottie comenzó a sentir dolor de estómago durante toda la reunión que, esperó, se aliviaría una vez hubiera terminado dicho encuentro.

Los presentes se posicionaron en un círculo, ocupando casi toda la anchura del gran salón. Todos se giraron hacia Endora esperando explicaciones. Ella se había situado en la pared opuesta a los grandes ventanales; a su derecha estaba Nadine y a su izquierda, Charlotte. Pero, para sorpresa de todos, Endora no dijo nada, sino que hizo un gesto a la bruja que había portado consigo las malas noticias. Nadine explicó lo ocurrido. Al finalizar el relato, la conmoción, el miedo y la rabia no tardaron en extenderse en todos los presentes.

Lottie había visto el horror, la sorpresa en los rostros de los Desertores, pero también la seriedad. Reconoció a muchos de los que se hallaban allí, incluido Richard, que se encontraba junto a Nadine. Su pose regia dejaba entrever que estaba tratando, y demasiado bien, en disimular la sorpresa.

—¿Qué es lo que pretende? —dijo uno de los Desertores que se hallaba algo más alejado de ellas—. ¿Desapareció y ahora reaparece meses después matando?

—La gente sabe que es un Desertor —apuntó una bruja de cabello castaño caoba, dando un paso adelante—. ¿Tal vez esté intentando exponernos? Crear más división entre los que siguen en la Sociedad y los que decidimos abandonarla.

—Si pretende crear más división, lo está consiguiendo —le respondió el brujo que había al lado de ella.

Charlotte no participó en ningún momento, intentando así mantenerse al margen, como si fuese casi invisible. Pese a ello, lo que más le sorprendió fue la falta de participación de Endora. Su silencio pesaba a su lado. Con sus manos ocultas en los bolsillos de su capa, observó la

intervención de todos y Lottie pudo ver que Endora ni siquiera tomaba notas mentales.

Estaba como ida, un síntoma claro de las sospechas que ya tenía la bruja: Endora no estaba bien. La preocupación de Charlotte aumentó más ante las evidentes pruebas que había frente a sus ojos.

Tras mucho debatir, los Desertores llegaron a la conclusión de que lo mejor sería dejar Londres y partir hacia localizaciones aleatorias por toda Inglaterra para ocultarse de un posible ataque imprevisto de Harvey. Pero esta decisión no se tomó sin preguntar a Endora qué pensaba de ello.

Charlotte vio cómo esta parpadeaba, consciente de que toda la atención estaba puesta en ella.

—Creo que es una buena idea. Llevémosla a cabo.

Eso fue todo lo que dijo. Hubo algunos murmullos, miradas de preocupación, pero Charlotte no intervino.

Minutos más tarde, acabada la reunión, ambas se dispusieron a regresar, esta vez solas, pues Nadine les había informado que volvería con Richard, el brujo que había estado a su lado.

El silencio las acompañó gran parte del camino, hasta que finalmente Endora habló:

—Puedes pasar la noche en casa. Mañana a primera hora abandonaremos Londres.

Charlotte asintió y vio cómo Endora, con manos temblorosas, se encendió un cigarro con rapidez.

No intercambiaron más palabras durante el resto del día.



3 de enero de 1844. Winchester, Inglaterra

El regusto a vino aún seguía en su boca. La vela de su mesilla de noche todavía expulsaba humo, prueba de que había sido apagada hacía apenas unos instantes. Endora se tapó con las sábanas, viendo cómo en el exterior había empezado a nevar; los campos de la mansión Clearheart dejándose envolver por el manto invernal.

Un sudor frío cubría todo su cuerpo porque presentía lo que ocurriría al día siguiente. Sintió un nudo en el estómago ante lo que le esperaba al día siguiente. Odiaba el poder que sus padres tenían sobre ella. Sobre todo, su madre. Era pensar en su rostro dibujado con desdén y condescendencia, y todos los sentimientos que había creído enterrados durante casi cinco años resurgían, amenazando con ahogarla mientras dormía.

Odiaba ser tan vulnerable cuando la recordaba, pero había asimilado hacía tiempo que esos incesantes nervios que sentía cada vez que pensaba en su progenitora no se irían jamás. Simplemente, había aprendido a vivir con ellos.

En su cabeza se repetía una y otra vez la conversación que había tenido horas antes mientras cenaba con Noam, Ovidia y su tío, Francis. Había sido un momento extraño, acostumbrada a cenar siempre sola, el hecho de volver a compartir mesa con gente, y encima familia de sangre, fue, sin duda, un reto que no supo con certeza si consiguió superar o no.

—Mi hermano ha preguntado por ti, Endora —dijo durante la cena Francis, que presidía la mesa. Noam, a la derecha de este, levantó la vista hacia su prima, la cual dio un largo trago a su copa de vino.

—Sin duda sabes cómo abordar un tema de la forma más sutil posible, tío Francis.

Junto a Noam, Ovidia, rodeada por sus hiedras, se dedicó a observar la escena callada. Endora

sonrió para sí misma. La Bruja Negra era perspicaz y sabía cuándo era mejor no intervenir si no quería salir mal parada.

—Ve a visitarles —dijo en cuanto vio la oportunidad—. Sé que les calmará ver a su hija, aunque solo sea durante un rato. Te vieron durante los sucesos de hace unos días y están preocupados por ti.

—¿Están o está? —contraatacó Endora—. Si vamos a ser directos y a hablar con claridad, predica con el ejemplo, tío.

Con el rabillo del ojo, vio que Noam y Ovidia se miraban, como si tuviesen una conversación silenciosa.

Endora sostuvo la mirada de su tío y este sonrió de medio lado.

—Siempre tan directa. Está bien. Mi hermano está preocupado. Pero solo puedo hablar por él porque no he sabido nada de mi cuñada desde hace tiempo. Sin embargo, estoy seguro de que Simone también está preocupada. Eres su hija.

—No la que ella intentó moldear —escupió la Bruja de la Noche, comiendo un espárrago verde de su plato.

—Puedo acompañarte —se ofreció Noam. Endora le lanzó una mirada gélida, pero su primo estaba acostumbrado a ese tipo de gestos—. Mañana por la mañana. Nos presentaremos por sorpresa. Sé que te gusta causar sensación.

—¿Estropear el posible almuerzo de mi madre molestándola con mi mera presencia? Me lo has vendido demasiado bien, primo.

—Hecho está. Ahora a otros asuntos. —Noam se giró hacia su padre—. Ovidia se queda a vivir aquí.

Francis Clearheart estuvo a punto de ahogarse con su vino y Endora rio a carcajada limpia.

Cuando terminaron de cenar, ella se retiró a sus aposentos. En la soledad de su habitación esa risa se convirtió en un mero eco fantasmal.

Se levantó de la cama y se acercó al gran ventanal que daba a los jardines traseros. Nada más acercarse al cristal, pudo sentir el frío que emanaba de este. Miró hacia el firmamento y sintió que las estrellas la llamaban tras el manto gris que cubría el cielo. Asumió que esa noche no podría dormir. Aunque, si era honesta consigo misma, hacía años que no conciliaba bien el sueño.

Alguien llamó a su puerta y, extrañada, cogió la palmatoria de su mesilla de noche y fue a ver quién era. Pocas cosas sorprendían a la Bruja de la Noche. Sin embargo, Charlotte Woodbreath siempre era capaz de hacerlo.

Oculta en una capa negra, la bruja se bajó la capucha, sonriendo de oreja a oreja con su mirada azulada y brillante.

—Lottie —dijo Endora con un suspiro de sorpresa—. ¿Cómo has entrado?

—Noam me reveló que hay un pasaje secreto detrás de la casa para entrar. La puerta estaba abierta, así que no ha sido difícil llegar hasta aquí.

—Es casi medianoche y está nevando, ¿te has vuelto loca?

—No hagas ruido y déjame pasar, Clearheart.

Endora se apartó y Lottie entró en la estancia, se quitó la capa y la dejó sobre una silla cercana.

Cuando la puerta se cerró con un leve sonido, Charlotte se giró murmurando un «guau» que hizo reír con suavidad a Endora.

—¡Menudos aposentos! ¡Y qué vistas! —La bruja fue hacia el ventanal, desde donde observó el paisaje invernal—. Menos mal que ha empezado a nevar cuando estaba ya entrando a la finca.

Antes de que pudiese darse la vuelta, Endora fue hacia ella, hundió la cara en el cuello de Charlotte, la abrazó por la cintura y dio un suspiro largo y pesado.

La Bruja de la Tierra no dijo nada. Se limitó a agarrar las manos de Endora, moviendo el pulgar suavemente sobre el reverso de las manos de la otra bruja.

—¿Quieres contármelo?

—No. —La respuesta fue rápida y simple.

—De acuerdo. ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, sabes que puedes, florecilla.

Endora tuvo que apartarse cuando Charlotte se giró para mirar sus ojos, su boca y de nuevo sus ojos. La Bruja de la Noche conocía demasiado bien esa táctica.

—¿Me dejarías amarte por una noche, Endora Clearheart?

La Bruja de la Noche no dijo nada. Sus pupilas se dilataron y algo palpitó en sus partes íntimas. Hacía tiempo que no compartía lecho con nadie y se moría de ganas de mostrarle a Lottie todo lo que sabía.

Endora asintió, humedeciéndose los labios. Charlotte la miró de arriba abajo y, haciendo un gesto hacia el lecho, dijo:

—Quítate el camisón y túmbate en la cama.

Endora enarcó una ceja y, aceptando el reto, así lo hizo.



18 de abril de 1844. Winchester, Inglaterra

El corazón de Endora se fue encogiendo a medida que reconocía el familiar paisaje. Las colinas, las casas y los campos de los pueblos cercanos a Winchester no habían cambiado en apenas cinco años. Pero ella, sin duda, sí lo había hecho.

Charlotte le había estado lanzando miradas durante todo el camino, sentada frente a ella. La Bruja de la Tierra llevaba un vestido color verde que transformaba el azul de sus ojos en esa tonalidad. Por supuesto, Endora seguía intentando autoconvencerse de que no se había fijado en ella.

El revisor entró en el vagón y avisó que la siguiente parada sería Winchester, lo que hizo que ambas se preparasen para salir del tren.

—¿Este silencio va a seguir entre nosotras o podemos hablar como mujeres adultas? —musitó Charlotte con dureza en la voz.

Endora reunió el valor suficiente para mirarla y tragó saliva ante la expresión tan abierta de Lottie, a pesar del evidente enfado de la joven.

—Si no he hablado es porque no he tenido ganas, Charlotte. No por lo que pasó… —dejó la frase sin terminar, sabiendo que la gente del vagón podría oírlas.

La Bruja de la Tierra se estiró bien los guantes, quitando toda arruga en la prenda de ropa.

—Permíteme que lo dude, Endora. Pero sí es así, lo entiendo.

El tren se detuvo, ambas se levantaron, salieron del vagón y bajaron con cuidado los dos escalones que separaban el tren del andén. Endora pidió que trajeran el equipaje de ambas, pues había pagado billetes de primera clase.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí? —preguntó Charlotte, ajustándose los guantes de

nuevo. Endora se percató del gesto, pero no hizo mención alguna a ello. En su lugar, sacó un cigarro mientras varios viandantes la miraban con desaprobación y respondió tranquilamente:

—Poco. Lo mejor será que me vaya moviendo para que Harvey no pueda descubrir mi localización.

—Nuestra localización —corrigió Lottie, con una mirada dura. El corazón de Endora, para su propia sorpresa, dio un vuelco que casi la hizo tambalearse—. Y esta será la última vez que te lo repita. Tú puedes ser cabezona, Endora, pero esta Virgo lo es más.

El mozo de equipajes trajo la maleta de Endora y la pequeña bolsa de Lottie. Mientras Endora cogía sus pertenencias, dio una larga calada al cigarro y sonrió.

—Con que Virgo, ¿eh?

Lottie le quitó el cigarro de la boca a Endora, le dio una calada, después lo sostuvo entre los dedos y se encogió de hombros, fingiendo una más que teatral inocencia.

—Si no preguntas, tendré que contarte yo las cosas, ¿no crees?

Ambas empezaron a caminar hacia el pequeño edificio de la estación para salir a la ciudad.

—¿Color favorito?

Al oír estas palabras, la Bruja de la Tierra se detuvo despacio y se giró con lentitud hacia su acompañante. Su pelo recogido dejaba a la vista su delicado cuello y por eso Endora pudo ver que la chica inspiraba profundamente, como si estuviese asimilando una pregunta muy simple, pero a la vez tan reveladora.

—El verde. Pero… un verde especial. Como el de las plantas que hay bajo lagos y lagunas.

En ese momento dos trabajadores del tren llegaron con dos carros llenos de maletas que contenían todos los grimorios de Endora. La bruja había considerado que los necesitarían y, con la ayuda de sus criadas, los había empaquetado durante la noche para poder llevarlos consigo a Winchester.

Retomaron su paseo, seguidas por los dos trabajadores y los carros cargados hasta arriba de maletas, y salieron de la estación, donde a esas horas de la mañana, ya casi mediodía, la gente paseaba tranquilamente y los niños jugaban, y un aire fresco pero agradable les dio la bienvenida.

—Pueden dejar el equipaje aquí. Enseguida vendrán a recogerlo —ordenó Endora a los trabajadores, y le dio una propina a cada uno, quienes, agradecidos, volvieron a la estación para seguir con su jornada laboral.

—Creo que no hace falta que te diga el mío —dijo la bruja dirigiéndose esta vez a Lottie.

Su tono era más suave y su cuerpo estaba menos rígido.

Lottie no pasó esos detalles por alto.

—Ciertamente, no. —Lottie se permitió reírse y suspiró aliviada.

Endora rio secamente, pero al momento soltó un gemido cuando sintió ese dolor de espalda que había intentado evitar durante el viaje para no estropear aquel encuentro.

Lottie se percató de su incomodidad.

—¿Te duele la espalda?

—¿De cargar esta belleza? Por supuesto que sí.

De alguna manera, sintió cómo la tensión entre ellas amainaba un poco. Solo un poco, lo suficiente para darle algo de esperanza a la joven.

El relinchar de un caballo las sacó de ese ensueño compartido y ambas se fijaron en un ostentoso carruaje de caoba. Bajo un árbol que les daba algo de sombra y a una distancia prudente debido a que se encontraban en público, Noam y Ovidia hablaban animadamente,

rodeados de al menos seis guardias, todos ellos Sensibles.

Las noticias eran ciertas entonces: Ovidia estaba completamente vigilada.

Endora vio cómo Noam sonreía de oreja a oreja mientras Ovidia le contaba algo; sus manos se rozaban ligeramente, sin llegar a tocarse. Ovidia llevaba guantes de encaje azul, a juego con su vestido, sencillo pero caro. Su cabello, tan castaño como Endora lo recordaba, se encontraba recogido con un broche delicado y unos cuantos mechones caían por su rostro. Por otro lado, Noam, vestido con un traje sencillo, se había dejado crecer la barba, bien cuidada, y sus ojos miel brillaban sin dejar de mirar a Ovidia ni un instante.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, Endora dijo con tono autoritario:

—¡Déjala respirar, primo! Un poco más y no tendrá espacio personal.

Aquella advertencia hizo que Ovidia y Noam se girasen, este último enarcando una ceja y apartándose ligeramente de Ovidia, quien corrió hacia ambas y, para sorpresa de Endora, la abrazó a ella antes que a Charlotte.

La Bruja de la Tierra, con una expresión de sorpresa, exclamó:

—De esta no me olvido, Ovidia. ¡Que lo sepas! —Noam la saludó cordialmente, y Charlotte pareció responderle, animada, pero Endora no escuchó lo que estaban hablando.

Endora le devolvió el abrazo a Ovidia con honestidad. El familiar olor de la Bruja Negra la envolvió, una mezcla de flores blancas muy ligera.

Les había echado de menos. Y a cierto traidor también, a pesar de su ahora imparable rencor.

—¿Estás más fuerte, pastelito? —musitó Endora al notar los voluminosos músculos de Ovidia bajo su tacto. Esta rio; sus ojos castaños brillando con fuerza.

—He estado entrenando, y no solo mis poderes. Es bueno saber defenderse.

—En eso estoy de acuerdo.

—No sabes lo que te he echado en falta —murmuró Ovidia, sonriendo de oreja a oreja—. Me preocupé cuando no contestaste a nuestras cartas.

Endora hizo una mueca y rápidamente se disculpó. La Bruja Negra negó con la cabeza, quitándole importancia.

—Necesitabas tu espacio, lo entiendo de veras. Yo también lo necesito a veces…

Endora y Ovidia se cogieron de la cintura y se dirigieron hacia el carruaje, donde Lottie y Noam charlaban animadamente.

—Dime que voy a tener un primo segundo, querida. Sois la única esperanza de la estirpe Clearheart —dijo a propósito la Bruja de la Noche.

—¡Ja! ¡Espera sentada! —le espetó Ovidia; sus ojos café brillando con fuerza a la luz del sol —. Tenemos mucho de lo que hablar.

—En eso estamos de acuerdo. —Noam se acercó a ambas, y Ovidia soltó el agarre de Endora para ir junto a su mejor amiga.

Así de cerca, su vista no pudo evitar dirigirse al cuello de su primo. La Bruja de la Noche intentó no reaccionar al ver la evidente marca, ahora una leve línea blanca apenas visible.

La que casi… *No.* La que acabó con su vida.

—Estoy bien —aseguró Noam—. No me duele ni nada. Mi Bruja Negra lo hizo bien.

Endora sonrió, y los Clearheart se fundieron en un abrazo fuerte e intenso.

—Te he echado de menos —murmuró el chico en el oído de la bruja.

Endora no dijo nada. Solo lo abrazó más fuerte.

Los dos eran hijos únicos y Endora siempre había considerado a Noam como su hermano. La invadió una sensación que había echado demasiado tiempo en falta. Todavía se le hacía algo

extraño que él fuese más alto que ella, pues siempre había sido al revés. Noam había madurado y crecido más de treinta centímetros en apenas poco más de un año y esto a Endora le había creado sentimientos encontrados. Poco después, había dejado la Sociedad.

—Me alegra ver que habéis decidido seguir con lo vuestro —declaró Noam en voz baja tras deshacer el abrazo.

Endora le miró, arqueando una ceja. Ella apenas llevaba maquillaje, lo que resaltaba sus rasgos naturales. De cualquier manera, pensó Noam, Endora seguía siendo preciosa.

—No hemos decidido nada. Aprecio demasiado mi libertad, y Charlotte debería apreciar bien la suya.

—¿Insinúas que el matrimonio es una condena? —Había diversión en la mirada del chico y en esa mueca en su labio. Los hoyuelos aparecieron enseguida.

—Solo digo que nunca he visto que nada bueno haya salido de un casamiento. Por cierto, toma. —Endora le extendió un pañuelo justo antes de llegar a la puerta del carruaje.

Noam frunció el ceño, extrañado.

—¿Por qué me das un pañuelo?

—Para que dejes de babear cada vez que ves a pastelito.

Endora se subió al carruaje sin ayuda, se sentó frente a Ovidia, que charlaba de algo con Lottie, pero que no pudo oír.

—¡Subid las maletas al carruaje! —ordenó Noam a los guardias, señalando los dos grandes carros—. Id con cuidado.

Estos asintieron, y el chico entró en el vehículo con las demás chicas.

Noam se sentó al lado de su prima y los guardias subieron a sus respectivos puestos, entre los que se incluían caballos propios que seguían y flanqueaban el transporte. Y el carruaje empezó a moverse hacia las afueras de la ciudad, en dirección al hogar de los Clearheart.

Sirvieron el té poco después de que llegasen. Se encontraban en una sala no tan grande como las otras que había en la casa, cerca de las escaleras que subían al piso superior. A pesar de la brillante primavera que rebosaba en el exterior, la chimenea tenía un pequeño fuego de color violeta para mantener el calor en la estancia. Endora no había podido evitar echar en ella su propia esencia nada más llegar. Tampoco habían podido ocultar el motivo por el cual habían dejado Londres y habían tenido que ir tan apresuradamente a Winchester.

—Traerán un pequeño aperitivo enseguida. Comeremos más tarde —había explicado Noam, cuando Endora había sentido la mirada de Charlotte desde el otro extremo de la habitación.

La Bruja de la Noche respiró hondo y, de manera cortante, dijo:

—Harvey ha vuelto a matar.

Desde que esas palabras habían salido de sus labios, el ambiente había cambiado por completo. Noam había roto su sonrisa y su primera reacción fue ir hacia Ovidia, que ahora se encontraba paralizada en su sitio.

—Esto no es casual —dijo el chico segundos después de sentarse—. No puede serlo. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

Endora explicó lo sucedido con detalle, y la bruja no pasó por alto la mirada que Ovidia dirigió al cuello de Noam cuando mencionó el abrecartas dibujado en la carta que les enseñó Nadine.

—Ayer reuní a todos los Desertores que pude. Han decidido que lo mejor sería huir de

Londres e ir a diferentes condados del país. Están protegidos y a salvo. Así que, un asunto menos sobre la mesa. —Endora exhaló largamente—. Y está claro que el *modus operandi* de Harvey es dejar claras sus acciones.

—Cuando estuve encerrada en las mazmorras de la Academia —empezó a decir Ovidia con el ceño fruncido—, Harvey me dijo que Elijah no era su primer asesinato. Que sus manos ya estaban manchadas de sangre.

La Bruja Negra dirigió su mirada a Endora, que, cruzada de brazos, se tensó apoyada en la chimenea.

—¿Qué?

—¿Cuántos años tiene Harvey, Endora?

—Este año cumplirá veintiocho. ¿Eso que tiene que ver?

—Durante los años que estuvo contigo… —prosiguió Ovidia— ¿crees que pudo llevar a cabo ese primer asesinato?

—Harvey tuvo un papel impecable durante los años que estuvo conmigo, por lo cual, no puedo responder a esa pregunta. Pero, honestamente, no me extrañaría.

—Tal vez ese primer asesinato fue clave —afirmó Noam, levantándose del sofá y quitándose el chaqué. Se remangó, nervioso—. O quizá solo lo dijo para atemorizarte, cielo.

—Ya estaba atemorizada. Lo sigo estando, y encima las pesadillas no me dejan en paz.

—¿Las sigues teniendo? —preguntó Lottie, que estaba junto a Ovidia. La Bruja Negra asintió.

—¿Qué pesadillas? —preguntó Endora dando un paso hacia delante.

Noam y Ovidia intercambiaron una mirada y la Bruja Negra tuvo que juntar las manos, claramente nerviosa.

—Llevo varias semanas teniendo pesadillas recurrentes. En unas aparecen… mis sombras —Endora se percató del quejido que salió de la garganta de la chica al decir esas últimas palabras. El haber perdido a aquellas compañeras claramente le había afectado más de lo que la Bruja de la Noche había esperado. No se percató de lo sola que se podría haber sentido Ovidia tras perderlas —. En otras veo una luz muy muy blanca, que luego se transforma en Harvey. Y…

Ovidia hizo una pausa; los huesos de su cuello marcándose ante la gran inspiración que hizo. Las hiedras se movían al ritmo de su respiración. Endora lo había notado. Si Ovidia respiraba deprisa, ellas se movían más rápido.

—Y si las pesadillas que he estado teniendo… ¿han sido una advertencia?

—¿Por qué lo crees? —inquirió Charlotte, girándose por completo hacia su mejor amiga.

—Porque en todas ellas aparece Harvey. En todas.

—¿Crees que se está comunicando a través de tus sueños?

—Nos quiere dejar saber que ha empezado la siguiente fase del juego —musitó Endora con voz dura.

Ovidia asintió y las vibraciones de las hiedras aumentaron.

—Y me está usando a mí como canal.

—Juro que lo mataré con mis propias manos —gruñó Noam; su poder se manifestó, un humo gris rodeándole por completo.

—Tal vez Harvey sepa muchos más trucos y habilidades por sus poderes de Vidente al haber estudiado los grimorios conmigo. Nos lleva ventaja.

—Nos lleva ventaja y un cuerno —exclamó Noam, acercándose a su prima—. Tú más que nadie has estudiado esos manuscritos, sabes cada conjuro, incluso cada error.

—Eso es cierto.

—Entonces la ventaja la tenemos nosotros —recalcó él—. ¿Dónde están los manuscritos, Endora?

—Los he traído conmigo.

Noam se quedó parado, pero al momento, sonrió de medio lado, mirándola con orgullo.

—Esto facilita las cosas. Lo mejor será protegerlos y estudiarlos tanto como tú. Será lo mejor.

—Si tenemos que investigar lo que Harvey está haciendo, no podemos hacerlo aquí. —Todos los ojos fueron a parar a Charlotte, que estaba de brazos cruzados y sopesando algo—. Debemos ir a un lugar que Harvey desconozca. Y realizar un encantamiento de protección. Podría rastrearnos.

—¿Y a dónde sugieres ir? —preguntó Ovidia, aún tensa.

—Hace mucho que no voy a ver a mi abuela. —La voz de Charlotte sonaba melancólica pero también seria—. Es la mejor en hechizos antirrastreo. Mis padres ni siquiera saben dónde está. Ella de vez en cuando les informa de que se encuentra bien y listo.

—¿Por qué tu abuela no quiere que tus padres sepan dónde está? —inquirió Noam.

—Digamos que se enfadó bastante con mi madre cuando esta le dijo que se iba a casar con un inglés. Han pasado más de veinte años, pero el resentimiento perdura.

—¿Y dónde está tu abuela? —preguntó Ovidia. Endora enarcó una ceja.

—¿Tú tampoco sabes dónde está?

Ovidia negó con la cabeza, y Charlotte dijo:

—Sé guardar bien un secreto. Mi abuela me pidió que no lo contase. Y no lo haré. Tendréis que confiar en mí. —Cogió su taza de té y mirando a su mejor amiga, declaró—: Ovidia, ¿no me dijiste que Noam tenía que enseñarme algo?

Todos los ojos fueron a parar a la Bruja Negra, que la miró confundida. Charlotte, aprovechando que Endora estaba de espaldas a ella, la señaló rápidamente.

Noam fue el que entró en acción al entender cuáles eran las intenciones de Lottie.

—Por supuesto. Acompáñame, está en mi estudio.

Noam y Charlotte abandonaron la estancia y, en cuanto estuvieron a solas, Ovidia supo que tenía que aprovechar las circunstancias.

«Habla con ella. Sé que de algo servirá», había dicho Noam mentalmente. Ella había asentido y ahora iba a posarse junto a Endora, que estaba encendiéndose un cigarro.

La Bruja Negra cogió el cigarro y agarró la muñeca de Endora, atrayéndola al sofá, donde ambas se sentaron. Ovidia se encogió de hombros y esperó.

—Estamos solas. Vamos, cuéntamelo.

Endora arqueó una ceja mientras la miraba algo irritada.

—Entre preguntas y órdenes estoy un poco cansada, Ovidia.

—Puedo notar tu tristeza, Endora. No me tomes por ingenua.

Ovidia inclinó la cabeza hacia un lado y con delicadeza cogió ambas manos de la Bruja de la Noche. Se tomó un momento para decir las palabras correctas y sintió que Endora se tensaba bajo su tacto.

—Nos dolió mucho que no contestaras. —Vio el efecto que sus palabras tenían en la bruja: vergüenza. Pero eran la verdad—: Tendrías tus motivos, y lo entiendo. Pero quiero decirte algo que creo y espero que te sirva.

»Nosotros tres, tú, Noam y yo, sabemos más que nadie lo que es perder a gente que amamos,

ya sea porque han muerto, por circunstancias desastrosas de la vida o porque han partido con ansia. Aun así, no quiero que sientas la necesidad de encerrarte como tuviste que hacer cuando huiste de la Sociedad. No sé mucho sobre la relación que tienes con tus padres, pero sé que no es buena. Y que te debiste sentir desamparada y sola cuando dejaste Winchester y huiste…

—No hui —le corrigió Endora, aunque su voz no era tan dura como antes. Al contrario, era apenas un murmullo. Ovidia sabía que el nudo en la garganta de su amiga debía ser enorme—. Me estaba salvando.

—Cuando te salvaste a ti misma —corrigió sus palabras Ovidia—, cuando fuiste a Londres, tuvo que ser desolador y duro estar sola. Pero ahora nos tienes a nosotros. Las cosas están cambiando, y no deseo que nos apartes porque temas lo que nos pueda pasar.

»Y en cuanto a Lottie…, no sé qué ha ocurrido, y tampoco es asunto mío meterme en vuestra relación, sea la que sea. Pero sé que se preocupa por ti y que quiere cuidarte. Aunque solo sea como amiga.

—Lottie y yo nunca hemos sido amigas, Ovidia.

—¿Y no sería algo bonito que lo empezaseis a ser?

Endora apartó la mirada y la Bruja Negra se dio cuenta de que tenía intención de hablar. Esos ojos grises se perdían en sus propios pensamientos, intentando encontrar la manera correcta para expresar lo que sentía.

—Siento que, aunque lo intentemos, Charlotte y yo nunca podremos ser solo amigas. Que siempre habrá algo que…

—¿Esto se lo has dicho a ella?

—Eres la primera con la que consigo hablar del tema. Y te diré algo: te considero mi amiga, Ovidia. Y me resulta extraño, la verdad.

La Bruja Negra asintió, comprendiendo la situación.

—Yo tampoco he tenido muchos amigos a lo largo de mi vida —empezó a decir Ovidia, ofreciéndole té a Endora. Esta lo aceptó y dio un suave sorbo—. Tuve la inmensa suerte de tener a Charlotte a mi lado. Luego vinieron mis sombras y, bueno, aún es duro pensar que no están. Hay un vacío aquí dentro. —Se señaló el pecho; sus ojos castaños bañados en lágrimas—. Pero es algo con lo que debes aprender a vivir. No queda otra.

»Y como decía: nos tienes aquí. Ya averiguarás qué ocurre con Lottie. Solo te pido una cosa…

Endora la miró, expectante.

—No le rompas el corazón.

Endora bajó la cabeza, negando. Su mirada era fría y distante cuando volvió a mirar a su acompañante.

—Yo no controlo el poder que me permite tener sobre ella.

—Eso es cierto. Y también te digo: tampoco permitiré que te haga daño. Y ahora, cambiando de tema… —Ovidia señaló la gran chimenea que había tras ella—. Vamos a estudiar esos grimorios para aprender los conjuros que tanto has perfeccionado y, sobre todo, lo que sepas que Harvey aprendió durante su engaño. ¿Te parece?

Endora asintió y dejó la taza que sostenía entre las manos sobre la mesa.

—Una vez dijiste que yo tenía alma de lideresa —musitó la Bruja de la Noche—. Déjame decirte algo, pastelito: tú no te quedas lejos.

Ovidia soltó una sonora carcajada que hizo eco en el cuerpo de Endora. Siempre le había gustado provocar todo tipo de emociones en la gente: ya fuera miedo, excitación o espontánea felicidad. Era algo que le causaba gran satisfacción.

—Te dejo a ti el cargo. Tienes mejor porte. Por cierto, te quedas con nosotros hasta que todo esto se arregle. Asumo que no tenías pensado volver a Londres, ¿verdad?

Endora negó; sus labios apretados en una fina línea.

—Ya te he dejado preparada tu habitación. Es la de la última vez. Las sábanas son violetas.

—Ahora entiendo por qué mi primo te tiene en un pedestal.

Ambas rieron y Ovidia apretó de nuevo las frías manos de Endora. La Bruja de la Noche le ofreció una mueca amable, pero esa sonrisa no llegó a sus ojos.

«Poco a poco», pensó la Bruja Negra. «Pronto volverá a ser ella misma».

«¿Cuál es tu color favorito?».

La pregunta la había pillado completamente desprevenida. No esperaba de verdad que la Bruja le siguiese el juego, no cuando apenas había sacado a la superficie a la Endora que Lottie había conocido meses atrás. Pero lo había hecho.

La tensión que había habido entre ellas durante todo el trayecto de Londres a Winchester había sido lo más incómodo que Charlotte había experimentado en mucho tiempo. Sí, Endora podía tener el corazón roto y sentirse perdida en cuanto a ella misma, pero eso no le daba derecho a tratarla como lo estaba haciendo.

Lottie le había ofrecido su mano y la Bruja de la Noche todavía no se encontraba dispuesta a mostrar sus cartas. La paciencia era algo que ella misma había conseguido afilar y moldear. Y estaba siendo más paciente de lo habitual ante las confusas señales de Endora Clearheart.

Pues, en el fondo, creía que Desertora la escogería, que volvería a hacerlo como lo había hecho hacía cinco meses.

La esperanza podía ser realmente dolorosa.

Durante el paseo de vuelta a casa desde la mansión Clearheart le había dado tiempo para aclarar ciertos pensamientos y planear cómo procedería a informar a su abuela. Aunque, ciertamente, ya tenía solución para eso.

Había vuelto a casa poco después del atardecer. Despachó a la doncella y ella misma empezó a hacer el equipaje: un par de camisolas, lazos, dos vestidos y un par de capas para el frío. A donde iban, a pesar de la primavera, el invierno parecía no querer abandonar nunca aquella región.

En su maleta, también añadió utensilios y productos de higiene: un tarro de cristal con la crema antiolor que le había prestado a Ovidia cuando marcharon a Londres, su cepillo, algo de maquillaje casero, cremas hechas por ella misma para su rostro, y algunas hierbas y brebajes. También guardó algunos paños para el periodo y grandes cantidades de lavanda, el ingrediente principal del ungüento anticonceptivo. Tampoco es que ella lo necesitase, pero servía para apaciguar el dolor de los terribles periodos que la pobre padecía.

Una vez que tuvo todo listo, escondió la maleta bajo la cama, pues aún no sabía si informar a sus padres de su marcha y localización o marcharse sin más. Si Phillip y Marianne Woodbreath se enteraban de los planes de Charlotte, podrían suceder dos cosas con toda seguridad; la primera, que no le permitieran marchar y pusieran alguna excusa para que permaneciera en Winchester; la segunda, Harvey podría acceder a sus mentes y sonsacarles información.

Charlotte no descartaba la posibilidad de que Cox estuviese más cerca de lo que muchos creían. También era posible que estuviese en una localización que ni tan siquiera Endora pudiese adivinar. Si era tan metódico y minucioso como la Bruja de la Noche había confirmado en la reunión de la tarde del día anterior con los Desertores, el brujo Vidente no sería tan descuidado

como para ocultarse mal. O sí. Eso era algo que tendrían que averiguar juntas en su próximo destino.

De un chasquido, Lottie encendió todas las velas de la habitación cuando alguien llamó a la puerta.

—Puedes entrar, *màthair*.

—¿Cómo has sabido que era yo?

—Por la forma de caminar.

Marianne entró con una sonrisa amable en los labios. Era la expresión que más solía mostrar su madre: una de severidad, pero a la vez de simpatía. Charlotte sabía que su madre era una Bruja de la Tierra realmente poderosa, pero hacía tiempo que tan solo usaba su magia para cocinar, vestirse y crear ungüentos mágicos.

A Charlotte le parecía que su madre… la había dejado de lado. Al menos un poco, eso creía.

Siempre le habían dicho que se parecía más a su padre, pero Lottie veía muchas cosas de ella misma en su madre. La forma de suspirar, de sentarse en algún lugar, o cómo llamaba a los lugares. Sin embargo, en muchos otros aspectos, no podían ser más distintas.

—La cena está lista.

—He merendado bastante en casa de los Clearheart, así que creo que no me uniré a vosotros para cenar.

—¿Has ido y vuelto por tu cuenta? ¿Sola?

Charlotte fue hacia el espejo de su tocador, deshaciéndose de los alfileres que sujetaban su gruesa melena.

—Madre, sabes que no necesito…

—Esto es serio, Charlotte. —Su madre pronunció las siguientes palabras no en inglés, sino en un idioma que la chica conocía bien: gaélico—. Hay un asesino ahí fuera, que te conoce, que podría…

La joven dejó los alfileres sobre el tocador y observó la expresión de enfado, horror y pavor de su madre. Y de repente, el llanto. Asombrada, Lottie fue hacia ella y la tomó del rostro.

—Estoy bien —lo dijo mientras limpiaba sus lágrimas como podía. Eso no era típico de su madre. Su madre no lloraba así como así—. ¿A qué viene todo esto, madre?

Marianne agarró a su hija de los hombros y la abrazó con fuerza. Estuvieron en esa posición casi un minuto mientras la mujer se calmaba y murmuraba cosas como «Has crecido tanto…», «¿Por qué tuviste que hacerte mayor?», «Eres fantástica. ¿Lo sabes? ¿Sabes lo mucho que te quiero?».

Rompieron el abrazo y Marianne sonrió a su hija de oreja a oreja.

—Perdóname. Últimamente estoy muy sentimental. Lloro con nada.

Definitivamente, algo raro estaba pasando. Su madre era de todo menos sentimental y no lloraba fácilmente, a menos que lo que sucediese fuese realmente grabe.

—Mis… periodos han sido irregulares —explicó Marianne ante la expresión alarmada de su hija—. Además, he tenido brotes de calor inusuales a pesar de ser ahora el mes de abril. Así que asumo que mis síntomas son una clara explicación de que, definitivamente, mis años de juventud se han ido hace tiempo.

Charlotte suspiró sonoramente, pero no tuvo la oportunidad de hablar, porque Marianne estaba allí, lista y preparada para decir algo que la Bruja de la Tierra sabía que no sería de su agrado.

—Pero… Sí que quería comentar algo contigo. Tu padre…

«Y aquí está la noticia», se dijo.

—No vamos a tener esta conversación. No otra vez.

—Lottie, ¿por cuánto tiempo crees que puedes escapar de tus deberes como la única heredera Woodbreath? Tienes que darnos un heredero…

—¿Quién determina eso? ¿Tú? ¿Padre? Ambos me estáis obligando a renunciar a toda mi vida solo para ser lo que toda pobre mujer tiene que ser en este mundo según vosotros. Alguien cuya única preocupación es crear bebés y más bebés.

—¡Charlotte! Esas no son palabras propias de una dama.

—Y esas palabras tuyas no son un discurso preparado por mi propia madre. Solo te haces eco de lo que dijo padre, ¿no?

—La mayoría de las chicas de tu edad ya están siendo cortejadas. ¡Casándose! Mira a Ovidia.

Las comparaciones. Ahí estaban de nuevo.

—¿Qué tiene que ver Ovidia con esto?

—Creo que está bastante claro, querida. Ella ya está viviendo con el señor Clearheart después de algunos años y malentendidos. Empezaron tan jóvenes… y a pesar de las desafortunadas circunstancias que les obligaron a retrasar su noviazgo, están demostrando al mundo que su relación es muy estable y seria. Como debe ser.

Charlotte se estremeció ante esos calificativos. Marianne no era ingenua, y su hija lo sabía con seguridad y certeza.

—Ya te lo he dicho. Te lo he estado diciendo durante tres años seguidos. No quiero casarme. Al menos todavía no. Soy demasiado joven, demasiado inocente en muchos aspectos, para renunciar a mi libertad y convertirme en el trofeo de un hombre. Además…

Charlotte se contuvo para no hablar más de la cuenta. Sin embargo, Marianne Woodbreath se percató y supo interpretar su silencio. Se sentó en la cama y dio unas palmaditas sobre ella, invitando a su hija a ponerse a su lado.

Suspirando, Charlotte obedeció a su madre, pero manteniendo cierta distancia.

—¿Qué ha pasado?

—No te sigo, madre.

—Con la señorita Endora Clearheart. Puede que sea una mujer, pero soy bastante lista…

—No vuelvas a infravalorarte devaluando esa palabra. —El tono de Charlotte parecía amenazante, pero Marianne conocía a su hija. Era convicción. Fuerza. Determinación—. Somos mujeres. *Mujeres.* Y somos mucho más de lo que nuestra Sociedad y la No Sensible nos obliga a creer.

—Siempre has tenido un don para utilizar las palabras. Y sí. Llevas razón. Pero, volviendo a la señorita Clearheart…

—No sé de qué me estás hablando.

«Mentirosa», pensó Charlotte.

—Mentirosa —la acusó su madre—. Vi cómo os mirabais durante aquellos días terribles y oscuros después de lo que pasó en el lago. Y ese mismo día, la forma en que peleasteis en la Academia. Lo bien que os coordinabais. Y cómo os mirabais. Esa no es la misma forma en la que has estado mirando a Ovidia a lo largo de todos estos años de amistad.

Charlotte sostuvo la mirada de su madre, analizando lo que había detrás de todo aquello. Del mensaje de «sé lo que está pasando». Ahora bien…, ¿qué pensaba realmente su madre?

—¿Y qué tienes que decir ante eso?

Estaba hecho. No había vuelta atrás. Lo que dijese su madre determinaría la relación que tendrían para siempre. Y Charlotte, a pesar de las diferencias con sus padres, los quería.

Muchísimo.

—No lo entiendo, Charlotte. —Las palabras de su madre derrochaban honestidad, basta y pura honestidad—. Pero… Mi madre tampoco entendió por qué me casé con tu padre cuando tenía a dos pretendientes mucho más adinerados y poderosos que él. Y, aun así, lo respetó.

—¿De verdad crees que *seanmahir* lo ha llegado a aceptar?

Su madre medio rio, encogiéndose de hombros.

—Llevo casada con él más de veinticinco años. Creo que ya va siendo hora de que asuma la realidad. Pero lo que quiero decir es que… Lo que te digamos nosotros no importa.

—¿Cómo?

—Puede que tu padre esté algo más insistente con el tema porque nos ve cada vez más mayores, yo no he podido darle más hijos y… tú eres lo único que nos queda. Queremos lo mejor para ti. Lo sabes, ¿verdad?

Charlotte se limitó a asentir, siendo consciente de que su madre no había terminado de hablar y que, por precaución, sería mejor dejarla terminar.

—Estamos en unos tiempos oscuros. Nadie confía en nadie. Los ojos de la gente se han vaciado de simpatía para llenarse de desconfianza, odio y miedo. Así que no quiero que cuando me mires, veas lo mismo que he visto yo en las otras personas. Esto quedará entre tú y yo…, lo respeto. No entiendo… tus inclinaciones, pero las respeto.

—Madre —la voz de Charlotte sonó queda, rota.

—Y como he dicho, no estoy ciega. Menudas miradas más indiscretas las de la señorita Clearheart. Aunque la entiendo. Eres preciosa.

Charlotte rio con ganas; lágrimas cayendo por su rostro. Marianne la besó en la frente, limpiando las lágrimas de su hija.

—Voy a cenar. Tu padre me está esperando. Te quiero.

—Y yo a ti.

Marianne Woodbreath salió de la habitación y Lottie supo que lo que iba a hacer al día siguiente le rompería el corazón a su madre. Aun así, supo que era lo mejor que podrían hacer. Y, de nuevo, se puso en marcha.

No dormiría tampoco aquella noche. Noam lo supo cuando en su cabeza el silencio no encontraba cabida.

Se incorporó en la cama y buscó su camisa sobre las sábanas y se la puso con cuidado. A su lado, Ovidia se removió bajo las mantas y Noam la tapó aún más; su cabello castaño oscuro algo revuelto sobre su rostro. Noam sonrió apartándoselo de la cara, la besó en la sien y con cuidado de no hacer ruido salió de la habitación.

Estaba agotado. Notaba cómo su cuerpo apenas podía seguir con ese ritmo. Desde que su padre había aceptado el reto de establecer una nueva forma de gobierno junto a Theodore y Nathalie, él se había tenido que encargar del negocio familiar, algo en lo que tenía experiencia, pero que, en su estado, resultaba mucho más complicado.

Lo cierto es que se había recuperado de su muerte. Jamás hubiera imaginado que lo superaría, pero… era cierto. Estuvo varios días en cama tras su asesinato, y se recuperó bien físicamente.

Sin embargo, en su cabeza las cosas no eran como antes. Jamás lo volverían a ser.

Harvey había querido hacer daño, y lo había conseguido. La razón que seguía manteniendo a Noam despierto cada noche era saber el porqué de ese comportamiento. ¿Por qué hacer todo eso?

¿Qué motivo había detrás de tales espeluznantes actos?

Tenían que darse prisa antes de que alguien más fuese asesinado. Porque Noam estaba convencido de que el plan de Harvey fuera el que fuese, seguía en marcha. Recordaba poco de la noche en que murió, eso era cierto. Sabía que su mente le intentaba proteger de todo lo que había vivido bloqueando esos recuerdos, pero el miedo era muy difícil de controlar. Noam tenía miedo. Por Ovidia, por él mismo, por todos. Sabía de sobra que aquella situación solo era un punto y aparte. El final todavía quedaba algo lejos.

Como muchas otras noches, se dirigió hacia la sala de música, que se encontraba en el primer piso, lejos de los aposentos que compartía con Ovidia. Lo último que quería era molestarla. Él también tenía pesadillas. Pero, como siempre, Noam Clearheart se guardaba ese tipo de cosas para él mismo.

No había querido mirar el reloj de pared, pues ya estaba más que acostumbrado a despertarse en medio de la noche, con ese sudor frío que le cubría todo el cuerpo. Lo peor eran los momentos previos a irse a dormir. El no saber si esa noche estaría llena de tranquilidad y descanso o de horror y barbarie. Las pesadillas no eran una invención, sino recuerdos. Otras veces simplemente una mezcla de momentos tan traumáticos que le hacían sentir un dolor real.

No le había contado a Ovidia lo que pasó cuando se lo llevaron los representantes. Cuando lo condujeron de nuevo al castillo abandonado donde había rescatado a Ovidia la noche de Samhain. Harvey le había castigado allí durante veinticuatro horas en las que le hizo pasar una tortura mental.

Se detuvo a medio camino, sujetándose en la pared. Noam cerró los ojos y comenzó a temblar al recordar todo aquello y el evidente gozo de Harvey por lo que le hizo. No le tocó físicamente en ningún momento. No. A Harvey Cox le gustaba aplicar el control mental y a pesar de los escudos que Noam había intentado crear en su mente, Cox era bueno. Muy bueno. Lo suficiente como para hacerle creer que se encontraba en otra realidad, una donde todos a los que amaba eran torturados de formas indescriptibles.

De vuelta a la realidad, Harvey se había mantenido tranquilo y una mueca de diversión asomaba en el rostro del Vidente. Noam lo supo entonces. Harvey era poderoso. Muy poderoso. Por eso se prometió que él lo sería todavía más, costara lo que costase.

Llegó a la sala de música y cerró la puerta con cuidado tras él. No se molestó en encender ninguna vela, pues conocía la estancia de memoria. Esta vez no fue a por el pianoforte como solía hacer. En su lugar, cogió uno de los dos violines que había al lado del instrumento de cola y, sin necesidad de partitura alguna, se colocó el violín para empezar a tocar.

La música era terapéutica para él. Tocar un instrumento, enfocarse en los acordes, las notas, los crescendos, los silencios, fundirse con la melodía hasta perderse entre el sonido del instrumento y él mismo.

Había tocado muchas veces para su padre, sus invitados. Para su madre. A esta le encantaba escucharle tocar, y siempre que lo hacía la sentía cerca. Jamás negaría que la echaba de menos.

Se lo había contado a Ovidia en más de una ocasión, y la mirada de comprensión de la joven había hecho que sus inseparables lazos se uniesen aún más.

También había tocado para sí mismo. Sobre todo, para él. Esos momentos eran casi sagrados.

Pero ahora, completamente solo en la sala de música, y con el silencio de la noche acompañándolo, empezó a tocar una de sus piezas favoritas. Una que representaba su estado, lo que pasaba por su cabeza, por su corazón, el ímpetu, el miedo, la adrenalina que toda aquella situación le estaba provocando: *El Verano*, de Vivaldi. *Tempo Impetuoso D'Estate*.

Se sabía la pieza de memoria. Había sido realmente difícil aprenderla, pero la primera vez que lo consiguió, no volvió a fallar. Acertaba cada nota de manera tan precisa que hasta él mismo se sorprendía cada vez que la tocaba. Y allí estaba una vez más, tocándola. Era corta, intensa, pero curativa.

Movió sus dedos con habilidad sobre el violín, con los ojos cerrados, el ceño fruncido y concentrado. La pieza no duró más de dos minutos. El tiempo suficiente para que su mente divagase en un recuerdo concreto. Uno que compartió con Dorothea en una de las pocas ocasiones en las que habían practicado su magia esos meses.

En una sala habilitada para entrenamientos dentro de la mansión, Noam le había preguntado acerca de sus habilidades como médium.

—Veo el aura de las personas. O al menos creo que es el aura. No estoy realmente segura. Algunas son muy parecidas entre sí, mientras que otras son especiales o únicas. Yo misma estoy intentando averiguar qué es lo que significa.

—¿Podrías darme algún ejemplo?

La muchacha se quedó pensativa durante un instante, pensando cómo explicarse. Incluso a ella misma le parecía complicado ser completamente precisa con lo que veía, pero esperaba que Noam la entendiese. O al menos que lo intentase.

—Digamos que algunas personas muestran un aura de un color particular, mientas que otras son como una vibración. Parece una energía verdaderamente potente que sale de ellos. Hay veces que también me permite saber si una persona se encuentra nerviosa, decaída, aterrada…

—Es como tener un libro abierto hacia las emociones de la gente, pero sin meterte en su mente.

—Se podría decir que sí.

—¿Y visiones?

Aquella pregunta sorprendió a la joven y la pilló desprevenida y sin argumentos.

—¿Los médiums pueden tener visiones?

—Eso dicen los registros. O al menos, lo poco que hay. Los dos únicos que hubo antes que tú tampoco quisieron llamar especialmente la atención. Se supo de sus capacidades, pero prefirieron mantenerlas ocultas.

—Yo no quiero mantenerlas ocultas —respondió Dorothea decidida—. Eso mismo hizo Ovidia y mira todo lo que ha pasado. No. Quiero saber qué alcance tiene el ser médium, pero poco a poco. Sin forzarme. Soy joven.

Noam le mostró una sonrisa comprensiva y asintió.

—Todo a su debido tiempo —afirmó el chico, y bebió de su vaso de agua—. ¿Puedo hacerte una última pregunta?

Dorothea asintió, esperando.

Hubo algo de dubitación por parte de Noam, la chica se percató.

—Recuerdo que dijiste que mi alma parecía blanca. ¿Has visto más así?

—Parecía, no, lo era. Y no, tú has sido el único que he visto con un aura completamente blanca.

El recuerdo se desvaneció, pero Noam siguió tocando. Necesitaba hacerlo. Continuó con otra pieza, también de las *Cuatro Estaciones* de Vivaldi: *Invierno I. Allegro Non Molto*. Esta era algo más larga y la tocó de forma más relajada, sintiendo su mente disiparse; la melodía resonaba en su cabeza y en sus venas.

Tuvo que parar en un fragmento ante el repentino dolor que sintió en su cuello. Dejó caer el

violín sobre la alfombra, gimió y se llevó la mano a la cicatriz. No era real, tan solo un fantasma de lo que sintió aquella noche. No podía olvidar la mirada de miedo de Ovidia cuando murió en sus brazos. El terror que la envolvió para ver después cómo se desataba.

Noam lo recordaba. Recordaba todo lo que vio cuando estuvo muerto, en su forma fantasmal.

—Basta —se dijo a sí mismo bruscamente—. Estás vivo. Estás vivo.

Se giró para recoger el violín, lo colocó de nuevo en su lugar y volvió a su habitación. Cerró la puerta tras de sí y volvió a tumbarse en la cama, lo que provocó que Ovidia se removiese, fuese hacia él, lo abrazase y se acurrucase en su pecho. Noam le besó el cabello, acercándola más a él y agradeciendo el calor que desprendía la chica. Esperaba de corazón que, entre sus brazos, la mujer a la que amaba se sintiera protegida. Mas Noam sabía con certeza que nadie estaba a salvo.

No mientras Harvey Cox siguiera suelto.



21 de abril de 1844. Winchester, Inglaterra

La noche, como casi todas en los últimos tiempos, fue mala. Había dado tantas vueltas en la cama que Endora, a eso de las cuatro de la madrugada, se había rendido y había decidido hacer lo que su cabeza no paraba de decirle: ponerse en contacto con sus aliados.

Recordaba vívidamente la rápida pero eficaz reunión que había tenido con estos tras anunciar que se esparcirían por todos los condados ingleses. Habían pasado cuatro días, y aunque ella misma había sido la que les había dicho que no contactasen con ella, pues esa era su responsabilidad, se había prometido que esperaría un poco más. No obstante, la impaciencia y el insomnio pudieron con ella.

Encendió la gran chimenea de su habitación, y esta vez no se molestó en cambiar el color del fuego. Este era vívido y naranja, y empezó a calentar la estancia mientras la bruja, con un camisón blanco y su cabello oscuro y ondulado cayéndole por la espalda, se sentaba frente a él con la cabeza apoyada sobre sus rodillas.

Pero algo le decía que tal vez ponerse en contacto no sería lo mejor.

En aquel momento, no pudo evitar pensar en sus compañeros Desertores. ¿Cómo se encontrarían? ¿Estarían a salvo como ella lo estaba? ¿Estarían decepcionados con su silencio en la reunión? No se había sentido con fuerzas como para aportar nada a la conversación. Y tampoco le habría parecido justo determinar qué era lo mejor para ellos cuando ella les había llevado a Harvey.

Puede que hubiesen sido años de ceguera y amistad unidireccional; aun así, la responsabilidad la había atenazado durante toda la reunión. Por eso se había aferrado a su silencio, y solo había hablado en alguna que otra ocasión, cuando los Sensibles habían pedido su opinión.

Ella tuvo la tentación de escribirles para preguntarles cómo se encontraban, pero fue sensata, pues eso hubiese supuesto tirar todo el esfuerzo por la borda. Por lo que siguió sus instintos y no escribió las misivas. Además, entre ellos habían acordado que la comunicación solo sería necesaria en el caso de que fuese imprescindible transmitir alguna noticia fatal, lo que significaba que el silencio era sinónimo de tranquilidad. Al menos, de momento.

Abandonó su ensimismamiento y observó que el fuego crepitaba cada vez con más fuerza. En el exterior, la noche seguía vistiendo el mundo; la bruja respiró hondo mientras sentía esa familiar presión en el pecho. Tristemente, había aprendido a controlarla, pero, a veces, podía con ella y le robaba el aire o la hacía llorar sin motivo. Era un sentimiento aterrador, por eso necesitaba controlarlo. Parpadeó varias veces, sintiendo como sus pesados párpados le rogaban que se levantase, que se metiese bajo las sábanas e intentase descansar. Necesitaba dormir, pero, simplemente, no podía.

Su mente parecía no conocer el silencio. Aun así, se obligó a ponerse en pie, se arrastró a la cama y se tapó con las sábanas hasta la cabeza. Entonces empezó un ejercicio mental que siempre le había servido en ocasiones como esa.

Enumeró en su cabeza todo lo bueno que tenía en su vida, evitando a toda cosa pensar en cosas negativas. Pensó en su nuevo negocio y en lo bien que iba. Pensó en la comodidad de la cama y la suavidad de las sábanas. Pensó en la situación de los Desertores y que ahora estaban a salvo, y eso era lo único que importaba. Y con la esperanza de que la investigación de los grimorios fuese fructífera, agotada, Endora se dejó abrazar, al fin, por el sueño.

Aquella noche no tuvo pesadillas y se despertó abrazada a Noam, que roncaba ligeramente junto a ella, descamisado. En ese momento, echó un vistazo al reloj de la habitación y vio que eran poco más de las ocho de la mañana. Con cuidado, salió de la cama, tapó a Noam y con el camisón a medio poner salió de sus aposentos en dirección al comedor. Podía oler el desayuno recién hecho. Al pie de las escaleras se encontró con Nathalie Moorhill y Francis Clearheart hablando. Ovidia se detuvo y se aferró fuertemente a la barandilla. No pretendía ocultarse, así que siguió bajando con intención de no molestarles.

—Buenos días, señora Moorhill y señor Clearheart.

Ambos interrumpieron su conversación y se giraron al escuchar la voz de la bruja.

—Vaya —dijo el señor Clearheart, que vestía un elegante traje y, pese a sus pronunciadas ojeras, lucía una sonrisa—. Parece que ya estamos todos.

Ovidia frunció el ceño, pero no tuvo tiempo de preguntar a qué se refería.

De la entrada que llevaba al salón, su padre, Theodore, apareció con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Papá! —Ovidia corrió hacia él y se lanzó a sus brazos. No pudo evitar mencionar el tema, pues sabía que su padre estaba al tanto de lo de Harvey—. ¿Qué pretende?

Esta vez no simuló su miedo, sino que lo sintió de verdad.

—Eso es lo que pretendemos averiguar, pero nosotros tres no podemos solos. —El pelo rubio oscuro de su padre tenía cada vez más canas y Ovidia notó el cansancio que reflejaban sus ojeras.

La responsabilidad que habían adquirido Francis, Nathalie y su padre era una muy grande y acarreaba demasiadas cargas. Pero, sin nadie que liderara la Sociedad, el ofrecimiento de Theodore para ese cargo fue algo que Ovidia supo que se daría tarde o temprano. Pues, como Noam le había contado en Londres, ellos tres formaban parte de una red mucho más grande que

Elijah Moorhill había empezado a diseñar para hacer cambios en la Sociedad.

Y la Bruja Negra veía que, a pesar de la terrible situación que estaba teniendo lugar ahora, ese trío iba a traer cosas buenas. O al menos, eso esperaba. Lo que no quería era perder a su padre por el camino.

—Vamos a desayunar. Noam sigue durmiendo, no ha pasado buena noche.

Ninguno últimamente pasaba buenas noches. Sin embargo, ese día por suerte ella había podido descansar. Siempre descansaba mejor junto a él.

Los cuatro se sentaron en la mesa para tomar el té mientras las criadas traían huevos revueltos, leche y pan tostado.

—¿Cómo está Jeannette? —preguntó Ovidia sentada junto a su padre. Nathalie y Francis, frente a ellos, conversaban en voz baja, pero la bruja quería algo de tiempo privado con su padre.

—Te echa terriblemente de menos, por lo que tal vez venga a visitarte. Hemos cogido una buena rutina en casa, pero se nos hace muy dura sin ti.

Theodore cogió la mano de su hija, y esta le mostró una sonrisa triste. Aún recordaba la conmoción en el rostro de su padre cuando le informó de que Noam le había ofrecido vivir allí; aunque él no había estado muy de acuerdo, al igual que Francis, ninguno de los dos se habían opuesto. Era imposible oponerse a las decisiones de Noam Clearheart.

En ese momento, este apareció medio dormido y se recompuso al ver quiénes se encontraban desayunando. Saludó a su padre y a Nathalie, y luego fue a darle un gran apretón de manos a Theodore.

—Suegro, ¿cómo se encuentra?

—Podrás llamarme así cuando te cases con mi hija, que, por cierto, espero que sea pronto.

Ovidia puso los ojos en blanco y escuchó que Francis musitaba algo que apoyaba las palabras de su padre. Noam la miró y lo que dijo la dejó anonadada.

—Puede que así sea.

El silencio que se hizo seguidamente era tan pesado que la Bruja Negra se hundió en él.

Nathalie Moorhill fue la que salió al rescate.

—Deberíamos marchar ya, caballeros. La política es madrugadora.

Theodore carraspeó e hizo una mueca amable a la señora Moorhill.

—Toda la razón. En marcha, Clearheart.

—Noam, ven, quiero hablar contigo a solas —dijo Francis mientras se levantaba de la mesa. Ovidia escuchó el suspiro de Noam desde donde estaba, pero obedeció y siguió a su padre hacia una esquina de la habitación. Señal suficiente para que ella, Nathalie y él saliesen de allí.

—Creo que será mejor empezar con nuestros quehaceres —afirmó Theodore cuando estuvieron en el pasillo, al pie de las escaleras de nuevo—. Ojalá hubiéramos tenido un rato más, hija mía. Pero intentaré volver pronto, ¿de acuerdo?

Los tres se dirigieron hacia la entrada principal, y Ovidia preguntó a Nathalie por Dorothea y Henry. Los jóvenes, ya más bien adolescentes, estaban recibiendo tutorías en casa debido a la cancelación de las clases de la Academia, ya que Nathalie quería que sus hijos siguieran con la instrucción. La joven lo entendió, pues esas edades eran claves para estar cuanto antes preparado tanto para la Sociedad Sensible como para la No Sensible.

Ya en el recibidor, Ovidia se puso de puntillas y abrazó a su padre con fuerza. No se había dado cuenta de lo que le había echado de menos hasta que le había visto salir de ese comedor. Theodore le dio un beso en la frente y, finalmente, rompió el abrazo. Se giró hacia Nathalie, que también aceptó uno más rápido y formal, y Ovidia vio cómo ambos salían hacia el carruaje, y su

padre ayudaba a la señora Moorhill a subirse a él. Segundos después Francis Clearheart apareció tras ella e, inclinando la cabeza de forma respetuosa y musitando un «señorita Winterson», bajó apresuradamente las escaleras, subió al carruaje y este desapareció por la entrada.

Tras él había aparecido Noam, que abrazó por la espalda a Ovidia y besó con suavidad su cabello cuando el carruaje estuvo lo suficientemente lejos.

—Debemos proseguir con la investigación —murmuró ella con desgana.

Se giró para encarar a Noam; un gesto amable y tierno en el rostro del chico.

—La verdad, me gustaría hacer de todo menos eso.

Suspirando, Ovidia asintió.

—¿Endora se ha levantado?

Noam negó y, al escuchar el nombre de su prima, la calma de sus ojos se tornó en preocupación.

—Yo también estoy preocupada por ella. Démosle tiempo. Esto no está siendo fácil, y cada uno lo llevamos de la forma que mejor sabemos.

—Me da miedo darle demasiado espacio y que piense que no nos preocupamos por ella —susurró Noam.

—Endora sabe diferenciar qué es la ignorancia y la preocupación. Y si cree que lo que estamos haciendo es ignorar su dolor es que no nos conoce lo suficiente. Y ese no es el caso.

—¿Por qué siempre encuentras las palabras correctas para reconfortarme?

—Es un don —se pavoneó ella, riendo—. Pero, ahora en serio… ¡Georgia!

Ovidia llamó a su doncella, la cual vino a paso apresurado con una escoba en las manos.

—¿Sí, mi señora?

—Levante a la señorita Endora. La esperamos en el estudio de Noam en quince minutos.

Asintiendo, la criada salió disparada hacia el piso de arriba. Y Ovidia supo que les esperaba un día eterno.

Lottie llegó a la mansión Clearheart poco después de las diez de la mañana y el caos que se encontró en el estudio de Noam fue importante. Pues había decenas de grimorios esparcidos por toda la habitación.

—Por lo que veo, ya habéis empezado —dijo entrando en el estudio y dejando su capa sobre el primer sillón que encontró.

—¡Lottie! —exclamó Ovidia, con un grimorio en la mano—. Menos mal que has llegado. Estamos repartiendo los grimorios entre los cuatro para que la búsqueda sea más rápida.

La recién llegada se dirigió hacia el escritorio principal, donde cinco tomos de considerable tamaño se encontraban abiertos. Endora, cómo no, se encontraba fumando mientras leía uno algo más fino, que parecía tener anotaciones.

Charlotte fue a hablar, pero la voz de Noam se impuso a sus palabras.

—Endora nos ha dicho de qué tipo de grimorios estamos hablando, y vamos a dividir el trabajo de lectura a partes iguales. Hay unos veinte, por lo que tocamos a cinco cada uno. Elige los que más te llamen la atención y me encargaré de traer papel y tinta.

—Necesitaré una buena taza de té.

—¿Tienes whisky, primo? —dijo por primera vez Endora sin levantar la vista de su manuscrito.

—Nada de alcohol en mi despacho. Ahora mandaré que traigan té. Empecemos cuanto antes.

De este modo dedicaron toda la mañana, y parte del mediodía, a analizar los grimorios asignados a cada uno. Charlotte se vio obligada a ponerse de espaldas a todos, pues le costaba concentrarse. Sobre todo, por las sonoras caladas que Endora daba a sus cigarros. Sí, en plural. Uno tras otro.

Se había empezado a acumular tanto humo en la estancia que Lottie, con disimuló, abrió la ventana que tenía frente a ella y los absorbió en sus manos para luego soltarlo fuera. Tras eso, prosiguió con su lectura.

Los grimorios sin duda eran densos y, aunque le encantaba estudiar, este tipo de hechicería estaba claro que no era lo suyo. Lo más sorprendente de todo era lo poco que había escuchado hablar de los hechizos o trucos que encontraba en el libro que había empezado a leer, que tenía una cantidad considerable de páginas.

Levantó la mirada en busca de alivio y vio la confusión que ella misma sentía en el rostro de sus compañeros. Pero también se dio cuenta de que Endora se hallaba completamente concentrada y tomando notas continuamente. Lottie frunció el ceño y se quedó mirando a la Desertora, que parecía ensimismada en su lectura, en el estudio de esos libros. Vio movimiento con el rabillo del ojo y observó que Noam se había percatado de cómo la había estado observando.

«¿Me oyes?», escuchó Lottie en su cabeza. Ella asintió, y Noam señaló a Endora, que no pareció inmutarse. «Siempre ha sido una estudiante excelente. Nunca lo admitirá, pero me comentó en su día que le hubiese encantado ser maestra. Y, como ves, disfruta estudiando», dijo él.

Y llevaba total razón. La Bruja de la Noche tan solo se levantó en dos ocasiones para estirar el cuerpo. En esos momentos Charlotte volvía a su libro y apuntaba ideas que consideraba importantes en sus notas.

El reloj del estudio de Noam dio la una de la tarde; Ovidia se estiró, suspirando.

—¿Tan solo llevamos tres horas? Se me han hecho eternas.

—Pues solo hemos empezado con el primero, cielo —comentó Noam, que había dejado la pluma en su tintero—. Necesito tomar el aire.

—Voy contigo —respondió Charlotte, que se levantó corriendo para unirse a su amiga.

No fueron muy lejos, permanecieron en el mismo pasillo que llevaba al estudio. Cruzándose de brazos, Lottie se apoyó en la pared, justo debajo de un cuadro con un paisaje costero. Ovidia se sentó en el alféizar de la ventana que había frente al cuadro, sin importarle los modales o el decoro, y preguntó a su amiga:

—Estás nerviosa y me da la sensación de que soy la culpable de que estés así.

—Oh, no me vengas con rodeos, Ovi. Conmigo no.

—¿Sigues tensa con Endora?

—¿Tensa? —Soltó una risa seca, negando—. Es ella la que parece tener algún problema conmigo. Es como sí…

Endora salió del estudio, cerró la puerta con cuidado y se dirigió hacia ellas; sus ojos fijos en la Bruja de la Tierra.

La cual tuvo que dejar sus palabras en el aire.

Lottie y Ovidia intercambiaron una rápida mirada y Ovidia arqueó las cejas con disimulo.

—Te he visto, pastelito.

—Tampoco trataba de disimular —mintió y se miró las uñas, distraída.

—Lottie, quería comentar algo contigo.

Ovidia permaneció quieta, observando el intercambio de miradas y quedándose al margen.

—¿Sí?

—Quería preguntarte acerca de las propiedades de unos ingredientes y sus compatibilidades.

—¿Para qué?

—He encontrado algo interesante, pero quiero aclarar unas dudas antes de tomar ese conjuro como una posibilidad.

—Está bien, ¿cuáles son?

—Para hacer amarres —contextualizó Endora, a lo que Charlotte asintió—. ¿Qué tipos de flores o plantas podríamos usar?

Charlotte lo sopesó, concentrada mientras Ovidia podía ver en su expresión.

—Depende del tipo de amarre. Si utilizas plantas que son compatibles por su naturaleza, el amarre será potente. Pero, en el caso de juntar hierbas opuestas, el resultado podría ser el no esperado.

—¿Hay alguna planta que sea compatible con todas?

—¿Como un comodín? —bromeó Charlotte, y Endora asintió, mostrando una mueca—. El romero. El romero se puede usar en todo.

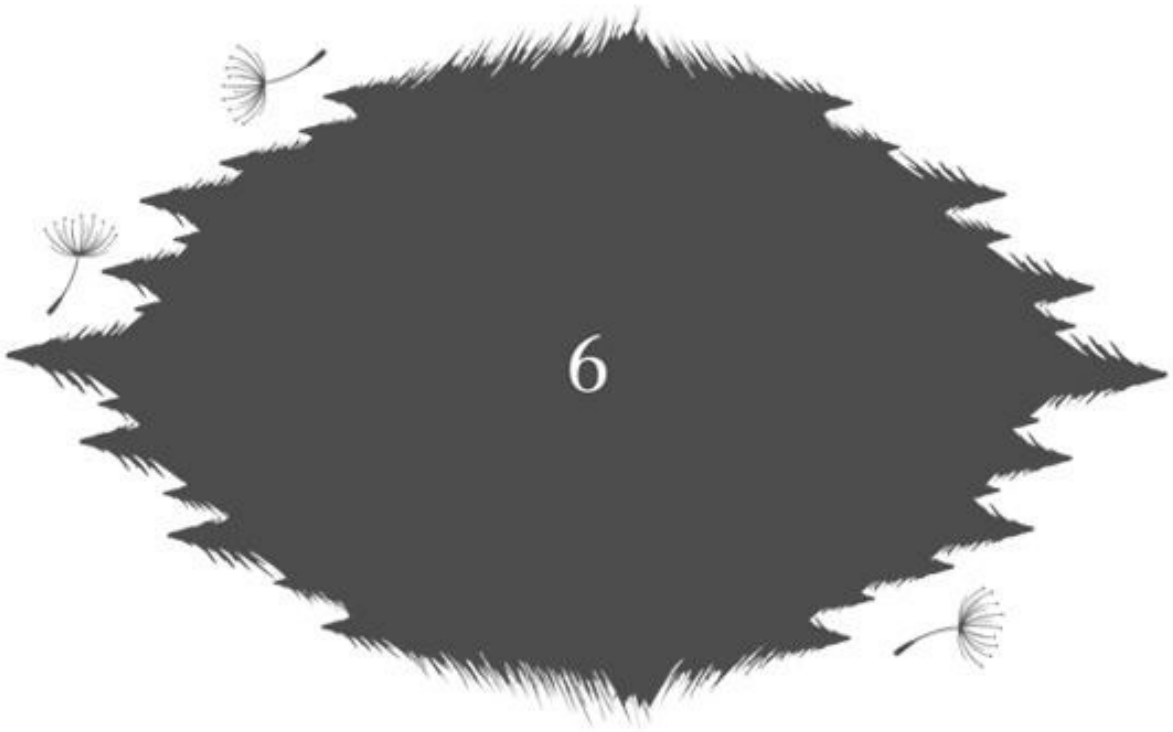
Ovidia apretó los labios, pero una risa silenciosa le hizo mover los hombros. Charlotte enarcó una ceja y preguntó:

—¿Y a ti qué te pasa?

—Nada, nada —empezó a decir Ovidia, dirigiéndose al estudio de Noam—. Es solo que acabáis de sorprenderme para bien. ¿Acabáis de tener una conversación civilizada? Enhorabuena. Seguid así.

Con su risa, Ovidia se bajó de la repisa y volvió hacia el estudio, no sin darse la vuelta antes. Las hiedras, que la habían acompañado en todo momento, se movieron por su carcajada.

Cuando se quedaron a solas en el pasillo, Charlotte y Endora se miraron, y la primera puso los ojos en blanco siguiendo a su mejor amiga y diciéndole lo graciosa e ingeniosa que era. Endora apretó los labios, intentando no reírse ante la ridiculez de la situación. Pero si era honesta, la verdad es que un poco de gracia tenía. Solo un poco. Y siguiendo a sus compañeras, ambas volvieron a leer los grimorios. Una tarea que las mantuvo ocupadas durante días.



1 de mayo de 1844. Winchester, Inglaterra

Endora apuntó la fecha en la esquina superior del papel donde escribiría sus siguientes anotaciones y se dio cuenta de que llevaba casi dos semanas lejos de Londres. Aquella era su estancia más extensa fuera de la capital desde que había abandonado la Sociedad, y lo más lejos que había estado de su nueva vida y de su libertad. Pero en aquel momento, las prioridades eran otras.

En el estudio de Noam, este había tenido que habilitar tres escritorios más, uno para cada bruja, pues las anotaciones y los grimorios abiertos se acumulaban. Y Endora cada vez estaba más exhausta y enfadada, pues, después de días de búsqueda, no habían encontrado absolutamente nada.

Afortunadamente, aquella noche era la fiesta de Beltaine. Esta no iba a ser gran cosa, pero Noam había sugerido hace unos días que organizasen una celebración íntima en la mansión, algo para distraerse del caos que estaba siendo todo aquello. Dicha celebración era esa tarde noche. Por lo que a Endora no le quedaba mucho más tiempo hasta tener que ir a cambiarse. Estaba revisando los últimos hechizos que había apuntado y que tal vez podrían servir, cuando vio movimiento con el rabillo del ojo y se encontró con Dorothea en la puerta del estudio, dubitativa.

La joven, junto a su madre y Henry, habían sido los primeros invitados en llegar a la fiesta, pero Endora no se había molestado en ir a saludarles. Ahora, el tiempo debía invertirlo en algo más importante. Aun así, se tomó un momento para mirar a la niña. Bueno, más bien a la adolescente, que la miraba a su vez con curiosidad desde la puerta.

—Me acuerdo de ti. Nos salvaste durante la batalla en el lago.

—No soy ninguna heroína.

—Discrepo. —Dio un paso adelante, curiosa—. Soy Dorothea, por cierto.

—Recuerdo tu cara y tu nombre, jovencita. Y, sí, puedes entrar. Se te notan demasiado las ganas —la invitó Endora apagando el cigarro que tenía en la mano derecha.

—No me importa que fumes —respondió la chica entrando en la habitación—. Papá fumaba.

—A mí sí. Y, por cierto, no lo hagas. Es asqueroso. Ven, siéntate conmigo.

La joven fue directa hacia la Bruja de la Noche y se sentó en la silla que había al lado de esta, observando las decenas de papeles llenos de apuntes y manchas de tinta esparcidas por todas partes.

—¿Qué es lo que buscáis exactamente?

—Un hechizo —respondió Endora, sentándose para encararla mejor.

—¿Brujas buscando un hechizo? No me lo esperaba para nada.

—Mírala, si hasta tiene su toque de humor —contestó Endora, enarcando una ceja.

—Te caigo bien, aunque intentes pretender lo contrario.

La Bruja de la Noche no respondió a eso, pero se percató de que la niña analizaba lo que tenía delante. Sin duda, era observadora. Eso se lo había notado desde el minuto uno.

Dorothea miró de nuevo el papel y lo escrito en los grimorios, y frunció el ceño, confusa.

—Es el mismo tipo de letra. ¿Los has escrito tú?

Endora cogió con cuidado el papel de sus manos y lo dejó con el resto de los apuntes. Se limitó a encogerse de hombros.

—Sí y no.

—Si están escritos por ti, está claro que no son las copias originales y que, si los has tenido que transcribir, estarían tal vez en inglés antiguo.

«Aparte de observadora, astuta», pensó Endora.

—De nuevo: sí y no.

—¿Y si existe el texto original de estos libros?

Endora la miró confusa y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir, Dorothea?

—Está claro que transcribiste estos libros para que tú misma pudieras entenderlos. Así que, si lo miramos de un modo sencillo, debe de haber un origen para toda esta información. Como un grimorio original.

—En realidad, nunca existe un manuscrito original como tal.

—¿Cómo es eso posible? —quiso saber con interés la joven pelirroja.

—Yo todo lo que he transcrito ha sido de diferentes manuscritos que contenían distintos temas. He unificado cosas y cambiado otras de orden, pero esto no es una copia exacta de sus libros originales, sino una adaptación.

—Seguro que ya has encontrado algo en el tiempo que llevas de investigación.

—Eres bastante listilla, ¿verdad?

—Se llama prestar atención.

—Y graciosa también. —Endora hizo una pausa, sopesando lo que decía la niña.

—A ti te gusta de verdad lo académico —observó Dorothea—. Es como si lo llevaras impreso en el alma.

—Es posible. ¿No te encanta la idea de estudiar a altas horas de la noche, con tan solo el crepitar del fuego a tu alrededor?

Dorothea apretó los labios, pero Endora lo vio; el brillo en sus ojos.

—La idea es atractiva. Pero… quería preguntarte algo.

—No creo que decirte que no sirviese de algo, así que ¿de qué se trata?

—¿Quiénes te dieron los manuscritos originales?

Endora sopesó la pregunta. Si era cierto que les había prometido discreción a sus contactos, era complicado y bastante hipócrita no contarle el origen de todo eso, ya no tan solo a Dorothea, sino al resto.

—¿Por qué lo preguntas?

—Si no has encontrado nada en tus transcripciones, tal vez sería buena idea ir al lugar donde se encuentran los manuscritos originales. Puede que allí encontréis respuestas.

Endora la miró, frunciendo el ceño, pues, en realidad, no era una idea tan descabellada. Complicada sí, pero posible.

—¿He dicho algo malo? —preguntó preocupada ante el silencio de Endora. Esta negó rápidamente, ofreciéndole una mueca.

—Al contrario. Creo que acabas de ahorrarnos mucho tiempo, Dorothea.

En ese momento, Ovidia se asomó y un atisbo de sorpresa ante la escena que se encontró apareció en su rostro. Recomponiéndose, dijo:

—Debemos empezar a prepararnos para la fiesta. No será gran cosa, pero creo que podemos dejar esos libros por unas horas. Dorothea, ¿me acompañas?

Esta asintió y levantándose, abandonó la habitación no sin antes girarse para mirar a Endora y dedicarle una media sonrisa.

La bruja se habría encendido otro cigarro en otras circunstancias, pero se levantó al sentir que ella también necesitaba distraerse un poco; aunque solo fuese un ratito.

Por lo que de un chasquido apagó todas las velas y la chimenea, y se dirigió hacia sus aposentos pensando ya en qué se iba a poner para la modesta (palabras textuales de su primo) celebración.

La lluvia había cesado hacía unos minutos, pero el cielo seguía encapotado y gris. Y aunque Charlotte deseaba que el atardecer fuese de los tonos anaranjados que tanto añoraba, supo que todavía quedaba para el dulce verano, su estación favorita.

El carruaje los llevó por las afueras de Winchester, que es donde vivía Charlotte. Hacía tiempo que no iba por el centro, pues las contadas ocasiones en que lo hacía era para ir a buscar a Ovidia, ya que la Academia también se encontraba a las afueras de la ciudad. Tampoco es que a ella le gustasen las grandes aglomeraciones, por lo que agradecía vivir cerca del campo.

Sus padres estuvieron más callados de lo habitual durante el viaje, pero las circunstancias tampoco permitían tener los ánimos por las nubes. Gracias que estaban yendo hacia la celebración. Esa era la primera vez que acudían a una desde lo que pasó en Yule. Ni Imbolc ni Ostara se celebraron, no al menos a lo grande. Lottie supo de gente que había organizado celebraciones íntimas en sus casas, y ella misma había hecho rituales junto a sus padres. Pero solo con ellos. Ni ella ni su familia se habían reunido ni con los Clearheart ni con los Winterson, lo que hacía de esa celebración algo especial, pero a la vez impactante. Además, tampoco es que hubiesen podido celebrar por todo lo alto aquellas fechas señaladas. La Academia, punto de encuentro y lugar de celebración del calendario de la Sociedad, había cerrado sus puertas y el curso académico había sido suspendido hasta el septiembre siguiente para que la situación política, y sobre todo moral, de la Sociedad se solucionase.

El carruaje entró en los terrenos de los Clearheart y enfiló por el camino principal de la

mansión, reduciendo considerablemente su velocidad.

—¿Emocionada, Lottie? —preguntó su padre, rompiendo el pesado silencio. Sus ojos azules, un reflejo de los suyos propios, la observaron, pero sin ese brillo habitual que siempre portaba Phillip Woodbreath.

—Expectante por cómo será la celebración.

—Sin duda se nota que son de las familias más adineradas de la zona —comentó Marianne para sí misma, mirando a través de la ventana del carruaje.

Charlotte y su padre intercambiaron una mirada de «no se puede estar callada». Aunque ya estaban acostumbrados a los comentarios de la señora Woodbreath, pues siempre que podía, comparaba todo con todo. Lottie no culpaba a su madre. Esta se había criado en una familia bastante pobre en comparación con la de su padre, y las comparativas eran algo que ella siempre había llevado en su sangre. Lo malo era cuando la comparada con los demás era ella, cosa que temía que sucediese esa noche.

El vehículo se detuvo en la entrada y el cochero les abrió la puerta. Phillip ofreció ayuda a su mujer y a su hija por igual. Los tres iban vestidos con colores típicos de Beltaine, unos tonos verdosos y blancos que resaltaban sus tonos de piel, lo que evidenciaba la conexión tan íntima que tenían los tres entre sí.

Al final de las escaleras que llevaban a la entrada principal de la mansión, Francis y Noam les esperaban para darles la bienvenida. Sin embargo, no había ni rastro de Ovidia ni de Endora por ningún lado.

Se bajaron del carruaje con cuidado, y su madre no tardó en preguntar:

—¿No está? —musitó Marianne por lo bajo a su hija cuando Phillip fue a darle indicaciones al cochero para cuando fuera a recogerlos.

Charlotte la miró con el ceño fruncido.

—¿De qué hablas, madre?

—¡La señorita Clearheart! ¿No está?

«Oh, no. Lo que me faltaba», pensó Lottie.

—Sé que lleva instalada en la mansión desde hace unos días —obvió mencionar que ella misma la había ido a buscar a Londres. Había cositas que Lottie no compartía con sus progenitores—. Por lo que asumo que atenderá la celebración.

Marianne no respondió. Simplemente ofreció una mirada a su hija de puro brillo, curiosidad y diversión.

—No, no, madre, ni se te ocurra.

—Me encantaría conocerla —insistió la señora Woodbreath; su tono era un mero susurro—. He de decir que, cuando la conocimos el pasado diciembre, me pareció una mujer con un gran porte. Y era extremadamente bella. Destacaba entre la multitud.

«Qué me vas a contar», pensó la joven.

Aun así, declaró con firmeza:

—La conocerás, por supuesto, pero sin ningún tipo de contexto extraño.

—Ahora la que no te sigue soy yo, querida.

—No hay nada entre nosotras —le advirtió Lottie, con los ojos sumamente abiertos—. No al menos como era… antes.

Su madre se puso rígida y, por instinto, cogió las manos de su hija.

—Oh, Arabella…

—Así que —añadió Lottie antes de que la pena de su madre la embriagase una vez más—

abstente de miradas o comentarios de ningún tipo, *mathair*. Es la primera celebración desde que pasó todo aquello y merecemos pasarlo bien.

Marianne Woodbreath asintió. Cuando su marido apareció, ella se recompuso. Él ofreció un brazo a cada una de las mujeres de su vida.

—¿Entramos?

—Por supuesto, padre.

Los Woodbreath entraron en la mansión y se dirigieron hacia el comedor principal.

Los Woodbreath habían sido los últimos en llegar. Endora los había visto desde uno de los ventanales de los pisos superiores. El cielo estaba encapotado y una llovizna chocaba en el cristal, frío y duro, contra el cual estaba apoyada la bruja, sentada sobre el alféizar. El cúmulo de voces y de un piano le dio la bienvenida por las escaleras que llevaban al piso principal, y respirando hondo, supo que había llegado la hora. Era irónico que, adorando las fiestas como ella las adoraba, en ese preciso instante lo único que quería era encerrarse en su habitación. Tal vez podría soportar la celebración con un par de copas. O quizá más.

Ella bajó las escaleras despacio, sujetándose el simple pero llamativo vestido. La bruja había decidido ir acorde con la celebración y había escogido colores más azulados en lugar de violetas. La falda no era muy pomposa, a pesar de que seguía la moda vigente; el vestido tenía un estilo más de la época del reinado de Jorge III que de la reina Victoria. Aun así, llevaba el cabello suelto adornado con una corona de trenza.

Cuando llegó al pasillo del piso principal, se irguió y se dirigió hacia el salón, cuya puerta se encontraba entreabierta. Un aire cálido le dio la bienvenida desde la estancia, y durante unos instantes, Endora Clearheart se sintió demasiado fuera de lugar. La estampa era tan familiar, tan acogedora, que dolía.

Hasta que Ovidia la vio. Entonces ella dejó la charla con su padre a medias y corrió a darle la bienvenida sonriendo de oreja a oreja.

—¡Has bajado! Creía que te quedarías encerrada en tus aposentos.

«Poco me ha faltado», pensó Endora.

—Me vendrá bien desconectar un rato. ¿Estamos todos?

—Sí. La cena está a punto de servirse, pero estamos aquí charlando un poco. Ven, le estaba contando a mi padre lo que estamos haciendo con los grimorios. Quiere preguntarte mil cosas acerca de ellos.

Ovidia la arrastró por la estancia, y saludó a Nathalie Moorhill con la cabeza, la cual le devolvió el gesto. Esta se encontraba con sus hijos hablando delante de la chimenea y, al fondo, Noam tocaba una pieza para piano mientras conversaba con el padre de Lottie.

Esta estaba hablando con su madre y su tío Francis y, por un lado, agradeció que Ovidia la llevase a un lugar donde poder ignorar a la chica.

—¡Volvemos a vernos, señorita Clearheart!

—Endora, por favor. Lo de señorita es demasiado formal.

—Theodore para ti, entonces. —Este le ofreció la mano y Endora se la estrechó en un gesto que el hombre interpretó como de satisfacción—. Supongo que mi hija ya te habrá dicho que tengo algunas preguntas.

—Algo ha comentado. —Endora le guiñó un ojo a Ovidia y esta se encogió de hombros. Las hiedras la rodeaban, ataviadas con un vestido anaranjado y verde que resaltaba sus cálidos rasgos

—. ¿Qué quiere saber?

Theodore le hizo una serie de preguntas durante los siguientes minutos que Endora respondió con gracia y serenidad. Se notaba que ese hombre era tranquilo y pacífico, pero, sobre todo, respetuoso. Endora podía ver cómo Ovidia miraba a su padre con una admiración única.

En ese momento se escuchó el ruido de otro carruaje que se adentraba en el camino principal de la mansión, y Endora vio cómo Francis y Noam intercambiaban una mirada para luego mirarla a ella.

«No. No. No. No», se dijo la joven.

Endora se dirigió hacia la ventana de forma casi violenta y el corazón le dio un vuelco al reconocer el carruaje en el que ella misma se había montado en diversas ocasiones. Las puertas de este se abrieron y la bruja tuvo que apartarse de la ventana, mirando a su tío con una rabia y enfado evidentes.

—Endora…, no te lo tomes como algo personal, por favor —le pidió Francis mientras salía a recibirles. Ella sintió las miradas de todos los presentes, y la música del piano se detuvo. Un segundo después, Noam estaba a su izquierda.

—Ven conmigo. Puedo…

Endora se apartó del agarre de su primo, controlándose para no irse de la lengua.

—No me toques.

Ella salió disparada de la sala, siguiendo a su tío y vio cómo este cruzaba la esquina hacia el recibidor principal. Entonces las grandes puertas de la mansión se abrieron y el sonido de la lluvia, mucho más potente que antes, inundó la estancia. Sintió pasos tras ella, pero no se volvió para comprobar quién era, hasta que escuchó su voz.

—¡Endora, espera! —la llamó Lottie. Ahora sus pisadas se hicieron más urgentes.

La chica se dirigió a toda prisa hacia la puerta principal y vio cómo un par de guardias corrían a abrir las puertas del carruaje. Apretando los dientes, la bruja se preparó para lo peor. Pero cuando las puertas se abrieron, los criados tan solo sacaron un par de cajas bastante pesadas y nada más.

Francis le ofreció una rápida mirada que Endora no apreció. Miró las dos cajas que los guardias depositaron en el suelo y Francis leyó una carta que venía con ellas.

—Mi hermano y su mujer nos desean un feliz Beltaine, pero lamentablemente no pueden venir, pues se encuentran indispuestos.

—Buena excusa —escupió Endora, aún mirando aquel carruaje tan familiar y donde tantas cosas habían pasado.

Ambos escucharon pasos tras ellos y Endora vio en el umbral entre el pasillo y el recibidor a Charlotte, que la observaba con preocupación. Mientras la chica la seguía, sintió que toda la angustia que había aparecido, tan familiar y peligrosa, se desvanecía ante la presencia de Charlotte.

—Debería haberte avisado, sobrina, lo sé.

Francis irrumpió en sus pensamientos y la bruja parpadeó, consciente.

—No lo dudes —respondió esta, lanzándole una mirada gélida—. La verdad, me quedo más tranquila sabiendo que no están.

Francis asintió, serio.

—¿Volvemos?

Endora asintió a su vez y con paso decidido entró en la mansión, pasando de largo y dejando a Lottie en el umbral de la puerta. Francis y la joven Woodbreath intercambiaron una rápida

mirada antes de dirigir sus ojos a Endora. La bruja no miró atrás.

Todos ocuparon sus asientos en la larga mesa, que se encontraba repleta de bandejas con aperitivos hechos de ingredientes propios de la época del año. A Lottie se le hizo la boca agua. A su izquierda Ovidia se sentó. Noam encabezó la mesa a su lado mientras en la otra punta se encontraban Francis y Endora. Theodore se había sentado frente a Ovidia; Nathalie a su lado y justo enfrente de Charlotte y, más allá, Dorothea y Henry. A la derecha de Lottie, se encontraban su madre y su padre, cerrando así la mesa.

La velada transcurrió con una conversación constante y Lottie, por primera vez en mucho tiempo, se sintió en paz y cómoda. Bromeó con Ovidia, y sintió calma al ver cómo su madre establecía una conversación normal con Nathalie y el resto de los presentes. No pudo evitar observar cómo Endora hablaba animadamente con Henry, que se encontraba a su derecha y, cómo en más de una ocasión, sus miradas se habían cruzado y su corazón había dado un vuelco.

Noam había prometido una velada modesta, y había cumplido. Tras la cena todos volvieron al salón, donde él y su padre tocaron el piano y el violín respectivamente, mientras el resto de los presentes bailaban o se limitaban a escuchar la melodía. Nathalie había instado a Dorothea a cantar, pero esta se había negado en redondo, completamente roja de la vergüenza.

Charlotte se quedó en el umbral de la puerta y sintió que alguien paseaba cerca y, en un momento dado, se paraba a su lado. No le hizo falta verla. Reconocería ese aroma en cualquier parte.

—Lottie, ¿podemos hablar?

La Bruja de la Tierra levantó la cabeza, y lo que se encontró la dejó sorprendida, pues la intimidad que halló en los ojos de Endora le hizo saber que aquello era importante.

—Sí…, claro. Te sigo.

Ambas dejaron la celebración y fueron hacia la sala de música, donde Charlotte cerró la puerta tras de sí.

—No te retendré por mucho rato —le aseguró Endora, con una gracia en sus movimientos y una seguridad que hizo tragar saliva a Lottie.

—Está bien. Cuéntame entonces. ¿Qué ocurre?

—¿Estamos teniendo una conversación normal? No me lo puedo creer, florecilla. ¿Qué nos ha pasado?

Charlotte suspiró, levantando la vista hacia el techo. Debería haberse tomado una copa. Lo habría hecho si hubiese sabido que aquella conversación iba a tener lugar.

—Déjate de bromas, por favor. Odio que me dejes en ascuas. Y ni se te ocurra hacer una broma con lo que acabo de decir.

Endora levantó las manos, fingiendo inocencia, y tras eso, dejando toda broma a un lado, respiró hondo.

—Simplemente quería darte las gracias por lo de antes.

Charlotte arrugó la frente, extrañada.

—¿Lo de antes?

—Cuando has venido tras de mí a pesar de que claramente no estaba para hablar con nadie. Si hubiese estado mi madre, habrías visto una parte de mí poco agradable.

—No hace falta que me las des. He visto tu reacción y, aunque no sé qué relación tienes con tus padres, en cuanto he visto cómo le has apartado la mano a Noam he pensado que algo iba mal.

—Eso. He de disculparme con él. No ha estado bien por mi parte.

Charlotte asintió y vio a Endora dubitativa, pero, al final, rompió las distancias y se acercó a ella. Ahora apenas había un metro de separación entre ellas.

—También quería darte las gracias por venir a Londres. Por preocuparte.

Charlotte entreabrió los labios inconscientemente, para luego tragar saliva.

—¿Estás borracha?

—Me he tomado un par de copas —confesó la bruja—, pero no, estoy en mis cabales.

Aquello empeoraba las cosas.

—¿Whisky? —se atrevió a preguntar Lottie. Y lo vio. Vio cómo Endora se daba cuenta de que le estaba siguiendo el juego.

Esta última negó con la cabeza, divertida.

—Champán. Por eso no me ha subido tanto.

—No hueles a tabaco.

—Había niños. Bueno, adolescentes —se corrigió de manera cómica—. Hay que tener un poco de decoro, Lottie.

De algún modo, habían roto la distancia; sus cuerpos casi rozándose. Charlotte respiró hondo y en el fondo sabía —muy muy en el fondo— que todo aquello era una mala idea. Una completa, estúpida y absurda idea, pero sus pies no se movieron y la anclaron en el sitio.

Endora bajó su mirada hasta el vestido de la chica y tragó saliva, humedeciéndose los labios, teñidos por un pintalabios de tonos rosados, a diferencia de los púrpura que solía llevar.

—No lo digas —afirmó abruptamente la chica, lo que hizo que Endora la mirase aún más confusa.

—¿El qué?

—Lo que sea que se te esté pasando por la cabeza. No digas nada, por favor.

—Vale. No diré nada.

Tal vez no habló con sus labios, pero sí que lo hizo con su cuerpo. Y Charlotte se alarmó, a pesar de que ya lo había visto venir. Iba a besarla. Por supuesto que iba a besarla. Charlotte vio que sus ojos grisáceos se entrecerraban y cómo, de nuevo, se humedecía los labios, esperando a que ella respondiese a sus gestos.

La bruja dio un pequeño paso hacia Endora, y sus narices se rozaron. Y la familiaridad del gesto hizo que ambas suspirasen, cerrando sus ojos al unísono. Dolía. Dolía tanto que Lottie volvió a sentir ese tirón en las costillas, ese nudo en la garganta. Esa adrenalina en su sangre cuando el suspiro de Endora se entremezcló con el suyo. Cuando sus anhelos se entremezclaron.

—Dime que pare —musitó Endora; sus labios moviéndose y rozando los de Lottie.

Esta negó con la cabeza despacio. Ese simple roce le había provocado chispas en todo el cuerpo.

—No puedo.

El estruendo de las puertas de la sala de música abriéndose fue lo que las obligó a separarse.

Charlotte se apartó inmediatamente de Endora, fingiendo arreglarse las faldas, mientras esta se quedaba en el sitio y fulminaba con la mirada a su primo.

Noam se había quedado con la mano agarrada al pomo, y sabía que esa noche Endora le mataría en sus pesadillas.

—Vengo a buscar otro violín —se excusó entrando en la estancia con paso cuidadoso—. Se ha roto una de las cuerdas del que estábamos utilizando.

—Yo ya me iba —musitó Charlotte, recomponiéndose mientras se dirigía hacia la puerta—. Mis padres se preguntarán dónde estoy.

No se atrevió a mirar a Noam a los ojos y, respirando hondo, se enderezó. Entonces volvió con paso decidido al gran salón, donde la música del piano y la conversación seguían fluyendo. Y Lottie se prometió que, en cuanto volviese a casa, aliviaría el calor que repentinamente había aparecido en sus partes íntimas.

Endora dedicó lo que quedaba de noche a charlar con el resto de los invitados, y Charlotte lo agradeció. Poco antes de la medianoche abandonaron la mansión Clearheart y volvieron a casa, comentando animadamente la fiesta mientras Lottie notaba cómo sus padres estaban algo más achispados de lo habitual en situaciones parecidas a esa, al igual que ella.

En cuanto llegaron a casa, su doncella la ayudó a subir a sus aposentos, pero la despachó pronto porque quería tener unos minutos para ella misma. Se dio un baño rápido, se puso su camisón y se metió en la cama, escuchando cómo la lluvia ahora se había convertido en una tormenta potente. En ese momento el reloj de pared marcaba casi la una de la mañana, pero por una razón evidente, no podía conciliar el sueño. Así que hizo lo que se había prometido horas antes.

Lottie se levantó y abrió la puerta de su habitación. Los ronquidos de sus padres, que descansaban al otro lado del pasillo, le confirmaron que toda la casa dormía. Aun así, tras cerrar la puerta, cogió la silla de su escritorio y la apoyó contra el picaporte para que nadie pudiese entrar. Se dio la vuelta y, lentamente, se sentó en el suelo, frente al espejo que había junto a su armario. Una vez allí, se subió el camisón y las pocas velas que iluminaban la estancia junto al potente fuego del hogar le proporcionaron una vista de sus partes íntimas, húmedas e hinchadas, lo que le hizo soltar un leve gemido.

Hacía tiempo que no se había tocado mirándose a sí misma. La última vez, meses atrás, Endora se lo había recomendado. Y ahora, la urgencia de la situación requería que lo hiciese de nuevo. Así que se quitó el camisón con rapidez, y con el cabello suelto y cubriéndole los hombros, bajó la mano derecha hasta su sexo, mordiéndose el labio ante el placer que sintió en cuanto rozó sus palpitantes labios.

No era justo. Le parecía indecente, tras todo lo que había pasado, que aún se sintiese de esa manera con tan solo el roce de los labios de Endora. Ni siquiera se habían besado, y Charlotte ya estaba así. Imaginó que Endora estaba tras ella, que la animaba a seguir y que murmuraba su nombre una y otra vez mientras amasaba sus pechos, cuyos pezones ahora se encontraban completamente erectos.

Lottie arqueó la espalda mientras introducía un dedo dentro de ella y soltaba un suspiro controlado. El crepitar de la chimenea ayudó a mitigar el sonido de sus gemidos y de los fluidos que se movían en su intimidad y por sus manos. Entonces imaginó que su mano era la de Endora, que la torturaba con ese ritmo tan experto de la chica y que la anclaba al suelo mientras le besaba el cuello y le decía cosas tan indecentes e indecorosas. Mientras se recreaba en esa escena, Lottie no se dio cuenta de que estaba manchando el suelo. Dejándose caer sobre este, que se hallaba frío, sacó el dedo y empezó a masajearse el punto de más placer de esa manera que había descubierto hacía unos años y que le volvía loca. Y se imaginó que, en lugar de sus dedos, eran

los labios de Endora. Los labios que hacía horas habían rozado los suyos.

La visualizó agarrándola de las piernas, gimiendo contra su sexo, y Lottie tuvo que coger el camisón que había caído a su lado y morderlo; los gritos de su garganta ahogados por la poca cordura que quedaba.

Mientras seguía mordiendo el camisón, con la mano libre se masajeó los pechos, que no dejaban de moverse debido a los movimientos que sus caderas hacían involuntariamente. Sintió cómo su mano se empapaba y el ritmo iba en aumento hasta que tuvo que soltar el camisón, reincorporarse y apoyarse mientras se miraba al espejo; su cuerpo lleno de sudor frío y el cabello pegado a la sien. Entonces sintió el éxtasis durante unos segundos llenos de placer y gloria.



5 de mayo de 1844. Winchester, Inglaterra

Habían pasado casi tres semanas desde su llegada a Winchester y el inicio de la búsqueda de alguna solución en los grimorios, pero la situación iba empeorando.

La parte positiva —si es que había algo bueno en todo aquello— era que Harvey no había causado ningún revuelo más. No al menos uno de dominio público.

Ella y el resto se encerraban todo el día en el estudio de Noam. La lista de posibles hechizos se había reducido a menos de diez y Endora había sido la encargada de comparar la naturaleza de estos, las diferencias en los procedimientos a la hora de realizar cada conjuro y los diversos resultados que podían salir de ahí.

Hechizos de pentagrama. Hechizos de pentáculo. Un tanto distintos pero parecidos en su naturaleza. Los procedimientos eran similares, pero los ingredientes eran lo que variaba. Un cabello de cada uno de los participantes en el hechizo. Saliva. Tierra mojada tras una tormenta de luna creciente. Pétalos de ciertas flores disecados. Todos ellos eran hechizos insignificantes para la tarea que se traían entre manos.

Y, por si fuera poco, esos últimos días, la conversación que tuvo con Dorothea la tarde de Beltaine había vuelto a su cabeza. Eso era lo único que había apartado de sus pensamientos, el intento de beso que compartieron Lottie y ella en la sala de música. Y ese casi había sido lo mejor. ¿En qué narices estaba pensando?

Ahora, llegando de nuevo al estudio de Noam, los ánimos estaban cada vez peor. Y supo que, lo más probable, era que tuviesen que buscar algo mucho más antiguo. Mucho más primario. Y eso significaba compartir información delicada con el resto.

Pero, después de días de monólogo interior, Endora había llegado a la conclusión de que la

confianza no se daba, sino que se ganaba. Y, por lo tanto, sabiendo el riesgo que corría al compartir dicha información, decidió seguir adelante de todas maneras.

—Tal vez deberíamos buscar una alternativa a la idea de encapsular tu poder —dijo tras anunciar que los hechizos recopilados serían inservibles—. Ya dijimos en su día que nada de pactos de sangre. Ya sabemos cómo les fue a los hijos de Angelica.

»Pero, seamos honestos, no hay registros de ningún tipo de hechizo, aparte de ese, que consiga guardar la magia de forma permanente en algún lugar u objeto.

—Entonces ¿qué sugieres que hagamos? —preguntó Ovidia, que llevaba el pelo suelto cayendo por uno de sus hombros. Sus hiedras estaban vibrando más de lo normal y estaba cansada.

En realidad, todos lo estaban.

Endora respiró hondo y, apoyando los codos sobre su escritorio, dijo:

—Vamos a poner las cartas sobre la mesa —afirmó con el tono que usaba cuando quería atraer la atención de todos—. Estos grimorios los transcribí meses después de irme de la Sociedad. Me pasé semanas transcribiendo día y noche mientras lanzaba un negocio que…, en fin, vamos a olvidar. Los devolví en cuanto acabé las transcripciones a sus propietarios originales, pero hice un buen trabajo. He estudiado estos libros durante años y, aunque no me ha hecho falta realizar más conjuros que aquellos que hice cuando vinisteis a Londres en busca de mi ayuda y efectuamos los Rastreamientos, os digo que sí, puede que estos hechizos lleguen a surtir efecto. Pero estamos hablando de encapsular un poder puro, primitivo, para la eternidad. Y no es tan fácil.

»Creía de verdad que, si todos investigamos, tal vez encontraríamos algo, pero ahora la única solución que veo…

La bruja se obligó a hacer una pausa, sopesando terminar la frase.

—¿Y bien? —dijo Noam.

—Tiene que haber una alternativa —añadió Charlotte—. Tú siempre tienes un plan B, Endora. Siempre.

—Ni se te ocurra sugerir que debería quedarme embarazada.

Endora levantó las manos a modo de defensa.

—No he dicho nada.

—Mejor —advirtió Ovidia con intensidad—. Y Charlotte tiene razón. Siempre tienes un plan de repuesto por si el primero sale mal.

Endora se mordió la lengua y volvió a pasarse una mano por el pelo, que también llevaba suelto.

—Te lo estoy viendo en la cara, prima. —Noam se cruzó de brazos, componiendo una pose autoritaria—. Habla de una vez.

—Tráeme una copa —exigió cerrando los ojos y preparándose para lo que iba a contar.

—Lo contarás sobria —demandó Noam.

La estirpe Clearheart se estaba desafiando y eso nunca era bueno.

—¡Ya me he tomado tres copas esta mañana, Noam! —le gritó a su primo—. Os contaré mi maldito plan B, pero necesito un trago antes de contarlo, ¡porque no es tan fácil como pensáis!

Arrastrando su silla a un lado, Endora se puso las manos en las caderas y resopló. Era mentira que ya había bebido, pero había que dar cierta imagen. Y ahora sí que necesitaba esa copa.

Tras ella oyó el ruido de un vaso chocando con su escritorio, que rompió el silencio que se había hecho en la habitación. Endora notaba sus miradas preocupadas, pero no le importó. No

debía importarle. Se giró, cogió la copa y se la bebió de un trago. Después colocó la copa vacía junto a su tintero, apoyó las manos sobre el escritorio y dejó caer todo su peso sobre él. Y entonces los miró a los ojos, uno por uno, antes de hablar.

—Tenéis que entender que lo que os voy a contar hará que rompa una promesa, y eso me traerá ciertas consecuencias.

Los tres asintieron y esperaron ansiosos a que Endora prosiguiese.

—El día de la fiesta de Beltaine, Dorothea vino al estudio y estuvimos hablando. Sugirió una idea que yo había sopesado ligeramente, pero que había descartado. Así que os lo explicaré todo para que tengáis contexto.

»Esa pequeñaja descubrió al momento que los grimorios los había transcrito yo. No pongáis esas caras de sorpresa. La letra de todos los libros es la misma.

—Entonces ¿los textos originales en qué idioma estaban?

—La mayoría en inglés antiguo. Pero eso no es importante. La cuestión es que me preguntó sobre los textos originales cuando supo que no lo eran. Entonces le expliqué que tuve que pedir permiso para transcribirlos a las personas que me los dieron.

»Debéis entender que les debo muchísimo ya por el simple hecho de que me otorgasen tal confianza. Y aquí está mi plan B: visitar a mis contactos, que me dejen consultar de nuevo los manuscritos originales, encontrar en ellos ese hechizo que nos trae por el camino de la amargura y, por último, ir a por Harvey.

Hubo una pausa larga tras sus palabras. Endora se dirigió hacia el sofá que había junto al gran ventanal alto y se dejó caer en él echando al cabeza hacia atrás y suspirando de puro agotamiento.

—Entiendo que —Ovidia rompió el silencio, acercándose a ella— les prometiste que no contarías nada de esto a nadie.

—Supones bien —susurró Endora.

—Has roto una promesa por nosotros, Endora. —Esta miró a la Bruja Negra, que fue a sentarse junto a ella, lo que hizo que la ahora *exmadame* tuviese que apartarse ligeramente—. Es algo que jamás olvidaremos.

—¿Puedes contarnos cómo los conocisteis? —La voz de Charlotte parecía lejana. Ella ahora se había situado junto a Noam, quien se miraba las uñas perdido en sus propios pensamientos. No obstante, Endora sabía que él estaba atento a la conversación—. A los que te dieron los grimorios que transcribiste.

—Fue pocos meses después de llegar a Londres —empezó a explicar Endora, reincorporándose y estirando la espalda—. En el equinoccio de otoño. Harvey… Harvey quiso llevarnos a mí y a los pocos Desertores que por aquel entonces formaban parte de mi negocio a hacer un ritual nocturno en un bosque a las afueras de la capital. Salimos por la mañana temprano y, al cabo de unas horas, llegamos allí y empezamos a preparar todo. Estábamos en un claro grande y no éramos más de diez en total.

» Hicimos una gran hoguera y, bueno, lo que se hace en estas celebraciones. Tras pocos minutos de la puesta de sol, aparecieron varias figuras encapuchadas en el límite del prado con la arboleda. Fui la primera en darme cuenta, no quise parar la celebración y los encaré. Resultaron ser amables y querían unirse a la celebración, pues también estaban celebrando el equinoccio, así que les dejamos. Después de eso, mantuvimos el contacto, hasta que me hablaron de estos grimorios y les mostré mi interés por los libros. Les convencí y les pedí permiso para transcribirlos. Aceptaron y… hasta ahora.

—Genial. Una historia enternecedora —musitó Charlotte, masajeándose la frente—. Ahora bien, ¿dónde se encuentran esos manuscritos? ¿Los tienes?

Endora negó con la cabeza y se pasó una mano por el pelo.

—Os lo he dicho. Las personas que me prestaron los grimorios me los pidieron de vuelta una vez que acabé mis transcripciones. Así que es a ellas a quienes tenemos que acudir.

—¿Y quiénes son? —preguntó Charlotte rodeando su escritorio y apoyándose en el borde de este—. ¿Desertores?

—Ojalá lo fueran —exclamó Endora haciendo una mueca.

Charlotte, Noam y Ovidia se miraron. Esta última fue la siguiente en hablar; sus ojos castaños estaban más oscuros por el día grisáceo.

—Pero estamos hablando de Sensibles a la magia, ¿verdad?

Endora respiró profundamente durante largos segundos y luego negó con la cabeza.

—¿Dónde narices te has metido, Endora? —gruñó preocupado Noam—. Ahora en serio, ¿quiénes son?

—Algunos los consideran meras leyendas. —Sus palabras hicieron que su vello se erizase y las posiciones de los tres se tornaron rígidas con la última en concreto—. Seres que viven en los bosques más profundos de este mundo. Algunos mitos dicen que lo último que tienes que proporcionarles es tu nombre. Si les das tu nombre, estás condenado.

»Quienes se han criado con estas historias, les definen con muchos nombres, pero el más conocido es Sidhe.

—¿Cómo has dicho?

Endora levantó la cabeza y una expresión de sorpresa cruzó su rostro al darse cuenta de la palidez de Charlotte, que había dejado caer sus brazos, estupefacta.

«Lo sabe. Sabe de quiénes estás hablando», pensó.

—Creo que me has oído perfectamente, Lottie. —Endora no quería tener que repetir la palabra. Se estaba arriesgando demasiado contando todo eso.

—Mi abuela me contaba historias sobre ellos de pequeña —prosiguió, acercándose poco a poco a la bruja; sus pasos lentos y los tacones de sus zapatos resonando en la gran habitación—. Los usaba para obligarme a irme a dormir temprano. Son crueles, despiadados y se esconden en los bosques, pero también a veces se mezclan entre nosotros. Si es cierto que los has conocido, Endora, lo que me sorprende es que sigas viva.

—La verdad, comparto esa opinión —musitó la susodicha.

—Pero ¿con qué clase de personas te juntas? —murmuró Ovidia, que estaba a su lado, en un hilo de voz.

—Con las únicas que a veces daban respuesta.

—Pero… no es posible —añadió Charlotte, intentando autoconvencerse—. Son un mito, una leyenda.

—Se supone que nosotros también somos mitos y leyendas, ¿no? Y míranos aquí. Compartiendo una sesión de estudio un tanto estresante.

—Siento ser el único que no sabe qué son los Sidhe o como quiera que se llamen —interrumpió Noam, rompiendo su silencio—. Pero ¿hay algún nombre más común para los que no somos eruditos en criaturas crueles, despiadadas y que se esconden en el bosque?

Charlotte fue consciente de que quien debía desvelar esa información era Endora y por eso se mantuvo callada. Esta cerró los ojos durante un instante, respiró hondo y susurró la palabra, firme e incluso ligera en su boca:

—Feéricos. Estamos hablando de feéricos.

Amanecía otra mañana gris en Inglaterra. El ajetreo en la Academia era notable debido a la cantidad de invitados que se encontraban allí. Los líderes de varios países habían ido para hablar de la situación de la Sociedad Sensible Inglesa. Su madre, Nathalie Moorhill, formaba parte de aquella reunión.

Dorothea se encontraba sentada en los escalones que llevaban a los jardines traseros, viendo cómo los sirvientes y demás trabajadores de la Academia iban de aquí para allá. Su vestido, de un tono azul oscuro con encaje blanco, parecía menos juvenil por la apagada luz del día. De su moño impoluto caían dos tirabuzones a cada lado de su cara.

Ella y Henry habían tenido que acompañar a su madre hasta el imponente edificio, ya que la institutriz había caído enferma. Aquel lugar solo le traía recuerdos oscuros y macabros.

Lo peor de esos últimos meses, aparte de la muerte de su padre, cuyo luto le perseguía y con el que estaba aprendiendo a convivir a la temprana edad de trece años, eran también las voces. No había querido decir nada a nadie para no causar más preocupación, pero su instinto le decía que, si esto tenía que ver con su habilidad como médium, era aún más extraño que la misma habilidad en sí.

Respiró hondo e hizo una mueca por la incomodidad del corsé. Recién alcanzada la pubertad, su madre le había comprado algunos corsés para que se fuese acostumbrando a ellos. Aunque tuviese poco pecho, podía notar la presión sobre este y las costillas. Pensó que acabaría por acostumbrarse.

Últimamente todo consistía en acostumbrarse a demasiadas cosas que ella no había deseado o pedido. Y en el fondo, estaba un poco cansada. A este hecho había que sumarle ese escalofrío que llevaba sintiendo desde principios de año. Todo empezaba a ser demasiado para una jovencita de trece años.

Escuchó un golpe tras ella y se giró alarmada. Supo que no era Henry, pues este había decidido ir a dar un paseo por su cuenta alrededor de los terrenos de la Academia, ya que necesitaba también disfrutar de su soledad. Dorothea no le culpaba por eso.

Todo parecía normal. Las dos grandes puertas que conducían al edificio se encontraban cerradas. Pero la derecha empezó a abrirse, poco a poco, y el chirrido de las bisagras dejó paralizada a Dorothea, que se puso rígida ante esa familiar sensación.

Pero Dorothea Moorhill hizo lo que siempre hacía: curiosear e investigar. Se levantó con firmeza, cruzó el umbral de las puertas y fue entonces cuando se percató de que aquella zona de la escuela estaba completamente desierta.

Aun así, en el piso de arriba, pudo escuchar las voces y los diferentes acentos de los líderes discutiendo; el sonido traspasando las gruesas y firmes paredes. Pero no se dejó distraer por ello más de la cuenta. Fue hasta uno de los pasillos principales, que estaba lleno de cuadros y bustos de figuras históricas. Y, de nuevo, en una de las salas que había en el ala oeste, otra puerta se abrió. La joven se dirigió hacia allí con paso firme y se adentró en la pequeña sala, una especie de saloncito de té. A su izquierda, una cortina se movió, pero las ventanas estaban cerradas. Y entonces lo supo: no estaba sola.

—Deja de jugar conmigo. Muéstrate.

Una risa grave, como de barítono, fue lo único que oyó por respuesta. Y las puertas tras ella se cerraron, dejándola sola con lo que fuese que la había llevado hasta allí.

—Es valiente para ser tan joven —habló aquella voz, y tras las cortinas se adivinó una sombra que la joven identificó con la figura de un hombre.

—¡He dicho que te muestres! —gritó Dorothea, crispada.

—Si lo hago, tendrás pesadillas. Y no queremos eso, jovencita. Las pesadillas no son agradables.

—¿Dónde estás? ¿Qué eres?

—Estoy donde no debería estar y soy lo que debo ser. —La cortina se movió de forma suave pero amenazante.

Dorothea intentó moverse sin éxito. Se encontraba completamente paralizada y lo único que consiguió hacer fue respirar y parpadear.

—Es perfecta. Vuelve. Dejémosla reposar.

El pinchazo que sintió la joven en el cráneo fue tal que se llevó las manos a la cabeza, gritando desgarradoramente. Cayó al suelo de rodillas y la oscuridad la engulló.

Unos segundos más tarde, unos gritos y los murmullos de la gente la hicieron despertar.

—¡Está abriendo los ojos! Traed el carruaje, ¡vamos!

—¡Dorothea! Mírame, cariño, por favor.

La joven parpadeó hasta ver los familiares ojos verdes frente a ella.

—¿Madre?

Nathalie Moorhill se llevó a su hija al pecho, consternada.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, solo que… me duele mucho la cabeza.

Los líderes miraron cómo Nathalie sujetaba a su hija en brazos, que se encontraba pálida, temblando de frío y con los labios azules.

—Creo que deberemos continuar la reunión esta tarde, damas y caballeros —declaró Theodore, y Nathalie le sonrió agradecida—. Vuelvan a sus aposentos. El señor Clearheart y yo les iremos a buscar en cuanto esto se haya solucionado. Pueden ir a cenar en cualquier momento, el salón principal está listo para ustedes.

Los líderes asintieron, pero no sin antes mirar con preocupación a la joven Dorothea, que seguía temblando en los brazos de su madre.

Dorothea, con visión borrosa aún, vio cómo Henry aparecía corriendo, exigiendo explicaciones. Preocupado, escuchó a su madre y con rapidez cogió a su hermana en brazos y siguió a Francis hacia el carruaje.

Los cinco montaron en este y se dirigieron prestos hacia la mansión Clearheart.

white1

La llegada de sus padres junto con los Moorhill les distrajo de sus tareas durante el resto de la mañana.

Endora vio cómo subieron a Dorothea a una habitación del segundo piso. Charlotte fue la primera en examinarla, tocó su cuello, su frente y le quitó el vestido. A continuación, hizo que todos, excepto Nathalie, saliesen de la habitación.

Segundos después, Lottie desapareció por el pasillo, sintiendo las miradas de preocupación del resto, que esperaban fuera de la habitación. Al volver allí, y una vez que Dorothea tomó todo lo que Lottie le indicó, la joven pelirroja se metió bajo las sábanas y cayó rendida de sueño.

—Todavía no estoy segura de lo que le ha podido pasar —dijo Charlotte, que se encontraba fuera de la habitación junto con todos los demás—. Lo mejor será que se quede aquí

descansando hasta que se encuentre con las suficientes fuerzas para volver a casa.

—Me quedaré con ella —se ofreció Henry—. Madre, sé que quieres quedarte a su lado, pero la situación con los líderes es de vital importancia. Termina la reunión y ve a casa a descansar. Yo me aseguraré de que esté bien.

—No quiero dejaros solos —murmuró Nathalie; sus ojos verdes brillando con intensidad.

—Soy el hombre de la casa. —Henry se acercó a su madre y le cogió las manos—. Ya es hora de que empiece a actuar como tal.

Endora hizo una mueca de desagrado al oír esas palabras, pero no comentó nada y se mantuvo al margen.

—Ve a cumplir con tus obligaciones —prosiguió Henry con convicción—. Te prometo que, si ocurre algo, te lo comunicaré inmediatamente.

Nathalie quiso oponerse, pero asintió y le devolvió el apretón de manos a su hijo.

—Terminemos con la reunión que hemos dejado a medias —Nathalie animó a Francis y a Theodore, que no parecían estar del todo convencidos ante la idea—. Mañana volverán a sus países. No tenemos otra opción.

—Haré que cuiden bien de tu hija, Nathalie —aseguró Francis, y la mujer le sonrió agradecida.

Esta abrazó a su hijo rápidamente, y Henry entró en los aposentos para cuidar de su hermana a la vez que Nathalie, Francis y Theodore se marchaban de nuevo a la Academia.

Endora vio cómo Ovidia le daba un rápido abrazo a su padre antes de partir. Cuando los cuatro estuvieron a solas al fin, la Bruja de la Noche se atrevió a preguntar.

—¿Crees que es por sus poderes? —dijo, y los tres se miraron.

—Si es así…, tal vez podría haberla ayudado. Debería haberle prestado más atención —masculló Noam, apretando la mandíbula; los ojos llenos de preocupación.

—Ya tienes bastante carga sobre tus hombros, primo. No te martirices.

—Con el ungüento que le he preparado debería mejorar para por la mañana —comentó Charlotte, intentando calmar sus preocupados corazones—. Dicho lo cual…, debería irme. Es tarde.

—Quédate a cenar —le pidió Ovidia, y Charlotte negó con la cabeza.

—Llevo todo el día fuera y estoy segura de que mis padres me esperan para cenar. Pero mañana estaré aquí por la mañana, ¿de acuerdo?

Ovidia asintió y se ofreció a acompañarla hasta la puerta, donde su carruaje la esperaba. Ambas entrelazaron sus brazos mientras bajaban las escaleras hacia el piso principal.

Endora estuvo a punto de ofrecerse para acompañarla, pero no lo hizo. En el fondo, sabía que era lo mejor. Aun así, vio cómo la Bruja de la Tierra se giraba para echar un último vistazo a los aposentos donde Dorothea descansaba, como si rumiase algo.

Cuando Ovidia y Lottie descendieron las escaleras, Endora se volvió para mirar a su primo, el cual la miraba con el ceño fruncido y cruzado de brazos.

—No me gusta nada esa mirada.

Endora frunció el ceño a su vez y se encogió de hombros.

—¿Qué mirada?

—Dímelo tú, prima. —Ante el silencio de Endora, Noam suspiró—. Dejemos a los Moorhill y vayamos a cenar. Son casi las siete y estoy exhausto.

—Cuidado, Noam, tienes que…

—Déjate de comentarios con segundas intenciones, Endora. Hoy no es el día.

Su primo también se dirigió hacia las escaleras y La Bruja de la Noche le siguió; por primera vez, insegura de hablar frente a su primo.

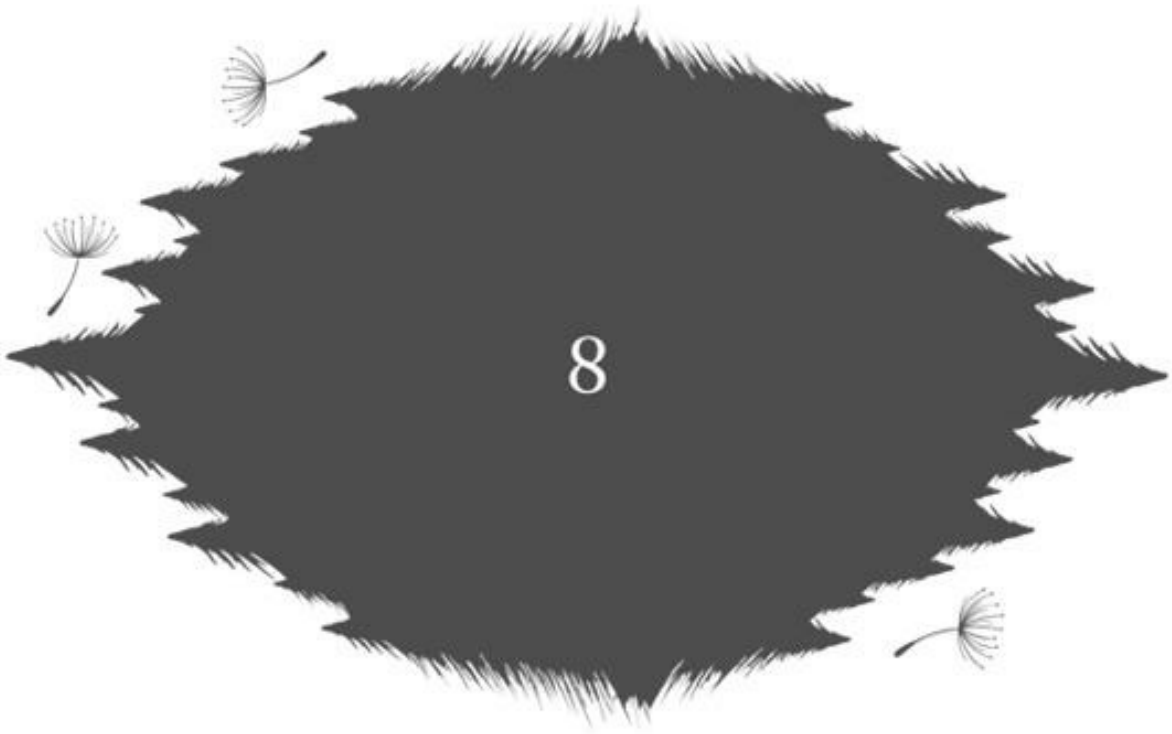
—Tampoco es cuestión de que ahora hagas voto de silencio —dijo al llegar al pie de las escaleras—. Puedes hablarme como a una persona normal.

—Lo haré después de una copa —contestó sin más Endora, que había encendido un cigarrillo y ya daba una calada profunda.

—Odio que fumes.

—Y yo odio que los hombres piensen que me siento atraída por ellos. Una pena. ¿Qué hay para cenar, heredero del imperio Clearheart?

Mientras se dirigía hacia el comedor principal, Endora supo dos cosas: que su primo le estaba siguiendo con mirada de preocupación y que sabía lo hundida que ella estaba, pero no hacía nada para remediarlo. Y lo impotente que se sentía ante tal situación.



6 de mayo de 1844. Winchester, Inglaterra

Los pies descalzos de Charlotte fueron una ventaja a la hora de bajar a la planta inferior en mitad de la noche. La casa se encontraba levemente iluminada por alguna que otra vela, pero sus padres y los trabajadores se hallaban en sus camas, descansando. Cuando pasó cerca de una ventana, la joven pudo escuchar el susurrar de las plantas, las flores y los árboles. El leve viento que bailaba alrededor de las copas de los árboles, moviéndose como una sirena lo haría entre las olas de mar.

Charlotte se había preguntado muchas veces si las sirenas existían. Si ellos, los Sensibles, estaban en este mundo, ¿por qué aquellos fascinantes monstruos marinos no? Además, había más criaturas consideradas leyendas o mitos por los No Sensibles que sí eran reales. La misma Endora les había confirmado la existencia de los feéricos hacía unos días. Una información que ella misma todavía estaba intentando asimilar. Lottie deseaba conocer a cada una de esas criaturas. Pero ahora, otra aventura, una muy peligrosa, la esperaba.

Fue hacia la sala de estar, la habitación más apartada y escondida de todas, y una vez allí cerró la puerta tras de sí con cuidado. La estancia se encontraba completamente a oscuras, pero no encendió ninguna vela. Guiándose por la luz nocturna que entraba por las ventanas se acercó a la gran chimenea que había en la pared izquierda opuesta a las cristaleras.

Echó un rápido vistazo a su alrededor, cerciorándose de que se encontraba completamente a solas e, invocando su poder, murmuró:

—*Ignis Veni Ad Me.*

Y allí apareció, un fuego azulado de belleza que hipnotizó a Lottie por unos instantes. Pequeño, no lo suficientemente grande como para ocupar toda la chimenea, pero sí lo bastante vivo como para ayudarla en la tarea que tenía en marcha.

De uno de los bolsillos de su fino camisón blanco, extrajo una pequeña carta sellada con cera de un color especial y atada con un cordel decorado con una ramita de gipsófila. Lottie solo lo utilizaba cuando se comunicaba con el destinatario de aquella carta.

La bruja se apartó el pelo, dejándolo caer como una cascada de ondulado castaño claro por su espalda que casi rozó sus caderas. Debería habérselo cortado hace tiempo, pero Lottie amaba el cabello largo. Le gustaba hacerse peinados de todo tipo y añadirles decoraciones florales.

Entre los mechones también podía esconder algo más que simples flores. Lo sabía bien.

—Fuego, elemento primitivo, diosas que lo veneráis, haced que mi misiva llegue a salvo a su destinatario.

Besó la carta y la lanzó al fuego y, en apenas unos instantes, tanto la carta como el fuego se desvanecieron, dejando a Lottie a oscuras en la habitación. Aun así, no se movió de allí. Esperaría. Esperaría a recibir respuesta. Si el destinatario era inteligente, respondería rápido. Aquella contestación significaba algo: esa misma noche tendría que abandonar Winchester.

Charlotte se sentó en uno de los sofás cerca de la chimenea, se llevó las rodillas al pecho, las abrazó y esperó.

white1

El vívido fuego la despertó de inmediato al volver a la vida. Con la mano apoyada en la barbilla notó un pequeño hilo de saliva en ella, Lottie se lo limpió rápidamente y corrió hacia la chimenea, iluminada de nuevo por aquel fuego azul. Sus llamas escupieron la carta, que aterrizó frente a la bruja. Con cuidado de no quemarse, la abrió veloz y reconoció el aroma que desprendía y el familiar papel donde el mensaje estaba escrito.

La misiva tan solo contenía una simple línea que lo cambiaba todo.

Mi refugio es el tuyo, Teàrlag. Que el amanecer no os alcance.

Entonces Charlotte supo que esa vez sus pasos sí que se oirían, pues corrió hacia su habitación, lista para abandonar la ciudad. El reloj de su habitación marcaba apenas las once y media de la noche, es decir, no había dormido más de media hora desde que había enviado la misiva. Su abuela había sido rápida en responder. Y Lottie debía serlo en llegar hasta ella.

Era consciente de que sus padres se preocuparían cuando se diesen cuenta de su partida, pero ya tenía una carta preparada para cada uno explicando los motivos de su marcha. La bruja sabía que si ella no plantaba cara a la amenaza que tenían delante, nadie lo haría. Costara lo que costase.

El repentino barullo la despertó. Las voces se acercaban a su habitación y pudo reconocerlas a todas. Pero una destacó sobre las demás. La reconoció a la primera.

¿Qué hacía allí tan tarde? Endora miró el reloj de pared. Era casi medianoche. Con rapidez, abandonó la cama, cogió la palmatoria en una mano y salió de sus aposentos dispuesta a seguir el murmullo de las voces. Una luz salía de la habitación de Ovidia y Noam, y se acercó a la puerta. La escena que se encontró la dejó aún más confusa de lo que ya se encontraba. El hecho de que Lottie estuviese allí, sosteniendo una bolsa y una escoba, la puso en alerta máxima.

—Si me voy ya, será lo mejor. Hay varias horas de camino y me esperan antes del amanecer.

—No deberías ir sola en estas circunstancias. ¿Qué hay de tus padres?

—Ya les he informado.

Hizo un gesto que la delataba. Endora lo vio. Sus padres no sabían nada.

—Y ni se te ocurra plantearte venir conmigo. Debes quedarte aquí. —Lottie fue tajante mientras abría la bolsa y sacaba un pequeño saco cerrado con un cordel, no más grande que la palma de su mano—. Fin de la historia.

—¿Cómo que fin de la historia? —contraatacó Ovidia, zafándose de Noam. Este se giró y fue el primero en percatarse de la presencia de la Bruja de La Noche—. ¿Te das cuenta de a lo que nos enfrentamos? ¿De que esta amenaza recae sobre todos?

—Lo sé perfectamente. Pero en especial recae sobre ti.

Endora se adentró todavía más en la estancia y se acercó a Ovidia y Lottie, que estaban tensas, y a Noam, que guardaba silencio. Pero, aun así, vio la preocupación en el rostro de su primo. Sabía que no era muy inteligente intervenir, pero a Endora poco le importaba eso y era la única que no sabía de qué iba todo aquello.

—¿Qué demonios pasa? —Hizo una leve pausa tras cada palabra, lo que hizo que las chicas le prestaran atención por un instante; pese a ello, no se dejaron de mirar. Odiaba no estar al tanto de las cosas. No soportaba no tenerlo todo controlado—. Vais a despertar a todos los…

—Esto no va contigo —dijo Charlotte, ignorando la reprimenda de Ovidia.

—Pero conmigo sí. Si no, no te habrías molestado en venir en medio de la noche para advertirnos de tus planes. —La Bruja Negra gesticuló mirando a su mejor amiga—. Si vas a hacer algo para protegerme, merezco saber qué es.

Charlotte echó un rápido vistazo a Endora, que se encontraba tan expectante como la Bruja Negra. En la mirada de la Bruja de la Tierra había una chispa que Endora jamás había visto. En los últimos tiempos Charlotte parecía mostrar una faceta que había tenido oculta. Parecía que, ahora, las caretas iban cayendo. Poco a poco, pero lo hacían. O simplemente Charlotte había decidido enseñárselas a Endora.

—¿Recordáis que os dije que mi abuela era la mejor en conjuros antirrastreo? Después de que ocurriese lo de Dorothea, algo me decía que necesitábamos uno más fuerte para protegernos. Así que esta misma noche he contactado con ella para pedirle ayuda y su respuesta ha sido inmediata. Solo vengo a avisaros de mis intenciones, me voy a Escocia ya.

Los cuatro pares de ojos se posaron en la escoba que descansaba en la pared tras Charlotte.

—Ahora necesito que te quedes aquí, protegida —dijo la Bruja de la Tierra, cogiendo las manos de Ovidia; las hiedras moviéndose y vibrando con fuerza—. Iré junto a mi abuela, la ayudaré a crear los amuletos y volveré lo antes posible.

—Sigo odiando la idea de que te vayas sola.

—Lo mismo digo —intervino Endora, dejando la palmatoria en una de las mesillas de noche con cuidado—. ¿Has dicho que vas a Escocia?

—Así es.

—Creo que podemos matar dos pájaros de un tiro.

Ahora, toda la atención estaba puesta en la Bruja de la Noche.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Charlotte.

—Explícate —añadió Noam a su lado.

—No sé a qué parte de Escocia en concreto vamos, pero si estamos cerca de la costa, podríamos concertar un encuentro con mis amigos inmortales. Pedidles si podemos ir a ver los libros que transcribí. ¿Estaremos cerca de la costa?

—A una media hora de vuelo, sí —confirmó Charlotte tras sopesarlo unos instantes—. Es

buen plan, en realidad.

—Puedo ir contigo. Vamos a por los amuletos e intentamos convencer a mis contactos. Así no irás sola y dejaremos a Ovidia más tranquila.

—No me deja más tranquila que ahora tú también vayas —exclamó esta, preocupada—. Odio cómo os estáis echando esta carga sobre los hombros cuando nosotros también deberíamos estar implicados en este asunto.

—Estáis implicados, Ovidia. Pero no me servís de ayuda allí. Es así. Necesito que os quedéis aquí. Entrena tus poderes, pero también sigue practicando los ejercicios físicos de estos meses. La magia no nos va a proteger siempre, y saber luchar es un punto a favor.

Charlotte miró a Endora y, asintiendo, declaró:

—Puedes venir conmigo. Coge tan solo lo necesario y busca una escoba que te sirva.

—Iré a buscarla yo —se ofreció Noam yendo a la puerta—. Vuelvo enseguida.

—Espera. Debo pedirte algo más. Tráenos ropa de hombre, discreta y ajustada. Viajar con nuestros vestidos no será cómodo. Y la escoba para Endora junto con una bolsa como la mía. Con eso será suficiente.

—Vuelvo enseguida —afirmó el chico—. Ovi, acompáñame, ¿quieres?

Esta se giró para mirarle y ambos se comprendieron sin decirse nada. La Bruja Negra asintió ante ese gesto, lo siguió y los dos salieron de la habitación.

Charlotte y Endora se quedaron a solas y esta última no pudo evitar lanzar una avalancha de preguntas.

—¿A dónde vamos exactamente?

—A un pequeño pueblo escocés. No puedo decirte más.

—¿Con quién vamos?

—Con mi abuela. Ya lo he mencionado.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a ese lugar tan misterioso?

—Si mis cálculos son precisos y no paramos en toda la noche, seis horas. A máxima velocidad. Y por eso… necesitaremos esto. —Del saco que había cogido antes de tomar la bolsa, Charlotte sacó un tarro de cristal lleno de un líquido verde que no tenía muy buena pinta.

—Dime que es vino. O whisky. —La voz de Endora era una súplica y había una desagradable expresión en su rostro.

—Ya te gustaría, pero no. Es un brebaje que nos mantendrá protegidas del viento y el frío, además de darnos algo más de resistencia y fuerza. Lo he preparado yo misma, pues el lugar al que nos dirigimos es bastante más frío que Winchester. Y no vamos a detenernos en ningún momento. Tendremos que volar seis horas seguidas, Endora. Lo necesitamos.

Charlotte agitó el pequeño recipiente de cristal, lo abrió y bebió la mitad del contenido de un trago.

Por la cara que puso, Endora tuvo la sensación de que la poción no estaba buena.

—Está asquerosa, ¿verdad?

—Bébetelo —ordenó, exasperada, la chica—. Siempre respondiendo.

—Te recuerdo quién era la respondona cierta noche…

—¡Endora! —se escandalizó Lottie, justo cuando Noam y Ovidia volvían a entrar y la Bruja de la Noche bebía la otra mitad del brebaje.

«Asquerosa es poco», pensó Endora. Aun así, tragó como pudo, arrugando la nariz ante el desagradable sabor.

—Esto es lo que he podido encontrar. ¿Necesitáis algo más? —dijo Noam.

—Solo diez minutos y estaremos listas —aclaró Charlotte.

—Os esperaremos —afirmó Ovidia.

Endora fue a sus aposentos y metió lo justo y necesario en la bolsa que le había ofrecido Noam. Volvió a la habitación de Noam y Ovidia, donde Charlotte estaba concentrada en vestirse lo más rápido posible. Endora la imitó, pero no pudo evitar fijarse en cómo a Charlotte no parecía importarle que la viese desnuda.

A decir verdad, no era la primera vez que estaban en esa situación. Era absurdo y fascinante el efecto que tenía Endora sobre ella. Esta se dio cuenta de que en el estómago se formaban pequeños michelines al inclinarse para ponerse los pantalones y sus pechos cedían también a la gravedad. Al ver la curva de sus caderas y cómo sobresalía el monte de venus, Endora se obligó a girarse y a acabar de vestirse de cara a la pared.

Una vez que hubo terminado, se giró de nuevo y vio que Lottie se estaba haciendo un moño firme para sujetarse el pelo. Sin embargo, ella se limitó a dejar su trenza de dormir tal como estaba. Ambas llevaban pantalones oscuros, botas y camisas blancas con un jersey gris por encima. Unos ropajes simples, oscuros y nada llamativos.

—Esa pócima nos hará más resistentes, pero también debemos ocultarnos de miradas indiscretas. Y esta vez, no tenemos a Noam para crear ese campo de protección visual.

—¿Qué sugieres? —preguntó Lottie.

—El otro día mientras revisaba los grimorios encontré algo que nos puede servir. Hemos de usarlo antes de despegar.

—Está bien. —Lottie cogió su bolsa y se la colgó del hombro—. Nos vamos. Ya.

Los cuatro salieron hacia los jardines, alejándose lo más posible de la casa; Endora y Charlotte con sus escobas ya listas. Se detuvieron cerca de unos nogales y la Bruja de la Tierra miró un reloj que tenía en el bolsillo de su chaqué y que guardó rápidamente antes de decir:

—Es casi la una. Si todo va bien, estaremos en nuestro destino poco después de las siete de la mañana.

—Sin paradas —musitó Endora más para sí misma.

—Piensa en el lado positivo. Está despejado, las estrellas nos acompañan.

Hubo algo en aquella frase que hizo que el corazón de la Bruja de la Noche se derritiese, tan solo un poco. Y Charlotte lo sabía muy bien.

—Seis horas es demasiado, Charlotte —intervino Noam, dando un paso hacia delante—. No resistiréis. ¿Por qué no salís mañana al atardecer?

—Porque un día más de espera es un día más en el que Harvey puede cobrarse más víctimas. Vosotros investigad desde aquí y nosotras lo haremos desde nuestro nuevo destino.

—Una semana —musitó Ovidia; sus ojos rojos. Había llorado, era evidente—. Te doy una semana. Si no vuelves, iremos tras vosotras.

—Ovidia… —quiso objetar Charlotte, pero la Bruja Negra negó y amplió sus hiedras como advertencia.

—Una. Semana. Y ya estoy siendo generosa. No soportaría perderos a vosotras también.

La declaración les dejó a todos en silencio, y Charlotte tiró al suelo la escoba y fue a abrazar con fuerza a su mejor amiga. A su hermana.

—Una semana. Te lo prometo.

Rompieron el abrazo, y Charlotte abrazó acto seguido a Noam. Mientras tanto, Ovidia se

acercó a Endora y la obligó también a abrazarla; esta última tuvo que inclinarse por la diferencia de estatura con la Bruja Negra.

—Cuídate.

—¿No me vas a decir que cuide de tu mejor amiga?

Rompiendo el abrazo, Ovidia cogió el rostro de Endora y, mirando sus ojos grises, repitió:

—Cuídate tú —recalcó aquella última palabra con un énfasis que paralizó a Endora—. Lottie sabe ocuparse de sí misma. Quien me preocupa eres tú.

Endora no respondió, pues la vergüenza pudo con ella, pero asintió.

Noam ya estaba allí para abrazarla y Endora tuvo que luchar contra la avalancha de sentimientos que se agolparon en su pecho en apenas unos instantes.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —musitó Noam en su oído—. Y que no soportaría que algo te pasase o te hicieran daño.

—Eres muy intenso —intentó bromear Endora, apoyada en el hombro del que, para ella, era casi como un hermano. No, lo era y siempre lo había sido.

—Te quiero de vuelta sana y salva, ¿me oyes?

—A sus órdenes, señor Clearheart.

El chico se apartó lentamente y le plantó un beso en la frente a su prima, un gesto que la dejó más que sorprendida.

—Idos ya. Venga.

Endora y Lottie se posicionaron en sus escobas, esta última mirando a la Bruja de la Noche, expectante ante el conjuro que se suponía estaba a punto de usar.

—Voy a utilizar un conjuro para invisibilizarnos. —Endora se giró para mirar a la pareja—. Decidnos si funciona, ¿de acuerdo?

Noam y Ovidia asintieron, cogidos de la mano.

—Imítame —indicó la bruja a Charlotte. Esta asintió, atenta.

Endora invocó su magia y, dibujando con el dedo índice unos pequeños pentáculos frente a ella, recitó al mismo tiempo:

—*Lumen, absconde nos. Sol, aperi nobis.*

«Luz de luna, ocúltanos. Luz del sol, descúbrenos».

Los pentáculos atravesaron sus pechos y escucharon cómo Noam y Ovidia cogían aire sorprendidos.

—¡Funciona! Habéis desaparecido por completo —exclamó la chica; las hiedras moviéndose alrededor de ella con la misma sorpresa.

—Menos mal —musitó Charlotte, soltando un largo suspiro.

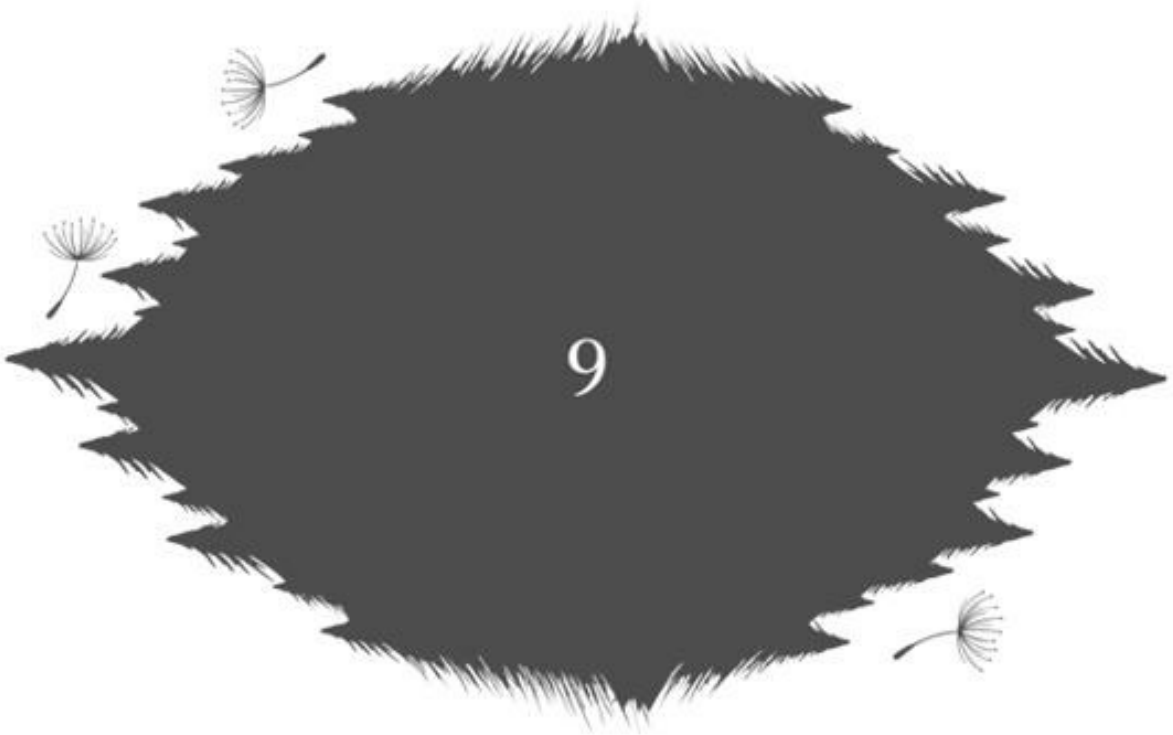
—Pero os oímos —aclaró Noam, frunciendo el ceño—. Os oculta, pero no os silencia. Tendréis que ser cuidadosas.

—Lo seremos. Charlotte, cuando quieras —dijo Endora, dándole paso a la otra bruja.

Esta asintió y, cogiendo impulso, empezaron a levitar hasta alzarse por encima de los árboles que cubrían los terrenos de la mansión Clearheart.

Endora siguió a Lottie y, cuando vio la posición de las estrellas, lo supo. Iban hacia el norte. Hacia Escocia.

Volando a gran velocidad, desaparecieron por los cielos, entre la noche, mientras el conjuro de Endora las ocultaba de ojos indeseados.



7 de mayo de 1844. Innerwick, Escocia

Era sorprendente cómo la tierra se movía bajo ellas a aquella velocidad. Llevaban casi tres horas de vuelo. Endora se mantenía tras Lottie en diagonal, a su derecha. En la lejanía, el perfil costero de Inglaterra mostraba el fin de las pocas luces que había sobre la tierra y el angosto mar se abría paso como un manto de pura oscuridad.

Endora se obligó a mirar hacia el frente y, sobre todo, a ignorar la altitud a la que se encontraban. Esta era mucho mayor que la que habían alcanzado cuando volaron desde Londres a Winchester para salvar a Ovidia. Aunque la bruja no tenía miedo a las alturas precisamente, admitía que esa vez se sentía bastante intimidada. Así que, como era de esperar, se sujetaba al palo de la escoba con fuerza, con el cuerpo inclinado y los nudillos blancos.

Charlotte y ella no hablaban, era mejor no hacerlo. Se mantuvieron en silencio durante toda la noche y Endora se dedicó a seguir los cambios de ruta cuando la otra bruja lo indicaba. Durante horas sintieron bajar la temperatura, aunque no les afectó directamente. El cielo se fue encapotando poco a poco y, aunque se podía ver alguna que otra estrella, el firmamento parecía esconderse de las chicas.

Endora vio cómo Charlotte miraba el reloj que tenía en su chaqué y le hizo un gesto para que se acercase. Una vez que estuvieron a la misma altura, Lottie se atrevió a ser la primera en hablar:

—Son casi las cuatro. ¿Vas bien?

—Algo cansada. Pero la poción está funcionando —contestó susurrando a Endora. En ningún momento se miraron, ambas iban atentas a su vuelo.

—Si mis cálculos no me fallan, hemos sobrevolado Leeds hará aproximadamente una hora,

por lo que debemos estar ya cerca de la frontera.

—¿Llegaremos antes del amanecer?

—No tenemos otra. Ocultarnos a plena luz del día será inviable y tendríamos que ir a pie, cosa que nos llevaría a saber cuánto tiempo. Así que lo que voy a hacer es utilizar el viento a nuestro favor. Pero tendrás que agarrarte bien fuerte a la escoba, Endora, y bajaremos de altura. Sígueme.

Inclinándose hacia delante, descendieron hasta que estuvieron a unos quinientos metros de altitud.

—Ahora, agárrate.

Charlotte hizo lo anunciado, y Endora sintió cómo la velocidad de sus escobas aumentaba, lo que hizo que se sujetase aún más fuerte contra el palo y se inclinase hasta tocarlo con el pecho. La tierra se movía mucho más rápido y la luz del amanecer jugaba en contra de ellas. Endora se prometió que, cuando acabase todo, buscaría la manera de conseguir viajar a través del fuego. Aún estaban a mitad de camino y ella ya se encontraba exhausta.

Sus cálculos fueron acertados. Llegaron diez minutos antes del amanecer. En cierto punto del viaje, Charlotte había desviado su camino hacia el este y Endora había visto de nuevo el perfil de la costa.

Habían tenido que bajar aún más debido a la luz, que, aun siendo tenue, amenazaba con descubrirlas. Una vez que pasaron la frontera entre Inglaterra y Escocia, sobrevolaron bosques, explanadas gigantescas de puro verde, ríos y pequeñas montañas. Endora notaba ya cómo la poción iba dejando de hacer efecto, pero consiguieron resistir hasta aterrizar en la linde de un bosque.

—Sígueme —le indicó Lottie, yendo a paso rápido hacia una colina—. Seguro que ya está allí.

—Espera. Antes de encontrarnos con ella —dijo Endora, bajando la voz y reduciendo el paso —, prométeme que no le contaremos nada sobre nuestra visita a los feéricos a tu abuela.

—No tenía pensado hacerlo. Tú misma nos dijiste que te arriesgabas demasiado contándonoslo a nosotros. No voy a ir diciendo esta información cuando sé lo que nos podría costar que se supiese. Oh, y otra cosa.

Endora asintió, esperando a que Lottie continuara mientras subían la colina en dirección al punto de encuentro, una pequeña torre de vigilancia medieval abandonada.

—Mi abuela es un poco especial. Y no se muerde la lengua. No te tomes ciertas cosas que diga muy en serio.

—Ahora entiendo a quién has salido entonces —bromeó Endora, enarcando una ceja.

Charlotte quiso evitarlo, pero sonrió de medio lado, cuando llegaron a la torre. Al rodearla vieron que allí estaba, oculta bajo una capa de color verde. Una anciana de cabello blanco puro recogido en una trenza gruesa y con la espalda algo encorvada las esperaba al otro lado de la torre. Se apoyaba en un bastón y tenía los ojos azules cristalinos y el ceño fruncido.

Lottie no pudo evitarlo y corrió hacia su abuela, que ante el movimiento de la chica se giró. Su expresión dura se tornó en una dulce y de bienvenida mientras abría sus brazos para recibir a su nieta. Charlotte la abrazó con cuidado, pero con fuerza y vitalidad.

Endora se mantuvo a cierta distancia, pero escuchó cómo murmuraban algo mientras la anciana tomaba el rostro de Lottie entre las manos.

Abuela y nieta se giraron hacia Endora, esta última señaló a la Bruja de la Noche y dijo:

—Endora, te presento a mi abuela, Adair Moray.

—Adair. Puede llamarme Adair. —El acento escocés era muy notable y Endora asintió, notando cómo la anciana la examinaba de arriba abajo.

—Endora Clearheart. Un placer conocerla, Adair.

—¡Menudo acento! —exclamó la anciana, sin estrecharle la mano a Endora—. ¿Te juntas con pijos de Londres ahora, Teàrlag? Te dije que te vinieses a vivir conmigo por una razón…

«Supongo que a esto se refería cuando dijo que no se mordía la lengua», pensó Endora.

Los siguientes murmullos fueron en gaélico y Endora vio cómo Lottie controlaba sus expresiones, entendiendo claramente lo que decía su abuela.

—Supongo que voy a tener que hablar en inglés —volvió a decir finalmente la anciana—. No lo hago mucho, así que no te lo tomes como algo personal si me equivoco, señorita Clearheart.

Esas últimas dos palabras fueron pronunciadas en un acento forzado como el de Endora. A continuación, Adair empezó a caminar, a pesar del bastón, de forma decidida hacia el pueblo que había cerca.

—¿Se acaba de burlar de mí en mi propia cara nada más conocernos?

—Como te dije, no te lo tomes como algo personal.

—Oh, no —le aseguró Endora, con un brillo en los ojos mientras miraba a la anciana—. Me encanta.

—¿Por qué en parte me sorprende y en parte no? —musitó Lottie para sí misma, caminando junto a Endora; Adair, unos metros más adelante.

—Qué ganas de ser una anciana para poder decir lo que quiera sin tener que preocuparme por las consecuencias —susurró Endora, sonriendo de medio lado—. Por cierto, bueno es saber que eres bilingüe.

—Solo hablo gaélico con ella y con mi madre. He perdido algo de práctica.

—A mí me gusta. Te cambia la voz, te la hace algo más grave. Marcas más las erres. ¿Y por qué te llama Tirle?

—*Teárlag* —corrigió Lottie, divertida a pesar del cansancio—. Es mi nombre, Charlotte, en gaélico.

—Entonces ¿hay una versión gaélica de Endora?

—No la hay —contestó Adair, que había aparecido delante de ellas en un momento—. Tu nombre no es de origen celta. Es de origen griego.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Tú has visto lo vieja que soy? Dame un poco de crédito, señorita Clearheart.

—Endora significa «luz brillante» en griego antiguo —explicó ella misma—. ¿Qué palabra significa lo mismo en gaélico?

—*Sorcha* —respondió con rapidez Adair.

Endora se quedó de piedra al escuchar esa palabra y se detuvo en seco.

—¿Cómo ha dicho?

—*Sorcha*, jovenzuela. A ver si la que va a estar sorda eres tú.

Estupefacta, la bruja se giró para mirar a Charlotte, que no daba crédito.

—¿Esa no es la palabra que…?

—¡Hace frío, abuela! —exclamó ella fingiendo un escalofrío.

Adair dijo algo en gaélico que no le dio demasiadas buenas vibraciones a Endora y Lottie apretó los labios, intentando no reír.

—No me ignores, ¡ese es el…!

—*Haud yer weesht!* ¡A callar! —le recriminó Adair a Endora—. Seguidme, llenad vuestras

panzas y luego podréis descansar. Pero callaos de una vez.

La bruja bajó la colina con paso firme, pero Endora y Charlotte no se movieron, asimilando la energía que desprendía aquella mujer.

—Le has caído bien —murmuró Charlotte, intentando cambiar de tema, acercándose al oído de Endora para que su abuela no la oyese.

La Bruja de la Noche sintió un escalofrío al sentirla tan cerca y la miró a los ojos. El rostro de Charlotte se tornó rojo, pero no se apartó.

—¿Así es como trata a los que le caen bien?

—*Aye.* Significa «sí».

—Me lo figuraba.

Adair llegó al final de la colina, pero Endora se quedó allí un momento más, contemplando el increíble paisaje que tenía a sus pies por primera vez desde que habían aterrizado. Un aire matinal casi helador, escarcha por todos lados y una ligera niebla envolvía el lugar, dándole un toque completamente distinto al sur de Inglaterra.

Charlotte observó el perfil de Endora y entendió lo que estaba viendo. La magia que emitía esa tierra era algo que la Bruja de la Tierra aún intentaba asimilar después de años pisando aquel país.

—*Fáilte*, Endora —murmuró Charlotte; sus ojos brillaban de una manera que Endora reconoció como nueva—, bienvenida a Escocia, mi segundo hogar.

Endora tenía que darle puntos a la abuela de Charlotte: el desayuno estaba delicioso. El té sabía dulzón, por lo que Endora no se echó ni miel ni azúcar, y comió algo de pan con mantequilla. Al mismo tiempo observó con curiosidad la conversación que Charlotte tenía con su abuela, aunque no entendiese nada, ya que hablaban en gaélico, pero no le molestaba en particular que ellas se comunicasen así.

La anciana vivía en una pequeña casa a las afueras de Innerwick, rodeada por un muro y un jardín que era la envidia del resto de los vecinos. Nada extraño al ser una Bruja de la Tierra.

Tras el desayuno, Adair les mostró sus aposentos, dos habitaciones contiguas, cada una con lo necesario: cama, tocador, ventana, chimenea y un aguamanil. La bañera se encontraba en un lavabo, frente a la habitación de Adair, al final del pasillo.

Endora le dio las gracias y se excusó. Ya en su habitación, cayó rendida sobre la cama y se durmió en apenas unos segundos.

A pesar de que los ronquidos de Endora llegaban hasta la pequeña salita, Charlotte y su abuela hablaron en un gaélico susurrante.

—Vete a descansar. Podemos hablar de ello esta noche, Teàrlag.

—Cuanto antes, mejor. Tengo todo el día para dormir y esto nos llevará unos minutos.

La casa de Adair no era muy grande, pero sin duda era acogedora. Ahora se encontraban en la cocina, que también daba al comedor. Desde la ventana podían contemplar un día lluvioso como muchos otros en Escocia.

Adair fue a su estudio y trajo con ella una bolsa de la cual extrajo varias piedras de diferentes colores transformadas en colgantes sencillos.

—Colgantes antirrastreo —murmuró para sí Lottie.

—Te dije que estaban listos. Pero, si los mandaba por chimenea, temía que perdiesen algo de su protección. Por eso te dije que vinieses a buscarlos en persona.

—¿Podrías hacer más? —preguntó Lottie, siendo directa—. Puedo ayudarte con la preparación. Pero cuantos más hagamos, mejor.

—Podemos hacer más, sí. Pero no podrás proteger a todo el mundo, mi pequeña.

—Lo sé —musitó Lottie, intentando evitar bostezar.

—Tengo una nueva receta de té bastante fuerte. Te ayudará a no dormirte hasta la noche. ¿Azúcar?

—Sí, por favor —agradeció la joven a su abuela.

Charlotte se levantó y siguió a la anciana hasta la cocina.

—¿Os habéis peleado?

La pregunta la pilló desprevenida y, mientras sacaba dos tazas de uno de los armarios de la cocina, la chica respondió:

—¿Endora y yo?

—No me respondas con otra pregunta. —Adair le dio un suave golpe en la pierna con el bastón a su nieta, la cual se apartó para evitar que lo hiciera de nuevo—. Respóndeme.

Lottie le pasó las tazas y Adair empezó a preparar el té de forma rápida y eficaz.

—No es que nos hayamos peleado. Bueno, es más complicado que eso.

—Se la ve una buena amiga —Adair tarareó la palabra, sacando la lengua en plan bromista.

Su nieta resopló, apoyándose contra la encimera de la cocina.

—Si tienes alguna pregunta más concreta, hazla abuela. Contigo ya sabes que no me escondo.

—¡Menuda alegría me diste! No vas a darle descendencia alguna a tu padre. Bien hecho.

—Sabes que no me gusta que hables mal de papá.

—No es un mal hombre. Es simplemente… inglés.

—Un inglés que lleva haciendo feliz a tu hija más de veinticinco años.

—¿Tanto ha pasado ya? Parece que fue ayer cuando me la arrancó de los brazos. Pero volviendo al tema: ¿tú has visto cómo te mira esa chiquilla?

Lo sabía. Charlotte lo sabía pero que muy bien. No podía olvidar cómo la miró en ese casi beso días atrás.

—Puedo hacerme una idea.

—Ha ocurrido algo entre vosotras, lo sé. Cuéntamelo.

—No sé si…

Otro bastonazo, esta vez en la cadera.

—*Seanmhair!* —exclamó Charlotte, riéndose. Esos golpes nunca le dolían.

—Es una *Sassenach*. No son trigo limpio.

—Te ha caído fenomenal. ¡No mientas! Además, yo también lo soy en parte.

Adair gruñó ante ese comentario e hizo un gesto con la cabeza señalando el té. Charlotte lo depositó en una bandeja, lo llevó a la pequeña sala donde habían estado y lo dejó en la mesita que había frente al sofá.

—No tengo toda la mañana, Teàrlag. Espero que me lo cuentas antes de que se me enfríe el té.

Con cuidado, la anciana se sentó, dejó el bastón medio apoyado sobre el sofá y aceptó la taza de té que le ofreció Lottie. Los ojos cristalinos de su abuela la miraron por encima de la taza, expectantes.

Adair había sido la primera en saber su secreto. Y el hecho de que lo primero que le dijese fuera que no era la primera persona que conocía con esas preferencias hizo que el amor que

sentía por ella creciese aún más.

Lo único que no soportaba era lo insistente que podía ser con ciertos temas.

—¿Qué es lo último que sabes?

—Que te fuiste de Winchester para ir a ayudar a tu amiguita la morena a Londres. Luego me enteré de tu vuelta, pero ¿qué pasó en esa capital de mil demonios?

Lottie le contó todo, con pelos y señales. Adair no hizo ningún gesto durante los minutos que la joven habló. También mencionó el intento de beso de la noche anterior y la huida que habían realizado esa pasada noche.

Adair hizo un silencio largo cuando su nieta terminó la historia y dio otro largo trago a su té. La anciana le pasó su taza ya vacía a Charlotte y esta la dejó en la bandeja sobre la mesita.

—Tan solo tengo algo que decir sobre todo lo que me has contado —anunció la señora, volviendo a coger su bastón.

—¿El qué?

En el fondo, su abuela y su madre no eran muy distintas. A veces, hablaban más de la cuenta.

Por eso a Lottie le gustaba haber sacado la faceta observadora y analítica de la rama de su padre.

—*Whit's fur ye'll no go by ye!*

Charlotte conocía la expresión. Una que su abuela utilizaba con frecuencia. «Lo que tenga que ser, será».

Se encontraba agotada, pero satisfecha. Había sido buena idea aguantar todo el día despierta. Ya eran casi las ocho de la noche y tras haber cenado y con su abuela ya durmiendo, la casa se encontraba increíblemente silenciosa. La puerta de su habitación estaba abierta, la chimenea crepitaba mientras se ponía el camisón y se sentaba frente al tocador de su habitación, preparándose para dormir.

En ese momento, escuchó que la puerta de la habitación de al lado se abría y, luego, unos pasos lentos y pesados. Endora, aún vestida con su ropa de viaje, se detuvo frente a la puerta, arqueando una ceja.

—¿Qué hora es?

—Pasadas las ocho.

—¿He dormido todo el día?

Lottie asintió, deshaciendo su trenza y masajeándose la cabeza, suspirando de alivio al sentir como la presión en esta desaparecía.

—Si es lo que necesitabas, estupendo. Yo he preferido aguantar hasta ahora. No hagas mucho ruido. Mi abuela está ya durmiendo.

—Hablando de ella. —Endora se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta—. Sin duda es un personaje.

—¿Verdad? La adoro. Por cierto, nunca te lo llegué a preguntar. —Sus ojos se encontraron en el espejo mientras la bruja seguía peinando su castaño cabello—. ¿Y tus abuelos?

—Los de mi madre fallecieron cuando yo era un bebé, y los de mi padre murieron antes de que yo naciera.

—Lo… lo siento.

—No te disculpes. No los conocí y no les recuerdo, no tengo ningún tipo de atadura sentimental hacia ellos.

—Aun así, seguro que te has preguntado qué es tener uno.

Endora se tomó un momento para responder aquella pregunta. Charlotte percibió que la mirada de la bruja se perdía en sus propios pensamientos; su cuerpo tensándose ante lo que estuviese pasando por su cabeza.

—No te lo negaré, pero dejé de hacerlo hace mucho tiempo. Por cierto —el tono de Endora se tornó más serio y autoritario—, no nos quedaremos más de lo necesario. El tiempo apremia, y lo más importante es saber el motivo que hay detrás de los asesinatos de Harvey y qué es lo que realmente quiere de todo esto. Procuremos tener pronto los amuletos y conseguir que mis contactos nos dejen acceder de nuevo a los manuscritos.

—Estoy de acuerdo, Endora. Y ahora deberías irte. Necesitamos descansar; mañana tengo que ayudar a mi abuela con los colgantes, y tú debes ponerte en contacto con… ya sabes quién.

—Entiendo.

Charlotte terminó de cepillarse el cabello, esperando a que Endora se fuese a su habitación. Pero la Bruja de la Noche seguía allí; sus ojos grises entrecerrados y más oscuros de lo habitual por la poca iluminación que había en la habitación.

—Nosotras no tendremos el problema que tuvieron Ovidia y Noam en Londres. Puedes ir a tu habitación, las dos necesitamos nuestra intimidad.

«Vete. Vete por favor», gritó el corazón de Charlotte mientras se peinaba su larga cabellera fingiendo indiferencia.

La última vez que habían estado a solas había sido en la sala de música. Y la cosa no fue todo lo bien que debería haber ido.

—Te ha crecido el cabello desde la última vez.

—Es lo que tiene el paso del tiempo. —Lottie no se atrevió a apartar su mirada del reflejo de sus ojos en el espejo, pero lo vio con el rabillo del ojo. La silueta de Endora se acercaba a ella y sus pasos resonaron suavemente—. Además, me gusta tenerlo largo.

—Lo sé. También recuerdo que… —Endora llegó a donde estaba ella, pero no la tocó. No. Tan solo se inclinó hacia delante y susurró en su oído— te gustaba que tirase de él.

«—¿Así?

Endora tiró fuerte de su cabello, la espalda de Charlotte curvándose de placer.

—Más —exigió—. Más, Sorcha.

Endora obedeció.»

El recuerdo se fue tan rápido como había venido y Lottie dejó de peinarse y colocó el cepillo sobre el tocador.

—Te estabas acordando —musitó Endora; ambas mirándose a través del espejo. Las pupilas de la Bruja de la Noche estaban dilatadas.

¿Qué pretendía con eso?

—¿Tanto piensas en nuestros encuentros como para acordarte de cada detalle? —la retó Charlotte, inclinando la cabeza ligeramente hacia la izquierda; su aroma al descubierto frente el rostro de la chica.

Endora echó un rápido vistazo a su cuello para luego volver a mirarla.

«Si tú me usas para tus juegos…», pensó la Bruja de la Tierra, «yo no seré menos».

—Es difícil no acordarse. Muy difícil. Además, también recuerdo un detalle muy particular. Una palabra, más bien.

Lottie se mantuvo firme, sabiendo lo siguiente que diría la Bruja de la Noche.

—Nunca te pregunté qué significaba, pero me parecía una palabra bonita. Ahora entiendo

muchas cosas.

—Tan solo te estaba llamando por tu nombre, pero en gaélico.

—Me pusiste un mote, Teàrlag. Sorcha —repitió la palabra lentamente—. No me importaría escuchártelo decir otra vez.

Si quería jugar, jugarían. No era la primera vez. Era un tablero de ajedrez con tan solo dos reinas.

—¿Sabes lo que acabo de recordar? —La joven se giró despacio; sus ojos azules revisando el atuendo de Endora hasta llegar a su camisa, de la que tiró hasta tener a la Bruja de la Noche a apenas un centímetro de sus labios—. Que la que me rogaba que no parase eras tú, completamente atada.

Un quejido salió de la garganta de Endora. Ahí estaba. Ese familiar sonido del que Charlotte intentaba olvidarse cada noche que su entrepierna gritaba alivio y se lo daba a sí misma.

—Para ser alguien que ama el control… —Charlotte rozó sus labios con los de Endora, carnosos y húmedos— eras la primera que se ponía de rodillas cuando estábamos a solas.

Charlotte se levantó y con fuerza se llevó consigo a Endora, sorprendida ante la iniciativa de la chica. La apoyó contra la pared y su mano subió hasta el cuello de la Bruja de la Noche.

—Sube las manos. *Ahora.*

Endora obedeció y subió las manos por encima de la cabeza, humedeciéndose los labios casi de forma instintiva. Fue entonces cuando Charlotte invocó su poder; esa luz azul tan familiar envolviéndole los ojos. Y de repente unas gruesas hiedras verdes agarraron con fuerza las muñecas de Endora para juntarlas.

—Más fuerte —exigió la Bruja la Noche.

Charlotte sonrió y con su mano izquierda hizo un leve movimiento de muñeca para que la puerta de los aposentos se cerrase despacio.

—¿Qué quieres, *Sorcha*?

—Llevo queriéndote besar desde que apareciste en Londres.

Aquella información dejó estupefacta a La Bruja de la Tierra. No por la información en sí, sino por la honestidad y lo directa que había sido. Llevaba semanas sin mostrar a esa Endora y Lottie no quería que se esfumase.

—¿Y si la que decide besarte soy yo?

—Jamás coartaría tu libertad a la hora de tomar decisiones, Lottie. —La bruja le siguió el juego—. No cuando me tienes atada y expuesta para ti.

—¿Solo para mí?

—Por la Luna, Charlotte. Bésame.

—Aquí la que da las órdenes soy yo, Endora. No lo olvides.

Lottie apretó ligeramente el agarre en el cuello de la chica, lo suficiente como para que lo notase, pero sin que le hiciese daño. Endora, en su día, le había enseñado exactamente cómo le gustaba. No habían sido muchos sus encuentros, pero fueron varios días en los que se vieron obligadas a salir de la cama. Y aquí estaban otra vez, a punto de hacer algo de lo que Lottie sabía se arrepentiría por la mañana.

—Voy a hacer mucho más que besarte Endora. Voy a recordarte quién soy, qué somos y lo que te has perdido.

Charlotte se lanzó salvajemente y con fuerza a los labios de Endora. Su corazón dio un vuelco ante la familiaridad de estos y al sentir lo acogedores y suaves que eran. Ambas se inclinaron la una hacia la otra, primero despacio, moviéndose con precaución, hasta que Lottie soltó el agarre

del cuello de Endora y con sus manos la tomó de la cintura y la besó con más pasión.

No lo reconocería, pero sabía que, igual que ella, Endora había echado de menos eso. Pues no tardó en intentar soltarse de su agarre para tocarla, acariciarla y tenerla más cerca. Charlotte se separó, pero sus labios se siguieron rozando mientras susurró:

—Esto es por no contestar mis cartas.

Lottie pasó su lengua por los labios de Endora y esta quiso besarla, pero la Bruja de la Tierra se apartó a tiempo, riendo por lo bajo. Después se lanzó al lóbulo de Endora mientras sus manos abrían, poco a poco, la camisa blanca y parte de su pecho quedó al descubierto.

—Esto es por dejarme a medias en la sala de música.

Lentamente, Charlotte bajó su boca por el cuello de Endora y abrió por completo su camisa hasta que tuvo los pechos de la bruja delante de ella. Rozó con su nariz el seno derecho; el vello de Endora erizándose ante el tacto, sus pezones ya erectos.

—Esto —Lottie lamió la areola despacio y Endora echó la cabeza hacia atrás, gimiendo—es porque sé que te encanta.

Cuidadosamente mordió el pezón de Endora y sonrió al oír sus gemidos. Con una de sus manos, Lottie se reincorporó y tapó la boca de Endora con la mano.

—Si gritas tanto, mi abuela nos oirá. Es vieja, pero no está sorda.

La Bruja de la Noche asintió, y Charlotte bajó su mano para después murmurar:

—¿Quieres que…?

—No —contestó Endora antes de que ella terminara la pregunta—. No pares.

Lottie la silenció con un beso. Dientes contra dientes. Sus salivas entremezclándose con los gemidos mientras Endora movía inconscientemente sus caderas, luchando contra la atadura que la inmovilizaba.

Y Lottie hizo lo que tanto deseaba Endora y la soltó. Un instante después, era ella la que estaba contra la pared. Endora pegó su cuerpo contra el de ella y besó su cuello con ímpetu. Lottie la agarró por la nuca y se perdió en aquella oscura mata de pelo que caía por la espalda de la chica. Endora amasó sus pechos por encima del camisón y Lottie se mordió los labios. Todo era una maldita tortura.

Sus labios se reencontraron y Endora le remangó el camisón y recorrió con sus dedos la suave y delicada piel de sus piernas. Justo antes de llegar a su zona íntima, palpitante y esperando la experta mano de la bruja, Endora se detuvo y se tomó un segundo para contemplarla. Charlotte vio su propio reflejo en aquellos ojos grises cubiertos casi en su totalidad por las oscuras y dilatadas pupilas: pelo enmarañado, labios hinchados, respiración entrecortada. Fue a besarla de nuevo, pero la reacción de la bruja la sorprendió.

Endora se apartó, dando tres pasos hacia atrás. Su mirada estaba perdida y, segundos después, murmuró:

—¿Qué estoy haciendo?

La historia se repetía. Las barreras que Lottie creía haber conseguido derrumbar volvieron a rodear a la bruja, que poco a poco había empezado a retroceder.

—Endora.

Sintió que no la oía. La bruja negó una y otra vez y lo último que dijo antes de salir de los aposentos de Lottie fue:

—Ódiame si quieres. Pero esto… —señaló alternativamente a ambas, negando, como si estuviese asustada— no puede ser.

Salió disparada de la habitación, cerró la puerta tras de sí y Charlotte se quedó sola.

—Ven aquí.

Ovidia sonrió, acercándose a Noam mientras este le hacía hueco en la bañera frente a él. El agua estaba caliente y estaban solos en los aseos privados de sus aposentos. Ella vivía por y para esos momentos junto a él. Todavía le costaba creer que estuviese vivo. Se acurrucó en su pecho, ambos limpios tras su baño.

Noam pasaba sus largos y delicados dedos por el brazo de la chica; las hiedras dormidas dentro de ella. A Ovidia le encantaba la sencillez de aquellos momentos, cómo Noam apoyaba su cabeza contra la de ella, cómo la besaba en la sien cada pocos minutos. Giró su cabeza, aún apoyada en su pecho, para mirarle.

—No te pregunté en su día sobre los entrenamientos con Dorothea. ¿Qué tal fueron?

—Sin duda está avanzando. En cuanto a su habilidad médium…, me dijo algo que me ha dejado muy pensativo.

Ovidia frunció el ceño, conocía ese tono. Demostraba que a Noam realmente le preocupaba lo que le había dicho la niña.

—Me ha comentado que, cuando me vio por primera vez cuando volvimos de Londres, mi aura era completamente blanca. La única que había visto desde que sus poderes se habían activado.

—¿Blanca? ¿Puro blanco?

Noam asintió.

—En mis sueños a veces aparece una luz blanca —explicó Ovidia; su ceño fruncido—. Siempre está lejos de mí, nunca se acerca lo suficiente. Y luego…

—Luego se convierte en Harvey —Noam terminó la frase por ella.

Ovidia asintió, pensativa. No podía ser casualidad. Pero ¿qué relación había entre el aura de Noam y sus pesadillas?

—Tal vez estén relacionados.

—¿Tú crees?

—Solo intento buscar una lógica a todo esto. Tantas preguntas y tan pocas respuestas… Me estoy volviendo loca.

—No te estás volviendo loca, mi amor. Solo intentas aportar algo. Como todos. —Noam hizo una pausa tras soltar un largo suspiro—. ¿Por qué crees que está relacionado?

—Nunca había visto nada parecido a esa luz de mis sueños —explicó la chica—. Es tan extraña… ¿Dorothea vio a Harvey?

—No lo sé. Podríamos preguntárselo mañana.

—Quiero saber si vio su aura y qué es exactamente lo que vio.

—Me parece una idea genial, cielo, pero ahora relájate. Lo necesitas. Lo necesitamos.

—Lo sé, lo sé. —La chica suspiró pesadamente—. Perd…

—Y deja de pedir perdón. No hay nada que perdonar.

Ovidia se puso encima de él, sintiendo cómo este la sujetaba por la cintura, asegurándose de que no se resbalase en la bañera.

—¿Te he dicho lo bien que te queda la barba? —musitó la chica cambiando de tema. Las pupilas de Noam se dilataron tan rápido que ella sonrió aún más victoriosa.

«Oh sí. Esto se va a poner interesante».

—Unas dos o tres veces por día, pero me gusta escucharlo.

Ovidia se apoyó en los hombros de él y pasó una mano por su largo y ondulado pelo. Le había crecido durante aquellos meses y no se lo había cortado. No era del todo una melena corta, pero debía admitir que no le quedaba mal. Y esa barba… Esa barba le excitaba demasiado. Pero ya no solo se trataba de su barba. Noam había crecido, si es que eso era posible. Llevaba entrenando meses tanto en los poderes como físicamente. Ovidia le veía muchas mañanas salir a correr y luego entrenar piernas y brazos. Y ahora, a la luz de las velas y totalmente desnudo para ella, podía apreciar todo eso más que bien. Sus bíceps se marcaban, igual que las venas de sus antebrazos. Ovidia se mordió el labio, respirando profundamente.

Noam se percató del gesto y no pudo luchar contra la excitación de su miembro. Bromeando, musitó:

—Me vas a desgastar con la mirada, Ovi.

Los ojos castaños de ella conectaron con los de él; las pupilas tan dilatadas que parecían dos bolas negras.

—Podría decir lo mismo.

—Mírate. —Noam apartó los largos mechones oscuros que caían por el torso de la chica y su busto quedó al descubierto e iluminado. Noam se reajustó, sintiendo cómo su erección se volvía mucho más dura y se sentía listo para hundirse en ella y hacerla gemir y gritar su nombre. Oh, sí, le encantaba que gritase su nombre.

—Voy a empezar a creer que estás un poco obsesionado con mis pechos, cariño.

—Quién no estaría… —Noam tuvo intención de tocarla, pero Ovidia le detuvo, riendo por lo bajo.

—Creo que vas a tener que esperar un poco para tocarme… —Ovidia pasó sus dientes por el cuello de Noam, el cual apretó su agarre en ella, gruñendo—. Las manos en los bordes de la bañera.

Noam obedeció, dejó la cintura de Ovidia y se agarró fuertemente para contenerse. Ovidia se apartó del cuello del chico y se centró en sus labios, mordió el inferior despacio, jugando.

«¿Vas a besarme de una vez Winterson?», le mandó el pensamiento a ella. Sonrió al escuchar la voz de Noam en su cabeza y se inclinó hacia sus labios, humedeciéndose los suyos.

—He pensado en algo mejor… —La mano derecha de Ovidia se hundió en el agua y encontró lo que estaba buscando. Noam siseó entre dientes y Ovidia se inclinó hacia la oreja del chico—. ¿Te acuerdas de la primera vez que me tocaste?

—Difícil olvidarlo.

—Admitamos que fue un poco injusto por mi parte dejarte a la intemperie en una pobre bañera. Por lo que… esta es mi forma de recompensarte.

En los meses que llevaban juntos, Ovidia había tenido múltiples oportunidades para saber lo que le gustaba a Noam y cómo le gustaba. Por eso empezó rozando con la punta de sus dedos el glande, haciendo pequeños círculos hasta que cerró toda su mano sobre este y después la deslizó por el grueso miembro presionando a la vez muy lentamente.

Noam echó la cabeza hacia atrás, siseando y soltando bastantes improperios.

—Vaya, caballero… —Noam subió las caderas y Ovidia se echó hacia atrás para tener suficiente espacio entre ambos. La punta de su pene salió a la superficie, quedando a la vista de una hambrienta Ovidia—. ¿Esas son formas de hablar?

Ovidia se dio cuenta de que Noam tenía intención de tocarla e, invocando a sus hiedras, rodeó las muñecas de él y le amarró.

—He dicho que las manos en los bordes, Clearheart.

Ella se introdujo el miembro en la boca y Noam tuvo que aferrarse muy fuertemente a la bañera. El sonido de la saliva, la visión de los labios de Ovidia mezclándose con los pequeños sonidos que la chica hacía le hicieron gemir sonoramente.

—Eso es. Déjame oírte, cielo.

Noam la miró y vio cómo se preparaba, abriendo la boca aún más e introduciendo poco a poco todo el miembro hasta su garganta. Sintió que esta se contraía y el chico se preocupó. Ovidia le hizo un gesto de aprobación para que supiese que ella estaba bien y prosiguió. Masajeó los testículos del chico y sintió que el glande tocaba el final de su garganta.

—No voy… no voy a tardar mucho, Ovi… —Otro sonoro gemido salió de él y Ovidia, paulatinamente y presionando sus labios ligeramente, fue sacando el miembro de su boca, riendo seductoramente cuando lo tuvo fuera de ella.

—Tómame. Ahora. Es una orden.

—A cuatro patas. Frente a la chimenea.

Ovidia sonrió y salió de la bañera; su cabello y su cuerpo, chorreando. Noam hizo lo mismo y se agachó tras Ovidia, la cual restregó su trasero contra el erecto pene del chico.

—¿Por qué me da a mí que esta es tu posición favorita? —gimió Ovidia; su espalda curvándose de placer.

—Es mi posición favorita porque sé que es la tuya. —Noam la cogió por las caderas, separando aún más sus piernas. Ovidia se dejó caer sobre el frío suelo y se apoyó sobre sus antebrazos con firmeza.

Ovidia sintió cómo entraba en ella de manera lenta y soltó un gemido de puro placer, curvando los dedos de sus pies.

—Necesitaba tanto esto… —La chica se giró para ver cómo Noam se mordía el labio. Conectando sus miradas, el chico acabó de entrar en ella y ambos soltaron un profundo suspiro de placer.

—¿Cómo lo quieres, mi Bruja Negra?

—Sabes cómo lo quiero.

Noam sonrió y con habilidad agarró la espesa melena de Ovidia, tiró de ella firmemente y empezó a penetrarla con fuerza y rapidez, una y otra vez. El sonido de sus cuerpos chocando llenó la estancia. La chica gemía y gritaba sin parar el nombre Noam, y su voz hizo eco en el gran baño.

—Sigue. —Noam masajeó una de las nalgas con la mano libre hasta clavarle las uñas. Ovidia se curvo aún más—. Sí. Así.

Lo siguiente que hizo fue darle un golpe seco con la palma de la mano en el trasero y Noam soltó el cabello de la chica para sujetarla con más firmeza por las caderas. Ovidia se dejó caer, ajena al dolor de la posición, tan solo concentrada en lo expuesta que estaba y en el placer.

El maldito y jodido placer.

Ovidia empezó a acariciarse el clítoris lentamente y los placeres se fusionaron de tal manera que soltó un grito. Como respuesta, Noam se inclinó hacia delante y, poco a poco, metió un dedo en la boca de Ovidia, la cual soltó un grito al sentirse completamente controlada. Ella lo lamió hasta que, un segundo después, él la penetró con los dedos sin poder evitarlo. Noam gruñó cuando las paredes de su vagina se contrajeron.

—Mierda —farfulló Noam, sacando los dedos de su vagina e inclinándose al oído de Ovidia —. Sabes lo que pasa si haces eso, Ovidia.

—Suéltalo —exigió ella, moviendo sus caderas con ímpetu—. Dámelo todo. Empápame.

Noam se vino tras aquellas palabras, sin dejar de moverse mientras se vaciaba en la bruja a la que amaba. Ovidia siguió acariciando su clítoris hasta llegar también al éxtasis. Respirando con dificultad y aún apoyada en sus rodillas, Noam salió de ella despacio, y la bruja odió el repentino vacío que sintió en ese momento. Y entonces vio que parte de lo que había derramado en ella chorreaba al suelo a causa de la gran cantidad y el chico se daba cuenta de su hazaña. Con cuidado, él apartó los labios de la chica, lo cual la hizo gemir levemente.

—Esto solo demuestra una cosa. —La voz de Noam sonaba casi animal—. Eres mía.

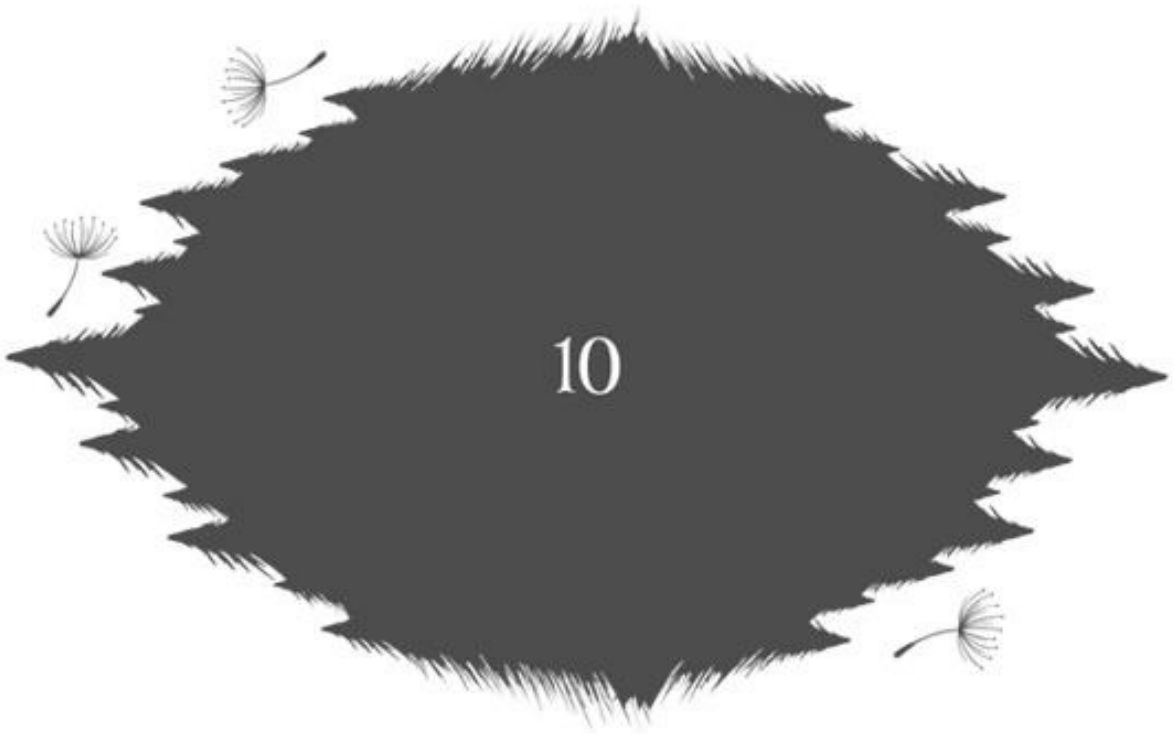
La chica se giró sobre su espalda al sentir que Noam respiraba con dificultad. Él se puso sobre ella, la miró de una forma conocida para Ovidia y se preguntó cómo había tenido tanta suerte.

—Buen chico —le murmuró sobre los labios. Noam sonrió y la besó de manera soez y sucia.

—Dame diez minutos y te lo haré contra la ventana.

La bruja soltó una carcajada y Noam la abrazó, giró sobre sí mismo y la atrajo hacia su pecho. Ambos terminaron tumbados en el frío suelo frente a la chimenea.

Eran pocas las veces que se podían permitir esos momentos de paz y pasión en medio de la tormenta que les rodeaba. Así que aprovecharían cada instante al máximo. Para siempre.



8 de mayo de 1844. Winchester, Inglaterra

Cuando estaba a punto de caer rendida al fin, un ruido la despertó de manera repentina. Su corazón latía desbocado y Ovidia se incorporó en la cama y vio que el lado de Noam estaba vacío. Sabía que estaría en algún lugar de la casa, pues más de una vez él también se levantaba a causa de sus pesadillas o por culpa del insomnio. Sin embargo, sabía que aquel ruido no provenía de Noam. Conocía bien los sonidos que hacía y sabía que aquellos no eran propios de él.

Así que, con precaución, Ovidia se levantó de la cama, invocó a sus hiedras, abrió la puerta de la habitación y se encontró con… nada. Confusa, se preguntó si estaba inmersa en otro de sus muchos sueños, que cada vez eran más lúcidos. Aunque siempre había algo que le hacía saber que no eran reales, había llegado un punto donde la realidad y los sueños se fundían en un solo estado.

Volvió a escuchar aquellos pasos y aumentó la luz de la vela, a la vez que encendía todas las que había en el pasillo. Un escalofrío difícil de controlar recorrió el cuerpo de Ovidia. En la mitad del pasillo, justo empezando a bajar las escaleras, la vio. Esa melena rojiza era reconocible de lejos.

Ovidia, ahora más preocupada que asustada, se recogió las faldas de su camisón y comenzó a correr; su trenza le golpeaba en el hombro y en la espalda. Se agarró a la baranda de la escalera y fue bajando con precaución. Llegó a la primera planta, pero no vio a la niña. Frustrada, bajó una planta más. Al pie de las escaleras, en mitad del pasillo y vestida con su camisón de dormir y el pelo también recogido en una trenza, vio a Dorothea, que parecía una estatua. La joven se había quedado en la mansión Clearheart debido a su desmayo de hacía un par de días y estaba aún recuperándose del susto.

Inspirando fuertemente, Ovidia se acercó a ella con precaución, se arrodilló y la llamó por su nombre para no asustarla.

—Dorothea, deberías irte a la cama. ¿Qué haces despierta tan tarde?

La niña no respondió; su cuerpo extrañamente quieto, su mirada fija en la nada. Parecía estar aún dormida. «Es sonámbula», se dijo Ovidia. Entonces pensó en ir a buscar a Noam, pero no sabía dónde estaría. Él necesitaba sus momentos de soledad tras las pesadillas que también le acechaban.

Dorothea giró la cabeza para mirarla e hizo algo que pilló a Ovidia completamente desprevenida. Sonrió de forma espeluznante. La Bruja Negra se apartó y, por instinto, activó sus poderes. Sus hiedras rodearon a Ovidia y aquella luz familiar y roja aureoló sus iris.

«¿Esto forma parte de sus poderes como médium?», pensó ella.

No era posible. Esa sonrisa, la luz que normalmente había en los gestos de Dorothea, se habían desvanecido. Parecía… otra persona.

—Dory. —Ovidia se decidió a utilizar el diminutivo que en pocas ocasiones se atrevía a pronunciar—. Si me escuchas, por favor, despierta. Soy yo. Ovidia.

Dorothea intentó parpadear. Ni siquiera llegó a cerrar los ojos del todo y un gemido salió de su garganta, como si intentase hablar. Estaba claro que algo iba mal.

Ovidia la agarró, intentando sujetarla con delicadeza para dejarla en su sitio. Podría salir corriendo o algo peor, y lo último que quería era que la joven sufriese algún accidente.

—Dorothea, sé que estás ahí. Vamos, despierta. Puedes hacerlo.

Un instante después, la rigidez de la chica se desvaneció y, como si le hubiesen quitado un gran peso de encima, sus rasgos se suavizaron.

La niña estaba temblando y se agarró a Ovidia casi por instinto, y esta la acercó un poco a ella.

—¿Ovidia? ¿Dónde estoy?

—Has bajado hasta aquí. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—No… no lo sé. Recuerdo estar soñando algo y, de repente, todo se volvió borroso. Luego he sentido frío, pero he escuchado una voz. Tu voz. Y la he seguido hasta que te he visto frente a mí.

Ovidia quiso hacerle más preguntas, pero no era el momento ni el lugar, por lo que se limitó a murmurar:

—¿Quieres un abrazo?

Dorothea asintió y se lanzó a los brazos de Ovidia, apretando con fuerza.

—¿Ovidia?

—¿Sí?

—Él.

Dorothea tensó su agarre sobre Ovidia y la Bruja Negra se apartó levemente para ver el rostro de la pequeña. Su mirada azulada estaba llena de pánico y fija en algo que había al final del pasillo. Inmediatamente supo a quién se refería.

El labio de la Bruja Negra empezó a temblar y su cuerpo se puso en alerta, pues temía que lo que se encontrase al darse la vuelta fuese lo que más había temido durante todos aquellos meses. Agarrando a Dorothea y pegándola a su cuerpo, se puso en pie para, poco a poco, coger el rostro de la niña y obligarla a que la mirase.

—Dorothea, mírame.

La pequeña obedeció, pero el temor no se desvaneció de su rostro.

Ovidia tragó saliva y musitó:

—Ve con Henry y quédate con él hasta que yo suba. Ahora.

Al fin, la Bruja Negra se giró y supo que, definitivamente, aquello no era una pesadilla.

De los malos sueños se podía escapar; sin embargo, de aquella realidad no. Escuchó los apresurados pasos de Dorothea subir las escaleras, pero Ovidia no apartó los ojos de la figura que había al final del pasillo: Harvey.

—Un gusto verte, Ovidia. Espero que me hayas echado de menos.

Noam había salido de sus aposentos en el momento que supo que Ovidia se había dormido. Le fascinaba lo mucho que seguía volviéndole loco y cómo tomaba el control de la situación. Como había tenido que luchar contra volver a tomarla contra una de las cómodas de la habitación cuando él mismo la estaba ayudando a ponerse el camisón después de su baño… especial.

—Podría seguir toda la noche… —había murmurado Noam en el oído de la joven; el camisón de esta medio subido mientras el chico agarraba sus nalgas con fuerza.

—Te creo… pero… —dijo ella entre suspiros— debemos descansar. Y ya me he tomado la poción especial que hizo Charlotte. No podemos…

—Lo entiendo, cielo. —Noam se apartó de su cuello, rozando su nariz con la suya—. A dormir, pues. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Los ojos oscuros de la mujer que le volvía loco se llenaron de ese brillo que precedía al llanto, por lo que Noam le cogió el rostro y mostró una sonrisa certera, dulce y segura.

—Estoy aquí, Ovi. No es un sueño. Es real. Soy real.

Ovidia le había abrazado fuertemente y después se habían metido en la cama, bromeando acerca de la poca habilidad de Noam haciendo trenzas. Se había ofrecido a hacer la de Ovidia y se podría decir que el resultado no había sido del todo perfecto.

Y ahora, minutos después, este caminaba por la casa sin rumbo. Ese día la sala de música no le llamaba. Sin embargo, sí que lo hizo la sala de entrenamiento, donde había estado estos últimos días con Dorothea. De camino allí se detuvo delante de un cuadro que Noam había conseguido que su padre no quitase de la casa, que era el motivo por el cual Francis Clearheart apenas se acercaba a esa zona: un retrato de su madre.

A veces entendía que a su padre le costara mirarle a él. Noam sabía que era un calco de su madre. Tenía el mismo tono de pelo y esas hondas particulares, la misma mandíbula y los ojos miel. Noam se preguntó dónde estaría. Si seguía viva, él deseaba que estuviese sana, salva y feliz. Sobre todo, feliz.

No la culpaba por haberse marchado, pero sí que era cierto que la echaba de menos. Le hubiera encantado presentarle a Ovidia. Esperaba hacerlo algún día si sus caminos se volvían a encontrar.

—Sé que te habría encantado, madre. Me pone en mi sitio.

Mostrando una sonrisa algo triste, Noam dejó el retrato de su madre atrás y finalmente entró en la sala de entrenamiento. La estancia estaba incluso más fría a aquellas horas de la noche. En el centro de ella se dijo lo que no paraba de repetirse en su cabeza una y otra vez. Noam invocó su poder y creó una Transmisión que le permitió verse junto a Dorothea.

«Recuerdo que dijiste que mi alma parecía blanca. ¿Has visto más así?».

«Parecía, no, lo era. Y no, tú eres el único cuya aura ha sido completamente blanca».

Frustrado, y con su poder gris envolviéndole, Noam disipó el recuerdo, apretando la mandíbula con fuerza.

Estaba seguro de que la intuición de Ovidia no fallaba. En raras ocasiones lo había hecho, por lo que… ¿y si todo estaba conectado? ¿Y si esa aura blanca era verdad? ¿Conectaba algo con la luz blanca de los sueños de Ovidia? Tal vez… «Puedo intentarlo», pensó. Tal vez era una idea un poco arriesgada, pero quizá les podría sacar de su duda.

Siguió sus instintos. Primero abrió las manos con las palmas hacia arriba; sus brazos paralelos el uno del otro. Luego cerró los ojos, conectando con su respiración y con su yo interior. Cada Sensible accedía al núcleo de su poder, de su ser, de forma distinta. Ovidia había divagado en algo que él desconocía hasta invocar aquellas hiedras el otoño anterior en Londres. Y ahora le tocaba a él indagar mucho más allá de lo que ya lo había hecho en el pasado.

Cierto era que temía lo que pudiese encontrar. Pero, a veces, para poder encontrar respuestas, hay que ir de la mano del miedo durante el camino. En su mente una imagen se abrió paso: la sala donde se encontraba, que se hizo casi tan tangible como en la que él se hallaba.

Noam volvió a respirar hondo, intentando no perder la concentración.

—Muéstrame lo que soy —se dijo en un tono tan neutral y tranquilo que hasta él se sorprendió —. Muéstrame lo oculto.

Durante unos instantes, nada cambió, pero Noam no perdió la concentración, decidido a encontrar respuestas. Las necesitaba. Para él y para Ovidia. Respiró hondo de nuevo, controlando el ritmo de su respiración y escuchando los latidos de su corazón. Aun visualizando la sala en la que se encontraba, sucedió algo que le dejó estupefacto. Dio un paso hacia delante, pero no en la realidad, sino en esa habitación imaginaria que tan solo existía en su mente y era un calco de la realidad. Dio dos pasos más y, al girarse, se encontró consigo mismo; los ojos cerrados, las manos abiertas, dispuesto a recibir lo que tanto estaba pidiendo.

Respiró hondo una vez más y la acción se repitió en el cuerpo que sí era real.

—Veo lo que soy. Y veo lo que oculto.

Sintió que un nudo se instalaba de repente de su interior y se expandía por todo su cuerpo. A modo de imán, su figura imaginaria se unió a la real y esa energía, fría y a la vez agradable, se expandió hasta rodearle por completo. Cuando esta se detuvo, Noam abrió los ojos y reparó en que flotaba a su alrededor.

Era leve, apenas un atisbo, pero ahí estaba, rodeando todo su cuerpo. La blancura de la luz se mezcló con el gris de su propio poder; la vibración de su propia aura moviéndose consigo. El chico jamás había creído esto posible, pues nadie en la Sociedad había hablado de la capacidad de poder ver tu propia aura. Eso era algo que solo los médiums podían hacer, pero su curiosidad tras las palabras de Dorothea había sido demasiado tentadora y… allí estaba, rodeado de sí mismo. Otra prueba más de que, en efecto, estaba vivo. Vivo de verdad.

Pero aquella manifestación no había respondido a su pregunta: su aura y los sueños de Ovidia ¿estaban conectados?

Respirando hondo, Noam abrió la palma de sus manos, se tambaleó y sintió que su poder volvía a él y la luz blanquecina desaparecía. Lo siguiente que escuchó fue un grito desgarrador de una voz que reconocería en cualquier parte.

La voz de Ovidia.

—Al fin te dignas a aparecer en un lugar que no son mis sueños.

Su voz era dura y dos esferas rojas y palpitantes nacían de las palmas de sus manos. Sus ojos, cuyos iris también estaban rodeados por ese familiar rojizo, se hallaban fijos en el causante de

todo esto.

—¿Has estado soñando conmigo, dulce Ovidia? —La conocida voz hizo que su rabia fuese en aumento—. Qué bonito compartir esta información conmigo.

—Cómo te atreves a presentarte aquí después de todo lo que nos hiciste —gruñó la joven, empezando a acercarse a él despacio, pero sin miedo—. A mí, a Endora. A Noam.

—¿Te lo ha contado? Fue un momento bastante privado. No esperaba que lo fuese a contar tan fácilmente.

—Le torturaste —bramó entre dientes la Bruja Negra, que se apretó las manos; los huesos marcándosele y las esferas haciéndose más grandes—. ¿Es que nada calma tu sed?

—Yo creo que lo llevo bastante bien —dijo él con tranquilidad, sin moverse—. No malgastes energías, Ovidia. No quiero que destruyamos tan bonito hogar.

»Además, yo solo me mancho las manos cuando es necesario. —Harvey dio un paso atrás e, inclinando la cabeza hacia un lado, sonrió levemente—. Nos vemos pronto.

Ovidia gruñó y lanzó las dos esferas directas a él, que le atravesaron y rompieron el ventanal que había tras él, provocando un estruendo enorme.

«Una proyección», reflexionó Ovidia.

La imagen de Harvey se desvaneció al mismo tiempo que alguien atacaba a Ovidia por detrás. Ella gritó y sintió un repentino peso que la inmovilizó durante unos instantes. Rápidamente, puso en práctica el entrenamiento de aquellos meses y activó su poder. Pegó una patada en la espinilla al atacante y le lanzó otra esfera de pura energía de un color rojizo. Con todo, él la esquivó con facilidad.

«Mierda, mierda, mierda», se dijo Ovidia.

Decidida, invocó a una de sus hiedras y, poco a poco, la transformó en una espada, brillante y con venas rojas, que puso entre ella y su atacante.

Se percató de que su atacante era un hombre de no más de cuarenta años, que le sonreía con suficiencia mientras murmuraba:

—Ven conmigo, bruja.

Ovidia sintió que aquel hombre no tenía nada de magia en sí y, por lo tanto, era un No Sensible.

Entonces ¿cómo había conseguido entrar en la casa? Ahora que había visto los poderes de Ovidia debía hacer el pacto o… tendrían que borrarle la memoria y violar su mente.

¿Y Harvey? ¿Y si seguía por la casa? «Noam. Dorothea. Henry», pensó Ovidia.

A lo lejos, un gran relámpago iluminó la noche y no fue hasta muchos segundos después cuando el trueno resonó por todas las paredes de la mansión.

El hombre volvió a acercarse a Ovidia poco a poco y esta recordó que no tenía poder alguno, que estaba indefenso, que no estaría bien atacarle.

—Tenía tantas ganas de verte, Bruja Negra.

El desconocido gritó y corrió para abalanzarse contra Ovidia. Pero un cuerpo alto, fuerte y envuelto en una luz gris lo agarró, lo tiró al suelo y lo bloqueó.

Noam forcejeó con el intruso y Ovidia fue a socorrerle.

—¡No te acerques! ¡Aléjate!

En ese momento varios sirvientes y la doncella de Ovidia, Georgia, llegaron desde el ala donde se encontraban los aposentos de los trabajadores. Los hombres no tardaron en ayudar a Noam y Ovidia se dirigió a la joven criada.

—¡No te acerques! —ordenó la Bruja Negra cuando observó que Noam ponía al No Sensible

contra la pared—. ¡No le forcéis! Es un No Sensible.

—¡Podría haberte hecho…!

—¡Está aquí! —le interrumpió Ovidia; sus ojos llenos de puro terror—. Harvey. Está en la casa.

Noam, de espaldas a Ovidia, se quedó paralizado, y los sirvientes se miraron esperando órdenes.

El chico puso la mano en la cabeza del humano y lo adormeció, y este cayó de bruces al suelo.

—Llevadlo al sótano. Ya.

Noam no gritó. La orden fue firme y en un tono que puso los pelos de punta a Ovidia.

Los sirvientes se llevaron al humano al sótano; ahora un peso muerto en sus brazos.

Ovidia se acercó poco a poco a Noam, cuyo poder le rodeaba por completo y era de un tono gris, mucho más pálido que el que normalmente rodeaba al chico.

—¿Qué ha pasado?

La joven le contó todo y Noam asintió sin pestañear.

Ovidia se estaba empezando a preocupar.

—Cielo, tenemos que irnos.

Noam negó con la cabeza y se apartó de ella.

—Primero tengo que encargarme de este humano. Y luego rastrearé la casa para encargarme personalmente de él.

Sin mediar palabra, el brujo Vidente empezó a bajar las escaleras que conducían al sótano con paso ligero y rápido. Si se pensaba que iba a dejarle hacer eso solo, estaba muy equivocado.

Ovidia vio cómo su doncella se encontraba completamente paralizada en el pasillo; sus ojos abiertos como platos ante el desastre que se había formado en apenas unos minutos. Tenía que hacerla actuar rápido y que enfocase sus pensamientos en otra cosa.

«Dorothea. Henry».

—Georgia, lleva a los hermanos Moorhill de vuelta a casa de su madre. Esta mansión no es segura.

—¿Cree que su hogar sí, señorita?

—No lo sé —respondió con honestidad Ovidia, cuyos ojos marrones se habían vuelto cada vez más rojos—. Pero sé que se sentirán más protegidos con su madre. Llévatelos ya, y quédate también allí hasta que el señor Clearheart y yo vayamos. Vamos, ahora.

La doncella obedeció y subió corriendo hacia la habitación de los chicos sin mirar atrás. Ovidia fue en dirección contraria, directa al sótano, pero no sin antes echar un rápido vistazo al ventanal del final del pasillo donde la imagen de Harvey había estado minutos antes. Y esta vez lo que sintió no fue miedo o incertidumbre, fue pura rabia. Pura sed de venganza.

—¡Traedme una silla! ¡Ahora!

Noam había tenido que usar ese tono de voz pocas veces en su vida. La primera, la pelea que tuvo con su Francis cuando su madre desertó. La segunda, cuando corrió a su casa para dar instrucciones a todos sus trabajadores la noche que encerraron a Ovidia. Y la tercera, era ahora, al saber que aquel desgraciado había puesto las manos encima a su Bruja Negra.

Noam escuchó pisadas en la escalera y supo que era ella antes de que sus ojos la reconociesen. Ovidia fue directa hacia él, ignorando las miradas aterrorizadas de los sirvientes. Noam sintió la mano de Ovidia en su brazo y se giró para mirarla.

—No quiero que veas esto —dijo con un hilo de voz.

Ovidia sabía lo que iba a hacer.

—Tú y yo. ¿Te acuerdas? En lo bueno y en lo malo.

Noam, con la mandíbula apretada, asintió. La cogió de la mano y se acercaron al asaltante; el poder gris de Noam brillando en sus ojos y las hiedras de Ovidia rodeándola.

Los sirvientes dejaron caer el cuerpo del humano sobre la silla y este empezó a recuperar la conciencia.

—Espera —advirtió Ovidia, cogiendo el brazo de Noam—. Déjame atarlo con mis hiedras. No me fío de lo que pueda hacer.

La joven dio un paso hacia delante, y levantando ambas manos, invocó a las hiedras. Ovidia se sorprendió al ver cómo estas no eran las que invocaba habitualmente, sino que aparecían completamente tangibles y con venas de color rojo sangre, que ataron al hombre al suelo por los brazos y los pies.

Noam la miró, sorprendido, pero no dijo nada. Ya tendrían algún momento para hablar de lo que estaba ocurriendo con sus poderes.

—Todo tuyo —aseguró Ovidia, y Noam le dio un beso en la frente antes de ponerse delante del intruso.

—Idos —ordenó Noam—. Sacad a todo el personal de la casa e id a la Academia. Ahora.

Estos obedecieron al instante. Cuando se marcharon, tan solo quedaron el No Sensible, él y Ovidia en el oscuro y vacío sótano. Allí no había ventanas, tan solo una gran habitación con algún que otro mueble y cajas con trastos antiguos. Varias luces colgaban del techo e iluminaban el lugar de forma lúgubre.

Estos miraron rápidamente a Ovidia y con una mezcla de terror y respeto desaparecieron del sótano, cerrando la puerta de un golpe seco y rápido. Ovidia se echó a un lado y Noam se inclinó sobre el hombre, que le miraba con cierto temor.

—Te voy a dar la oportunidad de hablar, aunque creo que no debería. Sería mucho más fácil entrar en tu cabeza y descubrir lo que tienes entre manos.

—No, otra vez no. Otra vez no.

Ovidia apretó los dientes y sintió que el movimiento brusco del prisionero afectaba a sus hiedras. Las mantuvo a raya al tiempo que escuchaba a Noam responder:

—¿Ya se ha metido en tu cabeza antes?

—Siempre está. Siempre está aquí dentro, murmurando, acechando. Yo solo quería probarlo. Solo…

—¿Qué querías probar? —exigió saber el Vidente.

—La luz del sol.

El terror de sus facciones se convirtió en pura locura y soltó una carcajada que puso los pelos de punta a ambos.

—Se acabó —claudicó Noam con rabia.

—La quiere a ella —canturreó el secuaz de Harvey, cuyos ojos se dirigieron a Ovidia—. Quiere a la Bruja Negra.

—¿Para qué? —exigió saber ella, rompiendo la distancia y arrodillándose frente a él—. ¡Habla!

—Para ofrecerte lo que te mereces. —Una mirada de puro desdén siguió a Noam—. Para darte mucho más de lo que él te podrá dar.

El No Sensible se empezó a retorcer y de sus ojos comenzaron a caer lágrimas de sangre.

Sangre tan negra como la noche. Ovidia abrió aún más las palmas de las manos y, gruñendo, murmuró a su poder:

—¡Eres mío! No te doblegarás. ¡Obedéceme!

El atacante dejó caer su cabeza y, por un segundo, ambos creyeron que se había desmayado o, peor aún, que había…

—¿Dónde está? ¿Dónde está Harvey? —exigió saber Ovidia, furiosa.

—No está aquíííí. —Alargó tanto la i que la chica soltó un gruñido de rabia—. Nunca está donde aparenta estar. Él viene y va.

Esta vez su risa se mezcló con un grito de dolor y terror. Sin duda ese hombre era un demente.

—Tarde o temprano, ocuparás el sitio que te mereces. —Los ojos ensangrentados del secuaz pasaron de la Bruja Negra al joven Clearheart y el oscuro líquido brotó de su boca—. Y entonces será suya.

La bruja sintió el cambio en su interior. La paciencia y la última gota de cordura la abandonaron y dejaron paso a una versión más oscura de ella misma, más cruel. Ovidia lo levantó aún sujeto por sus hiedras y Noam lanzó de una gran patada la silla, lo que provocó un gran estruendo en la extensa y vacía estancia.

—Harvey, sé que me puedes escuchar. —El tono de Noam era tirante. La mezcla de las luces de sus podres con las hiedras de Ovidia creaban una combinación espectacular a la vez que peligrosa—. Has entrado en mi casa. Me has traído a una persona inocente a la que no me queda otra opción que matar y has amenazado de nuevo a los que quiero. Te voy a decir una cosa, hijo de la gran puta: Ovidia jamás se postrará ante ti.

La mano de Noam rodeó el cuello del humano y su luz grisácea y blanquecina aumentó, mezclándose con la oscura y rojiza de Ovidia.

—Has tocado a mi mujer —murmuró el chico en un tono de ultratumba—. Y ahora pagarás las consecuencias.

—No pensaba que te dejarías barba, Clearheart. Te hace mayor.

Ese tono y sus palabras hicieron que Ovidia y Noam cogieran aire a la vez y él supo que no había vuelta atrás. Su némesis estaba allí.

—Hay que ver cómo puede cambiar una persona físicamente en unos meses. Una pena que no podáis verme. Espero que mi voz sea suficiente.

Noam no se controló. Con firmeza, dio un puñetazo al cuerpo del No Sensible, que se tambaleó, haciendo que Ovidia tuviese que apretar su agarre, sorprendida ante el arrebato y para nada preparada para un Noam tan agresivo. Aun así, le comprendió. Los deseos de herir a Harvey, de hacerle pagar, eran mutuos.

—Eso le ha debido de doler al pobre humano. No te esperaba tan violento. Aun as…

De repente, el cuerpo del hombre empezó a retorcerse y, cuando volvió a enfocar los ojos en ellos, lo supieron: Harvey ya no estaba.

—Mátame. Mátame, por favor —dijo con voz suplicante, consecuencia de una tortura que Ovidia no quiso imaginar—. No me deja descansar, no me deja dormir. Solo escucho sus voces, sus órdenes…, acaba con esto, por favor. —Un gemido ahogado detuvo sus palabras y una sonrisa espeluznante cubrió su rostro.

Allí estaba de nuevo.

—Qué poco agradecido. —Chasqueó la lengua, negando con la cabeza—. No os preocupéis, de mi trabajo me encargo yo. Nos vemos pronto…, te lo aseguro, Ovidia.

Los ojos del rehén la miraron y, aunque el rostro pertenecía a un desconocido, esa mirada era

la de Harvey Cox, un psicópata.

Noam se lanzó a por el hombre, lo que hizo que las hiedras de Ovidia se retorciesen, volviesen a ella y se tambalease por un instante ante ese inesperado gesto.

Los gritos del hombre y la risa de Harvey se entremezclaban con los aullidos de rabia de Noam, que, una y otra vez, golpeaba al hombre sin cesar. Ovidia, con paso lento, se agachó junto al Vidente, que al verla allí se detuvo, aprensivo; gotas de sangre resbalando por sus nudillos y manchando su delicado rostro.

—Por… por favor. —La voz del hombre era apenas irreconocible—. Acaba. Mátame.

—No mires.

Una advertencia, la voz del amor de su vida. Ovidia negó.

—No dejaré que pases por esto solo.

—Puede que ya no me quieras igual después de esto.

—Mátale. —La palabra salió de ella, pero no reconocía su propia voz—. Dale lo que necesita. Paz. Dásela, Noam.

Ovidia dio el primer paso y con su mano derecha invocó sus poderes, lo que hizo que el cuerpo del hombre malherido levitase.

—Será rápido —le aseguró Noam. Ovidia pudo notar cómo su voz se quebraba; lágrimas cayendo por el rostro del chico.

Este levantó su brazo, hasta que la mano, apuntando al No Sensible, estuvo a la altura de su cabeza.

—No volverá a molestarte. Te lo prometo.

Se hizo un silencio hasta que dijo su palabra final:

—Gracias.

Noam giró su muñeca, se escuchó un crujido y el cadáver cayó desplomado al suelo; la sangre salpicándoles, prueba de la atrocidad de la que acababan de ser testigos y de la que acababan de cometer.

Ovidia no podía dejar de mirar el cadáver, completamente paralizada. Después de un minuto disfrazado de eternidad lo sintió: su cuerpo salía de ese estado mecánico al humano, al de un ser vivo. Un sollozo empezó a nacer en su pecho y sintió los cálidos brazos de Noam, atrayéndola a su pecho. El único lugar seguro del mundo parecía ser él. Lloró desconsolada, y Noam tan solo la abrazó aún más fuerte, como si quisiera absorber todo el dolor de la chica y sufrirlo él.

—Tengo tanto miedo, Noam —susurró entre lágrimas Ovidia.

—Yo también, cielo. Yo… ¿qué…?

Ovidia levantó el rostro y la confusión en la cara de Noam la hizo mirar. No sin el pavor acompañándola de la mano. El cuerpo había empezado a brillar con una luz blanquecina y poco a poco fue cubriéndolo por completo. La luz fue en aumento, lo que hizo que ambos entrecerrasen los ojos y se los tapasen también con las manos. Hasta que, de un parpadeo, el cuerpo se desvaneció sin dejar rastro.

—¿Qué narices?

Noam la empujó escaleras arriba, sin darle tiempo a hablar.

—El muy cabrón sigue jugando con nosotros. Nos vamos de aquí ya.

Dejaron el sótano y se dirigieron hacia las escaleras que conectaban con el pasillo donde el incidente había tenido lugar. Noam vio la gran cristalera rota, pero no dijo nada. Tan solo abrazó

a Ovidia y se aseguró de que los alrededores estaban limpios y que ella se hallaba a salvo, dentro de las horribles circunstancias.

Cuando Ovidia vio los cristales, recordando cómo había llegado hasta ahí, dos piezas encajaron. Dos piezas clave.

—Lo ha hecho antes.

Decirlo en voz alta fue determinante para que todas las piezas encajasen. Noam se detuvo, a medio camino de la puerta principal.

—¿De qué hablas, mi amor?

Hasta en una situación así, tenía palabras dulces para Ovidia.

—Dorothea —aclaró ella, mirándole a los ojos—. No es sonámbula. Él… se ha metido en su cabeza y la ha llevado hasta allí para atraerme. Antes, cuando me he despertado y la he encontrado en el pasillo, me ha mostrado una sonrisa que… no era típica de ella. Y luego ha parecido despertar de un trance. Le he preguntado si era sonámbula y lo ha negado.

—¿Dónde está? —preguntó él de inmediato.

—Le dije a Georgia que se la llevase junto con Henry a casa de los Moorhill. A su hogar. Necesitaba que estuviesen lejos de aquí. La simple idea de…

—Lo sé —murmuró Noam, reconfortándola. Tuvo que controlar la ira que estaba arraigando en su interior—. Lo sé.

—Se ha metido en su cabeza —musitó horrorizada Ovidia; sus hiedras vibrando con fuerza—. Se ha metido en la cabeza de una pobre niña… y este señor… le hemos matado. Ha conseguido lo que quería, convertirnos en asesinos.

—Hay que averiguar dónde narices está y acabar con él —gruñó Noam; su pecho agitándose en consecuencia—. Juro que…

—No podremos. —El tono de la chica era de desesperanza—. Sea lo que sea que esté haciendo, no somos lo suficientemente fuertes para enfrentarnos a ello. No lo seremos nunca.

Las palabras de ella eran una avalancha imparable y estaba tan sumida en sus propios pensamientos, en su propio horror, que no vio que Noam retomaba el paso y la llevaba consigo hacia la puerta principal en dirección al exterior de la mansión, donde todos los carruajes, vigilados por los criados, aguardaban a Noam, a su señor.

—Esto es solo un entretenimiento para él. Las muertes… no tienen sentido. Solo quiere arruinarnos la vida. Solo quiere…

Noam se detuvo, la cogió por los hombros y la obligó a mirarle. Esos ojos cálidos y suaves de color miel ocuparon su visión periférica y vio cómo el chico subía sus grandes manos; las palmas cálidas contra sus mejillas. Entonces el paisaje a su alrededor cambió. Se encontraban en un prado, donde el silencio, la luz brillante del sol y tan solo ellos dos parecían coexistir.

—Necesito que te calmes, mi vida. Respira conmigo. Aquí solo estamos tú y yo, nadie más. Nadie nos molestará.

Ovidia se aferró a los antebrazos de Noam, cuyas manos todavía descansaban en el rostro de su amada. Todo parecía muy real, pero no sentía la calidez del sol ni el viento. Tan solo veía la imagen y a ellos mismos en ella, intentando encajar en algo que no existía. Aun así, era lo que necesitaba para superar el momento, organizar su mente y actuar ya.

—¿Cómo he tenido tanta suerte contigo? —musitó la Bruja, suspirando tras aquella pregunta retórica.

Noam compuso una mueca y se inclinó para rozar sus labios con los de ella. Un roce nada más.

—¿Estás mejor, mi Bruja Negra?

La chica asintió, soltando todo el aire de sus pulmones.

—Tenemos que avisar a toda la sociedad —dijo finalmente; la cordura volviendo a ella, todos sus sentidos activándose—. Avisarles del peligro.

—No vamos a dejar que hiera a nadie más esta noche —le aseguró el hombre que había jurado protegerla.

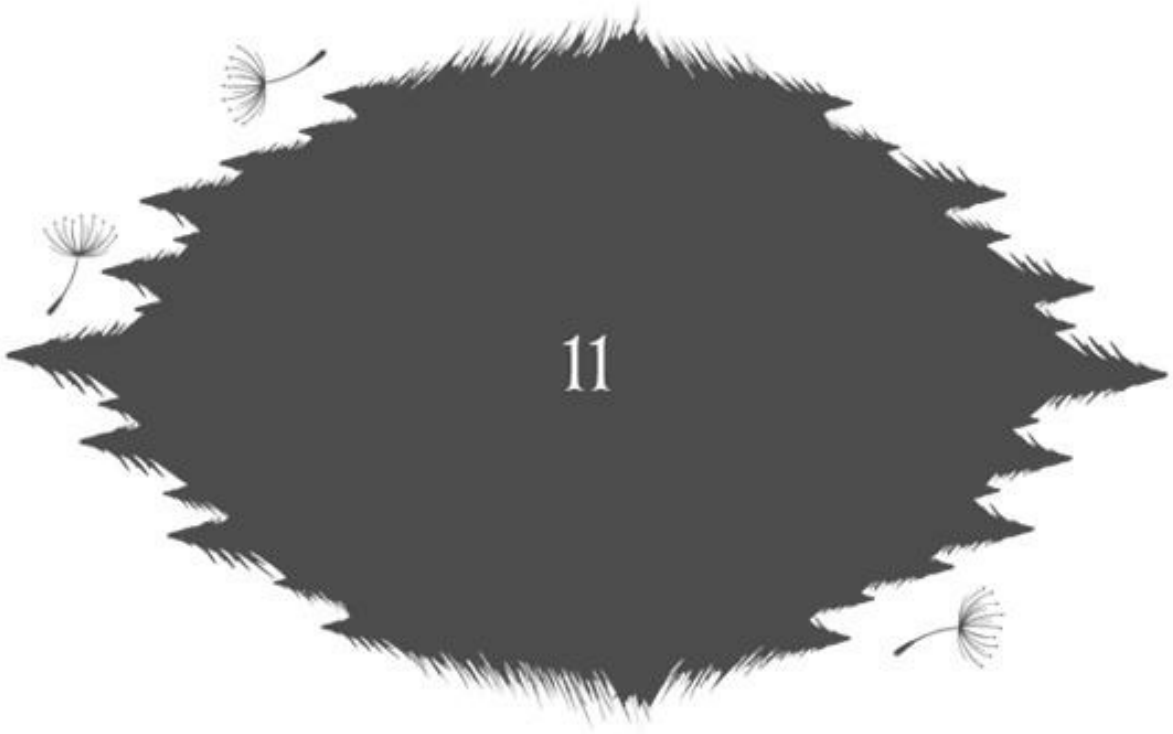
Ovidia asintió. En ese momento, la fantasía que había creado Noam se disipó y la lúgubre mansión se reveló de nuevo ante ellos, pero no por mucho tiempo.

—Avisa a todos los Sensibles que estén en Winchester. Yo hablaré con mi padre para que informen a los líderes de todo el continente. Si tiene la capacidad de meterse en la mente de alguien sin estar en la misma habitación o tan siquiera cerca de la persona…, eso significa que Harvey es más poderoso de lo que creíamos. Y, sobre todo, tenemos que abandonar Winchester.

—Todos —añadió Ovidia—. Y debemos hacerlo ya. Pero tú y yo…

—Nos vamos a Escocia —Noam acabó la frase por ella.

Ovidia asintió y evitó dirigir su vista hacia la mansión mientras se dirigían a los carruajes. Noam le había jurado hacía meses que, si era necesario, mataría por ella. Y, finalmente, había cumplido su palabra.



Madrugada del 9 de mayo de 1844. Innerwich, Escocia

La carta había llegado en mitad de la noche y Endora había ido corriendo hacia la habitación de Charlotte, la cual se había despertado alarmada. Ambas fueron a despertar a la anciana Adair y esta sirvió un té rápido mientras analizaban la situación.

—Esto es más grave de lo que sospechaba —musitó la abuela con ese acento inglés tan particular—. Léeme la carta de nuevo en voz alta.

Endora obedeció y Charlotte permaneció callada.

> Harvey ha conseguido traspasar los hechizos de protección de la mansión y de Winchester. No ha estado físicamente, por lo que puede que esté utilizando algún tipo de hechizo que desconocemos. Me temo que todos los Sensibles de la ciudad están en peligro, por lo que seguiré tus pasos, Endora: les hemos dicho que desaparezcan y vayan a localizaciones ocultas. Eso también nos incluye a nosotros.
>
> Os prometí una semana, lo sé, pero la situación es apremiante. Necesito que me respondáis cuanto antes para poder ir a donde os encontréis y de una vez por todas pararle los pies a ese malnacido. Daos prisa.
>
> OVIDIA

De nuevo se hizo patente ese sentimiento de culpabilidad que no abandonaba a Endora y que ahora crecía por momentos.

—Respóndeles inmediatamente y diles que vengan aquí —dijo Adair—. Lottie, mándales un mensaje a tus padres. Que vayan a Edimburgo, los iré a buscar allí.

Lottie miró extrañada a su abuela, como si no creyese lo que acababa de decir.

—¿Estás segura?

—Haz lo que digo. Ahora.

La bruja asintió, intercambiando una mirada rápida con Endora. Fue a la alacena y trajo de allí papel, un tintero y pluma, y empezó a escribir.

—Vamos a reforzar los amuletos. —Adair irrumpió en los pensamientos de la Bruja de la Noche, que apartó su mirada de Charlotte—. Responde la misiva inmediatamente, nocturna, y asegúrate de recibir respuesta lo más pronto posible. Les enviaremos esos amuletos para que no les rastreen durante su camino hasta aquí. Tardaré unos minutos. Teàrlag, ayúdame.

Charlotte terminó de escribir la carta a sus padres mientras le decía algo en gaélico a su abuela en un tono tranquilo. O eso le pareció a Endora.

—La inglesa no te va a entender, cariño —respondió Adair, hojeando un libro que parecía bastante viejo.

—Tenemos que buscar los textos originales en cuanto Ovidia y Noam lleguen —dijo Charlotte de nuevo en inglés, dirigiéndose a Endora mientras su abuela empezaba a coger ingredientes de su alacena—. ¿Has avisado a…?

—Lo haré enseguida —contestó Endora, sentándose y utilizando el tintero y la pluma que había usado Lottie—. Son rápidos en responder.

Lottie selló la carta y la mandó a través del llameante fuego.

—Reforcemos esos amuletos y mandémoslos —le dijo a su abuela al terminar—. Avísanos de cualquier novedad, Endora.

Esta asintió y, sin perder más tiempo, empezó a escribir la misiva para Ovidia y sus contactos mientras Adair y Lottie iban a la habitación contigua. Cuando hubo terminado, Endora lanzó las misivas al fuego y aguardó. Les esperaba una noche muy larga.

Por primera vez en meses, Ovidia estaba abandonando la mansión Clearheart sin saber cuándo volvería a ella. Con todos los carruajes disponibles, los sirvientes, Noam y ella dejaron la mansión y se dirigieron a toda prisa hacia la Academia. Debían avisar a todo el mundo, a toda la sociedad. No solo a Winchester.

Georgia había partido con los Moorhill como Ovidia le había ordenado. Y ahora la mansión desaparecía en el horizonte, silenciosa y casi con un aura maldita.

Ovidia se giró en su asiento y vio las manos de Noam todavía manchadas de sangre. El chico tenía la mirada perdida y la preocupación de ella fue en aumento. Poco a poco, se inclinó hacia él y le rozó el brazo con la yema de los dedos.

—Noam, mírame.

Este lo hizo con un vacío que partió en dos a Ovidia. Le cogió el rostro, pero esa expresión fría seguía en él. Lo que había tenido que hacer era irremediable y le perseguiría el resto de su vida.

Con rabia e impotencia, la chica susurró:

—Siento que hayas tenido que hacer eso. Siento que estés sacrificando tanto por mí.

—Siento que hayas tenido que verlo —respondió él al cabo de unos segundos—, pero tenía que hacerlo. Te lo prometí, mi amor. Te tocan y están muertos.

El carruaje se detuvo frente a la Academia y ambos se miraron y respiraron hondo preparándose para lo que les esperaba.

—Juntos —musitó ella.

Noam asintió.

—Siempre.

Ambos salieron del carruaje cogidos de la mano y con los sirvientes de la mansión siguiendo sus pasos. Para su sorpresa, vieron varios carruajes en la puerta de la Academia. Entre ellos, el de su padre, Theodore.

—¿Qué hacen aquí? —se preguntó Ovidia. Con urgencia, fue hacia las escaleras acompañada de Noam—. ¿Qué está pasando?

—También está mi padre —dijo el chico cuando ambos entraron al fin en la Academia, donde el alboroto era evidente. Las voces provenían de una de las salas que daba a los jardines de atrás.

En ese momento, Francis Clearheart apareció a toda prisa por el pasillo vestido con sus ropajes de día. Al ver a su hijo, apremió el paso, pero cuando advirtió la sangre que tanto él como Ovidia portaban su rostro se tornó pálido.

—Te lo explicaré enseguida —le aseguró su hijo, dando un paso hacia delante y poniéndose frente a Ovidia en modo protector—. ¿Qué está pasando?

Francis respiró hondo y sus fosas nasales se abrieron drásticamente ante el movimiento. Un gesto que Noam conocía bien. Algo iba muy mal.

—Los No Sensibles —anunció Francis, dirigiéndose a la mayoría de los sirvientes—. Por favor, esperad en la sala principal, aquí a la izquierda. Os informaremos de lo que vamos a hacer en cuanto podamos. Me gustaría deciros que podéis iros, pero hicisteis un pacto y debéis ser fieles a este.

Algunos No Sensibles se miraron y otros asintieron inmediatamente en señal de fidelidad. Empezaron a entrar en la sala y Francis les hizo un gesto a la pareja, que fueron hacia el final del pasillo y subieron las escaleras al primer piso.

Ovidia reconoció las aulas, ahora oscuras y extrañas. En modo protector, activó sus hiedras y dejó que su poder vibrase en sus venas, listo para atacar en caso de que fuera necesario. Escuchó pasos tras ella y vio a Theodore entrar en la estancia con prisa, sorprendido de verla.

—¡Papá!

Él corrió a abrazarla, susurrando su nombre una y otra vez. Al ver la sangre que había en su camisón, su padre se puso más pálido de lo que ya estaba.

Francis y Noam se reunieron con ellos y guardaron silencio.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estáis aquí?

Su padre y Francis intercambiaron una mirada, y el señor Winterson respiró hondo antes de hablar:

—Benjamin…, los representantes. Hemos recibido un aviso en plena noche por parte de los guardias. Han… —Sus ojos se perdieron en el recuerdo que había aparecido en su mente y frunció los labios, negando—. Están muertos.

Ovidia se tambaleó ante la inesperada noticia. Puede que la relación que mantuviese con los representantes no fuese precisamente cercana, pero lo último que esperaba era que Eleonora, Benjamin y Galus fuesen las siguientes víctimas. Estos habían estado encerrados y estrictamente vigilados en las mazmorras por sus crímenes.

—El otro día decidimos exiliarlos. En unos días íbamos a empezar con el proceso, pero…

—No hemos llegado a tiempo —Noam terminó la frase por su padre.

Francis asintió, serio.

Todo aquello era una estrategia que se salía de sus esquemas y que tornaba todo mucho más difícil y confuso.

Ovidia se giró para mirar a Noam y este inclinó la cabeza.

«¿Crees que…?».

La chica asintió, cerrando la conversación mental.

—¿Cómo? —la pregunta fue abrupta y Theodore la miró, confuso y cansado—. ¿De qué manera los han matado?

—Degollados. Tan solo han encontrado un…

Theodore no terminó la frase, pero Ovidia lo supo.

—Un abrecartas, ¿verdad?

—Y lo que parecían ser restos de un ritual en el suelo —añadió Francis.

Su padre asintió, le temblaban las manos.

—Esto requiere una reunión de urgencia —declaró con convicción Ovidia, dando un paso adelante; sus ojos fijos con determinación en los de su padre.

—Creo que lo mejor será convocar a todos los Sensibles de Winchester en la Academia. Que estén aquí en menos de una hora —ordenó Francis, a lo que todos asintieron.

—Noam y yo vamos a asearnos. O al menos intentarlo.

—¿Qué os ha pasado? —quiso saber el señor Clearheart.

—Que el mismo que ha matado a los que se suponía que eran sus aliados ha cruzado los hechizos de protección de la mansión.

—¿Cómo? —exclamó Theodore, alarmado.

—No era él, padre. Era una Transmisión. Aun así, uno de sus secuaces se ha colado y… —se señaló de manera casi automática— y tuve que hacer lo que tuve que hacer. Era un No Sensible manipulado por Harvey. Su mente estaba destrozada.

—Hijo…

—Avisad a los Sensibles —indicó Noam, tomando a Ovidia por el brazo y llevándosela hacia los aseos—. Cuanto más tiempo perdamos, más vulnerables nos volveremos. Y no pienso dejar que Ovidia esté en peligro mucho más. Daos prisa, Por favor.

—Iré a por los cuervos —anunció Francis.

Y todo se puso en marcha.

Los Sensibles se presentaron en la Academia durante la siguiente hora y fueron hacia los jardines traseros, donde las murmuraciones y la preocupación se extendían sin cesar. En la sala de baile, donde había tenido lugar el equinoccio del año pasado, Ovidia, Noam, su padre y Francis esperaban a que llegase hasta el último de ellos.

—¿Qué narices les vamos a decir? —gruñó Francis, moviéndose de un lado a otro—. ¿Dónde está Nathalie?

—La he avisado de la situación. Debe de estar huyendo con Dorothea y Henry en estos momentos —anunció Ovidia; sus hiedras moviéndose inquietas a su alrededor.

—Será mejor salir ya —comentó Theodore, mirando a través de los ventanales del balcón—. La gente está cada vez más nerviosa.

—Señor Clearheart —declaró Ovidia; sus ojos perdidos en la multitud que esperaba respuestas —. Creo que sé cómo afrontar este asunto. Pero confiarán antes en usted que en alguien como yo.

Francis miró a la Bruja Negra, que asintió y, tras un largo instante, declaró:

—¿Qué quieres que diga?

Ovidia le explicó de forma concisa los puntos que debía comentar. Le indicó que diese el

discurso con sus propias palabras, pero que las ideas fuesen las mismas que las que le estaba exponiendo ella. Tras un último repaso, Francis irguió la espalda y salió al balcón, seguido por Theodore, Ovidia y su hijo. Ovidia se acercó asimismo al balcón y los recuerdos del septiembre anterior llegaron a ella como una avalancha. La última vez que había subido allí había sido elegida para dar un discurso muy importante a su gente. Ahora iba a ser completamente distinto.

—Seré directo y claro. —Su voz era autoritaria. De otro modo, no habría conseguido apaciguar las voces y los murmullos, y captar la atención de los confusos y asustados Sensibles —. Gracias a todos por venir aquí de manera tan apresurada. Nos encontramos en una situación de emergencia que requiere acción inmediata. Así que, por favor, escuchad lo que tengo que decir.

»Harvey, el asesino de nuestro fallecido líder, Elijah Moorhill, ha vuelto a las andadas. No sabemos los motivos, pero ha conseguido traspasar los hechizos de protección de Winchester y de la mansión Clearheart, lugar donde mi hijo y la señorita Winterson se encontraban esta noche.

»Hemos sufrido un ataque y ha dejado claras sus intenciones: no estamos a salvo. Así que, por vuestra propia seguridad les pido que, por favor, hasta que descubramos sus intenciones y acabemos con sus planes, debemos pediros algo difícil y que sé que os enfadará.

»Partiremos de Winchester esta misma noche.

Ovidia esperaba un alboroto, una avalancha de gritos tras aquellas palabras. Pero tan solo un leve murmullo se abrió paso entre la multitud, entre los Sensibles que vivían en la ciudad. La bruja había contado al menos unas treinta familias, por lo que calculó que habría unas doscientas personas aglomeradas en el jardín.

Reconocía todas las caras. Compañeras de la Academia, los padres de estas, amigos de la familia… Pero también vio la de aquellos que desconfiaban. No les culpó por ello, tenían motivos para dudar.

—Tengo un plan y espero que escuchéis con atención lo que voy a decir —prosiguió el señor Clearheart—. Cada minuto que perdemos es uno de ventaja para él. Hemos de irnos de la ciudad, lejos. Lo mejor será que cada familia parta a un punto distinto de Inglaterra, o incluso de Bretaña. Os aconsejo que vayáis allá donde tengáis familia y también que les pongáis sobre aviso. Si no sabéis a dónde ir, en una de las salas del primer piso hemos habilitado un libro para registrar destinos. Os daremos algo de dinero, cortesía de la familia Clearheart, a aquellas familias con más necesidad.

Aquello no había entrado en los planes de Ovidia, por lo que miró a Noam; orgullo en su mirada ante las palabras de su padre.

—Iréis en escoba. Sí, es una práctica prohibida, pero es la más rápida. Cualquier escoba sirve. Prestaremos las que encontremos por la Academia y las que encontréis por vuestros hogares. Recomendamos que os toméis una poción para protegeros del frío. Volando ahí arriba, las temperaturas cambian.

—¿Y cómo pretendes que no nos vean? —dijo un hombre de las primeras filas—. ¡No podemos ocultarnos de los No Sensibles!

Varios vitorearon en señal de acuerdo. Ovidia respiró hondo y procuró no intervenir, algo que le estaba costando horrores.

—También había pensado en eso —prosiguió con serenidad Francis—. Tras el registro os haremos saber de un conjuro que os ocultará durante la noche. En cuanto la luz del día llegue, este desaparecerá, por lo que, si no habéis llegado a vuestro a destino, deberéis ocultaros. No os pueden ver, y retomad el viaje cuando el sol se ponga de nuevo.

»Volved a vuestras casas y coged lo indispensable, pues deberéis viajar con ello en vuestras espaldas. Yo, a cambio, os prometo y juro que le pararemos los pies a Harvey y volveremos a nuestros días de paz de una vez por todas.

»Tenemos una hora para hacer todo esto. Tan solo un miembro de cada familia, que se presente en el registro. El resto, volved a vuestros hogares y empezad a recoger vuestras cosas.

—¡Un miembro de cada familia! —repitió Theodore Winterson con voz autoritaria antes de que la multitud pudiese responder—. ¡En menos de dos horas debemos estar fuera de la ciudad!

Ovidia se apartó, y Noam la atrajo contra su pecho, abrazándola.

—Tenemos que irnos —le murmuró al oído, moviendo su mano por la espalda de la chica arriba y abajo sin parar—. Despídete de tu padre. Ellos se encargarán de todo esto. Endora y Charlotte nos esperan.

Los Sensibles de los jardines se movilizaron, muchos otros tomaron el camino que volvía a Winchester mientras varios hombres y mujeres subían hacia la sala indicada para el registro.

Ovidia se miró a su padre y él entendió lo que decían sus ojos.

—No vienes conmigo, ¿verdad, cielo?

Incapaz de hablar, la Bruja Negra negó con la cabeza; un fuerte nudo formándose en su garganta.

—Endora y Charlotte nos esperan en una localización concreta. Está muy lejos de aquí y hemos de partir ya si queremos llegar lo antes posible. Voy a ir a casa a por unas cosas. No me fío de volver a la mansión.

—Está bien. Ven aquí. —Theodore la atrajo hacia su pecho, y Ovidia abrazó a su padre con fuerza—. Jeanette está allí. Dile que venga inmediatamente a la Academia cuando lleguéis.

—Lo haré.

—Tu madre estaría muy orgullosa de ti, como yo lo estoy. Jamás lo olvides.

Ovidia asintió; lágrimas cayendo por su rostro, en el pecho de su padre.

—Ve con él —le apremió Theodore—. Sé que te cuidará. Yo te prometo cuidar de mí mismo hasta que nos volvamos a ver.

—Te quiero, papá —musitó Ovidia con voz queda.

—Caza a ese maldito, mi niña.

La Bruja Negra asintió, rompió el abrazo con su padre, fue hacia Noam y ambos abandonaron la Academia. En la entrada había caballos y cada uno de ellos montó en uno. Noam tomó las riendas y galopó a toda prisa hacia la casa de Ovidia, listos para partir de Winchester.

Ninguno de los dos miró atrás.

La primera respuesta llegó por parte de Ovidia minutos después de enviarla Endora.

> Esperaremos los amuletos durante la noche, pero debéis daros prisa. Winchester es un caos. Hemos dejado la mansión atrás.
>
> Nos vemos mañana al atardecer. Recordad enviarnos la localización exacta.
>
> OVIDIA

Charlotte y Adair estaban terminando de fortalecer los últimos amuletos. Entre las dos habían conseguido crear varios más, algo que sería una ventaja para los Sensibles de Winchester.

Una vez que hubieron acabado, Charlotte ayudó a su abuela a volver al salón desde su estudio.

—Ya están listos, podemos enviarlos —anunció Adair. Endora trajo una silla y la puso frente a la chimenea, donde la anciana se sentó—. Esos muchachos no estarán solos, habrá gente cerca, gente a la que querrán. Que los repartan. Lamento no poder hacer más.

—Ya has hecho bastante, abuela.

—Los enviaré inmediatamente.

El fuego de la gran chimenea crepitó y una carta cayó sobre la superficie de la cocina. Endora corrió y supo de quién era la respuesta por el olor del papel y lo delicado que este era. Abrió la misiva y sonrió de medio lado.

Después de una luna, una hora antes del amanecer. En el punto de encuentro habitual.

C.

—Mi contacto ha respondido —anunció Endora, enseñando la carta a Lottie y a su abuela—. Se han ofrecido a ayudarnos. Mañana nos reuniremos con ellos.

—¿El fuego está listo para enviar los amuletos?

Endora sopesó las palabras de Adair, por lo que dijo:

—Ha dicho que podrían perder algo de protección ¿verdad?

—Así es —afirmó la anciana.

—Haré que mis cuervos los lleven. Son increíblemente rápidos y estarán en unas horas en Winchester.

—¿Han venido con nosotros? —musitó Charlotte, sorprendida.

—Me siguen allá a donde voy —explicó la bruja—. Son mis mensajeros, al fin y al cabo.

—Sin duda, mejor que el fuego —añadió Adair—. Así no perderán nada de protección. ¿Llegarán a tiempo?

—Son cuervos mágicos. Créame, llegarán a tiempo.

Endora se dirigió hacia una de las ventanas, la abrió, y lanzó un silbido claro y limpio al cielo.

El graznido de los cuervos no tardó en oírse y empezaron a posarse en la ventana hasta juntarse un total de diez.

—¡Cuánto pájaro! —exclamó Adair, sorprendida.

—Tenéis una tarea muy importante esta noche —les anunció a los animales, que la miraban atentamente.

Charlotte observó la escena estupefacta.

—En cuanto os dé estos saquitos, volad como nunca.

Guardaron los amuletos en varios sacos y uno a uno se los dieron a los cuervos, que los aferraron en sus picos, afilados y resistentes. Una vez listos, y tras otro silbido de Endora, estos alzaron el vuelo y desaparecieron a toda velocidad en la oscuridad de la noche.

—Listo.

—Teàrlag, ve a mi habitación y coge una cajita que hay en mi mesilla de noche, corre.

La joven obedeció y subió las escaleras apresuradamente, dejando a la anciana y a Endora a solas. Esta se dio cuenta de que la mujer la observaba de arriba abajo.

—Más vale que cuides de mi nieta, *Sassenach*. Es la primera vez que veo ese brillo en sus ojos y reconozco perfectamente lo que es —le dijo en un murmullo poco disimulado.

Endora no respondió, pero sostuvo la mirada a la anciana, que arqueó una ceja ante el desafío.

—No voy a añadir nada más, señorita. Cuídala. Y sí, es una amenaza.

—Jamás se me ocurriría herir a su nieta, señora.

—Ahí te equivocas. —Los pasos de Charlotte se volvieron a escuchar por las escaleras y, antes de que esta llegase a la cocina, Adair susurró—: Ya lo has hecho.



22 de noviembre de 1843. Londres, Inglaterra

Había sido una noche agotadora. Por suerte, había conseguido despachar a todos sus clientes antes de las cuatro y el sueño la venció en apenas unos minutos. Ahora, alguien llamaba a la puerta de sus aposentos y Endora maldijo por lo bajo.

Volvieron a llamar, y esta vez lo hizo por lo alto.

—La madre que me parió. —La luz matutina asomaba a través de las cortinas que tapaban los ventanales y la bruja se giró en la cama, mirando al techo—. ¿Qué quieeeres, Harvey?

El brujo entró al escuchar la voz, ya vestido para el día y con el cabello rubio cayendo en ondas por su rostro.

—Es importante. Si no, no te despertaría. —Se volvió momentáneamente para ver algo que había en el pasillo y miró con ansia a Endora—. Tenemos visita. Y parece ser importante.

Endora se incorporó; su trenza cayendo por su hombro izquierdo.

—Estoy agotada, Harvey. ¿Es realmente importante? ¿No puede esperar unas horas?

—Dice ser Charlotte, la amiga de Ovidia.

Vaya. Sí que era muy importante.

Endora suspiró y, asintiendo, hizo un gesto con su mano.

—Ahora bajo al despacho. Entraré por la puerta secreta. Ve a prepararle una habitación y después puedes irte a descansar.

—Tenía pensado avisar a Ovidia y a Noam de la situación.

—Déjame hablar con ella primero. A solas.

—Lo que tú digas, amiga. Te doy unos minutos.

Endora se encontró a solas de nuevo y corrió a vestirse con un traje simple, deshizo su trenza y

dejó su cabello suelto. Rápidamente, fue al aguamanil, se lavó la cara y añadió un poco de pintalabios morado a sus labios, algo de colorete oscuro a sus mejillas y aplicó una pasta negra a sus pestañas con un pequeño cepillo, lo que hizo que aquellos ojos grises destacasen aún más. Un maquillaje simple, pero eficaz.

Lo último que hizo fue perfumarse un poco antes de ir hacia una puerta que había en una esquina de su habitación, donde una escalera de caracol inclinada y estrecha se mostraba ante ella. Tan solo diez escalones más abajo se encontraba su despacho. Aquella era la entrada privada a ese lugar.

Cuando accedió a la estancia, vio a una chica joven que estaba de espaldas observando el fuego de la chimenea; la luz violeta reflejándose en la parte frontal de su cuerpo.

—Tú debes de ser Charlotte. Soy…

La Bruja de la Tierra levantó la vista sin inmutarse y mostró una sonrisa amable antes de expresar su sorpresa. Endora no la pudo juzgar por eso, pues ella se encontraba igual. Se detuvo a un paso de su escritorio; el silencio abriéndose paso entre ellas. La Bruja de la Noche tragó saliva. Y cuando tragaba saliva al mirar a una mujer, sabía lo que significaba: peligro. Mucho peligro. Simplemente… no podía dejar de mirarla. ¿Dónde había estado esa mujer toda su vida?

Aquellos ojos azules, su rostro completamente abierto a ella, su cabellera castaña clara parcialmente recogida; por el contrario la suya caía en una gruesa trenza por su hombro derecho. Su vestido era sencillo, pero lo llevaba con una elegancia que tornaba la vestimenta en una prenda de alta costura.

—Hola.

Al escuchar su voz, Endora sintió un pequeño tirón bajo sus costillas. Fue urgente y fugaz, y desapareció tan rápido como había venido. Se recompuso y, ofreciéndole una sonrisa amable, susurró:

—Eso es lo que yo llamo una forma ingeniosa de presentarse —contestó con guasa, ocultando su nerviosismo.

—Tú debes de ser Endora. Soy Charlotte, la amiga de Ovidia —se apresuró a decir la chica—. Recibí tu carta hace unos días. He venido en cuanto he podido, pero la situación es de locos. Debes de ser el contacto de Noam, ¿verdad?

La muchacha había tendido la carta hacia ella y Endora, con cuidado, rodeó el escritorio hasta estar frente a la bruja, tan solo un par de centímetros más baja que ella. Se percató del azul de sus ojos, como los de un mar siendo reflejado por la luz de la luna.

Se forzó a abrir la carta y ver que, efectivamente, era la de Ovidia. Cuando volvió a levantar la vista hacia su acompañante vio cómo, de forma muy bien disimulada, la chica también la miraba de arriba abajo.

—Había oído hablar de ti, pero no te esperaba… así.

Endora arqueó una ceja, divertida.

—¿Qué significa eso?

—No esperaba a alguien joven…

—Ay… —Endora se llevó la mano al pecho, fingiendo dolor.

—… y tan hermosa.

Oh. *Oh.*

Endora recuperó la compostura y observó lo levemente inclinada que estaba la cabeza de Charlotte. Señales y gestos que la Bruja de la Noche conocía a la perfección.

—Sois directa, por lo que veo.

—¿No os gustan las personas directas? —cuestionó Lottie.

—Al contrario —se atrevió a decir Endora, rompiendo la distancia con la bruja. ¿Qué narices le estaba pasando?—. Me vuelve loca.

Tras aquellas palabras, los ojos de la chica abandonaron los de Endora y bajaron ligeramente. Le acababa de mirar los labios. Un vistazo fugaz, pero lo había visto. Así que hizo lo mismo; miró aquellos labios y lo primero que preguntó mientras rompía la distancia fue:

—¿Bruja de la Tierra?

—¿Tanto se me nota, Bruja de la Noche? —había diversión en el tono de Charlotte.

—Tan solo ha sido suerte.

—Veo que mis labios te resultan interesantes.

—¿Tanto se me nota, Bruja de la Tierra?

Tal vez era el cansancio acumulado, la tensión que se había plantado entre ellas nada más verse. O simplemente le parecía atractiva y quería besarla. Quería besarla, ¿estaba bien? La acababa de conocer, ¡por la Luna! Pero, si era honesta, había hecho cosas peores con clientas cuyos nombres no recordaba. Endora dejó la carta en su escritorio, despacio, con movimientos elegantes, mientras se giraba de nuevo hacia su invitada.

Charlotte volvió a mirarle los labios y sintió un leve suspiro por parte de la Bruja de la Tierra. Esa fue su señal. Rompió la distancia con ella y escuchó que la chica cogía aire repentinamente, sorprendida. Pero no se movió, sino que hizo una mueca, una media sonrisa que iluminó su rostro por completo.

Ambas se inclinaron la una hacia la otra y rozaron sus narices, y durante aquel instante se olvidaron de todo lo que las rodeaba: del asesinato, de la caza de brujas y del crepitante fuego violeta que iluminaba sus cuerpos.

Un instante después, Charlotte se lanzó a la boca de Endora y esta respondió agarrando la cintura de la chica. Jamás, en la vida, les había pasado eso. Charlotte acarició el cuello de la chica y la atrajo hacia sí aún más; sus labios abriéndose para dejar paso a sus lenguas.

Endora la empujó contra la pared que había al lado de la chimenea y se separaron brevemente cuando la espalda de Lottie chocó con la dura superficie. A Endora no le dio tiempo a hablar, pues se lanzó de nuevo a sus labios, bajó por su mandíbula y se abrió paso por su cuello. Olía tan bien… Sus suspiros eran tan adictivos… La Bruja de la Noche subió de nuevo a los labios de Charlotte y sintió que ella la agarraba de la cintura, atrayéndola más.

—No sé qué me está pasando —murmuró Lottie, rompiendo el beso—. No… no soy así.

—Si quieres…

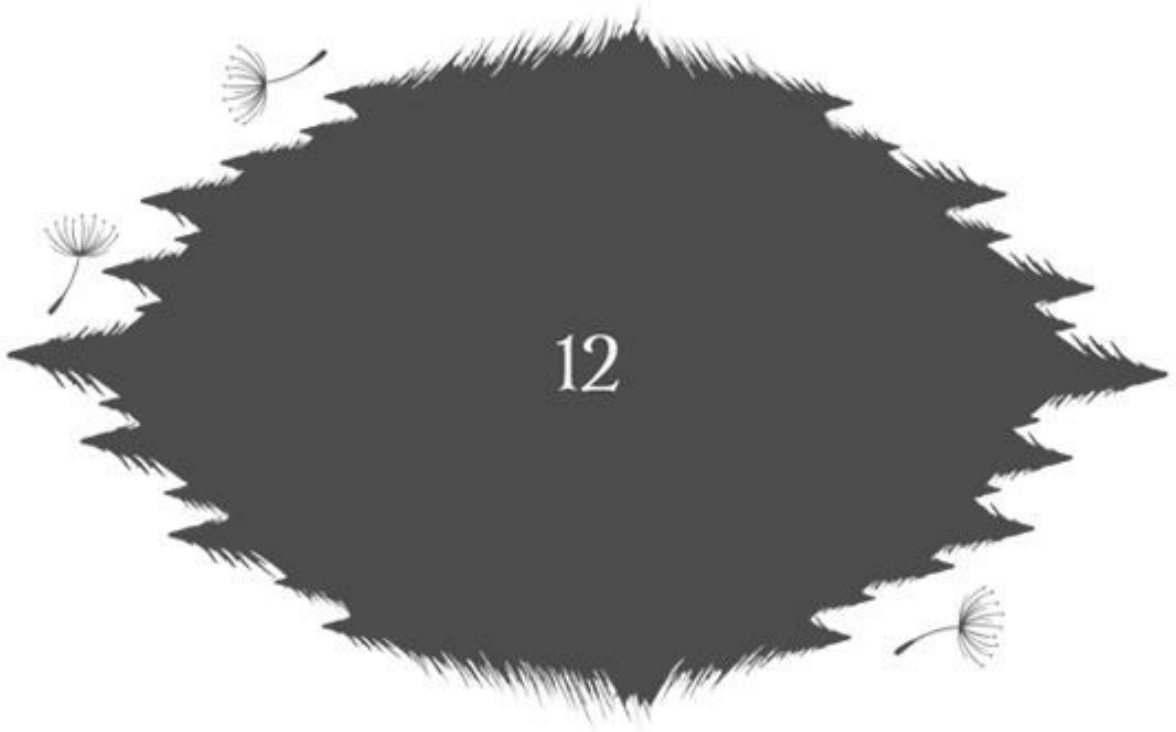
—No. —Volvió a besarla; un gemido saliendo de su garganta—. No pares.

Y no lo hicieron. Hasta que Ovidia, Noam y Harvey entraron en estampida a la habitación. El resto es historia.



SEGUNDA PARTE

El origen



10 de mayo de 1844. Costa del Mar del Norte

Vieron cómo ambos subían la colina, completamente empapados por la lluvia que había empezado hacía unos minutos. Lottie bajó a toda prisa con una luz azulada en la mano y fue a abrazar a Ovidia con fuerza.

—¿Estáis bien? —preguntó la bruja a Ovidia. Esta asintió y aumentó la presión de su abrazo —. Tenemos que darnos prisa. Venid, descansaréis esta noche en casa de mi abuela y mañana…

—¿Los Sidhe? —musitó Noam; su cabello totalmente empapado y goteando.

Lottie asintió y los llevó hacia el camino que conducía a casa de su abuela.

Tardaron algo más debido al mal tiempo, pero la anciana les esperaba en la puerta junto a Endora. Lottie notó que hacía un amago de salir corriendo hacia ellos, sus ojos clavados en Noam, pero se contuvo. Cuando entraron en la casa, se cercioró de que Noam estaba bien, como buena prima mayor que se preocupa por su primo pequeño.

—¿Os han seguido? —la pregunta fue directa. Noam negó—. Adair, ¿está el baño listo?

—¡Ni saludar a los mayores ya! —se quejó esta, mirando a los recién llegados.

Ovidia y Noam se quedaron muy quietos bajo la mirada escrutadora de la anciana, que al final sonrió de manera interesante.

—Hacéis buena pareja. El baño está en el piso de arriba, al final del pasillo. No tengo habitaciones para todos, tendréis que compartirlas.

—Yo dormiré con Noam —se ofreció Endora, que, apartándolos de la puerta, invocó su poder y murmuró unas palabras en latín mientras un escudo empezaba a envolver la casa—. Voy a crear unos escudos de protección. ¿Lo ves bien, Adair?

—*Aye, aye.* Demasiados *Sassenach* de repente, Teàrlag. Me debes una. Tú. —Adair señaló

con el bastón a Ovidia, que se quedó parada ante la intimidante anciana—. A bañarte. Mi nieta te acompañará.

Adair contempló a Noam unos segundos, hasta que dijo en voz alta, mientras Lottie y Ovidia iban ya a mitad de camino por las escaleras:

—Es un verdadero partido. La Bruja Negra no es tonta. Ven, muchacho. El hogar está encendido, te vendrá bien calentarte.

Endora y Noam intercambiaron una mirada, la bruja se encogió de hombros y se giró de nuevo hacia la puerta, concentrada en crear un escudo tan poderoso como el que creó el día del ataque a la Academia el diciembre anterior. No tendría el apoyo del resto de Desertores, pero esperaba que eso fuese suficiente para proteger no solo a Adair, sino también a los padres de Lottie, que llegarían en cualquier momento.

Escuchó cómo Adair realizaba un cuestionario a Noam y, cuando acabó de hacer el hechizo, se atrevió a abrir la puerta de la casa.

Lo único que había al otro lado era el jardín y el camino que llevaba al bosque.

Y lo único que la observó desde ese lado fue la penumbra y lo desconocido.

La pura oscuridad. Con un escalofrío, Endora cerró despacio la puerta de nuevo. Y comenzó la cuenta atrás.

Endora no había podido pegar ojo, pero Noam había caído rendido por el cansancio. Al otro lado de la pared los susurros de Ovidia y Charlotte eran evidentes, pero a cierta hora cesaron. Ahora tan solo estaban despiertas ella y Adair, a la que se encontró ya vestida en la cocina. La anciana aún seguía con sus ropajes del día, por lo que Endora supuso que no había dormido tampoco.

—Ven, *Sassenach.* Tengo algo para ti.

Endora no entendió lo que dijo, pero por cómo sonó parecía algo dulce, cercano. Aunque con esa señora nunca se sabía.

Frente a Endora, en la mesita de la cocina, Adair dejó caer cuatro colgantes con piedras que la bruja reconoció.

—El núcleo es turmalina pura, de las montañas del norte de Escocia. Lo otro son las piedras de vuestro signo. Me he tomado la molestia de preguntarle a ese primo tuyo cuándo eran vuestros cumpleaños.

»Para mi nieta, ámbar. Es la piedra más poderosa de los Virgo. Para la Bruja Negra, una Leo como ninguna otra, citrina. Parece oro, ¿no crees?

»Para el caballero Aries, ojo de tigre. Simple, pero poderoso. Y para Capricornio…

—Obsidiana —terminó Endora por ella, levantando el collar para admirarlo. Era negro puro, pero desprendía un brillo especial a la luz del fuego.

—Estos son vuestros colgantes. No os los quitéis en ningún momento. Así sabré que estáis bien. Y estaréis protegidos.

—¿Cómo puedo darle las gracias en gaélico? —preguntó Endora con voz seria.

Adair la miró de arriba abajo, pero esta vez, había una luz distinta en los sabios ojos de la anciana. Sonriendo de medio lado, susurró:

—*Tapadh leibh.*

Endora se puso frente a ella e, inclinando la parte superior de su cuerpo como señal de respeto, repitió:

—*Tapadh leibh*. Por todo. Prometo que cuidaré de ellos. De Charlotte.

—Antes de cuidar el corazón de otro, cuida el tuyo propio, Endora Clearheart.

Las palabras calaron hondo en ella. Adair se dio cuenta de que llegaban a Endora como un golpe duro y seco. La Bruja de la Noche carraspeó asintiendo y se colgó la bolsa que le había dado Adair.

—Son casi las tres. Iré a despertarles para que se vistan. Debemos partir ya.

—Idos. Yo estaré esperando a mi hija y a ese inglés. —Endora asintió.

En cuestión de minutos los cuatro estaban despiertos, vestidos y con sus escobas en la mano. El cielo estaba algo encapotado, pero la luz de la luna se colaba a través de las nubes, dándoles algo de visibilidad.

—La casa tiene mi hechizo de protección —le aseguró Endora a Adair cuando estuvieron en el jardín. La tormenta había cesado hacía horas—. Junto con sus amuletos, creo que estará bien protegida.

—A la mínima señal de amenaza, huid, abuela, por favor —pidió Lottie, poniéndose de rodillas frente a ella.

—¡No le digas a una anciana lo que tiene que hacer! Idos de mi casa —exclamó moviendo el bastón con fiereza—. Necesito un poco de soledad. Tanta gente y tanto jovencito me agota.

Los cuatro se alzaron en el cielo nocturno. Charlotte le lanzó un beso al aire a su abuela antes de subirse a su escoba.

—¿Tenéis los colgantes? —dijo esta cuando se reunió en el aire con el resto. Todos asintieron.

—¿Dónde nos encontraremos con ellos? —preguntó Ovidia a Endora; todos los ojos puestos en ella.

Endora miró a las estrellas y, haciendo un gesto hacia el este, musitó:

—Donde la tierra y el mar se juntan, pastelito.

La Bruja de la Noche fue en cabeza y, ocultos gracias a su magia, los cuatro se dirigieron hacia la costa escocesa en absoluto silencio.

El cielo nocturno aún los acompañaba mientras se adentraban en el camino que los llevaría a la playa de aquella pequeña ciudad costera. Sus pasos eran apresurados y, por suerte, las calles de aquella ciudad y con poca población parecían seguir durmiendo. Habían escondido las escobas en una casa abandonada. Ahora, la noche y el día se abrazaban en un amanecer que ya se dejaba entrever pero que todavía no mostraba todos sus colores. Charlotte seguía a Endora, que lideraba el grupo. A su lado, Ovidia y Noam les seguían, ambos de la mano y sin soltarse en ningún momento.

Ante la imagen de la pareja, Charlotte sintió dos cosas: dulzura y envidia. Dulzura por el gesto, por el hecho de que no tenían ningún tipo de miedo ni pavor a la hora de demostrar el amor que se procesaban el uno al otro. Y envidia por el hecho de que ella nunca podría estar así en público con la mujer con la que pasase el resto de su vida. Fuera quien fuese.

En su momento, Charlotte le había preguntado a Ovidia por qué se mostraba tan cariñosa en público con Noam a pesar de lo que pudiesen decir. Su Sociedad era un poco más tolerante, pero los No Sensibles recelaban de ese tipo de actos.

Ovidia le había respondido así:

—Perdimos mucho tiempo. Le perdí. Sé lo que es estar en este mundo sin él y saber que vas a tener que aceptar que jamás podrás volver a abrazarle, hablarle, verle. Que su voz y su risa se fundieran hasta desaparecer con el tiempo y este mismo se olvide de su existencia. Excepto unos

pocos. Excepto yo. Ahora que le tengo de vuelta conmigo, no me importa lo que piensen. Está vivo y está conmigo. Y aprovecharé cada segundo que pueda con él.

La respuesta de Ovidia la dejó tan boquiabierta que no se atrevió a juzgar nunca más las acciones de ambos. Pese a lo cual, sin duda, la seguía persiguiendo la envidia. El poder hacer un gesto tan simple, pero a la vez tan importante, como ir de la mano.

Miró alternativamente a sus amigos y a Endora, que había dejado atrás el camino adoquinado para adentrarse en la arenosa y rocosa playa de una extensión considerable y donde, al fondo, los acantilados se fundían con la mar.

—Charlotte. —Esta se giró para mirar a Noam, cuyos ojos estaban fijos en su prima—. ¿Te ha dicho a dónde vamos?

—No tengo ni la menor idea. Así es Endora. Fantasea y disfruta teniendo todo bajo control.

—Debería habérnoslo dicho —objetó Ovidia con el ceño fruncido—. Entiendo que se sienta responsable por la traición de Harvey, pero somos un equipo. Tanto misterio me preocupa.

—Intenté sonsacárselo. Pero parece ser que el marcar cada vez más distancias conmigo se ha convertido en tradición.

Noam y Ovidia intercambiaron una mirada y, soltándose de la mano, él se adelantó para dejarles algo de privacidad.

—Lottie, ¿ha pasado algo grave entre vosotras? —insinuó Ovidia, agarrando del brazo a la joven.

—Solo un beso que dejó muy pero que muy claro lo que hay entre nosotras.

Ovidia se mantuvo en silencio, dudando qué decir.

—Siento que… fuese un momento tan agridulce. Pero ¿acaso es una mala noticia? Al menos…

—Lo es cuando apenas me habla, decide guardarse todo para ella y no me cuenta lo que le pasa —la interrumpió Charlotte sin poder evitarlo—. Lleva martirizándose con absolutamente todo desde que vinimos de Londres.

—¿Desde entonces?

—No sé ni cómo conseguí que hablase conmigo y me dejase conocer su nuevo hogar. A veces tengo la sensación de que se ha cansado de mí.

—Nadie puede cansarse nunca de ti, Lottie. No digas eso.

—Entonces ¿qué le pasa? —La voz de la joven se quebró en la última palabra. Siempre era así con Ovidia: su amiga era capaz de sacar todos los sentimientos que a veces quedaban escondidos bajo la superficie—. Sé que ahora mismo lo único que busca es venganza. Le he ofrecido mi amistad y mi cuerpo. No merezco ser tratada así. Estoy harta de sus juegos. Se acabó.

El carraspeo de la voz de Noam hizo que ambas se girasen y vieron que el chico se había detenido, tal vez curioso ante la conversación.

—Quiero mucho a mi prima y la defenderé ante cualquier cosa. Aunque si te está haciendo daño… Puede que compartieseis un fugaz amor, pero eso no significa que tengas que vivir con las migajas de su cariño y su desmedida indiferencia.

Noam se giró hacia su prima y vio que esta se detenía cerca de la orilla, pero lo suficientemente lejos como para que el agua no llegase a mojar sus botas. Los tres se unieron a la Bruja de la Noche segundos después.

—Me dijeron que aparecerían con el primer rayo de sol. El amanecer está cerca —explicó Endora, con los ojos puestos en el horizonte y en los acantilados que se perdían más allá de la playa—. Debemos esperar.

—Alguna que otra pista más nos vendría bien, prima. —Noam lanzó su maniobra no de forma muy discreta, pero la Bruja de la Tierra lo entendió. Se notaba que también estaba algo tenso ante la incertidumbre y el desconocimiento de la situación. Los Clearheart y su ambición de tenerlo todo bajo control.

—Si os lo preguntáis, sí, son de nuestro tamaño, no pequeñas criaturas que se esconden en los arbustos de los bosques. Solo os pido que tengáis paciencia.

—Esto me recuerda… —intervino Ovidia, mirándolos divertida. Charlotte se dio cuenta de que intentaba romper la tensión del momento— a cuando no me contaste nada de tu «contacto» en Londres hasta que nos vimos envueltos en cierto incienso lila y cierta Bruja de la Noche nos interrumpió.

—Winterson, no me arrepiento de nada de lo que pasó en esa sala.

—Por las diosas… —soltó exasperada Charlotte.

—Sé lo que estáis haciendo —añadió Endora al mismo tiempo.

—Yo no suelo ser la que ruega —objetó Ovidia, ignorando a la joven Clearheart, que la miró con la ceja enarcada y luego miró a su primo.

—No estoy para estos juegos, así que mejor dejarlo estar.

La seriedad en las palabras de la bruja hizo que la pareja se mirase. Noam intentó calmar los ánimos, pero no de la forma más ingeniosa.

—¿Qué opinas tú, Charlotte? —intentó defenderse Noam.

—A mí no me metas, Clearheart —respondió con rapidez la bruja.

Segundos más tarde, Lottie apreció la llegada del amanecer y que de los acantilados emergían unas seis figuras cubiertas con capas que no dejaban mostrar nada de su físico.

—Endora —musitó Charlotte. En apenas un segundo, la Bruja de la Noche dejó a Ovidia y Noam con una conversación un tanto privada para estar a su lado.

El aroma de la Sensible dejó indefensa durante un instante a Charlotte, que cogió aire; sus pupilas dilatándose.

«Maldita sea», se dijo esta.

—¿Son… eso?

La Bruja de la Noche miró hacia los acantilados, se puso en alerta y caminó la primera. Charlotte tuvo la intención de seguirla, pero Endora levantó la mano sin girarse.

—Me encargo yo, Lottie.

«Cómo no», pensó Charlotte.

Varias criaturas se acercaron a ellos y Endora dio un paso hacia delante; Charlotte manteniéndose detrás de ella tal como le había pedido. Ovidia agarró la mano de la joven, sorprendiéndola. Noam estaba tras ellas.

—Ya de por sí no me gusta conocer a gente nueva, imagínate a ellos —musitó Ovidia a su amiga. Lottie no apartó la mirada de Endora, que se acercaba a los encapuchados, pero asintió, de acuerdo con la Bruja Negra.

—Pues si te digo la verdad —la Bruja de la Tierra activó su poder; el azulado no solo la envolvió a ella, sino también a sus amigos—, no me van a pillar desprevenida si pretenden hacer algo que, honestamente, no les convendría.

—Yo también… — se aventuró a decir Ovidia, pero tanto Noam como Charlotte negaron.

—Cielo, sería mejor que no —dijo Noam; su poder ahora también vivo alrededor de él en ese tono gris perla—. Te expondrías demasiado y no sabemos cuál es la naturaleza de sus intenciones. Aunque Endora nos haya asegurado su buena fe…

—De acuerdo. Pero a la mínima que vea peligro, no me detendré.

—Tampoco te obligaríamos —contestó en un susurro Lottie, guiñándole el ojo a su amiga.

Endora se había acercado a uno de los encapuchados, pues los demás, seis de ellos, actuaban como el trío que acompañaba a la Bruja de la Noche: habían mantenido las distancias, pero se encontraban vigilantes.

El encapuchado y Endora hablaron por lo bajo, y Lottie lo sintió. Endora quiso girarse para mirarlos, pero solo los señaló. Eso la puso en alerta, pues la Bruja de la Noche no quería apartar la vista de ellos y necesitaba estar atenta porque, en cierta manera, sí que suponían algún tipo de peligro.

Lo que pasó a continuación les pilló a los tres desprevenidos: Endora hizo un gesto al ser encapuchado y ambos, poco a poco, se acercaron a ellos, sin dejar de hablar en ningún momento. Y entonces Lottie vio la sonrisa de Endora. Una sonrisa que conocía bien y que solo ofrecía a…

—Ovidia, detrás de mí y de Noam —susurró Charlotte rápidamente. Esta obedeció a regañadientes. Lottie sabía que no le gustaba sentirse indefensa, pero no podían arriesgarse. Lottie no lo permitiría.

Noam activó más aún su poder junto a ella y los ojos de ambos se inundaron de ese color particular que portaba cada uno. A dos metros de ellos, Endora y el encapuchado se detuvieron. Ella arqueó una ceja ante la actitud de su primo y de la Bruja de la Tierra.

—Tenéis que prometerme que no gritaréis ni haréis nada raro.

Noam, Ovidia y Charlotte se miraron, y el chico puso su brazo por delante de Ovidia. Esta volvió los ojos exasperada.

—Bájate la capucha —ordenó Charlotte.

Endora la miró casi alarmada, pero guardó la compostura.

—Cuidado, Endora. Parece que alguien te quiere quitar el puesto de líder.

La voz que provino del interior de la capucha era… ligera, femenina y tenía un acento que la joven Sensible no supo identificar, uno realmente peculiar.

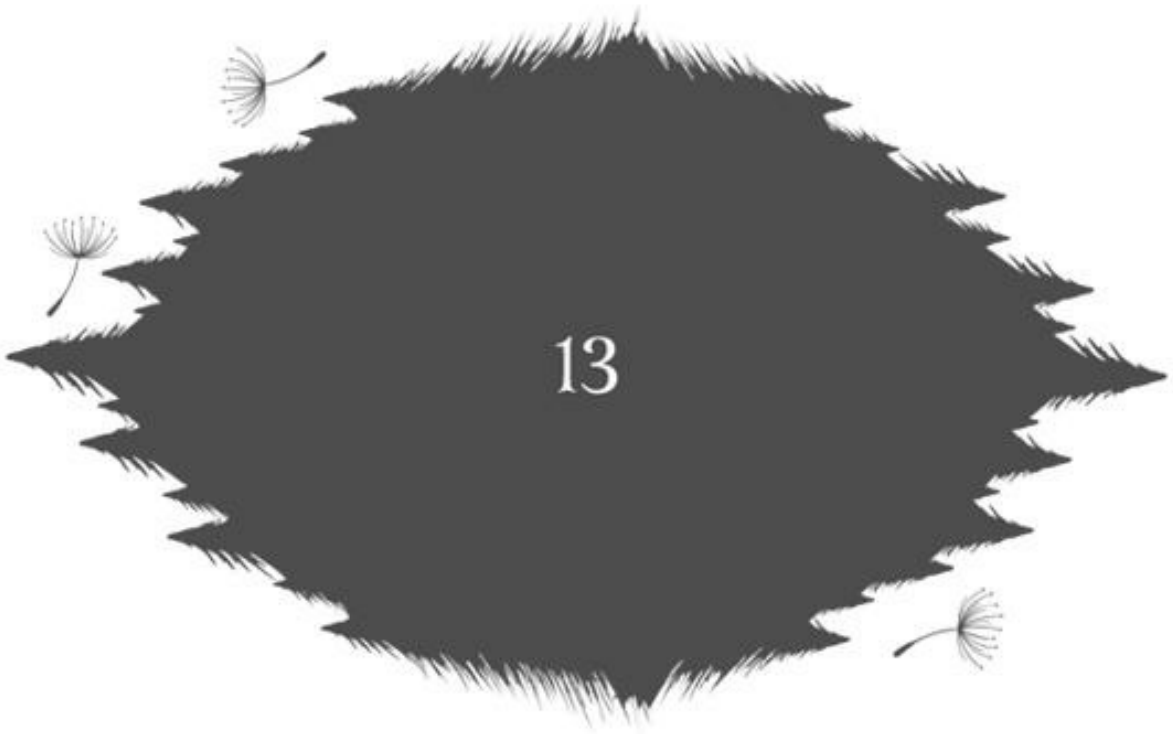
La desconocida se bajó la capucha y Charlotte se quedó asombrada, estupefacta y hasta maravillada. Ante ella apareció una mujer con una cabellera rubia que caía en cascada por la espalda, ojos de color verde y miel claro, nariz demasiado perfecta y unos labios grandes y carnosos. De sus orejas colgaban unos pendientes. Sus orejas… no eran para nada como las había imaginado.

Charlotte cogió aire con fuerza y exclamó:

—Decías la verdad.

Endora simplemente respondió:

—¿En serio soy tan poco fiable?



10 de mayo de 1844. Costa del Mar del Norte

Las orejas de aquellas criaturas eran algo más alargadas que las de un humano y estaban rematadas en punta de una forma tan delicada que a Charlotte le pareció casi irreal.

Pero no lo era. Lo estaba viendo con sus propios ojos. ¿Cuántas veces había soñado con conocerlos?

La feérica sonrió e indicó a sus acompañantes que se acercaran.

—Existís —musitó asombrada Charlotte y dio un paso hacia delante.

La feérica de cabello dorado la examinó con una sonrisa cordial en el rostro. Había algo en aquel gesto…, algo milenario.

—Por supuesto que existimos. De lo contrario, sería preocupante. Mi nombre es Cressida, un placer conoceros.

—Nos proporcionarán cobijo mientras continuamos con nuestra investigación —explicó Endora, menos tensa que antes—. Mi primo, Noam Clearheart.

—Charlotte Woodbreath —dijo esta, dando un paso al frente, altiva—. Deberíamos dejar las presentaciones para otro momento. No podemos permitirnos perder más tiempo.

—En eso estoy…

La voz de Cressida se fue apagando a medida que Ovidia abandonaba su escondite a espaldas de Charlotte y Noam, descubriéndose por fin ante los presentes. La feérica, sorprendida, abrió los ojos de forma exagerada. Charlotte incluso se percató de que por poco pierde el equilibrio ante tal impresión, y de cómo su ágil cuerpo consiguió mantener la compostura.

Ovidia se sentía observada, ya no solo por Cressida, sino por el resto de los feéricos, cuyos rostros sorprendidos dejaban entrever algo más.

—Soy Ovidia Winterson. Un placer.

—Tu poder —musitó Cressida en un hilo de voz—. ¿Eres consciente de lo que portas?

—Por supuesto que sí. Soy la última Bruja Negra.

Charlotte y Noam la miraron alarmados ante tal revelación, pero al hacerlo vieron algo en la mirada de Ovidia, un destello en sus ojos castaños fijos en la feérica que les hizo pensar que, si lo había compartido, había sido por una buena razón.

—Eso es lo que llamo yo una presentación dramática —apuntó Endora.

Cressida guardó silencio y, a continuación, hizo algo que nadie esperaba.

Murmuró una palabra que ninguno de los Sensibles entendió y con un movimiento rápido pero efectivo todos los feéricos se inclinaron, mostrando sus respetos a Ovidia.

La joven, tan perpleja como el resto de los brujos, se acercó a Cressida moviendo las manos. No pretendía tocarla, sino poner fin a las reverencias y restarle importancia a su presencia. Charlotte no la culpó. Ella habría reaccionado de la misma manera.

—No…, no hace falta nada de esto.

—Por supuesto que sí. —La melódica voz les envolvió de tal manera que hasta Charlotte se estremeció. Era demasiado… perfecta—. No perdamos más tiempo. Debemos partir antes de que algún humano aparezca y nos vea. Pero antes…, Endora, creo que lo mejor será aplicar tu castigo ahora mismo.

Los tres Sensibles, excepto ella, se miraron alarmados.

—¿Qué clase de castigo? —murmuró Noam, claramente preocupado.

—Ya os dije que contaros la verdad tenía consecuencias. Por lo que…, ¿qué será?

—Opino que guardar silencio hasta que lleguemos a nuestro hogar será suficiente, ¿no crees?

Endora frunció el ceño, pero al cabo de unos segundos asintió, decidida.

—Podré soportarlo.

—No se preocupe tanto, señor Clearheart —musitó Cressida, empleando un tono formal irónicamente para dirigirse a Noam—. No le haré nada a su prima.

Cressida murmuró algo en una lengua extraña y ancestral, y cuando Endora intentó hablar, ninguna palabra salió de su boca, tan solo quejidos, en un intento desesperado por hallar su voz.

—Durante las próximas horas no podrás decir absolutamente nada hasta que lleguemos a nuestra tierra. Espero que tengas paciencia.

La Bruja de la Noche intentó hablar, pero en vano. Finalmente, exhaló un suspiro y asintió, resignándose a su destino.

—¿Es completamente necesario? —quiso saber Ovidia.

—Una promesa es una promesa. Aunque diría que más que un castigo es una pequeña reprimenda.

Cressida se giró hacia la chica y le guiñó un ojo como muestra de confidencialidad. Endora respondió enarcando una ceja mientras la miraba de arriba abajo. A Charlotte se le pusieron los pelos de punta. Se mordió la lengua y sintió un tremendo dolor en el pecho ante aquella imagen. Tenía que hacer algo, desviar la atención, y decidió intervenir.

—¿A dónde nos dirigimos? —exigió saber, colocándose junto a Ovidia.

El tono autoritario provocó que la feérica y la bruja rompiesen el contacto visual, y Cressida le ofreció una sonrisa amable y abierta.

«¿Por qué ha de ser tan bella? Maldita sea».

—A casa. Pero para eso… —Cressida extendió el brazo derecho, señalando el mar—. Debemos adentrarnos más allá del horizonte.

—Qué poético —señaló Noam, pero no sin un ápice de desconfianza.

—¿A dónde se supone que vamos en barco? No hay tierra firme hasta llegar a las costas del reino de Noruega, el cual está a varios días de navegación —dijo Charlotte con un deje tenso en la voz.

—Nuestro hogar se encuentra en una isla cerca de estas costas. Tardaremos pocas horas en llegar y…

—En los mapas no aparece ninguna isla en esa dirección —remarcó Noam a su lado. Charlotte hizo un gesto mostrándose de acuerdo con él.

Cressida sonrió todavía más, mostrando una calma que parecía inquebrantable.

—Eso significa que estamos haciendo un buen trabajo para ocultar nuestras tierras. Están protegidas por un encantamiento que solo nuestros barcos pueden atravesar. Al hacerlo notaréis una ligera brisa, ya que es invisible a los ojos.

—¿Y dónde se encuentra vuestro navío? —preguntó Ovidia.

—Tenemos un barco anclado a poca distancia de la costa, desde luego. Para embarcar, utilizaremos unos botes que tenemos preparados cerca de los acantilados. Si nos apresuramos, pronto estaremos lo suficientemente alejados de las miradas furtivas, y por fin podremos mostraros nuestro hogar. Eso sí, tardaremos unas horas en alcanzar nuestro destino, así que no perdamos más tiempo. Seguidme, por favor.

Con paso rápido, y encabezados de nuevo por Cressida y Endora, todos se dirigieron hacia los acantilados por la orilla. Sintieron cómo el agua les mojaba los pies, y Lottie no pudo evitar pensar en lo distintos que eran los lagos, lagunas y ríos en los que siempre se había bañado al mar. Lo había visitado pocas veces, y tan solo se había bañado en una ocasión, pero le resultaba misterioso y fascinante. Se vieron flanqueados por los feéricos, que tenían la vista puesta al frente y se movían casi en formación militar. Noam y Ovidia iban cogidos de la mano, y por los gestos de Ovidia supo que Noam le estaba hablando telepáticamente.

Tuvieron que cruzar a través de las rocas para poder acceder a la cala donde les esperaba anclado el barco; ahora, además de sus pies, la parte baja de sus sencillos vestidos también estaba completamente empapada. Se escucharon voces de acento extraño, y el barco apareció frente a ellos. No era muy grande, pero sí lo suficiente como para atravesar el mar.

Se subieron a los botes que les esperaban, Endora con Cressida en el primero; Ovidia y Charlotte en el segundo, y Noam solo junto al resto de los feéricos en el último. Los botes se adentraron en el agua, alejándose cada vez más de la costa de Escocia.

El mar estaba en calma, y empezaron a notar cómo la calidez de los primeros rayos de sol acariciaba sus nucas. Los feéricos remaban rápido, pero, aun así, cualquier embarcación o No Sensibles podrían llegar a verlos. Charlotte se giró en dirección al barco; estaban cerca, pero no lo suficiente.

—¿Podríais dejar de remar? —preguntó, y observó que los feéricos se miraban confundidos—. ¿Me entendéis…?

—La entendemos, señorita —aseguró uno, su voz era grave y sus ojos azules casi tan claros como el cielo en verano—. Pero hemos de llevarlos al barco. Son órdenes.

—Solo quiero facilitaros el trabajo —se limitó a responder Lottie.

Los dos feéricos encargados de llevarlas se detuvieron e hicieron un ademán a la bruja para que hiciese lo que tuviese en mente.

Charlotte levantó la cabeza, altiva, pero les ofreció una sonrisa de agradecimiento. Los remeros se sonrojaron. Uno se dispuso a hablar, y la bruja se percató del cambio en su gesto, su

mirada y su cuerpo.

—Me llamo…

El feérico sentado a su lado rio. Lottie se puso en pie, se alisó la falda y movió las muñecas.

—Solo me interesan las mujeres. Y ella, por si tenéis intención alguna de intentarlo, está casada.

—No lo estoy —corrigió Ovidia, exhibiendo una media sonrisa.

—Como si lo estuvieras.

—Eso es cierto. Aun así, deja que se presenten. Soy Ovidia.

—Elrich —declaró el que se había querido presentar a Charlotte, y señaló a su compañero, el de los ojos azules—. Y él es Lysander.

Los feéricos inclinaron la cabeza ante Ovidia, mostrando sus respetos.

—¿Por qué os habéis inclinado en la playa…? *¡Aaah!*

La barca empezó a acelerar dejando atrás a la de Noam y Endora, y los tres tuvieron que sujetarse al borde para mantener el equilibrio.

—¡Charlotte! —gritó Noam desde la otra barca.

Esta le ignoró y prosiguió con su tarea: utilizar el aire a su favor para mover la embarcación.

—¡¿Qué estás haciendo?! —gritó Elrich, pero Lysander empezó a reírse a carcajada limpia. La bruja se mantenía firme, de pie sobre la pequeña embarcación.

—¡No tenemos todo el día y mi magia es útil para estas cosas! ¿Y vosotros sois los seres inmortales? ¡Ja!

—¡Esta chica me cae muy bien! —exclamó Lysander por encima del ruido del agua y el viento, su cabello corto castaño moviéndose de un lado a otro. A su lado, Elrich, de piel más morena, ojos castaños y cabello rubio oscuro, se lo pasaba en grande y gritó emocionado. Ovidia sacó sus hiedras para sujetar a Charlotte con firmeza a la embarcación.

—¡Estoy bien! —le aseguró esta.

—¡ESTÁS LOCA! —gritó Ovidia, pero seguidamente se rio, también encantada.

Mientras se aproximaban al barco, la tripulación de feéricos se asomó para presenciar el espectáculo que estaba teniendo lugar. Charlotte detuvo la barca propulsada por el viento poco a poco, hasta que la inercia del movimiento les dejó en el lugar preciso para alcanzar las escalerillas que les lanzaron desde la borda.

Elrich se levantó, soltando un grito de puro jolgorio.

—Podrías echar una mano a nuestra líder. No le vendría mal —mustió Lysander, arqueando una ceja.

Charlotte se giró para observar las otras dos embarcaciones que ahora parecían competir entre ellas, pero la bruja se encogió de hombros y ayudó a levantarse a Ovidia.

—Ya se las apañarán.

Y con una sonrisa de oreja a oreja, alcanzó la escalerilla, se asió con fuerza y subió al barco.

—Tiene carácter —aprobó Cressida con una sonrisa—. Siempre te han gustado con personalidad.

Endora negó con la cabeza, frustrada, y soltó un gruñido que dejaba entrever su impotencia.

—Endora, no me lo tomo como algo personal —aclaró la feérica al ver la expresión de la bruja —. Además, creo que todo esto tiene que ver con lo nuestro.

Endora volvió a negar con la cabeza e insistió gesticulando.

—¿No lo sabe? —intentó adivinar Cressida. Endora asintió—. Pues ya se habrá percatado —concluyó la feérica—. Aunque fue hace mucho tiempo. Ya está olvidado.

Endora se señaló a sí misma, asintiendo. Ambas habían pasado página hacía mucho. Luego señaló a Charlotte, negando y suspirando, la decepción se reflejaba en sus ojos.

—En realidad ha sido muy práctico. Ojalá nos hubiera ayudado a nosotras, pero… —volvió a hablar en feérico y los dos remeros se sonrieron, un chico y una chica—. Agárrate, bruja.

Endora llevaba aferrándose al borde de la pequeña embarcación desde que habían subido, y no había vomitado por a saber qué milagro de las diosas.

Los dos botes empezaron entonces una competición para ver quién llegaba primero al barco. Charlotte, que acababa de alcanzar la cubierta, se giró para ver el espectáculo. Ahora Ovidia subía por la escalerilla.

—¡Vamos a volcar! —escuchó que gritaba Noam desde su bote.

Endora se giró para ver a su primo, pero no podía responderle con uno de sus habituales chascarrillos. Tenía la mirada fija en el mar y su inmensidad.

¿Cuánta profundidad habría allí?

¿Y tiburones? ¿Habría tiburones?

O peor aún. ¿Y si subían a la superficie las…?

El agua salada le salpicó y se le metió en los ojos, lo que la obligó a llevarse una mano a la cara para limpiarse. El bote se tambaleó y Endora soltó un grito ahogado; iba a caerse al agua. Iba a caer y…, algo la sujetó por la espalda. Entonces vio cómo Cressida enarcaba una ceja, divertida.

—Hay que trabajar ese equilibrio, bruja.

El bote de Noam llegó primero y los feéricos gritaron, eufóricos, celebrando el resultado. Endora permaneció inmóvil hasta que le llegó el turno de subir por la escalerilla. Respiró hondo y trepó por el casco poco a poco mientras los inmortales hablaban entre sí. Aterrizó en cubierta seguida de Cressida y los dos feéricos que la habían acompañado. La tripulación amarró los botes e izó las velas.

Cressida se acercó a hablar con Charlotte, y Endora alcanzó a oír la conversación.

—¿Podrías hacer lo mismo con el barco?

Charlotte la miró de arriba abajo y después a Ovidia, que la animó a hablar.

—Por supuesto.

—Gracias, bruja —Cressida inclinó la cabeza hacia Charlotte, y después hizo lo propio con Ovidia—. Elrich, Lysander, acompañen a la señorita Charlotte al puente de mando.

Vio cómo los dos feéricos le sonreían y Lottie arqueó una ceja en respuesta.

—Te caen bien —le susurró Ovidia al oído antes de irse con Noam. Charlotte negó con la cabeza al tiempo que la Bruja Negra se daba media vuelta hacia su pareja, que seguía afectado por la carrera.

—Acompáñenos, señorita. —La voz de Lysander era cautivadora y sus ojos azules rebosaban cordialidad. Elrich sonreía a su lado, divertido.

Tal vez sí que le habían caído bien, lo cual era extraño, pues Charlotte no se permitía que casi nadie llegase a gustarle. Ovidia, claro está, era la excepción.

La bruja asintió, recogió sus aún mojadas faldas y se dispuso a subir con cuidado las escaleras hacia al puente de mando cuando escuchó que la llamaban.

—Señorita Charlotte. —Lottie se giró al escuchar la voz de Cressida, lo cual provocó que todo el barco se detuviese y prestase atención a las palabras de, según supuso la bruja, la capitana—. Me complace otorgarle el nombre de Sabraydh. Significa «intrépida y radiante».

Hubo algunos murmullos en el barco, incluso sintió cómo Elrich y Lysander intercambiaban una mirada fugaz. Aquello era inusual. Charlotte analizó la situación rápidamente y llegó a una conclusión que esperó que no fuese errónea: la feérica intentaba ganarse su confianza. ¿Tan evidente era el recelo que sentía hacia ellos?

—Sa… ¿qué?

—Sa-bra-ydh. Es uno de los nombres más antiguos de nuestra cultura. Espero que acepte el regalo.

Supo entonces que el hecho de que le hubiesen otorgado un nombre feérico no era algo común. La cuestión era, ¿por qué?

—Le agradezco tan inesperado y valioso regalo, capitana.

Cressida asintió y, de una palmada, reactivó a la tripulación.

—Calculo que tardaremos la mitad de tiempo en llegar a la isla gracias a la ayuda de nuestra querida Sabraydh, pero igualmente, ¡manos a la obra!

—Sabraydh —dijo Elrich, pronunciando el nombre con respeto y admiración.

Charlotte accedió a la cubierta superior, alzó las manos al cielo, agarró el poco viento que sintió a su alrededor y con su magia azul envolviéndola empezó a impulsar el barco, que comenzó a ganar velocidad por momentos.

Ovidia iba a vomitar. De eso a Noam no le cabía duda. La chica se sujetó firmemente a la borda con la cabeza gacha, y Noam intentó calmarla pasándole la mano por la espalda despacio, con calma.

Endora, tras ellos, no se había movido en todo el trayecto de un pequeño barril que había cerca de uno de los mástiles principales, en silencio y con la mirada perdida. La joven notó cómo Noam la observaba también con preocupación y se giró para mirarle.

—Ve a hablar con ella.

—No te voy a dejar estando…

—Noam, puedo apañármelas sola. —Hizo un gesto con la mano hacia su prima—. Ve con ella. Si tengo que vomitar, tengo un mar espléndido donde hacerlo.

—Está bien. Llámame si necesitas algo.

Ovidia asintió y Noam se apartó de ella a regañadientes. No le gustaba encontrarse en un lugar desconocido, y dejar a Ovidia sola era lo último que deseaba. Pero si así se lo pedía, respetaría sus deseos.

Se acercó a Endora tambaleándose; ninguno de los cuatro estaba demasiado habituado a navegar. Noam había viajado en varios navíos, pero no se acostumbraba a lo impredecible que podía ser el mar.

—Estoy empezando a temer que hayas enfermado, prima.

Endora pareció salir de un trance y negó con la cabeza, aunque el resto de su cuerpo no se movió ni un centímetro.

—¿Quieres que me siente a tu lado?

Endora, tan rígida como el mástil que había a su espalda, asintió. Noam se acomodó en el barril que había junto al de ella y le ofreció su mano, que la bruja agarró inmediatamente.

—Si te consuela, el amor de mi vida está a punto de vomitar por la borda.

Endora se atrevió a mirar en dirección a Ovidia.

Noam se dio cuenta de que debía distraerla, así que lo hizo.

«Intenta hablarme con tu mente».

Endora lo miró y enarcó una ceja, sorprendida. Los feéricos no habían caído en eso.

«¿Hola?», probó ella, a lo que Noam sonrió, asintiendo.

«Estupendo. ¿Puedo preguntar cómo conociste a Cressida?».

«¿Sabes?, lo voy a hacer. Voy a contártelo».

«¿Habías decidido ya de buenas a primeras no hacerlo?», preguntó sorprendido el chico.

«Lo voy a hacer porque es la mejor opción. Tenía pensado contároslo a todos juntos, pero dudo que cierta chica castaña de ojos azules quiera tan siquiera dirigirme la palabra. Pero si te lo cuento a ti, sé que se lo contarás a Ovidia porque no os guardáis nada; sois la pluma y la tinta: vais siempre de la mano. Y entonces Ovidia se lo contará a Charlotte y listo».

«Es un planteamiento interesante», observó Noam.

«¿Se ve la costa de Escocia?».

El cambio brusco de tema no sorprendió a Noam, que se giró y negó con la cabeza.

«Solo se ve el mar», aclaró.

Endora se agarró más fuerte a la mano de su primo y asintió. Respiró hondo.

«Vale. Si cruzamos el mar, ¿cuál es la tierra más cercana a Escocia?».

«Eh…, si no recuerdo mal…, ¿Noruega? Es lo que ha comentado en tierra Charlotte. Y hablando de ella…, ¿por qué crees que no querrá hablar contigo?».

Endora soltó un suspiro a la vez que echaba la cabeza hacia atrás.

—Pasó algo —dijo en voz alta Noam, y Endora asintió—. Explícate.

«¿Quieres todos los detalles?», le ofreció la bruja.

«Ahórratelos y ve al grano».

«La noche antes de vuestro aviso tuvimos un encuentro pasional».

«No puedo creer que lo hayas llamado así…». El chico no pudo evitar soltar una risa y Endora enarcó una ceja.

«A saber lo que haces tú con la brujita negra».

«Muchas cosas, tienes razón».

«La cuestión es que después tuvimos una discusión bastante… fuerte. Y lleva enfadada desde entonces. No la culpo, la verdad, es lo mejor».

—¿Lo mejor? ¿Estar enfadada con tu amiga? —Aquellas palabras las dijo en voz alta, lo que provocó que Endora se echase hacia delante en un intento por recriminarle. Sin embargo, solo un quejido salió de su garganta.

«Charlotte nunca ha sido mi amiga, Noam». Al fin, los ojos grises de Endora se toparon con los de su primo; había tal barrera de hielo alrededor de ellos que la preocupación del chico aumentó.

—Entonces ¿qué ha sido? —murmuró él.

«La única que ha podido y podrá romperme el corazón».

Noam le sonrió y dejó entrever un atisbo de empatía en sus ojos.

—En eso te entiendo.

—¡TIERRA A LA VISTA! —gritó Charlotte desde el puente de mando.

—Tienes que hablar con ella —la apremió Noam, y Endora negó con la cabeza.

«Intentaré calmar las aguas…, nunca mejor dicho. —Hizo un gesto abarcando la escena, pero

Noam mantuvo el ceño fruncido—. Pero no prometo nada. Tiene carácter».

—¿De qué estáis hablando? —Los dos se sobresaltaron al escuchar la voz de Ovidia detrás de Noam, que abrió sus piernas para que Ovidia se colocara entre ellas y apoyara la cabeza en su hombro—. No soy tan estúpida como para no darme cuenta de que os estáis comunicando mentalmente.

—¿Se lo cuento? —dijo Noam. Endora asintió y se cruzó de brazos.

Tras la narración, Ovidia se limitó a decir:

—No voy a meterme en vuestros asuntos, pero sois adultas. Habladlo.

Endora se dispuso a responder por inercia, pero Cressida, con un gesto amable en el rostro, se colocó frente a ellos.

—En diez minutos desembarcaremos en el puerto y por fin podrás volver a hablar. —Señaló a Endora, que le respondió con una mueca rápida—. Lamento los mareos. En cuanto lleguemos os daremos un té para que se os asiente el estómago, ¿de acuerdo?

—Gracias, capitana —murmuró Ovidia.

Por toda respuesta, Cressida hizo una nueva reverencia a la chica. A continuación, dio media vuelta y se puso a dar órdenes en su idioma natal.

—¿Sabes por qué se inclina ante ella? —preguntó Noam a Endora.

«Por sorprendente que te parezca, no lo sé todo sobre las mujeres con las que he tenido una relación».

Noam abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Tú y la feérica?

Al escucharle, Ovidia le miró, perpleja, para luego dirigir su interés a la bruja. Apretó los labios y levantó las cejas en un gesto de pura y absoluta curiosidad.

«Sí. Hace años. Memorable, la verdad. Tenía muuuuucha experiencia».

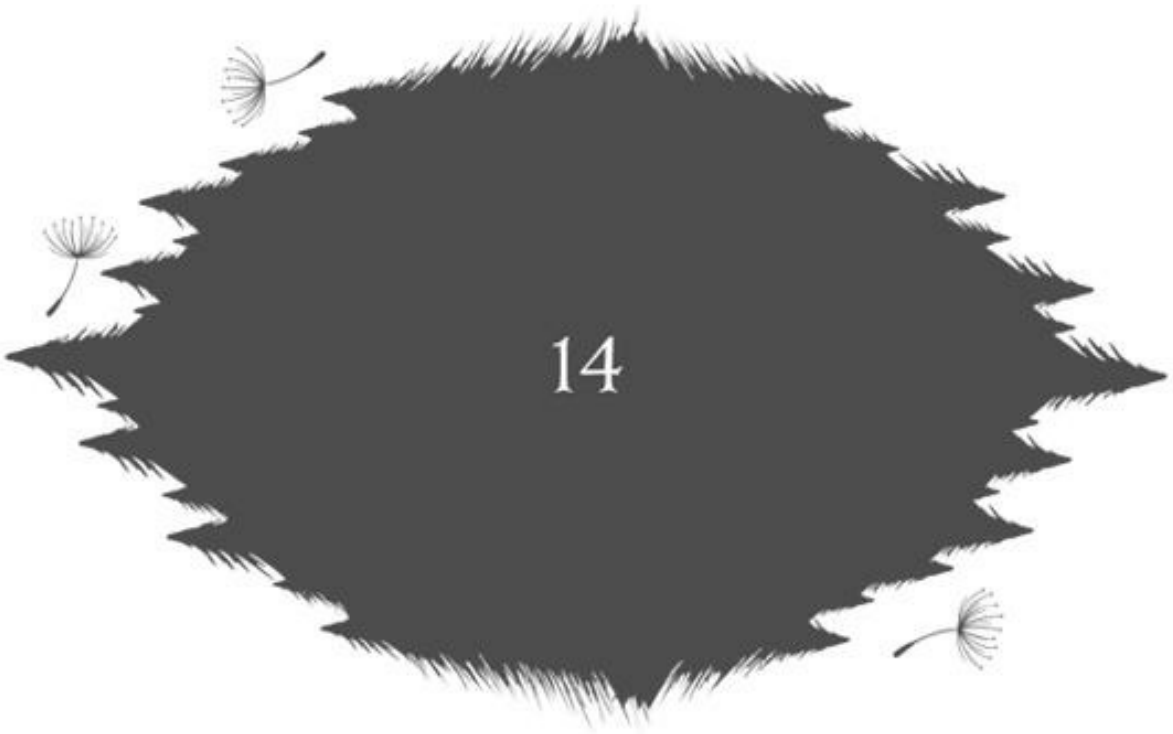
—No voy a decirle eso —objetó Noam, y Ovidia se quejó con ganas de saber exactamente qué le había dicho Endora.

La embarcación se aproximaba a lo que parecía ser un puerto pequeño donde había tan solo otros tres barcos atracados, pero mucho más grandes. Se veían muchas barcas y botes alrededor, pero eso era todo. A primera vista, costa adentro se extendía un gran bosque y formaciones montañosas. La isla era mucho más grande de lo que Noam había esperado, y se fijó en cómo los nudillos de Lottie, ahora junto a él, se volvían blancos. Compadeciéndose de ella, Noam le pasó el brazo por los hombros en un gesto amistoso que la chica agradeció con una sonrisa. Con el otro brazo hizo lo propio con Ovidia.

Endora se puso junto a la Bruja Negra, al otro extremo de la fila, lo más alejada posible de Lottie. Algo que nadie pasó por alto.

Los feéricos que estaban en tierra se pusieron en marcha y procedieron a atracar el barco. Cressida, por su parte, se acercó al grupo de brujos y susurró con un orgullo que les erizó hasta el alma:

—Bienvenidos a nuestro hogar. Bienvenidos a Surmerya.



10 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

Charlotte había vivido toda su vida en una isla, pero, aun así, le sorprendió la majestuosidad de la que tenía frente a sus ojos. El barco les dejó en un puerto donde una decena de feéricos les esperaban, amarrando el navío a varios postes y preparando las escaleras que les ayudarían a llegar a tierra. Una gran playa les esperaba, la cual rodeaba toda la isla.

Endora fue la primera en bajar a toda prisa, deseosa de recuperar su habla, seguida de Noam, Ovidia y finalmente Charlotte. Cressida y su caballería les indicaron que la siguiesen. Como en la playa donde los habían conocido, Endora fue en cabeza; Lottie, Noam y Ovidia en una fila tras ellos, con esta última en el centro.

Charlotte vio cómo Endora, que al fin había pisado suelo feérico, recuperaba su voz y lo primero que hizo fue comentarle algo a Cressida. Está se inclinó, ya que era un poco más alta que la bruja, y asintió sonriéndole con complicidad. La chica apretó los dientes y sintió cómo Ovidia la cogía de la mano para tranquilizarla.

Inmediatamente, la Bruja de la Tierra relajó todo su cuerpo y miró a su amiga, ofreciéndole una mueca de agradecimiento. Y mientras dejaban atrás el pequeño puerto y se adentraban en la playa, los susurros entre los feéricos no cesaron. Miraban al grupo con curiosidad, algunos sonriendo e incluso… ¿expectantes?

Charlotte se preguntó si alguna vez algún humano había pisado aquella isla antes que ellos. Algo que, sin duda, averiguaría durante su estancia en aquel lugar.

En un momento dado se introdujeron en la maleza, dejando atrás la despejada playa, y sintieron que una fuerte humedad les envolvía. Poco a poco, un pequeño bosque se mostró ante ellos y se vieron completamente rodeados de árboles.

—Para poder llevaros hasta la ciudad, tenemos que cruzar un río. No nos llevará más de media hora de travesía, no os preocupéis —anunció Cressida, girándose para dirigirse al trío que iba tras ellos—. Hemos de bajar unas escaleras un poco empinadas. Por aquí. Yo me quedaré tras vosotros.

Al final de las escaleras, unos metros más abajo, discurría el río, que era pequeño y poco caudaloso. La zona por la que se adentraba era de difícil acceso incluso a pie, por lo que, con precaución, fueron bajando las empinadas escaleras de madera, tropezando en alguna que otra ocasión.

Las barcas que les esperaban eran alargadas y tan solo tenía una plaza por asiento para cada. Charlotte fue primera en subir, luego lo hicieron Ovidia y Noam. Elrich y Lysander se posicionaron en proa y en popa. Endora acompañó a Cressida y en ningún momento se giró a mirar al grupo mientras mantenía con la inmortal una conversación que parecía animada y divertida.

Lottie ignoró el vuelco que le dio el corazón al verlas. Poco a poco, fueron avanzando por el río; los sonidos de la naturaleza envolviéndoles. Ovidia se inclinó hacia ella, le rodeó la cintura y apoyó su cabeza en el hombro derecho de Lottie. Escuchó el suspiro de la Bruja Negra y seguidamente le dio un beso en la mejilla. Lottie, sorprendida, se giró para mirarla.

—¿A qué ha venido eso?

—Sabes que te quiero muchísimo, ¿verdad? ¿Y que estoy aquí para lo que necesites?

Lottie miró más allá, hacia Noam, que parecía tener la mirada fija en los alrededores, aunque ella sabía que estaría escuchando la conversación perfectamente.

—¿Han quedado claras mis palabras o he de repetirlas?

La pequeña embarcación se tambaleó cuando el río viró a la derecha y ambas se sujetaron a los bordes soltando una risa.

—Mensaje captado. Lo hablaremos cuando esté lista, ¿te parece?

—Sea lo que sea, aquí me tienes. Bastante hiciste por mí en su momento.

—Y volvería a hacerlo.

—Lo mismo te digo —añadió Noam, pero ambas vieron que seguía con la mirada fija en el bosque que los rodeaba, con el rostro serio.

—Se cree gracioso y todo —comentó Ovidia bajito, pero Noam enarcó una ceja, gesto que Lottie vio—. Madre mía.

La expresión de Ovidia había cambiado por completo y la de Noam también. Entonces, Lottie lo vio. Girándose, se dio cuenta de que el río había llegado a una especie de muro de piedra y, más allá, lo que parecía ser una ciudad se abría paso.

—Rodearemos la ciudad —explicó Elrich, que se encontraba de cuclillas frente a Charlotte—. Y llegaremos a palacio enseguida.

—¡¿Palacio?! —exclamaron Ovidia y Lottie a la vez.

Elrich tuvo que aguantarse la risa mientras intercambiaba una mirada rápida con Lysander y asintió, manteniendo la compostura.

—Efectivamente. Sois los huéspedes de nuestros líderes y se os cuidará como es debido.

Siguieron navegando por el río unos minutos más hasta que atracaron las barcas en la orilla y ayudaron a todos a salir. Cressida les hizo un gesto para que les siguieran y los guardias se posicionaron tras el grupo de Sensibles y cruzaron una puerta que había en el muro, camuflada en este y tan gruesa como la cabeza de Charlotte. Después se adentraron en un oscuro pasillo. Varias antorchas de pared iluminaban aquel espacio, sorprendentemente ancho, desde el que

accedieron a otra puerta idéntica a esa y allí la luz del día les recibió.

Lo que les esperaba al otro lado les dejó a todos boquiabiertos. Ciertamente, aquel lugar parecía amurallado y decenas de feéricos entraban y salían por la puerta principal. Una vez fuera de ese recinto, embarcaban y también traían carros llenos de frutas, verduras y vegetales. Cressida les apremió para que no se distrajesen, pues llamarían la atención si lo hacían y despertarían la curiosidad de feéricos, quien les harían preguntas, muchas preguntas.

Algunos se percataron de la presencia de los mortales, que se movían por detrás de las paradas, a ras del muro de piedra. Muchos murmuraron entre sí, incluso los saludaron. Endora fue la primera en responder a los saludos, mostrando de nuevo ese encanto que derrochaba con la gente que no la conocía. O eso al menos pensó Lottie.

Ovidia también levantó la mano, tímida, mientras se aferraba al brazo de su amiga. Noam seguía a las tres de cerca, inclinando la cabeza a modo de saludo.

Al final de aquel gran paseo, se encontraba el palacio. Sin duda parecía sacado de un cuento de hadas, pero no de uno macabro u oscuro como los que los mortales solían leer. Aquel edificio daba la sensación de estar hecho de pura luz. Impresionaba su altura y el mármol blanco. Las ramas y raíces de los árboles se entremezclaban con su estructura. A Charlotte esas plantas le parecieron milenarias, pues el grosor de sus troncos era considerable. Sus copas tapaban parcialmente el palacio y los rayos de sol se colaban entre las ramas y daban a la construcción un aire tan etéreo que se vio obligada a moverse para no quedarse petrificada en el sitio.

—Nos mezclamos los unos con los otros. —La voz de Cressida irrumpió en sus pensamientos y Lottie se dio prisa para seguirles el paso—. Somos tan pocos que nos conocemos todos, y ellos mismos nos pidieron hace milenios que querían tenernos de líderes. Desde entonces, hemos intentado no fallarles. Y parece estar surtiendo efecto. Oh, allí está mi hermana.

Al final de las escaleras que llevaban a la entrada principal de palacio, una feérica de la misma estatura que Cressida y ataviada con un vestido sencillo de color verde les saludó con energía.

En cuanto subieron las escaleras, esta corrió a recibirles y los guardias crearon un círculo perfecto de protección. Lottie notó cómo Elrich y Lysander estaban justo tras ella, vigilantes y silenciosos.

—¡Ya han llegado! —exclamó la feérica hermana de Cressida, cuyo cabello era… azul.

«¿Azul?», pensó Charlotte, anonadada ante lo natural que se veía el color. Un azul tan claro como el cielo de un día de verano.

—Tenía tantas ganas de conoceros en persona… —prosiguió la feérica con una energía apabullante—. Había oído hablar de ti, Endora, pero nunca llegaste a presentarte durante el…

—Ari, aquí no —musitó Cressida, poniéndose a su lado.

Un instante después miró a Charlotte y la bruja apartó la mirada, centrando su atención en la feérica de cabello azul.

—Bienvenidos a nuestro humilde hogar. Soy Aristylla, pero podéis llamarme Ari. Soy la hermana menor de Cressida y una de las tres líderes de este lugar. Os hemos preparado todo para vuestra estancia, y en nuestro salón privado os espera un tentempié de bienvenida. Seguidnos, llegaremos allí enseguida.

Las feéricas abrieron el paso; Endora siguiéndolas y hablando con total naturalidad.

Noam y Ovidia se acercaron a la chica y su amiga le ofreció el brazo, el cual aceptó.

Seguidos de los guardias, y tensos ante la inmensidad del lugar, los Sensibles entraron en el palacio de los feéricos.

Por dentro, el castillo parecía aún más grande de lo que era. Las paredes blancas se entremezclaban con la naturaleza; ramas bien cuidadas y plantas que Lottie reconoció. Lúpulo y jazmín, cuyas flores blancas se movían con el leve viento que atravesaba las ventanas abiertas y que dejaba una agradable brisa por los pasillos de aquel lugar. Había guardias cada pocos metros y algún que otro sirviente, pero, aun así, estaba bastante vacío.

—Nosotros vivimos aquí —explicó Aristylla, sonriente.

Esta ralentizó su paso para estar a la altura de Charlotte, Ovidia y Noam. Se puso a la izquierda de la Bruja de la Tierra, que reparó en la delicadeza de la piel de la feérica, las pecas de todo su cuerpo y sus ojos marrones, dulces y expresivos. Tenía una nariz respingona y era de complexión delgada, pero sin curvas.

Giraron hacia la izquierda y dieron con unas puertas dobles de acceso a una gran estancia decorada con un mobiliario que Lottie supo que era caro, pero, sobre todo, exótico y milenario.

Del salón principal, colgaban glicinas con ese color lila tan significativo por toda la estancia. El olor era magnífico y Charlotte miró anonadada el lugar, girando sobre sí misma.

—Por favor, sentaos —indicó Cressida—. Mi hermana, y os pido disculpas de antemano, tendrá decenas de preguntas que haceros.

Aristylla arrugó la nariz, encogiéndose de hombros.

—Me gusta documentarme sobre los humanos. Es divertido. Ya lo sé todo sobre los feéricos. Aunque tengo bastante información, cada mortal me ofrece algo nuevo.

—Yo… —comenzó a decir Noam, y todos los ojos se posaron en él— tengo curiosidad. ¿De verdad sois inmortales?

—Sí —respondieron las dos feéricas al mismo tiempo. La afirmación de Cressida fue más corta y directa; la de Aristylla, algo más prolongada.

—Pero ¿podéis morir?

—Por supuesto. —Cressida extendió su brazo, ofreciéndoles asiento, y los Sensibles se sentaron en la mesa redonda.

Lottie se inclinó hacia Ovidia y murmuró:

—¿No te recuerda a la mesa de los caballeros del Rey Arturo?

—Me has leído el pensamiento —comentó su amiga, apretando sus labios para contener una sonrisa de oreja a oreja.

—¿El Rey Arturo? —se interesó Aristylla—. A él no le conocí, pero en uno de mis viajes fuera de la isla conocí a un tal Lancelot hace siglos. Era muy bueno con la espada.

—Pero, son leyendas. Cuentos de la literatura —comentó Ovidia, extrañada.

—¿Lo son? —Aristylla se inclinó para beber un líquido rosado, guiñándole el ojo a la Bruja Negra.

—Pero, si le conociste… ¿Cuántos años tienes? —preguntó Lottie con el ceño fruncido por la confusión, sentada junto a Ovidia.

—Muchos. Al menos a ojos de los humanos. Si te causa curiosidad, solo celebramos nuestro aniversario cada cien años. Es una celebración bastante grande.

Entre Lottie y la feérica había dos asientos vacíos y, en parte, agradeció la distancia. Todo lo que estaban viviendo era difícil de procesar.

Con Ovidia a su izquierda y Noam a la izquierda de la Bruja Negra, las sillas seguían ocupadas por Cressida y Endora, situadas entre las dos feéricas. La mesa era tan grande que entre los asientos había casi un metro de separación.

—Endora fue la primera… ¿Cómo lo llaman ellos?

—Sensibles, hermana —dijo Cressida, mirando al grupo de mortales con seriedad.

—Fue la primera que recibimos en siglos —comentó Aristylla, apoyando los codos en la mesa —. Cressida, en una de sus escapadas al continente, la conoció durante una de vuestras celebraciones más importantes.

—Lo que nos contaste —dijo Noam, mirando a su prima.

Esta, que ya estaba bebiendo de la copa que le habían ofrecido, asintió.

—Tuve que contárselo, Cressida. Aun así, veo que no terminabais de creerlo. Os seguís sorprendiendo como si fuese la primera vez.

—Es que esto es… surrealista —afirmó Lottie—. Además, hay algo que no entiendo en absoluto.

—¿Qué, lady Sabraydh?

Aristylla abrió los ojos, mirando a su hermana.

—¿La has nombrado? Bienvenida. —Aristylla levantó su copa y Lottie, estupefacta, no supo cómo reaccionar. Hizo una mueca con la que intentó mostrar su agradecimiento, reorganizó sus pensamientos y volvió al punto en el que se había quedado.

Respiró hondo y, moviendo sus manos como lo hacía cada vez que quería exponer algo, afirmó:

—Se supone que, según nos contó Endora, vosotros fuisteis los que le otorgasteis los manuscritos, los grimorios, que ella tenía en Londres. Los que trajiste también a Winchester.

Esta se limitó a asentir y volvió a beber de la copa. Las dos hermanas feéricas guardaron silencio, mirando con atención y ese aire inmortal que ponía los pelos de punta a Charlotte.

—¿Cómo es posible que vosotros, feéricos, ajenos a nuestra sociedad, a nuestros ancestros, a nuestro poder, tuvieseis los grimorios? ¿Quién os los dio?

—Se supone que la que tenía que preguntar hoy era yo —bromeó Aristylla, hundiéndose en su asiento.

Charlotte ignoró la evidente táctica de distracción.

—Todo este asunto me tiene bastante confundida, la verdad.

—Técnicamente —empezó a explicar Cressida con una calma y serenidad envidiables—, los grimorios que Endora tiene ahora son unas transcripciones. Nosotros guardamos las copias originales con nosotros aquí, en la Biblioteca de palacio. Pero sí, esas copias originales se las prestamos nosotros y eran y son de nuestra propiedad.

—¿Manuscritos que contienen todo tipo de magia?

—Así es.

—¿Cómo? ¿Os los dio la Primera Generación?

Las preguntas de Charlotte no cesaban, y Cressida respondió a todas ellas con tranquilidad.

—No. Los tenemos desde mucho antes que la Primera Generación esa que mencionas.

—Es imposible —añadió Ovidia, agarrando la mano de Lottie por debajo de la mesa para calmarla—. La Primera Generación fue denominada así por los nuestros por ser la primera estirpe humana capaz de usar la magia. Vosotros no tenéis nada que ver con los humanos, por lo que…

—La explicación es muy sencilla. —La voz de la feérica era un leve ronroneo—. Pero os aviso, que no es lo que esperáis oír y tampoco creo que sea de vuestro agrado.

—¿De qué hablas, Cressida? —inquirió Endora a su lado, tan confundida ahora como el resto —. Pensaba que esos grimorios sí eran de la Primera Generación.

—Tú tienes secretos que guardar, Endora, y yo también. Pero creo que, a estas alturas, contaros la verdad facilitará mucho las cosas.

Charlotte apretó la mano de Ovidia y vio cómo la de Noam se posaba en la pierna de su amada, claramente nervioso. Los tres se prepararon para oír algo inesperado.

—Hermana, ¿estás segura? —preguntó Aristylla por primera vez con un tono serio y el ceño fruncido.

—No quiero guardar secretos mientras los tenemos como huéspedes; así que sí, estoy completamente segura. La honestidad es algo que llevo por bandera.

—Permíteme que lo dude —dijo Endora a su lado.

Cressida se levantó, dio unos pasos hacia los ventanales que había tras ella, respiró hondo, se dio la vuelta y al fin habló:

—La respuesta a todas vuestras preguntas se puede resumir en una sola afirmación: nosotros somos el origen de vuestra magia, mortales.

Tardaron unos segundos en procesar el peso de aquellas palabras. Lo que había detrás de estas, lo que significaba para ellos, para todo lo que habían creído y con lo que habían crecido. Tras unos segundos, después de un pesado silencio, la primera en reaccionar fue Charlotte, quien soltó una carcajada que murió enseguida; la estupefacción de la chica había quebrado su cordura.

Ovidia, a su lado, miraba a su amiga igual de confundida, y comenzó a negar con la cabeza. Noam sujetaba a Ovidia, que había conseguido mantener la compostura al igual que Endora.

—¿Qué has dicho? —quiso saber Noam, inclinándose hacia delante.

—Cressida. —La voz de Endora mostraba sorpresa total y se levantó dando un paso hacia ella —. Espero que esto sea una broma de muy mal gusto.

La feérica miró a Endora y se encogió de hombros, para después volver a mirar a Noam, Charlotte y Ovidia, que se tensó aún más al lado de su amiga.

—Creo que será mejor si os explicamos todo. ¿Aristylla?

Esta se terminó de beber la copa, resopló satisfecha, se puso en pie y estiró la espalda.

—Dejándome a mí el trabajo duro, por lo que veo. De acuerdo, antes de que os alarméis…, bueno, ya lo estáis.

—Me estás diciendo —Charlotte invocó su magia; una energía de color azulado nació en sus manos, lo que sobresaltó a las feéricas—. ¿Que no soy una Bruja de la Tierra?

—Exacto —respondió Aristylla, inclinándose mientras admiraba la luz de puro poder—. Cressida, encárgate tú, por favor.

—Cuando me he referido a que nosotros somos el origen de vuestra magia —prosiguió la susodicha—, no he mentido. Pero necesitáis un poco de contexto para entender mis palabras.

»La magia que portáis lleva generaciones en este mundo. Endora me explicó hace un tiempo lo que habéis mencionado de la denominada la Primera Generación hace ya miles de años.

»Bueno, digamos que nosotros ya pisábamos este mundo desde antes de la Primera Generación. Y nos sentimos gratamente sorprendidos al ver cómo la magia aceptaba a otros seres que no fuésemos nosotros para portarla.

—¿La magia nos escogió? —preguntó Charlotte. Los demás se encontraban completamente atónitos como para hablar.

Aristylla respondió por su hermana:

—La magia tiene conciencia. Y por eso mismo decidió darnos una lección. Una muy grande.

Cressida y Aristylla intercambiaron una mirada donde hubo un pequeño atisbo de preocupación y tristeza.

—Hace miles de años, nos encontrábamos en paz en nuestro mundo original. Los feéricos nos dividíamos en diferentes razas, pero convivíamos en armonía y nos ayudábamos los unos a los otros. Hasta que… llegó el caos.

»Algunos de nuestros antiguos hermanos empezaron a usar la magia para fines egoístas y se vieron corrompidos por esta. Hasta que, esta, decidió que no éramos merecedores de usarla y corrompió aún más a los que la utilizaron mal, hasta que nos revelamos los unos a los otros. La energía, ante tal traición, nos llevó a la autodestrucción.

—¿No sois de este mundo? —Ovidia habló por primera vez en un hilo de voz.

—Creo que esa parte también es importante —comentó Aristylla.

—Entonces lo que leí no fue tan descabellado —murmuró Endora para sí misma.

—¿Qué fue lo que leíste? —preguntó Noam, mirando atónito a su prima; a todos, en general.

La situación era demasiado.

—Cuando tuve que transcribir los grimorios y leí ciertas cosas, no tenían sentido. Pero no presté demasiada atención, ya que el idioma me resultaba algo complicado y no era relevante para nosotros. Aun así, entendí palabras como «portal» o «mundo».

—No entraré en muchos detalles, pues la teoría es demasiado compleja —empezó a explicar Aristylla—. Pero tu teoría era, sin duda, un gran acercamiento a la verdad.

—¿Cariño? —musitó Ovidia hacia Noam—. ¿Dicen la verdad?

Noam la miró y entendió lo que quería que hiciese. Invocando su poder, esa luz grisácea rodeando sus iris. Miró a las feéricas, que parecieron no percatarse de lo que estaba pasando.

Hasta que Noam se tambaleó, levantándose repentinamente de su asiento.

—¡Noam! —exclamó Endora, yendo hacia él. Ovidia se había levantado también. Lottie se mantuvo en el borde de su silla, atenta, con su magia activada.

—Es… verdad lo que dicen. —Se encontraba pálido y desorientado.

—¿Qué acaba de hacer? —demandó saber Cressida.

—Os ha leído la mente —respondió Endora —. Es un Brujo Vidente, por lo que puede leer mentes.

Aristylla rodeó la mesa, mirándolos con curiosidad.

—¿Cómo que Brujo Vidente? ¿Así que funcionó su patraña?

—Esto es increíble —musitó Cressida para sí misma.

—No existen tipos de brujos —aseveró Aristylla, como si estuviese indignada—. ¿Qué clase de tontería es esa?

—Así es como lo declaró una de las hermanas fundadoras, Augusta Newbourne.

Ante ese nombre, las feéricas se miraron durante un rápido instante, pero no dijeron nada.

Por lo que Noam prosiguió:

—Augusta Newbourne fue la primera portadora de la magia pura blanca de nuestra generación, la primera en siglos tras la caída de la Primera Generación, de la cual os hemos hablado antes.

»Esta escribió un estatuto con los tipos de Sensibles y la procedencia de su magia. Yo soy un brujo Vidente, pues puedo controlar las mentes y leerlas.

»Mi prima Endora es una Bruja de la Noche. Charlotte, una Bruja de la Tierra. Y Ovidia —Noam hizo una pausa para admirarla, ya que estaba a su lado ofreciéndole una leve sonrisa— es la única Bruja Negra. Heredera de la hermana de Augusta, Angelica.

—Sentimos deciros que… os han engañado. A todos. —Cressida hizo una mueca, claramente incómoda al tener que compartir tales noticias—. La energía no tiene tipos ni clasificaciones,

pero sí que tiene naturaleza: blanca y oscura. La pura. En nuestro mundo, los feéricos adoptaban un tipo de energía y la ejercían. Nuestra familia siempre perteneció a los blancos, por ejemplo.

»En vuestro caso, vosotros tenéis la naturaleza blanca, que no pura. A solo una familia se le otorga ese privilegio. En este caso, Ovidia tiene la pureza oscura. Y alguno de los vuestros debe de tener la pureza blanca. Esas dos partes son vitales para la existencia de la energía o de la magia, como lo llamáis vosotros.

—Entonces ¿qué significa que no haya tipos? —preguntó Charlotte, levantándose al fin. Le temblaban las piernas, el cuerpo entero, e iba a vomitar.

—La energía no tienes límites en sí. Eso fue lo que llevó a la perdición a nuestro pueblo, el hecho de que fuésemos más allá de lo que la energía nos otorgó. Nos dio la mano y quisimos coger el brazo entero.

—¿Por qué? ¿Por qué haría Augusta todo eso?

—Porque sabía las consecuencias. —Cressida apoyó sus manos en la parte alta de su asiento, respiró hondo y prosiguió—: Sabía lo que había pasado con nuestro pueblo, conocía la historia. Nosotros mismos fuimos a conocerlas cuando supimos que la energía las había escogido a ella y a su hermana para esta nueva generación. Les explicamos lo que pasó y Augusta actuó de forma precavida. Estoy segura de que, al dividiros en clases, podía limitar vuestro uso de la magia para que no se corrompiera.

—En resumidas cuentas —prosiguió Aristylla por su hermana—, podéis usar la energía para todo. Sea lo que sea lo que haga Charlotte, Endora y Noam lo podéis hacer también. Y viceversa. Sin embargo, no podréis tener el poder de la energía oscura pura de Ovidia. Eso es algo que solo le pertenece a ella.

—¿Y qué hay de mi poder? —planteó Noam, dando un paso hacia delante—. Dentro de la Sociedad hay pocos Videntes.

—¿Leer la mente? Es una habilidad, una que también en nuestro mundo era poco común. —Aristylla se acercó a él poco a poco—. Algunos la pueden usar de manera sencilla, como si se tratase de respirar. Otros pueden estar siglos perfeccionándola y no llegar ni siquiera a vislumbrar el poder que, por ejemplo, tú portas.

—Quiero aclarar algo muy importante: la magia ahora es vuestra —les tranquilizó Cressida—. Y aunque lo intentáramos, no podríamos arrebatárosla.

—¿Cómo puedo creeros? —repuso Ovidia, apoyándose en Noam, buscando su calor. El chico se había quedado en el sitio, procesando la información, intentando entenderlo todo.

Endora y Charlotte se encontraban igual y esta última se llevó la mano al estómago al sentir que se le revolvía.

—Como hemos dicho, la magia tiene conciencia propia. Puede detectar el tipo de naturaleza de cada ser, y la nuestra sigue siendo un insulto para ella. Todavía no nos ha perdonado.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la destrucción de vuestro mundo? —preguntó Charlotte, intentando distraerse.

—Hace casi tres mil años que tuvimos que huir de nuestro planeta. Y no, no se encontraba en esta galaxia, sino en otra mucho más lejana.

—Nuestro mundo fue destruido por completo. Hecho cenizas. —Aristylla fue junto a su hermana, que compuso una media sonrisa cargada de nostalgia y tristeza—. Tuvimos que huir dejando todo atrás. Pero pudimos salvaguardar muchos de los grimorios donde se explicaba cómo usar la magia y aplicarla con sabiduría.

—Algunos de ellos los compartimos con Endora —explicó Cressida, que ahora ofrecía esa

media sonrisa a la chica.

Charlotte se sorprendió cuando el corazón le dio un vuelco.

«¿Celos? ¿A estas alturas, Charlotte?», pensó.

Aunque viendo la cercanía de Endora y la inmortal… Entendió entonces por qué no quería volver a verla. Endora parecía haber entregado finalmente su corazón.

—No todos —aclaró esta, y Cressida y Aristylla asintieron.

—Acabáis de destruir toda nuestra identidad —murmuró Charlotte, y todos posaron su atención en ella—. Todo lo que somos, todo lo que hemos aprendido, vivido. Todo era una gran mentira.

—No nos culpes a nosotros, lady Sabraydh —dijo Aristylla con tranquilidad—. Entendemos que todo esto debe ser, como mínimo, confuso e hiriente. Responderemos a todas las preguntas que tengáis y, si necesitáis estar a solas, nos iremos.

—¡Es un atentado contra nuestras creencias! —exclamó la bruja de pelo castaño, aferrándose con fuerza a la mesa—. ¿Qué es lo que somos?

—Seguís siendo brujas. Ese es el nombre que os habéis puesto y que hace justicia a vuestra naturaleza —explicó Cressida con calma, acercándose a ella—. Lo único que cambia es que vuestra magia puede ser mucho más de lo que Augusta os hizo creer. No estáis encasillados en Tierra, ni en Vidente, ni en ninguna de esas categorías. Podéis hacer mucho más.

Charlotte apretó los labios, intentando controlar el temblor que amenazaba con acabar con ella y sintió la tensión de los demás mortales. Ovidia la observaba y, mientras, Noam y Endora parecían sumidos en sus propios pensamientos, absorbiendo las noticias de la mejor forma que podían.

Lottie respiró hondo, hundiendo el rostro en las manos.

«No habíamos venido a esto», pensó, ya casi olvidando que su objetivo eran ciertos manuscritos y no la destrucción de sus creencias.

Ovidia fue la encargada de romper el silencio.

—Todo esto… Sigo procesando todo lo que nos habéis contado. —Ovidia se inclinó sobre la mesa, claramente tensa y molesta por toda la información que estaban recibiendo—. Creo que todavía tengo demasiadas preguntas que requieren respuesta, pero hay algo que me causa mucha curiosidad. Si como bien decís este no es vuestro mundo, ¿cómo llegasteis hasta la Tierra?

—Portales.

—¿Qué es un portal exactamente? —preguntó Noam, y Charlotte vio las grandes ojeras bajo sus ojos miel.

—Digamos que —explicó Aristylla, moviéndose lentamente por la habitación— son como un acceso que conecta dos puntos infinitamente alejados en el universo.

—Y ese portal… ¿podemos crear algo así? —musitó Ovidia, curiosa.

—Requiere años de práctica y mucho entrenamiento. Pero sí, con el debido entrenamiento, tal vez algún día podáis llegar a crear uno.

Cressida intervino en la conversación:

—La Tierra es un mundo relativamente joven en comparación con otros que existen en el universo. Cuando el nuestro se destruyó, los hechiceros más poderosos y los pocos que todavía podían utilizar la magia consiguieron abrir varios portales. Mis hermanos y yo éramos pequeños, por lo que fuimos al portal más cercano. Todos los que se encuentran en esta isla lograron venir con nosotros aquel día. Ni uno más.

—Muchos quedaron atrapados —añadió Aristylla—. Ese mundo ahora es la cuna de cientos

de cadáveres y el recuerdo de un gran imperio.

—¿Y vuestros padres…? —inquirió Ovidia.

—Durante lo que vosotros llamáis la Primera Generación, conseguimos encontrar a los primeros mortales que eligió la magia. Un hombre y una mujer. Nuestros padres les convencieron para que nos ayudasen y crearon un portal en el centro de esta isla para mantenernos en contacto con los nuestros allá donde estuvieran. Huyeron a otros mundos y han conseguido seguir con sus vidas. Nosotros también.

—Pero ¿salís alguna vez de esta isla? —En esta ocasión fue Noam quien preguntó.

—Por supuesto, pero somos discretos. Aunque ya hemos oído hablar de las leyendas de ciertos territorios. —Cressida miró a su hermana, divertida—. Les hemos de felicitar por su gran imaginación a la hora de personificarnos tan… terroríficas.

Aristylla se ahogó con su propia saliva, tosiendo y levantando las manos a modo de disculpa.

—Culpa mía, tal vez.

—Tu obsesión por los mortales me fascina, hermana —susurró Cressida.

—La comprendo en parte.

Todos se giraron al oír la voz masculina que inundó la sala. Otro feérico, alto, musculoso y de cabello y ojos negros, seguido por una versión más joven de sí mismo, entraron por una de las puertas laterales.

De inmediato, Cressida fue hacia el hombre y lo detuvo.

—Hermano, será mejor que vengas más tarde.

—¿No han llegado ya los mortales? —preguntó, extrañado—. Me habían informado de que así era.

Charlotte observó a Ovidia, que tenía la mirada puesta en la mesa.

—Ovidia, ¿estás bien?

Esta negó con la cabeza y la miró.

—¿Y tú?

—Creo que voy a vomitar.

Abrazó a su amiga, aprovechando la distracción de los recién llegados.

—¿Qué está pasando, Lottie? —susurró Ovidia en el cuello de la chica.

Miedo. Puro terror en la voz de la Bruja Negra.

—No lo sé, amiga. Estoy igual que tú.

Rompieron el abrazo, ambas respirando hondo a la vez y ofreciéndose una sonrisa reconfortante.

—¿A qué viene tanto secretismo? —dijo el feérico más joven yendo hacia Aristylla. Era igual de alto que Noam y tenía el mismo cabello oscuro, ojos castaños y un cuerpo bien trabajado, además de unos dientes blancos y una mandíbula marcada—. Quiero conocer a…

La sala se quedó en silencio cuando los ojos del feérico se posaron en una persona. Se quedó paralizado y todos siguieron su mirada. Solo pronunció una palabra mientras sus ojos se fijaron en ella: Ovidia.

—¿Madre?



1555. Costa del Mar del Norte, Escocia

Si todo iba según lo planificado, la persona con la que se había citado no tardaría en llegar.

> Al atardecer. Venga sola y con una capa verde para reconocerla.

Virgilia Newbourne se abrazó a sí misma; el atardecer ofreciéndola ya poca luz. Revisó la carta de su hermano una y otra vez, aliviada por saber que Albyn se encontraba sano y salvo.

> Según dijo madre cuando era joven, son de confianza. Les ayudaron a ella y a tía Augusta cuando recibieron el poder siendo pequeñas. Fueron como unos guías.
> Tan solo me dijo tres nombres, que te dejo al final de esta carta.
> Te quiere tu hermano,
>
> ALBYN

Habían pasado doce años desde que pactaran con Angelica y doce años desde su muerte. Virgilia había oído hablar de que Augusta llevaba a rajatabla la Sociedad, y muchos decían que había perdido algo de la luz que atesoraba.

Virgilia sabía que la muerte de su hermana había afectado sobremanera a Augusta, pues se habían querido. Pero la Bruja Blanca era la culpable de que ahora ella y sus dos hermanos tuvieran que estar a la fuga el resto de sus días hasta que, llegado el momento, sus almas quedasen atrapadas en el limbo. Hasta que un milagro les salvase de la pesadilla que les esperaba. Por todo ello, no había ni un atisbo de misericordia en su corazón.

Virgilia miró el colgante que adornaba su pecho; un nudo formándose en su garganta. Con precaución, lo volvió a guardar bajo su ropa. Para alguien que intentaba pasar por una chica normal y sin mucho dinero, un rubí puro daría mucho de que hablar. Un rubí que llevaba la sangre de su madre, la suya y la de sus hermanos.

Ahora, doce años después, Virgilia se había hecho a la vida nómada, a moverse de aquí para allá. Había viajado fuera de Inglaterra y visitado decenas de lugares en los últimos años. Lugares a los que ninguno podía llamar «hogar». Esos viajes los había hecho sola, pues, desde hacía doce años, no había vuelto a ver a sus hermanos.

Tras huir de su hogar, y cuando vieron que se llevaban el cadáver de su madre, los tres hermanos fueron al único lugar donde se les ocurrió empezar de cero: la costa este de Escocia, poco poblada y sin muchos Sensibles cerca.

Estuvieron unos meses juntos, hasta que Virgilia tomó la decisión de marchar. Si permanecían juntos, se arriesgaban a que los matasen.

Divide y vencerás.

Aun así, Albyn le prometió a Festus que cuidaría de él hasta que pudiera hacerlo por sí mismo. Según supo Virgilia, su hermano pequeño se fue por su cuenta a los dieciocho años y se casó con una chica de la que estaba completamente enamorado. Hacía un par de meses que habían tenido un bebé, una niña robusta y hermosa llamada Angelica, pero a la que todos llamaban Angy, para que nadie sospechase.

Por otro lado, de su hermano mayor tan solo sabía que había tenido ya dos hijos, los cuales habían heredado el poder de su madre, y que estaban al tanto de la situación, igual que su mujer, una Desertora llamada Sarah.

Albyn y Festus se encontraban escondidos en un lugar que la chica desconocería siempre, pues esa había sido la promesa que habían hecho entre ellos. Sus hermanos tenían a sus familias, estaban sanos y salvos, y eso es lo que importaba. Pero debía admitir que la envidia la corroía al pensar que ellos sí que tenían un proyecto; algo a lo que podían volver a casa cada noche sabiendo que nada malo pasaría.

Había veces que Virgilia no sabía dónde iba a pasar la noche, y aunque sus hermanos le habían ofrecido cobijo, ella lo había rechazado.

El número de Sensibles había aumentado con el paso de los años y las noticias de la magia negra también. Debía ser precavida. Por la magia. Por mamá.

Mientras pensaba en sus hermanos y en lo mucho que habrían cambiado en esos doce años, Virgilia subió el acantilado; la luz anaranjada haciendo un espectáculo cromático en el cielo totalmente hipnótico. Le agradaba estar cerca del mar, no olía tan mal como las ciudades o las zonas donde los humanos vivían. El mar estaba limpio, lleno de paz. La chica inspiró y abrió sus brazos para dejar que el salado viento le diese la bienvenida. Lo que no sabía era que aquella noche sería la última de su vida nómada.

—¿Virgilia Newbourne?

Esta se giró y se encontró tres figuras, también encapuchadas, a unos metros de ella en el acantilado. La de en medio, bastante más alta que las otras, dio un paso al frente y con cuidado se bajó la capucha. Cuando ella vio sus orejas, entendió el porqué de las circunstancias. Jamás creyó que llegaría a verlos en persona. Ella había crecido siendo consciente de que eran reales, pero los cuentos que les envolvían hacían que, hasta cierto punto, fuesen más un mito que una realidad.

—¿Caenis, Cressida y Aristylla?

El hombre, mucho más alto que ella, musculado, pero a la vez elegante, se acercó a ella. Su cabello, negro al igual que sus ojos, brillaron cuando sonrió. Le estaba sonriendo, y a Virgilia le dio un vuelco el corazón ante aquel gesto. Nadie jamás, ningún hombre, le había hecho sentir así.

«¿Qué te ocurre?», se preguntó.

Las otras figuras se bajaron también sus capuchas, y una feérica rubia y otra de pelo azulado le sonrieron.

—Te pareces mucho a tu madre —dijo la chica de cabello azul acerándose a ella. No debía de tener más de veinticinco años.

—No la atosigues, Ari —pidió la feérica de cabellos dorados—. Ignora a mi hermana, por favor. Virgilia, ¿estás bien? ¿Te han seguido?

Esta negó y miró a Caenis, que se había quedado detenido en el sitio, observándola de arriba abajo, como si la estuviera analizando y se estuviese preparando para un nuevo reto.

—No, no me han seguido. Y sí, estoy bien.

—Le debemos una promesa a tu madre. —La voz de él era grave, pero con un toque melódico —. Y hoy la cumpliremos. Acompáñanos, por favor. No temas, estás a salvo.

Caenis le ofreció su brazo, y Cressida y Aristylla empezaron a descender por el acantilado, como si no les hiciese falta escuchar la respuesta de Virgilia. Como si supiesen que la respuesta iba a ser «sí».

—¿A dónde vamos?

Caenis le sonrió, y lo sintió de nuevo. Ese vuelco al corazón.

—Vamos a casa, Virgilia. A tu nuevo hogar.

Esta miró la mano que el feérico le ofrecía, grande y un par de tonos más oscura que la de ella. Sonriendo, la cogió; una chispa corriendo entre los dos que fue inesperada. Como si una luz dorada le atrajese hacia él. Caenis tragó saliva y sus oscuros ojos se clavaron en ella, inspeccionando su cara hasta detenerse más tiempo del necesario en sus labios.

—Esto no entraba en los planes —murmuró el hombre, acercándose inconscientemente a ella.

—¿El qué? —respondió murmurando la chica.

Caenis negó con la cabeza, para luego sonreír de medio lado, mostrando dos hoyuelos dolorosamente perfectos.

—Discúlpame, bruja. Sígueme. Es hora de que alguien te oculte y cuide de ti de verdad.

Siguieron descendiendo el acantilado con las capuchas de nuevo puestas y vigilando los alrededores. La noche se abría paso y Virgilia sintió que Caenis se abrazaba a su cuerpo mientras se adentraban en la playa, donde un bote les esperaba.

Y ella lo vio, un barco que apareció en el horizonte, ligeramente oculto por la repentina noche. Virgilia se detuvo inconscientemente y Caenis la soltó, examinándola. Fue entonces cuando las hiedras salieron. Así sucedía siempre cuando alguien había desarrollado ya la magia negra. Caenis abrió los ojos, totalmente estupefacto, e inmediatamente se inclinó ante ella murmurando:

—Mi reina.

Virgilia, sorprendida, se agachó y le obligó a levantarse.

—¿Qué está haciendo? No…

—No sabéis lo que significa vuestro poder, ¿verdad? La magia original. La energía pura.

Virgilia se encontraba cada vez más confusa y negó con la cabeza.

—Perdona mi reacción, no esperaba… —el feérico intentó buscar las palabras correctas— verlo tan pronto.

—¿Caenis?

Este asintió; su oscura mirada estaba puesta completamente en ella esperando, sosegado, sus palabras.

Había algo en su manera de ser, en cómo se movía, hablaba y observaba que le hizo saber a Virgilia que ese hombre, si se lo proponía, podría llegar a ser la perdición de cualquier hombre o mujer. Y en ese grupo, se incluía ella.

—Simplemente llévame a ese sitio que habéis llamado «hogar».

Este le volvió a ofrecer su mano, y Virgilia le sonrió. Lo que ella no supo es que, en ese instante, el vuelco en el corazón lo había tenido él. Y que Virgilia aceptaría su mano, una y otra vez, durante los próximos sesenta años. Hasta el día de su propia muerte y el inicio de su condena.



10 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

La palabra se quedó flotando en el aire y cayó como un jarro de agua fría sobre la Bruja Negra.

—¿Qué acabas de decir? —la pregunta vino de Noam en tono amenazante.

—Hijo, ¿qué estás…?

El feérico que le había acompañado, supuestamente hermano de Cressida y Aristylla, fue junto a su sucesor y también posó sus ojos en Ovidia. Si el primero se había quedado paralizado, el segundo se tambaleó como si le hubiesen disparado.

La Bruja Negra se apartó ligeramente de ellos, temerosa y con un hilo de voz dijo:

—¿Qué has dicho?

—V… ¿Virgilia?

Si ya la tensión era palpable hasta aquel momento, esta se disparó por los aires cuando Ovidia dio un paso hacia delante, recomponiéndose y rodeada de sus hiedras, lista para atacar.

—No hablaréis de ella en mi presencia —amenazó con voz dura.

Ovidia sintió que la agarraban a tiempo y que los feéricos se ponían en alerta. Pero estos se sorprendieron aún más ante la demostración del poder de la joven. Como la última vez, su poder ya no solo se manifestaba con esa oscuridad tan particular. Pequeñas venas y luces rojas lo rodeaban, haciendo que su magia pareciese cobrar aún más vida.

—Energía oscura pura —musitó Aristylla, fascinada—. Era cierto.

—Te he dicho que esperases fuera por un buen motivo —le espetó Cressida, claramente molesta—. Solo estás empeorando las cosas. Por favor, llévate a Nova…

—¡No! —se quejó este, dirigiéndose a ella con admiración—. No… no quería enfadarte. Perdona, es que… te pareces mucho a ella. A mi madre, Virgilia Newbourne.

Ovidia bajó las manos poco a poco, pero su magia seguía alerta.

—¿Virgilia era tu madre? ¿Cómo… cómo es posible? Espera. —Se acercó al chico. No debía ser mayor que ella, aunque era bastante más alto—. ¿Eso significa que tienes el poder?

Nova se cruzó de brazos; un gesto algo triste y melancólico en su rostro. Era increíblemente atractivo.

—No, no me transfirió el poder.

—Nova, no hables más —le advirtió su padre, que se colocó tras él, aunque sus ojos seguían fijos en Ovidia—. ¿Es cierto que eres Bruja Negra?

—La última, en persona —contestó Ovidia levantando la barbilla en modo desafiante.

—Eso significa que perteneces a su linaje, al de Virgilia. —Había interés en la mirada de Caenis.

—Al de su hermano el pequeño. —Ovidia dio un paso adelante y, manteniendo su postura, preguntó—. ¿Cuál era su nombre?

—Festus Newbourne —respondió sin dudar el hijo de Virgilia—. Y el de su hermano mayor, Albyn Newbourne. Provenientes de…

—Angelica Newbourne —Ovidia contestó por él; sus hiedras moviéndose de manera más tranquila a su alrededor.

Aun así, no se dejó amedrentar y pudo sentir cómo Noam se posicionaba tras ella; sus ojos vigilantes en los feéricos. La Bruja Negra intentó atar cabos. ¿Cómo podía ser que un hijo de Virgilia, la cual había vivido hacía trescientos años, siguiera vivo?

Nova se acercó a ella y con cuidado le ofreció su mano y una sonrisa completamente abierta.

—Consiguió lo que se proponía. Eres la prueba de lo que mi madre, mis tíos y mi abuela querían.

—¿Cómo es posible que sigas vivo?

Nova rio y señaló a su padre tras él.

—La sangre feérica predominó. Me otorgó la inmortalidad, pero…

—Te arrebató la capacidad de portar la magia. —Ovidia se giró para mirar a Cressida, su semblante serio—. Es lo que tú has dicho antes sobre que la magia decidió buscar a otros que mereciesen usarla.

—Así es, por lo que no habéis de temer —aclaró de nuevo la feérica—. No hay forma alguna de que os podamos arrebatar la magia. Y tampoco es que queramos.

—Hemos aprendido a vivir sin ella —aseveró Caenis con tono grave y serio—. Aunque nosotros éramos demasiado jóvenes cuando abandonamos nuestro antiguo mundo; por lo que no llegamos a utilizarla del todo.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó curiosa Ovidia, mirando a Nova anonadada.

—Tengo casi trescientos años, pero aparento poco más de veinte.

—Te iba a preguntar qué poción rejuvenecedora usabas —bromeó Endora tras él, poniéndose junto a Noam. El joven feérico se rio con ganas—, pero veo que hay un ingrediente un poco más complicado.

—Soy mestizo —aclaró él y se puso su sedosa cabellera negra tras las orejas, también puntiagudas—. Medio humano, medio feérico, pero la sangre de mi padre pesa más que la de mi madre, lo cual me lleva a pensar que…, si provienes del tío Festus, eso nos hace… ¿tío lejano y sobrina? —soltó una mueca ante la idea—. Raro.

—Muy raro —admitió Ovidia intentando evitar reírse.

—¿Y él es…?

Ovidia se dio la vuelta y vio cómo el poder de Noam le rodeaba por completo. No había ninguna parte de todo su ser que no estuviese envuelta por esa aura gris. Una advertencia para aquellos que ni siquiera sopesasen el hacerle daño.

Ovidia se giró orgullosa y musitó:

—Él es mi pareja.

—¿Habéis oficiado ya la ceremonia? —La pregunta vino de Aristylla, que sonreía expectante ante la idea.

Noam puso sus manos sobre los hombros de Ovidia y fue quien contestó.

—No, todavía no. Nos lo estamos tomando con calma.

—Creía que los mortales oficiaban la ceremonia antes de denominarse «pareja» o… ¿cómo era la palabra?

—«Matrimonio» —respondieron Cressida y Caenis al mismo tiempo a su hermana.

—Si te soy sincero —Nova volvió a hablar con un tono en su voz que le dejó saber a Ovidia que, al menos por su parte, no parecía esconder nada bajo su fachada—, tengo muchas preguntas.

—Si te soy sincera, lo mismo digo.

—Lo que a mí me gustaría saber es por qué habéis venido. —Fue Caenis quien miró a los mortales; sus ojos entrecerrados.

Los Sensibles miraron a su vez a Endora, que cuadró su espalda, dio una suave palmada, y explicó:

—¿Recordáis que hace unos años me dejasteis algunos manuscritos que transcribí yo misma?

Los tres líderes de los feéricos asintieron, y Endora prosiguió:

—Queríamos preguntaros si podemos.

—Estamos buscando un hechizo para encapsular mi poder.

Cressida frunció el ceño, y cruzándose de brazos, la alentó a continuar.

—Debido a que soy la única con el poder, tememos lo que pueda pasar, por lo que llevamos un tiempo buscando la manera de salvaguardarlo en caso de que ocurra algo inesperado.

—Por eso —continuó Endora—, queríamos pediros que nos permitieseis echar un vistazo a los libros de nuevo y ver si encontramos algo.

—Si mal no recuerdo, te prestamos gran parte de nuestra biblioteca, Endora —apuntó Cressida —. Un total de treinta libros, para ser exactos.

—Si pudiésemos darles el Grimorio del Origen…

Los feéricos se giraron hacia Aristylla, incluso Nova, tensos de repente.

—¿El Grimorio del Origen? —preguntó Lottie, curiosa.

—Se dice que es el grimorio que precede a todos los anteriores. Puede que ahí encontréis algún hechizo que pueda encapsular el poder de Ovidia —dijo la feérica de cabello azul con una sonrisa de oreja a oreja.

Pero Lottie vio cómo Cressida y su hermano intercambiaban una mirada rápida.

—¿Lo tenéis en vuestro poder? —inquirió Ovidia con esperanza.

—Si me permitís la intrusión… —Cressida dio una palmada firme que hizo que todos se girasen a mirarla—. Toda esta conversación ha sido de gran importancia, pero agotadora. Propongo que vayáis a vuestros aposentos, os pongáis cómodos y en una hora nos reunamos para cenar. Hemos preparado una velada especial. No siempre tenemos invitados en la isla, y nos gusta enseñar nuestras tradiciones.

—Agradecemos vuestra hospitalidad. —Endora rodeó la mesa para acercarse a Cressida y a su hermana—. No se trata de nosotros. La amenaza es sobre todos los Sensibles. Sobre la magia.

—Lo entendemos —convino Aristylla, pasando un brazo por los hombros de Endora—. Haremos todo lo posible por ayudaros, pero no prometemos que aquí encontréis las respuestas a vuestras preguntas.

—Solo tenemos una pregunta —dijo Charlotte arrastrando su silla a propósito.

«Está enfadada. Muy enfadada», apreció Ovidia.

Esta giró por el otro extremo de la mesa y se acercó a ellos por detrás. Todos se volvieron para mirarla y Ovidia se percató de que no solo estaba enfadada, sino también incómoda.

A pesar de la fascinación que Lottie había tenido siempre por los feéricos y la posibilidad de su existencia, daba la sensación que el hecho de que su fantasía se hubiese convertido en realidad no le estaba pareciendo tan de ensueño como la Bruja de la Tierra esperaba.

—¿Tenéis el Grimorio del Origen?

Cressida, Aristylla y Caenis soltaron una risa seca a la vez, como si les hubiesen contado el chiste más gracioso del mundo.

—No te lo tomes como algo personal, de verdad. Pero lo último que esperábamos era eso —comentó Cressida.

—Bueno, ¿lo tenéis o no? —El tono de la bruja era apremiante.

—Charlotte. —El tono de Endora, en cambio, era de advertencia, pero la chica ignoró a la bruja, sus ojos fijos en Cressida.

Ovidia supo que se podía cortar la tensión con un cuchillo, por lo que, dirigiéndose a su mejor amiga, le cogió la mano y le dio un apretón.

—Eso… —respondió al fin la feérica rubia— os lo contaremos de camino a la cena. Ahora, por favor, seguidme. Os llevaremos a vuestros aposentos.

El palacio estaba constituido por una gran cantidad de túneles construidos con árboles. La luz del atardecer entraba por los espacios que había entre las ramas y los cristales, que funcionaban como ventanas para aquel espectacular lugar.

Intentó entender cómo habían logrado construir semejante belleza natural y a la vez hacerla un lugar seguro. Según les habían comentado en el barco de camino allí, en ocasiones contadas con los dedos de una mano habían tenido intrusos en la isla, que habían logrado superar la barrera que la protegía. Aun así, a Charlotte le pareció que todo era mucho más complejo que lo que había a la vista y se prometió que estaría alerta.

Los cuatro feéricos, los hermanos líderes y el supuesto pariente lejano de Ovidia les guiaron fuera de la magnífica sala en la que habían estado para adentrarse en unos pasillos igual de amplios. El suelo era de mármol, en contraste con la estructura natural del lugar.

—Hemos ordenado que os preparen vuestros aposentos mientras llegábamos aquí. —Aristylla se detuvo delante de una apertura en la pared, su cabello azulado moviéndose junto con ella en un gesto elegante y místico—. Se encuentran al final de estas escaleras y encontraréis varias habitaciones disponibles. Escoged la que más os guste. Os vendrán a buscar en una hora para la cena.

—Tendréis también algo de comida y agua. Y no —Caenis sacó las manos de los bolsillos de su pantalón y se cruzó de brazos—, no os provocará alucinaciones ni nada parecido.

—Ni tampoco os envenenará —añadió Nova, con una mueca idéntica a la de su padre.

—Lo decimos por lo que se cuenta de los feéricos en esos cuentos mortales llamados «leyendas» —contextualizó Cressida dando un paso hacia delante.

Puede que los tres fuesen los líderes del lugar, pero Cressida era la que siempre daba el último paso para quedar delante. Para dar la sensación de que ella era la que tenía el control.

Charlotte tomó nota mental de aquello, su mirada tan fija en los seres inmortales que no vio la mirada de pura rabia que Endora le estaba lanzando a su derecha, Noam y Ovidia formando una barrera entre ambas.

—Muchas gracias por las explicaciones y por el acogernos en vuestro hogar. Es algo que no olvidaremos —musitó Ovidia, sonriendo amablemente.

A muchos les podría haber parecido que la sonrisa de Ovidia era del todo sincera, pero Lottie sabía que escondía cierto temor. Que no iluminaba los ojos castaños de la Bruja Negra. Aun así, fue la primera en ascender por las escaleras, y Charlotte no tardó en unírsele, recogiendo sus faldas con cuidado. Pudo sentir un leve murmullo entre Endora y los feéricos hasta que esta y Noam se les unieron, subiendo las empinadas escaleras con precaución.

Charlotte corrió hasta ponerse al lado de Ovidia, que parecía estar ensimismada en sus propios pensamientos.

—Ovidia —esta se volvió al oír la voz de Charlotte, baja y cauta—, ¿estás bien?

—¿Cómo estarías tú con todo lo que nos han contado? Confusa, mentalmente agotada, pero… Eso mismo te iba a preguntar yo a ti. —Ovidia cogió la mano de Charlotte, de cuya muñeca nacía una diminuta hiedra apenas visible que rodeaba sus manos—. ¿Estás tú bien?

Charlotte volvió la cabeza hacia las escaleras, pero Endora y Noam parecían estar manteniendo una conversación entre ellos como para oírlas.

—Es largo de explicar. —Llegaron al final de las escaleras, donde un pasillo algo más pequeño en comparación aquel por donde habían venido, pero del mismo estilo, les dio la bienvenida. Ambas parecieron ignorarlo mientras se inclinaban la una hacia la otra, susurrando —. Pero tal vez, en otro momento…, ¿podríamos hablar?

Escucharon cómo Noam y Endora llegaban al piso. Ovidia la atrajo hacia sí y le dio un abrazo de esos que solo su amiga daba. Medicinales. Curativos.

—Después hablamos. Tras la cena, ¿sí?

Ovidia rompió el abrazo, buscando una respuesta en el rostro de Lottie.

La joven Woodbreath se limitó a asentir.

Y se apartó cuando Noam se puso al lado de Ovidia, para tener algo de espacio y respirar.

Ovidia llevaba razón. Estaba enfadada, pero no podía actuar así, como una niña con una rabieta. Se recompuso, respirando hondo tres veces de espaldas a ellos durante lo que fueron unos breves instantes.

Hasta que se giró y con una mirada de determinación y los brazos en jarra sobre sus caderas preguntó:

—¿Qué os parece todo esto?

Noam y Ovidia intercambiaron una mirada rápida, y Endora se dedicó a observar los alrededores. Los tres sabían que estaba escuchando la conversación perfectamente.

—Hasta hace apenas unos días no creía que los feéricos existiesen —habló Ovidia rompiendo el silencio—. Y ahora estamos a punto de asistir a una cena con ellos, entre los que se encuentra un posible tío lejano mío porque resulta que Virgilia escapó de Inglaterra y llegó hasta aquí. Lo cierto es que… necesito averiguar más.

El hecho de que se corrigiese dejaba algo claro; eso se había convertido en algo más que la búsqueda de un hechizo que podría traerles una solución fácil y viable; se había convertido en el posible cofre del tesoro lleno de respuestas que Ovidia anhelaba.

—¿Le temes? —prosiguió Lottie—. Al chico. ¿Nova se llamaba?

—Eso me ha parecido oír —afirmó Ovidia y, cruzándose de brazos, negó con la cabeza con una seguridad que sorprendió a Lottie—. Para mi sorpresa, no le temo; más bien —hizo una pequeña pausa, sopesando la palabra correcta— me da pena.

—Adoro tu sinceridad, pastelito —musitó Endora poniéndose a su lado—. ¿Por qué te da pena?

—Creo en las palabras de Cressida cuando nos ha dicho que no pueden arrebatarnos la magia, pues su sangre feérica hace que esta rechace a cualquier inmortal —explicó ella—. Y pensar que Nova hubiese podido poseer magia pura negra… Es triste que Virgilia no pudiese pasar su magia a su discípulo.

—¿De verdad crees que no puede usarla? —Charlotte acortó levemente la distancia con ella, y la Bruja Negra asintió de manera triste.

—No ha sido difícil detectarlo. Cuando estamos juntos, noto las vibraciones de vuestra magia, las energías que se desprenden de ellas. Es como si estuviésemos conectados. Con Nova, y con los feéricos… no hay nada. Solo puro vacío. Pero, si os he de ser sincera, no me siento del todo segura aquí. ¿La manera en la que se han arrodillado en la playa? No es algo que esperara, y menos algo que haya disfrutado.

—Propongo que nos demos una fecha límite para abandonar la isla —murmuró Charlotte con calma, sopesando la situación—. Hay que descubrir si tienen el Grimorio del Origen y buscar la manera de ocultar tu magia, pero no aquí.

—No te fías de ellos, lo hemos captado, Charlotte.

Lottie al fin miró a Endora, después de días, a los ojos. Enarcó una ceja, y le mostró una sonrisa de suficiencia que encendió a la Desertora.

Ninguna de las chicas lo vio, pero Ovidia y Noam intercambiaron una mirada preocupante.

Muy preocupante.

—¿Por qué debería? —espetó Lottie—. Son unos desconocidos.

—Unos desconocidos que te han acogido en esta isla. En su hogar.

—Son inmortales. Tienen experiencia en campos que desconocemos y provienen de otro mundo. *Otro mundo, Endora.* Esta isla podría ser perfectamente algo irreal. Una ilusión para luego llevarnos directos a la boca del lobo.

—Chicas. —Noam dio un paso adelante, obligando a ambas a retroceder levemente—. Esto no nos va a llevar a nada. Propongo que les sigamos el juego.

—Esto no es un juego, Noam —repuso con dureza Lottie, inclinando la cabeza hacia arriba para mirarlo—. Tenemos que ser cautos, anticiparnos a cualquier posible circunstancia. ¿Acaso quieres que pase lo de la última vez? No quiero que ninguno tengamos que volver a vivir lo que sentimos cuando Harvey secuestró a Ovidia. Y tampoco quiero que ni Ovidia ni Endora te vuelvan a ver muerto, pero para eso debemos ser precavidos. Confiar los unos en los otros. Y creo que el hecho de que *no* confíe en los feéricos es completamente lícito.

—Irónico, viniendo de alguien que aparentemente los adoraba —escupió Endora sus palabras, sus ojos grises mezclándose con el lila de su poder.

Charlotte podría haberse mordido la lengua. Podría haberla ignorado y seguir con su discurso.

Pero estaba harta.

Así que, altiva, le respondió:

—No sería la primera vez que te fías de quien no deberías.

Vio cómo el golpe llegaba a Endora y, aunque una parte de ella se sintió satisfecha al haber

dejado a la bruja en su sitio, otra, ahora mucho más pequeña, pero todavía existente dentro de ella, no paraba de gritarle: «¡Deja de comportarte así. No eres así, Charlotte. Basta. Basta!».

—Basta. —La dura voz de Noam rompió la tensión que había entre ambas brujas y las miró con un gesto tan gélido que Charlotte se obligó a apartarse de él lentamente—. No sé qué narices ha pasado o está pasando entre vosotras, pero esto se tiene que acabar. Aclaradlo de una vez y comportaos como las brujas adultas y responsables que sois.

—¿También te da órdenes así cuando estáis en la cama, pastelito? —bromeó Endora, y Ovidia puso los ojos en blanco murmurando: «Increíble».

Noam ignoró a su prima y puso toda su atención en Charlotte.

«Ten paciencia», sintió la voz de Noam en su cabeza, mucho más calmada que hacía un momento. «Endora no está bien. Y sé que tú tampoco, y que seguramente hayas agotado tu paciencia, pero te lo pido. Intentemos que la cosa no vaya a peor».

—Está bien —accedió Charlotte en voz alta, lo cual llamó la atención de Endora.

Noam la cortó antes de que pudiese hablar.

—Y volviendo a lo de seguirles el juego, llevamos los amuletos de tu abuela, ¿verdad, Lottie? —Esta asintió—. Nos han contado con pelos y señales el origen de nuestros poderes y el parentesco de uno de ellos con Ovidia. ¿Sospechoso? Ligeramente, pero necesitamos algo que claramente ellos tienen. Así que juguemos a este pequeño juego… —Noam miró a su alrededor, pero seguían solos en el pasillo—. Consigamos el grimorio e investiguemos sobre cómo ocultar el poder de Ovi lejos de aquí.

—¿Y si no nos dejan llevarnos el grimorio?

No lo pudo evitar. Charlotte no paraba de encontrar problema tras problema en el plan que estaban trazando.

—Si llega ese momento, ya pensaremos cómo proceder. Ahora. —Noam rodeó la cintura de Ovidia, y Charlotte vio cómo su cuerpo se relajaba ante el contacto físico con la Bruja Negra—, buscad una habitación que os guste y pensad en qué papel vais a jugar en la cena de esta noche.

Sin decir más, Noam cogió la mano de Ovidia y ambos se dirigieron a la primera puerta que había en el pasillo, la observaron desde fuera y asintieron entre sí.

—Nosotros nos quedaremos con esta. Nos vemos en un rato.

Y sin más, Charlotte y Endora se quedaron solas en el pasillo. No por mucho tiempo. La Bruja de la Tierra se dio media vuelta y se dirigió hacia la siguiente habitación más cercana que hubiese. No le importaba. Tan solo quería salir de allí. Pudo sentir cómo Endora se quedaba en su sitio. No la seguiría. No, Endora Clearheart nunca perseguía a nadie. Encontró la siguiente puerta y, decidida, la abrió y entró con paso firme. Cerró la puerta tras de sí con un golpe seco y enfadado, y tuvo que otorgarse un momento para calmar su agitado corazón.

«Noam tiene razón», se dijo. «Y tú lo sabes. Tú misma te lo estabas diciendo minutos antes de comportarte de nuevo como una idiota. Contente».

Lottie se permitió abrir los ojos, abrazándose a sí misma. Frente a ella, unos aposentos amplios y luminosos se abrieron paso, y entró más en la habitación, despacio y con cautela.

En la pared paralela a la puerta, una cama gigantesca descansaba, flanqueada por dos puertas que llevaban a un balcón. A su derecha, otra puerta medio abierta le dio la bienvenida, se acercó y vio que se trataba de un aseo privado, pero completamente equipado; la bañera ocupaba la mayor parte del espacio. Cerró la puerta tras de sí y soltó al fin todo el aire que había mantenido en sus pulmones. Debía reconocer que la habitación era asombrosa. Plantas colgaban de las paredes, y las tonalidades azules claras se mezclaban con las verdes dándole una sensación de

armonía…

«No», se recordó. «No te dejes engañar por sus trucos».

Estaba agotada, y en ese preciso instante, la cama le llamaba, le rogaba que se tumbase en ella y se dejase llevar por el sueño. Pero quedaba la cena, por lo que, ahora más que nunca, el juego había empezado. En ese momento, alguien llamó a la puerta. Exasperada, Charlotte gruñó de pura frustración y fue a abrirla, lista para encararse de una vez por todas con Endora.

—¡¿Al fin te dignas a…?!

La bruja se quedó petrificada en el sitio al ver cómo al otro lado del umbral, una feérica de alta estatura, cuerpo delgado y facciones muy marcadas con unos ojos verdes envidiables se echaba hacia atrás, sorprendida. Su cabello platino, en contraste con su piel dorada, reflejaba los pocos rayos de sol que llegaban al lugar. En sus manos tenía lo que parecía ser un vestido, largo y delicado.

—Disculpadme, señorita. Solo venía a…

—¡No! No, por favor. Perdóname, pensaba que era… no importa. Pasa, por favor.

—Gracias. —La inmortal entró con paso ligero a la habitación, sus movimientos apenas se escuchaban, un dato que Charlotte anotó en su cabeza—. He venido a prepararla para la cena y el baile.

—¿Baile?

—Para celebrar su llegada. Siempre que tenemos invitados —hecho que sucede una vez cada cientos de años—, a nuestros líderes les gusta celebrar un banquete a lo grande. Y me han mandado para que la vista. No tenemos mucho tiempo, así que, si no le importa, siéntese en aquella silla. No me llevará mucho arreglarla, pero, por favor, no se mueva mucho.

Charlotte obedeció y se sentó en la silla que había frente a lo que parecía ser un tocador hecho a mano cerca de la entrada al aseo. La bruja observó cómo la feérica se concentraba plenamente en su tarea, soltando todos los alfileres que mantenían la larga y espesa melena de Charlotte en su lugar, mientras, uno a uno, los mechones ondulados caían por su espalda y su rostro y le rozaban las mejillas.

—Tenéis un cabello precioso, si me lo permitís. El mío es extremadamente fino, anhelo el grosor del vuestro.

Lottie inclinó la cabeza ligeramente, por lo que obligó a la feérica a seguir el movimiento.

—No se mueva, señorita, no quiero hacerle daño.

—¿Cuál es tu nombre?

Los ojos de la feérica encontraron los de Charlotte, dentro del verde, pequeñas motas doradas brillaban.

«Definitivamente, sois de otro mundo», pensó Lottie.

—¿Cuál de ellos quiere que le comparta? —La voz de la inmortal era melodiosa, llamaba a acercarse a ella.

Charlotte se giró sobre la silla, sorprendida.

—¿Tienes más de uno?

—Así es. —La feérica rompió la cercanía, alejándose un poco para que pudiesen verse mejor la una a la otra—. Entre nosotros utilizamos el nombre con el que nacimos, pero cuando nos presentamos a algún mortal, escogemos un nombre mortal. A veces es un poco complicado pronunciar nuestros nombres.

—Quiero oírlo. Tu nombre feérico, si no te molesta.

—No. Para nada —le indicó que se volviese a girar, y a través del espejo se miraron los ojos

—. Mi nombre es Zephynemone. Significa «la que camina con el viento».

La feérica rompió a reír ante la expresión de sorpresa de Lottie y asintió para sí misma como si hubiese esperado esa reacción.

—Perdona…, es que, no esperaba un nombre así.

—Os entiendo, señorita, por eso prefiero presentarme como Rine para los mortales. —Mirando el cabello de Charlotte, asintió y se dirigió a la cama para estirar bien el vestido—. Creo que le dejaré el cabello suelto, resalta sus rasgos, señorita…

—Charlotte. Tiene varios significados, pero el que más me gusta es «libre».

—Precioso sin duda alguna, como vos. —Rine cogió el vestido y lo estiró para mostrárselo a Lottie—. ¿Os gusta?

—Tutéame, por favor. —Rine asintió, mostrando una sonrisa dulce y amplia—. Es precioso, pero… ¿y el corsé?

La feérica negó con la cabeza, dejando con cuidado el vestido de nuevo sobre el lecho.

—Esta noche, Charlotte…, olvídese del corsé.

Efectivamente, aquel vestido no necesitaba corsé alguno, lo que provocaba que Charlotte se sintiese muy expuesta.

Aun así, no podía dejar de mirarse al espejo.

—Podemos tapar los… —Rine señaló sus pechos, los cuales no se transparentaban, pero cabía la posibilidad de que cualquier movimiento hiciese que hubiese alguna que otra sorpresa—. Si así te sientes más cómoda.

Los vestidos y corsés de los No Sensibles hacían que Charlotte pareciese a veces más delgada, pero con ese vestido era difícil ocultar su pecho, el cual, en comparación con el de Ovidia, era grande. No en extremo, pero con tan solo dar un paso pudo sentir cómo este se movía de manera peligrosa.

Rine vio el gesto de la joven y frunció el ceño.

—No se siente cómoda.

—No solemos llevar este tipo de vestidos —explicó la bruja—. Me siento desnuda, pero… es precioso.

—Sois hermosa, es un hecho.

—Rine, tutéame o vas a hacer que me sienta mucho más incómoda.

—Está bien. Veamos, disponemos de unos diez minutos hasta que tengamos que bajar a la velada, por lo que seré directa: ¿quieres que vaya a por otro vestido con el que puedas estar más cómoda o dejamos este?

«Si vas a llevar este vestido, Charlotte, hazlo, pero con confianza», escuchaba a su abuela decir en su cabeza.

Lottie sonrió para sí y, mirando a Rine a los ojos, asintió.

—No cambies nada, pero ¿me prometes que no habrá ningún tipo de accidente?

—Tendrías que batallar para que uno de tus pechos viese la luz. Y los bailes de esta noche son tranquilos y pausados. No habrá ningún problema. Estarás bien.

Rine estiró el vestido para que la cola cayese elegantemente sobre el suelo, cubierto con varias alfombras. Lottie se miró una vez más y lo apreció.

La parte superior del vestido se adhería a su cuerpo, dos tiras finas y sutiles se ajustaban a sus hombros, descubiertos y delicados ante ella. A partir de las caderas, la tela se expandía, pero no

de manera llamativa, aunque sí elegante. Varias capas de seda formaban el vestido, cuyo cuerpo era de un gris oscuro en degradado; las faldas que acariciaban el suelo eran de un rosa pastel. En su cuello, una especie de collar al revés hacía contraste con sus ojos y caía por su escote de manera casi… provocativa. Su espalda, completamente descubierta hasta por encima del trasero, se encontraba medio tapada por la gruesa melena ondulada, en la que llevaba prendidas perlas brillantes. Charlotte se dijo que debía preguntarle a Rine de dónde las había sacado.

La inmortal retocó un par de detalles rápidamente y, al fin, llamaron a la puerta.

—¿Lista?

Charlotte adoptó el papel para el que se había estado preparando mentalmente durante toda aquella hora y, sonriendo plácidamente, respondió:

—Lista.

Para su sorpresa, moverse con aquel vestido era fácil. Muy fácil y cómodo. Charlotte siguió a Rine por los pasillos y bajaron de nuevo las escaleras por las que habían venido, pero sin rastro de Ovidia, Noam o Endora. Se volvió para ver si alguno salía de sus aposentos, pero no. Parecía que aquella parte del inmenso castillo estuviese desértica.

—Ve con cuidado. A veces las ramas pueden ser algo traicioneras. —Rine le ofreció su mano y Charlotte sonrió, agradeciéndole el gesto. Bajaron las escaleras hasta llegar al piso principal, pero los brujos tampoco se encontraban allí.

Lo que sí había era decenas de feéricos moviéndose de aquí para allá, expectantes ante tal celebración.

Muchos de ellos se giraron para mirar a Charlotte, pero la joven se encontraba demasiado centrada en buscar a Ovidia y al resto.

Rine giró hacia la izquierda, y unas puertas de cristal les dieron la bienvenida.

—Te están esperando fuera. Yo estaré detrás de ti toda la noche.

—¿Vienes a la ceremonia?

—Soy tu doncella personal, Charlotte. Creía que ya lo habrías supuesto.

—Sí, pero… perdóname.

—Estaré para lo que necesites.

—¿Incluso si bailo demasiado como para que mis pechos salgan a la luz?

—Seré la primera en ocultarte de miradas indiscretas.

Lo odiaba. Ese sentimiento que estaba empezando crecer en ella. El de confianza. El de amistad.

«La conoces de hace apenas una hora, Charlotte. Céntrate».

Rine abrió las puertas para ella, y la bruja se agarró las faldas para bajar las escaleras que había a sus pies. Al final de estas, sus amigos y los líderes la esperaban, charlando entre ellos animadamente. Y lo sintió. La primera en percatarse de su presencia y en mirarla de arriba abajo con una expresión de anonadamiento puro fue, por supuesto, Endora Clearheart. Pero entonces, algo captó su atención. Dos guardias se acercaron a ella y arqueó una ceja al ver de quién se trataba.

—No me lo puedo creer —musitó para sí misma.

Rine los miró y preguntó en voz baja:

—¿Los conoces?

—Lo que nos sorprende es que la conozcas tú a ella. —Elrich señaló con un dedo a Rine para

luego ofrecerle una sonrisa cómica—. Hola, hermanita.

—Estás en tu puesto de trabajo, Elrich. Compórtate.—La voz amable de Rine se había transformado en la típica compartida entre familiares.

—¿Sois hermanos?

—Yo saqué el don atractivo de la familia —presumió Elrich.

—Y ella, el inteligente —contratacó Lysander, cuyos ojos no se habían apartado de Rine en ningún momento.

Esta se sonrojó, pero no apartó la mirada, guiñándole el ojo a Lysander.

—Sois amantes…

—Pareja —recalcó Lysander, sus pupilas dilatadas—. Desde hace más de cincuenta años.

—Estuvo detrás de ella durante décadas —explicó Elrich.

—¿Décadas? —exclamó la bruja mirando a Rine.

Esta, algo nerviosa, negó con la cabeza y, apremiando a todos, declaró:

—Charlotte, nos están esperando.

—Somos tus escoltas personales, por cierto. Nos encargaremos de tu seguridad, bruja —anunció Elrich, y ambos la flanquearon, este a su derecha y Lysander a su izquierda—. Te mantendremos protegida.

—¿Protegida de qué?

—Algunos feéricos no son partidarios de que estéis en la isla, señorita —explicó Lysander, su largo cabello castaño ahora recogido en una larga trenza.

Empezaron a bajar las escaleras y Lottie se giró alarmada hacia Rine.

—¿Es eso cierto?

La feérica de cabello platino frunció el ceño, y lanzando una mirada rápida hacia los líderes que les esperaban, musitó:

—Te lo explicaré más tarde.

Se giró hacia delante e, irguiendo los hombros, Charlotte hizo lo que tenía que hacer en aquel preciso momento. Adoptó el papel que le tocaba en aquel juego, y el que siempre había jugado, el de la cara inocente.

Ovidia y Noam no habían tardado en llegar, ataviados con vestidos que resaltaban su belleza por completo. La Bruja Negra llevaba un vestido palabra de honor ajustado a su cuerpo de un rojo oscuro que se fundía hasta convertirse negro en la falda. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta que caía por su espalda junto con unos pendientes y un collar rojos. Este último le recordó a Endora a cierto collar que la Bruja Negra había destruido hacía meses para salvar a la persona que tenía a su lado.

Noam vestía un traje azul celeste; la camisa interior blanca estaba abierta hasta casi la mitad de su pecho, por lo que iba mostrando unos abdominales muy bien definidos, lo cual sorprendió a Endora.

—Has estado entrenando, primo.

—Intento mantenerme en forma.

—Se te van los ojos, Ovidia.

—He catado esos pectorales, Endora. Tengo todo el derecho a mirarlos.

La cara del chico fue un poema y le mandó una mirada a Ovidia que prometía algo.

—¿Podemos dejar de hablar de mí?

—Hablemos de el supuesto primo de tu Bruja Negra. —Endora se giró hacia Nova y le hizo un gesto para que se acercase—. Ven, no mordemos.

Era extraño verlos lado a lado. Endora se había dado cuenta del parecido físico que había entre Nova y Ovidia. El supuesto hijo de Virgilia empezó a hablar animadamente con la pareja, y ella intentó interesarse en la conversación. Pero los ojos se le iban a la bruja que bajaba las escaleras y que hablaba con la feérica de cabello plateado y con los dos guardias. Endora reconoció que eran los mismos que la habían custodiado en la barca y en el navío de camino a la isla. Lottie pareció bromear con ellos, y la punzada que sintió Endora fue inesperada, dolorosa e incontrolable.

—¿Puedo sentarme a tu lado para la cena, Bruja de la Noche?

Endora se giró para ver a Nova y, poniendo su mejor cara, dijo:

—A mi izquierda. Mi perfil derecho es el bueno y el que uso para encandilar a las demás.

—Puedes sentarte entre Endora y yo —propuso Ovidia, sonriéndole tímidamente—. Así también… puedo preguntarte cosas.

—Por supuesto. Por cierto —el chico se giró hacia Noam; ambos eran de la misma altura—, ¿cómo os conocisteis?

—Eso requiere un par de copas —respondió con diversión el brujo Vidente, guiñándole un ojo a Ovidia.

En ese momento, los tres líderes les hicieron un gesto, y todos empezaron a seguirles. Dejaron el palacio atrás y atravesaron una pequeña arboleda decorada con un camino de piedra.

Endora intentó mantener una conversación civilizada con Noam y Ovidia, pero tan solo podía escuchar la única y melódica voz de Charlotte a sus espaldas, que mantenía una conversación más que animada con los tres feéricos que la acompañaban.

«Parece feliz», pensó. «Y eso es lo importante. No la hagas sufrir más».

Una promesa que le costaría cumplir.

Lottie vio cómo Endora tenía la intención de dirigirse a ella, como si una polilla fuese de forma hipnótica hacia un faro de luz. Y la bruja, en otras circunstancias, habría aceptado. Pero estaba cansada y, aquella noche, tenía otras cosas más importantes en las que centrarse. Y Endora era una evidente distracción. Así que, de la mejor manera que pudo, Lottie siguió adelante, escoltada por Elrich y Lysander; Rine iba justo detrás de ella.

Siguieron a los líderes y Charlotte evitó a toda costa ver la reacción de la Bruja de la Noche.

No. Irguió la cabeza y, adoptando su papel de chica inocente, se dirigieron hacia los jardines de palacio donde tendría lugar la cena. Atravesaron la arboleda siguiendo el camino de piedra, los tacones que llevaba repiqueteaban sobre las antiguas rocas. Poco a poco, la densidad de los árboles se fue dispersando, hasta que una especie de balcón enorme se abrió paso frente a ellos.

Las vistas que ofrecía aquel lugar dejaron sin habla a la joven. Los jardines daban al mar. Y una noche estrellada de tardía primavera les dio la bienvenida. Charlotte se detuvo en el primer escalón que llevaba a los jardines y se sujetó en la gruesa piedra del balcón, fría bajo el tacto de sus manos. Se empezaba a escuchar la música, y luciérnagas decoraban el lugar junto con antorchas, cuyos fuegos eran de diferentes colores. No se percató de cómo Ovidia y Noam la habían adelantado, ni de como Endora se detenía, pero Cressida, que iba tras ella, la apremió para que siguiese. Endora aceptó a regañadientes y alcanzó a su primo y a la Bruja Negra.

Aún al principio de las escaleras, la líder se acercó a Charlotte, que solo se dio cuenta de la

presencia de la feérica cuando Rine, a su izquierda, se inclinó.

—Líder Cressida.

—Mis felicitaciones, Rine. Has dejado a Sabraydh preciosa.

Charlotte se giró y pudo notar cómo la inmortal rubia la miraba de arriba abajo, más que sonriente.

—¿Disfrutando de las vistas?

—¿Cómo habéis construido todo esto? —La pregunta fue tan sincera que hasta la bruja se sorprendió de sí misma.

—Yo también me sigo maravillando a veces de lo hermoso que es.

Cressida le hizo un gesto para que la acompañara y la bruja se permitió fijarse en sus ropajes. Su vestido dorado hacía juego con su cabello, que caía en una coleta larguísima hasta sus rodillas. El vestido era ajustado, de espalda descubierta y se ataba tan solo al cuello. La cola de este era algo larga, pero no demasiado, solo lo justo para hacer que los movimientos de Cressida pareciesen más etéreos de lo que ya eran.

Con cuidado, ambas empezaron a descender hacia los jardines.

—Llevamos miles de años aquí. Nos llevó casi medio milenio construir esto.

—¿Quinientos años? —La sorpresa en la voz de Charlotte fue tan real, que casi la saca de su papel, pero se dio cuenta de que ese toque de inocencia le venía al pelo.

—Sabíamos que este iba a ser nuestro hogar hasta que pudiésemos volver a nuestro mundo —explicó Cressida con una serenidad innata—. Así que quisimos hacerlo bien. Cuidadosamente. Queríamos un sitio seguro y construimos el palacio con conexión a las tres aldeas que hay en la isla. Parece pequeña, pero, créeme, nos organizamos bien.

—¿Crees de verdad que podréis volver? A vuestro mundo. Esta mañana comentasteis que había muerto.

—Ese mundo es solo cenizas, pero eso no significa que la vida no pueda volver a él. Sabemos que la «magia», como vosotros la llamáis no se dejará doblegar, por lo que tenemos que buscar una manera de que nuestro mundo recobre su vida.

—Has dicho que nosotros lo llamamos «magia». ¿Cómo lo llamáis, entonces?

Había llegado al final de las escaleras, y unos metros más adelante, sus acompañantes les esperaban hablando entre ellos.

—Lo llamamos «vida», Sabraydh.

—Pero… no la necesitáis para vivir —comentó extrañada Lottie—. Estáis vivos.

—¿Te sentirías igual de viva sin tu magia?

El simple hecho de plantearse aquellas circunstancias hizo que se llevase la mano al pecho, donde su energía vital rebosaba. Muy dentro de ella, la magia se movió, dejándole saber que no se había ido a ninguna parte, que seguía junto a ella, tan vital como siempre.

—No. No, para nada.

Cressida vio el gesto y asintió, entendiendo lo que había sentido la humana.

—Así nos llevamos sintiendo miles de años, pero te acostumbras. Por cierto, ¿te sentarías a mi lado durante la cena?

No esperaba aquella pregunta, pero, aun así, disimuló su reacción, sonriendo y jugando bien su papel.

—Claro. Será un placer.

Ovidia se preguntó si su mejor amiga se percataba del coqueteo tan descarado de la inmortal de increíbles cabellos dorados. Había repasado el vestido de su amiga al menos en tres ocasiones. Al menos de las que la Bruja Negra había sido consciente.

Charlotte parecía ajena a tal circunstancia, charlando con Cressida, Caenis y los feéricos que la habían acompañado: su doncella y los dos guardias.

Noam, a su izquierda, no paraba de tocarse los ojos, molesto con su maquillaje.

—¿Cómo podéis llevar esto? No paran de picarme los ojos.

—Es mejor que no te lo toques —dijo Ovidia, cogiéndole el rostro para comprobar que todo estaba en orden—. ¿Cómo puedes estar aún más guapo de lo habitual?

—Adoro que me piropees, cielo.

—Y la verdad es que la idea de la camisa entreabierta… Ojalá pudiéramos vestirnos así en casa.

—Puedo ponerlo como norma. Todo es cuestión de organizarnos y hablar con mi padre.

—Francis ya aceptó a regañadientes que viva con vosotros.

—Que se vaya acostumbrando. Esto ya es para siempre.

A Ovidia le dio un vuelco el corazón y sonrió de forma tan dulce que la expresión pícara de Noam también desapareció, su mirada se tornó íntima y tierna.

—¿Siempre son así de cariñosos? —preguntó Nova a Endora, que se encontraba a la derecha de Ovidia.

Esta, acabando ya su primera copa de vino, resopló.

—Y esto no es nada. Ya verás, polluelo.

—Te saco doscientos años, bruja.

Levantando su copa, Endora declaró:

—*Touchée*.

Se habían sentado en una mesa semicircular que encaraba la pequeña plaza en medio de los jardines, donde una orquesta tocaba una música que a todos les pareció totalmente folclórica. Una guitarra, un banjo, armónicas, dos personas con violines y un par de chicas que cantaban con vestidos de color verde con muchos flecos y largas mangas. Tenían sus cabelleras recogidas en trenzas que parecían coronas, una castaña y la otra rubia. Disfrutaban del momento, y el resto de los invitados a la celebración, tanto hombres como mujeres, bailaban al ritmo de la música, creando unos bailes perfectamente coordinados.

Endora probó las diferentes comidas que vio sobre la mesa, de las cuales pudo reconocer la gran mayoría. Frutas, pollo recién hecho, pan recién horneado y embutido de diferentes tipos decoraban la mesa.

A su izquierda, pudo escuchar cómo Ovidia y Nova no paraban de hacerse preguntas y responder. Noam comentaba alguna cosa con Aristylla, sentada al lado de él, que sonreía de oreja a oreja y mostraba expresiones dramáticas con cada cosa que decía su primo. Caenis y Cressida mantenían una conversación severa con Charlotte, que se puso colorada ante un comentario de ambos. Vio cómo esta charlaba y probaba la comida con una sonrisa cordial y se giró hacia sus guardias, que bromearon algo con ella. La feérica de cabello plateado, que debía de ser su doncella, puso los ojos en blanco divertida.

Y otra vez ese vuelco en el estómago. Charlotte estaba jugando su papel de inocente. Endora jugaría el de fiestera sin sentimientos.

Ella sintió cómo la feérica que le habían asignado como doncella personal se inclinaba junto a ella sonriéndole.

—¿Necesita alguna cosa, señorita Endora?

Se giró para mirarla. La chica tenía la piel llena de pecas, con ojos verdes y cabello cobrizo, pero más tirando a castaño. Se llamaba Blaire, y Endora pudo sentir su genuina amabilidad. No había ni una pizca de hostilidad o incomodidad en ella.

La chica estaba verdaderamente centrada en hacer que su experiencia fuese la mejor, por lo que, intentando relajarse, se giró hacia la feérica y con una honestidad que hacía tiempo no usaba musitó:

—Siéntate conmigo y bebe algo, Blaire.

Esta abrió los ojos sorprendida y echó un rápido vistazo a sus líderes, que hablaban animadamente entre sí.

—No sé si debería, señorita Endora. Yo solo soy…

—Mi acompañante. Vamos, siéntate.

La feérica dudó un poco, pero al fin asintió, y uno de los guardias de Endora trajo una silla para que la chica se sentara; sin embargo, no tocó apenas la comida. La bruja le ofreció un poco de vino, y Blaire negó con la cabeza.

—No puedo beber mientras trabajo.

—Bien, pues ¿me enseñarías a bailar? No controlo mucho vuestras danzas.

El rostro de Blaire se iluminó por completo y levantándose, le ofreció una mano a Endora.

—Por supuesto. Ah, pero dejad la copa. Necesitaréis vuestras manos, pies y cabeza para esto.

La bruja asintió y se levantó cogiendo la mano de su doncella. Algunos feéricos aplaudieron cuando ambas bajaron los dos escalones que separaban la mesa semicircular de la pista, y Endora siguió los pasos, pero antes de prestar toda su atención a Blaire, miró en dirección a Charlotte.

Quien la estaba ignorando por completo. Como debía ser.

La fiesta siguió su curso durante varias horas. Noam y Ovidia se encontraban bailando en la pista, y Charlotte se había obligado a parar en la tercera copa de vino, pues había notado cómo los efectos del alcohol empezaban a hacer mella en ella; por lo que, se decantó por comer y pasear con Rine, Lysander y Elrich alrededor de la estancia, mientras la primera le contaba cotilleos acerca de la gente que había en ella.

—La chica de cabello verde le ha pedido ya diez veces a mi hermano que se case con ella. Y diez veces le ha dicho que no.

—¡¿Diez veces?!

—Dile que no te gusta y acaba con el drama —bromeó Lysander, y recibió un codazo de Elrich como respuesta—. ¡Le estás haciendo perder el tiempo a Linette!

—Ninguno está perdiendo el tiempo. Son acuerdos mutuos. Es muy buena en el lecho. Y yo también he de serlo si ha repetido tantas veces.

—Puaj —gruñó Rine asqueada al lado de Charlotte.

—Y nos llevamos bien —siguió Elrich, ignorando a su hermana—. Es divertida, risueña, sabe de lo que habla. Y es muy insistente.

—Eso significa que le gusta —tradujo Rine para Charlotte. Esta se llevó una mano a la boca para ocultar su risa. Una risa que, para su sorpresa, era real. Nada creado ni fingido.

Se lo estaba pasando bien con ese trío de inmortales.

—Pero el compromiso es algo serio. La ceremonia no es algo que los feéricos nos tomemos a la ligera, lady Sabraydh. Es algo sagrado, algo que une dos almas. No es simplemente poner un

anillo en un dedo y decir cuatro palabras al viento. Que respetamos mucho sus costumbres, pero es… distinto. Milenario.

—Tranquilo, es algo que yo nunca podré disfrutar —los tres se miraron con pena—, pero estoy de acuerdo: a veces puede ser una ceremonia un tanto insípida. ¿Cómo es la unión feérica?

—Que te lo cuenten mi hermana y cuñado. Fue la última que celebramos hace cincuenta años.

Lysander rompió la distancia y levantó su rostro para encontrar los ojos de Rine, que le sacaba una cabeza. Esta, sonriente, se inclinó para besarlo deprisa.

—Yo solo le pedí una vez que se casara conmigo —recalcó Lysander, sus ojos azules brillando a pesar de la oscuridad del lugar—, pero la cantidad de veces que le pedí una cita… Elrich llevaba la cuenta para reírse de mí.

—Cincuenta y siete ocasiones en las que recibió una negativa. A la siguiente, Rine aceptó por pena. Cuando volvió a casa por la noche, supe que Lysander la había enamorado en apenas unas horas.

—Pensaba que lo estarías haciendo de broma —se defendió la chica, pasando un brazo por el hombro de su compañero—. Eras el mejor amigo de mi hermano, y todos se reían siempre de mí por lo alta que era.

—A mí me gustabas precisamente por eso.

—Puaj —bromeó Elrich, guiñándole el ojo a Lottie.

Esta sonrió a los tres, y vio cómo Rine y Lysander comentaban algo en el idioma de su pueblo de manera dulce e íntima. Odiaba tener que romper el momento, pero era ahora o nunca, le habían mostrado la confianza que le estaban ofreciendo y Charlotte tenía que aprovecharla.

—Quería… haceros una pregunta.

—El vestido te queda genial, de verdad. ¿A que sí, chicos? —dijo Rine, su voz brillando tanto como su rostro.

—Ese color te resalta entera —le aseguró Lysander, sonriente.

—Digno de Sabraydh.

—No, es sobre… —Lottie respiró hondo y lo soltó, directa—: ¿Puedo preguntaros acerca del Grimorio del Origen?

Los tres feéricos se miraron y sus rostros se volvieron más serios.

—Creo que eso no nos corresponde a nosotros, Charlotte —susurró Rine, despacio y dubitativa.

—Pero es parte de vuestra cultura, ¿no? —insistió con calma la bruja—. ¿No podéis contarme nada al respecto?

—De eso puedo encargarme yo, Sabraydh.

La voz irrumpió en la noche de forma celestial. Charlotte se giró sorprendida y vio a Cressida con una sonrisa elegante frente a ellos. Sintió cómo los feéricos se inclinaban ante ella, Lysander y Elrich hincando rodilla en el suelo, realmente quietos.

—Rine, Lysander, Elrich. Pueden retirarse. Vuelvan a la fiesta, bailen y diviértanse un poco. Guardia Elrich —este se recompuso; su vista al frente—, creo que usted y Linette hacen muy buena pareja, aunque qué sabré yo.

Estos se inclinaron, y volvieron rápidamente por donde habían venido. La bruja recuperó la compostura y directa preguntó:

—¿Y bien? ¿Vais a contarme de una vez acerca del grimorio?

La feérica se puso a su lado y le hizo un gesto para que la siguiese.

—Asumo que al final de la noche o en el amanecer del nuevo día le contarás toda esta

información a tus amigos. He de decirte que Ovidia se encuentra ocupada intercambiando información con Nova, pero me he tomado la libertad de llamar a tu otra amiga y también vieja conocida mía.

Salieron a un camino que descendía desde los jardines hasta llegar a una de las playas, con la mar en calma. Al final de este, Endora parecía estar hablando a la luna. Pocas veces Charlotte la había visto con el pelo recogido, y admitió que, en el fondo, le proporcionaba más belleza a Endora de la que ya tenía.

Cressida le cedió paso, y Charlotte y ella empezaron a descender por el camino, la brisa marina dándoles la bienvenida. Era fría, pero la bruja no sintió un frío tiritante. Sintió cómo la piedra pasaba a ser arena, y la inmortal le recomendó que se quitase los zapatos. Descalzas, se acercaron a Endora que, cuando vio a Charlotte, frunció el ceño.

—¿Qué hace ella aquí? Creía que nos íbamos a ver a solas.

—Caminad conmigo. Y os contaré la historia.

Las brujas intercambiaron una mirada rápida, y Lottie fue la primera en ponerse en marcha, a la izquierda de la inmortal. Endora se puso a la derecha y comenzaron a caminar por la orilla del mar, las olas yendo y viniendo lentas, pausadas y constantes.

—¿Para qué necesitáis el Grimorio del Origen?

—Estamos buscando un hechizo que sea capaz de retener el poder de Ovidia.

Cressida se giró parar mirar a Lottie.

—Cierto. Lo ha comentado Ovidia antes.

—Ovidia, tal como te dijo, es la última Bruja Negra. —Esta vez fue el turno de Endora, que miraba hacia delante, su rostro serio. Sus mejillas estaban algo rojas, pero no tanto como lo habían estado hacía un rato. No que Charlotte se hubiese fijado—. La magia debe tener un equilibrio entre luz y oscuridad. No pueden existir la una sin la otra.

—¿Y un pacto de sangre? Es lo que hicieron Virgilia y sus hermanos…

—No queremos repetir la historia —aclaró Lottie interrumpiéndola—. Y es demasiado sacrificio para Ovidia.

—¿Por qué?

—¿Virgilia no os contó las consecuencias del pacto? —La voz de Endora era una mezcla entre confusión y curiosidad.

—Dijo que era suficiente para proteger la magia. ¿No fue así?

Charlotte le contó lo que realmente sucedió y vio, por primera vez, el miedo, la tristeza y tal vez la traición en los ojos de la inmortal. Vio cómo soltaba todo el aire que había retenido en su pecho, negando con la cabeza lentamente.

—Virgilia…, ¿por qué no nos lo contaste? —dijo.

—Creo que no quería que tuvieseis que llevar aún más cargas —susurró Lottie con suavidad —. Asumo que el perderla fue algo duro.

—Por supuesto que lo fue —afirmó Cressida, volviendo a la realidad—, pero quien más lo sufrió fue Nova… tardó años hasta que volvió a ser el mismo. O, al menos, una versión parecida. Uno nunca vuelve a ser quien era tras la pérdida de un ser querido. Eso los inmortales lo sabemos bien, ya que las muertes se viven de otra manera y suceden cada cierto tiempo. Con Virgilia era una cuenta atrás que nos perseguía cada día. Me alegra saber que su alma descansa en paz al fin. Y que sus hermanos también. Eran buenas personas.

»Entonces, la situación es mucho más grave de lo que me planteaste en un principio, Endora. Aunque… no estáis del todo en lo cierto. La magia no desaparecería.

Por primera vez desde que se encontraban en la playa, Endora y Charlotte intercambiaron una mirada rápida, antes de que la última dijese:

—¿Qué quieres decir?

—La magia, o energía, no desaparece como tal. Simplemente buscaría la forma de encontrar el equilibrio por sí sola. Sin embargo, eso puede ser incluso aún peor, pues es lo que pasó con nosotros. Puede que la energía se fuese también de este mundo, y eso no nos facilitaría las cosas. Necesitamos que se mantenga aquí, y por eso, te diré lo que sé del Grimorio del Origen.

—¿Y bien? —preguntó Endora, que se detuvo, obligando a las otras dos chicas a hacer lo mismo—. Dejémonos de rodeos. ¿Dónde está?

—No tenemos ni la más remota idea.

De nuevo, Charlotte y Endora intercambiaron una mirada, compartiendo un mismo sentimiento: pura y absoluta perplejidad.

—¿Cómo dices? —musitó Endora.

—¿Esto es una broma? —exigió saber Charlotte, el papel de inocente desvaneciéndose. No. No era eso, es que estaba rabiosa—. Después de toda esta aura de misterio alrededor de ese maldito grimorio, ¿ahora resulta que no sabéis dónde está?

—Os estoy siendo sincera: no sabemos dónde se esconde. Lo único que sabemos es que, efectivamente, se encuentra en esta isla. Pero la última persona que lo tuvo entre sus manos, y la encargada de evitar que cayera en las equivocadas, fue la Sabia.

—Esto no es un drama griego, Cressida.

—Ojalá mis palabras fueran una obra teatral, Endora, pero hablo en serio: la Sabia fue la última en tenerlo entre sus manos. Y a partir de ahí, el resto es lo que os he dicho.

—¿Quién es esa tal Sabia?

—En nuestro mundo los Sabios eran pocos, pero muy poderosos. Poseían la capacidad de utilizar los hechizos más antiguos, los creados desde los albores del tiempo. Una de ellas, la única que no se vio corrompida por la magia, consiguió traer el grimorio consigo y lo ocultó en esta tierra.

—¿No os lo dio? —preguntó Endora, sorprendida.

Cressida negó con la cabeza.

—Prefirió esconderlo de todos para que nadie más lo usurpase. Fue tan ingenioso lo que hizo que nadie lo ha encontrado en todo este tiempo.

—Entonces, quieres decir que el Grimorio del Origen está oculto en algún punto de la isla y no habéis sido capaces de saber dónde se halla desde hace… ¿milenios?

—Lo hizo bien, he de admitir.

—¿Hay algo más que sepáis? Cualquier cosa nos sirve —pidió Endora, soltando un suspiro exhausto.

—Creo que lo más fácil será que busquemos en los demás grimorios que te prestamos si hay algún hechizo que pueda contener el poder de Ovidia. No he oído nada como esto en los miles de años de vida que tengo, pero seguro que daremos con algo.

—No has contestado su pregunta. —Se percató Charlotte, dando un paso hacia delante—. Os dieron una pista, de eso estoy segura.

—La Sabia dejó una nota antes de marchar, por lo que asumimos que quería proteger el Grimorio del Origen, pero no esconderlo para siempre, pues sabía lo importante que era para que la energía fuese utilizada correctamente y en tiempos de gran desesperación. Es vuestro caso.

»La nota decía lo siguiente: «El Grimorio del Origen solo se dejará encontrar por aquel o

aquellos que él crea que necesitan su ayuda, pero primero, debéis encontrarlo».

—Eso no tiene sentido —dijo Endora—. ¿Debemos encontrarlo, pero solo lo encontraremos si el mismo libro lo quiere?

Cressida asintió y se encogió de hombros.

—Yo no pongo las reglas. Los rumores dicen que el Grimorio del Origen viajó con la Sabia y que lo escondió en algún punto de la isla. Que sus ojos fueron los últimos en verlo, ocultó el libro y una noche se fue sin más. Creemos que consiguió activar el portal que hay en nuestro palacio.

—Espera…, ¿un portal? ¿A dónde?

—A cualquier parte. Fueron los de la Primera Generación, años después, quienes consiguieron que volviese a funcionar. Además, solo se usa… Solo se usa cuando es necesario. He perdido la cuenta de los años que han pasado desde que vi resplandecer su luz. Sigue dormido, como debe estar.

Llegaron a unas escaleras de piedra que subían la colina y la arboleda hasta perderse en la oscuridad.

—El camino lleva de vuelta a la celebración, solo tenéis que seguirlo. —Hizo una pausa en el primer escalón, se volvió y las miró desde arriba—. Os dejo a solas, pero quería proponeros algo.

Endora y Charlotte la miraron, curiosas.

—No tengo compañía esta noche —lo dijo como si fuera algo común y su mirada, cargada de algo que las Sensibles reconocieron al instante, penetró a ambas—. Ya compartimos algo, Endora, y no me importaría repetir. Pero, Sabraydh, tú también estás invitada. Ambas, de hecho.

—¿Disculpa?

—Gracias, Cressida, pero no estoy interesada. Y Lottie tampoco.

Cressida arqueó una ceja y miró a la bruja castaña. Esta, con el ceño fruncido, miraba a Endora y, rompiendo la distancia con ella, gruñó:

—Sígueme. Ahora.

Lottie volvió a dirigirse a la playa y escuchó cómo Endora se disculpaba con Cressida y empezaba a caminar hacia ella. El agua mojó los pies y la falda del vestido de Charlotte, cerró los ojos durante un instante y respiró hondo. Cuando se giró hacia Endora, las palabras vinieron como una avalancha.

—Mi madre necesitaba un refugio, pues Albyn y Festus habían conseguido a sus familias y estaban bien ocultos, ajenos a la Sociedad de la época. Fue entonces cuando recibimos una misiva por parte de tío Albyn, pidiendo refugio a mi padre y tías. Aceptaron, pues respetaban la energía primitiva demasiado, y la fueron a buscar a la costa de Escocia. Allí la recogieron. Me contaron que estaba desnutrida, con ojeras y que se notaba que necesitaba la ayuda de alguien urgentemente. Aun así, mi padre me dijo que la energía rebosaba en ella. Como lo hace en ti, Ovidia.

—La trajeron en barco hasta la isla y le costó meses adaptarse a todo. Todos estaban sorprendidos ante la repentina llegada de la energía que les había abandonado hacía tantos milenios y estuvo durante los primeros meses recluida en palacio, donde aprendió a tejer, cocinar y sobre la cultura de los feéricos. Y durante esos meses, mi padre la acompañó en todo momento.

—¿Caenis se enamoró de ella a primera vista?

—No. Mi padre es un hueso duro de roer, pero me contó que, cuando la vio, sintió algo que

supo que debía proteger. Una conexión que pocas personas consiguen.

—¿Eran almas gemelas?

—Se podría decir que sí. No fue hasta un año después de la llegada de mi madre cuando revelaron sus sentimientos y un mes después se casaron. Al cabo de unos meses, llegué yo. Y sesenta años después, mamá murió por vejez. Fue la primera muerte que vivíamos en siglos. Fue desolador para todos. Nos hizo darnos cuenta de que no estamos acostumbrados al leve suspiro de la mortalidad, y que nunca lo estaremos.

—¿Y tú? ¿Eres del todo inmortal como tu padre?

—Llevo sin envejecer más de doscientos años. Dejé de hacerlo cuando cumplí veinticinco y sigo teniendo una apariencia joven. Puede que no viva tanto como la familia de mi padre, pero sí que tendré una vida longeva.

—Te pareces mucho a ella. A Virgilia, lo poco que recuerdo de ella.

Fue el turno de Nova, ahora él completamente confuso ante las palabras de la bruja. Se descruzó de brazos, y apoyó sus manos sobre la piedra donde estaban sentados.

—¿Lo que recuerdas de ella? Mi madre murió hace casi dos siglos, Ovidia. Es imposible que la conocieses.

—Técnicamente…, así fue.

El desconcierto se incrementó en el rostro de Nova, repentino y brutal. Tan evidente que el pinchazo de pena que sintió Ovidia fue real.

—¿Cómo que la conociste?

Y la Bruja Negra le contó. Todo. Cómo las sombras habían aparecido, y cómo la habían acompañado hasta la fatídica noche donde estas se sacrificaron por Noam.

—¿Has estado muerto? —preguntó atónito Nova a Noam, que estaba sentado tras Ovidia, silencioso y atento—. Estoy… confuso.

—Créeme, yo también lo estuve. Cuando empezó el sacrificio, dejaron de ser esas sombras oscuras y mostraron su verdadera naturaleza. Y ahí aparecieron tu madre y tus tíos. Esa era la condena por el pacto de sangre.

—¿Condena? No, no había ningún tipo de condena.

—No os lo contó. —Ovidia se dio cuenta y sintió como Noam ponía las manos sobre los hombros de la chica para estabilizarla. A veces le seguía sorprendiendo que el chico supiera exactamente lo que necesitaba—. No os dijo nada.

—Madre nos lo contaba todo. No entiendo…

—Tal vez no quería que sufrierais pensando que, en realidad, no había muerto del todo. —La voz de Noam era suave y él intentaba dar consuelo—. Puede que no os contase esa parte del pacto porque supo que ya la inmortalidad, al ser ella misma mortal, sería una carga para vosotros tras conocerla a ella.

—¿Qué ocurrió, entonces?

—Tu madre y tus tíos, mis antepasados, como *tú* lo eres, se encargaron de devolverme a la persona que más quería. —Ovidia se giró para mirar a Noam, cuyos ojos brillaban de ese modo tan peculiar cuando se posaban en ella. Solo en ella—. A la que más quiero.

—Tu padre se sentirá ofendido, cielo.

—Son amores distintos, pero también habría hecho lo que hice por papá. El dolor que sentía al perderte hizo que estallase.

—Perdiste el control.

—De alguna manera, sí. Pero creo que no lo perdí del todo. Creo que el caos que se desataría

si realmente explotase de verdad sería inimaginable.

—Entonces ¿mamá fue un espectro durante más de doscientos años?

—Así es. Hasta que, de alguna forma, el despertar de mi poder la llamó. Pasó tras morir mamá, por lo que, tal vez, el hecho de que yo fuese la última con la magia pura oscura les rescató de ese sueño en el que habían estado. Ahora sí que puedo decirte que han vuelto con Angelica, y que están en paz.

—Y que sigues siendo la única con el poder. ¿No hay nadie más ahí fuera?

Ovidia negó con la cabeza y vio cómo Nova, que parecía mucho más joven tras toda aquella información, asimilaba todo poco a poco.

«Pregúntale qué pasó con su madre y Caenis», escuchó la voz de Noam en su cabeza, y se giró para sonreírle, agradeciéndole la idea.

—Si no es mucho preguntar…, ¿cómo surgió la relación entre tu madre y Caenis?

Una mueca cruzó los labios de Nova, y durante unos segundos, su mirada pareció perderse entre recuerdos que solo se encontraban en su memoria. Pero finalmente, habló.

Charlotte sabía que el temor estaba reconcomiendo a Endora. O, al menos, eso es lo que había creído en un principio. Pues, allí parada, y tras aquellas palabras, la joven se asombró al darse cuenta de lo equivocada que estaba.

Para nada era temor lo que sentía la joven Clearheart. Era algo mucho más complejo de definir, algo que Lottie tampoco se encontraba preparada para explicar. De uno en uno fueron apareciendo recuerdos de conversaciones, de miradas, de momentos en los que Charlotte no había podido evitar analizar más profundamente a aquella bruja púrpura.

—Estaba muy equivocada contigo —dijo—. Creía que de verdad conocía a la bruja que portas contigo, pero… no es verdad.

—Ten cuidado con tus palabras, Lottie. Aquí podemos ser hirientes todas.

—En eso sin duda eres una experta. —Antes de que Endora pudiese proseguir, Lottie la interrumpió—. No me interrumpas. La que va a hablar ahora soy yo.

Endora inspiró hondo y, bajando la cabeza, asintió rindiéndose ante la imposición de la bruja castaña.

—Creo que al fin estoy conociendo facetas tuyas que muestran su verdadero ser, y me ha quedado clara una cosa: desprecias a la Sociedad, a la secta, no a los Sensibles. Porque ellos —señaló hacia la isla, hacia los inmortales— también lo fueron hace miles de años en su propio mundo.

—¿A dónde quieres llegar con eso?

—¿Quién nos dice que no nos están usando para recuperar su poder? —especuló la chica—. Que Cressida no ha planificado…

—Cressida no es así.

A ella le dolieron aquellas palabras, cómo Endora había pronunciado el nombre de la feérica. Jamás había escuchado su propio nombre así en boca de la bruja. Aun así, cogió fuerzas y prosiguió:

—No me has dejado ni terminar la frase. Estás cegada por ellos.

—Yo no era la que estaba obsesionada con el polvo de hadas.

—Esa es tu forma de arreglar las cosas —musitó Lottie negando con la cabeza—: en lugar de hablar, atacas. Siempre tienes que quedar por encima del otro.

—No es cierto.

—Demuéstramelo entonces —la retó—. Habla, no pelees conmigo. Habla de una maldita vez, porque llevamos semanas juntas y apenas he podido hablar con la Endora que creía conocer.

—No me conoces de nada, Lottie —contraatacó la joven Clearheart.

—Eso lo sé muy bien, Endora. Solo muestras a los demás lo que tú quieres que sepan, pero conmigo esas cosas no funcionan.

—Demuéstramelo tú entonces.

—Ahí lo tienes. Contraatacando. Pero sí, te lo diré, porque necesitas que alguien te lo diga de una vez por todas. Podría hacer una larga lista, pero tan solo enumeraré las que creo que han sido bastante evidentes de detectar. Eres más tímida de lo que aparentas. Odias el silencio y no aportar nada a una conversación porque te sientes desplazada. No te gusta el mar, te da miedo.

—¿Cómo…?

—Lo supe cuando me preguntaste si íbamos a volver por tierra cuando partimos de Winchester a Escocia. Lo disimulaste bien, pero pude ver cómo temblabas de miedo sobre la escoba, como si creyeses que, si en algún momento debíamos dirigirnos al mar, un monstruo marino saltaría de las profundidades y te comería. Te das pavor a ti misma, Endora. Te da miedo permitirte ser tú, sentir sin… restricciones. Y, sobre todo, te da miedo lo que yo te hago sentir. Porque lo he visto.

—Al final, sí que vas a tener tan buen ojo como dijiste.

—Por lo que veo, sí que recuerdas algo de nuestras conversaciones.

Ella misma le había confesado que había convertido su propia feminidad en un arma de doble filo. Toda su vida, Charlotte había sido vista como la típica Bruja de la Tierra que tan solo se preocupaba por sus plantas, ungüentos y demás asuntos. La gente mostraba menosprecio en sus ojos, en sus palabras y comentarios. En su día, la joven decidió utilizar esto a su favor y, poco a poco, fue sabiendo cómo eran personas sin la necesidad de abrir la boca. Observándolas y analizándolas. Mirando adecuadamente, Lottie había conseguido muchas más respuestas de lo que cientos de preguntas le podrían haber proporcionado. Y, aun así, Endora seguía siendo un misterio que todavía no había logrado resolver. Más aún, una cosa tenía clara. Y con un nudo en la garganta, lo dijo:

—Sigues subestimándome. Como todos. Te crees lo suficientemente importante como para pensar que todo lo que he hecho desde que te conocí ha sido para tenerte cerca.

—Lottie.

—Me vas a dejar hablar, Endora Clearheart, o te juro por los dioses que te destrozo yo misma la garganta. Debes tener el ego muy grande para creer que todo lo que hace una mujer que ya te ha besado o se ha metido entre tus piernas lo hace para volver a probar más de lo mismo. Si es así, estás muy equivocada conmigo.

—Te estás pasando —gruñó Endora acercándose un poco a ella.

—¡Yo decidí venir aquí! —gritó de pura rabia Charlotte; su poder azul también salía de ella. Las luciérnagas se apartaron, atemorizadas—. Fui yo la que decidió ayudar a Ovidia y Noam a escapar de Winchester a pesar de saber que él le había roto el corazón. Fui yo la que lo arriesgó todo y fue a Londres para ayudar a su amiga. Y también fui yo la que decidió besarte. Porque ese momento no es tan solo tuyo. Es nuestro. Nuestro, Endora. Tanto tuyo como mío. Decidí besarte, decidí estar contigo, yacer contigo y compartir todos esos momentos, también mantener contacto contigo y que me siguieras importando, aunque sea algo que te cueste creer. Vine aquí —hizo una pausa. Endora se tambaleó— porque lo determiné así. No por ti, y no porque solo piense en

ti, pues estoy segura de que eso es lo que tu propio ego te ha dicho, incluso mientras duermes. Puedo tomar decisiones por mi cuenta, Endora. Y ni tú ni nadie podéis arrebatarme eso. Y déjame decirte algo más.

»Harvey puede haberte roto el corazón, pero no fuiste la única que sufrió cuando secuestró a mi mejor amiga. A mi hermana. Y ni mucho menos ese dolor me ha abandonado por un segundo. Esta… misión, o como quieras llamarla, es nuestra. Mía, tuya, de Ovidia, de Noam. Pertenece a cada Sensible que ha sufrido las atrocidades de ese hombre. Así que recomponte, Endora. Aunque la única manera sea haciendo gritar a otra «inocente» mujer cuando estés entre sus piernas. Y, sobre todo, que tú tengas el corazón roto no te da derecho a romper el mío. Y con esto, te dejo que seas libre. No esperes nada más por mi parte. Y yo no esperaré nada de la tuya. En cuanto acabemos esta misión, no nos volveremos a ver. Que te quede claro.

Charlotte se dio media vuelta y no dejó que Endora viera las lágrimas que estaba derramando, cómo tragó los quejidos y controló su cuerpo para que no temblara. Pero le dolió aún más que, tal como había previsto, Endora no la llamase. El silencio fue lo único que la acompañó de vuelta a palacio junto con las lágrimas que caían por su rostro y por su cuello como una tormenta imparable.



1555. Surmerya, Isla Feérica

—Deberías disimular un poco más, bruja.

Virgilia levantó la vista de su lectura, a la cual no estaba prestando total atención.

—¿De qué hablas? —quiso saber la joven.

—De que podrías describirme lo que ha hecho mi hermano desde que ha aparecido por el jardín, pero no sabrías decirme nada de lo que pone en ese libro.

Virgilia se sintió mortificada. A su lado, Aristylla rio por lo bajo mientras escribía anotaciones en lo que parecía ser su diario. Cressida se encontraba entrenando, algo que hacía casi todos los días a pesar de que no lo necesitase en absoluto. La feérica le explicó en su día a Virgilia que lo hacía en honor a su pueblo y para conectar con ella misma, y la bruja no se atrevió a cuestionar esa práctica.

—No pretendo fingir que no estoy interesada en él, pero soy consciente de que él tiene otras expectativas.

Virgilia cerró el libro y se levantó de su sillón, caminando hacia la estantería para dejarlo en su estante correspondiente.

—¿De qué hablas? —preguntó Cressida, respirando con dificultad debido a sus movimientos.

—No entiendo lo de las expectativas —musitó Aristylla sin levantar la mirada.

—Caenis no se conformará con cualquiera —explicó la mortal—, por lo que hace tiempo que asumí que no mostrará ningún interés en mí.

—¿Y no te molesta? —quiso saber Cressida, apoyándose sobre el mango de la espada, afilada y reluciente.

Virgilia se encogió de hombros. Le dolía demasiado que Cressida hubiera admitido con tanta

facilidad que llevaba razón.

—Sí, pero he de conformarme. Me estáis ofreciendo refugio, por lo que no voy a causar más problemas a vuestro pueblo. Envejeceré en silencio y en unos siglos os habréis olvidado de mí.

—No nos olvidaremos de ti, pero intenta convencerte de ello si es que eso te calma.

Aristylla y sus mensajes directos…

El corazón de Virgilia no pudo evitar dar un vuelco, y Cressida vio la silenciosa reacción de la bruja ante las palabras de su hermana. Por esa razón fue a hablar cuando Virgilia movió una mano quitándole importancia.

—Voy a ir a pasear. Hace buen día y quiero aprovecharlo.

—Está bien. ¡Comemos en dos horas! —exclamó la feérica rubia cuando la bruja salía ya por la puerta y Virgilia levantó el pulgar en señal de que la había escuchado.

Esta caminó varios pasos cuando, al cruzar la primera esquina, se encontró con alguien apoyado en la pared y con rostro serio. Virgilia se sobresaltó y activó sus hiedras, que vibraron con fuerza.

—¡Qué susto! ¿Qué haces ahí?

Caenis le miró desde arriba, de brazos cruzados. Vestía unos pantalones negros ajustados, unas botas y una camisa de color púrpura que sobresalía por debajo del chaqué negro. Varios de los botones de este estaban abiertos y Virgilia pudo ver cómo su musculado pecho se iluminaba por las luces que entraban a través las ventanas del pasillo. Difícil no verlo cuando sus ojos estaban a la altura de los pectorales de él debido a la diferencia de altura entre ambos.

Retrocedió dos pasos, intentando recomponerse y buscando en qué pensar para apaciguar el calor que había empezado a crecer en ella.

«Qué vergüenza», pensó.

—¿De qué estabas hablando con mis hermanas?

Aquello la sacó de sus propios pensamientos, y frunciendo el ceño, recuperó el control de la situación y se encogió de hombros.

—De que me voy a pasear —respondió con rapidez la bruja, dejándole atrás para que no viese el rubor en sus mejillas.

Él era mucho más alto que ella y más fuerte, más amable, elegante y dócil. Además, caía bien a todo el mundo y todos le querían. Era… bueno. Era más de todo. Al menos sus cabellos eran de ese mismo color azabache. Pero, cómo no, los ojos de él también eran tan oscuros como la noche. ¡Qué frustrante!

Virgilia siguió caminando, decidida a huir de allí.

—Me ha parecido oír mi nombre —exclamó en voz alta Caenis, todavía apoyado contra la pared, mientras observaba divertido cómo Virgilia huía a toda prisa hacia las escaleras.

—¡Nos vemos luego! —contestó la bruja sin darse la vuelta y evitando la pregunta.

—Los amigos se cuentan las cosas, Virgilia.

Eso la hizo detenerse al inicio de las escaleras; su mano agarrada fuertemente a la barandilla.

Escuchó sus pasos acercarse y su cuerpo se tensó.

—Los amigos son sinceros.

Virgilia apretó los dientes y, respirando hondo, respondió:

—Necesito estar a solas.

Desapareció escaleras abajo, huyendo del palacio en dirección al único lugar que le había dado algo de paz en aquella isla: una pequeña cala situada al norte. Por lo que, decidida, comenzó a caminar en esa dirección.

Habían pasado casi dos horas y ya debía volver a casa. Pero la simple idea de encontrarse con él de nuevo hizo que su corazón diera un vuelco. No podía seguir así. Debía confesarse y soltar todo lo que tenía guardado dentro de ella.

Gruñendo de pura frustración, la joven dio una patada con sus desnudos pies a la siguiente ola que llegó a la orilla, rodeada por sus sombras, que se encontraban tan alteradas como ella.

Se llevó una mano al pecho y pudo sentir su corazón latiendo con fuerza, conviviendo con ese familiar dolor que se había instalado en el centro de su pecho y que a veces no le dejaba descansar. La mortal respiró hondo, intentando calmarlo, pues debía estar completamente recompuesta si decidía volver. Debía…

—¿Te duele el pecho?

Virgilia esta vez gritó. Tras lo cual se apartó ligeramente y vio cómo Caenis estaba a unos metros de ella, cerca de la línea donde comenzaba de nuevo el bosque.

—Por mi difunta madre, ¿es que no puedo tener ni un rato de paz y tranquilidad?

—Llevas aquí dos horas. ¿No ha sido suficiente?

Caenis se estaba acercando más a ella, por lo que Virgilia se vio de repente muy ocupada arreglando la falda de su sencillo vestido azul.

—La verdad es que esperaba quedarme un poco más. ¿Qué es lo que quieres?

—Saber qué te pasa. Llevamos meses pasando casi todo el día juntos y últimamente apenas puedes mirarme a los ojos. Eso es extraño como poco.

La joven no pudo más. Ella supo que se arrepentiría de todo aquello, pero era el momento ideal para hacerlo. No había vuelta atrás.

—Creo que, para ser inmortal, aún te faltan ciertos reflejos para darte cuenta de lo que eso significa.

La expresión de Caenis se mantuvo igual, serena pero preocupada, mientras la miraba con el deseo de que continuase hablando.

—Prosigue —la alentó.

Virgilia le miró estupefacta.

—¿Que prosiga?

—Está claro que debes decirme algo más.

—¿Tú…? ¿Cómo…? —balbuceó, sin poder creer lo inocente que era—. ¿Te estás burlando de mí?

—Por favor, Virgilia, ¡no! —exclamó él frustrado, rompiendo la distancia con ella—. ¡Dime qué ocurre, maldita sea!

—¡Esto!

Virgilia se puso de puntillas, cogió con brusquedad el rostro de Caenis y le plantó un beso brusco y seco sobre sus labios. Él se quedó petrificado, con los ojos abiertos mientras Virgilia los había cerrado con tanta fuerza que su ceño se encontraba fruncido.

Fue un beso fugaz, pues instantes después la chica se separó de él y dejó caer las manos de su rostro.

Ambos guardaron silencio unos instantes, mirándose, hasta que Virgilia susurró:

—¿Y bien? ¿Esto te lo deja claro?

Caenis se recompuso y ella lo vio. Esa mirada, la que se forma en los ojos de alguien antes de que vaya a decir algo hiriente pero necesario.

—Virgilia, yo…

—No hace falta —interrumpió ella levantando la mano—. Mensaje captado. No es recíproco.

—Esto… —Caenis se señaló a sí mismo y luego a ella, negando con la cabeza—. Esto es…

—Caenis. —Su nombre en los labios de ella hizo que le prestase atención, guardando silencio —. De verdad, no hace falta. Además, no ha sido correcto por mi parte hacer eso. Lo lamento.

—No te disculpes. Entiendo que te ha llevado a hacerlo, pero…

—Deja que me explique. Deja que te diga lo que siento y podremos cerrar esto de una vez por todas. Porque no me creo que hayas sido tan ingenuo como para no darte cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Caenis asintió y se quedó callado, permitiéndole así, al fin, soltar todo lo que tenía dentro de ella.

—Me gustas. Me siento a gusto contigo, pero no de la misma manera que los demás. Y me costó algo de tiempo admitir que tenía estos sentimientos, pero son reales y no los esconderé a pesar de que no son correspondidos. Y necesito que lo sepas porque me duele el pecho cada vez que estamos en una misma habitación y no puedo decirte lo que siento sin el temor de que me puedas mirar con desprecio.

—Jamás te miraría con desprecio, Virgilia. No caería tan bajo.

—Aun así, entiendo que no quieras estar conmigo, sean los motivos que sean. Estos sentimientos han nacido, son reales, pero no recíprocos y me quedo más tranquila sabiendo que esta es la realidad. De nuevo, lo siento.

—Creo que quien debería pedirte disculpas soy yo —musitó con algo en su mirada que Virgilia no pudo ni quiso descifrar.

Aquel dolor que tenía en el centro de su pecho se había movido ligeramente hacia la izquierda, había envuelto todo su corazón y lo había roto en mil pedazos.

Esa misma noche, Caenis se fue de la isla. Partió con el siguiente barco en busca de mercancías. A pesar de que allí tenían suficientes víveres para abastecerse, a veces dependían de los humanos y, por lo que Cressida le había contado, cada tres meses viajaban de nuevo a tierra firme. La última vez había sido hacía mes y medio. Pero Caenis había llamado a algunos feéricos y esa misma noche habían partido de la isla sin declarar cuándo iba a volver. Claramente, estaba huyendo de allí. Huyendo de ella.

Cressida intentó animar a Virgilia diciéndole que no dejase que un hombre le hiciese sentir así. Tal vez esa fuera la diferencia entre inmortales y mortales: unos tenían toda una eternidad para poder decidir con quién estar y otros no.

Ella ya tenía veintiocho años, y los humanos no solían vivir mucho más de los sesenta. La mitad de su vida había pasado ante sus ojos con tal rapidez y tantos acontecimientos que Virgilia había sentido que su vida empezaba a cobrar sentido cuando puso un pie en aquella isla. Pensamiento que no había compartido y que no haría, pues era su más absoluto secreto. Pero tras lo sucedido con Caenis, tal vez ese sentimiento tan guardado cambiaría ligeramente.

Pasaron varias semanas, y Virgilia miraba cada día en el horizonte con la esperanza de ver el familiar barco volver hacia las costas.

Fue en el día número veinticuatro, cuando al fin, regresó.

Virgilia corrió hacia el puerto. A pesar de que él no sentía nada por ella, Virgilia mantuvo la esperanza de preservar su amistad con él. De que las cosas fuesen como antes.

Uno a uno, todos los miembros de la tripulación fueron bajando del barco cargando consigo los barriles donde portaban el género que habían traído de tierras mortales.

Cressida y Aristylla la habían acompañado para recibirlos de vuelta e inspeccionar dichas mercancías, y sintió sus miradas cuando Caenis fue el único que no se bajó del barco.

Pasaron varios minutos y este se quedó escribiendo unos papeles justo al lado del timón, solo, concentrado en su tarea.

No la miró ni un instante.

Y Virgilia entendió lo que aquello significaba.

Por lo que, con la poca dignidad que le quedaba, recogió sus faldas, dio media vuelta, y volvió al castillo con la cabeza bien alta.

Esa misma noche, Virgilia se dirigió hacia sus aposentos tras haber cenado mientras leía uno de los pocos libros que podía entender procedente de la inmensa Biblioteca de los feéricos. No es que le interesase mucho el tema, pero la ayudaba a distraerse y, además, la ayudó a tomar la decisión: volvería a tierras humanas pronto y dejaría la isla atrás. Sería lo…

—¡Me parece vergonzosa tu actitud!

Aquellas palabras la detuvieron en seco y se volvió. Había pasado por uno de los salones principales hacía metros. La puerta de este estaba cerrada, pero unas voces conseguían atravesar sus gruesas paredes, voces que reconoció bien.

Las siguientes palabras vinieron en ese idioma al cual se había tenido que ir acostumbrando aquellos meses y, aunque supo que jamás sería capaz de entenderlo por completo, reconoció ciertos sonidos y palabras, pero no le sirvió de mucho.

Nuevas palabras que sí entendió vinieron de él.

—Seré yo quien decida qué hacer al respecto. Hablaré con ella…

—¿Cuándo? —saltó Aristylla—. Podías haberle dado una respuesta ya y no hacerla sufrir con tu indiferencia. Es tan fácil como decirle: «Virgilia, te agradezco tu interés, pero no siento lo mismo que tú».

Aquella declaración hizo que le diera un vuelco el corazón, y se llevó la mano al pecho. Algo que, por desgracia, hacía a diario últimamente.

—¡No puedo decirle esto!

—Has estado más tiempo en tierras humanas de lo normal. O la estás evitando, o empezaré a pensar que hay otra.

—¡Cressida!

—Lleva razón. ¿Cuál de las dos es? —preguntó Aristylla.

—No tengo por qué contestar a ninguna de estas preguntas porque no os corresponde saber ninguna de las respuestas.

—Pero a mí sí.

Los tres se dieron la vuelta y vieron a una enfurecida Virgilia que, sin poder evitarlo más, había decidido irrumpir allí para exigir explicaciones. Las tendría y, además, zanjaría ese asunto de una vez por todas.

—Dejadnos a solas.

Su orden fue directa y clara; la mirada de Virgilia estaba puesta en la de Caenis, quien se la devolvió con la misma fiereza. Segundos después, Cressida y Aristylla habían abandonado la estancia. Aunque Virgilia estaba segura de que no irían muy lejos. Dejando la palmatoria que

portaba en la mano encima del escritorio, la joven bruja rompió la distancia que había entre ambos, lo que hizo que Caenis retrocediese. ¿Por qué retrocedía? ¿Tanto asco le provocaba?

—No vengo a exigirte explicaciones porque sé que no me las vas a dar.

—¿Entonces? —quiso saber él.

—Vengo a informarte de que tu clara indiferencia y tu patético intento de huida después de mi declaración me han dejado muy claras tus intenciones. Así que creo que es justo avisarte de que me voy.

En ese momento él se puso rígido. Virgilia lo notó. Tras ello, Caenis ganó altura, si eso era posible, arqueó la espalda y puso una expresión propia de alguien que se prepara para recibir noticias poco agradables.

—¿Cómo que te vas?

—No pinto nada en esta isla. Está claro que mis hermanos han conseguido herederos que tienen poderes feéricos, por lo que dicho territorio está a salvo. No pertenezco a este lugar, y no voy a quedarme aquí a vivir como si fuese una parte más del mobiliario.

—Eso no es verdad —negó rápidamente él—. Te hemos aceptado en nuestro pueblo como a una más.

—Eso es cierto, pero eso no significa que me sienta como tal. —Una gran mentira—. Hay cosas que no entiendo, es mucho más que…

—Yo te lo mostraré —le ofreció él de inmediato.

En aquel momento fue ella quien retrocedió.

—Permíteme que lo dude —musitó aquellas palabras con dolor—. Además, estarás demasiado ocupado con tu otra amante humana.

Aquel comentario fue muy infantil por su parte, lo sabía, pero el veneno que contenían le pareció suficiente para quitarse aquella espina clavada.

Caenis se pasó una mano por la cara, negando y resoplando.

—No hagas caso de lo que diga Cressida. No tiene ni idea…

—Te he dicho que no me has de dar explicaciones —le interrumpió ella, sin temblarle el pulso, con fiereza—. Te confesé mis sentimientos porque se estaban convirtiendo en un secreto demasiado pesado como para cargar con él y resulta que estos no han sido recíprocos. Está bien, no es el fin del mundo. Ya me has dejado claro que no sientes lo mismo por mí, lo cual es completamente respetable y comprensible. Pero esperaba poder mantener mi amistad contigo, pues también es importante para mí. Haz lo que quieras con tu vida, Caenis. No soy tan patética como para arrastrarme detrás de un hombre. Me iré en unos días. Empezaré a preparar mi equipaje esta misma noche.

Virgilia tragó saliva, guardando dentro de sí las lágrimas que amenazaban con brotar.

Era una mujer fuerte, pero no de piedra.

—No puedes irte.

—He sobrevivido años en las calles. He visto y he tenido que hacer cosas de las que no estoy orgullosa, pero sé apañármelas. Además, ya soy algo mayor a ojos de los humanos. Intentaré vivir los últimos años de mi vida de forma plena y tranquila.

—Virgilia.

Esta le ignoró, dándose la vuelta para dirigirse de nuevo hacia la puerta.

Pero cogió aire, sorprendida, cuando sintió que Caenis la abrazaba por detrás, la obligó a detenerse y se inclinaba hacia delante, hundiendo la cara en el oscuro cabello de ella.

—Caenis… —Su voz era una advertencia, pero ella no pudo decir mucho más, pues, si lo

hacía, su voz se quebraría por completo.

—No puedes irte.

Apenas pudo distinguir sus palabras. Estaba atrapada en aquellos enormes brazos, en todo él. Se dio la vuelta para mirarle y allí estaban, a pocos centímetros de su rostro, esos ojos negros.

—Estás siendo cruel.

—Lo sé. —Su voz se convirtió en un leve ronroneó.

—Suéltame —suplicó ella.

—No puedo.

Virgilia apretó los labios; su visión tornándose borrosa debido a las lágrimas acumuladas en los ojos.

—Déjame marchar.

—Ya lo tendré que hacer cuando mueras. Pero ahora no. Hoy no.

Su gigante mano se posó en su cuello; sus dedos apoyados en el perfil de su mandíbula y levantando levemente su rostro, la besó con fuerza, pasión y desesperación. Virgilia cerró los ojos y ambos inspiraron a la vez, sorprendidos ante el aleteo que crecía por momentos en sus interiores. Caenis la sujetó aún más fuerte por la cintura y, hundiendo su otra mano todavía más en su cabellera negra, movió ligeramente sus labios sobre los de Virgilia, que, temblando ligeramente, respondió al beso.

La abrazó más hacia él y la chica quedó atrapada y tuvo que agarrarse de la mejor forma que pudo a los brazos del feérico mientras se besaban, despacio, abriendo sus bocas poco a poco, fundiendo sus lenguas lentamente de forma tímida, tentadora. Virgilia gimió levemente y, consciente de lo que estaba ocurriendo, rompió el beso y respiró con dificultad.

Mantuvo los ojos cerrados, por lo que no pudo ver la intensa mirada del feérico, que parecía desear más.

—Caenis… —murmuró Virgilia, todavía más confusa.

¿Esto es lo que quería de ella? ¿Algo carnal?

—Llevas razón —habló finalmente el inmortal—. He sido un cobarde. Tuve que huir a tierra firme para poder…

Virgilia se preguntó si temía decir las siguientes palabras en voz alta. Poco a poco, aún en los brazos de él, Virgilia se volvió para encararle como era debido.

—Si hay algo que quieras confesar, este es el momento—le alentó la chica.

Caenis acunó su rostro y lo analizó. Su pelo, sus ojos, su nariz, su boca… Toda ella.

—¿Qué pasarás cuando no estés? ¿Cuando tu mortalidad te aparte de mi lado?

Virgilia frunció el ceño, y su expresión fue de total sorpresa ante el gran peso que había tras aquellas palabras, por lo que conllevaban.

—¿Es eso lo que temes?

—No me deja dormir por las noches. Pensar que cada minuto que pasa nos quita tiempo. Y pienso en todo el tiempo que he perdido al huir y dejarte aquí sola, confusa y herida, y me siento todavía más culpable.

—Espera. —Puso las palmas de sus manos sobre el pecho de él, recomponiéndose—. ¿Me estás diciendo que lo que siento por ti es recíproco?

—¿Acaso ese beso no ha sido prueba suficiente?

—Yo… he pensado que lo único que querías era mi cuerpo.

—Virgilia, no solo quiero tu cuerpo, lo quiero todo de ti.

Estaba temblando. Temblando de miedo, de frío, de calor, de alegría, de esperanza, de

desesperación.

—Dime qué sientes por mí —exigió saber ella, cerrando su puño en la camisa de él, fundidos aún en ese abrazo—. Déjame oírte.

Caenis respiró hondo y, asintiendo, la cogió de la mano y la llevó consigo al sofá que había frente a la chimenea, donde se sentó primero él y después obligó a Virgilia a sentarse sobre sus rodillas. Aquella era la única manera de que sus miradas estuviesen a la misma altura.

—Es cierto que sospechaba de tus sentimientos hacia mí antes de que te declarases —Virgilia asintió, alentándole a continuar—, pero no esperaba que me lo dijeses así, tan imprevistamente. Me dejaste desarmado y no reaccioné de la mejor manera ni actué como un hombre debería haberlo hecho. Lo siento muchísimo.

Apartó un largo mechón de pelo de su rostro, cayendo por la espalda de la chica de forma elegante e íntima.

—¿Por qué huiste? —quiso saber ella.

—Necesitaba aclarar mis pensamientos, y hacerlo aquí no ayudaría. Ha sido el acto más cobarde que he realizado en mucho tiempo y entenderé que me lo reproches el resto de tus días.

—La verdad es que un poco de rencor sí que te guardaré —bromeó ella, por lo que Caenis no pudo evitar reír, avergonzado.

—Entendible.

—Lo que he dicho antes… —prosiguió él—. Sobre tu mortalidad. Es lo único que me ha echado para atrás todo este tiempo.

Se miraron a los ojos y Virgilia seguía sin procesar todo lo que estaba pasando. En la oscura mirada de Caenis, vio un sentimiento que estaba saliendo a la superficie después de estar oculto por el miedo.

—Mi muerte —susurró ella, a lo que Caenis cerró los ojos, su mandíbula tensa.

—Es una pesadilla constante. —La voz de él se quebró, y Virgilia cogió aire, sorprendida ante la imagen tan vulnerable que le estaba mostrando—. Lo he pensado desde el día en el que llegaste. Como sería perderte y cargar con la ausencia de tu existencia durante el resto de mis días.

Los dedos de la joven rozaron la mejilla de él, y este cogió su mano para besar la palma con suavidad.

—Es algo que no podemos controlar —musitó ella, luchando contra las lágrimas que amenazaban con salir.

—Voy a amarte, Virgilia Newbourne. Voy a demostrarte que mereces este amor, que eres más que suficiente y que desde el día en el que te vi, mi corazón solo late por y para ti. Voy a enmendar todo el daño que te he hecho estas semanas. Haré lo que sea para tener tu perdón, tu cariño, tu respeto, tu rabia, tu ira, tu pena, tu amor. Tu todo. Me arrastraré si hace falta.

—Eres muy dramático—gimoteó ella finalmente entre lágrimas.

—¿Acaso no somos los protagonistas de una historia dramática? Déjame interpretar bien mi papel.

Virgilia asintió y Caenis se inclinó para besar sus lágrimas y se las llevó consigo.

—Esto no va a ser fácil.

—Lo sé —murmuró ella, sus labios temblando.

—¿Me dejarás tomar tu mano, Virgilia Newbourne? La mía ya es tuya.

La chica soltó una pequeña risa al ver cómo, literalmente, le ofrecía una de sus manos, poniéndola entre ambos.

Esta respondió entrelazando sus dedos con los de él, el vacío en su pecho, al fin, llenándose por completo.

Y el dolor desapareció.

—Una y mil veces sí.

Caenis la contempló ensimismado, un atisbo de sonrisa en la comisura de sus labios.

—¿Te he dicho alguna vez lo preciosa que eres?

Ella negó, sus mejillas tornándose rojizas.

—Lo eres. Una Diosa de la Oscuridad hecha carne y hueso.

—No soy ninguna diosa. —Poco a poco, Virgilia separó sus piernas, sentándose a horcajadas sobre él y rodeando con sus manos el musculado cuello del inmortal.

—Pues yo decreto que a partir de hoy eres mi diosa.

—Caenis.

—¿Sí?

—Bésame.

Y lo hizo. Unieron sus bocas una vez más, de forma sensual, moviendo sus cuerpos lentamente hasta encajar como dos piezas perfectas.

Virgilia rompió el beso y Caenis aprovechó para morder el labio inferior de la chica, haciéndola gemir.

—Necesito volver a oír eso.

Fue hacia su mandíbula la cual recorrió con su boca y Virgilia tuvo que aferrarse a sus brazos, mientras sentía la cálida lengua del inmortal sobre su cuello haciendo cosas que jamás otra persona había hecho.

Todo eso era nuevo, cálido, sensual.

Y no quería que parase.

—Si quieres que pare, dímelo —susurró él sobre su cuello.

Virgilia no contestó. Sin embargo, respondió moviendo sus caderas y apretándose contra la entrepierna de él, que había empezado a cobrar vida.

Murmuró algo en feérico, y Virgilia supo que había maldecido debido a lo que había hecho.

Por lo que repitió el movimiento, sintiendo cómo Caenis la agarraba todavía con más fuerza.

Retrocediendo, la miró a los ojos mientras se acercaba de nuevo a sus ya hinchados labios.

—No hay por qué precipitarse —murmuró él, pero Virgilia ya estaba desabrochando su camisa.

—No soy una niña, Caenis. Quiero esto. Te quiero a ti. Aquí y ahora.

—¿Qué quieres hacer exactamente, humana mía? —se atrevió a susurrar él sobre los labios de la chica. Aquellas palabras la hicieron temblar.

—Hazme tuya.

La atrajo más hacia él, mientras las grandes manos del feérico se perdían entre sus largas faldas.

Cuando sus dedos encontraron el punto de placer de la chica, el inmortal gruñó y Virgilia soltó un suspiro de placer que vino seguido de otro cuando sintió como Caenis empezaba a mover su mano sobre ella.

—No sabes la de noches que he soñado con esto —confesó él contra su boca.

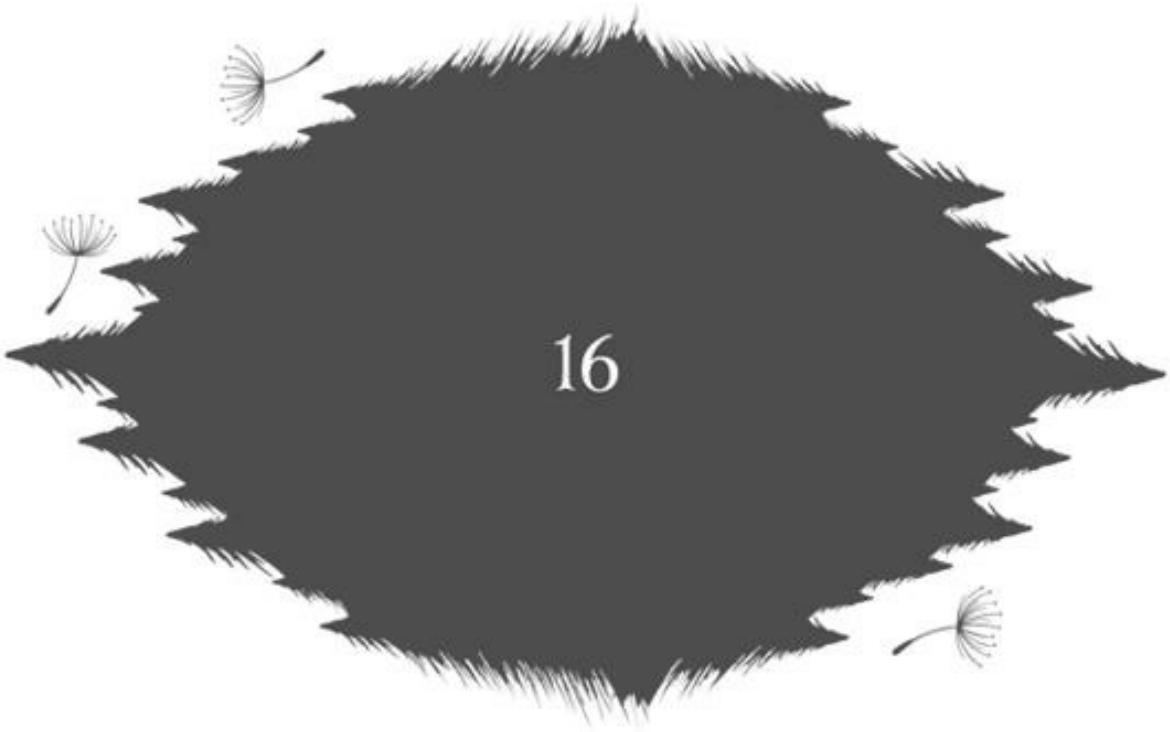
Virgilia sonrió y antes de volver a besarle con fiereza, musitó:

—Enséñame todo lo que sabes, inmortal mío.

Y la noche se hizo eterna.

Meses después, y para sorpresa de todos debido a la dificultad de dicha ocurrencia, Virgilia Newbourne, quedó encinta.

Y en agosto de 1556, Novateryum Newbourne nació en una cálida noche de verano.



Madrugada del 11 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

Nada más llegar a la plaza donde la orquesta ya recogía los instrumentos y varios sirvientes limpiaban el lugar, Rine, Lysander y Elrich la esperaban. No hicieron ningún comentario ante el desastre que era Charlotte, y Rine le hizo un gesto para que la siguiera y los cuatro regresaron por el camino por el que habían venido horas antes. Llegaron al palacio, y esa vez Charlotte la adelantó porque necesitaba volver a sus aposentos de inmediato. Rine la siguió por los pasillos; el paso de la bruja acelerado. Sentía que se ahogaba, pero mantuvo la compostura. Siempre lo había hecho, esta vez no sería distinto. Abrió la puerta de sus aposentos y la feérica entró tras ella y se quedaron a solas.

—¿Quieres que te prepare un baño, Charlotte? —Esta no contestó, tan solo se limitó a asentir.

Sabía que esa situación llegaría en cualquier momento, que Endora y ella tenían una conversación pendiente. Aun así, había tenido un atisbo de esperanza de que todo saliese bien, pero se había dado cuenta de que esta estaba completamente rota. Por otra parte, ella no tenía deber alguno de estar junto a alguien que era tan solo pedazos rotos, y menos aún cuando la otra persona no estaba dispuesta a intentar recuperarse.

Una vez que el baño estuvo listo, Rine la ayudó a desvestirse, Lottie se metió en la bañera por completo y recostó la cabeza en el borde de la bañera.

—Te he dejado un camisón sobre la cama y aquí tienes las toallas para secarte. Cierra las puertas del balcón antes de dormir, por la noche refresca bastante. ¿Necesitas algo más?

—Puedes retirarte, Rine. Necesito estar sola.

Esta asintió y, cuando fue a salir del baño, se agarró al pomo de la puerta y se giró dubitativa hacia Endora.

—Mañana Lysander y yo vamos a preparar un desayuno completo. ¿Te gustaría venir a mi hogar? No es un palacio, pero… es acogedor.

—Me encantaría. Gracias, Rine.

—Llora todo lo que necesites, Sabraydh. Guardarse la tristeza es lo peor que uno puede hacer.

La bruja asintió y finalmente se quedó a solas, abrazando a su tristeza y, peor aún, a su gran decepción.

Ovidia se dejó caer en la cama, completamente exhausta.

—Menuda noche —gruñó al quitarse los zapatos, sintiendo alivio inmediato en los pies—. Necesito dormir urgentemente.

—¿Quieres que te haga yo la trenza?

—Aprecio el gesto, pero mejor me encargo yo, cielo.

Ovidia fue al aseo y empezó a quitarse los alfileres y decorados que sujetaban aquella trenza tan larga y alta. Le tiraba tanto que durante un rato había tenido un leve dolor de cabeza que, gracias a una bebida realmente refrescante que le había dado Nova, se le había pasado.

—Sigo asimilando todo lo que nos ha contado el polluelo, como lo llama Endora —comentó el chico—. Debió de ser duro perder a Virgilia.

—¿Has visto cómo le brillaban los ojos cada vez que hablaba de ella? Le entiendo tanto…

—Al menos vosotros tenéis la certeza de que descansa en paz. A saber dónde estará la mía.

Ovidia se giró y cogió las manos de Noam; tristeza nublando su mirada.

—Podríamos ir a buscarla. Cuando todo esto acabe.

—¿Y si no está viva?

—¿Y si lo está? ¿No te preguntas por qué se fue?

—Cada maldito día. No puedo evitar… —Noam hizo una pausa, respirando hondo. Su voz se quebró cuando volvió a hablar—: No puedo evitar pensar que yo fui de algún modo causante de que se fuese.

—Tú no tuviste la culpa de que se fuera. Fue una decisión que tomó ella en plenas facultades y que, me atrevo a decir, también afectó a mi pobre corazón.

—No me lo recuerdes…

—Eh, mírame. Mírame, mi amor. —La bruja cogió el rostro de Noam entre sus manos y este rodeó su cintura respirando hondo—. Todo eso forma parte del pasado. Lo que importa es que ahora mismo estamos tú y yo aquí.

—En el palacio de unos feéricos que llevan ocultos milenios en una isla que no se encuentra en los mapas.

—Una trama original e innovadora para un libro.

—Deberías escribirlo. Yo sin duda lo leería.

—Necesitaría un seudónimo. Soy mujer, ¿recuerdas?

—Mi mujer.

Ovidia volvió los ojos, pero la sonrisa que había en sus labios no desapareció.

—Me encanta cuando te pones posesivo.

—Y a mí me encanta poseerte.

Ella soltó una carcajada, dándole un suave golpe en el brazo. Noam la devoró con la mirada.

—Veo que se te ha pasado la tristeza rápido.

—O es que soy muy buen actor. —Suspiró; la diversión disolviéndose poco a poco—.

Volviendo al tema anterior, con todo lo que nos ha contado Nova. Eso quiere decir que los feéricos y los humanos pueden procrear entre ellos. ¿Crees que habrá más mestizos por ahí?

—Puede ser. Pero es peligroso, una lotería. Cuando te has ido a bailar con Aristylla, Nova me ha comentado que, durante la Primera Generación, hubo algunos mestizos que podían pasar por humanos debido a que sus orejas no eran puntiagudas. Por lo que sí, tal vez haya alguna línea de humano-feéricos rondando por nuestro mundo.

—¿Sabrán acaso de sus orígenes?

—Nosotros no teníamos idea del nuestro… Dudo mucho que lo sepan. Y tal vez sea lo mejor. En cuanto a la transferencia de los poderes de Virgilia a Nova, esperaron unos años para ver si la magia negra vivía en él. Cuando estuvo en edad de formación, ni la magia común había aparecido. Entonces Virgilia lo supo: la sangre feérica había ganado.

—No quiero imaginar cómo se tuvo que sentir Nova.

Ovidia asintió; un gesto de tristeza cubriendo su rostro.

—Se ve que ha intentado durante más de dos siglos activar su poder, pero con el tiempo se dio cuenta de que no había poder alguno. Sí, la sangre de Virgilia corría por sus venas, pero la magia no le había aceptado.

—¿Qué crees que hicieron los feéricos que fuese tan grave como para que la magia se volviese contra ellos?

—Ellos mismos han dicho que su mundo fue destruido debido a su avaricia. Y si te soy sincera…, vivo mejor en la ignorancia. Nova me ha dicho que sus padres intentaron tener más hijos, pero no funcionó. Se ve que procrear entre los feéricos es un hecho muy complejo. Entre un humano y un inmortal todavía más. Por lo que Nova fue casi como…

—¿Un milagro?

Ovidia asintió; su cabello al fin suelto. Se quitó los pendientes mientras veía cómo Noam abría la cama para que se refrescase ligeramente.

El verano se iba acercando poco a poco.

—Además, después de saber cómo Virgilia pasó sus últimos años, el dolor de su ausencia es peor. Quedó ciega y sorda, y murió en el lecho acompañada de Nova y Caenis. Siento que no tengo ningún derecho a extrañarla y a la vez el dolor es horrible.

—A pesar de las circunstancias, no lo veo tan mal final —respondió Noam, intentando calmarla—. Murió rodeada de aquellos a los que amaba. Y tienes todo el derecho a extrañarla. De un modo u otro, también te acompañó.

—Una forma un tanto más tétrica —añadió ella, y Noam asintió.

De repente, recordó la conversación que había tenido aquella mañana con Charlotte y cogió aire.

—¡Desabróchame el vestido! He de ponerme el pijama.

—O podrías no ponerte…

—¡Idiota! —Le dio un manotazo suave a Noam mientras este le bajaba la cremallera—. No recordaba que le había prometido a Lottie que hablaría con ella tras la cena. No la he visto bien.

—¿Te acompaño hasta la puerta?

—No hace falta, está al final del pasillo. Me pondré el camisón y estaré un rato con ella. No tardaré en volver.

Noam asintió y vio que Ovidia se ponía el camisón que les habían dejado al lado de las almohadas. Era verde con transparencias, pero tapaba donde debía.

—Te esperaré despierto, entonces. Y no me repliques. No voy a dormirme hasta que vuelvas.

Ovidia se puso de puntillas para darle un beso rápido y dulce.

—No tardaré mucho.

—Es casi tu hermana. Quédate con ella el tiempo que tengas que estar. Como si tengo que esperar toda la noche.

—Exagerado.

Ovidia vio a dos guardias en cada puerta de los aposentos donde se quedaban ella, Noam, Charlotte y Endora. Todos inclinaron las cabezas en muestra de respeto a Ovidia, cuyas hiedras la rodeaban. No se había dado cuenta de esa circunstancia, pero tampoco se ocultó. Se había prometido que, si el lugar lo permitía, mostraría su verdadera naturaleza. Al acercarse a la puerta de Charlotte, vio a los dos guardias que habían estado en la misma barca que ellas: Elrich y Lysander.

—Vengo a ver a Lottie.

El de ojos azules, Lysander, dijo con voz grave y suave como el terciopelo:

—Si necesitan cualquier cosa, estamos aquí.

Ovidia asintió, entró en la estancia y la puerta se cerró tras ella. En ese momento, la otra feérica de cabello plateado salió del baño y se sorprendió al ver allí a la bruja.

—¡Señorita Ovidia! —se inclinó exageradamente. Ovidia no se acostumbraba a ese trato, la verdad que no—. Las dejaré a solas.

Rine salió a toda prisa de la habitación y la delicada puerta se cerró de nuevo con un suave golpe.

—¿Ovi? —Escuchó el susurro que provenía del baño y, extrañada, corrió hacia allí; Charlotte, metida en la bañera, un mar de lágrimas y gimoteos. Ovidia se lanzó al borde de esta, mirando horrorizada a su amiga.

—¿Qué demonios ha pasado?

Lottie apoyó su barbilla en el borde de la bañera y Ovidia le cogió las empapadas manos.

—Que ahora entiendo cómo te sentías cuando te rompieron el corazón.

Eso fue suficiente para darle toda la información que Ovidia necesitaba. Y abrazando a su amiga, dejó que llorase en su hombro; sus apagados gimoteos se convirtió en el único sonido de la habitación.

Llevaba dos días sin apenas dormir y su cabeza no le iba a permitir ningún tipo de tranquilidad. Tampoco es que la mereciese. Era consciente de sus actos y de las consecuencias que tenían sus palabras. O, para ser más precisos, de las consecuencias de su silencio. Había querido evitar a toda costa que eso pasara, pero parecía ser que Endora estaba hecha para herir y ser herida.

Sus guardias la habían ido a buscar a la playa acompañados de Blaire, la cual tuvo que ver el estado en el que se encontraba para no hacer preguntas. Poniendo una mano en su espalda, su doncella la llevó de vuelta a la habitación, pero Endora la despachó pronto, se quitó el vestido, se puso el camisón que le habían dejado y se tumbó en la cama.

Si ya arrastraba consigo el arrepentimiento y la culpa por haber caído en las trampas de Harvey, ahora era mucho peor pues no podía culpar a otro por haber herido a Charlotte. La culpa era completamente de ella. Y lo peor es que había roto su promesa.

Meses atrás, cuando volvió a Londres y rompió la relación con Lottie, se había intentado autoconvencer durante semanas de que eso era lo mejor. De que la vida de Endora era demasiado inestable y que Lottie se merecía a alguien mejor.

Fuera quien fuese. Había comprendido la rabia de Lottie y sabía que era una hipócrita al sentir el daño que le habían provocado sus palabras.

«Deja de llamarla Lottie», le dijo esa cruel voz en su cabeza. «No tienes ningún derecho, no después de lo que has hecho».

No era la primera vez que Endora había cerrado su corazón de manera voluntaria. Aquel era un mecanismo de defensa rápido, eficaz y, sobre todo, cobarde y egoísta, pero siempre efectivo. Aun así, esa vez se prometió algo que cumpliría a rajatabla. Daría con el grimorio. Buscaría debajo de cada piedra y se metería hasta el fondo del mar si fuese necesario. Ese pensamiento que le provocó escalofríos. Acabaría con esa misión, por llamarlo de alguna manera, y volvería a Londres, donde, tras la tormenta, se permitirá una cosa: sufrir. Sufrir como debía ser, del corazón roto nacido del más puro y vasto arrepentimiento.

Pero, en ese momento, ignoró su futuro y, levantándose rápidamente de la cama, fue hacia la puerta de la habitación y la abrió de par en par, sobresaltando a los guardias.

Antes de que pudieran hablar, Endora ordenó algo:

—Llevadme ante Cressida. Es urgente.



Mayo de 1839. Winchester, Inglaterra

Los gritos eran algo habitual cuando ambas se quedaban solas en casa. No técnicamente, pues los criados pasaban por allí haciendo sus tareas. Esta vez, ellos se habrían escondido. Lo que Endora había temido desde hacía tiempo, había tenido lugar. Y la reacción que había imaginado que tendría su madre había sido cierta.

Odiaba que la conociese tan bien.

Ahora, en el comedor de su hogar, la cólera que Endora veía en los ojos de su madre y, sobre todo, la repulsión, hicieron que el poco cariño que tenía por ella se fuese difumando rápidamente.

—¡Harás lo que yo te ordene, soy tu madre!

Y allí estaba; la mano levantada, el impulso que cogía su madre antes de golpearla.

—¡Simone!

Endora evitó el golpe gracias al grito de su padre, que acababa de llegar y se encontraba en el umbral de la puerta junto con su tío Francis y su primo Noam; los tres hombres estaban consternados.

—Simone, ¡has de calmarte!

—¡Dime que estoy haciendo mal, Herbert! —El moño de su madre estaba casi deshecho debido al forcejeo que había tenido lugar hacía unos instantes—. ¡Ha usado su magia contra mí!

—¡Mentirosa! —exclamó Endora, yendo de nuevo hacia ella—. Manipuladora. ¡Me has querido golpear!

—He visto cómo se besaba con esa muchacha, Herbert. Lo que dicen las sirvientas es cierto. Es una depravada… es…

—¡Es tu hija! —declaró Herbert, cogiendo a su mujer por los hombros.

—Debimos mandarla al internado cuando te lo dije —balbuceó Simone mientras se movía inquieta—. La has mimado tanto…

Noam se acercó a su prima, ahora de su misma altura, y vio cómo su poder la había empezado a rodear, un lila potente y peligroso.

—Endora —la voz de Noam era suave, tranquilizante—, vamos fuera. Necesitas calmarte.

—Necesito que sepa de una vez por todas que la que tiene el control ahora soy yo. Que ya no me puede controlar.

—¡Soy tu madre! —Simone se soltó del agarre de Herbert, que consiguió detenerla antes de que se acercase más a Endora—. ¡Mientras vivas bajo mi techo, harás lo que se te diga!

—Hijo —la voz de Francis atronó en la estancia, grave y seria—, saca a tu prima de aquí. Vamos.

Noam asintió y vio cómo su padre iba hacia su hermano y su cuñada.

—Endora —Noam cogió a Endora del brazo, cuyos ojos grises ahora parecían casi lilas debido a su poder—, vamos, ven conmigo.

—¡Eres la ruina de la familia! —siguió gritando su madre mientras Noam sacaba a Endora del salón—. ¡Desagradecida!

Simone Clearheart siguió gritando a medida que se alejaban de allí y salían a los jardines traseros de la casa. Noam y ella se mantuvieron en silencio, hasta que estuvieron en las lindes de los terrenos del hogar de Endora.

—Endora —Noam vio cómo la mirada de la chica estaba en un lugar lejano, muy lejano—, prima, mírame.

Endora volvió a la realidad y respondió de forma casi automática, sin pensar:

—La he enfadado de verdad.

—Tía Simone suele enfadarse con rapidez.

—Dame algo de mérito, Noam.

Endora empezó a reír, hasta que la risa se convirtió en quejidos, los quejidos en lamentos y los lamentos en llanto. Endora se llevó las manos al rostro y se dobló sobre sí misma, sintiendo que algo se rompía dentro de ella.

A lo lejos se oyó el ruido de cristales rompiéndose y Noam vio, a través de uno de los ventanales del comedor, cómo su padre y sus tíos hablaban acaloradamente. Poniéndose de espaldas para que Endora no fuese testigo de tal escenario, el chico se agachó, abrazó a su prima y la atrajo hacia su pecho mientras esta lloraba sin cesar.

El poder de Endora se desvaneció finalmente y lo único que quedó de ella fue una muchacha que, por ser ella misma, puede que hubiese perdido todo.

—¿Ha merecido la pena besar a esa chica? —La pregunta de Noam parecía sencilla, mas Endora supo que no lo era. Sin duda, encerraba un abismo más.

Endora no rompió el abrazo, solo asintió con claridad. Noam sonrió contra la sien de su prima.

—Entonces ya está, Endora.

Al día siguiente, Endora Clearheart, de diecinueve años, se fue con el poder de su destino en sus propias manos a Londres.



11 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

Noam se quedó dormido antes de que Ovidia volviese. Y cuando el amanecer le dio la bienvenida y vio que no había regresado, supo que ella habría dormido con Charlotte y que algo realmente grave había ocurrido. Y no pudo evitar pensar que la causante de esa situación era cierta morena de ojos grises llamada Endora Clearheart.

Entendía que, si realmente su prima había cumplido su palabra, la relación de ambas más allá de una simple amistad había terminado hacía meses. Ahora bien, ¿qué problema había? En el fondo, sentía que el hecho de que ambas estuviesen tan apagadas fuese su culpa.

«Tú siempre creyéndote responsable del mal que sufren los que te rodean», le decía una voz en su cabeza. «Simplemente ha ocurrido lo inevitable, teniendo en cuenta las decisiones que ellas han tomado durante su relación. Fin. No cargues con más de lo que ya tienes».

Pero él no podía evitar pensar así. Charlotte había conocido a Endora porque él la había conducido indirectamente hasta allí. Resopló murmurando un «mierda» mientras se pasaba una mano por el desaliñado pelo. Mortificarse no le iba a llevar a ninguna parte, así que se levantó de la cama de un salto y decidió ir a buscar a su prima a su habitación, sabiendo que le molestaría que la despertasen tan temprano, pues ella era ave nocturna. Aun así, no le importó. Iba a averiguar de una vez por todas lo que le estaba pasando a Endora por la cabeza.

Un instante después, apareció aquel recuerdo de forma repentina, robándole el aire: unos nudillos llenos de sangre; el crujido final.

Noam se puso las palmas de las manos sobre los ojos, intentando recuperar el aliento.

Venía cuando menos lo esperaba y siempre le pillaba desprevenido. No le había dicho a Ovidia que soñaba cada noche con aquel hombre. Con sus gritos, su risa cruel y sus nudillos

manchados de sangre.

Había sido lo más macabro que Noam había cometido, pero ¿qué otra alternativa podría haber habido? Él mismo había rogado por su muerte. Noam había creído hacer lo correcto. Aquella noche sería una pesadilla que le acompañaría el resto de sus días. Solo esperaba poder aprender a vivir con ello.

Salió de su habitación y giró a la izquierda, pues Charlotte había escogido la última habitación de aquel piso mientras que Endora había escogido la primera.

Llamó a la puerta a la vez que los guardias se apartaban y dijo con voz firme:

—Endora, soy yo. Abre la puerta, tenemos que hablar.

No hubo respuesta. Volvió a llamar más fuerte y la voz de uno de los guardias rompió el silencio:

—Señor, la señorita Endora no se encuentra aquí.

Noam se giró para mirarle, su cuerpo gritando agotamiento puro.

—¿Y dónde está entonces? —exigió saber.

Los guardias se miraron; el que había frente a Noam asintió y decidió contarle lo que había pasado.

—Salió de madrugada, poco después de la medianoche, y nos exigió que la llevásemos ante la líder Cressida. Esta nos obligó a volver a nuestros puestos y lo último que sabemos es que parecían dirigirse a la Biblioteca Real.

—¿Hay una biblioteca? —preguntó el brujo, incrédulo.

—No tenemos muchos tomos, pero se conservan los textos más importantes. Tal vez la encuentre allí, señor. Podemos acompañarle y así los guardias podrán vigilar a su esposa.

Debía admitirlo: le encantaba que todos pensasen que Ovidia era su mujer. Algún día lo sería oficialmente, pero… no, todavía no lo era.

—Llevadme ante ella, por favor. Y gracias por aclarar mis dudas.

—Síganos, pues.

Los dos guardias fueron con paso firme hacia las escaleras de caracol por las que habían llegado la tarde anterior y Noam les siguió a través del castillo, pensando exactamente qué le diría a su prima y deseando de una vez por todas saber si, en esta ocasión, podría ayudarla como en otras. Temeroso, sospechaba que no iba a ser así.

Charlotte y Ovidia fueron escoltadas por el guardia que había en la puerta, Elrich, hacia una de las tres aldeas donde Rine y Lysander vivían.

—Lysander ha partido pronto esta mañana cuando ha terminado su turno, así que podéis esperar un gran festín cuando lleguéis a su casa, cocina de lujo.

Salieron del castillo y, en lugar de seguir el camino que conducía a los jardines, ambas se vieron arrastradas hacia una salida lateral del castillo, la cual llevaba al río por donde habían llegado nada más poner un pie en la isla. Una barca les esperaba, dispuesta y lista.

—Debemos llegar a la aldea, el camino más rápido es a través del río. Sentaos, esta vez no necesitamos tus poderes, Charlotte. La corriente es buena.

En otras circunstancias, Charlotte se habría atrevido a hacer alguna broma al respecto. Pero le ofreció una simple mueca a Elrich y se sentó en la barca junto a Ovidia, que no tardó en rodearla con sus brazos fuertemente.

—¿Prometes que no me marearé? —preguntó la Bruja Negra a Elrich.

—Prometo que intentaré que no os mareéis, señorita.

—Nada de señorita. Ovidia está bien.

—Por supuesto.

—Conmigo no es tan amable…

—¡Qué mentira más grande, lady Sabraydh! —exclamó de manera teatral Elrich, dando una patada a la orilla para impulsar la barca, que empezó a moverse río abajo—. Disfruten del viaje, señoritas.

No tuvieron tiempo de hacerlo pues, tal como les había prometido el feérico, el viaje fue rápido y en menos de media hora se encontraron cogiendo un desvío que los llevó a lo que parecía ser un pequeño embarcadero, donde tan solo se encontraba amarrada otra barca más. Elrich salió el primero y ayudó a Ovidia y a Charlotte a bajar de la barca. Entonces, cuando el inmortal la amarraba al poste de madera anclado en el río, Charlotte vio cómo Ovidia se dirigía hacia la izquierda, atraída por algo. Más abajo de allí, lo que parecían ser tres niños jugaban con espadas de madera y túnicas bastante largas.

—No sabía que había niños —musitó Charlotte mientras Elrich se ponía a su lado.

—Son muy pocos —explicó él—. Tan solo hay unos diez en toda la isla. Bueno, en toda nuestra comunidad. Es… difícil concebir.

—Nova me lo contó —añadió Ovidia, dando un paso hacia ellos y alejándose del límite de la plataforma de madera—, que lo suyo fue casi un milagro.

—Nova es un milagro. Y uno de nuestros futuros líderes. Ahora seguidme. Ya empiezo a oler el almuerzo de Lysander.

—¿Cómo?

—Sentidos feéricos, lady Sabraydh. Están más desarrollados que los de los humanos. Venid, no está muy lejos.

Elrich se puso delante de ellas escoltándolas y, cogidas de la mano, ambas bajaron los escalones que separaban la plataforma de la orilla del río y se adentraron en un camino de piedra que llevaba a la aldea. Todos los feéricos que se encontraban haciendo diferentes tareas, ya fuese tejer, herrar u otras cosas que las humanas no lograron adivinar, se detuvieron para mirarlas, asombrados. No todos habían asistido a la fiesta de la noche anterior, pero todos sabían de la presencia de mortales mágicos en la isla. Y tal vez fuese por su torpeza o por sus orejas redondas, pero las estaban mirando.

«No», se dijo Charlotte. «Nos están analizando. Quieren ver si somos una amenaza».

Abandonaron la calle principal de la aldea para subir unas escaleras de piedra que llevaban a un pequeño puente con un riachuelo. Al final del corto camino encontraron una casita, de cuya chimenea salía un humo potente, y cuyas puertas se encontraban abiertas de par en par. En la puerta, Rine se encontraba sentada con… un bebé en su regazo.

—¡Lady Sabraydh! ¡Lady Ovidia! —Rine se levantó rápidamente, con el pequeño en brazos, que ahora se entretenía jugando con el cabello plateado de la feérica—. ¡Pensábamos que ya no vendríais! Lysander… —Las siguientes palabras las pronunció en el idioma nativo de los feéricos. Mientras, Lottie vio que Ovidia no apartaba los ojos del bebé.

Al mirarlo más de cerca, Charlotte se dio cuenta de que tenía las orejas puntiagudas y los mismos ojos de su madre.

—¿Te encuentras mejor? —Rine había roto la distancia y se encontraba frente a Lottie, que tuvo que levantar el rostro para encontrar el de la inmortal—. ¿Has podido dormir algo?

—Una no se recupera tras un amanecer, Rine. Gracias por preocuparte. Ovidia me ha

acompañado toda la noche, y algo he podido dormir. Pero no mucho.

La inmortal asintió y Lottie vio a Lysander salir por la puerta limpiándose las manos de lo que parecía ser harina.

—¡Bienvenidas a mi hogar! Siento no acompañarte hoy en tus deberes, amigo —bromeó con Elrich, que había mantenido su postura como guardia—. ¿No ha pedido coger a su sobrina?

—No. Está cumpliendo bien su papel —comentó Rine, enarcando una ceja. Se giró hacia la Bruja Negra, que se había mantenido al margen y callada—. Un placer verla, señorita Ovidia. Es un honor recibirla en mi casa. Espero que se sienta cómoda.

—Por favor, solo Ovidia. Y tutéame.

—¿Tenemos a la portadora de la esencia pura en casa? —musitó Lysander, asombrado al ver a Ovidia tan de cerca—. Mis… mis disculpas, señorita. Es simplemente un sentimiento abrumador.

—Necesito que alguien me explique por qué a mí se me trata con esa… fascinación y, por ejemplo, a Charlotte no.

—Entrad en casa y os lo contamos desayunando —dijo Rine, y el bebé que llevaba en brazos se inclinó hacia Ovidia, sonriendo—. Parece que le has gustado a Althea.

Ovidia, dubitativa, preguntó:

—¿Puedo?

Rine asintió y le pasó a la pequeña poco a poco, la cual sonrió de oreja a oreja y puso sus manitas en las prominentes mejillas de la Bruja Negra.

—¡Todos para adentro, vamos! —ordenó Lysander, y entraron a la acogedora casa.

Charlotte se quedó sin habla al ver el hogar por dentro. Una sola sala conectaba la cocina y el comedor; al fondo, unas escaleras llevaban a lo que parecía ser el piso de arriba. La puerta trasera de la casa se encontraba abierta, y la chica atisbó un jardín bien cuidado en la parte de atrás. En la entrada, colgaban plantas que, además, rodeaban todo el marco interior de la puerta principal.

—Son para proteger la casa de malos espíritus. Pasad y sentaos. Voy a por la sillita de Althea.

Charlotte se giró para ver a la niña, que ahora se encontraba fascinada por una de las hiedras de Ovidia y la miraba con los ojos abiertos.

—Son las mismas que portaba consigo Virgilia —musitó Lysander. Ante la mención de su antepasada, Ovidia levantó la vista, queriendo saber más.

—¿Hablas de las hiedras?

El feérico asintió y Lottie vio cómo Elrich iba directamente a la cocina a por un vaso de agua. Rine entró con la silla de su hija y Ovidia fue a devolverle a la pequeña a su madre, que la sentó en la estructura de madera y le puso un platito con queso y frutas bien cortadas que empezó a darle poco a poco.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Dieciséis meses, o lo que es lo mismo, un año y medio. Por si os lo preguntáis, los feéricos crecemos como un humano normal hasta cierto punto. Esto varía según el feérico y sus genes, pero suele ser durante la veintena cuando detenemos nuestro crecimiento inicial. Luego entramos en la segunda fase de nuestra vida, que es la primera juventud, en la cual nos encontramos Lysander, mi hermano y yo.

—¿Y cuánto tiempo puede durar? —pregunto Charlotte, que vio cómo Lysander le servía lo que parecía ser un panecillo recién horneado untado en algo similar a mermelada pero que olía aún mejor que esta.

—Miles de años…, cuidado, cielo, abre la boca. —Althea obedeció a su madre mientras se comía un trozo de manzana despacio y la inmortal volvió a la conversación—: Aquí, en nuestra

isla, tan solo hay dos feéricos que superan los diez mil años de vida.

—¿Diez mil años? —exclamaron las dos humanas a la vez.

—Según me contaron de pequeño —añadió Lysander mientras se sentaba frente a Charlotte; Ovidia a la derecha de esta—. En nuestro antiguo mundo, los Sabios eran capaces de vivir hasta veinte mil años. En el momento de la destrucción de nuestro mundo, todos habían muerto.

—Excepto la Sabia que consiguió salvaros. La que escondió el Grimorio del Origen —adivinó la Bruja de la Tierra.

—¿De qué hablas, Charlotte?

Los feéricos la miraban incrédulos, y la mortal se puso a dar explicaciones rápidamente de todo lo que había contado Cressida acerca del manuscrito y de la Sabia.

—No te ha mentido. Nadie sabe dónde se encuentra este manuscrito, pero se sabe que está en la isla.

—Es un comienzo —dijo Ovidia, viendo el vaso medio lleno—. Debemos empezar a investigar cuanto antes y localizar el Grimorio del Origen. Es una cuenta atrás…

—Pero ¿por qué lo buscáis con tanto ahínco? —Elrich se había sentado al lado de Lysander, que estaba peinando los cuatro pelitos de su hija mientras esta se chupaba los diminutos dedos—. Podéis tardar años en encontrarlo, siendo positivos.

—Me encantan los retos —musitó Lottie, dando un mordisco al panecillo. En efecto, estaba delicioso—. Esto está buenísimo, ¿cómo lo has hecho?

—Receta secreta familiar —contestó Lysander con orgullo; de repente arrugó la nariz, y haciéndole un gesto a Elrich se levantó de la mesa—. Ven y ayúdame a cambiar el pañal a tu sobrina.

—Yo no huelo nada —dijo Ovidia, y Charlotte musitó un «yo tampoco» mientras el feérico cogía a su hija en brazos.

—Como he dicho: sentidos feéricos —se regodeó Elrich, y ambos subieron al piso de arriba, dejando a las tres chicas solas.

—Respondiendo a tu pregunta: te respetamos tanto porque portas la esencia de la que provenimos, algo que nosotros ya no podemos poseer. Eres lo más cerca que estamos de nuestros antepasados, y para nosotros, es algo espiritualmente muy importante. Por lo que, si algunos te saludan con tanta admiración, siéntelo como un halago. Porque, con sinceridad, lo es.

—Eres una diosa, amiga mía —declaró Charlotte, y Ovidia puso los ojos en blanco—. Tu hija es preciosa, Rine. Y enhorabuena de verdad. Elrich nos ha contado lo difícil que os resulta tener hijos.

—Hemos estado más de una década intentándolo. Una década, Sabraydh. Cuando supe que estaba embarazada los líderes me obligaron a hacer reposo absoluto durante los diez meses que duró el embarazo. Lo hacen con todas las feéricas que se quedan encintas, así que Lysander pasó todo el tiempo que pudo conmigo mientras hacía sus guardias. Fue un embarazo sencillo, aunque el parto no tanto. Pero lo importante es que está sana y fuerte. Y no llora mucho por las noches.

—¿Quién se queda con ella cuando ambos trabajáis? —preguntó Ovidia, curiosa.

—Nuestros padres vienen a cuidarla encantados, pero si ellos no pueden, suelo dejarla con alguna amiga de la aldea. Todos están enamorados de ella.

—Ya ve… ¿Noam?

Charlotte y Rine se giraron para mirar a Ovidia, que tenía la mirada perdida. Sus labios se movían y parecía que estaba pronunciando algo, pero ningún sonido salía de su garganta.

—¿Qué está pasando? —musitó Rine, preocupada. En ese momento, Lysander y Elrich

bajaron con la pequeña Althea recién cambiada, cuando Ovidia pareció volver a la realidad.

—Se acaba de comunicar con su pareja mentalmente.

—¿Podéis hacer eso? —preguntó asombrado Lysander.

—Solo si Noam lo inicia gracias a su poder. ¿Pasa algo?

—Tenemos que volver —explicó Ovidia, poniéndose en pie—. Parece urgente.

—Os llevaré de vuelta —propuso Elrich, dándole un beso rápido a su sobrina antes de guiar a las mortales hacia la puerta—. ¡Nos vemos mañana, familia!

—¡Id con cuidado! —gritó Rine desde la puerta mientras el inmortal y las brujas bajaban el camino por el que habían llegado a toda prisa—. ¿Queda algo del bizcocho que has hecho?

—Siempre te guardo el mejor trozo, cariño.

La feérica sonrió, y se inclinó hacia abajo para besar a su marido mientras Althea daba palmaditas y reía en los brazos de su padre.

En efecto, la encontró en la famosa Biblioteca, justo en el momento en el que se levantaba de su silla y se estiraba, evidentemente cansada.

—¿Por qué narices no has dormido?

Endora maldijo y se llevó una mano al pecho, de repente, completamente despierta.

—La madre que te parió, Noam, qué susto me has dado.

—He venido para tener una charla de primo a prima, así que espero no irme con las manos vacías. Solo estoy tratando de ayudarte.

—¿Es que acaso te he pedido ayuda?

La tensión fue en aumento entre ambos y Noam apreció lo descompuesto que se encontraba el rostro de Endora, la palidez, las oscuras ojeras y bolsas que rodeaban sus ojos.

—Deberías dormir —prosiguió Noam, ignorando la sequedad en las palabras de su prima. La conocía bien. Podía soportar eso—. ¿Hace cuánto que no descansas?

—Madre mía con los interrogatorios —soltó ella, exasperada—. ¿No sabéis cuándo dejar a una tranquila? Además, estoy muy ocupada investigando acerca del maldito grimorio. Anoche Cressida nos contó dónde está…, bueno, donde no está. Y no he podido dormir pensando en sus palabras. Por cierto, qué raro que no vengas con pastelito.

—Tengo mi propia vida y voluntad aparte de Ovidia, Endora.

—Ajá —contestó la bruja, revisando unos papeles.

Iluminado por la luz que atravesaba los grandes ventanales de la Biblioteca, el joven se acercó más a su prima, decidido a que le escuchase.

—Será mucho más rápido si te ayudo en algo. Puedes decirme cómo mientras tú vas a descansar.

—Se me da mejor hacer estas cosas sola, así que, por favor, deja de insistir.

—Endora…

—*¡He dicho que no!*

Tras el grito, ambos se miraron el uno al otro; sus miradas y cuerpos cargados de una tensión por todo lo que habían vivido aquellos meses.

—No merezco que me hables así —respondió Noam en voz baja y con gesto duro—. Y no lo permitiré. Puede que seas mi prima, pero yo también tengo mis límites.

Endora se mantuvo en silencio, sosteniéndole la mirada.

—Y aunque sigas intentando alejarnos —añadió como remate—, no va a funcionar.

Sin darle la oportunidad de hablar, dio un fuerte golpe en la mesa que sobresaltó a la bruja y salió de allí, exasperado ante la actitud de Endora. Ella podía estar todo lo dolida y enfadada que quisiese, pero eso no justificaba que le tratase así. Con todo, en el fondo, la entendía. Aquel comportamiento era su mecanismo de defensa, injusto, pero él lo conocía bien.

Cerrando las puertas de la Biblioteca lo suficiente para que no le viese, Noam activó su poder y buscó a su Bruja Negra.

«¿Ovidia? ¿Me oyes?», dijo mentalmente.

Esta tardó varios segundos en responder.

«Sí, cielo. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?».

«¿Estáis en el castillo?», preguntó él.

«Estamos en una de las aldeas. ¿Ha pasado algo?».

«Volved en cuanto podáis. Endora parece haberse obsesionado con el Grimorio del Origen. Se ve que anoche Cressida le contó algo a ella y a Charlotte y se ha puesto a investigar como una obsesa».

«Vamos para allá. Espéranos allí», dijo Ovidia.

«Claro. Tened cuidado».

Noam rompió la conexión mental y volvió a entrar en la Biblioteca, listo para enfrentarse una vez más a la furia de Endora. Pero lo único que encontró una vez allí fue a la bruja completamente dormida y exhausta sobre la gran pila de papeles que había en la mesa del escritorio.

Ir de la aldea al castillo les llevó poco más de una hora y, cuando llegaron, lo primero que hicieron fue dirigirse a la sala del trono, buscando a cualquiera de los líderes. Lottie intentó mantener su corazón en calma, pero los recuerdos de la noche anterior vivieron a ella como flechas descontroladas.

Allí se encontraron con Aristylla, que parecía estar dando órdenes acerca de la decoración de unas cortinas. Al verlos, sonrió de oreja a oreja y, dando saltitos, fue hacia ellos.

—Buenos días, mortales. ¿Qué os trae por aquí?

—Llévanos a la Biblioteca, por favor. Es urgente —rogó Ovidia.

La feérica de cabello azul frunció el ceño, asintió y las llevó hasta los gigantescos aposentos, cuya majestuosidad no pudo ser admirada debidamente por las dos mortales ya que estaban concentradas en otra cuestión: encontrar a Endora y saber qué es lo que estaba ocurriendo.

Junto a los ventanales, Noam las estaba esperando, junto con Cressida y Nova. Charlotte fue dirigiéndose a ellos, cuando vio a Endora, rodeada por al menos diez grimorios y decenas de papeles, durmiendo a pierna suelta sobre una de las mesas.

Charlotte no daba crédito. En otras circunstancias, la habría despertado y le habría pedido decoro. Pero en ese preciso instante, la idea de hablar con ella le resultaba amarga y dolorosa. Y de nuevo sintió ese tirón en las costillas.

Endora se removió en su sueño, y Cressida y Nova se acercaron silenciosamente al grupo, haciéndole un gesto de silencio.

—No hagáis ruido. Apenas se ha dormido hace unos minutos.

—Pues menuda educación muestra —reprochó Charlotte sin poder contenerse. Luchó con todas sus fuerzas para no mirar a la Bruja de La Noche—. Cómo puede…

—Sabraydh —musitó Cressida de forma comprensiva—. Sé que anoche tuvisteis una

conversación un tanto tumultuosa. Mi consejo es que, por ahora, no estéis en la misma habitación.

—Necesitamos encontrar el Grimorio del Origen —recalcó Ovidia, sabiendo que, si Lottie hablaba, no diría nada amable—. Es urgente. No hemos venido aquí en vano.

—Y eso es lo que ya ha empezado a hacer Endora. Me vino a buscar a mis aposentos en plena madrugada y la traje aquí, a la Biblioteca. Invocó sus grimorios a través de una de nuestras chimeneas y lleva desde entonces sin despegar la vista de esos papeles. Al menos eso me han comentado los guardias.

—Yo he llegado esta mañana temprano, pues quería empezar a consultar cosas para ayudaros también —explicó Nova, algo tímido—. Y me la he encontrado tan concentrada como agotada. Le he preguntado cuándo era la última vez que había dormido y me ha dicho que llevaba al menos tres noches en vela.

Y no había mentido. Lottie lo sabía, pues había estado con ella y lo había visto.

—La llevaremos a sus aposentos para que descanse y, si tanto os urge, podéis ver las notas que ha hecho Endora. Yo pediré algo de comer y también os ayudaremos. ¿Nova?

—Contad conmigo.

Minutos después, un guardia corpulento se llevó a Endora en brazos a sus aposentos. Aristylla y Cressida lo acompañaron, para asegurarse de que la joven Clearheart no despertaba por el camino. Nova permaneció con los tres Sensibles.

Respirando hondo, Lottie se acercó a la mesa donde todos los papeles que había dejado Endora estaban esparramados y con precaución se sentó en la silla. Cuando la bruja llevaba ya unos minutos leyendo las anotaciones, advirtió lo que la Desertora había estado investigando. Por lo visto, Endora había indagado en el hechizo de Rastreamiento que había usado Ovidia para buscar los objetos de sus antepasados, hecho que le llamaba la atención, pero a la vez le daba escalofríos. Había visto lo que ese hechizo era capaz de hacer. No quería volver a tener que usarlo, así que siguió inspeccionando las anotaciones y las páginas que tenía marcadas Endora. Si era cierto que tan solo había estado unas horas investigando, Lottie se sorprendió de ello de manera positiva y negativa a la vez.

Por un lado, Endora conocía a la perfección los grimorios e investigar y atar cabos se le daba bien. Por otro, parecía que le había dado por completo igual lo que habían hablado en la playa. O más bien, lo que Charlotte había gritado.

—¿Has encontrado algo útil? —preguntó Ovidia, que también parecía concentrada en leer un libro bastante pequeño y antiguo.

—Está investigando acerca de un tipo de invocación, parecida a la que usamos cuando encontraste el collar. Pero esta… es diferente. Parece ser que requiere un mínimo de energías, o lo que viene siendo lo mismo, un mínimo de personas.

—¿Lo ves viable?

Charlotte se enfocó en el contenido de las anotaciones de la bruja.

No he encontrado ningún hechizo que nos sirva para encapsular el poder de Ovidia. Así que seguimos con el plan original: encontrar ese maldito grimorio.

Rastreamiento e invocación no son lo mismo. Procesos distintos, por lo tanto, naturalezas distintas.

Invocación de tipo 1: se necesitan a cuatro personas para hacerla.
Energías conectadas y en perfecta armonía. Debe realizarse
durante una luna llena en el punto más álgido de esta.

—Las anotaciones parecen precisas. ¿Qué opinas, Noam?

Este se acercó a Charlotte y observó lo que había anotado su prima, con gesto serio.

—Endora es muy buena analizando y comparando, por lo que me fiaría bastante de lo que ha apuntado. Jamás me había planteado que un Rastreamiento y una invocación no fueran exactamente lo mismo.

—No suenan igual a mis oídos —dijo Nova, que ojeaba unos papeles junto a Ovidia.

—Según las anotaciones de mi prima —explicó Noam en voz alta al ver que Charlotte se apartaba y empezaba a examinar otros papeles. El chico no había comentado nada, pero la bruja tenía los ojos hinchados y rojos y unas ojeras prominentes—, la naturaleza de ambos es distinta. Un Rastreamiento puede hacerse con una energía, dos, o incluso diez. A veces es infinito. Pero una invocación es distinta.

—Requiere un número concreto de personas: cuatro —acabó Lottie por él.

—Exacto —afirmó Noam—. Nova, ¿podrías contarnos lo que sabes del Grimorio del Origen?

—Eso puedo hacerlo yo —intervino Lottie, apoyándose en la mesa alta y cruzándose de brazos—. Ayer Cressida nos explicó lo que sabían sobre él.

—¿Y bien? ¿Saben dónde está? —preguntó Noam, remangándose la camisa.

Nova carraspeó y Lottie sonrió de forma sarcástica.

—Lo único que saben es que se encuentra en esta isla, pero no su localización exacta. Que llevan siglos buscándolo y una mujer llamada la Sabia fue la última en tenerlo.

—¿La Sabia? —repitió el Vidente.

—Tal vez podríamos investigar por ahí —propuso Ovidia y miró a Nova, ya que el inmortal se encontraba a su lado—. Si sabemos más de la Sabia y de lo que era capaz de hacer, podríamos meternos de alguna manera en su cabeza y encontrar algo.

—Paso a paso, por favor —pidió Noam, confuso y algo cansado—. ¿Cómo que no saben dónde está y quién es esa tal Sabia?

Charlotte le puso en situación contándole lo que les explicó Cressida en la playa la noche anterior, que la Sabia había sido la última en tenerlo en sus manos y esconderlo.

—Me lo contó anoche cuando fui a verla —le contó Ovidia, acercándose a él—. Iba a contártelo, pero he visto que estabas dormido.

—No tienes que darme explicaciones. Ya estoy informado y eso es lo que importa.

En ese momento, las puertas de la gran e iluminada Biblioteca se abrieron y Cressida entró de nuevo junto a un par de feéricos que portaban un carrito con lo que parecía ser la comida.

—Endora está descansando en sus aposentos. Además, os traigo felicidad para ayudaros en la investigación. Me encantaría quedarme, pero tengo deberes como líder. Nova, ¿podrías ayudarles?

—Estaba en ello, tía.

Esta asintió, cogió un bocadito, se lo llevó a la boca y le guiñó un ojo a Charlotte antes de salir de la sala. Lottie frunció el ceño, sin captar el significado. Ovidia tuvo que ocultar su sorpresa y miró a Noam, que también se había percatado del gesto.

«¿Qué ha sido eso?» le preguntó Noam mentalmente.

Ella le hizo un gesto con el dedo que significaba un «luego» y la Bruja Negra fue junto a Lottie.

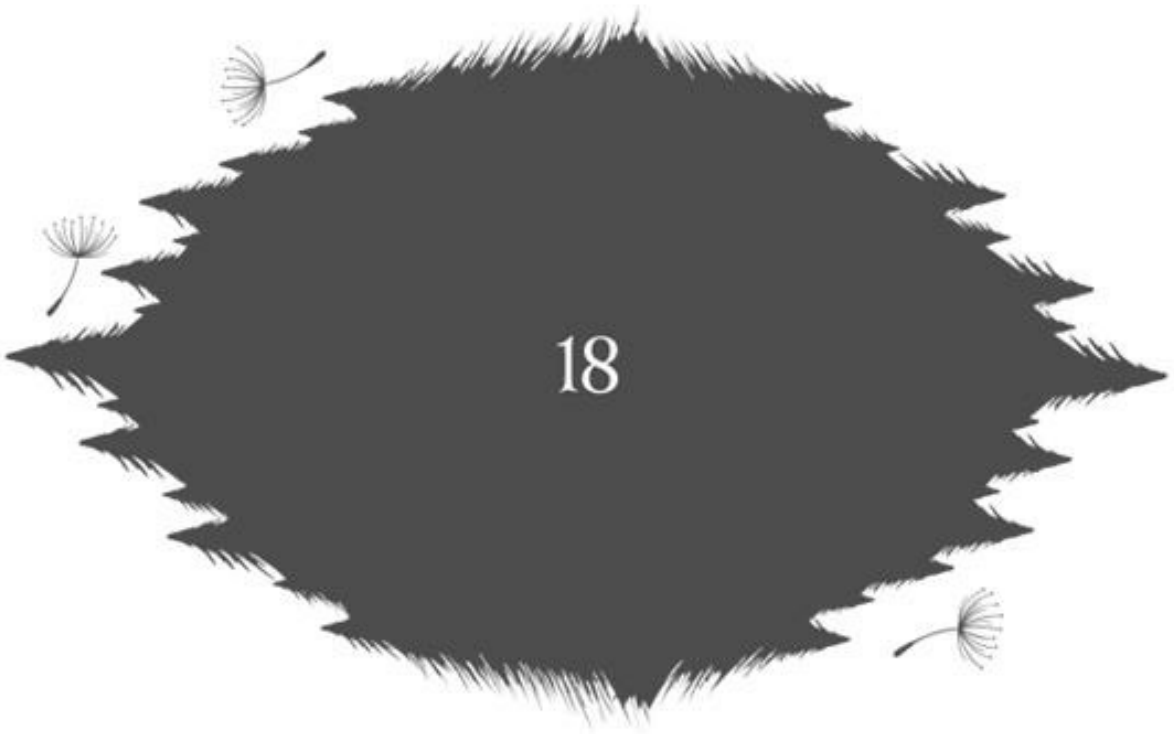
—Come algo. Apenas has comido nada en casa de Rine y Lysander.

—No tengo hambre.

—Cuando yo no la tenía, mi padre me sacaba de la cama a rastras para que comiese. Así que, si tengo que arrastrarte, lo haré.

Charlotte accedió, se comió el bocadito y dijo:

—Manos a la obra. Vamos a encontrar ese libro cueste lo que cueste.



14 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

Aún seguía frustrada consigo misma por haber perdido todo un día. Pero las dos primeras cosas que vinieron a su mente nada más despertar fue lo renovada y descansada que se encontraba, y la discusión que había tenido con Noam.

Endora se había apresurado a ir a la Biblioteca, pensando que solo había dormido unas pocas horas. Pero cuando vio que Noam no iba con el mismo atuendo, y la hora era aproximada a la que habían discutido, sus sospechas fueron en aumento. Ovidia se lo confirmó: había dormido un día entero. Todos la intentaron calmar asegurándole que habían proseguido ellos mismos con la investigación a partir de sus anotaciones y que necesitaba ese descanso. Endora se mordió la lengua, dejando a un lado su temperamento y admitiendo que llevaban razón.

En cuanto a Charlotte, se mantuvo al margen y ni siquiera le dirigió un atisbo de mirada. Y eso, en el fondo, fue lo mejor.

Ahora, días después, la preocupación iba en aumento. Habían conseguido averiguar muchos más detalles sobre ciertos hechizos y conjuros que ya conocían, pero no había ni rastro de algo que les pudiese dar una pista sobre el paradero del Grimorio del Origen.

La bruja se preguntó cuánto tardarían en encontrarlo sentada frente al hogar, cuyo calor llegaba a ella como un abrazo lento y pausado. El fuego, pequeño pero potente frente a ella, tenía su color natural, hasta que Endora invocó su poder para darle ese toque púrpura tan particular. Y ahora, cada vez que lo usaba, se sentía extraña. Pues desde hacía unos días, cuando se reveló mejor su magia y supo que esta no tenía límites, se había cuestionado cuál era su propósito como bruja. ¿Ya no se podía considerar una Bruja de la Noche? No existía, en realidad. Lo único que sabía con certeza era que echaba de menos Londres, su hogar. Pero todavía faltaba mucho para

cuando tocase regresar a esa realidad. Primero debían encontrar el Grimorio del Origen; luego, un hechizo para encapsular el poder de Ovidia y, por último, pararle los pies a Harvey.

—Como si fuera poco —musitó para sí misma. Respiró hondo, intentando disipar esos pensamientos de su cabeza.

Además, de poco servía preocuparse ahora. La situación era la que era, y debía seguir adelante; la culpa todavía reconcomiéndola. Además, otra preocupación ocupaba su corazón. El saber cómo estaban sus compañeros Desertores era algo que también la angustiaba. Había tenido la tentación de contactarles, pero inmediatamente había desechado la idea, pues sería imprudente por su parte y muy peligroso para ellos.

Se levantó y giró sobre sí misma para contemplar sus aposentos. Había abandonado la cena antes de tiempo, dejando al resto en el salón principal. Ni siquiera sus guardias la habían acompañado, pues así lo había pedido ella. Eso era lo mejor. Necesitaba algo de soledad. Ya en sus aposentos, cuando se iba a poner el camisón, escuchó voces de mujer en el pasillo. Esas dos voces las conocía muy bien.

El timbre tranquilo de Charlotte y el milenario de Cressida la hicieron ir hacia la puerta, que abrió con cuidado, pero se mantuvo en las sombras. «No debería estar haciendo esto. No debería estar escuchando», pensó.

—Quería pedirte disculpas por mi comportamiento —dijo Charlotte. Sus palabras eran sinceras, Endora lo notaba—. Es solo que… temía por mis amigos. Y tras la gran cantidad de información que soltaste en un instante… fue abrumador, como poco.

—No has de disculparte por nada, Sabraydh.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me diste aquel nombre?

—Porque, a pesar de que te conocía de tan solo unos minutos, lo noté. En tus ojos, en tu postura, en la forma en la que actuaste y cómo protegías a los tuyos. Y el nombre sonó en mi cabeza, alto y claro. Lo tomé como una señal y, como uno no puede nombrarse a sí mismo, lo hice por ti.

—Pero soy la que más ha desconfiado de todos vosotros. La que menos lo merecía.

—A veces, merecer no es algo que esté en las manos de uno, sino que otros lo deciden por ti.

Endora no pudo evitarlo y se asomó levemente, entonces vio el reflejo de las chicas en los ventanales del pasillo: Cressida se inclinó y le colocó a Charlotte un mechón tras la oreja. Esta se ruborizó ante el gesto y sonrió levemente.

—No hacía falta que me acompañaras, pero, aun así, gracias.

—En realidad, quería comentarte que Aristylla ha pensado que, ahora que sabéis algo de los orígenes de vuestros poderes, podrías intentar entrenar. Podríamos aconsejaros para usarlos mejor.

—Pero… con la investigación del Grimorio del Origen… perderemos tiempo.

—Solo una mañana, para que veáis qué podéis hacer. Y luego, os ayudaremos a buscar el Grimorio del Origen, ¿de acuerdo?

—Sí, supongo que no pasará nada. Mil gracias, Cressida, de verdad.

—Le diré a Caenis que se encargue de Noam y Endora, así os centraréis mejor. Puedo venir mañana a buscarte y quizá desayunar juntas antes de reunirnos con Ovidia y mi hermana. ¿Te parece bien?

—¡Claro! —respondió Lottie. Endora se percató, ajena a lo que había tras las palabras de la feérica.

—O tal vez… —apuntó Cressida; la bruja vio en el reflejo cómo rompía la distancia con

Lottie, que miraba anonadada a la feérica—. Tal vez podría pasar la no…

—Cressida —Endora irrumpió en el pasillo como una tormenta de verano—, justo iba a buscarte. Quería hablar contigo.

Esta se estiró lentamente y se giró hacia Endora con una sonrisa gatuna.

—¡Endora! Por supuesto. Lady Sabraydh, si me disculpas…

—Claro. Te veo mañana por la mañana. —Charlotte la sonrió, echó un rápido vistazo a Endora con gesto duro, entró en sus aposentos y cerró la puerta con suavidad.

Endora, cruzada de brazos en la puerta de su habitación, esperó a que Cressida estuviese frente a ella.

—Quería comentártelo —dijo la feérica antes de que la bruja pudiese hablar.

—¿El qué? —respondió de forma brusca Endora, presintiendo lo que la inmortal estaba a punto de decirle. La costilla le empezó a doler, pero disimuló el punzante golpe.

—Llevo tiempo pensándolo, pero voy a empezar a cortejar a Charlotte apropiadamente. Después de todo, noto que he llamado su atención. Y la verdad, tiene una mente sin igual y un físico hermoso. Quería asegurarme de que no te importaba.

«Que finja que no me importa no significa que sea así», pensó Endora. Palabras que quería decir en voz alta. Pero Charlotte ya no estaba en su vida de esa forma. Era libre, como ella, y no era nadie para prohibirle a Cressida sus intenciones.

—Es una mujer libre, como yo, como tú. No tengo que darte permiso para que la cortejes.

—Excelente. —Cressida volvió sobre sus pasos, dirigiéndose hacia las escaleras de caracol—. Dulces sueños, Endora.

Y la bruja cerró la puerta de sus aposentos de un golpe.

Charlotte salió de sus aposentos a la mañana siguiente y, tal como Cressida le había prometido, la esperó en el salón principal para desayunar. Esta iba vestida con una camisa blanca ceñida y un corpiño de color marrón que acentuaba su delgado y sensual cuerpo. Sus pantalones, negros y ajustados, conjuntaban con los botines que calzaba.

Lottie aún tenía que acostumbrarme a los ropajes tan ajustados que llevaban allí. Por consejo de Rine, ella había optado por un atuendo parecido. Debía admitir que los pantalones eran más cómodos que las faldas y no tenía que estar preocupándose de que se le viese nada. Pero todavía se tenía que acostumbrar a que le marcasen tanto el cuerpo.

—Buenos días. Madre mía, ¡qué buena pinta tiene todo! —comentó Lottie al ver la cantidad de comida que había sobre la mesa.

Cressida rio suavemente, asintiendo.

—Nuestros cocineros saben lo que se hacen. Por cierto, estás preciosa. Te queda genial el atuendo.

Lottie no se percató de la mirada que Cressida le había lanzado y se tomó el cumplido como pura cortesía. Pero la cortesía que Cressida tenía en mente era distinta a la que ella imaginaba.

—Rine lo ha escogido por mí. Siempre acierta con estas cosas.

—Sentémonos. ¿Qué tal has dormido?

Desayunó con Cressida a solas durante un rato, hasta que Aristylla llegó. Después apareció Ovidia, que venía hablando animadamente con Nova.

—Entonces ¿tío Festus era el que más aparecía?

—Con diferencia. Fue el primero en aparecer, y me costó horrores mantenerle a raya.

Nova y Ovidia rieron, y Charlotte no pudo evitar darse cuenta de lo parecidos que eran, tanto físicamente como en la forma de reírse.

Cuando ellos estuvieron a su lado, Lottie se percató de algo.

—¿Y Noam? —le preguntó a Ovidia.

—Caenis ha ido a buscarlo junto a Endora. Cressida le dijo que los entrenamientos serían por separado.

—Oh, cierto. Perdona, no me acordaba —Lottie se disculpó con la feérica. Esta le hizo un gesto con la mano, sin dar la menor importancia a su olvido.

Cuando todos terminaron de desayunar, las feéricas las llevaron hacia el río.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Lottie.

—A un lugar tranquilo y donde nadie nos molestará. Hay unas calas al otro lado de la isla. Navegaremos el río por el que llegamos el otro día. No tardaremos mucho.

Cuando salieron por la puerta principal de palacio, Caenis, Noam y Endora estaban cerca de los muros de acceso y se dirigían también al río.

—Ellos irán a unos prados que hay al norte. Estarán al otro lado de la isla. Les he dicho que nos reuniremos en cuatro horas para comer.

Todos asintieron ante la explicación de Cressida. Poco después, en apenas media hora, llegaron al lugar que esta les había indicado. Dejaron las barcas en la orilla del río y atravesaron el bosque hasta llegar a una playa desértica y tranquila. Sorprendentemente, hacía buen día y, aunque había algunas nubes errantes, no parecía que fuera a llover. Definitivamente, el verano se acercaba.

—Quiero que os descalcéis y vayáis a la orilla.

Aristylla y Nova se quedaron a un lado, sentados en la arena, mientras Cressida daba órdenes. Las brujas obedecieron y un escalofrío recorrió sus cuerpos cuando el agua entró en contacto con su piel.

—Antes de nada, mostradme lo que sabéis hacer. Vais a enfrentaros la una a la otra.

Charlotte y Ovidia se miraron, sorprendidas.

—¿Y si nos hacemos daño?

—¿Nunca habéis entrenado apropiadamente? Entrenar significa fallar y salir herido. Vais a salir heridas lo más probable. Por eso Aristylla está aquí. Es de las mejores curanderas que tenemos y la que mejor conoce el cuerpo humano.

—¡Irá bien! —gritó ella desde donde estaba, levantando los pulgares.

—Cuando queráis —les indicó Cressida, apartándose levemente.

Ovidia y Charlotte se miraron, asintieron y comenzaron a retroceder para darse algo de distancia.

Ovidia invocó a sus hiedras y Lottie reconoció que, por primera vez, se sentía intimidada por su amiga. Pero no se subestimaba, ella también era poderosa y lo iba a demostrar. Invocó su propia magia y la familiar luz azulada salió de ella y cubrió sus ojos, lista para atacar.

—Esto no es un espectáculo —apremió Cressida, cruzándose de brazos—. Luchad.

Ovidia atacó primero, lanzando una de sus esferas rojizas, que golpeó el pecho de Charlotte, la lanzó varios metros hacia atrás, cayó de bruces y rodó por la playa.

La bruja empezó a levantarse con dificultad, mareada. La energía de la magia de Ovidia todavía permanencia en su pecho; efectivamente, le había dado de lleno.

—¡Charlotte! —chilló Ovidia preocupada, empezando a caminar hacia ella—. ¿Estás bien?

—¡No la socorras! —ordenó Cressida, haciendo que la Bruja Negra se detuviese—. Vamos,

Sabraydh, ¡levántate!

Lottie volvió a concentrarse. Debía aprovechar los elementos que tenía al alcance. Puede que ahora que sabía que no era una Bruja de la Tierra, pudiese utilizar otras cosas a su favor. Pero, por ahora, se ceñiría a lo familiar. Cuando se dio cuenta de que Ovidia se preparaba para atacar, soltó un grito de pura fuerza y formó un remolino de agua y arena que aumentó en tamaño poco a poco. Aprovechando el viento lo lanzó hacia Ovidia, pero esta lo logró esquivar con sus hiedras negras de venas rojizas.

Charlotte había cumplido su objetivo.

Ovidia vio su sonrisa de victoria y esta vez no pudo defenderse.

Lottie usó la mano izquierda para levantar un viento que lanzó arena a los ojos de Ovidia, quien gritó de dolor. Instantes después, Charlotte aprovechó una ola que llegaba a la orilla para crear una hiedra acuosa, que golpeó directamente a Ovidia, la lanzó volando varios metros más allá hasta que cayó bruscamente en la arena.

Más rápido que lo que Lottie esperaba, Ovidia se reincorporó y Cressida le advirtió:

—Tiene la energía pura. Es más poderosa que tú. Debes tenerlo en cuenta.

Y Ovidia escogió ese momento para demostrar que, efectivamente, era mucho más fuerte que su amiga.

Dos sombras salieron del suelo, algo más altas que la bruja, y giraron sus cabezas hacia Charlotte, que se tambaleó. En ese instante se percató de que iba a ser presa de aquellas sombras.

—¡Ovidia, no irás a…! —empezó a decir Charlotte.

—¡Hazlo, Ovidia! —apremió Cressida—. Usa tu poder como tú desees.

Ovidia murmuró un «lo siento» y, mirando a las sombras que había creado, ordenó:

—Atacad.

Las sombras se movieron a una velocidad que hizo que Lottie gritase y huyese despavorida y aterrorizada, lejos de la Bruja Negra.

—Últimamente estás más callada de lo habitual, Endora.

La voz de Caenis la sacó de sus propios pensamientos mientras llegaban a un gran prado que había en medio del bosque. Este los llevó hasta el centro de la explanada, donde se detuvo y se giró para encararles. Noam y Endora se detuvieron; ella se cruzó de brazos mientras su primo mantenía las manos en la parta baja de su espalda.

—He pasado mala noche. Estoy algo cansada, nada más.

—Una lástima. No soy blando con los entrenamientos.

—No entiendo por qué tenemos que entrenar precisamente ahora —dijo Noam, que se había arreglado la barba y llevaba el pelo largo con marcadas ondas. Le quedaba bien. Algo para nada extraño en Noam—. Tenemos cosas más importantes que hacer.

—Yo solo sigo indicaciones de mi hermana. Y creo que estará bien que reflexionéis sobre vuestros poderes, pero, sobre todo, vuestras habilidades. Hoy vamos a centrarnos en enfrentar vuestras habilidades: la mental de Noam y la particular de Endora.

—¿De qué hablas, Caenis?

—Eso, ¿de qué habilidad hablas? —añadió Noam, confuso.

Caenis se cruzó de brazos, marcando aún más sus musculados bíceps. Endora se preguntó si lo suyo era cuestión de genética o el resultado de incesantes horas de entrenamiento. No era normal que los tres hermanos fueran tan… atractivos.

—Noam, tú tienes la capacidad de leer mentes, ¿verdad? —Noam asintió, y el inmortal siguió hablando—: ¿Qué más puedes hacer?

—Modificar y mostrar recuerdos. Borrar la memoria. Comunicarme.

—Fascinante —musitó Caenis, asintiendo—. Pues bien, digamos que Endora también posee la capacidad de portar una habilidad.

—No sé de qué me estás hablando, Caenis.

—Tú me lo dirás, «cambiaformas».

Endora no respondió, pero Noam y Caenis lo vieron. En los ojos grisáceos de la bruja algo brilló, un recuerdo vino a su cabeza.

—Lo has intentado —dijo fascinado Caenis.

Endora sonrió con suficiencia.

—Lo he conseguido.

—¿Qué significa «cambiaformas»? —preguntó Noam, sorprendido—. ¿Y por qué no me lo has contado?

—Es una habilidad peculiar, como la tuya a la hora de leer mentes. Tal vez, las habilidades sean herencia familiar. —Caenis enarcó una ceja, divertido.

Aunque pareciese intimidante por su gran altura y musculatura, Endora sabía que el hermano de Cressida era tranquilo y atento.

—Los cambiaformas son capaces de cambiar su apariencia por otra que ellos deseen. Y Endora es capaz de hacerlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace un tiempo, en una de nuestras fiestas, se lo comentaste a Cressida estando muy borracha. Me preguntó al respecto y le confirmé que sí, que era posible, y no un efecto secundario del alcohol.

—Recuérdame que no vuelva a beberme una copa estando vosotros cerca —gruñó Endora, arrepintiéndose de muchas cosas del pasado.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Noam sonaba algo ofendido, finalmente rompió del todo la distancia con su prima y la obligó a mirarle—. ¿Pensabas que iba a juzgarte?

—No se lo he contado a nadie. Sobria, quiero decir. Y cuando digo a nadie, es a nadie. Ni siquiera Harvey lo sabía —confesó Endora, encogiéndose de hombros—. Fue durante mi segundo año en Londres. Justo acababa de transcribir uno de los últimos capítulos de los manuscritos que me prestasteis cuando encontré información acerca de la capacidad de cambiar la apariencia. No era un conjuro o hechizo como tal, sino la explicación de la habilidad. Pero, como bien decía del texto, era compleja y solo gente muy poderosa podía ser capaz de utilizarla. Hablaba de la capacidad de poder cambiar tu forma física a tu antojo, de transformarte en lo que quisieses.

»Una noche, estaba con dos de mis gatos, los primeros que cogí de la calle, cuando pensé qué se sentiría al ser un gato. Simplemente lo pensé. Segundos después sentí un cosquilleo en mi cuerpo, cerré los ojos y, cuando los volví a abrir, el tamaño de mis aposentos había cambiado. Todo era más grande y yo me sentía más pequeña. Me miré y lo supe. No sé cómo, pero lo había conseguido. Me había transformado en un gato negro, con un pelaje precioso, la verdad.

—Endora, eso es espectacular —dijo Noam, anonadado, pero de manera positiva.

—¿No es raro? —repuso ella, algo insegura—. Una cosa es leer mentes como tú puedes hacer, pero ¿cambiar formas?

—Según cómo lo explicas, fue casi tan fácil como respirar. ¿Cómo volviste después a tu

forma? —preguntó Noam acercándose a ella.

—En tan solo unos segundos, fue agotador. Pero mis gatos se asustaron y salieron despavoridos. Conseguí verme reflejada en un espejo que tenía cerca de la cama y fue la sensación más extraña, terrorífica y fascinante que jamás había sentido.

—Es una habilidad que particularmente me fascina —comentó Caenis, dirigiéndose a ella y poniéndole una mano en el hombro—. Me gustaría que lo intentaras de nuevo hoy, si te ves capaz.

Endora miró al feérico y a su primo, claramente nerviosa ante la idea de volver a intentarlo.

—Quizá, en lugar de cambiar todo tu cuerpo, podríamos intentar empezar por las manos —propuso Caenis con voz calmada y experta, como si ese tipo de situaciones no le fuesen ajenas —. ¿Lo ves bien?

Endora se miró las manos, de largos y delicados dedos y con uñas cuidadas. «Nunca te has subestimado. No lo empieces a hacer ahora», dijo una voz en su cabeza. Ella asintió, y con ese cosquilleo levitando en su estómago, afirmó:

—Vamos a intentarlo.

Charlotte sentía a las sombras tras ella, incesantes y listas para atacar. Escuchó los gritos de Cressida a lo lejos diciéndole que luchase, que no fuese una cobarde. No estaba siendo una cobarde, estaba ganando tiempo. «Haz algo. Haz algo Charlotte, vamos», pensó una y otra vez.

Ovidia era más poderosa, eso estaba claro. Pero, igual que ella, no conocía la totalidad de sus capacidades, lo cual era una ventaja. Por lo que Charlotte, ayudándose del agua del mar, creó un escudo gigantesco desde la orilla hasta el bosque de la isla. Las sombras se detuvieron y, debido al líquido, Lottie no pudo escuchar lo que Cressida le estaba gritando. Las espectros intentaban cruzar el escudo, pero este era resistente; la bruja estaba concentrada en que no fallase y se mantuviese en pie.

En ese preciso instante, una suave brisa le acarició el rostro y tuvo una idea. Miró a su alrededor en busca de algo parecido a una escoba, pero no había nada así cerca.

—Esto es una locura, pero el escudo les mantiene distraídos, así que…

Agarrando esa brisa con las manos, Charlotte la atrajo hacia sí y, respirando hondo, la llevó en dirección a sus pies a la vez que saltaba. Ese viento la elevó decenas de metros por encima del escudo de agua.

«No hay límites. No te limites», escuchó que decía esa vocecilla en su interior. Todo sucedió de manera pausada pero también demasiado rápido. Mientras estaba en el punto más alto de su despegue Lottie miró a las sombras, que se habían percatado de lo que había hecho. Y con todas sus energías, creó una esfera de una luz blanca algo inestable que iluminó su rostro. Mientras ella descendía, la lanzó con un grito enérgico e impactó contra las sombras. En ese momento, Lottie cayó y rodó sobre la orilla y el escudo de agua que la había protegido desapareció, convirtiéndose en una ola que devoró a las sombras.

Y que luego fue hacia ella.

Con rapidez se levantó y, corriendo, volvió dirección a Ovidia, que estaba preparada para atacar de nuevo.

—¡Juego sucio, Ovi! —gritó con rabia cuando estuvo lo suficientemente cerca.

—¡Seguid! —las animó Cressida, dando una palmada y observando la situación con una sonrisa en el rostro. Tras ella, Nova y Aristylla permanecían atentos, de pie y vitoreando a las

dos chicas—. ¡Vamos, vamos!

—¿Estás bien, Charlotte? —preguntó Ovidia con ese brillo rojo rodeando su oscuridad.

Lottie asintió algo dolorida, y la Bruja Negra sonrió.

—Entonces juguemos.

Charlotte levantó su mano izquierda hacia el bosque y con su magia lo buscó. Una rama algo más larga que su pierna levitó hasta su mano y rápidamente la transformó en un bastón recto y puntiagudo. Lottie lo movió con una mano, viendo la sorpresa en el rostro de Ovidia y de los feéricos.

—¿Te crees que mi abuela utilizaba ese bastón solo para caminar? ¿Que solo me dedicaba a hacer pociones con ella? —Lottie sonrió con suficiencia, y Ovidia soltó una carcajada llena de adrenalina—. Me enseñó a defenderme de forma más tradicional.

Alrededor de la Bruja Negra se situaron varias esferas como antes y Lottie empezó a girar el bastón con más velocidad, inclinándose ligeramente hacia delante en posición defensiva.

—Dedicaos a parar los ataques la una de la otra por ahora —intervino Cressida en ese momento de pausa—. Lanza esas esferas, Ovidia, y deja que Lottie, o bien las pare, o contraataque.

Las dos amigas se miraron, y con su mano libre Charlotte le hizo un gesto a Ovidia.

—Después de ti.

Las esferas fueron directas hacia ella y Lottie empezó a moverse.

—Tienes que saber que esta habilidad hay que perfeccionarla. Estoy seguro de que, a pesar de las facilidades que tuviese Noam con la suya propia, la entrenó también al principio. ¿Me equivoco?

—En absoluto —afirmó Noam—. Tuve que entrenar durante los primeros meses que la habilidad empezó a estar presente. Controlar mis pensamientos y, sobre todo, intentar no escuchar mentes ajenas. Eso fue lo más complicado. Pero al cabo de un par de meses de práctica incesante, lo conseguí.

Endora miró a su primo con orgullo. Recordó que, años atrás, un día vino asustado y con grandes ojeras, diciendo que no podía parar de escuchar voces y que quería que se detuviesen. Tenía tan solo trece años; ella dieciocho. En ese momento, Endora supo que su habilidad como vidente era de las más poderosas de la familia Clearheart.

—No tenemos mucho tiempo hasta volver a palacio —prosiguió Caenis dirigiéndose a la bruja —, por lo que te acabaré de explicar una cosa más que es extremadamente importante y nos pondremos manos a la obra.

»Como hemos dicho, hoy intentaremos transformar o cambiar tan solo tus manos. Piensa que puedes transformarlas en aquello que desees y tendrás la capacidad.

—Tengo una pregunta —dijo la bruja, que en ese momento tuvo una idea.

—Soy todo oídos.

—Miedo me da —musitó Noam viendo una familiar expresión en el rostro de su prima.

—Sí, supongamos que decido transformar mis brazos en alas. ¿Eso me permitiría volar?

—Con práctica y disciplina, por supuesto —le aseguró Caenis, sonriendo de medio lado.

Endora mostró una expresión de pura estupefacción.

—No te lo esperas, ¿verdad? —inquirió su primo, cruzándose de brazos.

—¿En serio me estás diciendo que podría volar? ¿Por mi cuenta?

—Primero —la tranquilizó Caenis, moviendo sus manos de arriba abajo—, tus manos, ¿vale?

Endora asintió y respiró hondo, irguiendo la espalda y preparándose mentalmente.

—Vamos a hacer lo siguiente: quiero que pienses en aquello en lo que quieres que tus manos cambien. Pero, si Noam consigue leerlo en tu mente antes de que te transformes, tendrás que buscar una alternativa.

—¿Por qué?

—Me permitirá ver ciertas cosas. Por ahora, céntrate y busca aquello en lo que quieras cambiar.

«Entre lo de Cressida y Charlotte y ahora esto, menuda mañana», pensó Endora.

—¿Qué? —se le escapó a Noam en voz alta.

La bruja se puso colorada.

—¡No te adelantes, tramposo!

Caenis aguantó la risa frente a ellos, pero respiró hondo, manteniendo en todo momento la serenidad.

—No os desconcentréis.

—Perdón, perdón —se disculpó Noam—. De eso hablamos luego.

—Deja que me concentre. No me lo estás poniendo fácil —se quejó Endora, cerrando los ojos y colocando las palmas de sus manos boca arriba.

Caenis se apartó un poco y Noam hizo lo mismo, ambos mirando atentamente a la bruja.

—Cuando quieras, Endora —le avisó Caenis, y esta asintió con la cabeza.

Cientos de posibilidades se abrieron paso en su mente. ¿Un león? ¿Tal vez una…?

—¿Una ardilla? ¿En serio?

Endora gruñó de la rabia, pero mantuvo los ojos cerrados.

—Cuervo —adivinó Noam.

—Que sí, eres rápido.

—Ciervo.

—Noam….

—¿Un gato? Sé algo más original.

—¡¿Me quieres dejar pensar?! —gritó Endora, exasperada y al fin abriendo los ojos.

—Ya has pensado —se excusó el chico con diversión; su magia gris envolviendo sus ojos y parte de su cuello.

—Y este es el punto al que quería llegar —intervino Caenis, dando un paso adelante—. Endora, es normal que esté pasando esto. Lo que tienes que hacer antes de poder transformarte es bloquear tu mente.

»Ahora mismo eres un libro abierto para Noam porque estás enfocando toda tu energía en cambiar tus manos. Tienes que equilibrar el peso, hacer que la balanza sea perfectamente recta. Protege tu mente y modifica tus manos.

—Soy buena bloqueando mis pensamientos.

—Eso es verdad —afirmó Noam dándole crédito a su prima.

—Entonces, ya tienes la mitad de la tarea hecha. Vamos, tú puedes. Concéntrate en la respiración. Es clave.

La bruja respiró hondo y movió los hombros y los brazos, intentando relajar su cuerpo.

El ritual de bloquear su mente era sencillo. Había practicado tantos años junto a Noam que era casi como respirar, por lo que no tardó en encontrar aquella repentina paz inundando sus pensamientos y respiró hondo, dejando salir el aire por su boca despacio y con calma.

—¿Algo? —preguntó Caenis a Noam, rompiendo el silencio.

—Nada. La ha bloqueado como de costumbre.

—Bien. Bien, Endora, sigue así. Ahora las manos.

Asintiendo, la bruja respiró hondo de nuevo y empezó por el primer paso: acceder al núcleo de su poder. El familiar cosquilleo de su magia subió por su pecho hasta llegar a sus hombros, brazos y sus manos. Con su mente bloqueada, divagó hacia algo que Caenis había comentado unos instantes antes. Tuvo un pensamiento fugaz que apartó enseguida y volvió a concentrarse. Pero, cuando escuchó que Noam y Caenis cogían aire, sorprendidos, la concentración se disipó al instante. Endora se miró las manos, que seguían exactamente igual. Nada había cambiado.

—¿Qué narices pasa? —exclamó, confusa.

Fue a dar un paso cuando lo sintió. Ese gigantesco peso en su espalda. Endora se tambaleó, pero Noam corrió a sujetarla y consiguió mantenerla en pie.

—Magnífico… —musitó Caenis para sí; sus ojos abiertos como platos.

—¿Qué está…?

Endora giró la cabeza y lo que vio hizo que se paralizase. Del centro de su espalda, dos majestuosas alas, parecidas a las de un búho, nacían. Estas se abrieron y brillaron bajo la luz del sol. Las plumas eran gigantescas y, a primera vista, daban la sensación de ser suaves, pero a la vez fuertes y poderosas. Su color, un púrpura oscuro casi negro, le hizo saber a Endora que, efectivamente, ella había sido la artífice de esa magia.

—¿Esto es cosa mía? —preguntó, queriéndose asegurar de que lo que veía era real, que no estaba alucinando.

—Puedes apostar a que sí —susurró Noam, admirándola.

—Yo… yo…

Endora sintió que las alas se movían descoordinadamente y su agarre se endureció contra Noam, tratando de procesar lo que estaba sucediendo.

«Respira. Respira. Tienes que respirar», se dijo a sí misma.

—Esto no es normal. —Estas fueron las únicas palabras coherentes que fue capaz de pronunciar.

—¡Claro que no lo es! Es magnífico, Endora. —El orgullo y la alegría llenaron la voz de Noam—. Mírate. Así eres imparable.

—Esto… yo… no puedo respirar.

Endora cayó de rodillas, plegando sus alas con ese movimiento. Se llevó una mano al pecho mientras su respiración se intensificaba. Noam se agachó junto a ella, con preocupación en su mirada, y sus manos se apoyaron en los hombros de la chica. Las manos de Endora se aferraron a los brazos de él y sus uñas se clavaron en su piel. Sin duda, ella estaba entrando en pánico.

—Endora, respira conmigo. Mírame. —La chica conectó sus ojos grises con los de color miel de Noam, que eran pura dulzura en ese momento. Comprensión. Paciencia—. Vamos, paso a paso. Uno, dos, tres, respira. Sigue así. Eso es, ahora exhala. Deja salir todo. Otra vez, respira…

Endora siguió las instrucciones de su primo mientras Caenis se hacía a un lado, pero sin dejar de observar la escena con curiosidad.

—Lo siento mucho —soltó abruptamente Endora cuando su respiración empezó a calmarse.

Los ojos de Noam se endulzaron.

—¿Por qué lo sientes?

Lo sentía. El nudo en su pecho, la avalancha de sentimientos que llevaba meses guardando bajo capas y capas. Todo eso estaba saliendo a la luz como un alud imparable, pero Endora

tampoco quería detenerla. Estaba cansada. Agotada. No podía más.

—Por fallarte, por ser una carga, por mi egoísmo.

—No eres un fracaso, no eres una carga y no eres egoísta. —Noam hizo algo que no había hecho en años: limpiar las lágrimas que caían por el rostro de la mujer que consideraba como una hermana—. Eres Endora Clearheart y puedes ser lo que quieras ser. Y, sobre todo, debes tener clara una cosa que parece has olvidado: tienes que permitirte estar feliz, pero también triste. Reír y llorar como cualquiera puede hacerlo. Nadie puede culparte por sentirte como te sientes. Estos últimos meses han sido horribles para todos, pero hemos pasado por alto que Harvey… te traicionó. Fuiste un gran apoyo en mis días más oscuros hace años. No estaría aquí sin ti, y nosotros tampoco estaríamos aquí sin ti. Ovidia, Charlotte y yo estamos a salvo gracias a ti.

—Esto no es estar a salvo. Esto es escapar, sobrevivir.

—Eso es la vida. Sobrevivir cada maldito día y encontrar alegría en las pequeñas cosas que ofrece. Es un pacto pesado, pero que disfruto con gusto porque te tengo a ti y a esas otras dos brujas testarudas en mi vida.

—Necesito deshacerme de ellas. Acabo de pensar en volar y…

Noam sonrió y ayudó a Endora a ponerse en pie.

—Parecen pesadas.

—Lo son. ¿En qué estaba pensando? —se dijo.

Se escucharon pasos acercándose a ellos. Caenis estaba de nuevo allí presente con su perenne serenidad.

—Caenis, perdona por el espectáculo —musitó Endora—. No deberías haber presenciado nada de esto.

—En realidad… esto ha sido muy esclarecedor. —Su voz era tan tranquila como el ronroneo de un gato—. Eres más poderosa con tu habilidad de lo que crees, Endora. Se suponía que solo cambiarías de manos, y sin embargo has sido capaz de invocar alas. Alas, Endora. Eso es algo de lo que, algún día, espero que estés orgullosa.

—Quizá… —Hizo una pausa mirando el borde de las alas que asomaban por encima de su hombro derecho—. Quizá pueda intentar caminar con ellas. Aprovechar su peso. Podrían ser una gran arma en caso de que las necesite. No quiero desperdiciar esta oportunidad.

Caenis se hizo a un lado, ofreciéndole toda la pradera para llevar a cabo sus deseos.

—Tenemos algo de tiempo hasta el mediodía. Cuando quieras…

Noam le puso una de las manos en la parte baja de la espalda, justo debajo de la raíz de las alas. Majestuosas, negras con degradado púrpura. Eran realmente un reflejo de Endora.

—Estaré a tu lado en todo momento —le aseguró Noam, guiñándole el ojo.

La bruja se enderezó y, respirando con dificultad, dio el primer paso.

Cuando el sol estaba en su punto más alto, fue cuando volvieron a palacio, tal como Cressida les prometió. Fueron a por el bote y se subieron a este. Cressida lideró la navegación mientras Aristylla y Nova comentaban el combate con un brillo en los ojos sin igual.

Charlotte y Ovidia habían luchado durante un buen rato, siguiendo indicaciones de Cressida y sufriendo algún que otro rasguño que Aristylla curó al instante. Charlotte estaba agotada, pero a la vez se sentía con más energías que nunca.

—¿Cuándo has volado? —comentó Ovidia, cogiéndola de la mano—. Se me ha parado el corazón.

—No haberme enviado esas sombras. ¿Cómo lo has hecho?

—Te he dicho que estos meses he estado practicando. Algo bueno tenía que salir de ello.

—La verdad es que os habéis superado las dos —declaró Nova; las venas de sus antebrazos marcándose.

—Con un poco más de práctica, perfeccionaréis todo, lo de hoy aún más.

—Nos encantaría, pero… —Charlotte apretó los labios—. Tenemos que seguir buscando el Grimorio del Origen, es lo prioritario.

—Lottie lleva razón. —Ovidia miró sonriente a su amiga—. Tenemos que seguir buscándolo. Después de comer nos pondremos a ello.

—¿No íbamos a ir a…?

—Ari, no estropees la sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —preguntaron las brujas a la vez.

El caudal del río fue aumentando y empezaron a ver el familiar muro a lo lejos.

—Solo os diré que ahora comáis y descanséis. Pero, sobre las cuatro de la tarde, quiero veros en la entrada de palacio. Sed puntuales.



Agosto de 1572. Surmerya, Isla Feérica

Estaba sentado en su rincón favorito de la isla. El atardecer ya iba dejando paso a la noche; aunque la luna aún no se dejaba ver, el sol ya se había escapado por el horizonte. Las celebraciones habían tenido lugar durante todo el día, y todavía seguían.

Nova había necesitado un respiro de todo el jolgorio. Quedó completamente paralizado cuando se percató de que ciertos mechones del cabello de su madre ya tenían canas y que asomaban arrugas por su rostro. Sabía que eso era algo que le tocaría vivir, que sería algo que debía haber asumido. Pero, en el fondo, sabía que cada día sería una cuenta atrás muy dolorosa y el pánico le atenazaba.

¿Esa era la condena por ser inmortal? ¿El lidiar con el peso que dejaban en tu corazón las personas que habían conseguido entrar en él y que ya no estaban?

No es que no hubiese feéricos ancianos en la isla, pero en apenas un parpadeo su madre había pasado de tener esa mirada joven y risueña a contener una sabiduría que solo los mayores poseen.

Ese día él el cumplía dieciséis años, y parecía ser el único que no podía disfrutar de su celebración. Una ola chocó con las rocas, mojándole los pies descalzos. Llevaba unos pantalones de color marrón claro y una camisa blanca medio desabrochada y remangada hasta los codos.

—¿Susurrándole cosas a las estrellas?

Al escuchar esas palabras, Nova tuvo que sujetarse a la roca, se dio la vuelta y vio a su madre de brazos cruzados y arqueando una ceja.

—No uses tus trucos de bruja para asustarme.

—¿Qué haces que no estás en tu fiesta? Hay gente que te está buscando para felicitarte.

—Necesitaba un poco de tranquilidad. Ya sabes que no me gustan mucho las multitudes. Eso es cosa de papá.

—Qué me vas a contar.

Nova ayudó a su madre a subir a las rocas y le hizo sitio. Él compuso una mueca de preocupación y le dijo:

—¿La espalda?

—Otra vez —gimoteó Virgilia, que al fin se había sentado a su lado—. Ojalá tuviese este físico tan perfecto que os gastáis los inmortales. Pero, hijo, hacerme mayor es mi condena.

Al sonreír tras esas palabras, unas arrugas se formaron en sus ojos y a él le pareció todavía más guapa. Nova siempre había tenido una conexión especial con su madre, y el perderla… se le hacía inimaginable.

—Mírate. —Lo giró hacia ella, estiró su camisa y cogió su rostro; algunos rizos cayendo sobre su frente—. Lo guapo que estás. ¿Cuándo te has hecho tan mayor?

Nova no respondió; sus ojos incapaces de mirar a los de su madre, de ese mismo castaño oscuro, a diferencia de los Caenis, completamente negros.

—¿Quieres contármelo? ¿Qué te reconcome?

—Siento decepcionarte tanto, madre. Siento ser un fracaso.

Virgilia frunció el ceño y puso un dedo bajo el mentón de Nova, obligándole a mirarla.

—¿A qué viene todo esto? ¿Ha pasado algo?

—Precisamente todo lo contrario, qué no ha pasado.

Entonces vio la comprensión en los ojos de su madre. Esta respiró hondo y, sin abordar directamente el asunto, le permitió a Nova que se expresase:

—¿En qué sentido eres un fracaso, cielo? —Nova resopló. Esa era su manera de luchar contra las lágrimas—. Porque, a mis ojos, no lo eres. Ni mucho menos.

—No soy digno de la magia, la que tú proteges tanto. Debería ser capaz de poder usarla como tú. Debería ser magnífico.

—Tener la magia no significa ser magnífico, hijo mío. Significa una gran carga, algo de lo que tú no te vas a tener que preocupar. Y, créeme, no sabes la suerte que tienes.

—Pero mírate. Eres magnífica, capaz de controlar las sombras sin un ápice de dificultad. Se mueven contigo y tú con ellas. Creía que yo también sería capaz de hacer eso.

—¿Creías o querías?

—Lo quería más que creerlo.

Se hizo el silencio entre ambos y Virgilia cogió las manos de su hijo entre las suyas; la mirada del chico perdida en el mar.

—Tal vez tarde más tiempo del que pensamos —susurró ella para intentar tranquilizarle—. Tal vez aparezca cuando yo ya no esté aquí.

—No… no hables de eso. No quiero oírlo. Por eso no me gusta celebrar mi cumpleaños. Cada año que gano de vida, te arrebato uno a ti.

—Tú no me arrebatas nada, cariño. —Cogió el rostro de su hijo entre las manos, ahora sí obligándole a mirarla—. Yo ya envejecía mucho antes de que tú llegaras.

—No quiero perderte. —Su voz se rompió y las lágrimas empezaron a caer. Virgilia sintió que su propio corazón se rompía ante tan desoladora imagen—. Si… si consigo portar la magia, activarla, será como si realmente nunca te hubieras ido, como si una parte tuya siguiera conmigo para siempre.

—Y si eso no sucede no pasará nada. Porque siempre estaré contigo, ¿me oyes?

Nova negó, se levantó y bajó de las rocas en dirección a la orilla. Virgilia le siguió y se dio cuenta de que le sacaba más de una cabeza.

—¿Y si yo fui la causa de que no hayas podido tener más hijos con papá? ¿Y si rompí algo dentro de ti?

Virgilia rompió la distancia y le cogió de los brazos.

—Pero ¿tú escuchas las barbaridades que estás diciendo? Hijo, mírame. No quiero irme de este mundo sabiendo que soportas tal carga. Si no he concebido es porque las diosas así lo decidieron. Porque tú eras el único heredero que yo tenía que traer al mundo.

—El heredero no heredero.

—Eres Novateryum Newbourne-Thyrellias, lord Aaven de Surmerya y heredero de la oscuridad. Puede que no portes la magia, pero mi sangre corre por tus venas. Y eso ya te hace más que suficiente y merecedor de ser lo que eres: mi hijo y una nueva esperanza para este pueblo que necesita la magia más que nunca.

Se fundieron en un abrazo tan fuerte que Virgilia sintió por un momento que se iba a ahogar, pero no le importó. Se dejó abrazar por su único hijo y aspiró con fuerza su familiar aroma.

Segundos después, al inicio del bosque, Nova vio a Caenis, que se mantenía apartando, respetando las distancias y el momento íntimo entre su mujer y su hijo.

—Papá está aquí —murmuró Nova en el oído de su madre.

Virgilia rompió el abrazo, se dio la vuelta y vio que su marido aparecía entre las sombras, mirándolos con preocupación.

—¿Quieres hablar con él? Sabes lo mucho que le importa que también se lo cuentes.

—Lo haré. —Nova asintió.

—Sabes que estamos muy orgullosos de ti, ¿no?

Nova asintió de nuevo, respirando hondo y esbozando una sonrisa.

El chico se acercó a su padre que, viendo el gesto, lo tomó como señal suficiente para acercarse al joven y, poniendo sus grandes manos en los delgados brazos de su hijo, mustió:

—¿Qué ocurre?

Nova le contó todo lo que sentía. Caenis apretó los labios y asintió, comprendiendo el dilema, el dolor y la impotencia de su hijo.

—No quería molestaros —aclaró Nova.

—Nunca molestas. La que me molesta es tu madre con sus ronquidos.

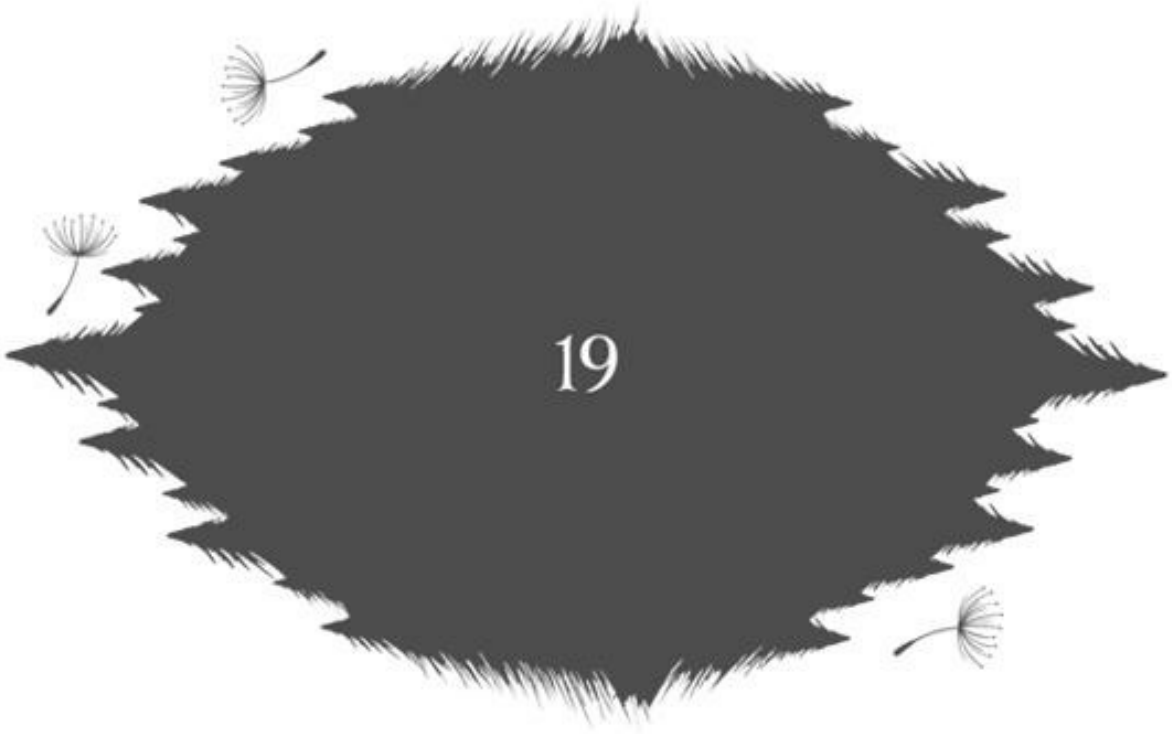
—¿Disculpa? —exclamó esta, ahora junto a ellos—. ¡Tendrías que escucharte!

Nova observó con diversión la pequeña batallita inofensiva de sus padres y, cuando vio que estaban a punto de besarse de esa forma tan intensa, se aclaró la garganta, llamando su atención.

—Creo que podemos volver a la fiesta.

—¡Es hora de la tarta! Es de melocotón, tu favorita.

Virgilia tiró de su hijo. En busca de salvación, Nova miró a su padre, que se encogió de hombros sonriendo. Los tres volvieron juntos a la celebración; Nova entre ambos, contándole todo de nuevo a su padre. Y, durante unos instantes, pareció que la paz y la tranquilidad volvieron al corazón del chico.



14 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

«¿Charlotte y Cressida?».

Le dolía la espalda. Aún podía sentir el peso de las alas y el picor en el lugar donde estas habían nacido. Había logrado caminar recta y sin caer después de más de veinte intentos fallidos. Pero primero había sido el peso. El maldito peso y el equilibrio.

Tuvo que plegar y desplegar las alas varias veces antes de empezar la práctica de moverse. Tan solo dio unos pasos. Primero lo intentó con las alas desplegadas, pero fue imposible. Así que las plegó y empezaron los interminables intentos. Aquella experiencia había sido como tener dos brazos más; una sensación extraña durante los primeros minutos, hasta que lo raro se convirtió en algo a lo que tuvo que acostumbrarse.

Noam no le había soltado la mano en ningún momento. Ese era el tipo de cosas de las cuales Endora jamás se olvidaba. Pero, ahora, con esa pregunta flotando entre ellos, tener esa conversación era algo más que añadir a su lista de cosas que quería ignorar. Sin embargo, se trataba de Noam. El chico de aura positiva, cariñoso y preocupado por los demás, con sus ojos miel llenos de dudas. Él podía crecer todo lo que quisiese, pero para Endora siempre sería el pequeño.

«Anoche las escuché hablando en el pasillo». Endora lanzó el pensamiento mientras Caenis abría las puertas del muro que rodeaba el palacio. «Fue justo después de contactar con los Desertores y saber que la situación que había en tierra firme. Las escuché hablando y vi cómo Cressida coqueteaba con ella. No creo que Lottie se haya dado cuenta».

«¿Pasó algo más?», preguntó de nuevo Noam.

Endora suspiró recordando la proposición que paró a tiempo.

«Casi le propuso pasar la noche con ella. La detuve a tiempo».

«¿Por qué? Creía que lo tuyo con Lottie…», dijo Noam.

«Sabes perfectamente por qué lo hice, Noam. Déjate de preguntas estúpidas».

Noam enarcó una ceja e inclinó su cabeza ante la fuerza del pensamiento de la chica.

—Vale —murmuró él.

Caenis estaba varios metros más adelante, dejándoles algo de intimidad mientras saludaba a los feéricos que había en los puestos de las puertas de palacio. Al final de las escaleras de entrada, Ovidia y el resto les esperaban.

—No comentaremos nada de lo que ha pasado con respecto a mi habilidad —dijo Endora a Noam y Caenis, el cual se dio la vuelta para mirarla con rostro sereno—. ¿Entendido?

La chica se había asegurado de decir esto lejos de las escaleras, pero Cressida, Nova y Aristylla la miraron. «Maldito oído feérico», se dijo.

—No somos quién para contar lo que ha pasado. Esa es una tarea que tú has de llevar a cabo —declaró Caenis.

—Mis labios están sellados, prima —le aseguró Noam, guiñándole un ojo.

—Me encanta cuando las cosas se solucionan de manera tan sencilla. ¡Gracias!

Los tres retomaron el paso y subieron las escaleras para reunirse al fin con el resto del grupo a las puertas de palacio.

—¿Qué tal ha ido, padre? —preguntó Nova, curioso.

—Nada mal. Para nada mal. Cressida, creo que tenías que decirles algo.

Todos hicieron un círculo. La feérica estaba flanqueada por sus hermanos. Endora, justo frente a ella, se cruzó de brazos, Noam a su derecha y Ovidia a su izquierda. Charlotte estaba al otro lado de Ovidia, pero no la miró ni un instante.

—Sé que teníais intención de continuar con la investigación esta tarde y no estoy haciendo esto para ralentizaros. Pero hay algo que queremos enseñaros, os esperamos sobre las cuatro en este mismo punto. Sed puntuales. Y esta noche podréis seguir con la búsqueda sin problema. ¿De acuerdo?

—¿Qué es lo que queréis enseñarnos exactamente? —preguntó Endora, seria.

—Es una sorpresa —intervino Aristylla notando la tensión en el ambiente—. Ni siquiera en las visitas que has hecho a la isla lo has visto.

—Id a comer algo y a descansar, que aún tenéis algo más de dos horas y os vendrá bien —los animó Caenis, que rompió el círculo y se dirigió hacia las puertas que se ya abrían para ellos—. Iré a ordenar que preparen el salón.

—Nosotras tenemos que resolver unos asuntos personales —musitó Cressida señalando a su hermana—. Os veremos aquí a las cuatro.

Las feéricas bajaron las escaleras y Endora fue la primera en entrar, sin mirar atrás.

—Comeré en mis aposentos. Nos vemos luego.

«¿Quieres que vaya contigo?», se ofreció Noam.

«Necesito algo de soledad, Noam», contestó ella.

«Llámame si necesitas algo. Lo digo en serio, Endora».

«Lo haré», contestó ella.

Y, sin más, desapareció de la vista de todos.

Charlotte advirtió la conversación mental que Noam había tenido con Endora mientras esta se

marchaba. Tuvo curiosidad por preguntar qué pasaba o cómo había ido el entrenamiento. El chico se limitó a decir que había ido bien, nada más. Así que ella dedujo que algo había pasado y se propuso averiguarlo.

Después de comer y de vuelta en sus aposentos, Rine iba de aquí para allá preparando su atuendo para el evento de aquella tarde.

—¿Qué opinas de este?

Charlotte detuvo la taza frente a sus labios. La túnica, de un tono lila oscuro, era preciosa, pero algo le decía que no era adecuada para la ocasión.

—Ese… ese color no.

Rine la miró extrañada y examinó la prenda.

—¿Y por qué no? Creo que te quedaría muy bien.

—Porque ese color es de Endora —confesó, con la taza entre sus manos sobre su regazo—. Sería como robarle algo.

—Una persona no puede apropiarse de un color, lady Sabraydh.

—Créeme, ella puede.

Rine miró a Charlotte durante unos instantes. Esta tenía la mirada perdida, como si estuviese recordando algo. La feérica se percató de que la humana estaba a punto de derramar el té que tenía entre las manos, así que se lo arrebató con cuidado, captando la atención de Lottie.

—Oh, perdona, no me había dado cuenta —se disculpó ella, algo abochornada.

—Charlotte… —Rine se sentó junto a ella y la cogió de las manos. Llevaba el cabello blanco recogido en un moño sencillo que resaltaba su delicada cara—. ¿Cómo estás?

—¿Siendo honestas? Dolorida. —Se señaló justo por debajo del pecho—. ¿Tú sabes el daño que me he hecho en el entrenamiento? Las esferas de Ovidia son duras. Por no hablar de las …

—No me refiero a tu estado físico, sino al estado de tu corazón.

—¿De mí…? Oh. —Lottie se encogió de hombros, soltando una risa seca para restar importancia al comentario de Rine—. Supongo que va a ratos. Sé que no me dirige la palabra porque carga tanto en su corazón que ahora mismo no sabe por dónde empezar a tratar todos los problemas que tiene en su cabeza.

—Pero estás pensando más en ella que en ti. ¿Qué te hace sentir todo esto a ti?

—Hablé con Ovidia de ello. Fui yo la que cortó tras idas y venidas desde que la volví a ver. En enero decidimos terminar nuestro cortejo, pues ella vive en Londres y yo, en Winchester. La distancia iba a ser impedimento para nuestra relación y tenemos distintos caminos en esta vida. Pero quise mantener la amistad enviándole cartas que no respondió. Y cuando supe que tampoco había contestado a Noam, con quien había mantenido contacto durante años, supe que algo iba mal y que se estaba aislando por un buen motivo. El patrón se ha ido rompiendo estos meses por la situación que nos ha tocado vivir. Fue por eso por lo que le dejé claras las cosas. Pero…

—¿Pero? —la animó a seguir Rine.

Charlotte apretó los labios, notando que estaban a punto de temblar. Parpadeó, luchando contra las lágrimas.

—Tenía la esperanza de que funcionásemos. Me es… —resopló, tomando el valor de decir en voz alta lo que había ocultado en sus pensamientos—. Me es imposible no comparar nuestra relación con la de Ovidia y Noam. La suya, a pesar de las circunstancias, funcionó. Y en el fondo esperaba que Endora y yo también pudiésemos superar los baches. Pero supongo que no todos podemos tener nuestro final feliz.

—¿Se lo has dicho a ellos?

Charlotte negó y se llevó las manos al rostro, abrumada por la inmensa avalancha de sentimientos que empezaban a acumularse en su pecho.

—Creo que deberías hacerlo. Guardarte este tipo de pensamientos es horrible, Charlotte. Y Ovidia y Noam son tu familia, ¡debes contarlo!

—Técnicamente, no son mi familia —la corrigió rápidamente Lottie.

—A veces, la familia se escoge. Y vosotros cuatro, quieras o no, os habéis escogido. Para lo bueno y para lo malo. Intenta no pensar en todo esto durante la tarde. Hazme caso: lo que vais a ver es algo que todo el mundo debería experimentar una vez en la vida. No lo intentes. —Vio las intenciones de Lottie, pero la detuvo a tiempo—. No voy a decirte de qué se trata, tengo órdenes directas de mantener la boca cerrada. Ahora, el vestido. ¿Uno azul?

—*Aye* —respondió de inmediato Lottie.

—Supongo que eso es un «sí». Solo falta combinarlo con la capa.

Charlotte la miró confundida, siguiéndola con la mirada mientras se movía hacia el armario donde estaban todos esos preciosos vestidos y preguntó:

—¿Una capa? ¿Para qué?

Todos llevaban el mismo atuendo, solo que en dos tonos distintos: azulado y violeta.

La pequeña plaza frente a las puertas de palacio, donde algunos feéricos vendían sus mercancías de forma permanente, ahora se encontraba vacía y en un silencio que sorprendió a Charlotte. Rine había partido tras acabar de vestir a Lottie y prometió verla más tarde. Lo más raro es que no había rastro de Elrich y Lysander por ningún lado.

—Caenis ya está en el lugar. Nos está esperando junto a los demás. Por favor, seguidnos —indicó Cressida junto a su hermana.

Todos pensaban que las iban a llevar de nuevo a la misma entrada del muro por el que habían llegado esa misma mañana, pero, para sorpresa de los mortales, todo el grupo rodeó el castillo y fue hacia la parte trasera de este. Allí había otra puerta gigantesca, que atravesaron para llegar al otro lado. La puerta se cerró con un sonido hueco que vibró en sus cuerpos. El bosque, que parecía inundar la isla, les dio la bienvenida de nuevo. Para su sorpresa, vieron una estructura que consistía en unas escaleras nacidas de la misma tierra y que subían por la colina en la que descansaba el castillo, perdido entre la maleza.

—Cuidado, no resbaléis —avisó Aristylla, a la cabeza del grupo. Tan solo había dos guardias acompañándolos, ambos estaban atrás del todo, también vestidos con ese traje tan particular—. La subida es algo larga, pero os prometemos que merecerá la pena.

Lottie vio cómo Aristylla acompañaba a Nova y a Ovidia. Tras ellos iban Endora y Noam intercambiando miradas, pero sin decir nada. Sin duda, estaban volviendo a comunicarse mentalmente. Era demasiado evidente.

—¿Subimos juntas?

La voz de Cressida la obligó a apartar la mirada de los primos Clearheart y, ofreciéndole una sonrisa medio fingida, asintió. Al cabo de un minuto, se percató de lo etérea que la feérica parecía con aquellas vestimentas. Llevaba una túnica azul igual a la suya, iba maquillada en tonos dorados y su gran melena rubia caía en una trenza gruesa por su hombro derecho.

—Supongo que no vas a contarme nada hasta que lleguemos al final de estas escaleras, ¿me equivoco? —dijo Lottie para romper el hielo.

—No estropeemos la sorpresa. Solo diré que es algo muy importante para nosotros. Y que

Virgilia fue la última humana en ver esto. Te ves magnífica, por cierto. Ese azul combina con el de tus ojos.

—Rine… es la mejor escogiendo estas cosas.

—Sabe cómo hacer que una mujer bella lo sea aún más.

Charlotte se quedó de piedra ante el comentario. ¿Estaba…?

Unos metros más adelante, Endora se tropezó con una piedra, maldiciendo mientras Noam la ayudaba a levantarse.

—¿Estás bien, Endora? —preguntó Cressida mientras Charlotte se recomponía del comentario.

—Perfectamente.

—Sujétate las faldas. Estos escalones… —Cressida le ofreció su brazo a Lottie, la cual, algo sonrojada, aceptó— te enseñan a estar atenta y preocuparte de lo importante.

—Gracias por el consejo. —Sujetándose las faldas, Endora aceleró el paso. Noam fue a su lado.

—Lady Sabraydh… —La voz de Cressida era un suave ronroneo y Lottie tuvo que sujetar también sus faldas con la mano derecha. Aun así, la capa arrastraba y ella no pudo evitarlo, por lo que se llenó de hojas y tierra—. Necesito que me cuentes dónde has aprendido a luchar así. Ha sido fascinante la pelea que has tenido con Ovidia.

—Es imposible que la ganase. Tú misma lo dijiste, la energía pura es mucho más poderosa.

—Has hecho lo que has podido. Será cuestión de practicar más.

—Supongo que sí.

Estuvieron charlando acerca del entrenamiento, de los aciertos y fallos tanto de Lottie como de Ovidia. En un momento dado, la bruja vio cómo las escaleras llegaban a su fin. Allí los árboles dejaron paso a los arbustos y a una fina hierba que tapizaba lo que parecía ser un balcón natural. Aquel era, sin duda, su destino.

Charlotte se soltó de Cressida y, anonadada, dio unos pasos hacia delante hasta ponerse junto a Ovidia, que estaba a su derecha mirando el lugar tan sorprendida como ella. Los feéricos se hicieron a un lado, con orgullo en sus corazones al ver que aquel lugar provocaba tal efecto tanto en ellos mismos como en los mortales.

—Virgilia puso la misma cara la primera vez que la trajimos aquí —comentó Aristylla, nostálgica—. No dijo ni una palabra, era pura estupefacción.

Silencio absoluto. Sus ojos admiraban un templo. Una pequeña plaza, hecha de mármol blanco, reunía a cientos de feéricos que, con las mismas túnicas que ellos llevaban, veneraban a la gigantesca estatua que tenían delante, que medía por lo menos veinte metros y estaba protegida por una importante fila de guardias. Más allá, justo por encima de la cabeza de la figura, unas puertas llevaban a la entrada de lo que parecía ser una gigantesca y majestuosa torre, que se elevaba intimidante frente a ellos. La primera vez que la habían visto, subidos en los barcos de camino a la isla, no les había parecido tan alta.

Los cuatro mortales mantuvieron la vista puesta en la majestuosidad que tenían frente a ellos. Cientos de feéricos estaban reunidos allí; algunos acababan de llegar, otros ya se iban.

—¿Por qué está todo el mundo aquí?

—Porque esta noche es el aniversario de nuestra llegada a vuestro mundo. Y, cada año, venimos a expresar nuestro agradecimiento a la Sabia por traernos aquí y salvarnos. Bienvenidos a nuestro templo, el lugar más sagrado y protegido de la isla.

—La estatua fue lo primero que terminamos de construir junto con la torre. Era una montaña, pero conseguimos horadarla y convertirla en nuestro santuario.

—Habláis de la Sabia como si fuese una diosa, pero… no lo es —comentó Charlotte, aún estupefacta.

—Supongo que no. Con el paso del tiempo, la hemos venerado como nuestra protectora. Fue la que nos sacó de allí —explicó Aristylla, mirando la estatua mientras hablaba—. Los dioses de nuestro antiguo mundo nos abandonaron hace ya tanto tiempo que, para no perder la fe y sentir que algo o alguien nos cuida aparte de nosotros mismos, la Sabia ha sido la elegida para esa tarea.

Desesperación en tiempos oscuros. El anhelo de que una fuerza superior a la propia protegiese a quienes no podían hacerlo por ellos mismos. Lottie pensó que ese modo de actuar no era tan diferente al de los humanos durante toda su historia.

Con cuidado, bajaron los últimos escalones que separaban el camino de llegada de la plaza de mármol, donde muchos feéricos saludaron a sus líderes, a la vez que miraban sorprendidos al grupo de brujos.

Entre la multitud, concentrados y con su hija en brazos, Lottie divisó a Rine y Lysander, que enseñaban a la pequeña Althea la estatua. La niña estaba mordiéndose las diminutas manos mientras miraba a todos lados menos a la figura.

Charlotte se percató de que, tras ellos, Elrich charlaba en voz baja con otra feérica y ambos coqueteaban, algo que no era muy apropiado en aquel lugar. Tenía que ser Linette. Supo que no era el momento para ir a hablar con ellos, por lo que siguió al grupo. Ahora Ovidia y Nova iban a su izquierda y los primos Clearheart tras ella.

—¿No organizáis una gran celebración? —preguntó Ovidia, curiosa.

Charlotte se mantuvo en silencio, analizando la situación.

—Este día lo solemos celebrar en privado. Para algunos, fue el día de su salvación. Para otros, el día que perdieron a sus familias y todo lo que amaban. Es una gran dicotomía, por lo que respetamos la privacidad de todos. Pero algo que hacemos en común, es venir a dar las gracias.

Les siguieron, rodeando la plaza y llegando al límite del bosque que había tras toda la multitud de gente.

—Vamos a ir a dar nuestras gracias —anunció Cressida—. Volveremos enseguida. Podéis quedaros aquí, pero, sobre todo, no molestéis a nadie.

—Caenis estará en las primeras filas, así que nos reuniremos con él —anunció Aristylla, llevándose del brazo a su sobrino, que se despidió con la mano de los mortales.

Los cuatro mortales se dedicaron a observar la celebración, cada uno sintiendo algo completamente distinto. Ovidia, admiración y curiosidad; Noam, empatía; Endora, curiosidad; Charlotte, impaciencia.

—¿Esto es lo que nos querían enseñar? —gruñó Lottie, rompiendo su silencio tras un largo rato.

—Charlotte….

La bruja ignoró el tono de advertencia de Ovidia. Entendía la frustración de su amiga, pero, a la vez, quería respetar la celebración. Resoplando y apoyada en un árbol cercano, Lottie permaneció callada. En el fondo, comprendía la importancia de todo aquello para el pueblo inmortal, pero el tiempo corría en su contra. Harvey seguía suelto. No tenían el grimorio y ni siquiera sabían cómo encontrarlo. Todo seguía exactamente igual.

—Esto es una pérdida de tiempo —murmuró para sí.

A unos pocos metros, Noam y Ovidia contemplaban la celebración, sonrientes y cogidos de la mano. Al otro lado, Endora miraba a la multitud. Lottie suspiró, tensa y afligida. Todos tenían que volver, pero no podrían porque no recordaban el camino de vuelta. Ninguno de ellos había tomado nota debido a la incesante charla de Cressida durante el trayecto hasta llegar allí.

Lottie miró la estatua. Debía reconocer que sus creadores habían hecho un trabajo digno de admiración. Pero aún seguía sin entender por qué su cara estaba hueca.

Y no había podido evitar preguntarlo justo antes de bajar las últimas escaleras. Cressida había respondido esto: «La misma Sabia nos pidió que no terminasen la estatua. Que no le pusiésemos cara. Creemos que era una manera de protegerse, de sobrevivir. Días después de su llegada, consiguió abrir un portal y se marchó, a saber dónde».

Si Lottie no podía investigar, tal vez podría hacer un repaso mental de todo lo que habían hecho hasta ahora. Recordó la investigación de Endora, los hechizos que anotó y que llevarían a cabo los próximos días. Repasó las conversaciones que había mantenido con los feéricos y toda la información que estos le habían dado acerca del Grimorio del Origen. Entonces algo que mencionó Cressida la noche de su llegada se repitió en su cabeza:

«Los rumores dicen que el Grimorio del Origen viajó con ella y que lo escondió en algún punto de la isla. Que sus ojos fueron los últimos en verlo».

Sus ojos fueron los últimos en verlo.

Su mirada fue directa hacia la imponente estatua, hacia el hueco de su rostro, horadado por petición expresa de la Sabia. ¿Y si…?

Analizó la escena. Una docena de robustos guardias rodeaban la estatua. Tras estos había un pequeño muro hecho también de mármol. Dos tramos de escaleras, uno a cada lado de la Sabia, llevaban a las puertas que había tras la cabeza de esta y daban acceso a la entrada a la torre.

Sí. Podía hacerlo.

Charlotte respiró hondo y con paso decidido empezó a rodear a la multitud. Dejó a sus compañeros atrás, ajenos al plan que empezaba a urdir; la adrenalina corría por sus venas. Puede que fuese una locura y que, precisamente, aquel no fue el momento ideal para llevarlo a cabo. Sin embargo, no tenían tiempo ni disponían de segundas oportunidades. Esa era la única posibilidad real desde que habían llegado allí. Si lo conseguían, le pararían los pies a tiempo a Harvey. Lo que buscaban tenía que estar allí.

«Por favor. Por favor», se dijo.

La línea de guardias que protegía la gigantesca estatua apareció frente a ella y, cuando estuvo lo suficientemente cerca para cruzar la línea, uno de ellos se acercó a ella, negando.

—Lo lamento, mortal. —Su acento era mucho más marcado de lo habitual—. No pasar.

«Piensa, Lottie. Piensa rápido, estáis a punto de volver». Fue entonces cuando la voz de su abuela vino a su mente: «Si crees que estás haciendo lo correcto, Teàrlag, sigue adelante. Las consecuencias se pueden afrontar. Pero no dejes que el arrepentimiento ocupe su lugar. El tiempo se nos escapa de las manos».

Charlotte detuvo sus pasos, respiró hondo. Era ahora o nunca.

«Charlotte, ¿qué haces?», preguntó mentalmente la voz de Noam, pero se molestó en buscarle entre la multitud.

«Solo tienes una oportunidad. Vamos», se dijo ella.

Fue entonces cuando vio cómo uno de los guardias se acercaba a otro para comentar algo en voz baja. Aquel movimiento dejó un pequeño espacio abierto y libre hacia las escaleras. Aquella

era su señal. El guardia que le había ordenado no pasar le daba la espalda, por lo que, con rapidez, Charlotte aprovechó y cruzó la línea de seguridad corriendo hacia las escaleras. Recogió sus faldas y parte de la capa y subió a toda velocidad las empinadas y resbaladizas escaleras. No tenía mucho tiempo hasta que se diesen…

En ese momento, el caos se desató tras ella. Al volver la cabeza, vio que todos los feéricos la miraban, horrorizados y apartándose de la línea de guardias que estaban en posición de nuevo. Tenía que evitar que subiesen tras ellas. Invocando su poder, creó una red de espinas tras ella a medida que fue subiendo hacia su objetivo: la cabeza de la estatua. Se dio cuenta de que no había pensado en un plan, algo inusual en ella. Aun así, la adrenalina provocada por la incertidumbre le hizo sonreír de oreja a oreja mientras escuchaba el bullicio tras ella.

Se limitó a seguir subiendo, procurando que el camino que había tras ella fuese imposible de cruzar. Y entonces supo que la advertencia era real. Una flecha pasó cerca de su cabeza, y se detuvo por completo. Miró la horda de guardias, todos apuntándola con arcos. Charlotte se encogió de hombros, se quitó la capa y rompió parte de la falda de su vestido, lista para volver a correr.

—Me encantan los retos.

Un instante después echó a correr. Lo siguiente que sintió fue una flecha clavándose en su pierna. Después soltó un gemido ahogado y gritó de dolor, de rabia, de ira.

Y la bruja dejó soltar todo su poder.

Las espinas crecieron y las venas de Charlotte se volvieron completamente azules, un azul ahora más oscuro que el de antes. Las córneas se tintaron de ese mismo tono e invocó el bastón que había usado aquella mañana contra Ovidia, que detuvo las flechas que pasaban más cerca de ella. A pesar del punzante dolor, siguió moviéndose.

—¡No! —gritó Ovidia, intentando cruzar la línea de feéricos. Noam y Nova la detuvieron a tiempo y este último le dijo algo al oído.

De repente, un escudo de color púrpura la separó de los feéricos y, dirigiendo su vista al suelo, la vio. Endora tenía las manos abiertas y su energía saliendo de ella con una fuerza que hacía tiempo Ovidia no veía. Ahora, ellas dos estaban detrás del escudo, que las separaba de los atacantes.

—Sé que no confías en mí —gritó Endora por encima de las voces de consternación—, pero yo sí que confío en ti. Sea lo que sea que estés haciendo, ¡vamos!

Lottie tragó saliva. Endora no se había dado la vuelta y toda su atención estaba puesta en los atacantes; el escudo vivo se hallaba a tan solo unos metros de ella y llegaba hasta la cima de la torre, cientos de metros más arriba. Respiró hondo y, preparándose para el dolor y la adrenalina, siguió ascendiendo por la estatua. Otra tanda de flechas fueron lanzadas, pero chocaron con el escudo.

—¡Basta! —ordenó Cressida mientras los tres líderes se unían a Ovidia, Noam y Nova—. ¿Quién os ha dado orden para disparar?

—¡Ha traspasado la línea, mi líder!

—¡Si está haciendo eso es por algo importante! —exclamó Ovidia, ahora frente a las flechas. Charlotte se tensó y, en ese momento, fue presa del pánico—. Ella no es así de imprudente en vano. Y si tenéis la intención de matarla, tendréis que pasar por encima de mi magia.

Todos miraron a la Bruja Negra, incluida Charlotte, ya casi cerca del rostro de la estatua.

—Ovidia… —La voz de Caenis era de advertencia—. Este asunto es entre nosotros y Charlotte. Prometo no herirla, pero has de apartarte.

El poder de la Bruja Negra se desató también.

—No doy más de una advertencia, inmortales.

—Se acabó la democracia —musitó Aristylla, resoplando, que se apartó aún más de allí y se llevó las manos a los oídos.

En ese preciso instante, para sorpresa de todos, los arcos cayeron al suelo junto a las flechas y los feéricos retrocedieron como en un combate.

Los tres líderes vieron a Noam Clearheart envuelto en su poder gris junto a Ovidia, el cual llevaba una mano levantada.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber Cressida.

—Intentando que la situación fluya mucho mejor. No me obliguéis a meterme en vuestras cabezas. Mi conciencia no me dejaría tranquilo.

Noam estaba controlando las mentes de los feéricos. Los tres se habían puesto de su parte sin tan siquiera saber el plan o lo que hacían. Aun así, confiaban en Lottie.

«A veces, la familia se escoge. Y ellos son tu familia».

Era ahora o nunca. Aprovechando la distracción, Charlotte siguió en marcha con su plan. Creó un puente que rodeó el tronco de la estatua con roca dura y resistente. Caminó cojeando y gimiendo a cada paso que daba. Se miró la pierna y vio que estaba cubierta por un reguero de sangre. En ese momento, la cabeza le empezó a dar vueltas. Si no se daba prisa se desmayaría. Además, la caída sería mortal. Respirando hondo, volvió a impulsarse y llegó hasta la cabeza hueca de la estatua, que estaba completamente vacía. Sintió cómo las flechas chocaban con el escudo de Ovidia, pero la bruja no se detuvo a mirar.

—Soy Charlotte Arabella Woodbreath. —La voz de la joven era inestable; el dolor de la pierna, cada vez más intenso—. Los tuyos me han otorgado el nombre antiguo de Sabraydh, y la magia corre por mis venas. Esta corre peligro y sé que estás aquí.

»Prometo proteger el Grimorio del Origen con mi vida si hace falta, y que este no caiga en las manos equivocadas. Muestro mis respetos a tu memoria, la de los feéricos y la que hemos creado en este inhóspito mundo donde tuvisteis que buscar refugio. Pero, ahora, de nuevo, la energía que portasteis está al borde del colapso. Por eso, te pido que me muestres que está aquí, Sabia.

Charlotte introdujo la mano poco a poco en el hueco de la cabeza y la cerró, como si intentase coger algo. Respiró hondo y, mientras suplicaba en voz baja, la extrajo lentamente. Sin embargo, no pasó nada.

La mano de Charlotte salió tan vacía como había entrado.

—No. No, no, no…

—¿Qué pasa Charlotte? —gritó Endora a los pies de la estatua; su frente sudorosa de aguantar el escudo.

La bruja no respondió y siguió mirando sus manos vacías. Desesperada, la volvió a meter en el hueco de la estatua, moviéndola por cada rincón, esperando a que su hipótesis fuese real.

—Vamos, vamos, ¡sé que estás aquí!

Se dejó caer sobre el puente que había construido, sintiendo el calor de la sangre que recorría su pierna y que estaba empezando a marearse. Iba a desmayarse en cualquier momento. Y entonces pasó algo inesperado. Lottie escuchó el sonido de la piedra quebrándose y levantó la vista alarmada. Entonces se apartó, consciente de lo que estaba sucediendo.

El rostro de la estatua empezó a formarse. El hueco comenzó a llenarse y el rostro de la Sabia se materializó, delicado, hermoso y joven. Y entonces los brazos de esta, se movieron.

—¡Endora! ¡Baja el escudo!

Ante la orden de la bruja, Endora finalmente miró hacia arriba y lanzó una maldición cuando vio cómo la estatua cobraba vida. Sus ojos se encontraron durante un instante fugaz y Endora asintió. El escudo cayó. Y todos fueron testigos de lo que pasó.

Las manos de la estatua se juntaron en señal de ofrenda. Entonces Charlotte lo supo. Amplió el puente y tropezó, arrastrándose hasta las manos de la diosa. En ese momento escuchó una voz en su cabeza: «Tu nombre, hija de la energía. Di tu nombre».

—Charlotte Arabella Woodbreath y lady Sabraydh de los feéricos —gimoteó.

Una luz blanca y negra se empezó a formar sobre las manos de la estatua. Y allí estaba.

El Grimorio del Origen levitó frente a ella, vibrando con vida propia, grande e intimidante.

La bruja lo cogió sonriendo y lo llevó a su pecho. Lo siguiente que sintió fueron sus fuerzas desvanecerse; el puente y las espinas que había en las escaleras desaparecieron. Y cayó al vacío.

Endora se lanzó a por Lottie, sintiendo el peso muerto de la bruja sobre ella. Aplacó el golpe con su cuerpo y rápidamente se recompuso y la puso en su regazo. Lottie estaba temblando y la herida de su pierna no paraba de sangrar, pero abrió los ojos un poco y tragó saliva profundamente. Y en su pecho, el gran manuscrito, simple pero grandioso, descansaba.

—Lo encontré. Sabía que estaba ahí.

—Hay que parar la hemorragia —balbuceó Endora, nerviosa. Segundos después, Ovidia estaba a su lado y el resto siguió a la Bruja Negra—. Charlotte, no cierres los ojos. Mírame, florecilla.

—Sabía que estaba ahí, Endora. —Lágrimas caían por el rostro de la bruja; sus labios, temblando.

Y un gruñido de dolor acompañó aquellas palabras.

—Aparta, Endora.

Esta vio cómo su primo se quitaba el chaqué que llevaba y movió con cuidado la pierna a Lottie, que gritó por el movimiento.

—Tenemos que arrancarle la flecha, mi amor. —Ovidia se agachó junto a él, el cual hizo un gesto al libro—. Coge el libro, vamos. Endora, ¿puedes sujetarla?

Escuchó la voz de su primo, lejana, y puso toda su atención en Charlotte, pero asintió y susurró en el oído de Lottie:

—Esto va a dolerte. Toma, muerde mi mano.

Charlotte apoyó su cabeza en el pecho de Endora y esta colocó la mano en la boca de la bruja.

—Mírame, Lottie.

—Estás llorando —gimoteó ella; sus párpados cayendo.

—No. Florecilla, mírame.

—Me encanta que me llames «florecilla».

—A mí también —sollozó Endora y apretó más a Charlotte contra su pecho.

Lottie estaba cada vez más fría.

Nova fue quien inmovilizó las piernas de Charlotte, agarrando sus tobillos con firmeza. Ovidia se encontraba a su lado mirando con ojos alarmados mientras sujetaba el grimorio contra su pecho. Los feéricos se habían mantenido algo apartados, observando la situación entre sorprendidos y consternados.

La estatua estaba en la misma posición, pero ahora el rostro miraba hacia el frente con las manos a modo de ofrenda. Y sería así siempre.

Noam tiró de la flecha. Charlotte gritó contra la mano de Endora, que sintió cómo le clavaba los dientes. No dejó de mirar a la bruja en ningún momento; los ojos de ambas enfrentados.

Noam tiró la flecha lejos e inspeccionó la herida.

—Tenemos que coserle la herida, ha perdido mucha sangre.

Sin mediar palabra, Noam la cogió entre sus brazos y sintió el vacío de Charlotte como si esa misma flecha se hubiese clavado en su corazón.

El chico se acercó a los líderes feéricos que observaban la situación atónitos.

—Hay que curarle la herida ahora. Ya habrá tiempo para explicaciones. Pero creo que eso es prueba suficiente de que no pretendía dañar a la estatua o a vuestro pueblo.

Caenis apretó la mandíbula y Cressida estuvo a punto de hablar. Pero fue Aristylla quien dio un paso adelante y le hizo un gesto apremiante.

—Ven conmigo, brujo.

Noam siguió a Ari con Charlotte en brazos, casi desmayada. Endora y Ovidia les siguieron, mientras los feéricos iban detrás a distancia prudente. Todos se dirigieron a las escaleras que rodeaban la estatua en dirección a la gran puerta que había tras la cabeza. Los guardias que habían cargado contra Lottie volvieron a sus puestos frente a la estatua. Los inmortales compartían una impresión: su mirada anonadada hacia la estatua, ahora con rostro.

—Suelo hacer mis investigaciones en este templo y tengo un despacho donde guardo algunos ingredientes que vendrán bien para curarle la herida. Estamos a punto de llegar.

Juntos entraron en la gran torre, pero no tuvieron tiempo de apreciar su belleza, ya que Charlotte estaba casi desmayada y pálida. Las grandes puertas por las que habían entrado se cerraron y se dirigieron a un pasillo que había a la izquierda, que daba acceso a otras escaleras y a una puerta.

Aristylla abrió la puerta rápidamente y le ordenó a Noam que dejase a Lottie encima de una mesa mientras la feérica se ponía a buscar aguja, hilo y lo que parecía ser alcohol puro.

—Cressida, Caenis, corred las cortinas. Necesito luz. Y, sobre todo, dadle algo para morder. Esto le va a doler bastante.

La luz se abrió paso, ya débil debido al atardecer, y Ovidia encendió de un chasquido las velas y la chimenea de la estancia. Ari le sonrió en señal de agradecimiento. La Bruja Negra dejó el grimorio en una silla cercana y corrió a ponerse al lado de Charlotte para sujetar su cabeza mientras le ofrecía un trapo que le había dado Aristylla para morderlo. Lottie apretó; su sien sudorosa; su cuerpo temblando.

Endora se puso al otro lado, cogió la mano de Lottie y limpió el sudor de su frente con la capa que llevaba puesta; los párpados de Lottie pesados mientras luchaba contra el cansancio y el sueño.

—Lottie, estamos aquí. Ovidia y yo estamos aquí.

—No os vayáis —gimoteó con temor en su voz—. Hace frío, no me dejéis.

—Nunca —susurró Ovidia, con sus hiedras vibrando con fuerza.

Noam seguía órdenes de la feérica de cabello azul. Nova, Cressida y Caenis se habían mantenido apartados, observando la situación mientras procesaban todo lo que había pasado. Aristylla se desprendió de sus ropajes, cogió la chaqueta fina que llevaba puesta debajo y la usó de delantal. Luego se recogió la larga melena en un frondoso moño mal hecho.

—Está bien, Noam sujétale los tobillos y tú, Ovidia, sujétale la cabeza. Que muerda el pañuelo y grite todo lo que quiera.

—Endora. —Noam se acercó a ella, que de algún modo no se había percatado de lo que

sucedía y estaba ida, estupefacta—, ve afuera. En cuanto hayamos acabado, te llamaré.

—No puedo dejarla. No…

—La has salvado de la caída y deberías mirarte la mano.

Endora así lo hizo. La marca de los dientes de Lottie le había hecho sangre, pero poco podía importarle.

—También necesitas que te curen. Lleváosla, por favor.

Cressida asintió y fue a cogerla del brazo para llevársela, pero ella se apartó mirándola con rabia.

—Endora…

—No teníais por qué disparar —escupió, mirando a los feéricos—. Casi la matáis. No pienso irme hasta que sepa que ella está a salvo. No me voy.

Endora se sentó en una silla junto a Charlotte y cogió su mano mientras Aristylla se preparaba para curar la herida. Ovidia sujetó la cabeza de Lottie, siguiendo las indicaciones de Aristylla y todos esperaron el momento.

La feérica cortó la falda del vestido con unas tijeras; la tela empapada de sangre cayó al suelo. Sus piernas, manchadas de sangre, quedaron al descubierto y Lottie gimoteó de dolor.

—Movedla hacia la derecha con cuidado. Eso es.

Charlotte quedo cara a cara con Endora, que se inclinó frente a ella y apartó unos mechones de su cara.

—Voy a empezar. En cinco minutos habré acabado, lo prometo. Cressida, Caenis, Nova, salid, por favor.

—No nos vamos a ir —dijo Nova, convencido.

—No era una sugerencia —advirtió Aristylla.

—Está bien—intervino Caenis, poniendo una mano en el hombro de su hijo—. Vamos fuera. Dejémosles algo de intimidad.

—De eso hablaremos luego —advirtió Ovidia, sujetando la espalda de Charlotte; sus hiedras tornándose ligeramente rojas ante la amenaza.

Los feéricos asintieron y, apresurando el paso, salieron de la estancia.

La respiración de Charlotte empezó a ser más rápida, como si se preparara para lo que iba a suceder.

—Estamos aquí los tres. No nos vamos, mi flor. No nos vamos —murmuró Endora; su rostro apenas a unos centímetros del de Lottie.

Aristylla descorchó la botella y poco a poco vertió el líquido sobre la herida de Lottie. En ese momento, los gritos retumbaron por toda la estancia.

Lottie llevaba dormida casi dos horas, tumbada en uno de los sofás que había en una sala contigua al despacho de Aristylla. Habían tenido que darle más puntos de lo esperado y la bruja había aguantado despierta hasta que Aristylla había cortado el hilo. Lottie se había desmayado en ese instante. Ovidia se encontraba en un sillón junto al sofá, abrazada a sí misma, y no dejaba de vigilar a su mejor amiga.

En ese momento, Noam entró en la estancia junto a Nova.

—Quería saber cómo está Charlotte y… pediros disculpas en nombre de mi pueblo.

—Las disculpas no deberían ser para nosotros —escupió Ovidia; un leve iris rojo dibujado en sus ojos. Este no había desaparecido en toda la tarde—, sino para ella.

Señaló a Lottie, la cual seguía descansando, tapada con una manta y con su rostro mirando hacia el interior del sofá. Endora sujetó el grimorio entre las manos. Jamás pensó que lo odiaría tanto por casi arrebatarle a Charlotte.

Sintió la mirada de Nova sobre ella y sobre el manuscrito.

—Lo que ha hecho Charlotte… ha sido temerario —empezó a decir Nova.

Endora no respondió.

—Pero también valiente. —Nova cogió una silla, y sentó frente a Endora, que vigilaba al chico de cerca—. No hay excusa para el ataque. Ha sido provocado por el propio miedo ante la acción tan inesperada de Lottie. Ha estado muy bien, la verdad.

—¿A qué viene esto, Nova? —quiso saber Ovidia.

—Sale de mi más profunda admiración. Lo que ha hecho Charlotte ha sido increíble, dejando a un lado las circunstancias y el lugar.

—La verdad… es que sí —susurró Ovidia, admirando a su mejor amiga.

—Por supuesto que ha sido increíble. Estamos hablando de ella —intervino Endora, reincorporándose y señalando a Lottie.

—Tu escudo tampoco se ha quedado atrás —añadió Noam, mirando con orgullo a su prima.

—Es mi mejor arma. Y es lo único que se me ha ocurrido hacer. Si tan solo lo hubiese hecho segundos antes…, no estaríamos aquí.

—No sabías que iba a suceder. Yo… no pensé que fuesen a disparar. —La voz de Nova mostraba verdadera sinceridad; sus ojos castaños llenos de arrepentimiento—. Lo siento muchísimo.

—Deberías sentirlo.

Todos dieron la vuelta cuando oyeron la voz de Charlotte, que se giró hacia ellos haciendo una mueca de dolor.

—¿Tú sabes lo que me duele la pierna?

—¡Lottie! —Ovidia se lanzó al suelo y se arrastró hasta su mejor amiga, que se intentó sentar —. No, túmbate, tienes que descansar.

—¡Y un cuerno! —Aún con el gesto de dolor en la cara, miró a Nova—. Disculpas aceptadas. Pero no olvidaré esto. Ahora, ¿dónde está ese maldito grimorio?

Endora lo levantó en sus manos y Lottie la miró sonriendo de medio lado, moviéndose hacia la izquierda y dando unas palmaditas en el sofá.

—Ven. Siéntate. Vamos a buscar ese conjuro de una vez por todas. Nova, llama a tu padre y a tus tías. Ya habrá tiempo de hablar de lo que ha pasado. Esto es importante.

—¿Estás segura?

—Mué-ve-te —le ordenó, exhausta. Este asintió medio sonriendo ante la fiereza de la bruja a pesar de estar herida. Corrió afuera, llamando a su familia para que viniesen.

Ovidia acercó el butacón y se sentó de nuevo mientras Noam se apoyaba en el reposabrazos, ofreciéndole la mano a su amada. Endora le pasó el Grimorio del Origen a Charlotte. Esta lo dejó en su regazo y levantó la vista para mirar a Endora, que estaba colocando la manta y apartando el pelo del hombro de la chica.

—¿Estás cómoda? —le preguntó, y Lottie asintió—. Aristylla te hizo beber unas gotas calmantes antes de que te desmayases. Pero supongo que estabas inconsciente y no lo recuerdas.

—Me duele, pero es soportable. La venda es gruesa y amortigua el dolor junto con la medicina.

Endora asintió y Lottie miró su perfil cuando giró su cabeza al ver a los feéricos entrar; su

ceño fruncido y su mandíbula apretada ante la presencia de los inmortales. Lottie solo podía pensar en lo preciosa que estaba incluso enfadada, y cómo olvidarla y pasar página requeriría ciertos sacrificios.

Aristylla se acercó a ella y poco a poco le levantó el rostro y miró sus ojos.

—¿Cómo te encuentras?

—Cansada y algo mareada, pero por lo demás bien.

—Te he dado un sedante bastante fuerte, pero no lo suficiente como para dormirte. Te desmayaste por la pérdida de sangre. Pero con un par de noches de descanso te recuperarás.

—¿Qué hay de la herida? —preguntó Endora.

—Una semana y le quitaré los puntos. Pero debe, sobre todo, reposar. Nada de entrenamientos.

—Entendido —declaró Cressida, que, junto a su hermano, se arrodilló frente a Charlotte; sus ojos mirando al suelo.

—Hemos actuado de manera imprudente. No deberíamos haber disparado y lamentamos tu estado físico. Mis más sinceras disculpas, lady Sabraydh.

Charlotte miró a Caenis. Como el líder más respetado, era su deber disculparse en nombre de su pueblo, pero, por encima de todo, porque él había dado la orden de atacar. Lottie había visto cómo Cressida se había debatido ante tal abrumadora situación, por lo que entendió que también su propia forma de actuar tampoco había sido la adecuada.

—Lo hice porque sabía que, aunque os pidiese permiso, no me lo concederíais, ya que este no es un sitio sagrado para vosotros. Tal vez me precipité, pero hice lo que todavía creo firmemente que era lo correcto. Y… menuda recompensa nos ha dado.

—Aun así, mi deber es pedirte disculpas —explicó Caenis, levantando al fin su rostro—. Lo lamento de todo corazón.

—Disculpas aceptadas, Caenis. Ha sido una situación… inesperada. Fue impulsiva mi decisión, lo reconozco.

El feérico asintió, y los azulados ojos de la bruja se posaron en Cressida, la cual murmuró:

—Nuestro pueblo os debe un favor. No solo por lo que te hemos hecho, sino también por eso.

Señaló con sus delicadas manos el manuscrito que reposaba en el regazo de Charlotte.

—Has encontrado nuestro texto más sagrado —dijo Caenis—. Y eso merece su recompensa.

—Entonces ábrelo, Lottie —pidió Ovidia con sus ojos puestos en su mejor amiga.

La bruja respiró profundamente mirando el pesado y grandioso grimorio que tenía entre sus manos. Levantó la vista para mirar brevemente a Endora, la cual sonrió asintiendo. Poco a poco, abrió el libro por la mitad, esperando encontrarse con grandes anotaciones, esquemas y todos los secretos que necesitaban descubrir. Sin embargo, nada de eso sucedió. En cuanto abrió el libro, una nota de pergamino cayó al suelo y el Grimorio del Origen se desvaneció, desapareciendo frente a todos.



14 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

No quedó nada en sus manos, que seguían abiertas con las palmas hacia arriba.

«No. No puedo haber fallado. Era el grimorio», pensó Lottie.

Todos la miraban atónitos, pero no dijeron nada ante la inesperada situación. Recomponiéndose, y manteniendo el último hilo de esperanza que le quedaba, Charlotte se inclinó para coger el trozo de pergamino, y lo que vio fue aún más confuso de lo que habría pensado: un alfabeto que desconocía por completo.

—No… no entiendo lo que pone.

Nova fue el primero en acercarse y frunció el ceño sorprendido.

—Está en nuestro alfabeto. El vuestro. —Señaló a su padre y a sus tías.

—¿Qué tipo de Alfabeto es?

—*Ogham* —musitó Endora examinando el trozo de pergamino—. Lo aprendí cuando estudiaba los grimorios que me prestasteis. Duro de pelar. Es el que utilizaban las antiguas civilizaciones celtas. Hace siglos que no se usa.

—Bonito nombre el que le dieron a nuestro alfabeto original —comentó Aristylla recogiéndose su cabello azul en un moño—. Pero lo importante: la Sabia sabía que dejar el Grimorio del Origen ahí sería demasiado fácil y nos ha dejado una pista. ¿Puedes leerlo, Nova?

Charlotte abrió el pergamino aún más, estirándolo todo lo posible, pues este alfabeto estaba escrito en vertical, y el chico dijo:

Tur marsone, sthe ghalan reh wuyn
Cuh tur trosone, axolla arha

Sthe hunne, parhea
Yure herna fure sa fera
Herna piebsonn sa rbhasonn

—Que quiere decir… —preguntó Endora enarcando una ceja.
—Dice algo así como…

Para encontrarlo, no has necesitado tus ojos.
Pero para hallarlo, deberás abrirlos.
No mires, ve.
A través de aquello que viene y va,
Lo que une el principio y el final

—Lo que necesitábamos, más misterio y acertijos —escupió Endora, cruzándose de brazos—. ¿No mires, ve? Increíblemente creativo.

—Muestra respetos a la Sabia, Endora —musitó Cressida, que se encontraba pensativa—. Sin ella no estaríamos ninguno aquí. Si ha ocultado todavía más el grimorio, será por algo.

—Si es cierto que el Grimorio del Origen sigue en la isla, será cuestión de buscar la lógica de todo esto y aplicarla —comentó Charlotte, que gimoteó seguidamente, tocándose la pierna—. Propongo que empecemos cuanto antes.

—No puedes hacer nada con la pierna así, Lottie —declaró Ovidia, preocupada.

—Oblígame —retó la chica a su mejor amiga—. Tal vez si…

La bruja parpadeó varias veces, sintiendo un repentino mareo, distinto a los que la herida le había provocado. Se puso en alerta, y entonces ocurrió. Las voces de los demás se empezaron a fundir, lejanas, y Lottie no supo distinguir lo que decían realmente. Sin embargo, sí que entendió esa voz antigua que parecía estar llamándola: «Sabraydh, ven. Sígueme». Sacudió la cabeza, mareada. Seguro que todo aquello era a causa de la herida, que aún no estaba curada del todo. La medicina que le habían dado había sido milagrosa, pero aún dolía.

—¿Oís eso?

Nadie pareció contestarle. Nadie, excepto Endora.

—¿Tú también lo oyes?

Lottie levantó sus ojos y vio cómo la mirada gris de la bruja se posaba en ella y fruncía el ceño.

—La voz, ¿verdad? Me está llamando.

—No, está susurrando un nombre extraño… —dijo Endora; sus ojos grises brillando mientras la miraba—. Dice algo como «Rewyra». Dice que la siga. Pero ¿quién es Rewyra?

Charlotte lo comprendió. Esa voz estaba viva y, si la había llamado por su nombre feérico, el que estaba escuchando Endora… era el suyo. Su nombre fae.

—Nos está llamando a ambas. Tal vez deberíamos…

—No —respondió rotunda Endora—. Sigues herida.

Lottie la ignoró, se levantó y se dirigió hacia la salida. El murmullo se detuvo y esta vez toda la atención fue para ella.

—¿A dónde vas? —preguntó Ovidia.

—¿Es que nadie oye esa maldita voz?

Endora corrió a su lado, le ofreció soporte y ambas lo escucharon.

«Sabraydh, Rewyra. Venid, venid a mí».

—Parece provenir del suelo —musitó Endora, y Charlotte asintió.

Los tres líderes inmortales intercambiaron una mirada mientras Nova tenía la vista fija en las dos brujas, que se encontraban de nuevo en el despacho de Aristylla, donde habían tratado a Lottie, en la habitación adyacente.

—Estáis sospechando de algo, ¿verdad? —inquirió Lottie, girándose y obligando a Endora a hacer lo mismo, pues estaba apoyada en ella.

—Solo hay una cosa que os pueda estar llamando. Y es algo que no está en el mundo de los vivos, pero tampoco en el de los muertos —explicó Aristylla, con un tono más serio que el del habitual. Empezó a acercarse a las brujas, poco a poco—. ¿Estáis seguras de que habéis escuchado esa voz?

—Acaba de llamarnos. A las dos —aclaró Lottie, y Endora la miró confusa.

—No, te ha llamado a ti y a una tal Rewyra —aclaró esta última, agarrando con más fuerza a Lottie—. ¿Quién es?

—Es un antiguo nombre de nuestra civilización —comentó Ari, mirándolas a ambas con un brillo en sus ojos aguamarina—. Rewyra significa «el ojo de la noche». ¿Has sido la única que lo ha escuchado?

—Supongo —respondió Endora, dubitativa—. ¿Significa algo?

—Significa que lo que te ha llamado te ha nombrado, como lo hizo mi hermana con Charlotte de camino a nuestro hogar. —La voz de Aristylla sonaba diferente, más mística, más suave. Sea lo que fuere lo que estaba sucediendo, debía de ser importante—. Has sido nombrada, Endora. Ahora, por los nuestros, serás también conocida como Rewyra, el ojo de la noche.

—Llevémoslas al santuario —decretó Cressida, haciendo un gesto a los guardias para que se marchasen—. Cuando las voces del Otro llaman, hay que hacerles caso.

—¿Lo habéis escuchado después de leer lo que dice el pergamino o antes? —preguntó Noam, que estaba de brazos cruzados entre Ovidia y Nova.

—Después —aclaró Lottie.

—Entonces cabe la posibilidad de que esté conectado, ¿no?

Noam miró a los inmortales, y la única que asintió con fiereza fue Aristylla, que les hizo un gesto con la mano.

—Seguidme. Yo os guío.

Esta vez sí pudieron admirar la torre. Había antorchas colgando de las paredes que la iluminaban y, a lo largo de la pared, unas escaleras anchas ascendían por toda la estructura, pero desaparecían metros más arriba en una forma de caracol que parecía infinita. Sin embargo, Aristylla los llevó a una zona apartada de ese mismo piso y, quitando una gran alfombra del suelo, una trampilla salió a la luz frente a ellos, que ella consiguió abrir con la ayuda de Caenis.

Unas escaleras lúgubres pero anchas le esperaban al otro lado.

—¿Seguís oyendo la voz? —preguntó Aristylla, mirando con gran curiosidad a las dos brujas.

Endora y Lottie prestaron atención y un suave «venid» pareció provenir exactamente del oscuro pasadizo.

—Sí, parece provenir de ahí —señaló Charlotte, aún apoyada en Endora.

Los tres hermanos intercambiaron una rápida mirada.

—Seguidme. Todos en fila de a dos, por favor. Y no hagáis mucho ruido.

—Bajo yo primero. Lo mejor será que bajes de culo para no forzar mucho la pierna, ¿de acuerdo?

Lottie asintió, pero no dijo nada mientras veía cómo Endora bajaba tras Aristylla, que portaba consigo una antorcha, ofreciéndole la mano mientras Noam y Ovidia la ayudaban a sentarse. Una vez que bajó todas las escaleras, Endora le ofreció apoyo y uno a uno fueron descendiendo, hasta que Cressida, que era la última, cerró la trampilla tras ellos con una antorcha en la mano.

Aristylla las guio por varios pasillos, cada vez más amplios, y donde, en ocasiones, otros muchos se abrían paso en diferentes direcciones, por lo que Endora y Charlotte se pegaron a Aristylla y estas tres iban seguidas por los demás.

Aquella voz las seguía llamando en leves susurros, pero de manera constante y firme.

Varios minutos después, el pasadizo se amplió y apareció ante ellos una plataforma amplia, donde, poco a poco, todos se detuvieron.

—¿Hoy nos vais a enseñar todos vuestros lugares sagrados y espectaculares? —comentó Noam soltando un silbido.

Aristylla rio por lo bajo, encogiéndose de hombros.

—Me alegro de que «espectacular» sea la palabra con la que los has definido, mortal.

El espacio que les dio la bienvenida les dejó sin habla y no era otra cosa que una cueva subterránea inmensa, donde había mucho un eco. El lugar estaba hecho de piedra antigua y lo que parecía ser un altar se divisaba a lo lejos, iluminado por la luz que provenía de una gran grieta que había en el techo. Alrededor del altar, la tierra era irregular, pero el agua parecía detenerse, formando algo parecido a una colina de piedra. Como si hubiese estado bajo el agua, pero el paso del tiempo y la bajada de la marea lo hubiese dejado al descubierto. La luz era de tono azulado debido a la luz de la luna. Con cuidado, Endora ayudó a Charlotte a caminar por el escarpado suelo, sin soltarla en ningún momento. Charlotte no pudo evitar inclinarse y probar el agua y frunció, al hacerlo, el ceño.

—Es dulce. No proviene del mar, entonces —apuntó mientras continuaban caminando, precisamente hacia aquel altar—. Cómo… ¿Cómo construisteis todo esto, Cressida?

—Lo único que construimos de esta isla es lo que hay en la superficie. Esto ya se encontraba aquí cuando llegamos.

—¿Cuán antiguo es este lugar? —Esta vez fue Endora quien preguntó y Charlotte se agarró a ella más fuerte.

—Puede que incluso desde los albores del tiempo —comentó Caenis, que se abrió camino a la izquierda de las mortales—. Descubrimos este lugar varios años después de llegar. Nos enfocamos en crear un hogar en la superficie. Supongo que con el paso de los años la marea bajó lo suficiente hasta formarse el camino por el que hemos venido. Con el tiempo se ha transformado en un sitio sagrado para nosotros.

Todos llegaron al final del camino y subieron hasta las cinco piedras, de diferentes tamaños y dispuestas en un círculo perfecto.

—Me recuerda a Stonehenge —musitó Endora para Lottie, que miró el perfil de la chica—. Es… raro, estar aquí. Y con esa voz…

—¿Qué tenemos que hacer? —exigió saber Lottie—. Vamos a hacer esto de una vez por todas. Esa voz no para de decir siempre lo mismo.

—Esa voz que os ha llamado pertenece al Otro. Es un mundo que se encuentra entre el nuestro y el de los muertos.

—¿Como un puente?

—No exactamente —aclaró Caenis, acercándose a ellas—. No conecta nuestro mundo ni el de los muertos. Es un espacio entre estos con sus propias leyes. Y tan solo se puede acceder cuando te invitan o te llaman. Como lo están haciendo con vosotras.

—Es importante que seáis conscientes en todo momento de que vuestros cuerpos estarán aquí. Lo que irá allí es vuestra conciencia —Aristylla había aparecido junto a su hermano, que la miraba atento mientras asentía—. Si notáis que algo va mal, debéis volver enseguida. Despertar.

—Puedo meterme en vuestra mente, para ver lo que vosotras veáis y así asegurarme de que vuestras conciencias quedan intactas —se ofreció Noam, esperando respuesta de las chicas—. ¿Es posible hacer eso?

—Sí —intervino Cressida, junto a Nova varios metros más allá—. Así sabremos qué está ocurriendo.

Endora y Charlotte intercambiaron una rápida mirada, y esta última asintió.

—Estamos en tus manos, entonces.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Endora esta vez—. ¿Dormirnos y ya está?

—Tumbaos en el suelo, una al lado de la otra con al menos un metro de separación. Y daos la mano.

Ambas obedecieron esa orden. Cada movimiento que hacían producía un eco en la estancia escalofriante. El suelo era duro, frío y estaba algo húmedo. Lottie miró hacia el techo, donde se hallaba la gran grieta, y el estrellado cielo les saludó.

—¿Estás bien? ¿Te duele?

Lottie se dio la vuelta para mirar a Endora, que estaba a su izquierda, y negó con la cabeza.

—Todo bien.

—¿Cuánto tiempo podemos estar en el Otro? —preguntó Endora a Cressida. Esta arrugó la nariz, pensando seriamente la respuesta.

—Puede que estéis tan solo cinco minutos. O puede que estéis días. Depende de lo que os quiera retener lo que hay al otro lado. Sobre todo, debéis tener clara una cosa: nada de lo que veáis es real en cuanto al presente. Puede que tuviese lugar en un pasado, o incluso en un futuro, pero no es real. Todo está en el Otro y debe permanecer ahí. ¿Lo habéis entendido?

—Podríamos darles algo para que se aferren a la realidad —comentó Ovidia; sus hiedras vivas alrededor de la chica—. Como el hilo que usó Teseo en el laberinto del Minotauro para encontrar la salida. Algo a lo que se puedan agarrar si la cosa se complica.

—Como un ancla a la realidad —susurró Cressida.

—¿Y si las atas a tus hiedras? —propuso Aristylla, acercándose a Ovidia. A la Bruja Negra le sorprendía que a la feérica siempre le brillaran los ojos con fuerza—. De manera literal. Podrías atarlas a sus manos y, si necesitasen volver antes de tiempo, estarían ancladas a esta realidad.

—Tía Cressida ha dicho que esto podría llevarles días —comentó Nova, apartándose los rizos de sus ojos—. No podemos exponer a las chicas a tanto peligro.

—Nos iremos turnando si hace falta —comentó su padre, Caenis, poniendo una mano en el hombro de su hijo—. Mandaremos guardias y procuraremos que estén bien, si se diese el caso. —Miró a los Sensibles y, serio, preguntó—: ¿Estáis listos?

Charlotte miró a Endora, levantando ligeramente su rostro. Algo había cambiado en la mirada de la bruja.

—¿Lista?

—Cuando quieras, florecilla.

—Debéis seguir a la voz en todo momento mientras caéis en el sueño —continuó explicando

Aristylla—. Noam, Ovidia, no debéis perder la concentración. Si lo hacéis, podría ser muy peligroso.

Ambos asintieron, Ovidia reforzó sus manos alrededor de los tobillos de ambas; sus hiedras los rodearon y Noam posó la mano izquierda sobre Endora y la derecha, sobre Charlotte. Así, las palmas descansaban a pocos centímetros de las frentes de cada una para que él pudiese acceder a ellas.

—Los cuatro estáis conectados. ¿Listos? —preguntó Cressida, volviendo junto a sus hermanos y su sobrino.

—Cuando queráis —les informó, y Charlotte, Noam, Ovidia y Endora asintieron.

Lottie cerró los ojos, relajando su cuerpo y evadiendo su mente. Pero, a la vez, podía sentir el miedo a lo que se avecinaba. Era humana, podía permitirse tener miedo. Así que se enfocó en dos cosas: en la voz que la llamaba una y otra vez y en la mano a la que estaba agarrada. Cuando volvió a abrir los ojos, la inmensa cueva había desaparecido. Entonces un oscuro y nebuloso paisaje le dio la bienvenida. Y en ese momento lo supo: lo habían conseguido.



El ambiente estaba cargado de polvo, niebla y destrucción por todas partes.

Endora se levantó rápidamente y vio que, a su lado, no había ni rastro de Charlotte. No debía entrar en pánico, ya que sabía que su cuerpo real estaba bien y que su conciencia estaba despertando en el Otro. Así que, si ella se encontraba bien, eso significaba que Lottie no corría ningún peligro. Pero esa angustia de desconocer si su hipótesis era real o no estaba empezando a hacer mella en Endora.

Debía ser lista y mantener la calma. Lo que ambas pudieran ver allí solo serían recuerdos o atisbos del futuro. Pero, fuera lo que fuese, tenía clara una cosa: primero debía encontrar a Charlotte y después dar con el maldito y fastidioso grimorio de una vez por todas. Analizando su entorno, se dio cuenta de que estaba en una especie de explanada muy extensa, pero tampoco es que pudiese definir con gran exactitud lo que veía a su alrededor. Temía cruzarse con alguien o, peor aún, algo.

—¡Charlotte! —gritó, pero el ambiente engulló su voz rápidamente.

Caminó sin saber hacia dónde iba y, durante lo que parecieron ser eternos minutos, no pasó absolutamente nada, hasta que escuchó su propio nombre en aquella voz tan familiar.

—¡Endora! ¡Contéstame, por favor!

Volviendo sobre sus pasos, Endora entrecerró los ojos intentando precisar la dirección desde la que provenía la voz de Lottie.

—¡Charlotte! ¡Estoy aquí!

Escuchó pasos no muy lejanos y, al fin, vio cómo una silueta empezaba a formarse en la niebla.

—¡Sorcha!

Cuando la llamó así, supo que era Lottie, pues era la única que la nombraba de ese modo;

aquel mote se lo había puesto Charlotte en una de sus últimas citas.

La preocupación de Endora aumentó y empezó a respirar con dificultad, angustiada por tenerla tan cerca y a la vez tan lejos.

—¡Estoy aquí, Lottie!

Cuando la imagen de ella salió de entre la espesa calima, con su largo y ondulado cabello castaño al viento y sus ojos azules abiertos, la bruja corrió hacia ella. Entonces pudo ver cómo Lottie murmuraba su nombre sonriendo. ¿Hacía cuánto tiempo que no le sonreía así?

La joven Clearheart se lanzó a sus brazos, cogiendo el rostro de Charlotte entre sus temblorosas manos; preocupación y también sosiego en los ojos grises de la bruja.

—¿Estás bien?

—Sí, pero por un momento no te he visto y… —Lottie no terminó la frase, pero Endora vio que tragó saliva y dudaba de seguir hablando. Así que la atrajo hacia sí y la abrazó fuertemente.

—Estoy bien. Me he vuelto loca buscándote —musitó Endora en el hombro de la chica. Lottie le devolvió el abrazo, suspirando en su oído.

—Esto es una total locura.

—¿Ahora viene el beso?

Ambas brujas se sobresaltaron y rompieron el abrazo ante la desconocida voz, pero mantuvieron sus manos unidas. Por instinto, Endora se puso delante de Charlotte, la cual le dio la espalda para cubrir también sus puntos ciegos. No vieron nada a su alrededor, tan solo esa oscura niebla con una luz azulada y oscura que indicaba que, si había algún tipo de cielo o diferencia entre el día y la noche, sin duda, en aquel lugar no importaba.

—¿Quién eres?

—Para encontrarlo no has necesitado tus ojos…, pero, sin duda, podría prestaros alguno. Conozco este lugar como la palma de mi mano. —La voz canturreó aquella última palabra y, unos metros más allá, Endora juró que vio algo moverse.

Entonces ella intentó activar su magia, pero, tras unos momentos, se percató de que no funcionaba.

—Mierda.

—¿Qué? —quiso saber Lottie.

—Mi magia. No…

—Aquí no sirve —le interrumpió la enigmática voz—. El Otro es un lugar con sus propias normas y leyes. Ese tipo de Energía no sirve aquí. Pero te admiro por haberlo intentado.

—Muéstrate de una vez, cobarde —musitó Lottie, tensa junto a Endora.

—¿Cómo soportáis ese dolor en las costillas? A mí me parecería irritante.

De entre la neblina, una criatura sacada de las más oscuras pesadillas de las chicas salió, pero guardó las distancias. Parecía una mujer, pero no lo era exactamente. Levitaba y tenía dos largos brazos con manos y garras afiladas. Su piel era azulada y en su rostro… Su rostro estaba lleno de ojos de diferentes tamaños, uno más grande y llamativo en el centro, justo encima de una fina nariz y, además, tenía unos labios prominentes. Su cabello, de color blanco puro, estaba recogido en un moño frondoso e inmaculado, donde una corona negra y puntiaguda descansaba.

—Rewyra y Sabraydh… cuánto tiempo. Por cierto, espero que te haya gustado mi Nombramiento.

Sin duda, era ella, la voz que las había llamado.

—¿Qué quieres de nosotras?

—Esa pregunta debería hacerla yo —recalcó con convicción, señalándose con una afilada

extremidad—. ¿Qué queréis vosotras de mí? Pues sé que habéis encontrado cierta pista… Ya tocaba, por cierto. Hace mucho que no tengo visita. Esto es, por descontado, ¡emocionante!

—Controlas este lugar. Lo que te hace poderosa y peligrosa —se percató Endora, mirando horrorizada a la criatura.

—Me encantan las deducciones que hacéis los humanos. Es tan divertido… Interesantes adjetivos, por cierto: poderosa y peligrosa. Me los tomaré como un cumplido. —La criatura empezó a moverse hacia la izquierda, y Endora y Charlotte siguieron sus movimientos a la inversa. Así, se desplazaron hacia la derecha y formaron con ella un círculo, pero mantuvieron las distancias en todo momento—. Dependiendo del lugar, nos denominan de una forma u otra: dioses, creadores, fundadores, deidades… Deidad me gusta, es más delicado.

—¿Cuál es tú nombre?

—Oh, dulce Charlotte… —Endora odió cómo pronunció el nombre de la chica, con un ronroneo de ultratumba—. Normalmente, los seres de mi índole no solemos decir nuestros nombres. Mas he de ser sincera y confesar que me habéis sorprendido. —Se movió sin caminar, el camisón gris y roto que portaba se ondulaba, pero no había viento, y bajo este, no había rastro de piernas ni de pies—. Hace mucho tiempo que alguien no entra tan fácilmente en mi reino. Por lo que te daré el nombre por el que me conocen en otros mundos y, también, por el que los antiguos feéricos me llamaban: Räawn.

Levitó hacia las chicas, pero estas retrocedieron un paso, lo que hizo que la deidad frunciese el ceño en su gran ojo, pero con una mueca de diversión en sus labios.

—Estáis aterrorizadas. Sentimiento erróneo, dulces mortales.

—¿Eres de los malos o de los buenos, Räawn?

El ojo más grande de la deidad, el que había en su frente, se entrecerró, mientras el resto, de un tono amarillento, parpadeaban al unísono sobre esa piel azulada.

—Pregunta muy dicotómica, fiera Rewyra. No soy buena ni mala. Simplemente soy. Pero sé de algunos que han caído en el lado equivocado de la historia.

La aguda voz rio y Endora acercó más hacia sí a Charlotte, que no apartaba la mirada de aquella horripilante criatura.

—Ciertamente, necesitaréis ese libro —prosiguió Räawn, cambiando el tema de conversación —. Ese poder que portáis podría ser tan magnífico… Pero esa brujita hizo bien en controlaros.

—¿De qué bruja hablas? —preguntó Lottie; su garganta seca.

—De Augusta, por supuesto. Oí susurros de mis súbditos…, dos humanas. Angelica y Augusta de la Tierra habían conseguido despertar la energía milenaria de nuevo a pesar de que, siglos atrás, otros fallaron en el intento en ese mismo mundo.

—La Primera Generación. El denominado Reino de Brujas —musitó Endora atando cabos.

—Un fracaso total cuando ese Emperador y esa Emperatriz se dejaron ningunear —comentó Räawn mirándose las largas garras negras de su mano derecha—. Habían sido tan inteligentes… Una pena que la avaricia los llevase a tal caída y perdición. Pero por lo que veo, parece ser que la historia se repite. Trágica historia la de esas gemelas. Bueno es saber que estáis aquí para arreglarlo. Todos.

—¿Por qué nos cuentas esto? —quiso saber Endora, dando un paso hacia delante—. Está claro que tú nos has llamado, pero estoy empezando a cuestionarme si ha sido solamente porque mi compañera ha encontrado el pergamino.

—Esos feéricos nunca iban a encontrar el grimorio. No son merecedores de él. Si habéis entrado aquí es porque yo os he llamado. Porque sabía que eráis las indicadas para encontrar ese

grimorio que vuestra amiga tanto necesita. Además, esos feéricos vuestros insultaron a la energía en su momento, y un atisbo de lo que pasó es lo que os mostraré hoy. ¿Veis lo que hay a nuestro alrededor? —Hizo un gesto con la mano y todos los elementos de su cara parpadearon al mismo tiempo—. Un recuerdo de algo que, si sois lo suficientemente intuitivas, podréis evitar esta vez. Aquella mujer, a la que vuestros amigos llaman La Sabia, fue inteligente al ocultarlo aquí. Al fin y al cabo, ahora solo vosotros podréis utilizarlos.

—¿Dónde está? —exigió saber Charlotte.

La criatura inclinó la cabeza y sonrió asintiendo.

—Seréis magníficas, cuando os soltéis. Y vuestros amigos también. Pero antes de que os lleve a él… debo enseñaros algo.

La niebla desapareció de repente y, al fin, Charlotte y Endora pudieron ver dónde estaban.

Se encontraban en lo que parecía ser los pies de una gran montaña. En su base, unas escaleras medio derruidas conducían a una puerta gigantesca que se encontraba parcialmente rota.

—Esto era el Santuario de los Sabios. En los tiempos antiguos, cuando el mundo de los feéricos aún existía, los Sabios venían aquí para preservar y crear la historia, o al menos, los inicios de esta. Pero no duró mucho su tarea. Como os contaron vuestros amigos inmortales, la energía corrompió a los feéricos, y causaron su propia destrucción. Lo que veréis ahora es un atisbo de lo que sucedió durante aquellos días de pura destrucción.

—¿Cómo lo sabes? Que ellos nos contaron todo esto.

—Se podría decir que… tengo ojos y oídos para todo.

El escenario cambió por completo de improviso, y ahora se encontraban… en el corazón de una batalla. Cientos de feéricos luchaban entre sí pertrechados con armaduras que a Endora y Charlotte les recordaban a las típicas medievales que aparecían en dibujos y retratos antiguos. Pero, sin duda, estas tenían un toque más delicado y, claramente, eran más resistentes.

Lo siguiente que escucharon las dejó sin habla.

—¡Sabraydh!

Una feérica, de cabello rojo como la sangre y ojos del mismo color arrancó su espada de un moribundo feérico y corriendo atravesó a Endora y Charlotte.

—Es un recuerdo. Aquí solo somos meras espectadoras.

Ambas mortales se dieron la vuelta para ver cómo la feérica pelirroja subía unos escalones. Allí otra feérica, de cabello blanco y ojos grises, también ataviada con una armadura, se desangraba debido a una herida que tenía justo debajo de las costillas.

—¡Retenedles! —ordenó la feérica pelirroja—. ¡Tengo que salvar a mi esposa!

Los guardias más cercanos formaron una fila, reteniendo a los feéricos que parecían querer irrumpir en el templo de los Sabios. Räawn levitó y se colocó encima de las dos feéricas, apoyada en la gran roca donde Sabraydh se estaba desangrando.

—La Sabia ha… logrado llevárselos —dijo Sabraydh con dificultad.

—No hables. Tienes que guardar energías. —La voz de la feérica pelirroja era dictatorial mientras revisaba la herida de Sabraydh.

—Rewyra, escúchame.

Endora se tensó al escuchar tal calificativo y se percató de que Lottie la miraba atónita.

—Están cruzando los portales en una de las salas donde los guardan —prosiguió Sabraydh, ignorando a Rewyra—. Tienes que ir. Llévate a todos los soldados que puedas. Esto es el fin. Hasta los dioses nos han abandonado.

—No me voy sin ti —gimoteó la mujer pelirroja.

—Yo ya no estoy en este mundo. Pero tú sí, y el resto también. Sálvalos. Hazlo por mí, por favor.

—No soy nada sin ti. No existo sin ti.

—Búscame en otro mundo, mi guerrera.

Los ojos de Sabraydh se apagaron y lo último que vieron fue el rostro de la que había sido su pareja los últimos doscientos años.

Rewyra no gritó. No obstante, se levantó poco a poco, y vio que los suyos habían retenido a la fila de feéricos que habían querido irrumpir en el templo. Sin embargo, pronto llegarían más. La tierra temblaba y eso era sinónimo de batalla.

Desenvainó su espada y miró al frente mientras caminaba hacia su subcomandante, que se hallaba cubierto de sangre fresca.

—Busca a los pocos que quedan y huid. —La voz de Rewyra sonaba queda, pero a la vez, mostraba una firmeza de lo que había debajo: una comandante dispuesta a cumplir sus votos hasta el final—. No tenemos nada que hacer.

—Pero, mi comandante…

—Yo me encargo. Pero salid de aquí con vida. Por mí. Por Sabraydh.

El subcomandante se volvió para ver el cuerpo de la feérica, pálido y con la espada todavía clavada en el costado izquierdo.

—Lamento su pérdida, mi comandante. Pero…

—Si no sales de aquí ahora mismo, seré yo la que te arranque la cabeza —escupió Rewyra sin molestarse en mirarlo.

El subcomandante no dijo nada y, llamando a los que quedaban, todos subieron las escaleras que conducían hacia las puertas del santuario y se adentraron en la inmensa montaña. Las grandes puertas se cerraron y, en ese momento, Rewyra levantó su espada. Mientras, una horda de cientos de feéricos de todas las clases corría hacia ella, con sed de sangre.

—Voy a buscarte, Sabraydh, mi amor. Estés donde estés.

Y Rewyra corrió hacia delante, enfrentándose a su muerte.

La imagen se disipó y Endora y Charlotte volvieron a estar en la explanada de antes.

—¿Qué intención tenías al mostrarnos eso? —musitó Lottie con lágrimas en sus ojos.

—Esto es lo que pasó. El origen de todo. La razón de que estéis aquí. La caída de los feéricos al corromper la magia y, por lo tanto, corromperse a sí mismos. La huida de estos hacia otros mundos… fue poco después, cuando la Sabia consiguió contactarme para acceder al Otro y pedirme un gran favor. Pero, la verdad, pobre destino el de esas dos…, murieron juntas, al menos.

—Somos… ¿ellas? —se atrevió a preguntar Lottie, y Endora la agarró de la mano; ambas temerosas de la posible respuesta.

—En absoluto, querida —aclaró Räawn, levitando de un lado a otro—. Pero cuando supe que los feéricos te habían nombrado justo con ese nombre…, no pude evitar nombrar a Endora como Rewyra. Además, creo que el nombre le va como anillo al dedo. He oído que te fascinan las estrellas y la noche.

—Has hablado de que la Sabia te pidió un favor. Tienes el grimorio, ¿verdad?

—Lo tengo, así es.

—¿Sin trucos?

—¿Qué trucos? Solo quería pasar un rato agradable con vosotras, y también saber un poquito más de vuestros amigos.

—¿De qué hablas? —exigió Endora.

Räawn señaló hacia el inexistente cielo.

—Ovidia Winterson, hija de la oscuridad y Noam Clearheart, hijo de…

—Nos has retenido a propósito —exclamó Charlotte, realmente enfadada e interrumpiendo a la diosa.

—Quería asegurarme de que los otros dos también son lo bastante poderosos. Y sí, lo son. Increíble que uno de ellos esté viéndome ahora mismo. Es guapo. Muy guapo. —Räawn movió la mano divertida—. Hola, encanto. Y, por cierto, antes de que os vayáis…

Unas piernas aparecieron bajo su largo camisón y esta vez Räawn se fue caminando poco a poco, dándoles la espalda.

—Tenéis que saber que esta historia —la deidad hizo una pausa mientras se empezaba a alejar, su figura cada vez más borrosa— siempre ha sido más grande que dos simples trucos de magia. Más grande que la luz y la oscuridad que esa amiga vuestra porta. Y pronto descubriréis a qué me refiero. Dos hechizos. Tictac. Tictac.

—El Grimorio del Origen —exigió Endora, sujetando a Charlotte—. ¡Dánoslo!

Räawn se detuvo, volvió la cabeza y sonrió de forma espeluznante.

—Abrid los ojos, *Wicca*.

Un segundo después, ambas despertaron.



15 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

Se despertaron cubiertas en sudor y respirando con dificultad. Lo último que escucharon del Otro fue la cruel risa de Räawn. Noam y Ovidia cayeron al suelo, desplomados y medio desmayados. Los feéricos, alarmados, corrieron a socorrer a los Sensibles, los cuatro yacían cansados y confusos en el duro suelo de piedra.

Cressida corrió hacia Noam para comprobar que no estuviese herido. Nova fue corriendo hacia Ovidia, que empezaba a recuperar la consciencia. Caenis y Aristylla fueron hacia Endora y Charlotte, las cuales abrieron los ojos poco a poco y lo primero que hicieron fue buscarse la una a la otra.

—Por los dioses más sagrados y antiguos —musitó Caenis tras ellos; su rostro abierto y llenó de pura estupefacción—. Lo habéis hecho.

Sobre las manos entrelazadas de las dos brujas, un pesado, oscuro y precioso grimorio yacía, vibrando y lleno de vida.

El Grimorio del Origen.

Al fin lo tenían en su poder.

—¿Llamamos a los curanderos? —preguntó Aristylla, lista para salir a buscar ayuda.

—No hará falta —negó rápidamente Charlotte, levantándose con dificultad. Endora hizo lo mismo y la ayudó a apoyarse de nuevo en ella—. Solo necesitamos un buen baño, ropa limpia y un buen vaso de agua.

—Opino que sí estaría bien que, después de haberte disparado una flecha en la pierna y haber viajado al Otro, te examinarán. Eso como mínimo —objetó Endora.

—Cielo, mírame. ¿Estás bien?

Ante la alarmada voz de Noam, todos se dieron la vuelta para ver como Ovidia aún seguía en el suelo, rodeada de su pareja y de Nova.

—Sí, es solo que… he sentido algo que ha intentado tirar de mí. Por un momento casi lo ha conseguido. Pero he podido aferrarme a la realidad y anclar a Lottie y a Endora. El esfuerzo me ha dejado agotada.

—Debes descansar, mi amor —insistió Noam, ayudándola a levantarse.

—Concuerdo con él —añadió Nova.

—No, esto indica que tengo que entrenar más. ¿Qué habría pasado si no consigo anclarme a la realidad? —Se dirigió hacia las otras brujas levantándose con dificultad, asegurándose de que estuviesen bien—. Sabía que lo conseguirías, estoy tan orgullosa…

Abrazó a ambas con cuidado, sonriendo de puro orgullo. Lottie la apretó contra su cuerpo, sin poder creer aún que esa chica fuese su mejor amiga, su hermana.

—Gracias, pastelito, pero, tengo algo que decir. Punto número uno: gracias por anclarnos. Punto numero dos: esta cosa pesa —gimoteó Endora cogiendo el Grimorio del Origen con su brazo izquierdo. Con el derecho, no soltó en ningún momento a Lottie—. Punto número tres: salgamos de aquí, por favor. Estoy pegajosa por todos lados.

—Me adelantaré para que preparen los baños —comentó Aristylla—. Y os prepararé una bebida que os ayudará con el cansancio. Volved con cuidado.

Aristylla comenzó a correr y saltó con gran habilidad por las rocas, hasta que desapareció por el camino que llevaba a la entrada del lugar. Y el resto del grupo la siguió, poco a poco, mientras el Grimorio del Origen vibraba, lleno de vida; los cuatros Sensibles podían sentirlo como si de su propio corazón se tratase.

El palacio se encontraba tranquilo debido a la entrada de la noche. Varios guardias les escoltaron desde el santuario hasta el castillo. Todos iban a paso lento porque Charlotte todavía estaba herida y los demás acusaban el cansancio.

Ahora, tras ser atendidas y un darse un largo baño, habían acordado con los feéricos reunirse en la Biblioteca, donde Caenis había llevado el grimorio para guardarlo a buen recaudo. Charlotte no vio a Rine, Elrich y Lysander por ningún lado, así que supuso que habrían huido durante su repentino ataque a la estatua. Se prometió que, cuando les volviese a ver, les pediría disculpas apropiadamente. No quiso ni pensar en lo que tuvieron que sentir al verla actuar de tal modo. Pero ella consideraba que actuó de la manera correcta.

Ahora ya estaban a salvo, saliendo de sus aposentos. Charlotte se encontró a Endora esperándola, sin guardia. Esta se hallaba sola en el pasillo.

—Ovidia, Noam y Nova ya han bajado. Cressida me ha dicho que volverá enseguida. Han ido a comunicarse con su pueblo y a informarles de lo que ha pasado.

—¿Les van a contar que hemos encontrado el grimorio?

—Son líderes sinceros con su pueblo, por lo que asumo que sí. —Endora se acercó a ella mirando su pierna—. ¿Cómo estás?

Ella y Lottie estaban muy cerca. Podía oler el dulce aroma de los jabones que había usado para limpiar su cuerpo y cabello. Charlotte llevaba un sencillo vestido de color azul pálido, ajustado a la cintura y sin corsé, que se pegaba a la forma natural de sus curvas. La chica se había soltado el pelo suelto y varios mechones se enroscaban en su oreja; ahora su expresión era completamente abierta.

—Deberíamos ir. Nos están esperando —musitó Lottie esquivando la pregunta.

Ella no pudo enfrentar los ojos de Endora, llenos de una intensidad que siempre la acompañaba cada vez que la miraba. Pero, esta vez, había algo más en la mezcla de emociones que tintaba aquellos ojos, cierto matiz que la bruja no había visto antes. Y aunque tenía la certeza de que sabía de qué se trataba, sintió pavor por que fuese real y avivase las brasas de la esperanza que quedaban en su corazón… Le volvieron a doler las costillas y Endora le ofreció su brazo y una pequeña sonrisa.

—¿Vamos?

Lottie inspiró hondo y se aferró al delicado brazo de Endora, y ambas se dirigieron en un denso silencio al punto de encuentro. Cuando llegaron, Charlotte se detuvo al ver cómo Elrich y Lysander se encontraban en la puerta junto a otros dos guardias que vigilaban la entrada. Apretó el paso, sintiendo que estos se habían percatado de su presencia, pero miraban al frente, fieles a su deber. ¿Por qué no estaban disfrutando de las festividades?

—¿Qué hacéis aquí?

Ninguno de los dos contestó.

Sintió la mirada de Endora tras ella, y Lottie tragó saliva, notando el enfado… o, más bien, la decepción de los feéricos.

—Lo hice por una buena razón —intentó explicarse, mirando de uno a otro—. No quería dañar vuestro templo u ofender a vuestro pueblo. Lo digo de verdad.

Se hizo un silencio.

Charlotte sollozó sin poder contenerse. Soltándose del brazo de Endora, se arrodilló en el suelo y dio un quejido de dolor al sentir que la venda le apretaba.

—¡Lottie, la herida!

Poniendo su frente en el suelo, la joven respiró con dificultad y susurró:

—Os pido perdón a vosotros, a vuestro pueblo. Lamento lo que hice. Por favor, no me paguéis con vuestra indiferencia.

Elrich y Lysander intercambiaron una mirada, pero mantuvieron firme su silencio.

Charlotte miró hacia arriba, con lágrimas en los ojos.

—Decidle a Rine que lo siento, por favor.

Endora la ayudó a levantarse, y los feéricos pudieron ver la venda que envolvía su pierna, pero no dijeron nada.

—Van a tener que retocarte los puntos si te mueves así. Vamos, nos esperan.

Charlotte entró cojeando en la Biblioteca. Una vez allí, las puertas de esta se cerraron tras ella y vio que el resto ya les esperaba allí.

Ovidia fue corriendo hacia ella al ver su rostro lloroso.

—¿Qué ocurre? —Cogió el rostro de su amiga con sus delicadas manos y Charlotte negó.

—Elrich y Lysander…, tendrías que haber visto sus caras.

—Dales un tiempo. No saben toda la historia. Podrás contársela cuando todo se calme. Apenas han pasado unas horas.

—Deberíamos acabar con este asunto cuanto antes y para que podáis ir a descansar —comentó Nova, con voz dulce—. Mañana será otro día.

—Lleva razón. —Noam apareció tras Ovidia mirando con empatía a Charlotte—. Tienes que descansar, Lottie. Todos tenemos que hacerlo.

—¿Dónde está?

Todos se volvieron hacia la gran mesa de la Biblioteca. Cerca de su borde, el Grimorio del

Origen reposaba.

—Por respeto a vuestra tarea, me he cerciorado de que no se abriese desde que me lo habéis otorgado para salvaguardarlo —les aseguró Caenis mientras ofrecía asiento a las dos brujas recién llegadas.

—Antes de empezar —comentó Endora mirando a su primo y a la Bruja Negra—. ¿Qué pasó cuando estábamos en el Otro? Sabemos que la criatura que nos recibió te vio, Noam.

—Espeluznante sí era —contestó susurrando—. Pude verlo todo.

—Nos lo mostró —explicó Ovidia, con tristeza en los ojos—. Noam realizó una Transmisión mientras estaba en vuestra conciencia. Pudimos ver el recuerdo que esa criatura os mostró.

—Y eso solo fue una pequeña muestra de todo lo que realmente ocurrió —comentó Caenis, con una expresión sombría en su rostro—. Una masacre. Un exterminio sin cuidado alguno.

—¿Cómo conseguisteis sobrevivir? —preguntó Charlotte acomodándose en su sillón—. Lo que vimos no fue nada comparado con lo que imagino tuvisteis que vivir.

Los tres hermanos se miraron.

—Yo no recuerdo mucho, la verdad —confesó Aristylla, sentándose en el borde de una de las mesas—. Tenía apenas cuatro o cinco años. Recuerdo el polvo, y Cressida llevándome en brazos mientras Caenis nos llevaba a una montaña muy alta. Y luego recuerdo la caída.

—Eso fue cuando cruzamos el portal —comentó Cressida yendo junto a su hermana, la cual se apoyó en el hombro de la feérica rubia—. La destrucción duró días. Cuando llegó a nuestro reino, nuestros padres nos sacaron del reino, yendo hacia el templo de los Sabios. La gente caía corrompida por la magia como una plaga imparable. Yo misma había notado que ya no podía usarla. Tenía apenas quince años. Caenis ya era un adulto, por lo que nos protegió hasta que entramos en el portal y llegamos a la Tierra. Nuestros padres eran los líderes, así que hemos heredado su posición aquí.

—Vuestros padres… ¿Dónde…? —se atrevió a preguntar Ovidia.

—Murieron de pena —comentó Caenis. Todos vieron cómo Cressida se limpiaba una lágrima, sin poder mirarlos. —Pocos años después de llegar. No pudieron soportar una vida aquí y… una mañana padre no despertó. Días después fue madre, hundida por el dolor.

—Lo sentimos muchísimo todos —dijo Ovidia por los cuatro. El resto de los mortales asintieron, de acuerdo con su amiga.

—Lo que vimos… —murmuró Endora negando con la cabeza—. No quiero imaginar lo que fue vivirlo.

—El tiempo ha ido erosionando los recuerdos. Pero el olor, los gritos… yo al menos eso no lo he olvidado —musitó Caenis, de brazos cruzados junto a su hijo.

—¿Cómo os recibieron en el Otro? —preguntó Aristylla, curiosa, su cabellera azulada cayendo como una cascada al inclinar su cabeza—. ¿Fue amigable o no?

Endora y Charlotte intercambiaron una mirada, y explicaron lo que sucedió con detalle.

—¿Era ella de verdad o solo una ilusión?

—No habíamos visto nunca a Räawn. ¿Oído hablar de ella? En historias y mitos. Sabíamos que el Otro era real, y que ella lo liderase, también. Pero las pocas personas que han accedido a ese reino normalmente no han interactuado con nadie. Me sorprende que se os apareciese. Aunque, si era para daros el grimorio, la entiendo. ¿Cómo era?

—Escalofriante… —empezó a explicar Lottie.

—… y sacada de pesadillas —terminó Endora por ella, con una expresión de disgusto evidente—. Bueno. Veamos qué nos puede ofrecer este grimorio y vayamos a descansar hasta

mañana.

Ella y Charlotte se levantaron del sofá y Ovidia y Noam las siguieron hacia uno de los ventanales; la noche decorando el cielo. Endora depositó el Grimorio del Origen sobre un atril de madera majestuoso. La bruja respiró hondo y sintió a Lottie a su derecha, rozando sus dedos con los suyos.

Se dio la vuelta para mirarla y vio cómo asentía.

—Ábrelo.

Endora negó con la cabeza y se volvió para ver cómo Ovidia estaba a tan solo un par de metros tras ella y Noam a su lado.

—Esto es cosa tuya, Bruja Negra.

Ovidia frunció el ceño, pero despacio, se acercó a las chicas, y Endora lo vio: cómo se tambaleaba ante la cercanía del grimorio.

—Es… está vivo. Repleto de energía.

La bruja se acercó aún más y, poco a poco, apoyó la palma de la mano sobre la cubierta del manuscrito. Con los ojos cerrados, Ovidia percibió toda la energía que este desprendía, sintió el calor de las manos que milenios atrás lo habían acariciado.

—Venid. Venid, sentid esto.

Los Sensibles se miraron y, poco a poco, imitaron a Ovidia, que movió una mano para darles espacio suficiente.

El Grimorio del Origen era gigantesco.

Los tres se sobresaltaron cuando tocaron la tapa, y Ovidia sonrió, con los ojos aún cerrados. El contacto con aquel libro fue como un murmullo sobre sus pieles. Un golpe de energía familiar y a la vez desconocido que subió desde las yemas de sus dedos hasta el último rincón de sus cuerpos.

—Es como si no estuviésemos solos —susurró Lottie. Endora sintió cómo sus dedos se rozaban y no lo pudo evitar. Se acercó más a ella, la cual respondió de la misma manera.

Segundos después, los cuatros apartaron las manos, respiraron al unísono y abrieron al fin los ojos.

—Da respeto —comentó Noam.

—Sin duda —confirmó Charlotte.

—¿Ahora entendéis cuando os decimos que la energía, la magia, no tiene límites? Por eso hay que ponerlos. Pero no de la manera en la que Augusta lo hizo, engañándonos. Por supuesto que podéis tener cierta inclinación hacia determinadas prácticas —prosiguió Caenis, con una voz tan calmada como la de un mentor—, pero tenéis que hacer mucho más.

—Aunque Augusta lo hiciese para «protegernos» —comentó Noam, con un gesto duro en su expresión—, puede que nuestra generación no. Sin embargo, las futuras descubrirán la verdad.

—Creo que ya va siendo hora de buscar ese hechizo, ¿no creéis? —afirmó Endora enarcando una ceja.

—Nos quedaremos por aquí —anunció Cressida—. Cualquier cosa que necesitéis, esperamos ser de ayuda.

Los Sensibles asintieron y los cuatro se volvieron hacia el Grimorio del Origen de nuevo.

Poco a poco, Ovidia lo abrió y Endora fue la primera en hablar:

—Pero ¿qué narices?

—Está vacío —dijo Noam, tan sorprendido como los demás.

—Esa maldita diosa del dem… —comenzó a maldecir Endora, pisando fuerte de la rabia—.

¡Nos ha engañado!

—No. —Charlotte negó con la cabeza. Su mirada cristalina estaba fija en el libro—. No está vacío. Tal vez solo has de saber lo que estás buscando. Déjame, Ovi.

Esta se puso a su lado y Charlotte hojeó las gruesas páginas, todas completamente vacías. Deteniéndose en una que había hacia la mitad, respiró hondo y, poniendo la mano sobre la página, Charlotte musitó:

—Grimorio del Origen, ¿podrías compartir tu sabiduría conmigo y decirme cómo crear una poción que cambie de color mi cabello?

En cuanto la mano de Charlotte se despegó del papel, se formaron ondas de tinta difuminada y empezaron a aparecer letras, dibujos y anotaciones por todo el grimorio.

Lottie sonrió victoriosa y aplaudió.

—¡Lo sabía! Simplemente hay que ver las cosas desde otra perspectiva.

—Con el Grimorio del Origen tiene sentido —añadió Noam, sonriente y anonadado ante lo que acababa de pasar—. No iba a tener la información expuesta para todos. Es un mecanismo de protección que, fuera quien fuese el que lo aplicó, fue inteligente y precavido. Y… madre mía, está en inglés.

—Es verdad —confirmó Ovidia leyendo algunas palabras.

—¿Cómo? —Esta vez fue Aristylla la que habló, y se acercó para leer el grimorio a cierta distancia—. ¿Cómo es posible? Tenía entendido que el Grimorio del Origen, como proviene de nuestra cultura, debería estar escrito en nuestro alfabeto.

—Tal vez… —musitó Caenis cruzándose de brazos—. Conocí a la Sabia cuando era pequeño y me comentó algo interesante acerca de la energía. Ella dijo que es universal y que su conciencia se adapta a aquellos que la necesitan.

—Ventajas de ser el mayor —bromeó Cressida, que estaba a su lado, mirando a su hermano con orgullo.

—Os he enseñado todo lo que aprendí. No te pongas melodramática —le advirtió Caenis, con una mueca divertida. Él parecía aterrador al principio, pero tenía un lado cercano y divertido que seguro había sido una de las muchas facetas que había cautivado a Virgilia—. El grimorio sabe qué necesitas y cómo lo necesitas. Así que se ha adaptado.

—¿Un traductor mágico? —susurró Endora para sí misma, aunque todos la pudieron escuchar —. Qué bendición.

—El conjuro es tuyo, Ovidia. Pídeselo tú —dijo Charlotte apartándose y dejándole el Grimorio del Origen a la joven.

—Quedaos cerca —sus ojos fueron de las chicas a Noam—, por favor.

—Siempre, mi Bruja Negra —murmuró Noam poniendo una mano en la parte baja de su espalda.

—Qué meloso es —musitó Endora haciendo un gesto exagerado—. Venga, pastelito, que no tenemos todo el día.

Esta asintió y, volviéndose de nuevo, buscó a alguien más entre los presentes.

—Nova, tú también. Quiero que veas esto.

Este miró a su padre y a sus tías, quienes asintieron. El chico tenía una expresión extraña y se dirigió a la bruja:

—¿Por qué?

Ovidia sonrió chocando un hombro con el de él de forma amistosa.

—Eres mi familia. Y aunque no puedas utilizar el poder, mi sangre corre por tus venas.

Mereces ver esto y compartirlo con nosotros.

Noam se separó levemente de Ovidia, ofreciéndole espacio a Nova y dándole una palmada amistosa en el hombro.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Los cinco se volvieron hacia el grimorio y Ovidia imitó lo que hizo Lottie, despacio.

—Grimorio del Origen, ¿podrías compartir tu sabiduría conmigo y decirme cómo puedo encapsular mi energía pura?

La Bruja Negra levantó la mano y, poco a poco, las palabras empezaron a aparecer en el viejo pergamino y Ovidia cogió aire, sorprendida.

—¡Sí! —gritó la Bruja Negra—. ¡Sí, sí, sí!

Saltando de alegría abrazó a Nova y Noam rápidamente pero con fuerza.

—Deja que le eche un vistazo —comentó Endora, que leyó el conjuro rápidamente. Su expresión pasó de concentrada a sorprendida y, sonriendo de medio lado, musitó—: Tiene sentido. Tendremos que leerlo con calma y con cuidado.

—Lo tienes —murmuró Charlotte, emocionada al mirar a su mejor amiga.

—Lo tenemos —corrigió Endora sonriendo de oreja a oreja—. Vamos a poder salvarla.

Ambas se abrazaron mientras Endora y Noam chocaban sus manos, hasta que también el chico fue hacia él y la abrazó con fuerza.

—Y después de esto —susurró Ovidia mirando a cada uno de sus compañeros mortales—, a por él.

—De eso no te quepa duda, pastelito —respondió Endora, con determinación y sed de venganza en su mirada. Charlotte y Noam se miraron, asintiendo.

La Bruja Negra se dirigió hacia los tres líderes, los cuales se habían quedado al margen, atentos a la escena. Cuando estuvo frente a ellos, mirando uno a uno a los ojos, Ovidia inclinó su cabeza en forma de respeto.

—Gracias por acogernos, por la paciencia, por todo esto —agradeció Ovidia llevándose una mano al pecho, en señal de juramento—. Prometo que lo mantendré a salvo. Que lo cuidaré bien.

—Gracias a ti —dijo Caenis—. Has encontrado un objeto sagrado de nuestro pueblo y, aunque ya no nos sea de gran ayuda, sigue siendo igual de importante para nosotros.

—¿Qué haréis cuando consigáis realizar el conjuro? —preguntó Aristylla; sus ojos brillantes en contraste con su azulado pelo.

—No os molestaremos más. Iremos a buscar a Harvey, pararemos sus planes. Y después…, bueno. Ya veremos qué pasa después.

—Propongo una cena de despedida antes de que os marchéis —dijo Cressida, sonriente—. Nuestros barcos os dejarán en cualquier punto de la costa que deseéis cuando partáis.

—Será mejor que descanséis —comentó Nova volviendo junto a su familia—. Mañana será un día agotador.

—Guardaremos el grimorio bajo llave durante la noche —anunció Caenis—. Mañana os esperaremos en el salón principal para desayunar. Os lo daremos después, cuando estéis preparados.

—Endora, ¿puedes venir un momento? —preguntó Cressida. La bruja asintió y ambas salieron de la estancia y desaparecieron por el pasillo.

Poco a poco, y charlando animadamente, se dirigieron hacia las puertas de la Biblioteca, en cuyo pasillo tan solo estaban dos guardias, Elrich y Lysander, que esperaban fuera vigilantes. En

aquel momento, cuando vieron a Lottie, se miraron.

—¿Todo bien, lady Sabraydh?

Charlotte se quedó paralizada al escuchar esa pregunta. Entonces vio cómo habían cambiado sus expresiones y con ojos llorosos la bruja se lanzó a abrazarles, pidiendo perdón una y otra vez.

Lysander le dio un par de palmaditas y Elrich le devolvió el abrazo con fuerza.

—¿En serio soportaste un ataque de flechas? —quiso saber este último.

Rompieron el abrazo y Lottie asintió, limpiándose las lágrimas. Poco a poco se levantó la falda de su sencillo camisón rosa pálido y mostró la herida.

—Aristylla me curó enseguida. Esto será un recuerdo de lo que conseguí.

—Entonces ¿es cierto? ¿Lo habéis encontrado?

Esta, sonriente, aunque con la imagen de las dos chicas saliendo juntas de la Biblioteca, asintió.

—Lo hemos encontrado. Así que, si conseguimos nuestro propósito, nos iremos en los próximos días.

—¡Eso es una buenísima noticia! —exclamó Lysander—. Podréis seguir con vuestra misión.

—¿Tanto cariño nos has cogido que no deseas marcharte? —bromeó Elrich arqueando una ceja.

Charlotte se sonrojó y, cruzándose de brazos, asintió.

—No me hubiese arrodillado de no ser así. Por cierto —frunciendo el ceño, la bruja murmuró divertida—, te vi con Linette frente a la estatua.

Lysander soltó un silbido, pero Elrich le restó importancia y se encogió de hombros.

—Vamos juntos cada año. No es gran cosa.

«Sí que lo es», dijo Lysander desde atrás, moviendo sus labios para que se entendiesen sus palabras, pero sin alzar la voz.

Lottie suspiró y, por primera vez, se dio cuenta de que había hecho amigos más allá de su círculo habitual.

—Me duele la pierna y estoy cansada. ¿Podéis acompañarme a mis aposentos? Necesito descansar para mañana.

Los dos feéricos le ofrecieron sus brazos, y Lottie se despidió de los demás con un «buenas noches», al mismo tiempo que Endora y Cressida volvían de su charla privada.

Charlotte las escuchó, pero no se atrevió a mirar atrás.

Llamaron a la puerta, lo que hizo que Charlotte se despertase de un profundo sueño. La luz entraba con fuerza por las ventanas e hizo un ruido como respuesta a la llamada. La puerta se abrió despacio y Aristylla se asomó, acompañada de Rine. Charlotte se incorporó despacio, con los ojos fijos en su doncella. Esta evitó mirarla; la vista fija en el suelo y las manos en la parte baja de su espalda.

—Buenos días, Charlotte. Vengo a despertarte y a revisar la herida.

La bruja asintió, se destapó, se levantó con cuidado y se alzó el camisón. Aristylla fue hábil con las herramientas de curación que había llevado en una cesta. Charlotte identificó varias: aguja, hilo, distintos líquidos oscuros y uno más claro que, sin duda, era alcohol.

La feérica de cabello azul cortó la tela y dejó al descubierto la herida, aún fresca, pero cicatrizando bien. Rine abrió los ojos al tener la herida a plena vista y se agachó junto a Aristylla.

Charlotte apretó los dientes al sentir el alcohol de nuevo sobre su piel.

—Solo has gruñido. Eso significa que es soportable y que la herida está sanando correctamente. Los puntos parecen estar en su sitio. Te limpiaré la sangre y te pondré una venda nueva.

En unos minutos, Aristylla abandonó la habitación tras terminar su tarea y la avisó de que todos estaban ya desayunando y esperándola abajo, y la dejó a solas con Rine.

La doncella había permanecido callada en todo momento y, mientras su líder curaba a Lottie, se había dedicado a buscar los ropajes que llevaría la mortal ese día. Ahora, mientras preparaba el aguamanil, el silencio era insoportable.

—Rine…

Esta se detuvo y, finalmente, la miró a los ojos.

—No hay excusa. Pero debes creer que mis disculpas son sinceras.

—Lysander me ha informado de tus disculpas y de que te arrodillaste frente a ellos.

La bruja asintió; el nudo de su pecho se agravó cuando Rine negó con la cabeza, apretando la ropa contra su pecho.

—Estaba con mi hija, Charlotte. Mi bebé. —Rabia y amor de madre inundaban los ojos de la feérica, que luchaba por no desmoronarse. Charlotte, por otro lado, ya había empezado a hacerlo —. Podría haberle pasado algo, la estampida fue… Lysander nos sacó a ambas a tiempo y nos llevó por un camino secreto de la guardia.

—En ningún momento iba a atacaros a vosotros.

—¡Podrías haber perdido el control!

—A pesar de que mis actos fueron impulsivos, controlé mi magia en todo momento —le aseguró.

—He ido esta mañana a la estatua. Bueno, casi todos han ido. Lo que nos contaron es cierto. ¿Has encontrado el Grimorio del Origen?

Charlotte asintió; Rine suspiró negando con la cabeza.

—Por una parte, sigo muy enfadada contigo. Pero, por otra… ¿Qué hiciste para que te tuvieran que atacar con flechas? Sabraydh, podrías haber muerto.

La bruja se encogió de hombros, pero su vello corporal se erizó ante tal idea.

—Soy algo testaruda.

Con un chasquido de lengua, Rine rompió la distancia y abrazó fuertemente a la bruja.

—Cuando Lysander me ha contado todo esta mañana al llegar, no me lo podía creer. Y ver la herida ahora… —La feérica la aferró más a su cuerpo y Charlotte dejó que las lágrimas cayesen por su rostro, sonriendo.

Lottie se sorprendió de nuevo al sentir un amor tan abrumador hacia Rine; un sentimiento de amistad que ella sabía que perduraría en el tiempo.

—Gracias por perdonarme.

Rine rompió el abrazo y, cogiendo el rostro de Lottie, la obligó a mirarla a pesar de su diferencia de altura de más de una cabeza. Entonces la feérica murmuró:

—Vamos a vestirte. Pero sigo enfadada.

—Me sirve —declaró Lottie, y por primera vez en mucho tiempo rio; una risa sincera y verdadera.

Fueron los cuatro solos. Debido al escándalo que provocó Charlotte, los tres líderes habían partido para hablar con las tres aldeas que había en la gran isla y explicar con sumo detalle lo que

había ocurrido en la estatua de la Sabia. Pasarían la noche fuera, pues la relación con su pueblo era importante, y querían aclarar dudas a todos y cada uno de ellos que las tuviesen. Así que al día siguiente realizarían el conjunto por la mañana y por la noche. Si todo iba bien, harían la cena de despedida.

Ahora, casi a media mañana, se dirigieron hacia un prado que, como Endora había explicado, Cressida había sugerido la noche anterior; un sitio calmado y lo suficiente apartado de las aldeas para no molestar a los feéricos, que ahora se encontraban tensos ante lo sucedido.

«Así que eso es de lo que estaban hablando», había pensado Charlotte, avergonzada de sus celos.

Últimamente los celos eran lo único que parecía controlar su razón. Y eso debía cambiar.

Endora y Ovidia iban delante comentando el conjuro del libro y los pasos que seguir ordenadamente. Charlotte, apoyada en el brazo de Noam, las observó, y los celos volvieron a ella, pero esta vez por algo muy distinto. Echaba de menos cómo había sido todo antes. Cuando sus sentimientos por Endora no habían interferido en la relación de ellos cuatro. Y ahora temía que, después de esta misión, nada volviese a ser igual.

Tardaron poco más de media hora en llegar al claro, pero tuvieron que seguir un camino un poco escarpado que, por suerte, Lottie pudo recorrer bien gracias a la ayuda de Noam y de un bastón improvisado. La bruja se quedó boquiabierta ante la belleza del lugar; el sol iluminando las flores y la intensa y verde hierba que lo tapizaba. Endora y Ovidia se pusieron manos a la obra, calculando distancias, por lo que Lottie asumió que tendrían que crear un pentáculo como base para el conjuro. Ella quiso acercarse para ayudar, pero Noam apretó su agarre, lo que la obligó a mirarle.

—Dejémoslas. Han estado desde esta mañana preparando todo y lo tienen bajo control. Nosotros solo vamos a estorbarlas si intentamos ayudar. Y tú —señaló su pierna y Charlotte puso los ojos en blanco— tienes que descansar. Venga, vamos.

La joven siguió al chico, que se dirigía a uno de los árboles cercanos, y ambos se sentaron en la hierba; la bruja haciendo una mueca de dolor. Noam, alarmado, la miró con preocupación.

—Estoy bien —aseguró rápidamente Charlotte, quitándole importancia—. Aristylla ha venido esta mañana a darme más dosis de la medicina y la herida está cicatrizando bien.

—Lo que me sorprende es que no hayas hecho uno de tus ungüentos.

—Mezclar tratamientos no es bueno. Lo aprendí a las malas. Así que seguiré las indicaciones de Aristylla y esperaremos a que en unos días la herida mejore.

Charlotte abrazó sus piernas y apoyó la cabeza en sus rodillas mientras observaba cómo Ovidia y Endora, que tenía el Grimorio del Origen en sus manos, seguían las indicaciones del hechizo con meticulosidad, dibujando el pentáculo de manera precisa. Ovidia, ahora en el centro, dejó que Endora revisase las instrucciones.

—Son dos pentáculos —escuchó que decía—, uno redondo y otro interior de seis puntas. Pero… parece que tiene forma de… ¡Dame un segundo!

—¡Te he dicho que tiene forma de flor! —exclamó Ovidia rompiendo la distancia con la bruja.

—¿Un pentáculo en forma de flor? ¡No lo he visto jamás!

—¡Pues claro! Es un hechizo arcaico, no esperes encontrar cosas comunes.

Endora levantó la vista, alarmada, y Lottie se alertó.

—¡No te muevas! Es importante que te quedes justo en el centro.

—¡No me he movido! —se defendió Ovidia, que estaba rodeada de sus hiedras.

—No mientas, he notado cómo el pentáculo exterior temblaba. Te has movido.

Con el rabillo del ojo, Lottie vio cómo Noam se inclinaba hacia delante, prestando atención a la interacción entre el amor de su vida y su prima. Su mandíbula estaba tensa y su ceño fruncido, pero instantes después, mostró una mueca, un atisbo de sonrisa.

Lottie pasó su mirada de él a la otra Clearheart, y vio que volvía a mirar el libro; su oscuro cabello cayendo como cascada y tapando parte de su rostro. Ovidia aprovechó el momento para mirarlos a ambos, encogiéndose de hombros y poniendo una expresión de «no me he movido, de verdad».

—Algo ha cambiado —susurró Noam—. Te has dado cuenta tú también, ¿verdad?

Charlotte le miró de reojo y vio cómo seguía mirando a las dos brujas con orgullo.

Pero supo de quién hablaba.

—Sí. Sin duda, me he dado cuenta.

—Parece que… de repente hubiera recuperado esa chispa, esa vida que había en ella. Y fue justo después de que te disparasen esa flecha. Como si lo que te pasó la despertase de un mar de dudas.

—Noam, para.

Este apretó los labios, la miró con sus ojos color miel y pestañeó entendiendo esas palabras.

—Lo lamento.

—No lo entiendes —musitó Lottie volviéndose levemente hacia Noam. Él hizo lo mismo, mirando atentamente a su amiga—. Tomé la decisión de olvidarme de ella. Pero es que simplemente… no puedo. Además, parece que es experta en confundirme. No sé lo que sentirá por mí, pero yo… tengo que decírselo, cómo me siento. Tengo que quitarme esta carga del pecho, tener una respuesta y seguir con mi vida.

—¿Puedo decirte algo, Lottie?

Una leve brisa les acarició e hizo que la hierba y las flores del prado donde se encontraban se moviesen en la misma dirección que el viento, hasta que este desapareció en el horizonte. La bruja se volvió para mirarle y Noam mostró una expresión dulce y calmada.

—Mi prima ha compartido muchas veces conmigo impresiones acerca de las amantes que ha tenido. No me ha dado detalles explícitos, pero sí que he podido entender qué tipo de relación tenían y como les hacía sentir.

Ese pinchazo, ahí estaba de nuevo, junto con el dolor de costilla.

—No podrás cambiar su pasado, como tú tampoco podrás cambiar el tuyo. Pero créeme si te digo que, cuando habla de ti, lo hace de manera distinta.

—Distinta ¿en qué sentido?

Noam se encogió de hombros sonriendo de medio lado.

—Eso tendrás que descubrirlo tú, *Sabraydh.*

—¡Lo tenemos todo! —anunció Endora, que hizo un gesto a Ovidia—. Ahora sí que puedes moverte.

—A veces me sacas de quicio —bromeó la Bruja Negra.

—Me adoras —respondió la joven Clearheart guiñándole un ojo.

Y, aunque no fue dirigido a ella, el simple gesto hizo que a Charlotte le diese un vuelco el corazón.

Estaba decidido. Debía quitarse las dudas de una vez por todas. Aunque eso hiciese en su corazón cientos y cientos de cortes. No los suficientes para romperlo, pero sí para herirla una y otra vez.

Volvía a ser de noche, y Lottie llevaba intentando dormir más de una hora. Tumbada en su cama, no podía dejar de pensar en aquellas palabras. En el ritmo de su corazón, un tambor incansable que hacía que todo a su alrededor perdiese el sentido. Solo ese tamborileo constante a punto de salirse de su pecho.

Habían encontrado el Grimorio del Origen. Habían conseguido el conjuro que tanto habían buscado.

Después de meses lo habían conseguido. Varios pensamientos contradictorios y dolorosos se acumularon en su cabeza. Y el principal de todos ellos, lo único en lo que podía pensar, era en Endora. Era consciente de todo el daño que le había hecho. Pero, de alguna manera, la bruja entendió las circunstancias y el conflicto interno por el que había pasado. El miedo, la traición, la responsabilidad…

Nada de eso justificaba sus acciones, Lottie lo sabía.

Pero, tal como le había dicho a Noam horas antes, necesitaba sacarse esos sentimientos de encima. Cerrar el capítulo de Endora definitivamente. Decirle todo lo que sentía y recibir una respuesta que, aunque le volviese a partir el corazón, hiciera que Lottie retomase su vida con normalidad. Aunque, después de conocer a Endora Clearheart, la normalidad no era algo por lo que se distinguía la bruja allá donde pasaba.

Tenía que hablar con Endora. Lottie era consciente de que estaba faltando a su propia palabra, al juramento de dejar atrás de una vez por todas lo que sentía por aquella maldita bruja. Pero no podía parar de pensar en el recuerdo que había visto en el Otro, en lo que Räawn les había enseñado. El dolor y la congoja que sintió cuando vio lo que pasó entre Sabraydh y Rewyra.

Cómo todo lo que habían construido juntas se había desvanecido en apenas un instante y Rewyra no la había abandonado y se había enfrentado a aquella horda de feéricos cuyos ojos carecían de vida, como si algo o alguien les estuviese controlando.

Salió de sus aposentos vestida con sus ropajes de noche, pero bien tapada, pues la noche era fresca. Fue a los de Endora y llamó a la puerta, pero, tras varios segundos de espera, nadie respondió.

—Endora, soy yo. Abre la puerta, por favor. Quiero… tenemos que hablar —se corrigió, intentando mantener una voz firme, y entrelazó las manos, que temblaban sin parar.

De nuevo, el silencio.

Lottie se volvió y vio cómo Elrich y Lysander luchaban para no parecer que estaban prestando atención a la situación.

—¿Sabéis dónde está?

—No, lady Sabraydh —contestó Elrich inclinando la cabeza. Pero había una mueca divertida en su rostro.

—¿Lysander?

—Ha salido junto a sus guardias. Me he tomado la libertad de vigilar hacia dónde iban. Parecían dirigirse al oeste, en dirección contraria a donde yo vivo.

—¿Podéis llevarme hasta allí?

Elrich dio un salto y fue con paso rápido a su lado, guiñándole un ojo.

—Estaba deseando que preguntaras eso, humana.

Lysander puso los ojos en blanco y, tomando la delantera a Charlotte y con Elrich detrás, bajó con ellos las escaleras de caracol. Juntos salieron del palacio para adentrarse en una isla sobre la que ya había caído la oscuridad.

Lottie la encontró sentada en un pequeño acantilado que daba al mar. Despachó a Elrich y a Lysander, pero vio que se mantenían cerca de la linde del bosque, vigilantes, pero respetando su privacidad. Ella se dirigió hacia Endora, que parecía distraída mirando las estrellas.

El viento era algo más fuerte allí arriba, pero no lo suficiente como para molestar. El acantilado era más bien un saliente hacia el mar, donde más abajo, cerca del nivel de las olas, las rocas hacían de un escudo natural contra el oleaje, que ahora era pausado y suave. Calculó que habría poco más de tres metros de caída al mar, y le sorprendió ver que todo el terreno del saliente se encontraba tapizado por una flor en concreto: diente de león.

Lottie se acercó un poco más y, antes de que pudiese hablar, Endora lo hizo primero:

—Sé que eres tú.

Charlotte se detuvo tras ella mirándola desde arriba.

—¿Cómo?

—Me duele la costilla.

Lottie no quiso saber qué significaba que ella también sintiese ese dolor. Así que señaló el espacio que había a su lado, lo que hizo que Endora levantase la vista.

—¿Puedo sentarme?

La joven Clearheart asintió y la recién llegada se sentó a su lado, observando el perfil delicado y hermoso de Endora. Llevaba el cabello suelto; la oscura melena meciéndose con el suave viento.

—¿De verdad le preguntaste al Grimorio del Origen un conjuro para cambiarte el color del pelo?

Como siempre, Lottie se habría esperado que la bruja comenzase la conversación con algún tipo de pregunta completamente fuera de lugar. Y lo peor es que Lottie siempre esperaba ansiosa ver por dónde saldría.

—Es lo primero que se me vino a la cabeza.

—¿Lo harías?

—No creo. Me gusta mi castaño —se excusó Lottie y, poco a poco, cogió un mechón de Endora. Esta siguió mirando las estrellas—. Creo que a ti te quedarían bien algunos mechones morados, combinarían bien con el azabache.

Mientras la bruja movía los dedos por el grueso mechón, Endora, al fin, volvió su cabeza y la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué haces aquí, florecilla?

Charlotte tragó saliva. Lo haría, le diría todo. Pero necesitaba un momento para asentar su cabeza y su corazón.

—Tal vez no pueda darte ese color, pero… puedo peinarte.

Lottie empezó a coger los mechones, poco a poco, esperando a que Endora le dijese que parase.

Que se fuese.

Que la dejase en paz.

Que eso no estaba bien.

Que la olvidase y siguiese con su vida.

Que Cressida era mejor.

Que todas las demás habían sido mejores.

—¿Podrías relajarte? —musitó Lottie, intentando apagar esos pensamientos de su mente.

Endora lo intentó, pero fue difícil. Sintió cómo la chica le separó el cabello en varios mechones y hacía con ellos lo que parecían ser trenzas. Charlotte se concentró en su tarea, pero no pasó por alto lo tensa que se encontraba Endora. Poco a poco, terminó la trenza principal y la enroscó en la nuca de Endora, y se levantó para sentarse frente a ella, obligándola a abrir sus piernas para que Lottie pudiese seguir trenzando el resto de su cabello.

—No te gusta que te peinen, ¿verdad?

—No es que no me guste… —Endora evitó mirarla, negando con la cabeza—. No es importante.

Charlotte se sentó a su lado de nuevo y, poniendo un dedo en la barbilla de la bruja, la obligó a mirarla.

—Claro que es importante. —El contacto con su piel hizo que sintiese ese vuelco en el corazón que solo aquellos ojos grises conseguían provocar—. Cuéntamelo. Lo que te preocupa a ti, me preocupa a mí.

—No quiero tu pena —musitó en un hilo de voz, negando con la cabeza.

Lottie lo sabía. Ese hilo de voz significaba que estaba al borde de quebrarse, del llanto aunque fuese leve.

—Cuéntamelo y te contaré también algo sobre mí que no sepas, ¿trato hecho?

«Si es así como debemos confesarnos», pensó Charlotte, con su corazón desbocado, «que así sea».

Lottie vio que ella tragaba saliva, como sopesando la posibilidad y, tras unos segundos, asintió. Endora cerró los ojos y Lottie sintió cómo su cuerpo y su mente recordaban momentos, que la bruja intuyó que no eran para nada nostálgicos.

—La única que me peinaba en casa era mi madre —musitó; su mirada clavada en la hierba y los dientes de león que cubrían el prado—. Le gustaba tenerme controlada, por lo que no empecé a objetar hasta que me di cuenta de su actitud, de lo que quería conseguir y de que a mí me gustaba más tener el cabello suelto. Algo que la escandalizó. Y no era precisamente dulce mientras hacía la tarea. Odiaba que tuviese el cabello ondulado e intentaba rizármelo todas las noches. Siempre hacía peinados que le llevaban demasiado tiempo y me tiraba tanto del cabello que casi todas las noches me iba a dormir con dolor de cabeza. Si objetaba…, bueno. Digamos que hace tiempo que no tengo moratones.

Cuando levantó los ojos, se sorprendió al ver lo que encontró en la mirada de Charlotte: pura consternación y unos ojos húmedos, a punto de convertirse en lágrimas. Y lo supo. Al fin, la bruja entendía muchas cosas de ella. Con aquellas palabras había dejado caer las últimas capas y había quedado expuesta y desnuda ante ella. Y Endora, por primera vez, no sintió ese miedo irracional que siempre la acompañaba cada vez que se mostraba a los demás.

—Pero ¡ya está! Es cosa del pasado —la intentó calmar Endora y le cogió las manos; las trenzas a medio hacer cayendo por su rostro—. He aprendido a hacerme los peinados que me gustan y, sobre todo, que no me aprieten la cabeza. Odio los dolores de cabeza.

Charlotte no dijo nada, pero el labio de Endora tembló. Endora, por primera vez, había mostrado unos colores de vulnerabilidad sorprendentes hasta para ella misma.

—¿Ahora entiendes, entre otras muchas cosas, por qué me fui? ¿Ahora entiendes cuando te dije que estaba salvándome?

—Y por qué estás obsesionada con tener el control. Y por qué te alejaste de mí. Porque yo…

—Porque tú me haces perder el control, Lottie. Y me aterra, pero… el amor requiere valentía

¿no? Lo he pensado mucho durante este tiempo. He sido una cobarde, no hay otra palabra para definirme. Pero amar así me aterra. Luego vi cómo casi te apagabas en mis brazos y el no tenerte fue un terror mucho más grande que el de darte todo lo que soy. Aprenderé a ser valiente por las dos. Y a no tensarme cuando me peines…

Charlotte aspiró, con pura estupefacción en su rostro.

«¿Qué acababa de decir?» es lo único que pudo pensar, incapaz de articular palabra.

Endora tuvo que ver el pavor en el rostro de Charlotte, porque inmediatamente recurrió al sarcasmo para atenuar la conversación.

—¡No! O sea, es decir… A menos que solo prefieras el amor carnal, florecilla. Puedo ofrecerte lo que quieras. Sé que, en otros términos, sería una carga demasiado grande para ti.

Charlotte no dijo nada. Pero lo que sí que hizo fue abrazarla, con una intensidad que le arrebató el aire a Endora durante un instante. La atrajo hacia sí y la estrechó con fuerza, una mano en su espalda y otra en la nuca, y Endora hundió su cuello en el hombro de la chica. Y allí estaba ese familiar olor, que la obligó a rodear la cintura de Lottie con una fuerza que pensó ya perdida.

—He dicho que no quiero tu pena, Lottie.

—Y yo te digo que, por una vez en tu vida, cierres el pico, Endora Clearheart.

Charlotte rompió el abrazo, pero no dejó de acariciar el cuerpo de Endora en ningún momento, temerosa de que, si lo hacía, la bruja se esfumaría. Esta vez, para siempre.

Por lo que, con convicción y un brillo en los ojos que esperó le sirviese de anticipo a la bruja que tenía frente a ella, Lottie declaró:

—Acepto.

Endora frunció el ceño, claramente confusa.

—No te sigo.

—Has dicho que puedes ser valiente por las dos y ofrecerme lo que quieras. Para mí ha sonado a proposición y esta es mi respuesta: acepto.

—¿Así? ¿Sin más?

Charlotte asintió poniéndole un mechón suelto detrás de la oreja.

—Dejemos de fingir que esto está destinado al fracaso porque no lo está. Al menos yo no lo creo.

—No… No.

Endora se apartó de ella, se levantó y se alejó de Charlotte unos metros para procesar lo sucedido.

La chica castaña se levantó despacio viendo cómo la bruja de ojos grises estaba, claramente, a punto de entrar en pánico.

—¿Que aceptas? ¿Después de todo lo que te he hecho?

—No creas que ha sido una decisión fácil y que no me ha llevado muchas horas y pensamientos de batalla interna.

—¡No puedes aceptar todo! —exclamó; sus labios temblando—. ¡No puedes aceptarme a mí! Yo…

—Entonces dímelo con pelos y señales, Endora Clearheart. ¿Qué es lo que me puedes ofrecer?

—Puedo ofrecerte lo que desees —musitó Endora; la luz de la luna tornando sus ojos en un gris con motas blancas—. Mis besos, mi cuerpo, mi humor, mis bromas, mis miradas, mis grimorios, mis secretos. Puedo ofrecerte lo que soy, pero eso no borrará todo lo que hay detrás. No borrará a todas las mujeres con las que he estado antes. No borrará mis errores, lo que te he

hecho. Las cicatrices que llevo por dentro.

—No me importa —susurró Charlotte.

—Debería importarte.

—Pues no me importa —insistió Lottie, rompiendo la distancia; su pelo castaño claro moviéndose con el viento—. Y creo que todo eso son excusas que te dices a ti misma para no sentir. Para no volver a sufrir. No sé si lo que sientes por mí es tan fuerte como lo que sentiste por Cressida. Y entiendo que yo no pueda estar a la altura. La belleza de los feéricos es notoria, y yo soy simplemente una bruja humana. Pero, te puedo asegurar que mis sentimientos no son algo por los que tú puedas decidir. Soy consciente de que nuestra situación no es bien vista. Que los que somos así no lo somos. Conozco a muchos que se deben ocultar, cómo tú tuviste que hacerlo. Como yo tuve que hacerlo.

»Pero me da igual. Y deberías haberlo sabido desde el momento en que nos conocimos y te besé. Estoy cansada de tu ambigüedad, cuando yo no he podido ser más clara. Pero lo seré una vez más, porque creo que mereces la pena. Que merecemos la pena.

Endora se tambaleó cuando Lottie estuvo frente a ella, su cara a pocos centímetros, su poder azul rodeándola. Apuntándola con su dedo índice, le dio un firme golpe en el pecho antes de proseguir:

—Sé muy bien lo que siento por ti. No fue algo instantáneo, eso es cierto. Me pareciste atractiva y hermosa, y noté la atracción mutua y te besé. Pero fue todo lo demás lo que me hizo darme cuenta de lo extraordinaria que eras y de lo mucho que ocultabas. Pero todos tenemos secretos, nuestros propios demonios. Y no te pido que los destruyas por mí. Te pido que me dejes luchar contra ellos a tu lado, como yo quiero que estés ahí cuando yo luche contra los míos.

»Supe que me gustabas más de lo que yo creía cuando te marchaste de vuelta a Londres el pasado enero. Pero lo entendí. La distancia era demasiado y tú habías dejado la Sociedad y tenías un negocio y una vida que retomar. Y lo intenté aceptar. Aunque al final asumí que superar tu ausencia me llevaría más tiempo del que quería admitir.

»Pero ahora que veo la oportunidad de nuevo, no la perderé. No cuando veo cómo me miras, cómo me buscas, cómo me sigues con la mirada cada vez que entro en una habitación. Piensas que no me percato, pero pareces haber olvidado que se me da bien fingir que no me doy cuenta de las cosas. Así que, sí me gustas. Y ya buscaremos una manera de poder estar juntas.

—No quiero que te veas expuesta a los comentarios, Lottie.

—¡Me dan igual los comentarios! —gritó con rabia Charlotte cogiendo el rostro de Endora—. Quiero esto. Te quiero a ti. ¿Crees que es tan fácil olvidarte? ¿Crees que no me duele cada vez que veo cómo os miráis Cressida y tú? Tenéis una historia y cada vez que estáis cerca…

—No hay nada —le aclaró Endora cogiéndole las manos—. Lo hubo, pero forma parte del pasado. Y debes pensar que, gracias a ese pasado que comparto con ella, estamos aquí y hemos averiguado cómo salvaguardar el poder de Ovidia y salvarnos. Lo has hecho.

—Lo *hemos* hecho. Juntas. —Se tomó un momento para terminar de tranquilizarse y con un tono más suave Lottie susurró—: Perdóname por haberte tratado tan mal.

—No te atrevas a disculparte. Me lo merecía. He sido una idiota irremediable.

—Pero lo estás remediando. Te estás remediando. Por mí.

—Ya te lo dije, Lottie: por ti, lo que haga falta.

Endora agarró con delicadeza la mano de Lottie y la fue subiendo por su cuerpo hasta dejarla caer sobre su pecho, donde la palma de la mano encontró el corazón desbocado de la joven.

—Quiero besarte —confesó abruptamente Endora encogiéndose de hombros; sus manos

conectadas sobre el corazón de la bruja—. Quiero que vuelvas a mirarme como lo hacías antes. Quiero dejar de sentirme así y darte lo que te mereces, y quiero que nos levantemos juntas cada maldita mañana. Quiero verte hacer tus ungüentos y ver cómo mis gatos se vuelven locos cada vez que te ven. Quiero…

—Sorcha…

—Déjame acabar, por favor. Llevo semanas intentando enmendar todo lo que he hecho.

—¿Para tener tu conciencia tranquila?

—Para salvar lo único que he querido con certeza en toda mi vida: el tenerte junto a mí, correspondiendo mis sentimientos.

Endora vio que había algo más que Charlotte no quería decir. Así que, con convicción, dijo:

—Si vamos a querer empezar de cero, que esto funcione, nada de secretos, ni dudas, ni preguntas. Suéltalo, dímelo.

—No puedo evitar pensar que en algún momento me comparaste con Cressida o alguna de tus otras amantes. Que no pude estar a la altura.

—Flor de mi vida, estuviste más que a la altura. Créeme, sé de lo que hablo. —Y ahí estaba. El efecto que tenía Endora en Lottie y que se reflejaba en las mejillas sonrojadas. La bruja se llevó las manos al rostro negando mientras reía—. ¿Tú lo hiciste? Cuando me besabas y compartíamos lecho, ¿me comparaste con alguna de ellas?

—Nunca. ¿Por quién me tomas?

—Lo mismo digo, florecilla. ¿Por quién me tomas?

—Es solo que… ¿la has visto? Ese pelo dorado, ese cuerpo…

—Me da la sensación de que me estás proponiendo algo indecente…

—¡No! Es decir, simplemente que es perfecta.

—Te estás comparando.

—No puedo evitarlo.

—Lottie, escúchame. Eres preciosa. Me dejaste sin habla la primera vez que te vi. Con ese cabello castaño, esos ojos azules… ¡Nada más llegar, Elrich se te echó encima!

—Menudo personaje.

—Jamás pensé que Charlotte Woodbreath se preocupase por su físico tanto.

—Solo lo hago cuando me siento vulnerable. Y… me siento mal. Cressida ha resultado ser una de las mejores personas que he conocido y cada vez que la imagino recostada a tu lado…

Endora cogió el rostro de Charlotte entre sus manos y limpió la única lágrima que había caído por su ojo izquierdo.

—¿Quieres que te confiese algo?

Los ojos azules de la chica la miraron y Endora tragó saliva, sintiendo el efecto de estos sobre ella.

—Hace unos días, Cressida me dijo que tenía intenciones de cortejarte en serio. Nada de los comentarios que había hecho hasta ahora. Ir en serio a por ti.

—¡¿Qué?!

—Y, por lo que tengo entendido, varias feéricas y feéricos más están interesados.

Incrédula, Charlotte se rio echando la cabeza hacia atrás; las manos de Endora se posaron en su cuello.

—Estás mintiendo.

—No. Porque en cuanto me enteré, la rabia y la envidia me carcomieron por dentro. Por supuesto, le dije a Cressida que yo no era nadie para decirle si podía cortejarte o no.

—No lo ha hecho —declaró Lottie.

—¿Acaso estás tan ciega? Hasta Ovidia se ha dado cuenta.

Suspirando, la chica miró los labios de Endora con ansia y hambre pura, ignorando las palabras sobre Cressida.

Poco importaban.

—La que no me ha cortejado eres tú.

Endora arqueó una ceja y Lottie reconocía esa versión de ella.

La faceta juguetona, pero sincera. Una que, debía confesar, había echado *mucho* de menos.

—Mis métodos son más directos.

—Me gusta cuando cortejas a la gente. Hazlo conmigo.

—Estoy pensando en otras cosas. Pero si quieres que lo haga, te cortejaré a cada segundo, de cada minuto, de cada hora.

—O todo o nada contigo, ¿verdad?

—O todo o nada.

Charlotte inspiró hondo, y se humedeció los labios, gesto que Endora no dejó pasar por alto.

—Pues se me ocurre algo por donde podríamos empezar.

—Creo que en eso estamos de acuerdo.

Lentamente, fueron acortando la distancia entre ellas. En ningún momento habían movido las manos, todavía sobre el corazón de Endora, que empezó a latir aún más rápido, si eso era posible, mientras Lottie se acercaba más a ella.

Primero fueron las narices, luego los suspiros, enredándose. Luego fueron los párpados de Charlotte y, finalmente, los de Endora. Sus bocas se encontraron, un leve roce de labios hasta que se abrieron poco a poco, y se quedaron quietas unos instantes.

Charlotte fue la primera en moverse, sonriendo sobre los labios de Endora. Ese gesto fue la perdición esta. Sus manos al fin dejaron atrás el pecho de la bruja y se buscaron ansiosas, sus bocas ahora bruscas y húmedas. Charlotte rodeó el cuello de Endora y la atrajo hacia ella; sus lenguas bailando al unísono. Ambas rompieron el beso para respirar y Endora no lo pudo evitar. Cogió el rostro de la chica y empezó a besarla por toda la cara, haciéndola reír de la sorpresa. Antes de besarla de nuevo, murmuró sobre sus labios:

—No sabes lo que te he echado de menos…

Mientras la besaba de manera más dulce, la levantó en el aire y dio vueltas sobre sí misma. Charlotte rompió el beso y tuvo que sujetarse a los hombros de la chica.

—¡Voy a caerme!

—Conmigo nunca, florecilla.

La volvió a dejar en el suelo y ambas se miraron; sus mejillas sonrojadas, sus cabellos enmarañados. Charlotte se mordió el labio y la miró como lo hacía siempre, como si lo hiciese por primera vez, como si descubriera algo nuevo de ella.

—Por cierto, no me has contado tu secreto —susurró Endora; su respiración entrecortada mientras descansaba sus manos en la cintura de Lottie.

Charlotte arrugó la nariz; sus labios hinchados y rojos, a juego con sus mejillas; el contraste que hacían con sus azulados ojos era fascinante.

—Mi segundo nombre es Arabella.

Hubo un instante de silencio antes de que Endora soltase una carcajada echando la cabeza hacia atrás.

—¿De qué narices te ríes?

—Que no me sorprende en absoluto. Charlotte Teàrlag Arabella Woodbreath. Lady Sabraydh de los Feéricos.

—Mira quién fue a hablar—contraatacó divertida, dándole un suave golpe en el pecho—. Endora…, espera. ¿Tienes segundo nombre? —quiso saber Lottie.

Endora chasqueó la lengua varias veces negando con la cabeza.

—Un secreto por día, florecilla.

—¡No es justo! —musitó Lottie—. Está bien, esperaré. Día a día.

Endora enarcó una ceja divertida, e inclinándose cogió un diente de león de tamaño considerable, puso entre ambas y musitó:

—¿Cómo se dice «te lo prometo» en gaélico?

Lottie sonrió, con lágrimas a punto de brotar de sus ojos, hasta que susurró:

—*Tha mi a' gealltainn.*

Endora abrió los ojos ante la dificultad de pronunciar aquellas palabras, pero con calma las repitió.

—*Tha mi a' gealltainn.*

Endora cogió aire despacio, y Lottie la imitó. Segundos después soplaron el diente de león, cerrando su promesa, mientras los estambres desaparecían por el horizonte. Y esta vez fue Charlotte la que, cogiéndola de la nuca, la atrajo hacia ella para besarla profundamente. Lo único en lo que Endora pudo pensar antes de cerrar los ojos fue: «Esta vez, no la pierdas».



Madrugada del 15 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

Mientras Elrich y Lysander las escoltaban de vuelta, tuvieron que controlar sus impulsos, tan solo cogidas de la mano y caminando lentamente por la herida de Lottie. Cuando llegaron a palacio, Endora habló un momento con los dos guardias, los cuales asintieron y desaparecieron por un pasillo con una sonrisa pícara en el rostro.

—¿Qué les has dic…?

Endora la interrumpió con un beso basto y húmedo.

Charlotte la cogió por la cintura y la arrastró hasta la pared más cercana. Allí apoyó a Endora contra la dura superficie mientras la seguía besando con profundidad.

—Si seguimos así, no vamos a llegar a donde te quiero llevar… —Otro beso la interrumpió, y Endora sonrió contra los labios de la chica—. Aunque no me quejo, la verdad.

—Vale —susurró Lottie; sus labios hinchados—. Llévame a ese *lugar tan misterioso.*

Endora la arrastró consigo, teniendo cuidado de no hacerle demasiado daño en la herida.

—La última vez que estuve aquí, me llevaron a unas aguas termales que hay bajo el palacio. Podríamos ir allí.

—¿Tú y yo? —preguntó Charlotte, fingiendo inocencia.

—Ajá.

—¿Solas?

—Solo nosotras. Ni siquiera habrá guardias cerca. Le he pedido el favor a tu guardia personal.

—¿Qué intenciones perversas tiene conmigo, señorita Clearheart?

Endora se inclinó hacia delante y, sin mediar palabra, mordió el labio de Charlotte, la cual soltó un gemido de sorpresa y placer.

—Compensarte por todos estos meses de carencias y recordarte lo bien que nos lo pasábamos juntas.

—No lo he olvidado —gimoteó Charlotte intentando besarla. Pero Endora siguió con su juego y la esquivó, sonriente.

—Yo tampoco, flor de mi vida.

Entre juegos y besos, ambas se dirigieron hacia el final del pasillo, donde unas puertas medio abiertas les mostraban unas escaleras amplias de piedra antigua que llevaban a un espacio subterráneo. El calor de las aguas se podía percibir desde allí.

De un chasquido, Charlotte encendió una antorcha que había colgada en la pared, y Endora la cogió y le ofreció su mano libre. Descendieron con cuidado, agarrándose a la barandilla de hierro que había en la pared; las escaleras de caracol parecían no tener fin. En el último escalón, un pasillo oscuro y ancho les dio la bienvenida. Endora dejó la antorcha en un soporte cercano y atrajo a Lottie a su lado.

Cuando llegaron al final del pasadizo y la luz se abrió paso junto con el calor del ambiente, Charlotte contempló la belleza del lugar; Endora se dedicó a contemplarla a ella.

La poza era extensa y estaba bordeada de rocas, lo que le daba al lugar un aspecto natural que nada tenía que ver con los que construían los feéricos. Por otro lado, el techo, que una vez tuvo que estar abierto al cielo, estaba cubierto con cristal tintado debido a los vapores. Aun así, ambas pudieron apreciar el despejado cielo de aquella noche de primavera.

—Qué maravilla —musitó Lottie, con cuidado de no acercarse demasiado al borde.

Endora, aun mirándola, susurró:

—Sí, qué maravilla.

Finalmente, la bruja dejó de contemplar el lugar y miró a Endora, pero inclinando la cabeza porque se había sonrojado y tenía las pupilas dilatadas.

—Esta va a ser nuestra última noche aquí —murmuró la joven Clearheart pasando un dedo por un mechón suelto de su acompañante—. Así que, antes de realizar el hechizo y de volver a la realidad, quiero este momento aquí contigo. Tú y yo y nadie más.

Lottie levantó su rostro y se encontró con aquellos ojos grises que inundaban sus sueños.

—La primera noche de muchas.

—La primera noche de una eternidad.

Intercambiaron un beso corto pero dulce, labios contra labios, mientras entrelazaban las manos con fuerza.

—Voy a hacerte el amor, Lottie —anunció Endora contra la boca de la chica, que, con los ojos cerrados, tembló ante aquellas palabras—. Pero no haré nada hasta que me digas que sí. Quiero oírlo de tus labios.

—¿Quieres te dé permiso? ¿Para qué?

—Para todo.

La bruja abrió los ojos, azul contra gris, ambos con un brillo intenso y nacido de la misma llama.

—Haz lo que quieras. Te cedo el control.

—Di que sí. Di que sí, Lottie.

Esta rio dulcemente ante la desesperación en la voz de Endora, ante su respiración entrecortada, y cómo se estaba resistiendo a devorarla, desnudarla y hacerla gritar.

Se lamió los labios una vez más y afirmó:

—Sí.

En un momento dado, la respuesta flotó en el aire. Charlotte vio cómo Endora la absorbía con la mirada, como si quisiera tatuarse ese momento en la memoria. Con lentitud, sintió su mano hundiéndose en su melena castaña y suelta, con sus delicadas ondas cayendo por su espalda. Lottie suspiró, y la otra bruja se inclinó poco a poco para rozar su nariz contra la de ella. Hasta que, lentamente, sus labios se encontraron, abiertos y dulces.

Endora soltó un suspiro de satisfacción y Charlotte profundizó el beso, inclinó su cabeza y cogió a su amada por la cintura, rompiendo toda distancia con ella. El beso fue lento, sensual, un baile de lenguas, suspiros y gemidos que enredó a ambas en una espiral de excitación, paz y adrenalina.

Charlotte subió sus manos hasta el cuello de Endora y las hundió en su espesa melena. Rompió el beso, mordiendo el labio de la joven Clearheart que, en respuesta, gruñó de placer.

—Me estás volviendo loca —murmuró sobre los labios de Lottie, la cual rio en respuesta. Fue a besarla de nuevo, pero Endora se apartó—. Espera.

La bruja retrocedió dos pasos y empezó a desatar los lazos de su camisón. Charlotte tragó saliva y se deleitó en la imagen que tenía delante.

La Desertora se quitó el vestido y se quedó desnuda. Su delgado cuerpo, sus largas piernas y sus curvas se movían sensualmente mientras se metía en la cálida laguna por completo. Charlotte la miró anonadada y, cuando salió a la superficie, no pudo evitar fijarse en cómo las gotas caían por su cuerpo, por el límite de sus pechos y sus pezones, ahora erectos y listos para ella.

—Ven aquí, flor mía. Aún no he empezado.

Charlotte juntó las piernas inconscientemente, sintiendo un escalofrío de placer al notar cómo sus labios íntimos se juntaban. Endora lo vio y chasqueó la lengua.

—¿Me vas a obligar a ir a buscarte? Ven-a-quí.

Charlotte siempre había estado segura de su cuerpo, a pesar de que a veces deseaba que su pecho fuese algo más pequeño por motivos prácticos de movilidad y para no tener dolor de espalda. Lottie se lo dijo una de las primeras veces que compartió lecho con Endora. En aquel preciso instante recordó la respuesta de la bruja, mientras ella también se quitaba el vestido: «Te puedo jurar que mientras estaban en mi boca, eran perfectas». Lottie había estallado en una carcajada y Endora le había hecho el amor de nuevo.

Y ahora, moría por hacerlo otra vez.

—Si no vienes aquí ahora mismo Charlotte, te prometo que te tumbaré sobre la orilla y te comeré ahí mismo.

—Qué agresividad. Te creía más diplomática.

—No cuando se trata de mi aperitivo. *Tengo hambre.*

La bruja obedeció, pero primero fue desabrochando los nudos de su vestido, hasta que lo dejó caer al suelo y, al fin desnuda, se metió poco a poco en el agua, sintiendo un escalofrío ante el agradable cambio de temperatura. Cogiendo aire, se sumergió y, un segundo después, salió despacio frente a la bruja; sus rostros a escasos centímetros. Lottie se embriagó con el aroma de Endora, con los sonidos que salían de ella, mientras el agua les llegaba por la cintura.

—Si tienes hambre, cómeme de una maldita vez.

En lugar de eso, Endora le dio la vuelta y Lottie sintió cómo le apartaba el pelo, dejando a la vista su cuello, que empezó a besar con ímpetu. Se pegó a ella y la bruja cerró los ojos, suspirando, gimiendo de puro placer. Las manos de Endora la agarraban de la cintura y, poco a poco, fueron subiendo hasta llegar a sus pechos, mucho más grandes que las alargadas y delicadas manos de Endora, y esta los amasó despacio.

—Sé que son tu punto débil —murmuró en su oreja, para seguidamente morder el lóbulo de la chica. Intentó darse la vuelta, pero Endora chistó negando con la cabeza—. Déjame enseñarte lo mucho que me gustas, Lottie. Lo mucho que pienso en ti y en lo que quiero hacerte.

—¿Qué quieres hacerme? —musitó entre quejidos la chica.

Endora agarró la melena de Lottie y tiró de ella. El gemido de la bruja fue tan sonoro que hizo eco en las paredes de las termas.

—Me apuesto lo que quieras a que estabas deseando que hiciese eso. —Tiró de nuevo de su pelo y la mano que seguía en su pecho derecho encerró su pezón, grande y firme—. Hueles tan bien… Sabes tan bien… No he dejado de tocarme pensando en ti.

—Endora.

—Cada noche. Cada noche me acostaba y lo primero que hacía era llevarme la mano a la entrepierna mientras suspiraba tu nombre. ¿Es raro?

—No. No. Yo… —La mano de Endora bajó hasta el monte de Venus de Charlotte, la cual se removió, aún atrapada bajo las manos de la chica—. Yo también me he tocado pensando en ti.

—Qué depravada, Lottie. —Los dedos de Endora se abrieron paso y se encontró con una humedad que había echado de menos—. ¿Qué quieres que haga ahora?

—Déjame tocarte. Déjame…

—No, preciosa. Ahora es mi turno. Déjame complacerte.

Al fin, Endora le dio la vuelta; ahora sus cuerpos pegados por completo y Charlotte no lo dudó. Restregó sus pechos contra los de Endora, algo más pequeños que los suyos, pero firmes, y la bruja la cogió de la barbilla y la obligó a mirarla.

—Pídemelo.

—Estás disfrutando de esto, ¿eh?

—Pídemelo, Lottie.

—Cómeme, Endora. Cómeme como tú sabes hacerlo.

—Buena chica.

Tal como había prometido, la llevó a la orilla, donde la tumbó con cuidado y la ató rápidamente con la manga del camisón que había llevado puesto Endora. No era lo más estético, pero el agarre era firme, y Charlotte estaba inmovilizada y completamente abierta para Endora. Esta se humedeció los labios y se inclinó sobre el rostro de la chica.

—Voy a hacerte gritar, Lottie. No sabes cuánto.

—Te devolveré el favor.

—Sé que lo harás.

Antes de descender, se besaron. Esta vez fue un beso lento, pausado y seguido de una pequeña risa de Charlotte y una sonrisa de oreja a oreja por parte de Endora.

Aquello era perfecto.

—No quiero que vuelvas a decir nada feo sobre tus pechos o de ti. Mírate… —Endora los cogió entre sus manos y los llevó hacia el centro del pecho de Charlotte, pues debido al peso y la grandeza de estos, con la bruja tumbada, se habían ido a los lados. Algo que volvía loca a Endora —. Dispuesta para mí.

Y Endora hizo lo que Charlotte quería. Sacó su lado más sucio. Dejó caer algo de saliva sobre sus pechos y movió las manos para esparcirla; después los juntó, los volvió a separar y apretó sus pezones. Cuando Charlotte gimió, le dio un suave azote en el derecho, chistando.

—Pórtate bien o paro, cielo.

Charlotte asintió, moviéndose el labio. Endora besó el escote de la chica y fue bajando,

besando todo lo que se abría paso ante ella. Hasta que llegó al centro de la bruja. Con tan solo abrirlo vio el brillo que había en este, la humedad que lo envolvía, y pudo oír el sonido de algo tan natural como sus fluidos. Vio cómo palpitaba, lista para ella.

—Siento que si tan solo te rozo ya vas a llegar, Lottie. ¿Es así?

La chica intentó cerrar las piernas por inercia, pero Endora las abrió con brusquedad, pero siempre con cuidado.

—Déjame oírte, preciosa.

Los dedos de Endora rozaron la vagina de Charlotte, y esta movió sus caderas intentando acercarse.

—Tócame. Tócame más.

—¿Cómo, Lottie? ¿Cómo quieres que te toque?

Con dos dedos en forma de uve, Endora acarició los labios exteriores de la chica; Lottie temblando ante el contacto. La Desertora sintió que sus dedos se empapaban y, poco a poco, la uve se fue cerrando hasta que acarició la parte interna de la chica, hinchada y palpitante.

Endora sintió cómo sus propias partes ardían en respuesta y, lentamente, bajó su rostro hasta aspirar el aroma natural de Charlotte a la vez que movía sus dedos despacio por el exterior.

Charlotte cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y soltó un lamento de puro placer. Endora apartó la mano y, agarrando las piernas de la chica para inmovilizarla, movió su lengua por toda la intimidad de la joven. Los músculos bajo las manos de Endora se tensaron y Charlotte gimió; el sonido hizo eco por toda la cueva.

La bruja movió la extremidad poco a poco, succionando ese punto donde el placer se multiplicaba de forma incontrolable. Con cuidado, intentó no tocar la herida de la bruja, que todavía se encontraba cubierta por el vendaje, ahora empapado, y se prometió que más tarde ella misma se lo cambiaría. Ahora… había otras cosas que requerían atención.

Endora pasó sus dientes por la parte exterior, pero enseguida volvió a succionar aquella zona y apretó los muslos de la chica, suaves y fuertes.

—Déjame… —empezó a runrunear Lottie entre quejidos de placer—. Déjame complacerte, Endora.

—¿Estás segura? ¿Quieres que pare?

Otra succión. Pero la bruja asintió; sus pechos moviéndose debido a los vaivenes.

Sin poder evitarlo Endora se lanzó a ellos, los cogió con las manos y succionó los pezones, Charlotte lo sintió vivamente.

—Endora…—Su voz era un puro quejido.

—Ya sabes lo que dicen «cuanto mayor la masa, mayor la fuerza de atracción».

—¿Acabas de citar a Newton mientras me besas los pechos?

—Eso he hecho.

Endora la desató y Charlotte se lanzó a por ella, trepando por su cuerpo y buscando sus labios de forma desesperada. Se lamió y la bruja la rodeó con sus brazos; sus cuerpos completamente pegados, inseparables y hechos el uno para el otro.

Volvieron a meterse en el agua y Lottie arrastró entre risas a Endora a una de las rocas de mayor tamaño y, despacio, abrió sus piernas; después levantó su rodilla para rozar las partes íntimas de la bruja.

—¿Más presión?

Endora asintió mordiéndose el labio. Lottie apretó más su rodilla y sintió cómo la humedad de la bruja chocaba con ella. Entonces pasó las yemas de sus dedos por el cuello de ella y siguió

bajando lentamente. Al sentir que el cuerpo de Endora se tensaba mientras movía inconscientemente las caderas sobre su pierna, Charlotte pasó los dedos por sus pechos, deteniéndose en sus pezones y pinzándolos con delicadeza. La espalda de Endora se arqueó y gimió mientras murmuraba su nombre como una canción prohibida.

Aprovechando que su cuello estaba el descubierto, Lottie se inclinó para besarlo con fuerza, moviendo su lengua con lentitud a la vez que seguía presionando la zona íntima de la chica.

—Sigue…, sigue, Lottie…

La muchacha cambio su pierna por su mano y empezó a mover sus dedos de manera delicada pero constante sobre los labios interiores de Endora mientras seguía devorando su cuello, hasta que llegó al lóbulo de su oreja.

Endora siseó ante el mordisco que Lottie le profirió.

—Me encanta…

—¿Qué, Sorcha?

—Que te restriegues contra mí, tus pechos sobre los míos. Tus manos en mi…

Lottie la calló con un beso a la vez que introducía dos dedos en su interior. La respuesta de la bruja no tardó en llegar en forma de un grito de puro placer. Mordiendo sus labios, Lottie movió con experiencia sus dedos mientras que con la mano libre amasó uno de los pechos de su compañera, firmes y erectos; el pezón oscurecido debido a la excitación.

—Las dos… quiero… —musitó entre besos Endora—, quiero que las dos disfrutemos.

—Ya estoy disfrutando.

—Sabes a lo que me refiero.

Apartándose ligeramente, Endora llevó su mano a la intimidad de Charlotte, y esta suspiró al sentir cómo sus dedos la inspeccionaban.

—Si pudiera, te daría la luna —confesó Endora notando cómo los labios de la chica se contraían contra sus dedos—. Pero por ahora puedo darte todo lo que soy. Todo lo que tengo. Mi yo del pasado, mi yo actual y mi yo futuro. Te daré todo.

—¿Todo?

Ambas soltaron un gemido a la par, pero Endora consiguió balbucear:

—Contigo todo, mi amor. Hasta que seamos polvo entre las estrellas.

Entrelazaron sus manos libres y, uniendo sus frentes, no dejaron de mover sus dedos la una dentro de la otra; los pulgares presionando esa zona más delicada.

Endora fue la primera que sintió una subida de la que no se puede escapar; ese placer la envolvió, la atrapó y la congeló durante unos instantes en un éxtasis adictivo. Y embriagada en ese deleite, no detuvo sus movimientos en Charlotte, que, instantes después, gimió contra su boca; ambas se besaron mientras el orgasmo las invadía, como olas chocando una y otra vez contra las invencibles rocas.

No quedaba mucho para que amaneciese. Habían decidido subir a los aposentos de Endora, y ahora ambas estaban abrazadas sobre la cama, Endora apoyada en el pecho de Charlotte.

—Deberíamos descansar.

—Deberíamos —susurró pícara Charlotte.

—Lottie…

Había algo en el tono de Endora que hizo que la bruja se detuviese y la miró con curiosidad.

—Hemos dicho que nada de secretos, ¿verdad?

Lottie asintió y la diversión desapareció de su rostro.

—Tengo que enseñarte algo. Pero… no te asustes.

Se levantó y Lottie la siguió, ahora ambas de pie en el centro de la estancia.

Endora retrocedió varios pasos y, respirando hondo, cerró los ojos.

Y entones aparecieron.

Charlotte dio un paso atrás, sorprendida, al ver cómo las majestuosas alas crecían poco a poco hasta alcanzar por lo menos los tres metros de ancho.

Endora abrió los ojos uniendo su mirada a la de Lottie.

—¿Cómo? —fue lo único que pudo decir esta.

—En el entrenamiento del otro día, Caenis descubrió que tengo esta habilidad llamada «cambiaformas».

Endora le explicó lo mismo que le contó a Caenis ese día: la primera transformación, que había sido tan fácil como respirar; cómo practicó ese día junto a Noam y les pidió que no contaran nada.

—Quería contártelo por si…

—Por si ¿qué?

—Por si, tras esto, cambiabas de opinión.

—Endora, eres un milagro. Las alas son… majestuosas. ¿Puedo?

Endora asintió, y Charlotte rozó con la punta de los dedos el plumaje, suave, espeso y fuerte.

Endora tuvo un escalofrío y Charlotte se dio cuenta de ello.

—¿Te he hecho daño? —preguntó, preocupada; la Desertora negó.

—Al contrario, es… agradable. Aún me estoy acostumbrando a la sensación.

Charlotte asintió, todavía anonada por la imagen que tenía frente a ella, como si Endora fuese un ángel caído.

Un deseo inesperado nació en ella y, yendo a por el cordel que ataba el camisón de la bruja, preguntó:

—¿Puedo?

Endora asintió y dejó que Lottie la desnudase. En ese momento sintió que se habían formado dos agujeros en el nacimiento de las alas. Charlotte lanzó lejos el camisón, rozando el cuerpo desnudo de la bruja con sus dedos mientras se inclinaba a besar el lugar donde su corazón latía desbocado. Endora cerró los ojos ante la calidez de sus labios y, cuando sus miradas se volvieron a encontrar, Charlotte no dijo nada. Simplemente, cogiéndola de los hombros, la arrastró poco a poco hacia la cama, donde la sentó con cuidado. Endora plegó sus alas, y la otra bruja negó.

No intercambiaron palabras. Tan solo con sus miradas y sus gestos la joven Woodbreath se hacía entender. Ella se quitó el camisón y, completamente desnuda y todavía algo empapada por el reciente baño, abrió sus piernas; el muslo de Endora justo en el centro de estas. Paulatinamente descendió por su cuerpo, carne contra carne, y ambas gimieron. En ese momento, Endora movió sus alas y cubrió a Lottie con ellas, lo que creó un caparazón solo para ellas. Y nada más importaba.

Lottie acercó las manos al cuello de Endora y, sin dejar de mirarla, absorbiendo el anhelo y la desesperación en esos ojos grises, empezó a mover sus caderas; nuevos gemidos salieron de sus hinchados labios. Endora se recolocó y acercó a Lottie hasta la parte alta de su muslo; sus cuerpos se rozaron mientras la chica movía sus caderas buscando placer.

—De esta forma o de cualquiera —susurró Charlotte sin dejar de moverse sobre Endora—, no me iré. Nada me va a hacer cambiar de opinión.

La bruja no respondió ante aquellas palabras. Sin embargo, besó a la bruja, que se movía sobre ella con ímpetu, agarrándola por las caderas y sintiendo el contacto de su delicada piel contra la suya.

—Úsame como quieras. Muévete más para mí, flor de mi vida.

—Eres preciosa —respondió entre gemidos Charlotte—. Desde que te vi supe que nadie podría encajar con ese adjetivo salvo tú.

—Se me ocurre alguien más.

Unieron sus frentes; la bruja moviendo sus caderas sobre Endora sin parar. Ambas notaron sus fluidos empapando sus carnes. Nada de eso importaba. Allí, protegida con sus propias alas, buscando placer con su cuerpo, Endora bajó las manos hasta el trasero de Charlotte y dio un suave golpe en él, como a ella le gustaba.

—Sorcha…

Y allí estaba. El mote que había creado para ella meses atrás.

—Dilo otra vez —exigió sobre sus labios; los suspiros de Charlotte penetrando en su boca, como si fuese su más sagrado alimento.

—Sorcha… Voy a…

Charlotte aumentó el movimiento, y Endora se deleitó en la respiración entrecortada de la bruja y en los tensos músculos de su espalda. Y de dos movimientos finales, Lottie se detuvo, gimiendo con fuerza mientras besaba a Endora.

—Levántate un poco —ordenó esta.

Charlotte obedeció y con una habilidad que esta conocía bien sintió cómo Endora introducía dos dedos en ella, lo que la hizo gritar todavía sumida en el orgasmo. Estos se movieron en su interior, y la bruja tuvo que sujetarse en los hombros de la Desertora, que sonreía victoriosa al notar cómo el temblor de las piernas de Lottie iba se acrecentó.

El repentino líquido en toda su palma hizo sonreír a Endora mientras Lottie gritaba de puro placer, moviendo sus caderas al unísono con los dedos de la chica en su interior. El fluido aumentó y salió disparado de las partes íntimas de la bruja mientras esta gritaba sumida en el éxtasis.

Tras un largo minuto, cuando Endora extrajo sus dedos, mostrándolo a Lottie, que negó con la cabeza.

—Estás loca.

—¿Por ti? Siempre.

Lottie la empujó sobre la cama, ambas cayendo desplomadas la una sobre la otra y respirando con dificultad a la vez que reían.

—¿No te molestan?

Sabía que se refería a las alas, y Endora negó, atrayéndola a su pecho.

Ambas se miraron la una a la otra, sus cuerpos entrelazados mientras los primeros rayos de sol entraban en la habitación, sin ninguna poder creer cómo todo había cambiado en tan solo unas horas. Y el sueño, al fin, las venció.

Sus hiedras hoy vibraban más que nunca, reflejo del nerviosismo que Ovidia portaba consigo. Bebió lentamente del té que unas doncellas trajeron. Se encontraban en una pequeña sala donde Nova les había traído, dejándolos a solas poco después. Era pequeña, pero portaba consigo algo que había tenido ensimismado a su acompañante: un piano de cola precioso. Ovidia se preguntó

quién más tocaría el piano como él.

Ahora, intentando aplacar su nerviosismo, se dedicó a escuchar la delicada música que provenía del instrumento. Noam no fallaba ninguna nota, moviendo sus manos con pericia sobre las blancas y negras teclas.

—Hacía mucho que no te escuchaba tocar. Es relajante.

El chico levantó la vista del instrumento y le ofreció una amplia sonrisa a la bruja, que se perdió de nuevo en aquellos ojos miel.

—Si es lo que necesitas, puedo tocar hasta que estés preparada.

Soltando un profundo suspiro, se levantó de su asiento para ocupar el butacón junto a Noam, que depositó un beso en el hombro de la chica en cuanto se sentó a su lado.

—Haces que parezca fácil —musitó mirando cómo los dedos del chico se movían con delicadeza sobre las teclas.

—Son años de práctica, mi Bruja Negra. Ya te dije que puedo ir enseñándote.

Ovidia levantó la mano, envuelta en sombras, para apartar un largo mechón y ponerlo tras su oreja.

—Tienes el pelo muy largo —murmuró, anonadada por la belleza del hombre que tenía delante—. Me gusta cómo te combina con la barba.

Ante la amplia sonrisa del chico, los familiares hoyuelos aparecieron y, aun así, Ovidia se sonrojó.

—¿Quieres hablar de ello, mi amor?

—Estoy nerviosa. Espero que todo salga bien.

La última nota quedó suspendida en el aire y Noam cogió las manos de su amada y besó el reverso de estas.

—Es un hechizo peligroso y requerirá la energía de todos, pero sé que puedes hacerlo. Has podido con esto y mucho más. Recuerda que me devolviste a la vida.

Los ojos de la bruja fueron a la herida en su cuello, donde la marca blanca destacaba a pesar de la palidez del chico.

—Lo haría una y mil veces.

—Con una ya me bastó, la verdad —bromeó el chico, lo que provocó que Ovidia soltase una pequeña risa. Pequeña, pero suficiente para él—. ¿Puedo besarte?

Ovidia aún se sorprendía cuando le preguntaba eso. Porque, para ella, no hacía falta tal pregunta. Asintió, y Noam la cogió del rostro, besándola con suavidad y después murmurando en sus labios un te quiero casi inaudible.

—Y yo a ti. Siempre.

—Estaré ahí. No dejaré que te pase nada —musitó él; puro amor y devoción en sus ojos.

Con el corazón lleno, y sin palabras, pues Noam la dejaba así más veces de las que quería admitir, volvió a besarlo de forma dulce, suave, casi inocente. El sonido de las puertas de la pequeña sala abriéndose les obligaron a romper el momento, y el silencio y la sorpresa se abrió paso ante lo que vieron. Endora y Charlotte entraron juntas y de la mano. Noam y Ovidia intercambiaron una mirada fugaz antes de que la bruja fuese hacia ellas con rapidez y casi tropezando con una silla que había por medio.

—¿Qué ocurre aquí?

Las dos permanecieron en silencio, pero se miraron con una sonrisa que dijo más que suficiente.

Tras ellas, Noam tocó una serie de notas con un sonido romántico mientras murmuraba:

—Triunfó el amor.

Endora soltó una carcajada, cogió a Charlotte por la barbilla y plantó un dulce y rápido beso en sus labios. Segundos después se dirigió a su primo, no sin guiñarle un ojo a Ovidia por el camino.

—¿Desde cuándo tienen un piano en este sitio?

Con la boca abierta, Ovidia observó a su mejor amiga, que se encontraba colorada y cohibida por el gesto.

—¿Habéis hecho las paces? —susurró cogiendo las manos a Lottie.

Esta asintió, primero frunciendo los labios, pero después soltando una risa, porque no pudo controlar la repentina alegría que inundaba su alma.

—Te lo contaré todo en otro momento. Pero sí, al fin, hemos hablado las cosas. Está todo bien.

—Entonces… ¿es en serio?

—Sí, pastelito, ¡deja de atosigarla! —exclamó Endora apoyada con una mano en el piano mientras su primo seguía tocando. Ovidia pudo ver cómo este se estaba aguantando la risa.

—Sí, vamos en serio.

Ovidia no pudo evitarlo. Dio un salto de alegría y un pequeño grito a la vez que abrazaba a Charlotte, que se reía ante la situación.

—¡Estoy tan contenta por ti, Lottie…! —Tomó el rostro de su mejor amiga y lo examinó—. Irradias felicidad.

—Siento interrumpir el momento… —musitó Endora, y las amigas se giraron hacia los Clearheart; Noam también de pie y con un semblante más serio—. Pero hay un hechizo que realizar.

Ovidia sintió los tres pares de ojos sobre ella y, respirando hondo, supo que había llegado la hora. Por un momento, esperó a que sus sombras murmurasen algo en el fondo de su cabeza.

Pero, como pasaba desde hacía meses, ahora tan solo se encontraba con ella misma.

—¿Lista? —preguntó Noam llegando a su lado seguido de Endora.

Ovidia respiró hondo e, invocando su poder, susurró:

—Cuando queráis.



TERCERA PARTE
El recuerdo de un imperio



15 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

Se encontraban solos. Endora había creído que lo mejor era que, durante el proceso, tan solo ellos cuatro fuesen testigos de todo lo que iba a tener lugar. Cressida y los demás se habían quedado en palacio, realizando sus quehaceres y conocedores de que los cuatro mortales habían ido al lugar acordado para realizar el ritual.

Unas horas más y volverían a casa. Unas horas más y tan solo quedaría un objetivo. Pero ahora, Ovidia debía concentrar todas sus energías en el hechizo que estaba a punto de realizar. Una brisa les acarició y algunas nubes empezaron a tapar el soleado día, haciendo que la temperatura refrescase un poco más. Ignorando el tiempo, ella vio cómo Endora reclamaba la atención de los tres y decía:

—Crearemos un escudo que envuelva los círculos para proteger los alrededores en caso de que algo…

—¿Saliese mal? —acabó Lottie por ella.

—Solo por si acaso.

—Está bien —dijo Ovidia, y asintió—. Creo que es lo más acertado. No sabemos qué puede pasar, y… no quiero que pase nada.

Endora y Lottie asintieron también y se colocaron en sus sitios; no sin antes que esta última le diera un abrazo rápido a su amiga, lo que hizo sonreír a Ovidia.

Una vez que partieron hacia sus posiciones, la Bruja Negra se giró hacia Noam, cuyo semblante era serio.

—Estás preocupado.

—No sabes lo orgulloso que estoy de ti, pero a la vez lo aterrado por ver que vas a meterte ahí

tu sola.

—Son solo círculos —murmuró, intentando restarle importancia.

Noam negó; su mirada miel tan intensa como una tormenta de verano.

—Sabes perfectamente que no son solo círculos.

Ovidia rompió la distancia entre ellos. Hacía tiempo que no tenían un momento a solas apropiado, de pura intimidad. Esas semanas habían hecho que instantes como esos fueran imposibles, por lo que, el momento que habían compartido esa mañana, cuando Noam había tocado el piano y se habían besado, había sido como un regalo para ella. Ella entendía la inquietud de su hombre; así que cogió su rostro y le mostró una dulce sonrisa.

—Te recuerdo que te saqué de las garras de la muerte, literalmente, y decidí que debías volver conmigo y así fue. Esto no será nada en comparación con aquella noche. Quédate tranquilo.

Noam se agachó y le besó la frente en un gesto de cariño que la hizo suspirar.

—Muéstrale a ese grimorio de qué pasta está hecha mi Bruja Negra —dijo mientras rozaban sus narices de un modo cariñoso.

—Me encanta cuanto te pones tan posesivo y dulce —murmuró ella, y se puso de puntillas para darle un corto pero intenso beso.

—¡No tenemos todo el día! —avisó Endora varios metros más allá.

Ovidia se apartó reprimiendo una risa y le guiñó un ojo a Noam.

«Esta noche, dejaré la parte dulce a un lado y solo verás la posesiva».

El pensamiento fue tan repentino que Ovidia tropezó mientras entraba en los círculos y no pudo evitar soltar una carcajada.

—Pero ¿qué le has dicho para que se ponga así, animal? —le recriminó Endora a su primo, divertida. Ovidia sonrió mientras la miraba, notando cómo, poco a poco, volvía a ser ella misma, la Endora que todos conocían—. Ovidia, ¡el amuleto!

Ella se había olvidado de quitárselo. Endora le comentó justo la mañana anterior, mientras preparaban los círculos, que sería mejor evitar que el amuleto hecho por Adair, la abuela de Charlotte, colgase de su cuello. El motivo era que el colgante, al estar formado por otro tipo de conjuro, si llegase a chocar durante la realización de otro hechizo, las consecuencias podrían ser las no esperadas. Con cuidado se lo quitó y lo lanzó a la joven Clearheart, que le guiñó un ojo y lo guardó en su bolsillo.

Ovidia cruzó los dos círculos y se colocó en la marca indicada. En el suelo, el Grimorio del Origen descansaba en el punto donde Charlotte lo había dejado. Entonces Ovidia se volvió para mirar a sus compañeros y asintió.

Endora miró primero a Lottie y luego a su primo, ambos asintieron también y, levantando las manos, invocaron el escudo, de un tono azul púrpura, que dejó aislada dentro de él a Ovidia. Ahora, la Bruja Negra era la única que se hallaba en su interior y, mientras el Grimorio del Origen levitaba frente a ella, respiró hondo, lista para empezar.

—*Rimen uma gora.*

Los dos círculos se activaron y, paulatinamente, fue cobrando vida bajo sus pies, haciendo que la tierra vibrase en respuesta. Un instante después, comenzó todo.

Su cuerpo se convirtió en una masa tintada de negro con trazos de venas rojas. Todas sus córneas eran idénticas. Ovidia sintió cómo la sangre brotaba de su boca, incansable, mientras el objeto que había escogido como recipiente para proteger su poder levitaba frente a ella. Un frasco, del tamaño de su mano, con una estructura puntiaguda y delicada. Una cadena colgaba de este y el tapón obstruía la entrada de forma férrea, haciendo que, lo que hubiese dentro, estuviese

protegido debidamente.

Y entonces, empezó el hechizo. Ovidia se llevó las manos al pecho, cerró los ojos, concentrando todas sus energías en el núcleo de su poder, ese lugar tan familiar y todavía desconocido, pues tenía mucho que explorar sobre su magia oscura. Ahora, no era el momento de pensar en eso.

Respirando hondo, tiró de ese hilo tan conocido y, poco a poco, sintió cómo salía de ella. Al notar la luz y la calidez que emanaba su magia sobre su rostro, abrió los ojos de nuevo. Una esfera de tonos rojizos y negros emergió de su cuerpo. Ovidia no lo vio, pero sus tres compañeros se pusieron en alerta, el escudo estaba ganando fuerza alrededor de la chica. A ella no le había hecho falta mirar para saberlo.

Moviendo la mano, hizo que el Grimorio del Origen se desplazase hacia la derecha; la esfera con su energía levitando unos centímetros más allá. Con cuidado, levantó la mano izquierda y arrancó un par de cabellos de su larga melena y los lanzó hacia la esfera, que emitió una leve luz cuando los absorbió. Entonces cuatro de las runas que había en el segundo círculo, mucho más pequeño que el otro exterior, se iluminaron y, lentamente, empezaron a levitar alrededor del rostro de Ovidia. Con su mano derecha aún alzada, leyó las runas según indicaba el grimorio y las dibujó en el aire de nuevo como réplicas exactas hechas de sombra.

La última parte del ritual era la más importante. Si no salía bien, deberían volver a empezar. Y Ovidia no sabía si requeriría de la cantidad de energía necesaria para volver a hacerlo en un mismo día.

A la vez que dibujaba las runas en el mismo patrón, fue susurrando la parte clave del hechizo, unas palabras en aquel idioma antiguo y que Ovidia había memorizado como si de una melodía se tratase:

—Hec Ovidia Winterson, luoren ghëahle caannuria yrea valia farla, umer ori dheria jesser lawe yrea qwüioma.

«Yo, Ovidia Winterson, salvaguardo parte de mi energía pura oscura en este frasco, el cual será protegido por los míos hasta el día de mi muerte».

Esas palabras había que repetirlas seis veces para que la siguiente fase saliese bien. Al pronunciar la última palabra la sexta vez, la Bruja Negra aspiró profundamente al tiempo que, una a una, las runas se fueron adhiriendo a la esfera que levitaba frente a ella; la misma marca de esta se hallaba aún reflejada en su pecho. El Grimorio del Origen, levitando varios metros más allá frente a ella, ronroneó en respuesta a lo que acababa de ocurrir, prueba suficiente de que Ovidia estaba yendo por buen camino.

El vial, del mismo tamaño de su mano, era delicado y hecho de un cristal que se veía resistente y reflejaba toda la oscura luz que rodeaba el lugar. Con su mano izquierda lo sujetó, y con la derecha quitó la delicada tapa del cuerpo principal. La esfera que había creado Ovidia, ahora con pequeñas hiedras que sobresalían de esta de la misma manera que salían de ella, se fue haciendo cada vez más y más pequeña, hasta no ser más grande que el tamaño de una canica.

Charlotte, Endora, Noam y ella se quedaron quietos observando con atención la parte final del conjuro. Finalmente, la fusión de su magia, de la energía pura oscura, junto con las arcaicas runas se adentró poco a poco en el frasco, que acababa en una punta afilada y peligrosa. Fueron segundos donde todos los meses que cargaban a sus espaldas pendían de un hilo y de dos posibilidades: que todos sus esfuerzos no hubiesen servido de nada o que, de una vez por todas, finalizasen tal importante tarea.

De modo paulatino, su energía entró en el recipiente y la Bruja Negra tapó el vial. El frasco se

cerró, la canica se derritió en el interior convirtiéndose en un líquido negro. Las runas quedaron inscritas sobre el delicado material de vidrio. Los círculos alrededor de ella dejaron de brillar, el Grimorio del Origen se cerró y todo volvió a la normalidad con una rapidez. Mientras esto ocurría, todos se quedaron sin aliento.

Y eso fue lo que sucedió.

Al fin habían conseguido realizar el hechizo.

Ovidia elevó el vial frente a todos y lo observó sonriendo orgullosa. Los restos de las marcas rojas todavía eran levemente visibles en su cuerpo y creaban, junto con las hiedras, una combinación que a todos les pareció atrayente y enigmática.

Noam, Charlotte y Endora bajaron las manos y fueron hacia Ovidia, la cual había corrido hasta el límite del segundo círculo, el exterior.

—Lo has hecho —murmuró Charlotte con un deje de orgullo en su voz—. Has conseguido encerrarlo.

La Bruja Negra asintió y con precaución se colgó al cuello el vial, que rozó su pecho con delicadeza, vibrante de vida y mostrando su poder puro.

—Podemos irnos —murmuró Noam apartando un mechón del rostro de su amada. Esta asintió —. Podemos ir a por él.

Ovidia seguía mirando anonadada su creación, en silencio, mientras sostenía el frasco en la mano derecha.

—Démosle un momento —comentó Endora haciéndole un gesto a Lottie y a su primo—. Claramente lo necesita.

—Estamos aquí, Ovi —le avisó Noam, y la chica asintió con una mueca, pero sin apartar los ojos del frasco.

Los tres brujos intercambiaron una mirada de preocupación, pero no dijeron nada. Respetando los deseos de la joven, fueron al linde del prado, atravesando la marca de los pentáculos en el suelo y saliendo de estos, Ovidia siendo la única ahora dentro de estos.

Respiró hondo, y dejó que el vial que contenía su poder cayese delicadamente sobre su pecho por dentro de su vestido, lista para enfrentarse a esa nueva realidad donde el poder ya no solo se encontraba dentro de ella, sino también en aquel recipiente. Que tendría que proteger con su vida.

Respirando hondo, sonrió y pudo sentir cómo un gran peso se le quitaba de encima de los hombros.

Fue a girarse hacia los demás, lista para salir de allí, cuando la paralizó un dolor repentino, pesado y profundo en su cabeza. Un pinchazo como ningún otro, que la hizo gritar de dolor y caer de rodillas. Pudo sentir cómo la sangre brotaba de sus ojos y al abrirlos se tambaleó hacia atrás, sorprendida ante lo que la rodeaba. Ya no estaba en el prado. Y alerta, se puso de pie, sola en aquel desconocido lugar.

Extrañada, prestó atención a lo que había a sus pies. Una plataforma redonda, perfecta e inmaculada, hecha de un mármol que relucía de tal manera que Ovidia se pudo ver reflejada. Le pareció escuchar agua, por lo que, con precaución, se acercó al borde, donde un precipicio que no tenía fin hacía desaparecer la sonora cascada que parecía salir de debajo del delicado suelo. Respiró hondo, sopesando si eso formaba parte del conjuro. El cielo era de un anaranjado parecido al de los atardeceres, pero a Ovidia no le otorgaba tranquilidad, sino más bien todo lo

contrario.

Aquel extraño y etéreo escenario parecía llegar al mismo firmamento. Ella se hallaba rodeada de nubes de aquel color mientras, más arriba, el interminable cielo funcionaba como techo de aquel familiar, pero a la vez extraño lugar.

Mientras observaba aquel paisaje, algo llamó su atención. Y, por primera vez en mucho tiempo, Ovidia sintió verdadero terror. De entre las nubes, una figura sacada de sus más temidas pesadillas empezó a levitar hacia ella, lenta y pausadamente. Una figura esquelética y con una cara formada solo por una gran hilera de dientes filados y dos grandes cuernos que, junto con su terrorífico y grandioso cuerpo, hizo que Ovidia quisiera correr. Sin embargo, no había escapatoria.

Así que, sin dudarlo, y respirando hondo, invocó su magia. Sus hiedras eran el triple de largas de lo habitual, su cabello levitó, apartándose de su rostro, y el marrón de sus ojos se tornó de un rojo carmesí que, en cualquier otra circunstancia, habría intimidado a cualquiera. La oscuridad personificada, sin duda. Ovidia quiso comprobar si el vial estaba bien y, al moverse levemente, sintió cómo este se apretaba contra su pecho bajó la tela de su vestido. Esa fue la señal para que ella supiese que estaba a salvo y bien, y pensó que aquella era una preocupación menos.

En ese momento, y para su sorpresa, la apariencia de la desconocida criatura empezó a cambiar, poco a poco, tornándose en algo parecido a un hombre, que ahora levitaba a pocos metros. Aquel ente con forma humana le ofrecía una sonrisa inquietante. Llevaba el cabello bien peinado y de un rojo oscuro, tenía los ojos negros y era delgado, de cara afilada y labios carnosos. Sus dientes perfectos asomaron tras aquella sonrisa.

—Hacía tanto tiempo que no estaba en presencia de tu energía, joven Ovidia. —Su voz, grave y profunda, puso en alerta más a la joven—. La pureza negra rebosa de ti.

Ovidia sacó valentía de donde pudo, y ladeando la cabeza, con sus esferas listas en las palmas de sus manos, declaró:

—¿No crees que es un poco injusto que tú sepas mi nombre y yo el tuyo no? Claramente, me llevas ventaja, y eso no me gusta.

—Eres osada. Los hijos de la oscuridad siempre lo son, aunque se consideren ellos mismos unos cobardes.

—La que ha de tener una conversación con ella soy yo. Limítate a observar.

Las palabras vinieron como traídas por el viento, pero Ovidia reconoció la voz. Le buscó con la mirada, respirando con dificultad y nerviosa por lo que pudiese suceder. Como si de un fantasma se tratase, Harvey apareció de entre una ligera neblina y su cuerpo se materializó poco a poco.

Ovidia supo entonces que él había creado aquel lugar para atraerla allí y quedar a su merced, una vez más.

—¿Por qué no me sorprende que seas tú? —escupió la muchacha, a lo que la aún desconocida criatura que levitaba silbó, observando la situación con interés en los ojos.

—Un gusto verte de nuevo, Ovidia. ¿Cómo estás?

—Pensando en las múltiples formas en las que me gustaría matarte.

Chasqueando la lengua, Harvey suspiró.

—Así no vamos por buen camino.

—Y lo dice un asesino —volvió a atacar ella, sin intención de que le intimidase.

—Sabes que no me gusta perder el tiempo, por lo que, ¿vamos al grano?

—¡¿Qué narices quieres de mí?! —gritó, llena de rabia.

—No, ¡no, Ovidia! —negó dando un paso hacia ella. Alertada, se puso en posición, aumentando el tamaño de sus esferas—. Todo lo contrario. Yo vengo a ofrecerte algo.

—Aquel No Sensible que irrumpió en mi hogar —gruñó entre dientes la Bruja Negra—. Me dijo que me querías para ti. Así que, si piensas que voy a creer tus palabras, te equivocas.

—De nuevo, dulce Ovidia, la que está completamente equivocada eres tú. Pues tal vez no creas mis palabras, pero sí lo que te voy a mostrar.

Sonriendo, Harvey abrió los brazos e inclinando su cabeza hacia atrás, murmuró unas palabras que Ovidia no entendió, pero sí reconoció. El antiguo idioma de los feéricos, tan distintivo, salió de su boca y desde donde ella se encontraba, lo sintió. Como si de una barrera se tratase, abandonó el cuerpo de Harvey, como quien se libra de unas cadenas.

La golpeó de tal manera que, de un segundo a otro, le arrebató el aire de los pulmones, obligándola a llevar las manos al pecho, las esferas desapareciendo con el gesto. De forma protectora, las hiedras la protegieron, rodeándola de tal manera que parecían crear un escudo a su alrededor. Tenía que salir de allí cuanto antes.

Lo que ocurrió después la pilló todavía más desprevenida. Sus hiedras se movieron agitadas, y sintió su propia energía responder ante la que salía de Harvey.

Recuperada, Ovidia levantó la vista.

—Me encanta sorprenderos.

Blanca, de un blanco tan puro que Ovidia tuvo que entrecerrar los ojos y apartarse ligeramente. Parpadeó varias veces y, cuando su vista se asentó, levantó la cara y le observó. Harvey estaba rodeado de aquella iluminación tan pura que apenas si se distinguía su silueta entre todo aquel brillo y las hiedras.

Hiedras.

Aquellas eran una réplica de las suyas, pero de un tono blanco y con venas verdes. Tanto las hiedras de Ovidia como las de Harvey fueron creciendo hasta entremezclarse, como si se llamasen las unas a las otras y, horrorizada, se apartó, obligándolas a volver junto a ella. Pudo sentir como ose sentaron al separarse de las de él.

«¿Qué demonios está pasando?», se preguntó ella, que pudo sentir cómo su semblante se descomponía por momentos.

Harvey asintió tras apreciar cómo, en la expresión de Ovidia, se dibujó la comprensión. Cómo todo iba encajando, hecho que la llevó a negar con la cabeza repetidas veces.

—Veo que ya vas entendiendo todo un poco mejor, heredera de la oscuridad.

—Ve al grano, Harvey —comentó impaciente la criatura que levitaba.

Ovidia miró de uno a otro, incapaz de comprender lo que estaba pasando.

—¡¿A quién se la has arrebatado?! —demandó saber; sus venas tornándose rojas.

Harvey frunció el ceño, pero no había preocupación, sino diversión en aquella expresión de fingida confusión.

—Entenderé que mi reputación no está jugando a mi favor en este momento, pero esto es mío.

—No puede ser tuyo. No…

—Sé que estás llegando a una conclusión tú sola. Pero temes decirla en voz alta. Puedo hacerlo yo, si lo prefieres.

Se estaba burlando de ella. No había otra manera. El tono irónico, de superioridad mientras decía esas palabras, se mezcló con el pánico que sintió ante lo que le estaba ofreciendo Harvey. La más absoluta y absurda verdad. Sus pensamientos se tropezaban los unos con los otros, y se llevó las manos a la cabeza, queriendo silenciarlos todos. Las teorías empezaban a acumularse

una a una, hasta que fueron tomando un orden que se le hizo demasiado lógico.

No podía ser. Era imposible.

—Augusta era la única con ese poder —murmuró Ovidia cuando logró recuperar la compostura, a lo que Harvey asintió—. ¡No me trates de estúpida!

—No podías realmente creer que solo la magia oscura había sobrevivido, ¿verdad, Ovidia?

—Sé perfectamente cómo funciona nuestra magia.

Harvey levantó las manos a modo de disculpa, un gesto divertido en su rostro.

—Solo lo estaba comprobando.

Lo había pensado. Por supuesto que sabía que alguno portaba ese poder puro. Pero era un problema del que se quería haber encargado cuando hubiese acabado, precisamente, con él.

Buscar a los herederos que quedasen de la magia pura blanca. Averiguar quiénes eran.

Pero parecía que el momento había llegado de forma inesperada, prevista y brutal.

—Augusta era la única con ese poder, el cual yo recibí como *descendiente suyo*. Exactamente cómo te pasó a ti con Angelica. No es tan complicado.

—El Brujo Blanco —intervino el ser que levitaba tras Harvey—. Puedo asegurártelo, jovencita.

Brujo Blanco.

—¿Tú quién o qué demonios eres? —escupió la chica, sus hiedras también llenándose de aquellas venas rojas, vibrando con fuerza.

—Oh, lo sabrás pronto —respondió Harvey por él.

Con rabia, la Bruja Negra formó una esfera inmensamente más grande que las de antes y se preparó para lanzarla. Pero su lógica la detuvo a tiempo.

No. Sería como las otras veces. Harvey era solo una imagen, su cuerpo real en otra parte.

Tan solo…

—No puedes hacerme nada —murmuró en voz alta, y soltó una risa seca—. Eres una proyección, no eres real.

Harvey la miró a través de sus pestañas y de un gesto seco, levanto su brazo izquierdo.

Soltando un gemido ahogado, Ovidia se vio arrastrada hacia él por una fuerza invisible, como si unas cuerdas tiraran de ella. Aterrada, pataleó mientras levitaba hacia él. Y cuando le tuvo enfrente, lo sintió. Su mano se iba cerrando alrededor de su cuello. Alarmada, intentó apartar a Harvey y escuchó la profunda risa del ente que los acompañaba, que observaba la situación con evidente interés.

—Su… —intentó gimotear ella, pero la presión de aquella mano se lo impidió—. Suélta…

Acercando su rostro a ella, aquel verde intenso se encontró sus ojos castaños y con un interés que la Bruja Negra interpretó como pura ansia escuchó cómo Harvey murmuraba:

—Ovidia…, deja que te cuente una historia.



1833. En algún lugar de Inglaterra

Era aterrador ver la naturalidad con la que desempeñaba la tarea de acceder a sus mentes y obligarles a atarse a sí mismos y entrar en el círculo, sin apenas esfuerzo. Ella en particular podría haber contraatacado. No obstante, había un factor importante y decisivo que marcaba la diferencia entre las habilidades de Harvey Cox y su madre. Él tenía una pequeña ayuda, un soporte que le veía tal como era.

Harvey ordenó que se introdujesen en el círculo y, aunque sus cuerpos actuaban por inercia, fue en los ojos de estos, rojos y llorosos, donde pudo ver la desesperación, la angustia y el tormento por lo que estaba sucediendo. Sin embargo, ellos no sabían que lo que estaban a punto de presenciar iba a ser solo el principio.

Cayeron de rodillas en el círculo, que era suficientemente grande para que varias personas más cupiesen. Harvey se mantuvo en el límite y mostraba una expresión de interés al ver que, en efecto, sus habilidades habían sido perfiladas de la manera correcta. De un chasquido, un hilo de luz envolvió el círculo y en sus bordes se encendió como una mecha. Amelia y Dean Cox miraron a su hijo sin comprender cuándo lo habían perdido.

Un joven Harvey de diecisiete años entró en el círculo e invocó su poder, uno de pureza blanca sin igual. Era consciente de lo que estaba haciendo, de cómo sus acciones cambiarían todo. Ese sentimiento tan placentero comenzó a vibrar en sus venas, y sintió el peso de aquella mano invisible sobre su hombro, ahora ya familiar, haciéndole saber que había llegado el momento. Había llegado la hora. Murmuró las antiguas palabras de invocación y pudo sentir cómo cientos de puertas querían abrirse a la vez a aquel mundo, para muchos aún nuevo y un manjar para criaturas que lo destrozarían en cuestión de días.

Harvey sabía qué puerta debía abrir. Era muy concreta, que encontró pronto. Cuando estuvo delante de ella, con su mano derecha giró su pomo como si estuviese abriendo una real. Los gritos ahogados de sus padres fueron la prueba de que lo que estaba buscando estaba allí, tras él. Entonces abrió los ojos a la vez que sentía cómo una larga, huesuda y afilada mano se posaba en su hombro. No hubo pasos.

Nunca los había.

—Bien hecho, heredero. Te he enseñado bien, pero no perdamos más tiempo. Sabes que necesito su energía para que nuestro plan siga adelante, Harvey —susurró esa voz en su oído. El joven no se giró para observar la imagen que tenía detrás y pudo ver a través de los ojos de sus padres el horror que aquella criatura representaba.

—Sabes lo que hacer. Eres capaz de hacerlo. Entrégamelos.

Su madre negaba con la cabeza, luchando contra el poder de su hijo. Harvey se inclinó hacia ellos. Su cabello ondulado y de ese tono rubio claro tan particular le llegaba hasta las caderas.

—Entiende esto como algo positivo, madre. Voy a lograr que lo que nos corresponde desde los albores del tiempo se cumpla. Fue astuta, Augusta, al ocultarnos a todos la grandeza de nuestros poderes. Pero, sobre todo, el nuestro y el de la línea de Angelica. Encontraré a los que quedan, y restauraremos lo que un día fue para que un día lo *sea*.

—Quítales los vendajes de la boca. Quiero oír sus gritos —exigió la criatura tras él. Harvey fue consciente de que estaba sonriendo con hambre en sus ojos. Él obedeció y supo lo que iba a pasar. Su madre no tardó en intentar convencerle.

—No hagas eso, cielo. Eres mucho mejor que todo esto. Pero no lo pueden saber. Reinaría el caos… la historia se repetirá de nuevo.

—No, madre. La historia se cumplirá como debe ser. Perspectivas, supongo. Además, ¿no sientes vergüenza? Lo habrías hecho y podrías haberlo hecho —un reclamo vibraba en sus palabras, pero Harvey mantuvo la compostura. Siempre lo hacía—. Pero llevar a cabo esto requiere una valentía que jamás poseíste, Amelia. Aunque, si somos más precisos, no solo requiere valor, sino también astucia. No te preocupes por mí. Estaré bien. Mejor que bien. Pero para lo que quiero y merezco como legítimo heredero… debo dar algo a cambio. No es personal.

—¡¿Qué le has hecho a mi hijo, monstruo del demonio?!

Harvey se giró tranquilamente a su padre, un calco de él, rubio y de ojos verdes, a diferencia de su madre, que heredó los rasgos castaños de la línea de Augusta. Él era una mezcla perfecta de ambos.

—Gracias por otorgarme esta herencia, pero ya no servís de nada más.

Harvey se hizo a un lado y ofreció a sus padres como carnaza al monstruo que había llegado a través del círculo. Entonces lo vio todo. Vio cómo intentaban retroceder, pero el círculo había creado una barrera imposible de traspasar. La criatura levitó hacia ellos; una figura esquelética de más de dos metros de altura, con los brazos demasiado largos y desproporcionados y un rostro que tan solo consistía en una larga fila de dientes afilados.

Abriendo sus brazos, murmuró unas palabras y, poco a poco, absorbió la vida de Dean y Amelia Cox. Los gritos inundaron el hogar donde Harvey se había criado, en medio de los extensos campos de Hampshire. Nadie vivía a millas de allí, y supo que solo él sería testigo de la masacre de aquella noche. La primera de muchas.

Antes de desvanecerse, los ojos castaños de Amelia buscaron a Harvey. Y, aunque hubiese preferido no tener que cargar con ese recuerdo, aquella última mirada le acompañaría siempre, por toda la eternidad. Los dos cadáveres se disiparon como el humo y, por un instante, el niño

que quedaba en el interior de Harvey gritó angustiado, pero el adulto lo engulló. En ese momento miró desde el hueco que habían dejado los cuerpos de sus padres, como si jamás hubiesen existido, a la criatura que ahora era su único acompañante; una criatura que había mutado a algo más parecido a un humano de cabello pelirrojo intenso y bien peinado, complexión delgada, ojos negros y pómulos muy marcados. Vestía un traje formal, pero sin corbata, con la camisa medio abierta.

—Ahora que tengo algo de energía, creo que esta forma te será más agradable de ver.

—Abadyon —musitó Harvey encarando a la aún espeluznante criatura.

Esta no era otro que Abadyon, más conocido como el Dios del Caos.

—No me había alimentado tan bien desde hacía siglos —explicó este, reajustándose las mangas—. Sobre todo, me ha gustado tu madre. Una energía pura, pero no tanto como la tuya.

—¿Cuál es el siguiente paso?

Abadyon no le miró. Siguió con su tarea como si nada, relajado. Harvey sintió alivio al saber que el verdadero dios estaba muy lejos de aquel lugar, que su presencia tan solo era una ínfima parte de su totalidad.

—El siguiente paso… nos llevará años, Cox.

—¿Años?

—Has dicho que querías encontrar a la línea de Angelica. Bueno, es muy sencillo. Puedo enseñarte cómo. Ven aquí, chico.

Harvey se acercó a él, y Abadyon agarró su brazo, le remangó su camisa blanca y le arañó con tres garras el antebrazo; la sangre brotó al instante. Harvey siseó, y el dios chistó negando.

—No puedes dejar que esto te moleste. No es nada comparado con lo que otros sufren ahí fuera. O lo que yo les hacía sufrir cuando todo era como debía.

—¿Ahora qué?

—El siguiente paso es sencillo: repite conmigo estas palabras mientras viertes la sangre en el círculo.

El joven Cox escuchó atentamente las palabras y, despacio, las repitió:

—*Sanguis familia est. Sanguinis fides est. Sanguis potestas est.*

De repente, el lugar cambió. Ya no estaban en la oscura cabaña, sino en lo que parecía ser una calle de una ciudad bien cuidada y soleada. Harvey escuchó voces y se giró al ver cómo una mujer y una niña paseaban juntas de la mano sosteniendo una cesta. La más joven, de no más de once años, era un calco de su progenitora. En el siguiente parpadeo, Harvey vio esa aura de negrura pura envolviéndolas. Ellas eran las descendientes de Angelica.

—Dime sus nombres —demandó Harvey al milenario dios.

Abadyon sonrió e inclinándose sobre su oído murmuró:

—Minerva y Ovidia Winterson. Pero solo necesitamos a una para que funcione. Me traerás a la niña a su debido tiempo. Primero… hemos de seguir perfeccionándote. Hasta que tanto tú como ella estéis preparados para ocupar el lugar que os corresponde. Y el Reino de Brujas que los tuyos ansiaban proteger será insignificante con vuestro imperio.

Harvey observó la imagen de la niña, de cabello y ojos oscuros que sonreía a su madre, la cual la miraba con una adoración infinita. Sí, definitivamente, debía acabar con ella. Pero todo… a su debido tiempo.



15 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

La transmisión terminó y Ovidia cayó al suelo y se apartó a toda prisa de Harvey, que se alisó su vestimenta, un traje blanco puro con una corbata anaranjada. Todo se paralizó dentro de ella. Explicar con palabras lo que ahora mismo había poseído a Ovidia era algo que solo los que han pasado por una situación similar podrían llegar a comprender y describir. Esta revelación removió todo lo que la Bruja Negra había enterrado hondo, muy hondo, no para ignorarlo, sino para aprender a convivir con ello.

—Fuiste tú…

—Sí. Un trabajo mucho más limpio que el de Elijah.

—¿Por qué? ¡¿Por qué me la arrebataste?!

—Lo entendemos Ovidia: tú eres la heroína y yo el villano. Nos ha quedado claro. ¿Puedes escuch…?

—Voy a hacer que pagues por mí y por todos cuyas vidas has destruido.

—Pero he de confesar… —siguió el Brujo Blanco como si no la oyese.

—¡Ni se te ocurra seguir hablando!

—… juntos podemos llegar a ser mucho más. ¿Recuerdas a la Primera Generación? El reino de Brujas Original… Si no hubiesen sido unos cobrades y no hubiesen renunciado a su magia, ahora, este mundo sería completamente mágico. Sin embargo, nos encondemos como ratas, cuando podrían estar comiendo de nuestra mano.

Harvey era un total y cruel sociópata.

Dio un paso hacia delante, con su intensa y verde mirada puesta en Ovidia.

—Eres sangre de mi sangre. Venimos del mismo linaje. Somos los elegidos, tú y yo.

Poseedores de la energía pura. Y sé, que te tienta. Que la anhelas.

Ovidia negó, y Harvey dio otro paso más, lo que hizo que la chica retrocediese.

—¿Qué crees que pasará cuando la Sociedad descubra lo que Augusta ocultó? Todos ansiarán más. Demandarán más.

—No lo sabrán. No han de saberlo.

—No tienes derecho alguno a prohibirles el conocer la verdad, Ovidia.

—Y tú no tenías derecho alguno a arrebatarme a mi propia madre por tu codicia.

Harvey negó con la cabeza, mirándola con cierto atisbo de desprecio.

El asesino de Elijah y de su propia madre, Minerva, mirándole con desdén.

Iba a matarle.

—La Corona solo podía ser de una. Y él —señaló al desconocido acompañante— se decidió por la más fuerte.

—Voy a matarte. Voy a arrancarte el corazón y exhibir el monstruo que eres.

—Entonces, te acabarás convirtiendo en lo que yo soy: un villano.

—Con tal de hacer justicia, pagaré el precio —juró la Bruja Negra.

—Además, hay un ligero inconveniente —prosiguió él—. Si yo muero, ¿qué pasará con mi energía pura? Puede que acabe en manos equivocadas.

—Ya está en manos equivocadas.

—No puedes matarme, Ovidia, ¿no lo ves? Como yo tampoco puedo matarte a ti. Así que esta será mi última proposición. Reina conmigo. La Casa Newbourne, destinada a llevar la magia a todos los rincones de la tierra, conquistarla. Este…y otros mundos.

Ante tal declaración, el ente que hablaba tras él soltó una risa gatuna. La respuesta de Ovidia fue lanzarle una de sus esferas, que Harvey logró esquivar a tiempo aportándose de un movimiento rápido.

—Creo que eso es un «no» —murmuró haciendo una mueca de decepción y enfado.

—Sácala de aquí —musitó la criatura que aún levitaba encima de ellos, la misma que apareció en el recuerdo—. No va a entrar en razón.

—Somos los herederos, Ovidia —insistió con un tono que a la Bruja se le hizo horripilante. Solo deseaba arrancarle la garganta, hacerle callar.

Mamá.

—Llévatela, Harvey. Si no es por las buenas…, que sea por el método tradicional. Sin preguntar.

Ovidia retrocedió, preparada para lo que pudiese venir.

—No —negó con interés su igual—. Sería demasiado fácil. Y me gusta causar impresión. Una pena, Ovidia. Acabas de cometer un gran error… que pagaréis caro.

Harvey movió la mano de forma ligera y Ovidia sintió el golpe como si de una ráfaga dura y fuerte se tratase, y cayó por el borde hacia el vacío, gritando de puro pánico. Lo último que ella escuchó fue la cruel risa de aquel misterioso ente.

El pentagrama explotó y el cuerpo levitante de Ovidia cayó al suelo de forma seca y brusca.

La joven oyó voces llenas de preocupación que la rodeaban mientras parpadeaba levemente, recuperando la conciencia.

—¡Ovidia!

Esa voz era la de Noam.

Levantó la vista y lo encontró frente a ella, con una mirada de puro pánico en sus ojos miel. Sintió cómo su cuerpo volvía a ella y percibió el dolor de su cabeza y el roce de sus hiedras.

—Fue él —es lo único que pudo musitar Ovidia cuando recuperó la voz.

Los tres se miraron, pero fue su amiga la que rompió el silencio.

—Tus ojos… —murmuró Charlotte, horrorizada.

Ovidia levantó con cuidado la mano y se acarició el rostro, que estaba dibujado con lágrimas del rojizo líquido. Por lo que…

Había sido real.

—Él la mató. Él… —Ahora las lágrimas acuosas se mezclaban con las rojizas y densas marcas de su rostro, y su labio tembló mientras sus tres amigos y su familia la observaban atónitos—. Él es el heredero de la magia blanca.

Endora movió rápidamente la cabeza, una negativa que fue casi inapreciable.

—¿Qué?

—Lo he visto y lo he sentido. Yo…

—Ovidia, respira —la animó Charlotte, frente a ella; Endora a su izquierda y Noam a su derecha la miraban con angustia y preocupación—. Poco a poco. ¿Qué ha pasado?

—Era él. Harvey. He sentido un pinchazo horroroso en mi cabeza y al abrir los ojos de nuevo, no estaba aquí. Era una especie de torre, tan perfecta que daba escalofríos.

» Había una especie de barrera a su alrededor que, al quitarla, me hizo percibir su energía. Tan pura como la mía. Lo sentí nada más el escudo cayó y…

—Eso significa… —empezó a decir Charlotte, atando cabos.

—… que desciende de Augusta —terminó Noam por ella.

—No me jodas —murmuró Endora para sí misma—. Pero ¿qué demonios quiere?

—A mí. —Los tres la miraron; sus expresiones duras—. Me quiere a mí. Quiere que…

—Por encima de mi cadáver —gruñó Noam a su lado al mismo tiempo que respondía.

—Además, no estaba solo. Una cosa horripilante le acompañaba y os puedo jurar que jamás lo había visto antes.

Sus tres acompañantes se miraron alarmados y tensos. Ovidia soltó un rápido suspiro y con cuidado, comenzó a levantarse, sintiendo cómo un repentino cansancio la invadía. Vio cómo Charlotte tenía el Grimorio del Origen a su lado y, al ver que lo miraba, se lo tendió a Ovidia.

Chasqueando los dedos, Ovidia hizo que desapareciese, guardándolo en un lugar seguro.

—Tenemos que…

Sucedió despacio, de forma tortuosa. El sentimiento que la invadió en ese instante, al percatarse de lo que estaba teniendo lugar, fue puro terror, su cuerpo paralizándose y sus hiedras vibrando nerviosas a su alrededor. Y entonces lo supo. En la vibración de su poder, en cómo sus hiedras se retorcían y el núcleo de su magia palpitaba al saber que su otra mitad estaba allí. Varios relámpagos iluminaron la entrada noche, y el oscuro y encapotado cielo se abrió.

—Es él —balbuceó Charlotte; sus ojos azules abiertos por completo.

—Debemos avisar a todos —murmuró Ovidia, levantándose—. Hay que sacarles de la isla.

Sin demorarse un segundo más, Ovidia volvió corriendo al castillo, con los demás siguiéndole los talones.

—¡Han sido los colgantes!

Corrieron bosque abajo, dirigiéndose hacia el castillo a una velocidad que les hizo tropezar

más de una vez. Debían darse prisa.

—¿Qué quieres decir? —gritó Charlotte a su izquierda.

—¡Ha podido llevarme a ese lugar porque me quité el colgante! —exclamó entre jadeos, respirando con dificultad—. Al no llevarlo puesto, ha visto una vía accesible para contactarme. ¡Vosotros lo…!

—¡… lo hemos llevado todo el tiempo! —Noam acabó por ella, y Ovidia asintió con firmeza.

Otro relámpago iluminó la noche, pero no se detuvieron. Y entonces la lluvia empezó a caer.

—¡Tenemos que avisar a Caenis, Cressida y Aristylla! —gritó la Bruja Negra, todavía liderando el grupo—. Y encontrar a Nova, antes de que les pase algo.

—¡VAMOS! —chilló Endora, corriendo con más prisa.

Los cuatro serpentearon entre los árboles, yendo ladera abajo hacia el palacio, que empezó a verse entre la espesa oscuridad. Con el corazón en un puño, Ovidia pidió que todos estuviesen bien, pues no podría soportar otra muerte a sus espaldas.

Algo vibró dentro de él; algo desconocido, pero a la vez familiar. Permaneció en alerta y, alarmado, Nova recogió su camiseta del suelo, la cual había tirado debido al arduo entrenamiento físico que estaba realizado. Sin pensarlo dos veces, se movió con rapidez a través del espeso bosque, dirigiéndose hacia una de las tres aldeas más cercana a su posición. Algo iba mal. No entendía muy bien el cómo o el porqué lo sabía, pero debía volver junto a su familia y su pueblo.

Relámpagos iluminaron la noche. «No», se dijo. Era pleno día, pero la gran masa de nubes negras que había cubierto la isla hacían que una noche ficticia engullese el día. Se apartó el denso y oscuro pelo de la cara y llegó a uno de los caminos que llevaban a las aldeas; su respiración entrecortada, sus músculos gritando de dolor por la adrenalina. Y de nuevo sintió esa vibración en su interior, pero la ignoró inclinándose hacia delante para ir más rápido.

Las primeras casas de la aldea aparecieron y Nova apretó los dientes, victorioso. Al llegar a la aldea se detuvo en seco. Todos los feéricos le daban la espalda, caminando a la par, como una unidad militar.

—¡Hola! —gritó Nova con preocupación—. ¡¿Qué está pasando?!

Ninguno respondió; sus miradas perdidas en el infinito. Parecía que estuviesen… sonámbulos, inconscientes. Nova se chocó con varios de ellos mientras se apartaba, pero ninguno se giró, quejó o mostró ningún tipo de respuesta. Formaron filas de a dos, haciendo una cola que se perdía por el oscuro bosque, en una formación tan perfecta que su preocupación se disparó al máximo.

Otro relámpago iluminó el cielo y Nova miró hacia arriba, cuando la lluvia comenzó a caer fuerte y fría. Aun así, pudo apreciar lo que sus ojos divisaron entre los oscuros nubarrones. Una figura envuelta en blancura pura descendió del cielo, levitando sobre la isla. Y Nova, una vez más, corrió hacia el castillo sin mirar atrás.



15 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

Ovidia lo supo. Esta vez, no había vuelta atrás. Se enfrentarían a él, costara lo que costase.

Se dirigían hacia la entrada principal del muro cuando, de repente, vieron cómo Nova aparecía entre la arboleda, corriendo en la misma dirección; puro pánico en su mirada.

—¡Nova! —gritó Ovidia, captando su atención.

El chico inmortal se detuvo y al verlos exclamó:

—¡¿Qué narices le está pasando a mi pueblo?!

Los cuatro Sensibles se detuvieron junto al gran muro que rodeaba la fortaleza feérica y, extrañado, Noam preguntó:

—¿De qué hablas?

Nova les explicó lo que había visto.

—Es como si estuviesen idos. No daban ninguno tipo de respuesta.

Todos los ojos fueron a Noam, que apretó sus labios con fuerza.

—Control mental. Harvey les está controlando.

—¿Harvey? ¿El brujo al que querías buscar tras esto?

—No nos hará falta, pues nos ha encontrado —respondió Charlotte entre dientes.

Mirando hacia el cielo, Nova mostró una expresión de sorpresa y ató cabos.

—¿Es él?

Los cuatro asintieron, y Endora interrumpió la conversación:

—Espera, ¿por qué a ti no te ha afectado?

—¡Lo mismo podría decir yo! —se defendió el mestizo, que estaba empapado por la lluvia.

—Llevamos unos amuletos de protección —explicó Lottie; su cabellera castaña ahora

empapada y pegada a su sien—. Nos protegen de encantamientos.

—Nova —preguntó Ovidia con una calma algo inquietante—. ¿Cómo has sabido que algo iba mal?

—Estaba entrenando en mi lugar habitual cuando he notado que algo tiraba de mí, algo que no había sentido nunca. Y es cuando el cielo se ha encapotado en segundos y me he dado cuenta de que algo iba realmente mal.

Ovidia acarició por encima de su ropa el frasco que contenía su magia y una idea empezó a darle vueltas a la cabeza. Arriesgado, muy arriesgado lo que tenía en mente.

—Escuchadme todos. No tenemos mucho tiempo, este es el plan. Endora, Charlotte, tomad el grimorio. —Ella invocó el Grimorio del Origen, que apareció en sus manos, y vio cómo quedaba intacto bajo la lluvia. Sin duda, la magia hacía bien su trabajo—. Id hacia la torre, al templo de la Sabia, y subid hasta arriba. Estaréis a buena altura para poder crear un escudo. El más poderoso que podáis encontrar.

Ambas asintieron y Endora cogió el grimorio entre sus manos.

—Nova, Noam, buscad a Cressida, Caenis y Aristylla; al primero que encontréis, entregadle esto.

Ovidia se quitó su amuleto y todos se alarmaron por un momento, temerosos de que cayese también en el control de Harvey. Pero, al contrario, Ovidia y su consciencia permanecieron intactas. De este modo, las sospechas de Ovidia, se confirmaron. Ovidia pidió a Endora que abriese el grimorio, y esta murmuró:

—Muéstrame un conjuro de duplicación.

Una sencilla línea apareció, y Ovidia repitió las palabras mientras miraba el amuleto:

—*Lotui salicue ye begha.*

Dos amuletos más aparecieron junto al suyo, idénticos, y los entregó a Noam, que se los colgó del cuello junto al suyo.

—Encontradles. Dadles los amuletos y vigilad hacia dónde van los feéricos.

—¿Y tú? —preguntó Noam, con preocupación en su mirada.

—*Idos ya* —ordenó, y sus ojos fueron a Nova—. Tengo que hablar contigo antes.

Endora y Charlotte echaron un último vistazo a Noam y Ovidia, asintiendo, fue la señal que ambas necesitaron para desaparecer, corriendo colina arriba hacia el templo de la Sabia.

—Noam, adelántate—le susurró Ovidia, un nudo en su garganta—. Nova te alcanzará enseguida.

Se miraron unos segundos en silencio, ambos intentando alargar el momento lo máximo posible, pues sabían lo que significaba.

Rompiendo la distancia, Noam la cogió por el rostro y la besó con fuerza. La bruja pudo sentir el pánico que irradiaba su cuerpo.

«Sé lo que estás haciendo. En cuanto pueda, iré junto a ti. Lucharé junto a ti».

Separaron sus labios, Ovidia asintió y rozaron sus narices.

—No lo digas —dijo ella cuando vio que el chico estaba a punto de hablar—. Me lo dirás cuando todo esto acabe.

Noam asintió con dureza y dándole otro beso rápido, se marchó por el mismo camino que había venido Nova y activó su poder. Ovidia vio cómo su silueta desaparecía en la noche, su ancha espalda, su cabellera castaña clara. Quiso creer que, al acabar todo esto, se volverían a ver.

Pero, por primera vez desde que le había perdido el pasado diciembre, no estaba tan segura de ello.

—Toma esto.

Se llevó las manos de nuevo al cuello y, encontrando la cadena de metal, sintió cómo el frasco vibraba mientras subía por su pecho hasta salir a la luz. Por su aspecto, Nova la miró extrañado, y Ovidia le explicó de que se trataba.

—Escóndelo bajo tu ropa. No dejes que nadie lo vea. —La Bruja Negra lo puso en la mano del chico, que miró el recipiente de delicado cristal—. Protégelo.

—Deberías protegerlo tú. Es tu energía.

Ovidia sonrió con pena y respirando hondo.

—Nuestra. Lo que has sentido antes… —Negó con la cabeza y, aclarando sus pensamientos, Ovidia repitió con convicción—: Protégelo.

Nova dejó que el collar colgase de su cuello, y lo escondió bajo su camisa asintiendo hacia la bruja.

—*Acaba con él.*

Ovidia asintió, sabiendo que eso no sería posible. Nova salió tras Noam, corriendo a mucha más velocidad gracias a su naturaleza mestiza.

Ahora, sola, la Bruja Negra miró hacia el cielo, viendo cómo Harvey llevaba a cabo su plan.

Uno por todos.

Ovidia cerró los ojos y, por primera vez, dejó el control a un lado. Con fuerza y rapidez accedió al núcleo que había dentro de ella, potente, fuerte, que respondía con ansia al de Harvey. La envolvió y penetró en su piel como una segunda piel, ahora todo su cuerpo parecía estar hecho de tinta negra y venas rojas.

—Esto va por ti, mamá.

Y Ovidia se lanzó a los cielos, lista para su venganza.

La estatua de la Sabia apareció frente a ellas, intimidante, en la misma postura que la última vez: con rostro sereno y las manos a modo de ofrenda.

Sin detenerse, se agacharon asustadas al ver cómo otro relámpago caía a corta distancia de ellas y Lottie siguió de cerca de Endora, que iba en cabeza con el Grimorio del Origen en sus manos. Una vez que llegaron al final de las escaleras, abrieron las puertas que había tras la cabeza de la estatua, la entrada principal al templo.

Entraron en la inmensa sala, donde no había rastro de un alma.

—¿Cómo subimos hasta arriba?

Charlotte miró a su alrededor y vio, al fondo de la sala, unas escaleras algo escondidas que parecían ascender en forma de caracol.

—¡Probemos allí!

Ambas echaron a correr y esta vez, Lottie fue en cabeza, con una luz en su mano para iluminar el camino.

—¡No esperaba que esta fuese nuestra primera cita formal!

Estupefacta, Charlotte tropezó, pero enseguida retomó el paso.

—¡¿Qué?!

—Aunque, bueno —prosiguió Endora como si nada—. Un buen libro, buena compañía, una torre con vistas al mar…

—¡Endora! ¡No es momento! —recriminó Lottie, que se reprimió la sonrisa que había empezado a asomar a sus labios.

Subieron las escaleras hasta llegar a lo que parecía ser otra planta. Al fondo, otras escaleras de caracol seguían hacia arriba y se dirigieron a estas, continuando con su ascenso.

—Prometo que, cuando volvamos a Inglaterra, ¡tendremos una cita apropiada! Te llevaré al teatro, tomaremos el té y caminaremos de la mano.

—¡No podemos hacer tal cosa! ¡Y lo sabes!

—Me vestiré de hombre. —Buscó una excusa, y Charlotte negó con la cabeza—. No sería la primera vez.

—¡Endora! —exclamó Charlotte, aunque realmente no le sorprendía.

Otro piso más, algo más pequeño y, al otro lado, unas escaleras aún más estrechas subían hasta arriba. Tan solo fueron veinte escalones más. Y al fin, llegaron a la parte más alta de la torre. Esta tuvo que ser la última planta antes del desastre natural, pues había estantes vacíos y algún que otro mueble viejo y descuidado en la única pared que se sostenía en pie. La abertura era irregular, como si se tratase de una cueva, por lo que, con precaución, ambas caminaron por la estancia.

El suelo parecía estable y por ello poco a poco se fueron acercando al borde, cuya estructura se encontraba medio derruida y algunas piedras cayeron más bajo, hacia las rocas que ejercían de escudo contra el mar.

Inevitablemente, Endora se apartó, respirando hondo, con el grimorio en su pecho.

—Sorcha —susurró Charlotte, yendo hacia ella—. Tenemos que crear el escudo.

La bruja asintió y abriendo el grimorio, murmuró:

—Muéstranos la forma de crear el escudo más potente que exista.

Lentamente, no tan solo un texto, sino varios símbolos que parecían runas se dibujaron sobre el grueso y antiguo papel.

—Debemos crear un núcleo del cual nazca el escudo mientras otra dibuja las runas y las lanza al muro, para que su magia se fortalezca.

—Me encargo de las runas —se ofreció Charlotte, mirándola con concentración y remangándose las mangas.

Sin previo aviso, Endora la atrajo hacia sí por la cintura y con dulzura, plantó un beso en sus labios, mientras con la mano libre todavía sujetaba el Grimorio del Origen. Charlotte apoyó las manos en el pecho de la otra bruja, y ninguna se movió, tan solo labio contra labio.

Endora fue la primera en apartarse, y con sus ojos fijos en el rostro de Lottie, que aún tenía sus parpados caídos, musitó:

—No puedo esperar a caminar contigo de la mano por el mundo, flor de mi vida. —Ante tal declaración, la bruja de cabello castaño abrió los ojos, buscando lo de Endora—. Pero ahora, tengo que vengarme.

Charlotte asintió, comprendiendo a qué se refería.

«¿Sabéis que os he echado de menos?».

Las palabras resonaron en sus cabezas, y ambas brujas se giraron, alarmadas. Charlotte negó ante la intención de Endora de hablar, llevándose el dedo índice a sus labios. La Desertora obedeció, apretando los dientes.

«Espero que no os importe, pero… traigo compañía».

Fue a apartarse para comenzar con la primera runa, cuando el relámpago más potente hasta el momento crujió el cielo de tal manera que ambas se apartaron, temblando y asustadas. Abrazadas y con el Grimorio del Origen entre ellas, levantaron sus cabezas hacia el encapotado cielo, la potente lluvia rebotando contra el lugar, en el que cada vez hacía más frío. Levitando tras

Harvey, varios metros más arriba, una figura desconocida también flotó, y Charlotte y Endora se miraron apresurándose. Ambas ajenas a que lo peor estaba aún por venir.

Deseaba dar media vuelta y volver junto a ella. Debería haberse quedado junto a ella, luchar con ella, haberla protegido. Pero, en el fondo, el chico sabía que su Bruja Negra era más que capaz de protegerse a sí misma. Así que aquella noche cumpliría su palabra e iría a por Harvey.

Noam escuchó cómo Nova le alcanzaba el ritmo enseguida y dejó que su poder le llevase a todas esas mentes que podía escuchar para pedir ayuda, conscientes de lo que les estaba pasando. Su poder grisáceo brillaba aún más de lo normal y siguió a Nova, que le guiaba también a través del bosque.

—Claramente están yendo hacia un lugar concreto —gritó el chico, y Noam asintió—. La cuestión es ¿a dónde y por qué?

—Lo averiguaremos una vez que lleguemos allí.

Minutos después estaban en la aldea, la cual se encontraba completamente desierta. Noam cerró los ojos, e intentó acceder a alguna de las mentes de los feéricos para ver hacia dónde se dirigían.

—Harvey está bloqueando el acceso. No se hacia dónde… espera. La playa.

—¿Está seguro? —preguntó Nova con el ceño fruncido.

—El único camino que no lleva a las playas que rodean la isla es en dirección contraria, hacia el castillo. Es el único lugar que se me ocurre.

—Iban en dirección norte, justo hacia donde esta él —recordó Nova, girándose hacia la dirección donde, minutos antes, la gran línea de feéricos había desaparecido entre la oscuridad del bosque.

—Entonces no perdamos más el tiempo.

Nova se le adelantó y guio de nuevo a Noam, que intentaba reordenar sus pensamientos. Él sabía que esta venganza era más de Ovidia que de todos ellos. Si no era atacándole directamente, le pararía los pies de la manera que fuese. Era una promesa.

white1

¿Cómo no había accedido a todo su poder antes? Plena, se sentía plena al sentir que la oscuridad recorría sus venas y tenía el control de su magia. Todo lo contrario a lo que sucedió aquella noche donde casi pierde a Noam. No, esta vez era distinto, era real.

Decidida, utilizó su magia para ascender hacia Harvey, que, observándola divertido, esperó pacientemente a que llegase a su altura.

—Sangre de mi sangre, estás a punto de presenciar algo magnífico.

Ovidia no perdió el tiempo con el diálogo. Creando varias esferas pequeñas, pero de gran poder, las lanzó en dirección a Harvey, que esquivó casi todas excepto la última. Esta chocó con su hombro y ella se tambaleó con fuerza y gruñó de dolor. Ovidia vio cómo su oscuridad absorbía la luz del brujo y enseñó los dientes, victoriosa.

—¿Quieres ver mi parte agresiva? Tú te lo has buscado, Bruja Negra.

Levantando su mano, la atrajo hacia ella con esa fuerza invisible que ya había usado antes. Ovidia intentó resistirse y, por un momento, pareció conseguirlo, pero Harvey gruñó, haciendo que la fuerza fuese aún más bruta. Chocó con su cuerpo y, de un movimiento rápido, la giró y la apretó contra su pecho, sujetándola con sus propias hiedras de luz y sus manos, que la rodeaban

por la cintura y el cuello.

Ovidia sintió que su poder perdía fuerza.

«¿Cómo lo ha hecho?», pensó alarmada.

—Años de práctica, querida —respondió a ese pensamiento.

—Ni se te ocurra llamarme…

Cogiéndola de la barbilla, la obligó a mirar hacia el cielo, donde el ente que había salido de entre las nubes, esperaba ansioso frente a…

Unas escaleras invisibles.

Lo supo porque, los primeros feéricos estaban subiendo, hipnotizados por el brujo que la estaba sujetando.

—Para —le ordenó, intentando zafarse—. Para esto.

—Podrías haber aceptado cuando tocaba. Ahora, te llevaré conmigo cuando acabe todo esto, pero antes me encargaré de tus queridos amigos… —Señaló hacia la playa que había a sus pies, donde la gran fila de feéricos seguía hacia delante—. Y luego, empezaremos con todo.

Señaló al ser sobrenatural y Ovidia tembló bajo el agarre de su enemigo.

—Lo único que, antes de poder empezar con todo, el único que nos puede ayudar a restablecer nuestro reino… necesita energía.

Y el horror tuvo lugar.

Llegaron a la playa justo cuando los primeros feéricos empezaban a ascender por lo que parecían ser unas escaleras invisibles. Alterado, Nova corrió buscando a su padre y tías. Reconoció todas y cada una de las caras de su pueblo, y su corazón se encogió poco a poco al ver cómo ese ente extraño que esperaba al final de las escaleras…

«Mierda», se dijo.

Apresurando el paso, distinguió una melena azulada, única, y una silueta vestida con un ropaje que reconoció. Corriendo, vio cómo Aristylla también estaba ida como el resto.

—¡Noam, el colgante!

El brujo corrió hacia él y a medio camino se lo lanzó. El mestizo se apresuró a ponérselo a su tía. Esta cogió aire repentinamente, se tambaleó y se sujetó a su sobrino.

—¿Tía, me oyes? ¿Estás bien?

Negando, lágrimas cayeron por su rostro, pero la feérica no articuló palabra. Se llevó las manos a la cabeza, arrastrándose por la arena y alejándose de ellos.

—Quédate con ella y dame los otros amuletos —dijo rápidamente Nova al Sensible—. ¡Voy a buscar a mi padre y a Cressida!

Noam asintió y, poco a poco, fue acercándose a Aristylla, que estaba completamente paralizada en el sitio. Nova no perdió más tiempo y corrió en busca de su familia, pero justo cuando miró hacia las escaleras la vio. Cressida estaba subiendo el primer escalón. Alterado, corrió hacia su tía, empujó a dos inmortales que estaban en su camino, la cogió por el tobillo y la tiró de las escaleras, por lo que ella cayó al agua de forma repentina. Con rapidez y manos temblorosas, Nova colocó el amuleto en el cuello de Cressida y, tal como había sucedido con Aristylla, su tía cogió aire repentinamente y se sujetó a su sobrino.

—*Novateryum* —gimoteó recuperando su voz.

—Aristylla está junto a Noam en la playa. No hay tiempo para explicaciones. ¿Dónde está mi padre?

Cressida, reincorporándose y con la ropa empapada, miró horrorizada a su alrededor: su pueblo hipnotizado subía las escaleras hacia… eso. Entonces ella señaló algo.

—¡Allí! ¡Caenis!

Nova siguió la mirada de su tía. Y todo se paralizó cuando, tras los dos feéricos más ancianos, Caenis apareció quieto en el antepenúltimo escalón. Su cuerpo era lo más parecido a una estatua de mármol. Mientras, el misterioso ente con apariencia de hombre se inclinó hacia su primera víctima, a la que cogió de la barbilla, abrió su boca de forma delicada y entonces ocurrió. Una neblina salió de la inmortal y esta fue absorbida, despacio, por el ser sobrenatural, cuyos ojos negros brillaron aún más ante el alimento que se le estaba sirviendo.

Instantes después, el cuerpo de la feérica se desvaneció sin dejar ni rastro.

Nova corrió hacia las escaleras y subió, amuleto en mano.

—¡Nova! ¡No! —gritó Cressida, pero Noam la detuvo a tiempo. Aristylla permaneció detrás aferrada a su chaqué.

El mestizo no miró atrás, esquivando a los feéricos a su paso de la mejor manera que pudo. Alguno cayó al mar, pero lamentablemente, debía salvar a alguien antes.

Papá.

De camino, el joven inmortal observó cómo el ente absorbía la vida del segundo feérico, hermano de la que había fallecido instantes antes. De energía, ese ente se alimentaba de energía. Y solo había unas criaturas en el basto universo que se alimentasen de energía. Eso era mucho peor de lo que había imaginado.

Cuando tan solo quedaban unos cuantos escalones hasta llegar a su padre, el ente vio sus intenciones y con rapidez cogió del cuello a Caenis y lo dejó levitando en el aire.

Nova cayó de rodillas sobre el último escalón y jadeando gruñó:

—¡Suelta a mi padre!

El ente le miró divertido; su cabello pelirrojo, sus ojos negros y sus dientes tan afilados que podrían arrancarle el cuello de un bocado.

—¿Estás seguro de que quieres que haga eso, muchacho? —La voz de la criatura parecía ancestral y Nova se puso en pie, sintiendo cómo el frasco de Ovidia se movía en su pecho y esa familiar vibración volvía a él—. La caída es peligrosa.

Nova no supo qué responder. Era consciente de su desventaja, y sintió cómo los feéricos que seguían subiendo estaban cada vez más cerca. No había escapatoria. Escuchó los gritos de sus tías y vio cómo Noam empezaba también a subir los escalones a toda prisa, sus ojos llenos de preocupación.

Se giró de nuevo y, cerrando los ojos, susurró:

—Harvey, hazme el favor…

En ese momento, Caenis recuperó la consciencia y pataleó en el aire mirando a su hijo y gritando:

—¡Vete de aquí! ¡Corre!

—Qué enternecedor… pero tengo hambre.

El ser giró la cara de Caenis para que le mirase y, abriendo su boca, absorbió su energía con mucha más rapidez que antes. Aquel ser estaba cada vez más fuerte.

—¡Nova! —gritó Noam a sus espaldas—. ¡Sal de ahí!

Nova no pudo apartar la mirada. De rodillas, contempló cómo la vida iba saliendo de su padre, que pataleaba y gruñía mientras la horripilante criatura absorbía todo de él, como si no fuese más que un simple vaso de agua. Noam llegó a él y quiso arrodillarse junto al chico, pero la escena le

dejó paralizado y horrorizado. Cuando el ente cerró la boca y soltó un suspiro de satisfacción, algo se rompió dentro de Nova y de Caenis le miró con ojos vacíos.

Y el cuerpo de su padre se desvaneció para unirse con la muerte.



15 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

Los gritos de Nova llegaron al fondo de su corazón y reconoció de dónde nacían: del más absoluto y devastador dolor que surge de la pérdida de un padre o una madre. Ese ente había engullido a Caenis como si nada.

Ovidia vio cómo Noam detenía a Nova, que tenía la intención de lanzarse hacia el ente, que poco a poco, se apartó del límite de las escaleras llevándose una huesuda mano a la boca. La Bruja Negra no captó lo que dijo, pero sintió la risa cruel de Harvey tras ella. El pánico la inundó aún más al ver lo cerca que ambos estaban del ente, por lo que actuó decidida.

Harvey estaba desprevenido y observaba divertido la situación. Ovidia giró sobre sí misma, invocó toda la energía que pudo en sus manos y con una potencia que hasta la hizo temblar a ella, empujó al brujo lejos de ella. En ese momento, Harvey comenzó a dar vueltas en el aire a la vez que gritaba. Ovidia no perdió el tiempo. Lanzó varias esferas en su dirección, aturdiéndolo todavía más, lo suficiente como para ganar tiempo y salvar a los feéricos del control de Harvey.

Extendió su mano y buscó el hechizo de hipnotización que había usado el Brujo Blanco. No tenía mucho tiempo. La tormenta era incesante y cada vez era más complicado ver, pero eso no impediría que llevara a cabo su plan. Percibió cómo una energía ligera a la par que intensa rozaba su mano. Entonces la extendió y empezó a absorberla, lo que hizo que su oscura piel y sus venas rojas se tornasen algo más claras. Con la mano derecha, creó un escudo a su alrededor al ver que Harvey se recuperaba; una mirada glacial de color verde ocupó sus ojos. Cientos de gritos de auxilio llenaron su mente, y lo supo. Había accedido a ellas, las conciencias de los inmortales.

Tiró aún más de esa energía, sintiendo cómo entraba en la palma de su mano, a la par que

sujetaba firmemente el escudo que le separaba del brujo blanco, sintiendo sus ataques contra su propia defensa. Sabía que solo lo estaba haciendo para desestabilizarla. Harvey era mucho más poderoso que ella, lo cual era una gran desventaja.

«¡Huid! ¡Salid de aquí! ¡Escondeos en la isla!», gritó Ovidia a sus mentes.

Cerró su mano y se clavó con fuerza las uñas en la palma al mismo tiempo que levitaba varios metros hacia atrás. La respuesta fue inmediata y los feéricos huyeron hacia el centro de la isla, abandonando la playa. Ovidia se giró para encarar a Harvey, sabiendo que aquello no había terminado. No tuvo tiempo de pronunciar unas palabras, pues un grito inundó la densa lluvia. Un cuerpo volaba a una velocidad desorbitante, pero, en un momento dado, chocó con la mano del Brujo Blanco, como si de una pared se tratase. Ovidia se paralizó cuando vio a quién sujetaba a Harvey por el cuello, la cual gimoteó, intentando zafarse.

—Podrías haber venido conmigo sin que nadie sufriese daños —declaró él; esa aura blanca y verde envolviéndole como si fuese un demonio salido de sus peores pesadillas—. Pero no, Ovidia. Para reinar, hay que tener algo claro: no hay cabida para lazos emocionales.

—¿Qué demonios es eso?

El susurro de puro horror provino de Endora, segundos después de que el cuerpo de Caenis desapareciese como humo. Escuchó los gritos de Nova, lo que provocó que Charlotte se llevase las manos al estómago, su rostro inundado con una expresión de estupefacción que bien podría reflejar la de Endora.

—No vamos a poder con ambos —declaró Lottie, negando con la cabeza—. Esto está…

—Esto es incluso peor de lo que imaginaba.

La voz vino de sus espaldas, y Charlotte y Endora se giraron alarmadas, el grimorio en las manos de esta última. Ni siquiera habían podido empezar a crear el escudo cuando aquella espantosa escena había tenido lugar. Pero su estupefacción aumentó cuando vieron de quién se trataba.

Salió de las sombras y esta vez sus pasos sí hicieron eco por donde caminaba; su aspecto no era tan espeluznante como la última vez.

—*Räawn* —musitó Charlotte, sin creer lo que veían sus ojos.

—¿Qué demonios hacéis mirándome con esa cara de bobas? —Räawn fue caminando hacia ellas; esta vez con un rostro normal: dos ojos, nariz y labios carnosos; la piel azulada y el cabello platino no habían cambiado en absoluto y su moño alto todavía estaba intacto—. Tenéis el Grimorio del Origen, ¡haced algo!

—¿Qué te crees que estamos haciendo? ¿Pasar el rato? —gritó Endora, evidentemente enfadada.

—¿Qué es eso, Räawn? —preguntó Lottie, girándose hacia el desconocido ser.

Lottie no lo vio, pero Endora sí. Los blanquecinos ojos de la diosa mostraban preocupación. Una diosa preocupada…

—Estamos jodidos —musitó Endora, y Räawn la miró enseñando sus afilados dientes. Para su sorpresa, la bruja se percató de que no era mucho más alta que ella descalza.

—Tenéis que pararle los pies. No perdáis el tiempo con escudos. Debéis hacer algo mucho más…

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¡Soy una deidad, bruja! —escupió hacia Endora, más que molesta—. Puedo aparecerme

cuando quiera.

—Mientes —murmuró Charlotte, acercándose ligeramente a ella—. Has aparecido justo después de que lo haya hecho esa cosa.

Räawn la miró de arriba abajo, pero Lottie no se dejó amedrentar. Levantó la barbilla ante la deidad, que arqueó una ceja.

—Perspicaz —contestó pícara la diosa—. No puedo quedarme mucho tiempo, por lo que os diré lo que debéis hacer. Lleváis razón en cuanto a no poder con ellos. Por lo que debéis encerrarles. A ambos. —Señaló con una de sus afiladas garras a las dos criaturas que levitaban en el cielo…

No. Había una tercera criatura, envuelta en sombras y una luz rojiza.

—Ovidia —murmuró llena de preocupación Charlotte.

—No vamos a encerrar a nuestra amiga —dijo Endora encarando aún más a la deidad.

—A ella no, ¡a los otros dos! —negando, cogió de los hombros a Endora—. Escúchame, Rewyra, dile al libro las siguientes palabras…

Räawn no tuvo tiempo a inclinarse hacia la bruja.

Un grito en el cielo las hizo mirar, y vieron cómo Harvey atacaba un escudo que había creado Ovidia, la cual parecía estar rompiendo el hechizo que el brujo había creado sobre los feéricos. Escucharon los gritos de los inmortales y un segundo después la mano de Harvey estaba en el aire, apuntando a…

La torre.

Fue como si algo tirara de sus tobillos, fuerte y con rabia. Charlotte se vio arrastrada por el suelo y gritando, y Endora se lanzó hacia ella.

—¡CHARLOTTE!

—¡ENDORA!

La bruja tiró el Grimorio del Origen, lo lanzó al suelo y corrió hacia Lottie, pero no pudo hacer nada. Como si de una muñeca de trapo se tratase, Lottie desapareció por el cielo, gritando aterrada. Endora, paralizada, observó cómo la mano de Harvey capturaba a Charlotte, que colgaba a cientos de metros sobre el nivel del mar, a merced del Brujo Blanco.

«Endora, no te había visto», dijo Harvey.

Llena de pánico, ella fue hacia el borde de la torre sin apartar sus ojos de Lottie, que gimoteaba en las manos de Harvey. Los ojos de la bruja se encontraron con los de la joven Clearheart a pesar de la distancia. Y la peor pesadilla de Endora se hizo realidad.

Harvey lanzó a Charlotte, como si no fuese más que un trozo de papel arrugado, a cientos de metros con tal brutalidad que la figura y el grito de la bruja se desvanecieron en el cielo.

Después, cayó al mar como un peso muerto.

Tambaleándose hacia atrás, su mundo dio un vuelco. Esa caída la habría matado. Era imposible que hubiese sobrevivido. El mar. Los monstruos que habitaban en él. Irían a por ella. Sería carnaza.

Girándose a Räawn, gritó mientras se apartaba del borde a toda velocidad:

—¡Dale el grimorio a Ovidia, la Bruja Negra! ¡Ella sabrá qué hacer!

Endora debía coger carrerilla para lo que estaba a punto de ejecutar. Endora invocó su magia cambiaformas y las sintió, majestuosas y gigantes, en su espalda. Moviéndolas para tantear el peso de estas y equilibrarlo con el de su cuerpo, Endora no lo pensó dos veces. Corrió hacia el

borde de la torre, saltó y cayó metros y metros cada vez más y más cerca al mar. Cerrando los ojos, reforzó su magia. No había límites. Debía recordar eso.

«Estas alas forman parte de ti. Úsalas», se dijo. Las rocas que había a los pies de la torre se acercaban cada vez más. Sentía que era una caída rápida, pero a la vez la más lenta de su vida.

«Quiero esto. Te quiero a ti», afirmó.

Las palabras de Charlotte Arabella Woodbreath resonaron en su cabeza recordando aquella noche en la que la volvió a recuperar.

«No la vuelvas a perder», se exigió.

Abrió los ojos y, soltando un grito de guerra, abrió las alas y comenzó a sobrevolar el agua, cuyas olas salpicaban su ya empapado atuendo. Volando. Estaba volando.

Pero no había tiempo para disfrutar de aquella pequeña victoria, que sería en vano si no la salvaba. Así que, aleteando con fuerza, se deslizó a una velocidad vertiginosa en dirección a Charlotte mientras, mucho más arriba, en los cielos, el caos reinaba.

Tenía que sacarle de allí.

A ambos.

Noam tiró del mestizo a medida que el ente, con una sonrisa espeluznante, se alejaba de allí hasta volverse invisible.

Y el vacío se abrió paso en sus pies.

Las escaleras desaparecieron y Noam atrajo a Nova a su pecho, usando su cuerpo como escudo mientras caían al mar, no muy lejos de la orilla.

Ambos nadaron hasta la superficie y sin pensarlo dos veces, se dirigieron hacia la costa, Cressida corriendo hacia ellos gritando el nombre de su sobrino.

Noam dejó que Cressida abrazase a Nova, el cual devolvió el abrazo a su tía con fuerza.

Caminando hacia atrás, miró hacia los cielos, donde Ovidia seguía encarando a Harvey.

La impotencia pudo con él, deseando luchar junto a ella.

Las voces de los feéricos llamaron su atención.

—Hermana —murmuró Cressida, la feérica de cabello azul mirando atónita las figuras de Harvey y de Ovidia—, necesito que me escuches…

Una sola palabra salió de los labios de la chica.

—Caenis…

—¡Aristylla! —Cressida cogió a su hermana por el rostro, obligándola a mirarla, tragándose su propio dolor—. Necesito que vayas junto a tu pueblo. Te necesitan. Eres su líder. Ve con ellos, por favor.

Los ojos color café de la feérica miraron los de su hermana, y por un momento Noam creyó que la feérica seguiría como hasta entonces. Pero algo despertó en ella y asintiendo, abrazó a Cressida y a Nova, y corrió hacia el bosque, perdiéndose entre la oscuridad.

Cressida se giró hacia ellos, respirando con dificultad.

—¿A dónde ha ido esa cosa? —quiso saber.

—Ha desaparecido de la nada —explicó Nova; su voz apenas un leve hilo.

Noam escuchó la conversación de fondo, pero no se encontraba realmente allí. Su mente divagó, intentando buscar alguna salida. Algún punto débil donde pudiesen adquirir cierta ventaja. No podían derrotar a Harvey. Esa cosa había matado a tres feéricos, Caenis entre ellos. No había rastro de Endora ni de Charlotte. La impotencia iba a acabar con él.

—Ey, bombón.

Abrió los ojos y, a tan solo unos centímetros de su cara, una mujer le sonreía con unos dientes afilados. Noam retrocedió, tropezó y cayó en la ahora también empapada arena.

—Sí, suelo causar ese impacto —ronroneó guiñándole un ojo.

El brujo la observó y pudo asegurar que jamás la había visto antes.

Piel azul. Cabello blanco…. Sí que la había visto, pero con decenas de ojos en su cara.

—Eres la Diosa del Otro —murmuró, y Räawn movió una mano como restándole importancia.

—Un placer conocerte en persona. Tu prima está algo ocupada y me ha dicho que se lo dé a tu brujita, pero veo que tampoco es que pueda prestarme mucha atención ahora mismo.

—¿Quién demonios…? —escuchó cómo Nova decía a sus espaldas.

Räawn le ignoró y, antes de desaparecer, musitó:

—No me equivoqué cuando te vi: tienes una gran responsabilidad, Noam Silas Clearheart. Por lo que, no olvides estas palabras que te ayudarán a llevar a cabo lo único que os podrá salvar esta vez.

Susurró dos palabras y escuchó cómo Cressida, a sus espaldas, cogía aire al reconocer su significado.

—¿Qué significa? —exigió saber el brujo a Räawn.

Pero la diosa se limitó a desaparecer; su silueta se difuminó entre la espesa lluvia.

Sintió el tirón en sus costillas, cogió aire, plegó las alas y cayó de cabeza al mar. El impacto del agua con su cuerpo la dejó aturdida durante un instante, pero notó su cuerpo.

La oscuridad se abrió paso a sus pies, se alarmó y nadó en la dirección que provocaba que el dolor de sus costillas aumentase más y más. Lanzó una bola de luz a las profundidades, pero no vio ni rastro del cuerpo de la joven.

No. No. No. No. No.

Varios relámpagos más iluminaron la noche y pudo oír la potente lluvia que caía en el mar, ahora a varios metros por encima de su cabeza. Y fue durante uno de esos relámpagos cuando, decenas de metros más al fondo, la vio. Hundiéndose poco a poco, inconsciente.

Dejando sus miedos a un lado, Endora buceó hasta las profundidades utilizando su magia como luz mientras se hundía más y más. La falta de aire empezaba a hacer mella en ella y sus pulmones pedían a gritos que volviese a la superficie. Sin embargo, solo saldría del agua con Charlotte en brazos.

Pataleó aún más fuerte con el peso de las alas en la espalda, pero no había tiempo de ocultarlas. Le quemaban los pulmones y su visión se empezó a tornar borrosa.

«Aguanta. Aguanta por ella», se dijo. Y mientras pensaba eso, el cuerpo de Lottie, en lugar de seguir hundiéndose, empezó a ascender.

No, más bien algo la estaba subiendo de la superficie.

Pero Endora no se paralizó por el miedo y se apresuró a ir allí. Cuando la tuvo delante, vio que tenía los ojos cerrados y la boca medio abierta. Endora tan solo se tomó una milésima de segundo para mirar a la criatura que había varios metros más allá.

Pudo distinguir una silueta humana que tenía en la cabeza algo parecido a unos tentáculos. La criatura desapareció a una velocidad sobrenatural y Endora, a toda prisa, con Charlotte entre sus manos, ascendió hacia la superficie, sin apenas oxígeno.

La ira abrazó su alma y la sed de venganza se implantó en su ser, y gritó a la vez que sus hiedras aumentaban de tamaño. Terror. Ovidia causaba puro y absoluto terror.

—Vamos, suelta todo lo que tengas que decirme. Te mueres de ganas —la alentó Harvey, y Ovidia miró hacia el mar con el corazón encogido por Charlotte.

«No, por favor, *Lottie*», se dijo.

Sumida en un océano de sensaciones, Ovidia solo pudo pensar en una solución para ganar tiempo y decidió llevar a cabo su improvisado plan.

Tal como sucedió unos días antes en el entrenamiento con Lottie, las figuras sombrías empezaron a aparecer a su alrededor formando un semicírculo perfecto.

Más de veinte sombras de diferentes tamaños componían ese ejercito improvisado, y Ovidia inclinó la cabeza hacia delante sonriendo vilmente.

—Yo no pretendía luchar contra ti, pero ya que insistes tanto… —comentó el Brujo Blanco—, dejaré que te diviertas antes de que te lleve conmigo.

Harvey movió los brazos hacia arriba y criaturas hechas de luz, un espejo de sus sombras, formaron otra milicia, lista para atacar. La Bruja Negra no perdió el tiempo. Moviendo su brazo izquierdo, dio la primera orden a las figuras que formaban fila en ese lado:

—Bajad a la isla y proteged a los feéricos.

Las sombras obedecieron inmediatamente. Ovidia miró a los ojos a una que tenía a su derecha y con voz dura dijo:

—Ve a buscarlas. *Ahora.*

La estrambótica figura no necesitó nombres ni lugar. Enseñando sus dientes en forma de asentimiento, desapareció a toda velocidad entre la lluvia en dirección al lugar donde Charlotte había caído al agua.

«Que esté bien, por favor», pensó.

Moviendo su muñeca derecha, invocó una espada hecha de sombras y de color carmesí, que ofreció a otra de sus creaciones.

—Baja a la playa y otórgasela a la chica de cabello rubio. Ella la necesitará.

La sombra cogió la espada de color rojizo y se dirigió hacia su destino sin esperar un segundo más.

Y junto con las figuras que quedaban a su lado, Ovidia invocó a sus esferas y, enseñando los dientes, dio la orden de ataque:

—Acabad con ellas.

Charlotte seguía inconsciente en sus brazos, y Endora luchó contra las grandes olas que la hundieron más de una vez mientras intentaba nadar hacia la costa. Algo dentro de ella le hacía saber que no había nada que hacer, el pulso de la chica que sostenía en sus brazos cada vez más débil. La apretó contra su pecho, lágrimas cayendo por su rostro mientras murmuraba plegarias a quien fuese. Usó su magia para ayudar a Charlotte a mantener el calor y, mientras su luz las iluminaba a las dos, algo alteró a la bruja.

Un grito espeluznante envolvió la noche, y Endora se giró a tiempo de ver cómo una criatura gigantesca las agarraba a las dos y las sacaba del mar. Apretando a Lottie contra su pecho, Endora respiró con dificultad, pero mantuvo la calma a medida que el mar se alejaba bajo sus pies y los relámpagos caían a su alrededor. Moviendo su rostro hacia arriba, examinó a la

criatura en un momento de pura estupefacción. Era gigantesca, de al menos tres metros de alto. Sus brazos, a pesar de estar envueltos de sombras, eran firmes y gruesos mientras las sujetaban.

Ovidia.

Por supuesto que había sido ella. Girando tan solo parte de su torso para evitar que Lottie cayese, Endora vio cómo la Bruja Negra había creado a otras decenas de sombras, a punto de enfrentarse a Harvey. Debían ayudarla, de la manera que fuese.

La figura las llevó hasta la orilla donde a pocos metros, su primo, que tenía el Grimorio del Origen en sus manos, corrió hacia ellas; Cressida y Nova tras él.

Cayeron sobre la arena y la figura se quedó tras ellos, lanzando un chillido a los cielos en un grito de rebelión sin igual. Pero Endora solo podía pensar en una cosa: salvar a Charlotte.

—Ha tragado mucha agua —musitó temblorosa mientras abría la camisa que llevaba Lottie, dejando parte de su pecho al descubierto—. A penas tiene pulso.

—¡Aparta! —le indicó Cressida, arrodillándose frente a Charlotte—. Yo me encargo.

La feérica fue rápida mientras apretaba sus dos manos contra el pecho de la bruja, que siguió inconsciente. Noam se puso tras Endora, apoyando sus manos en los hombros de la bruja, que gimoteaba junto al cuerpo de Lottie.

—Vamos, Sabraydh, vamos. Ya hemos perdido bastante hoy —musitó con voz quebrada, y se inclinó hacia los labios de la chica, tapó su nariz y le introdujo aire en los pulmones. Y de nuevo presionó sus manos entrelazadas sobre su pecho. El agua salió disparada y Lottie empezó a toser, haciendo que, hasta Nova, que había permanecido de pie, se arrodillase junto a la chica.

—¡Lottie! —gimoteó Endora, ayudándola a reincorporarse.

La bruja siguió tosiendo y Cressida le dio golpes en la espalda, lo que ayudó a eliminar todo posible resto de agua que pudiese quedar.

Charlotte parpadeó varias veces y miró a su alrededor, hasta encontrarse a Endora.

—¿Estoy muerta?

—Por encima de mi cadáver —respondió Endora, llorando de alegría mientras apartaba un empapado mechón del rostro de Charlotte. Esta rio y asintió con la cabeza.

—Eso es prueba suficiente de que, efectivamente, estoy viva —girándose a Cressida, musitó —: Gracias.

Esta asintió y ante los chillidos que les envolvieron, los cinco se giraron para ver cómo varias figuras de al menos quince metros de altura, les rodeaban en posición defensiva.

Una de ellas portaba algo en su mano: una espada rojiza.

—¿Cressida? —dijo la sombría criatura; la feérica se levantó y fue hacia ella—. Mi ama le otorga esto. Luche con ella.

La inmortal cerró sus dedos en el mango del estoque, y probando el peso de esta, asintió hacia la mística criatura. Una espada, hecha de la magia pura. Para defender a los suyos.

Un nudo se formó en la garganta de Cressida, pero, asintiendo, declaró:

—Gracias, haré buen uso de ella.

La sombría figura inclinó levemente su cabeza y, de un movimiento rápido, ascendió a los cielos para unirse junto a la Bruja Negra.

Cressida miró la espada, y respirando hondo, supo que esa era la única manera de vengar no solo a su pueblo, sino también a su hermano. Decidida, se giró hacia sus acompañantes, que la miraron interés y… Allí solo había cuatro…

—Espera, ¿dónde está Noam? —preguntó, alarmada.

Todos se giraron para ver que el chico y el grimorio habían desaparecido sin dejar rastro.

La paz duró poco para Endora que, alarmada, gritó el nombre de su primo.



15 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

El ejército de luz y oscuridad se presentó frente a la Bruja Negra y el Brujo Blanco. Ovidia pensó que aquel escenario era lo más parecido a lo que los humanos llamaban «apocalipsis» y, por primera vez, entendió el pavor que tenían ante tal circunstancia. Sabía que, tarde o temprano, tendría que llevar a cabo su plan, que ahora requería de más ayuda.

En ese momento, varias de las figuras de luz de Harvey fueron hacia la isla, donde Ovidia pudo ver cómo sus propias criaturas de sombra se preparaban para defender el lugar, enseñando sus afilados dientes y garras; sus ojos rojos brillando con fuerza.

Aún mirando en dicha dirección, captó cómo Cressida, posicionada entre las creaciones de la Bruja Negra, alzó la espada que ella misma había ordenado que le diesen, con una pose que evidenciaba que aquella no era la primera batalla a la que la feérica se enfrentaba. Y entonces las vio. Endora y Charlotte caminaban unos metros más allá junto a Nova. Pero ¿y Noam?

Aprovechando la distracción de la batalla que estaba teniendo lugar entre ella y su enemigo, Ovidia bajó a toda velocidad hacia la playa y aterrizó en la orilla, justo a los pies de los acantilados donde se encontraba la imponente torre.

Nada más verla, sus amigas corrieron hacia ella, seguidas del joven inmortal.

—¿Dónde está el Grimorio del Origen? —preguntó Endora, preocupada antes de dar a Ovidia la oportunidad de hablar—. ¡Le dije que te lo diese a ti!

Confusa, la Bruja Negra declaró:

—¡No sé de qué me hablas!

—¡Sabemos lo que hay que hacer! —intervino Charlotte, intentando mantener la calma—. Debemos encerrarlos a los dos.

—Su energía es demasiado poderosa. No vamos a poder derrotarle.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber Nova.

Endora no tuvo la oportunidad de contestar, pues los tres fueron arrastrados hacia los árboles, donde cuerdas de luz los ataron a un tronco. Todo sucedió tan rápido que Ovidia no tuvo tiempo de reaccionar, pues, mientras sus amigos eran arrastrados, sintió cómo algo rodeaba su cuello y se giró alarmada para enfrentarse a lo que la hubiese atrapado. Dos figuras de Harvey la sujetaron por ambos lados y la joven tuvo que cerrar los ojos un instante ante la intensidad de la luz.

—¡Traedla ante mí! Se acabó este absurdo juego.

Las garras de las criaturas se aferraron a sus brazos y sintió el dolor al instante. Gruñendo, pues no quería ofrecerle la satisfacción de sus gritos a su némesis, Ovidia se zafó de las figuras introduciendo sus hiedras en ellas, absorbiendo poco a poco su luz. Estas gritaron con fiereza, y dos de sus sombras se lanzaron a por las hiedras y lucharon a la vez que Ovidia aprovechaba para escapar. Respirando con dificultad, se preparó para encarar ella misma a Harvey, que ahora se encontraba levitando encima de la orilla frente a ellos. Antes de eso, algo captó la atención de la chica.

Por encima de Harvey, la figura que siempre acompañaba al Brujo Blanco volvió a emerger, lo que hizo que los sentidos de la Bruja Negra se pusieran en alerta. El monstruo salió de entre las hiedras de luz de Harvey y movió ligeramente la cabeza hacia la izquierda, percatándose de que ella estaba allí.

—Disculpa la espera. Ya estoy listo —declaró la misteriosa criatura, y el Brujo Blanco sonrió; sus ojos verdes brillando con fuerza.

—Estás a punto de presenciar algo maravilloso, Ovidia. Simplemente observa.

De un chasquido de dedos, todas las figuras de luz de Harvey desaparecieron. Todos los presentes estaban expectantes ante lo que estaba a punto de ocurrir. Harvey abrió los brazos como gesto de bienvenida. Tras él, el ente apoyó sus cadavéricas manos sobre los hombros del chico y, poco a poco, como si de un espíritu se tratase, se introdujo en el cuerpo del Sensible.

Ovidia observó, paralizada y horrorizada, como ambos cuerpos se fundían, y hasta sus hiedras retrocedieron temerosas. Algo le decía que lo que estaba ocurriendo era mucho más que peligroso, era mortífero.

Harvey había ofrecido su cuerpo a aquella criatura que ahora estaba dentro de él. Cuando volvió a abrir los ojos, uno de estos había perdido su tono verde y ahora era negro. Las primeras palabras que dijo Harvey ya no las pronunció con su propia voz.

—Llevaba tanto tiempo esperando esto… —La voz del ente llegó a Ovidia como un ronroneo, grave y mística—. Me siento bien al tener una forma física de verdad y no ser una simple ilusión.

—Me alegra que te sirva. —Volvió a mover sus labios, pero la voz era la de Harvey.

Dos seres en un mismo cuerpo. Dos conciencias en un solo ser.

—Y ahora, la siguiente serás tú, pequeña desagradecida —escupió el extraño ser, seguido de la risa de Harvey.

Entonces Ovidia supo que estaban acabados. Así que, desesperada, recurrió a la última carta que le quedaba en la manga.

Girándose hacia la playa, gritó a todo pulmón:

—¡Nova! ¡El frasco, *bébetelo*!

Ovidia vio cómo Endora y Charlotte se miraban. El mestizo se miró el pecho y, a pesar de que el frasco estaba atado a su cuello, consiguió deshacer el nudo con fuerza. Cuando lo tuvo en las

manos, se sintió confuso y aturdido.

—*¡BÉBETELO!*

Nova volvió a mirar a Ovidia y vio tal desesperación en su cara que no lo pensó dos veces. Abrió el frasco y, respirando hondo, se bebió todo su contenido de un solo trago.

Estaba en un… ¿bosque?

Claramente, no se encontraba en la isla feérica. Y eso puso en alerta todos sus sentidos. Giró sobre sí mismo, percatándose de que, efectivamente, estaba solo, el Grimorio del Origen entre sus manos. Una luz vestía los cielos, que, debido a la frondosidad del lugar, era difícil de divisar. Aun así, los rayos del sol llegaron a su rostro, cálidos en contraste a su empapado cuerpo. Sus botas hicieron crujir pequeñas ramas que había en el suelo, junto a arbustos y hojas que caían de los gigantescos árboles. No hacía frío ni calor, y tampoco corría viento. Había una tranquilidad que le dejó desconcertado. Pero su soledad duró poco tiempo.

—¿Noam?

La desconocida voz era algo lejana donde él se encontraba, pero no demasiado. Nervioso, se giró buscándola mientras su mente solo podía pensar en una cosa: volver junto a los demás.

—¡Estoy aquí! Sigue el sonido del río.

Esta segunda vez, pudo confirmar sus sospechas: era la de una mujer, dulce y amable, a diferencia del tono contra alto de Räawn.

Susceptible, el brujo encaró la dirección donde el sonido del agua se percibía todavía más. Paso tras paso, apretó con más fuerza el grimorio entre sus manos, extrañamente nervioso y con su corazón latiendo con fuerza en su pecho. Más ramas y hojas crujieron a su paso, y escuchó el tarareo de aquella voz más y más cerca; la canción totalmente desconocida para sus oídos.

Cuando los árboles le abrieron paso a un río que desaparecía a ambos lados del horizonte, la vio. Una mujer estaba sentada sobre unas rocas con los pies metidos en el caudaloso río. Ella se giró, y Noam se dio cuenta de que eran los dos únicos seres vivos que había en aquel lugar.

—Me alegra verte. ¿Quieres acompañarme? —Dio dos golpecitos sobre la roca en la que se encontraba sentada, lo suficientemente espaciosa para que cupiesen varias personas—. Hoy hay una calma que se ha de sentir hasta lo más profundo de tu ser. Veo que la Sabia lo salvaguardó bien.

Señaló el Grimorio del Origen, y Noam tuvo intención de esconderlo, algo que provocó que la misteriosa mujer riese, divertida.

—Entiendo la desconfianza. Pero… creo que tienes preguntas. Y la intención de salvar a tus amigos y a ella. —Aquellas palabras despertaron el interés de Noam y los ojos de la extraña lo vieron—. Puedo y voy a darte las respuestas que necesitas.

—¿Qué eres?

La chica se limitó a volver a dar varias palmaditas sobre la piedra. Noam miró rápidamente de nuevo a su alrededor, comprobando que, en efecto, no había nadie más. Entonces caminó hacia ella y se sentó junto a la mujer, pero dejando cierto espacio entre ellos.

Una sonrisa complaciente se había dibujado en el rostro de ella desde que le había visto y parecía no abandonarla. Un ojo negro y otro blanco, como su cabello; una melena lisa y perfecta que caía por su espalda hasta casi sus caderas. Vestía una túnica azul muy sencilla, adornada con un cinturón plateado. Parecía no llevar nada más con ella.

—Espero que no te perturbe mi apariencia. Hace mucho tiempo que no me presento en forma

física.

Aquello aumentó más sus sospechas y preguntas, pero se limitó a negar con la cabeza, ofreciendo un intento de mueca.

—¿Eres una diosa? ¿Cómo Räawn, del Otro?

—Las noticias corren en el lugar del que provengo, y veo que son ciertas. Räawn es de las que mejor me cae, si te soy honesta. Pero, para responder a tu pregunta, dependerá a quién preguntes. Veo que las dudas te reconcomen, y no quiero retenerte por mucho tiempo; así que, Noam Silas Clearheart, pregunta aquello que necesitas.

—¿Dónde estamos?

—En un bosque precioso, ¿no lo ves?

—No, quiero saber su nombre.

—¿Saber ese nombre servirá para salvar a los tuyos?

Noam dudó un poco, advirtiendo de que, en realidad, la mujer llevaba razón.

—¿Cómo te llamas?

La extraña negó con la cabeza.

—Tampoco es necesario, Noam. Haz las preguntas correctas.

—¿Qué hago aquí?

—Ahí has acertado.

La mujer se giró hacia él para encararle mejor, su cabello cayendo en cascada por su hombro.

—Te he traído porque tengo un regalo para ti.

—No creo que sea el momento…

—Chisss —le mandó callar con un gesto dulce—. Deja que te enseñe algo.

Sus delicadas manos, llenas de anillos y cuyas uñas eran afiladas y negras, empezaron a moverse en delicados y serpenteantes movimientos hasta que una esfera negra y blanca se formó entre ellas.

Noam la reconoció al instante.

—Energía pura. —Sus ojos fueron de la esfera hacia el rostro de la mujer, que, para su sorpresa, tenía los ojos fijos en él, esperando pacientemente a que encajase por sí mismo las piezas del puzle—. Es imposible. Esas energías solo las portan él y Ovi.

—Es fascinante ver cómo tus sentimientos de odio por ese chico y de profundo amor y admiración por Ovidia se entremezclan en tu interior. Esperaba que, cuando la pequeña Dorothea te habló de la pureza de tu aura, te diese algún tipo de pista, pero veo que no ha sido así.

Noam frunció el ceño. Entonces las piezas encajaron y su corazón dio un vuelco. Se apartó ligeramente de ella, como si no creyese de verdad a quien tenía frente a él.

—Por lo más sagrado. —Hizo una pausa y recuperó la compostura—. Eres tú.

Cómica, la mujer se señaló.

—¿Soy yo?

—La energía. Nuestra magia. Eres tú. ¿Cómo?…

—Es cierto que Räawn te ha dicho que hay un hechizo en el Grimorio del Origen que debéis usar para encerrar a Harvey, ¿me equivoco?

Noam no se tomó aquello como una táctica de distracción, sino, más bien, como una forma de ir directos al punto exacto.

—Así es.

—Ese ente que acompaña a Harvey no debería estar ahí —dijo estas palabras con dureza—. Es evidente que está usándole para un propósito que desconozco, pero que será mejor que paréis a

tiempo.

—¿Podemos acabar con Harvey?

La mujer negó con la cabeza.

—Y Ovidia no podrá enfrentarse sola a Harvey. Debéis hacerlo juntos. Los cinco.

Noam estuvo a punto de corregirla diciéndole que tan solo eran cuatro, pero en su lugar, preguntó algo más importante:

—¿No podrías quitarle su magia? Es decir, parte de tu propio poder.

—Cuando la energía pura pasa tanto tiempo en el cuerpo de un ser físico, adopta la naturaleza de este. La magia pura de Harvey está corrompida, y sería un fallo enorme por mi parte dejarla suelta. Por lo que… —Cogió sus manos y esta vez tan solo una luz blanca descansaba entre ellos —. Escucha atentamente mis palabras: tengo un regalo para ti, Noam Clearheart.

—Sea lo que sea que me vayas a ofrecer, no creo que un asesino como yo merezca nada.

La mujer le sonrió, entendiendo sus palabras. La noche que mató al intruso que Harvey trajo consigo en la mansión Clearheart. Pero Noam vio cómo había determinación, fuerza y, sobre todo, confianza en aquellos peculiares ojos.

—Yo no te veo como un asesino. No todo se puede definir con palabras tan simples. Por lo que, voy a darte este regalo. Espero que, cuando vuelvas junto a ellos, *lo uses bien*.

En sombras. Su cuerpo estaba en vuelto en sombras.

El chico se miró y vio cómo las hiedras que portaba Ovidia ahora se habían manifestado en él y le acariciaban de forma delicada a la vez que sus ojos se tornaban ligeramente granates, un tono rojizo algo más oscuro que el carmesí de Ovidia.

—¿Qué… acaba… de pasar? —consiguió articular encontrando su voz.

Desde las orilla, la Bruja Negra se giró hacia Harvey, que parecía estar teniendo leves espasmos debido a lo que acababa de ocurrir. Era el momento. Ovidia se acercó a ellos; sus hiedras fueron a por las ataduras y las fundieron cuando la oscuridad absorbió la luz de nuevo. Los tres cayeron con dificultad en la arena, y Endora corrió hacia Charlotte para ayudarla. Nova lo hizo despacio mientras se iba observando.

Ovidia vio que se encontraba estupefacto y se movía a la vez que las hiedras se enroscaban en sus brazos y sus manos.

—Ha funcionado —murmuró Ovidia, sonriendo victoriosa.

—¿Cómo que ha funcionado? —replicó él yendo hacia ella—. ¿Y si llego a morir?

—Eso no ha pasado, por lo que no pensemos en posibles consecuencias —respondió la Bruja Negra restándole importancia a lo que había sucedido. Aunque, si hubiera ocurrido algo, jamás se lo habría perdonado.

—¡Ovidia! —exclamó, temblando—. ¡Acabas de darme parte de tu poder!

—Has invocado tu poder, que es distinto. Siempre ha estado ahí. Me niego a creer lo contrario.

Los gritos de las criaturas que se enfrentaban entre sí en los cielos les distrajeron de su conversación, señal suficiente para que Ovidia llevase a cabo su plan. Si es que se podía llamar «plan» a improvisar.

Cressida, espada en mano, corría hacia ellos y se detuvo frente a Nova, tan estupefacta como él.

—¿Qué ha pasado? —Tocó a su sobrino para asegurarse de que se encontraba bien, y las hiedras también la acariciaron a ella.

—¡No tenemos mucho tiempo! Ahora —declaró Ovidia, captando la atención de todos. Al fin, se atrevió a preguntar y el corazón le dio un vuelco ante la respuesta que iba a recibir—. ¿Dónde está Noam?

—Ha desaparecido —contestó Endora con dureza.

Las hiedras de Ovidia se detuvieron de repente y se quedaron tan quietas como ella.

—Se ha esfumado sin más —afirmó Charlotte—. Nos hemos dado la vuelta un momento y después… él y el grimorio no estaban.

«No entres en pánico. Céntrate», se dijo, y, mirando a los cuatro, declaró:

—Cressida, ve junto a Aristylla y defiende a los tuyos.

—No me iré sin él —dijo señalando a su sobrino.

—Siento tener que decirte que a él le necesito aquí también.

La feérica había vivido muchos momentos como este y sabía que cada segundo, cada milésima de segundo contaban para salvar vidas, para ganar ventaja. Maldiciendo en su idioma materno, asintió y corrió hacia su sobrino, al que abrazó con fuerza contra su pecho, a pesar de que le sacaba casi una cabeza.

—Te quiero —murmuró. Nova le apretó aún más fuerte y respondió en su idioma, por lo que Ovidia no pudo entender lo que decía.

Finalmente, Cressida se giró hacia la Bruja Negra, asintiendo y dejándole saber que estaba lista. Ovidia miró a sus sombras y, haciendo un simple gesto con la cabeza, estas obedecieron. Una de ellas agarró con cuidado a Cressida que, sorprendida, se sujetó fuertemente al tangible brazo de la criatura. Ellas y media docena más de sombras se internaron en el bosque rumbo a la fortaleza del castillo.

—Sé que tu tía me va a odiar por esto —declaró Ovidia, mirando a Nova, que seguía anonadado mirando sus propias sombras—, pero será lo mejor para ellos.

Arrodillándose en la húmeda playa, la joven bruja puso las manos sobre la arena y empezó a crear un escudo que se extendió por toda la isla, pero dejó su parte de la playa libre de este para poder llevar a cabo su plan.

—Charlotte, Endora, ayudadme.

—Está herida —intervino esta última, preocupada.

—Estoy bien —contestó con dureza la bruja de cabello castaño—. No me voy a quedar aquí, de brazos cruzados, mientras vosotros nos defendéis. Vamos.

Ambas fueron junto a su amiga y con sus magias incrementaron el escudo, que fue creciendo en forma de esfera rápidamente. Al cabo de pocos segundos, cubría toda la isla, que estaba ya a salvo de los ataques de Harvey.

Las tres se levantaron respirando con dificultad y apoyándose las unas en las otras.

—Eso servirá. Ahora necesito que me ayudéis a ganar tiempo con ese malnacido.

Endora se giró para mirar a Charlotte, convicción en los ojos azules de la chica.

—Podemos con esto, *sassenach*. El inicio de tu venganza.

La Desertora dio un silbido sonoro mientras arqueaba una ceja.

—Sabes cómo convencerme, florecilla.

Ambas se posicionaron en la playa, separadas por varios metros.

Los cuatros se encararon contra Harvey, que, ante la imagen, arqueó una ceja.

—Veo que habéis cambiado de miembro masculino. ¿Qué ocurre? ¿El joven Clearheart ha salido despavorido? Creía más valiente a tu primo, Endora.

—Voy a disfrutar de esto —escupió esta contra él.

—¿Sabes una cosa? —respondió Harvey—. Yo también.

La risa que salió de él no fue suya, sino del intruso que había en su cuerpo, y sonó mucho más grave y antigua. El ejército de Harvey se puso más violento y, absorbiendo las sombrías figuras, Ovidia vio cómo sus propias creaciones desaparecían y tan solo quedaban los entes de luz, que ya estaban listos para atacarles.

—¡Ayudadnos con el escudo! ¡Vamos!

Endora y Charlotte fueron junto a los Brujos Negros y elevando sus manos, mezclaron sus energías para fortalecer la barrera protectora. Las figuras atacaron una y otra vez, sin detenerse un solo instante, haciendo temblar el escudo en algunas ocasiones. Nova, a la izquierda de Ovidia, gimió por el esfuerzo, lo que hizo que ella duplicase su propia magia. No aguantarían mucho más. Y para entonces, ya se le habrían acabado las ideas.

El grito de una de las criaturas la sacó de sus pensamientos y gritó con rabia contra esta, soltando toda su ira y sed de venganza, pero no durante mucho tiempo. De repente, todas se detuvieron a la par, con sus garras a medio camino del próximo ataque. Alerta, los cuatro posaron sus ojos en Harvey, intentando analizar cuál sería el siguiente movimiento del chico.

Para su sorpresa vieron que el Brujo Blanco miraba preocupado algo que había por encima de sus cabezas. Ovidia y los demás siguieron su mirada, obligados a girar sobre sí mismos, y vieron al causante de la repentina preocupación de su enemigo: Noam Silas Clearheart.

El Grimorio del Origen flotaba en su mano y estaba rodeado de la misma luz blanca que Harvey. La energía pura blanca.

—No puede ser —murmuró Nova a su lado.

Noam giró su muñeca y todos escucharon como las figuras, que hasta hacía unos momentos estaban decididas a atacarles, gimoteaban mientras se giraban hacia su nuevo objetivo, hacia Harvey. Noam tan solo dijo una palabra, una que puso los pelos de punta a Ovidia en el mejor de los sentidos.

—*Atacad.*



15 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

Sus ojos la estaban traicionando, pero su magia le decía lo contrario y le confirmaba lo que su cabeza parecía decirle una y otra vez: no es posible, es una ilusión; concéntrate, vuelve a la batalla. Mas no podía apartar su vista de la gloriosa imagen que Noam era en ese preciso instante. Se sintió atraída hacia él como una polilla a la luz, e inconscientemente, se había ido acercando a él. Aquello resultaba irónico. Aun así, ver a Noam rodeado de esa luz que hasta hacía un momento su mente había clasificado como enemiga, fue confuso, desconcertante, pero, a la vez, esperanzador.

Tres energías puras contra una. Tal vez…

«Ya estoy aquí, mi amor», le lanzó el mensaje a su mente cuando aterrizó con gracia en la orilla y estuvo frente a ella. Ovidia soltó una pequeña risa, incrédula.

—Sé que te mueres de ganas por preguntármelo —dijo él nada más verla—, pero no podemos perder tiempo.

Deseaba contradecirle, deseaba respuestas aquí y ahora. Pero dejando a un lado sus deseos egoístas, la Bruja Negra asintió y decidida preguntó:

—¿Acabas de controlar a las sombras de luz de Harvey?

—Sí —afirmó este.

—¿Y has hecho que le ataquen?

—Y me ha provocado gran satisfacción.

Besarle. Quería besarle y abrazarle y decirle lo mucho que le admiraba y le quería y lo orgullosa que estaba de él.

Pero controló sus impulsos.

—¿Qué hacemos? —Charlotte intervino en la conversación.

Rompiendo el contacto visual con Ovidia, Noam se dirigió hacia el resto del grupo.

—Encerrarle.

—¿Encerrarle? —cuestionó Nova.

—Räawn se me presentó cuando Endora fue a rescatar a Charlotte. Me dijo el conjuro que quería compartirte. Lottie, te encargo el grimorio —declaró este mirándola a los ojos y entregándoselo—. Guíanos.

No había tiempo para plantearse las cosas. Asintiendo, lo sostuvo en las manos y examinó el conjuro.

—Ovidia y Nova, a mi izquierda. Endora y Noam, a mi derecha. Me quedaré en el centro para que podáis oírme bien.

Todos asintieron y se esparcieron por la playa,

—¡Ovidia, Noam! —Estos se giraron a mirarla, ya en sus posiciones—. Encargaos de esto desde arriba. Nova, Endora y yo nos mantendremos en tierra. Creará un mejor flanqueo.

Rápidamente, ambos obedecieron y levitaron por el aire, activando sus poderes y creando un balance perfecto entre luz y oscuridad.

Y entonces empezó.

—¡Hemos de aturdirle y en ese momento iniciaremos el conjuro! —indicó Ovidia; sus hiedras casi del todo rojizas—. ¡A mi señal!

El grupo se puso alerta, esperando órdenes de la Bruja Negra mientras esta observaba cómo Harvey seguía luchando contra la invasión a su cuerpo, lanzando ataques que el muro que había alrededor de la isla conseguía detener.

Harvey detuvo sus movimientos y la miró a los ojos, listo para atacar.

—¡Ahora! —dio la orden.

A la vez, los cinco lanzaron el mejor ataque que pudieron, y una mezcla de energía se formó frente a ellos, que les hizo temblar ante la tal acumulación de fuerza. Gruñendo entre dientes, Ovidia siguió con sus taques al igual que el resto de ellos. Aun así, no se amedrentaron. A su alrededor, la incesante tormenta era un testigo más de toda aquella macabra escena.

Los intentos de Harvey por contraatacar eran inútiles y este se detuvo repentinamente. La señal que necesitaron para empezar de verdad.

—¡Charlotte! —le gritó Ovidia, mirándola.

Desde la arena, la bruja levantó la vista y asintió.

Y todos se pusieron en movimiento.

—¡Apartaos!

Los cinco quedaron frente al enemigo, paralelos a la torre del templo de los feéricos, levitando sobre el crispado mar.

Todavía algo aturdido por el golpe, el grupo aprovechó la pequeña ventaja, y Charlotte chilló por encima de la lluvia:

—¡Empecemos ya!

Activaron más aún su magia; las energías vibrando cada vez con más y más potencia.

—Abrid las palmas de las manos hacia arriba y repetid: *Yrea valia abanhadu jomhea!*

—*Yrea valia abanhadu jomhea!*

«Mi poder está conmigo».

—*Rywse pfona llaqalia.*

—*Rywse pfona llaqalia.*

«Yo decreto que así sea».

—*Hme swella frale* —exclamó Charlotte sin perder el ritmo.

—*Hme swella frale* —repitieron los demás.

«Reunidos estamos hoy».

—*Ineo harun kjie!*

«Cúmplase nuestro cometido».

Una vez más, reiteraron las palabras de la bruja, cuyo resultado se empezó a apreciar. Algo empezó a formarse por encima de sus manos mientras le energía que habían contenido se veía rodeada por báculos. Cinco báculos de diferentes tamaños y formas, cada uno representando la naturaleza de sus creadores, con una esfera que contenía una parte de su poder. Los cogieron entre sus manos, fascinados por la delicadeza, pero a la vez la fuerza y vibración que emanaban al contacto con su piel, subiendo como una chispa hasta llegar al núcleo de su magia.

Los gritos de Harvey y del ente se entremezclaron mientras el desconocido ser le ordenaba que hiciese algo, que luchase. La tierra tembló como si un pequeño terremoto se hubiese desatado, y sorprendidos miraron hacia el mar, que parecía empezar a burbujear…

—¡Que no os distraiga! —aulló Charlotte, llamando su atención—. ¡Manteneos firmes!

—¡Ya casi lo tenemos! —se le unió Endora, y su magia púrpura se reflejó en su piel—. ¡Vamos!

En ese instante, cinco columnas gigantescas empezaron a emerger del agua, creando un círculo perfecto, ascendiendo y ascendiendo en todo momento. Ovidia se encontraba demasiado atónita como para hablar, por lo que su primo lejano lo hizo por ella.

—¿Esto se supone que ha de pasar? —exclamó Nova, observando cómo la que tenía frente a él ascendía y ascendía.

—¡Sí! —gritó Noam, sonriendo—. ¡Está funcionando!

—¡Los báculos! ¡Concentrad vuestro poder en ellos!

Transmitieron todas sus energías a los báculos, Ovidia concentrando todo su poder en este. Fue cuando las inmensas e intimidantes columnas de piedra dejaron de ascender, cuando sobre la superficie de estas, y de un tamaño gigantesco, apareció lo que parecía ser una runa.

Ovidia fue la siguiente en exclamar:

—¿Ahora qué, Lottie?

—¡Dibujadlas con los báculos mientras recitáis estas palabras!

La magia de Harvey luchó contra el poderoso conjuro e hizo que la magia que salía de sus báculos temblase ligeramente.

—¡Es cuestión de un leve fallo que contraataque! —advirtió Noam; su mirada fija en el enemigo—. ¡Dinos, Charlotte!

—*Palatthëa bruic grek ohmä!* —ella recitó las palabras lentamente para que todos las pronunciasen correctamente.

«Abrimos las puertas de nuevo».

Mientras lo hacían, cada uno dibujó el símbolo que había aparecido en las rocas emergentes y este, a gran velocidad, levitó hacia la roca, adentrándose en esta y haciendo iluminar el símbolo que había tallado sobre el duro material. Instantes después, el efecto fue inmediato.

Las cinco inmensas estructuras empezaron a brillar con una luz dorada oscura a la par, y el grupo sintió cómo sus cetros temblaban con fuerza y en sus cuerpos cobraban vida venas del color de sus poderes. Esa misma luz salió de las rocas y envolvió a Harvey en una esfera perfecta. Este utilizó su poder para atacar y fue cuando Ovidia lo vio: el ente intentaba salir de él,

desesperado por huir, por salvarse.

—¡Déjame salir!, ¡no puedo volver!

—¡Jamás saliste de allí, estúpido! —escupió la voz de Harvey, que parecía un loco hablando consigo mismo.

La esfera siguió envolviéndolo, cada vez más firme y opaca a medida que le encerraba. Hasta que moldeó el cuerpo del Brujo Blanco, que se convirtió en una estatua congelada en el tiempo.

Los báculos dejaron de temblar.

Todos se tambalearon, expectantes por lo que estaba a punto de ocurrir.

La lluvia cesó de repente, y la tensa escena se eternizó.

En un momento dado, Charlotte compartió las últimas palabras del conjuro, que todos repitieron a la par tras ella:

—*Imio nadue. Imio serue.*

«El tiempo acaba. El tiempo comienza».

Tras estas palabras, todos sintieron cómo algo tiraba de sus pechos, hasta que pudieron observar de qué se trataba. Semillas de luz, diminutas pero intensas. Cada una de ellas levitó lentamente hacia la estatua de Harvey y giraron alrededor de esta cada vez a más y más velocidad hasta convertirse en un hilo de luz pura.

—*Armue shura* —susurró Charlotte.

—*Armue shura* —repitieron los demás.

«Hecho está».

El cilindro de luz se cerró sobre sí mismo y la estatua de Harvey se disolvió en un fogonazo dorado, tenue pero poderoso.

Varios segundos pasaron.

Veinte.

Treinta.

Un minuto.

Endora fue la primera en moverse, caminando con precaución y acercándose poco a poco hasta el lugar donde había ocurrido todo. Todos la siguieron, con sus ojos todavía fijos en lo que acababan de ver, en lo que acababan de crear. Las cinco inmensas columnas de rocas estaban dispuestas en un círculo y rodeaban esa gran esfera de luz áurea.

—Lo hemos hecho —murmuró Endora sin poder creérselo.

Giró sobre sí misma y sus ojos grises se posaron en cada uno de ellos, que respiraban con dificultad sujetando sus báculos y todavía rodeados por sus propias energías. Entonces bajaron la guardia tan solo un instante, incapaces de prever lo que iba a ocurrir después.

Sin previo aviso, la esfera tembló, y todos pudieron escuchar, por última vez, el grito de rabia de Harvey. La onda expansiva se desató, les golpeó con fuerza y les lanzó hacia la costa de la isla, donde cayeron rodando varios metros sobre la húmeda arena.

Después, todos fueron engullidos por la oscuridad.



15 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

Cuando volvió a abrir los ojos, la tormenta había cesado.

Lo primero que sintió fue el intenso dolor corporal, que le hizo gemir y rodar sobre la empapada arena, haciéndose un ovillo durante unos instantes.

Nova respiró hondo, escuchando el sonido del mar y el viento sobre él. La luz del sol golpeaba su cuerpo hasta empezar a otorgarle calor, pero con la ropa empapada aquello tan solo sería mucho peor.

Aunque, ¿qué era un resfriado en comparación con lo que acababa de ocurrir?

Reuniendo fuerzas, se levantó despacio y, con la visión todavía algo nublada, miró a su alrededor.

Justo enfrente de él, a lo lejos, las cinco imponentes rocas que acababan en forma puntiaguda ascendían tan altas como la torre que simbolizaba su templo sagrado.

Y en el centro de estas, una luz de un tono morado muy oscuro y en forma de un rombo con puntas algo más curvadas giraba sobre sí misma, de manera lenta, sin parar.

Dio varios pasos, observando la extraña, intimidante, pero a la vez fascinante estructura que ascendía desde el fondo del mar hasta casi las nubes, cuando tropezó con algo.

Alterado, se apartó, examinando qué era exactamente lo que había pisado. Despacio apartó la arena que lo cubría.

Su báculo, negro, con una esfera granate que decoraba la parte superior del bastón, rodeada por una mano afilada que salía del tronco principal de la estructura.

Con cuidado, lo levantó y siento la vibración que salía de este y cómo, ante el contacto con su piel, pareció cobrar aún más vida.

Llegó a él como un golpe que le dejó tambaleando. Lo habían hecho, habían encerrado a un dios. Y con este, a Harvey. Destinados a convivir en la misma conciencia por toda la eternidad.

La adrenalina llegó con la rapidez de un tornado, y girando sobre sí mismo buscó con la mirada a los demás. Todos yacían varias decenas de metros más allá, esparcidos aleatoriamente.

Nova corrió hacia el cuerpo más cercano. De camino, advirtió que el Grimorio del Origen yacía en el suelo, pero el joven lo ignoró por completo. Corrió hacia ella.

Ovidia.

Se arrodilló frente a ella, la giró con sus ojos cerrados y la zarandeó.

—¡Ovidia! ¡Ovidia despierta, lo hemos hecho!

No hubo respuesta.

Nova llevó su oído a la boca entreabierta de la chica, para encontrarse que…

No soltaba aire alguno.

Cogiéndola del rostro, levantó sus párpados en un intento desesperado de encontrar signos de…

No, no podía ser.

Inundado por el terror, intentó buscar ayuda a su alrededor, pero no había rastro de nadie más.

La playa estaba desierta.

Temblando, vio cómo el cuerpo más cercano al de Ovidia era el de Noam, y corriendo hacia él, se inclinó para escuchar su corazón.

Nada.

Hiperventilando, Nova se levantó y corrió hacia el siguiente cuerpo. El de Endora.

Sus ojos miraban al infinito y despacio, Nova puso dos dedos en su cuello.

No sintió nada.

Lo mismo hizo con el de Charlotte, cuyo silencio fue toda la respuesta que recibió.

Se apartó de esta, y poco a poco, se alejó de ellos hasta que sus pies fueron acariciados por las gélidas olas del mar.

Uno a uno, posó su mirada en Charlotte, Endora, Noam y finalmente Ovidia.

Y la realidad hizo que cayese de rodillas, soltando el báculo por el camino y llevándose las manos al pecho.

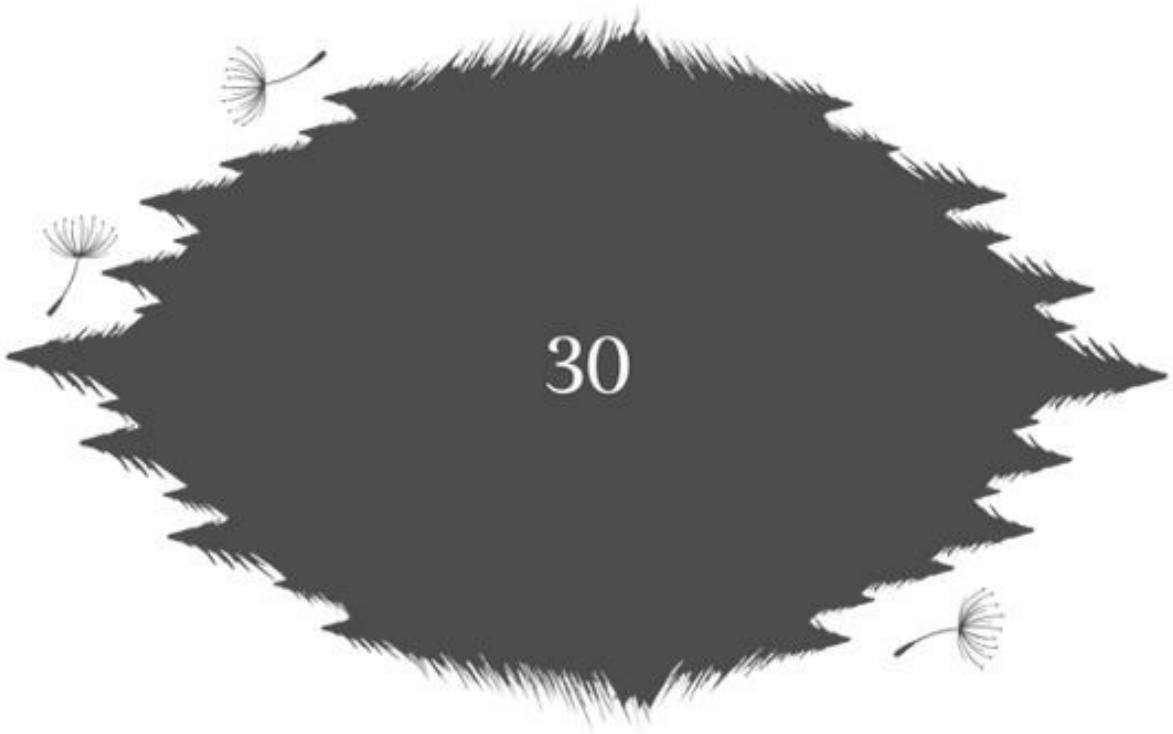
Muertos.

Los cuatro estaban muertos.



CUARTA PARTE

Centinelas



17 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

El velatorio tendría lugar al crepúsculo del día siguiente. Un velatorio donde despedirían exactamente a siete personas; entre ellas, a su padre.

La sala del trono había sido dispuesta como lugar de despedida. Los cuatro cuerpos se hallaban en féretros de cristal que formaban una equis, cuyo centro coincidía con la cabecera de los ataúdes.

Decenas de feéricos habían pasado por allí durante las poco más de veinticuatro horas que los cuerpos habían sido expuestos para otorgarles la última despedida. Al día siguiente sería el funeral y después irían al continente a comunicar las terribles noticias a los familiares de los primos Clearheart, Charlotte y Ovidia.

Entre los visitantes, Nova había sido testigo de cómo la doncella de Charlotte, Rine, había ido corriendo, sumida en un profundo llanto, hacia el cuerpo de la joven mortal, seguida por su hermano y compañero, este último con lágrimas en su rostro. Por su parte, Elrich era la representación de la pena total.

Durante la despedida de los mortales, sus guardias reales se habían acercado a él, se habían inclinado y, musitando en su idioma feérico, le habían dado un pésame que hizo que el agujero que había en el corazón de Nova se hiciese aún más profundo. Y le daba miedo cómo todo eso le afectaría en un futuro, pues no había llorado desde hacía dos días, ni había sentido la necesidad de hacerlo.

El atardecer se reflejó en las paredes de mármol de la grandiosa estancia. La luz anaranjada se alzaba como un símbolo de vida en contraste con la oscura tormenta que les golpeó durante la ardua batalla con Harvey y el todavía misterioso ser que le poseyó, del que ya descubriría su

origen y cuáles eran sus intenciones.

Resultaba irónico que en lo primero que pensase el mestizo fuese en la vida que transmitía los colores del crepúsculo, a pesar de que esta se reflejase en la propia muerte. Nova observó una vez más el cadáver de Ovidia; sus ojos cerrados, su melena castaña cuidada y peinada cayendo en ondas sobre su cuerpo, vestida con un simple y delicado camisón blanco.

Pero, sin duda, lo más impactante para Nova fue la ausencia de las sombras que siempre la habían acompañado. Sombras que, irónicamente, ahora le acompañaban a él. El chico escuchó el repiqueteo de alguien que se acercaba a él y el aroma de la feérica fue identificación suficiente.

—Nova —murmuró Cressida. Vestía unos ropajes neutros de color y llevaba una trenza gruesa y algo deshecha que caía sobre su hombro derecho—, será mejor que descanses, mañana…

—Sé perfectamente lo que va a pasar mañana.

La feérica apretó los labios, asintiendo.

—No creo que sea bueno que pases más tiempo aquí. No has salido de esta sala desde…

—¿Desde que ellos cuatro se sacrificaron para salvarnos?

—No lo pagues conmigo —le advirtió, manteniendo la calma—. Tú has perdido a un padre y yo a un hermano. Y ojalá pudiera quitarte ese dolor, pero no puedo. Así que permíteme que yo también cargue y sufra mi luto.

Nova inspiró hondo y sintió esas palabras como una puñalada. No, lo último que quería era enfadarse con los pocos que amaba y que seguían con vida.

—Lo siento, tía Cressida. —Esta asintió, restándole importancia—. No… no debería haberte contestado así. Es que es todo…

Sobrino y tía se abrazaron, y Nova escuchó cómo Cressida sollozaba ligeramente, sorbiendo las lágrimas al instante.

—Tía Ari y yo vamos a estar en nuestros aposentos por si nos necesitas.

Al apartarse, el joven se encontró con esos ojos dorados de córneas rojas. No lo admitiría, pero él sabía que había estado llorando cuando nadie la podía ver. Cressida lanzó una mirada rápida a los cuatro cuerpos sin vida, sobre todo al de Endora y, negando con la cabeza, se marchó a toda prisa por el mismo camino por el que había venido.

Y aunque Nova en el fondo quería quedarse y custodiar los cuatro cuerpos durante toda la noche, tía Cressida tenía razón, debía descansar. Lanzando un beso al aire a los cuatro, Nova soltó un suspiro que sustituyó a las lágrimas y con paso firme pero pesado abandonó la sala del trono sin mirar atrás.

Los gritos vinieron pasada la medianoche. Abatido por el cansancio, Nova había caído dormido contra el marco de uno de los muchos ventanales de su habitación y, por un momento, creyó estar soñando. Pero cuando los volvió a oír, y también pasos a la carrera, supo que estaba más que despierto.

«No, otra vez no», pensó.

Alarmado, Nova salió de sus aposentos hacia el pasillo, corriendo a toda prisa en dirección a las habitaciones de sus tías, que estaban a tan solo unos metros más allá de la suya.

Varios guardias se encontraban en la puerta y las llamaban.

—¿Qué ocurre? —demandó saber Nova.

Ante su presencia y la de las sombras que le rodeaban, los feéricos retrocedieron inconscientemente y dijeron:

—Debemos informar primero a la líder, lady…

—¡Yo también soy ahora vuestro líder! ¡Y exijo saber…!

Las puertas de los aposentos de Cressida se abrieron; Aristylla estaba justo detrás de su hermana.

—¿Qué está sucediendo?

—Deben ver esto con sus propios ojos —declaró el guardia—. Síganme.

Nova miró a su tía y esta le hizo un gesto para que los acompañasen. Aristylla, tras ella, se aferró al brazo de su sobrino y este le cogió la mano mientras el grupo se dirigía a lo que parecía ser…

Imposible.

El imponente pasillo que llevaba a aquella sala estaba abarrotado del servicio de palacio, y varios guardias detenían el paso de los curiosos al tiempo que hacían sitio a sus líderes.

Al cruzar el umbral de la enorme estancia, los tres se detuvieron en seco ante la escena que se presentó ante ellos.

—Llame a los curanderos —ordenó Cressida; su mirada estaba fija en el centro de la sala y se encontraba estupefacta—. Y traigan agua y comida inmediatamente.

Nova dio varios pasos más al frente, y Aristylla se soltó de su brazo para acercarse junto a él, al causante de tanto barullo.

Los cuatro Sensibles se hallaban de pie y los féretros estaban abiertos de par en par.

Una hilera de guardias rodeaba los ataúdes con sus armas preparadas para atacar. Entonces Nova se abrió paso y exclamó:

—¡Bajad las armas! ¿Qué demonios estáis haciendo?

Los feéricos obedecieron, pero no apartaron los ojos de los cuatro jóvenes, que estaban cansados, aturdidos y desorientados.

Nova dio un paso hacia delante y escuchó a Ovidia murmurar:

—¿Qué ha pasado?

Nova entonces vio las hiedras rodeando a Ovidia y estas también hacían lo mismo con él.

Todos sujetando los objetos con los cuales se les había enterrado, las llaves de la puerta.

Vivos. *Vivos.* Nova no pudo evitarlo y rompió la distancia con la Bruja Negra. Con precaución la abrazó, atrayéndola hacia su pecho al sentir su calor y su energía.

—Estáis vivos.

Todo lo que ocurrió después sucedió demasiado deprisa.

A sus espaldas, Cressida cayó desmayada y los siguientes minutos fueron un sin parar de carreras y mucha mucha confusión.

Los cuatro fueron acomodados en uno de los salones más pequeños, que tenía la chimenea encendida a toda mecha; todos estaban tapados con mantas, bebiendo té revitalizante y comiendo pastas. Cressida había sido atendida por los curanderos al igual que los cuatro mortales que, hacía apenas unas horas, yacían en sus féretros. Sorprendentemente, a pesar de un cansancio evidente, se encontraban en perfecto estado.

Aristylla había permanecido con su hermana, por lo que fue Nova quien, junto a varios guardias, los llevó a aquella estancia, donde ahora gozaban de un poco más de paz e intimidad.

—Es imposible —negó por tercera vez Noam—. Sé lo que significa estar muerto y no lo hemos estado.

—Estabais muertos —juró por cuarta vez Nova, apoyado en la llameante chimenea—. Lo habéis estado por dos días. Yo estuve junto a vuestros cuerpos durante todo ese tiempo.

—Para mí ha sido como desmayarse, apenas un momento —explicó Charlotte, apoyada en el pecho de Endora, que ya había terminado su té.

Habían pasado varias horas desde su despertar y, aunque se habían recuperado un poco, Nova vio cómo todavía estaban claramente agotados.

—Chicos, sé que tenéis preguntas, como yo las tengo, pero creo que lo mejor será que descanséis. Además, tenemos que cambiar los planes.

—¿Qué planes? —quiso saber Noam.

—Técnicamente, mañana iba a ser vuestro funeral. Aunque supongo que ahora será solo el de mi padre y los hermanos Bwallyn, los dos feéricos que cayeron antes que él. Sea como fuere, hay mucho que desentrañar, por lo que, por favor, id a vuestros aposentos y descansad. Todo sigue tal como lo dejasteis.

—Sigues teniendo el poder —musitó Ovidia, mirándole con fascinación.

Todos se fijaron en cómo las hiedras, algo más pequeñas que las de la Bruja Negra, se movían a su alrededor.

Nova hizo una mueca de satisfacción y declaró:

—Y espero que no se vaya nunca.

Entraron en sus aposentos en silencio. Los recuerdos de la noche anterior vinieron en tromba a su mente, unos tras otros. Si lo pensaba detenidamente, la batalla había durado pocas horas, pero algo había cambiado en ellos. Ovidia no sabía exactamente el qué. No podía dejar de recordar el momento en el que sus ojos se abrieron y lo que encontró fue cristal a su alrededor. Su pánico fue tal que, al romper el féretro, lo hizo con mucha fuerza y casi lo hizo caer de la base donde estaba apoyado. Lo peor llegó cuando todos los guardias gritaron y ella vio los tres cuerpos de sus amigos en los féretros. Por suerte, ellos tardaron pocos segundos en despertar. Charlotte, Endora y Noam estaban igual de confundidos que ella ante la situación.

Últimamente todo era una vorágine terrible. Y ahora, de vuelta a la quietud de sus aposentos, un nítido y particular recuerdo vino a su mente. Uno donde Noam había ascendido a los cielos, envuelto en esa misma energía que portaba Harvey: la energía pura blanca.

—¿Me lo ocultaste? —preguntó antes de poder controlar sus palabras.

Se giró hacia Noam, que se había quitado la chaqueta del traje y ahora solo llevaba la camisa blanca a medio desabrochar en su pecho.

—¿El qué, Ovidia?

—Lo de tu magia. Sé perfectamente lo que vi.

—Todos lo vieron —recalcó el chico, suspiró y prosiguió—: Y no, no te lo oculté porque…

—Entonces ¿qué pasó? ¿Cómo es que, de repente, justo en mitad de la batalla contra Harvey, manifiestas poderes de energía pura blanca? Me cuesta creer…

—No. Para —le interrumpió él, negando con la cabeza y rompiendo la distancia con ella—. No vamos a hacer esto.

—¿El qué?

—No pienso discutir contigo.

—¡No estoy discutiendo! —exclamó Ovidia, alterada.

—Te sientes traicionada —murmuró Noam, respetando el espacio de la chica—. Y lo

entiendo, pero no es lo que crees. Te prometo que eso es algo que ni yo mismo vi venir…

—Invócalas —ordenó la chica con voz dura—. Invoca tus hiedras.

—Si hago eso, ¿te quedarás más tranquila?

Ovidia asintió e invocó las suyas propias, oscuras y con esas venas rojas tan particulares.

—Voy a hacer lo que me pides —murmuró el chico con una voz calmada y una empatía que, en el fondo, la Bruja Negra sabía que no se merecía—. Y luego, te explicaré lo que pasó.

Ovidia se cruzó de brazos, intentando controlar el nerviosismo y el temblor de las manos. Ella estaba segura de que Noam sabía cómo se sentía. La conocía a la perfección. El chico cerró los ojos y, poco a poco, estas salieron de él, delicadas y envueltas en una luz anaranjada, como la de un atardecer. Ovidia empezó a romper la distancia y Noam la recibió con una expresión de dulzura que quebró a la chica por dentro. No se merecía que la tratase tan bien después de cómo le había hablado. Ella se mantuvo en silencio y con cuidado dejó que sus oscuras hiedras acariciasen a las del chico, y lo sintió. La magia pura de Noam era muy diferente a la de Harvey. Ovidia no se puso en alerta porque no suponía una amenaza.

Cuando sus hiedras se entrelazaron, ambos se quedaron quietos, mirándose y soltando un suspiro de sorpresa. Ovidia terminó de romper la distancia y Noam no pudo evitarlo: la abrazó por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo mientras, a su alrededor, magia pura blanca y negra se entrelazaban en una armonía perfecta.

—¿Lo sientes? —murmuró él, estupefacto ante esta nueva sensación.

—Sí —afirmó ella, se mordió el labio y susurró—: Perdóname. No debería haberte hablado así.

—Es cierto. No deberías haberlo hecho, pero lo entiendo.

—La próxima vez que vuelva a hacerlo, por favor, respóndeme igual. Al menos no me sentiré tan mal.

—No sé si podré hacerlo, mi amor, pero tomo nota.

Noam le apartó un mechón de pelo que caía por su rostro y la miró tan fascinando y enamorado como lo había estado el primer día. Mariposas aletearon en el interior de Ovidia, y esta deseó que ese sentimiento tan conocido, pero a la vez tan nuevo, no desapareciese nunca.

—¿Puedes contarme cómo ocurrió?

Le llevó varios minutos contar la historia con todo tipo de detalles. Él le contó todo lo que sucedió y, a medida que avanzaba en su explicación, la Bruja Negra se sorprendía más y más.

—¿Era ella? ¿Estás seguro?

Noam asintió con firmeza.

—Me dijo que tenía un regalo para mí y que lo usase bien. Supongo que…

—… sabía lo que íbamos a hacer y las consecuencias que eso tendría —acabó por él Ovidia.

—La magia, la energía, siempre tiene que estar en equilibrio. Y con Harvey encerrado, eso no sería posible. Por lo que…

—Te escogió a ti para traer el equilibrio.

—Para que tú y yo trajésemos el equilibrio. No merezco este poder, pero me aseguraré, durante lo que me quede de vida, de protegerlo como es debido.

Ovidia apoyó sus delicadas manos en el pecho de Noam. Estar así, junto a él, era su idea correcta de hogar.

—La energía misma, su espíritu, te lo otorgó. Eres más que merecedor de eso. Y… ahora no tenemos que preocuparnos del destino de la magia. Nova invocó su propia magia cuando se bebió el frasco en el que encapsulé mi poder, y tú y yo…

Dejó que las palabras quedasen suspendidas en el aire, y Noam arqueó una ceja.

—¿Vamos a tener esta conversación ahora? Mi amor…

—Estoy harta de dejar las cosas para otro momento —dijo con voz cansada—. Sí, quiero hablar de esto ahora.

—Está bien: soy todo oídos —accedió él, llevándola consigo para que ambos se sentasen en el borde de la cama. Noam la encaró, pero le dio el tiempo necesario para expresar lo que ella sentía.

—Sigo firme en mi decisión de no tener hijos por ahora. Pero me quedo tranquila, pues nuestro poder, sea el que sea, pasará a ellos.

—Pero aún no, ¿verdad?

—Tenemos veinte y veintiún años, Noam —murmuró ella; su expresión abierta pero afligida —. Siento que tenemos tanto por vivir antes de ser padres… Además, es una responsabilidad para la que todavía no me veo capacitada. No se trata tan solo de cambiar pañales, dar de comer… No. Se trata de criar a un ser humano y no fallar en el intento. De proporcionarle la mejor vida posible y de ser los mejores padres posibles para él.

Entrelazaron las manos y Noam le mostró esa sonrisa que él usaba en contadas ocasiones y con la que conseguía siempre su propósito: calmar el agitado corazón de Ovidia.

—Ya el hecho de que te plantees querer tener hijos conmigo es un regalo, cielo. —Ovidia puso los ojos en blanco susurrando un «idiota» dulce y cariñoso. Él rio ante el gesto, pero prosiguió—: Comparto lo que dices. Creo que será mejor esperar un tiempo y disfrutar de nuestro matri…, perdón, de nuestra relación.

—En cuanto a eso: un año.

Noam la miró extrañada.

—¿Qué?

—Dame un año, cuando toda esta situación se haya calmado y la normalidad se haya asentado del todo. Entonces… pídemelo.

Los ojos de Noam brillaron como nunca; la luz de sus hiedras se reflejaba en sus ojos. Ovidia sabía que él ya estaba pensando en las múltiples formas en las que le pediría matrimonio. Y ella deseaba averiguar cuál de ellas elegiría él.

—Un año. Te tomo la palabra. —Besó las manos de ella con delicadeza y rozó su dedo anular. En él deseaba ver en un futuro el anillo que simbolizaría su promesa de amor y fidelidad—. Y aunque me encantaría seguir hablando de esto, debemos descansar.

En eso Ovidia, no mostró objeción alguna.

Minutos después, y ya vestidos con sus ropajes de dormir, ambos se metieron en la cama. Noam se acurrucó en el pecho de Ovidia mientras esta peinaba el suave cabello del brujo.

—Mi Brujo Blanco…

Noam rio suavemente contra el pecho de la chica y su aliento le provocó a ella cosquillas.

Levantando su rostro, con un tono grave y seductor, el chico susurró:

—Mi Bruja Negra.

El sueño les venció abrazados mientras ninguno sabía lo que les esperaba al día siguiente.

A la mañana siguiente, ambos fueron hacia la sala que Nova les había indicado la noche anterior. Las miradas de sorpresa de los feéricos les seguían allá donde iban. Ovidia miró a Noam admirando su perfil mientras su hombre no se dejaba amedrentar por ellos. Así, llegaron al lugar

previsto, donde ya se encontraban Endora, Charlotte y Nova, que había depositado el Grimorio del Origen sobre un atril, abierto de par en par.

—Ya estamos todos —dijo el chico mientras se cerraban las puertas tras la pareja—. Iremos al grano. He traído el grimorio, pues creo que tal vez nos ofrezca respuestas sobre las posibles consecuencias del conjuro y nos pueda ayudar a descubrir qué os ha pasado.

—Manos a la obra, entonces. —Noam estuvo de acuerdo con él.

Exigieron al Grimorio del Origen que mostrase el conjuro y las consecuencias de este cuando en unas páginas varios dibujos, anotaciones e indicaciones surgieron. Reconocieron las palabras que habían pronunciado durante la realización del encantamiento, las mismas que Charlotte les había indicado repetir. A pesar de estar escritas en feérico antiguo, ellos sabían un poco de ese alfabeto y por eso el texto era más sencillo de leer.

—¿Puedes traducirlo? —le pidió Charlotte a Nova. Este asintió, carraspeó y comenzó a recitar:

Mi poder está conmigo.
Yo decreto que así sea.
Reunidos estamos hoy.
Cúmplase nuestro cometido.
Abrimos las puertas de nuevo.
El tiempo acaba. El tiempo comienza.
Hecho está.

—Más que un acertijo como el de la otra vez, es una declaración —comento Endora, releyendo el texto.

—Aun así…, espera. —Inclinándose sobre el grimorio, Nova releyó también—. La primera letra de cada frase forma una palabra.

—¿Cuál? —preguntó Ovidia.

—*Yrhipia.* Se trata de un concepto más que de una palabra en sí. Me contaron que se solía usar cuando querías referirte a algo así como «dar algo a cambio».

Al leer el texto, Charlotte señaló con sus delicados dedos una palabra que no había comprendido.

—¿Qué significa?

Nova se acercó más al grimorio y analizó esa palabra.

—Llaves. Harvey y esa cosa están encerrados en aquella Puerta, ahora se necesita una llave para poder volver a abrirla.

—Pero no tenemos ninguna… —comenzó a decir Charlotte, pero Endora la detuvo levantando su mano.

—Los báculos. Esas son las cinco llaves —musitó Noam.

—Y por lo que veo… para deshacer el hechizo se necesitarían esas cinco llaves.

—¿Dónde están? —preguntó preocupada Ovidia.

—Los tengo yo bajo llave —dijo una voz a sus espaldas.

Cressida cruzó el umbral de la sala con paso decidido. En una mano llevaba lo que parecía ser algo afilado. Un cuchillo.

—¿Tía Cressida, qué haces?

—Siento tener que confirmar mis sospechas así. —Cogiendo el brazo de Ovidia, le hizo un

corte profundo en el antebrazo y se apartó rápidamente de ella mientras la Bruja Negra gritaba de dolor. En un momento dado esta cayó al suelo de rodillas.

—Pero ¡¡¿qué haces?!! —exclamó Noam, listo para atacarla.

—¡Ovi! —le siguió Lottie, que fue a socorrer a su mejor amiga—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Primo, no! —Endora se apresuró a detenerle; la magia estaba saliendo de él lista para atacar a Cressida.

—¡Mirad! —Cressida señaló a la Bruja Negra.

Todos los ojos fueron a parar a Ovidia y su herida, que, sorprendentemente, ya se estaba curando y lo hacía a una velocidad vertiginosa.

Se hizo un denso silencio hasta que no quedó rastro de la sangre ni del corte que Cressida le había propinado a Ovidia. Aquel episodio no parecía haber ocurrido.

La feérica rompió el silencio y preguntó:

—Sabraydh, ¿sigues teniendo la herida?

Esta frunció el ceño. Hasta que la sorpresa inundó su rostro porque recordó que, efectivamente, hacía tan solo unos días, una de flecha le había hecho una importante herida en su muslo derecho. Todos vieron cómo Charlotte se subía parcialmente las faldas y tocaba su muslo…

—No está.

—¿Qué?

Endora se agachó y, procurando que nadie más pudiese ver a Lottie, comprobó que las palabras de la chica eran ciertas.

—¿Qué demonios? No está. Ni siquiera están los puntos. Tienes la pierna perfecta.

—Tu cuello… —murmuró Ovidia señalando a Noam—. La herida que te mató. No está tampoco.

—Es cierto —afirmó Charlotte, estupefacta.

Durante los siguientes segundos, los cuatro tocaron los lugares de sus cuerpos donde había habido marcas o heridas, pero no había rastro de ninguna de ellas.

—Ese tipo de curación solo la he visto en una especie muy concreta —declaró Cressida mientras se inspeccionaban a sí mismos.

Ante sus palabras, detuvieron sus movimientos, y Nova intercambió una mirada con su tía. Esta supo que su sobrino empezaba a atar cabos.

—No moristeis en ningún momento —explicó Cressida; sus ojos dorados se iban posando en cada uno de los Sensibles—. Estabais mutando.

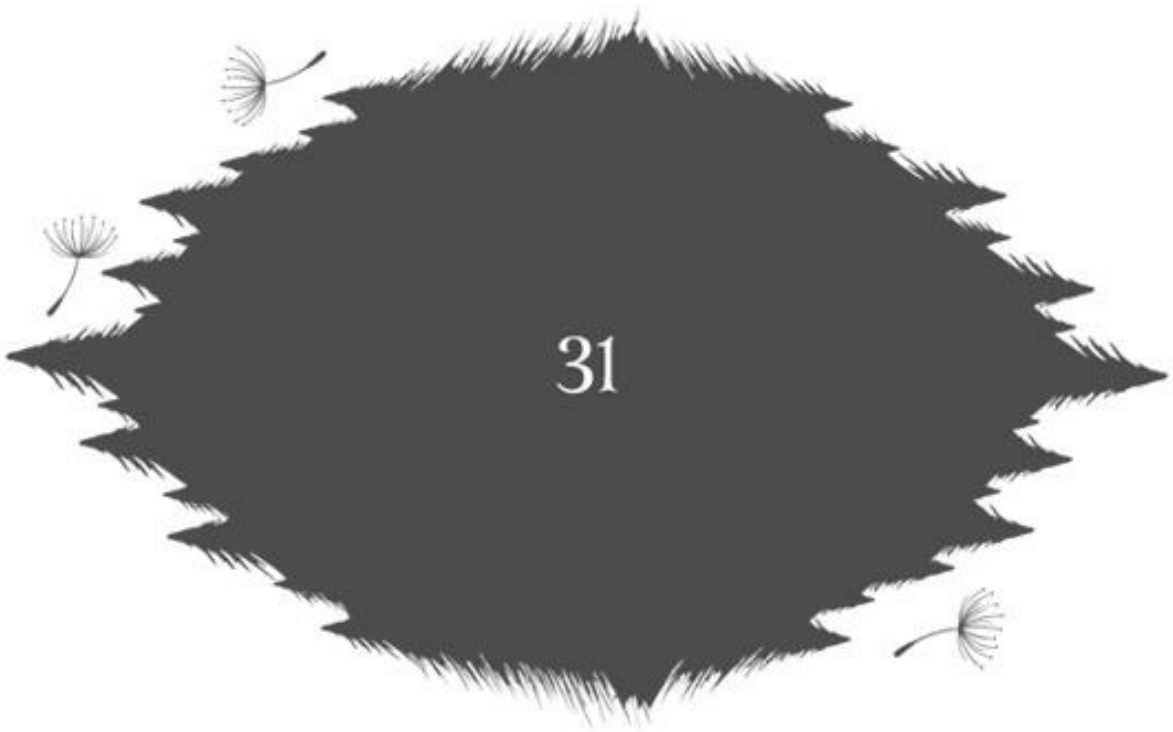
—*Yrhipia*. Dar algo a cambio —repitió Nova para sí.

El tiempo pareció congelarse por un instante. Ovidia se puso en pie despacio, alerta, ante la repercusión que las próximas palabras de la feérica pudiesen tener. Viéndose rodeada de su familia y reuniendo valentía preguntó:

—Mutando ¿a qué?

Cressida suspiró y descubrió al fin la verdad:

—Inmortales. Sois inmortales.



20 de mayo de 1844. Surmerya, Isla Feérica

Inmortales.

La palabra no dejaba de repetirse en su cabeza de manera incesante. Ovidia se miró en el reflejo de una ventana, y lo que encontró fue lo mismo de siempre. Un cabello y ojos castaños, una nariz pequeña. Nada fuera de lo común a simple vista, pero las apariencias engañaban. Ahora, eran inmortales y eso lo cambiaba todo.

Ovidia, aferrada a ese báculo, esperaba junto a Noam, Endora y Charlotte a que Cressida los llamase a su despacho. Habían pasado horas desde la revelación, y era como si el tiempo hubiese empezado a funcionar de forma distinta, como si ellos lo sintiesen diferente.

Ella esperó la intervención de Endora, con su sarcasmo tan propio para aquellos momentos. Pero la bruja se encontraba igual de seria y aferraba a Charlotte a su pecho. Ovidia apoyó su frente en el frío cristal, sintiendo cómo esa congoja y el nudo en su pecho se retorcían cada vez más, como si no tuviese final. Se llevó las manos a la cara y respiró hondo varias veces, contando los segundos de cada respiración.

Ya en el despacho de Cressida, que accedió allí por una puerta anexa, vieron que ella tenía el rostro serio y cansado. En la estancia, ni tan siquiera la chimenea estaba encendida. Las velas también estaban desnudas, desprovistas del calor y la luz que el fuego proporciona. La única luz entraba por los dos grandes ventanales que había detrás del gran escritorio de la feérica, que se encontraba sumida en un denso silencio.

Nova se encontraba apoyado sobre la repisa del apagado hogar, siendo partícipe del prolongado censo de palabras. Las grandes puertas se cerraron tras ellos y los cuatro Sensibles no movieron ni un músculo.

Ovidia escaneó la sala fugazmente. No había rastro de Aristylla por ningún lado.

—Sentaos, por favor. Esto va a ser largo, tedioso e incómodo. No lo alarguemos más de lo debido.

La habitación había cambiado ligeramente. Ovidia recordó que la última vez, hacía tan solo unos días, las cuatro butacas de terciopelo verde oscuro no estaban allí. Noam arrastró a Ovidia consigo; sus manos entrelazadas pero tensas. A pesar de la distancia entre sus asientos, no se soltaron ni un instante.

Por otro lado, Endora le susurró a Lottie que se sentase y, cuando esta lo hizo, ella se puso de pie tras el butacón; las manos de la joven Clearheart unidas a las de su mejor amiga.

Por fin, la feérica se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa.

—Quiero pediros disculpas. Y antes de que me interrumpáis, como veo que ya tenéis intención de hacer, dejadme hablar.

»No sois en absoluto conscientes de lo que hicisteis la otra noche, de la amenaza que descubristeis, no solo para los míos, sino para todo este mundo.

»He estado recopilando información de lo que los míos vieron, lo que vosotros visteis y vivisteis. Gracias por escribirlo para mí. Aprecio el gran esfuerzo que ha supuesto para vosotros esa tarea.

Cressida se levantó del asiento y agarró con extremo cuidado lo que parecían ser unas escrituras verdaderamente longevas.

—Creo que ya sé a quién habéis encerrado en esa Puerta. Pero antes, necesito preguntaros algo.

Sus palabras iban dirigidas a Charlotte y Endora.

—Creéis que, si llamáis a Räawn, ¿responderá con su presencia?

La voz de Lottie pareció volver a la vida:

—¿Para qué quieres que hagamos tal cosa?

—Se os apareció en medio de la batalla para explicaros *qué hacer*. No me parecería descabellado pensar que, si la llamáis, acudirá. Ella es la única que puede encajar las últimas piezas de todo este despropósito. De esta manera, creo firmemente que os podré confirmar de forma exacta lo que os ha pasado.

Endora dio un paso hacia delante, rodeando el asiento de Lottie, pero sin dejar de tocarla.

—¿Lo ves acertado, Teàrlag?

Charlotte no se movió, pero sí que murmuró:

—Fue extraño que se apareciese. Como si supiese qué iba a pasar. Yo digo que le exijamos explicaciones.

—Dibujaré el círculo de protección entonces. Necesitaré sal y algo cítrico para protegernos. Hacedme espacio.

Entre todos se pusieron en acción, apartando los sillones a un lado a la vez que Endora empezaba a dibujar un pentagrama de invocación. Minutos más tarde, un guardia acudió con los ingredientes demandados. Todos se embadurnaron manos, cuello y orejas con la exfoliante mezcla.

Endora se quedó al borde del círculo y comenzó a invocarla:

—Räawn, diosa del Otro. Yo, Endora Clearheart y lady Rewyra de los feéricos, te invoco en este círculo y demando que respondas a mi llamada de…

—Te he oído ya, muchacha. No te pongas formal.

La voz resonó en la estancia y todos se apartaron del círculo, a excepción de las dos chicas que

ya habían estado en su presencia. Poco a poco, aquella voz tomó forma y las escalofriantes descripciones que ambas hicieron en su día se tornaron realidad. La diosa era de piel azul, cabello blanco, levitaba y tenía las manos afiladas y decenas de ojos.

—¡Tres veces nuestros caminos se han cruzado! Al final nos haremos amigas, *Wicca.*

—Tenemos…

—Preguntas —interrumpió la diosa—. Y muchas. Aunque es ella la que se muere por descifrar todo. Lady Fallynea. ¿O prefieres Cressida?

—¿Qué era la criatura que han encerrado?

La pregunta fue directa y sin rodeos.

Räawn escaneó la habitación con interés y, al ver a Ovidia y a Noam, se llevó las manos a la boca en un gesto de sorpresa claramente fingido.

—Pero ¡si es ese atractivo muchacho y su Bruja Negra! Hacéis una pareja ideal. Enhorabuena. En cuanto a tu pregunta… Encerrasteis a mi hermano, el cual, en primer lugar, debería haber permanecido donde estaba.

—¿A qué te refieres con tu hermano? —preguntó sorprendida Charlotte.

—Abadyon, ¿verdad? —murmuró Cressida, levantando el pergamino que tenía en la mano. Había un dibujo de una masa oscura casi inteligible—. El Dios del Caos.

Räawn asintió, cruzándose de brazos.

—Así es. Abadyon cometió un grave error que pagará durante toda la eternidad, pero si consiguió contactar con alguien desde donde le encerramos, significa que tuvo un aliado. Aunque bueno, más bien una aliada.

—¿Quién?

—Solo se me ocurre alguien en concreto. Otra diosa, nacida de la misma semilla y núcleo, pero algo les separó. Hasta que se volvieron a reencontrar. La otra cara de la moneda, en términos humanos.

—¿Por qué te presentaste en la batalla? —preguntó Endora con voz dura—. Sabías lo que iba a pasar, ¿verdad?

—Aparecí porque eso no debía pasar. —Räawn enseñó los dientes por primera vez, mostrando enfado, frustración—. Yo misma y otra de mis hermanas le encerramos después de lo que hizo hace miles de años. Entonces pudimos pararle los pies a tiempo. Y está claro que lo que quería hacer aquí era exactamente lo mismo.

—¿Qué quería hacer? —quiso saber Ovidia, que avanzó hacia el círculo. Noam fue detrás de ella.

—Destruir vuestro mundo, ¡panda de necios! Como les pasó a ellos.

Su afilada mano señaló a Cressida y a Nova, pero fue esta la que se puso tan blanca como el mármol y empezó a acercarse al círculo.

—¿Qué has dicho?

Räawn soltó una risa seca, negando con la cabeza.

—No tenéis ni idea, ¿verdad? Llevó a cabo su tarea tan bien que todavía creéis que fue culpa vuestra que vuestro mundo se destruyese. Abadyon tan solo busca la destrucción de lo que otros protegen. Y vuestro mundo, siendo uno de los primeros y más longevos, rebosaba energía. Y lo quiso para él. Pero además… le gustaba divertirse.

—¿Fuimos un simple parque de diversiones para él?

—Lamento decirlo, pero sí. Cuando mi hermana y yo supimos lo que hizo, le castigamos con el exilio y le encerramos en el Mundo Olvidado, solo. Nadie puede salir de allí. Por lo que, si él

lo consiguió, tuvo que recibir algún tipo de…

En ese momento, las puertas se volvieron a abrir y Aristylla entró con dos gigantescos libros en un brazo y varios papeles en el otro.

—Abadyon nació de una semilla. —Los ojos de Aristylla no miraban directamente a Räawn, sino a su hermana, pero todos le prestaron atención.

—Hola, jovencita. Eso ya lo hemos…

—Y has dicho que otra diosa nació de ese mismo núcleo. —La diosa asintió con la cabeza, y Aristylla sonrió—. Sé quién pudo ayudarle. Cisma, la diosa de la Disrupción.

Räawn hizo un gesto desagradable. Sin duda, ese nombre le resultó familiar.

—No me he equivocado, entonces.

—Ari, ven aquí —le susurró Cressida, claramente preocupada.

Y Ovidia lo recordó. Ambas habían perdido a su hermano como Nova había perdido a su padre.

La feérica de cabello azul rodeó el círculo mirando fijamente al suelo hasta llegar al lugar donde estaba Cressida, que la ayudó con los manuscritos que portaba.

—Cisma y Abadyon compartían pasiones y lecho —prosiguió contando la historia Räawn—. Y ambos están encerrados por sus actos.

—¿Dónde está Cisma? —quiso saber Charlotte.

—Lo desconozco. Fueron otros de mis hermanos los que se encargaron de ella. Y prefiero no saber nada más. Además, ya os he contado bastante. Sois afortunados de que no tenga mucho contacto con ellos. Lo que hacen los años, ¿no creéis?

—¿Qué nos ha pasado exactamente? —preguntó Noam; su voz dura a la par que su expresión.

—No sois como ellos, eso os lo aseguro. —Räawn señaló a los feéricos, que también escuchaban atentos sus palabras—. Ahora representáis lo que significa de verdad ser un brujo, a los Wicca: los inmortales. Pero también se os ha otorgado un nuevo título, que lleváis por haber encerrado a ese dios y a Harvey en un mismo cuerpo. A partir de ahora sois Centinelas. Debéis aseguraros de que Abadyon jamás salga de allí. De lo contrario, las consecuencias pueden ser catastróficas.

—¿Estamos condenados? ¿Para siempre? —preguntó Charlotte, más pálida que nunca.

La diosa fue a contestar, pero se tomó un momento, sopesando las palabras correctas que iba a pronunciar.

Entonces dos piezas se juntaron, y Ovidia lo supo.

—No viviremos para siempre —adivinó esta.

Räawn hizo una mueca y susurró:

—Solo los dioses somos eternos. Y ese que habéis encerrado, lo es, por lo que…

—Cuando llegue el momento, otros Centinelas deberán proteger esa cárcel, ¿verdad? —Ovidia apenas reconoció la voz de Noam, áspera y apagada—. Pasaremos nuestra condena a nuestros descendientes como un trapo viejo y usado.

—¿Cuántos años podemos llegar a vivir entonces? —preguntó Endora, todavía en el borde del círculo. Apenas se había movido.

—Miles de años. Por lo que ahora no os tenéis que preocupar de ningún tipo de herencia.

—¿Podemos…?

La pregunta de Ovidia pendió en el aire y ella temió terminarla. La diosa la miró con curiosidad y le hizo un gesto animándola a seguir.

—¿Podéis…?

—Hijos. ¿Podremos tener hijos?

Todos los ojos se posaron en ella, pero Ovidia no apartó su mirada de la diosa.

—Sois inmortales, no infértiles. Claro que podréis tener hijos.

—¿Serían inmortales también? —quiso saber Noam, que había rodeado por los hombros a Ovidia con el brazo.

Räawn le miró divertido y asintió.

—Así es. Inmortales como sus padres.

Señaló con la cabeza a Cressida, entrecerrando varios de sus ojos.

—Con lo que os he contado, lady Fallynea ha ido juntando esas piezas en su cabeza. Yo ya no hago falta aquí. Pero os diré algo más. Habéis encerrado a mi hermano y entregado vuestra mortalidad por ello. Eso significa que tanto mis hermanos como yo os debamos un favor. Os doy un consejo: no lo malgastéis. Tenéis toda la eternidad por delante.

Y sin más, Räawn se desvaneció y el pentagrama se esfumó del suelo.

—Así que lo que hemos hecho, ¿hemos encerrado a un dios?

La pregunta de Endora quedó suspendida en el aire. La chica tenía grandes ojeras y bolsas, y llevaba el pelo recogido en un moño algo desaliñado. A su lado, Charlotte se aferraba a su brazo con la mirada ida. Aun así, Ovidia supo que estaba escuchando.

—No uno cualquiera, por lo que se ve. Pero Räawn no ha fallado. He y…

—¿Y bien? —insistió Ovidia, tensa.

—Abadyon necesitaba a Harvey para poder ocupar un cuerpo, y ahora ambos convivirán en una sola conciencia para el resto de la eternidad. Esperemos.

—¿No podía haber creado una propia forma corpórea?

—Los dioses no necesariamente tienen una forma física, no la necesitan —musitó Aristylla sin mirarlos—. Es… un concepto complejo, pero simplemente existen. Que Räawn se te aparezca de esa manera ya muestra compasión para no horrorizarnos ante su posible verdadera apariencia. Aunque, bueno, podría aparecerse como una tetera si le apeteciese y quedarse tan tranquila.

—No creo que sepa lo que es una tetera —comentó Cressida.

—No subestimes a los dioses.

—¿Por qué aparecieron esas cinco rocas del mar?

Todos se giraron para ver a Charlotte, que se mostraba atenta a las respuestas.

—El conjuro que realizasteis necesitaba encerrar a Abadyon. Al meterse en el cuerpo de Harvey, pero sin matarle, encerrasteis a ambos en una sola forma física. Según estuve revisando, este tipo de Puertas necesitan un anclaje. Y no son rocas, son sarsen y no son comunes. Funcionan como círculo de control para lo que hay entre ellas, que es la entrada hacia el lugar donde habéis encerrado a Harvey y Abadyon. En cada una de ellas es donde se ha de depositar la llave que ahora vosotros tenéis.

—Es decir, que, si reunimos las cinco llaves y las introducimos en los sarsen, ¿liberaremos a Harvey y Abadyon? —preguntó Endora.

—Exacto.

—Debemos guardar este secreto muy bien —murmuró Ovidia, y todos convinieron—. Repito: no se lo diremos a nadie en absoluto. Si es necesario, buscaré un juramento en el Grimorio del Origen que penalice a quien lo revele.

—No creo que haga falta llegar a tanto, Ovidia —comentó Lottie.

—Yo creo que sí y te diré por qué: vamos a vivir miles de años. —Ovidia se reclinó en uno de los sillones mirando a cada uno de los presentes—. Y siento si estas palabras nos duelen, pero las amistades se deterioran y el amor también. Puede que durante los primeros doscientos o trescientos años no pase nada, pero ¿y si alguien cambia de parecer?, ¿y si de repente queréis hacer algo que requiere abrir esa Puerta?

—Lamento ser yo quien dé la razón a Ovidia, pero dice la absoluta y certera verdad —observó Cressida, y Ovidia le hizo un gesto murmurando un «gracias»—. Es una medida de seguridad extrema pero necesaria. Mañana buscaremos ese juramento y yo misma me ofrezco a participar en él. ¿Ari?

Esta asintió con firmeza.

—Cuenta conmigo —dijo Nova.

—Lo que sea con tal de que esto no se repita —musitó Noam, asintiendo—. Yo también juraré.

—Yo también, Ovi —añadió Lottie con expresión serena.

Endora le guiñó un ojo y la Bruja Negra mostró una mueca de agradecimiento.

—Siento el cambio brusco de conversación, pero… —Todos se giraron hacia la feérica de cabellos dorados—. Esta tarde llevaremos a cabo el funeral de mi hermano. Y después trataremos el tema del juramento con calma y buscaremos la manera de que encajéis en nuestra comunidad.

Los cuatro Sensibles se miraron atónitos.

—¿No estarás sugiriendo que nos quedemos aquí para siempre?

—Vuestro deber es vigilar esa Puerta, ya habéis oído a Räawn. No podéis volver a vuestra…

—Yo la vigilaré.

Cuando Nova dijo esto, todos se giraron hacia él, que se encontraba en una esquina, apoyado en una estantería con los brazos cruzados.

—¿A qué te refieres, Nova? —quiso saber Ovidia.

—Yo vigilaré la puerta. No tenéis que quedaros aquí. Este lugar sería como una cárcel para vosotros.

—Sería, no, querido. Usa el indicativo —volvió a hablar Endora, que pasó un brazo por la cintura de Charlotte, que aún estaba ida—. Esto es una condena.

—Ha salido ganando —murmuró Noam; su largo y ondulado pelo cubría parte de su rostro—. Da igual que esté encerrado. Ha conseguido que perdamos algo por el camino.

—No podemos pedirte que hagas eso —declaró Ovidia dando un paso hacia delante—. Es nuestra obligación procurar que esa Puerta se mantenga cerrada.

Nova respiró hondo, sopesando lo que iba a decir. Y la Bruja Negra supo que esas palabras iban a doler.

—No quería ser duro, pues sé que estáis descompuestos por todo lo que ha pasado y las noticias de vuestra inmortalidad, pero vuestros seres queridos morirán. Los años vuelan y, en un abrir y cerrar de ojos, iréis a sus tumbas en lugar de a tomar el té.

—¡Nova! —le recriminó Cressida, cuyos ojos también estaban rojos.

—Es la verdad —dijo este como si le restase importancia—. Deben saber lo que les espera. Lo que la inmortalidad otorga, pero también lo que quita.

—Ya bastante tienen con todo lo que ha pasado como para que también …

—¡Yo también he perdido mucho, tía Cressida! —Esta vez el grito, de pura desesperación, inundó la estancia—. Vi cómo se llevaba a mi padre delante de mis propios ojos. Así que, vivid

los años que podáis. —Más que una orden, aquellas palabras eran una súplica—. Volved con los vuestros, rodeaos de los que amáis y exprimid cada momento. Y cuando esos años pasen y no podáis ocultar lo que sois, volved aquí.

—No es justo —respondió Noam—. Como ha dicho Ovidia, es…

—Me da igual todo lo que me digáis para convencerme. Está decidido.

—Como líder —declaró con rabia Cressida—, te ordeno que…

—No olvides que ahora yo también lo soy, tía. Así que, como igual, no espero que me des órdenes.

Cressida recibió aquellas palabras como un golpe. Su cuerpo se tambaleó y tuvo que sujetarse donde pudo, asintiendo a lo que había dicho su sobrino.

—Tienes razón. Pero, aun así…, no estoy de acuerdo con esta decisión. Sin embargo, entiendo qué sentimiento te ha llevado a decidir tal cosa, sobrino. Por lo que…

La feérica se giró hacia los Sensibles, más recompuesta, y declaró:

—Estaremos en contacto. Sabremos vuestra localización y, si es necesario, os invocaremos al menor inconveniente.

—Tal vez estemos unas semanas sin responder. Pero… debemos informar de lo que ha sucedido aquí.

—No podéis —declaró Aristylla mirándose las uñas.

Todos la miraron, y Charlotte fue la que inquirió:

—¿Qué no podemos hacer?

—Contar la verdad. Es decir, podéis contarla. Pero habrá consecuencias, tanto para vosotros como para nosotros. Y todo lo que hizo Augusta para protegeros… no habrá servido de nada.

—¿Estás insinuando que perpetuemos su mentira? —inquirió Endora, anonadada.

Aristylla se mantuvo en silencio, por lo que su hermana habló por ella:

—Pensadlo bien. ¿Qué vais a decirles? «Harvey no está muerto, sino que lo hemos encerrado con un dios que ha estado a punto de destruir la humanidad? Oh, por cierto, somos inmortales y ahora es Noam quien porta el poder puro blanco. Está todo bien».

—Hemos captado el sarcasmo, Cressida —musitó Endora, y suspiró.

—Suena ridículo y para el resto de los Sensibles sonará aún más. Y aunque es la realidad…, vosotros decidís. Ahora…

Cressida se volvió hacia su hermana, y Aristylla corrió hacia la puerta sin mirar atrás. Nova se giró hacia los ventanales, incapaz de controlar las lágrimas.

—Vamos a prepararnos para la despedida de Caenis. Y después, podréis volver a casa.

La ceremonia se celebró junto al mar. En fila de a dos, todos los feéricos siguieron a Cressida, Aristylla y Nova, que encabezaban la marcha. La noche los acompañaba y tan solo las antorchas que unos pocos feéricos portaban iluminaban el camino hacia el lugar de celebración. O, más bien, de despedida.

No era solo a Caenis a quien despedían esa noche, sino también a los hermanos Bwallyn, los más longevos de los inmortales y los primeros en fallecer durante el ataque. Las familias de las víctimas llevaban consigo las pertenencias de estos para quemarlas como símbolo de despedida.

Ovidia y Noam iban de la mano, vestidos con los ropajes ceremoniales: una túnica de color azul claro casi blanco. Sus cabellos sueltos se movían con el viento. A medida que se adentraron en la playa, ocuparon su lugar y dejaron a los feéricos en las primeras filas. Charlotte y Endora se

pusieron al lado de ellos. Lottie cogió la mano de su mejor amiga, que la miró con una mueca de dolor en su rostro.

Nadie dijo una sola palabra durante toda la ceremonia. Frente a la gran hoguera, Cressida, Aristylla y Nova hicieron una fila y la primera empezó a cantar una melodía desconocida, pero hermosa a los oídos de los Sensibles. Poco a poco, el resto de la comunidad feérica se les unió. Por su parte, uno a uno, los familiares de las víctimas fueron lanzando los objetos de los fallecidos a la hoguera y el fuego fue creciendo a medida que iban echando más pertenencias de ellos.

Cuando el último de los familiares volvió junto a la multitud, Ovidia supo que era el turno de Nova y sus tías. Cada uno cogió un objeto, que se encontraba envuelto en un trapo de color oscuro. La primera fue Aristylla, que dijo unas palabras en feérico que Ovidia no llegó a entender. Sin embargo, sí entendió el pesar y el dolor que transmitía su voz. Con cuidado, lanzó el objeto que tenía en las manos a la hoguera; las llamas crepitaron aún más y las chispas saltaron de aquí para allá.

Después fue el turno de Cressida, que apretaba con gran fuerza su pequeño objeto contra su pecho, llorando desconsoladamente. Volvió a hablar en feérico, y su voz se quebró hacia la mitad de su discurso, por lo que Nova se acercó a ella ofreciéndole consuelo. Cressida apoyó su cabeza en el hombro de su sobrino cuando Aristylla ocupó su lado derecho, se aferró con fuerza al brazo de su hermana y apartó el cabello de su cara para limpiar sus lágrimas.

En ese momento, Nova prosiguió:

—Lo que vivimos hace unos días —empezó a decir en inglés, lo que llamó la atención de los Sensibles— ha sido algo que pasará a convertirse en uno de los días negros de la historia de nuestro pueblo. Ya sufrí la pérdida de un progenitor hace bastante tiempo y, aunque con el paso del tiempo se hace llevadero, el dolor nunca te abandona. He perdido a mi padre delante de mis ojos. Y usaré eso para recordar que, a pesar de nuestra inmortalidad, no somos inmunes a la muerte, que esta puede presentarse de formas muy distintas.

» Intentaré estar a la altura del líder que fue para vosotros durante tantos años, y prometo dar todo de mí para que lo sucedido no vuelva a ocurrir. A pesar de que soy consciente que no fue culpa mía.

Las siguientes palabras las murmuró en feérico y Ovidia se tomó un momento para respirar. Todo aquello le recordaba demasiado a la noche en que se despidió de su madre y sus sombras se alteraron ligeramente, y apretó más el brazo de Noam.

—Adiós, padre —repitió en inglés el feérico mestizo—. Espero que te hayas podido reunir con madre allá donde estéis.

Nova, Cressida y Aristylla cogieron las dos prendas que quedaban y las lanzaron al tiempo a la hoguera. Segundos después, los feéricos empezaron a entonar una canción desconocida pero armónica, que erizó el vello de Ovidia. Con un nudo en la garganta, abrazó a Noam, que la atrajo hacia su pecho y apoyó la barbilla en la cabeza de la chica mientras la canción no dejaba de sonar y las cenizas desaparecían en el cielo como símbolo de aquel último adiós.

En el preciso instante en el que despuntaba el alba, Ovidia y el resto entraron en el puerto, donde el barco estaba ya listo para partir rumbo al continente. El lugar estaba vacío, tan solo los tres líderes y varios feéricos andaban por allí ocupados en las tareas del viaje.

La noche anterior, tras el funeral, habían realizado el juramento en el que prometían que

ninguno de los que estuvieron presentes tras la aparición de Räawn diría nada de lo hablado en el despacho de Cressida. ¿El castigo por hablar? Sería uno, sin duda, muy desagradable, pero que tampoco se podía contar. Ahora, en el amanecer del día de su partida, Ovidia vio cómo Charlotte se apartaba de Endora y corría hacia un grupo de feéricos que, según pudo comprobar al acercarse a ellos, eran Lysander, Elrich y Rine; esta última llevaba a su hija en brazos. Endora les siguió con una sonrisa algo nostálgica en el rostro.

En cuanto a Ovidia, fue a por Nova, que se encontraba algo apartado de los demás.

—Quiero hablar a solas con él —le informó a Noam, el cual asintió.

—Te esperaré en el barco entonces. —Levantando el brazo, se despidió del feérico, que le devolvió el saludo con una sonrisa cálida.

Una vez que estuvieron a solas, Ovidia le cogió las manos sin poder evitarlo.

—Siento que te estamos dejando una carga demasiado grande. No es justo.

Nova le devolvió la mirada; sus ojos era de un castaño algo más oscuro que los de ella. En su rostro, una leve barba de varios días descuidada asomaba, haciendo que su apariencia juvenil se tornase en la de un hombre.

—Ha sido decisión propia, así que te lo repito por enésima vez: deja de sentirte culpable.

—¿Hay algo que pueda hacer? Lo que sea, de verdad.

Nova sopesó la pregunta, y Ovidia advirtió que, fuera lo fuese lo que iba a decir, era algo que ya había pensado detenidamente.

—Dentro de un tiempo… ¿podría ir a visitaros? —Había timidez en sus palabras—. En unos meses, cuando esté todo más asentado y yo…

—Por supuesto —respondió de inmediato la Bruja Negra—. Puedo presentarte a mi padre si lo deseas. Se sorprenderá un poco, pero es un buen hombre. He tenido mucha suerte.

La bruja vio cómo el chico respiraba hondo y, al intentar hablar, su voz se quebró. De todos modos, carraspeó y lo intentó de nuevo.

—No puedo evitar tener una sensación de orfandad. —Aquellas palabras fueron tan sinceras como dolorosas. Ovidia entrelazó la mano del chico con la suya y se la apretó—. Es… esperaba poder tener a mi padre durante mucho tiempo más. Cuando vi que se desvanecía…

Nova no lloró, pero Ovidia sintió su pena, el dolor que emanaba de él. Sin poder articular palabra, se llevó una mano al pecho y se lo acarició buscando consuelo. Ovidia se tragó sus propias lágrimas y le atrajo hacia sí, dejando que la cabeza de él cayese sobre el hueco de su cuello para que llorase desconsoladamente.

—Sé que lo que te voy a decir no es para nada reconfortante, pero me tienes a mí. —El chico la abrazó y Ovidia sonrió en su hombro—. A pesar de que me voy, estamos a tan solo un mar, a unos días de viaje. Y eso vale también para Noam y para el resto. Siempre serás bienvenido en nuestro hogar.

Ovidia rompió levemente el abrazo y cogió el rostro de Nova entre sus manos; la cabellera oscura le caía sobre el rostro.

—Somos tío y sobrina lejanos, ¿no? —Nova asintió sin decir palabra y miró con intensidad a Ovidia—. Esto, el descubrir que todavía tengo familia de mi madre, ha sido un regalo. Tú eres un regalo que no sabía que necesitaba. Escucha atentamente lo que te voy a decir: no eres ningún huérfano. Sé lo que ese viejo y familiar dolor te hace pensar y sentir. Tuviste unos padres que te amaron hasta el final, y debes recordar siempre eso. Nadie podrá arrebatarte el amor que te procesaron, que es de tu posesión y de nadie más.

Nova afirmó con la cabeza, sintiendo la firmeza de las manos de Ovidia en su rostro.

—No sé qué hacer con tanto dolor. Siento que me hunde consigo.

Ovidia asintió y derramó unas lágrimas sabiendo a qué se refería.

—Yo también soy tu familia y tú eres la mía. Los herederos de la oscuridad.

—Suena bastante épico —susurró el chico intentando sacar lo mejor del triste momento.

—Es la verdad. Somos lo que somos porque estamos hechos de los pedazos de las almas que nos acompañan durante el camino. De ahora en adelante, tú también formas parte de mí, Nova, como yo formo parte de ti.

»Mi madre, Minerva, también forma parte de mi esencia. Como Virgilia de la tuya. Jamás me abandona y jamás lo hará. Y eso es lo que tienes que recordar cada vez que sientas ese dolor. No lo intentes detener o lo dejes de lado, pues será peor. Vívelo, enfréntate a él y déjale saber que, a pesar de lo que te pueda hacer sentir o pensar, no te quebrará. Tampoco te hará más fuerte, sino que será una lección más que, desgraciadamente, todos tenemos que aprender de manera cruel y a veces sin nadie que nos pueda guiar.

Un cuerno anunció que el barco estaba a punto de partir y ambos vieron cómo todos los demás subían a bordo de este, despidiéndose por el camino.

—Voy a echarte de menos.

Ovidia se giró de nuevo y le miró con tristeza.

—¿Me prometes que me enseñarás a hablar feérico? —le dijo, intentando cambiar el rumbo de la conversación.

Nova soltó una risa silenciosa y asintió.

—Hay por lo menos cinco dialectos, uno para cada especie de feérico.

—¿Cómo? ¿Sois más?

—Esa historia es para otro día, Ovidia. Pero aquí solo estamos los denominados Fey. Y nuestro idioma es el común, por decirlo de alguna manera.

—Considerando el tiempo que tengo por delante…, creo que podré llegar a aprender los cinco.

—Estoy seguro de ello, *Lyevwa.*

—¿Qué significa? —preguntó Ovidia, curiosa.

Nova cuadró los hombros y con tono y semblante serios, mientras ponía una mano sobre la cabeza de la chica, declaró:

—Yo, Novateryum Newbourne-Thyrellias, lord Aaven de Surmerya te denomino *Lyevwa*, la salvaguarda y emperatriz de la oscuridad.

Ovidia inspiró, sorprendida, y tardó unos segundos en encontrar su voz.

—¿Acabas de nombrarme? —musitó sorprendida la chica.

—Mereces un nombre inmortal. Y ese será el tuyo a partir de ahora.

Ovidia no pudo evitarlo. Sonriendo por primera vez en mucho tiempo, ella se puso de puntillas y le abrazó con fuerza.

—Prometo que volveremos pronto.

—Lo estaré esperando con ansia.

Parpadeó varias veces y sintió cómo unas manos acariciaban su cabello. Estaba tumbado sobre el regazo de alguien, y no le hizo falta más que un roce para distinguir de quién. Se incorporó con rapidez y quedó de rodillas frente a ella, que le sonreía con una paz y una serenidad solo propias de ella. Despacio, acercó la mano y pudo sentir el suave tacto de su piel. Analizó sus ojos castaños, su pequeña nariz, su melena suelta y ondulada. Estaba exactamente como la recordaba.

Virgilia cerró los ojos, y Caenis susurró:
—*Yrea fyra.*
«Mi amor».
La chica abrió los ojos y con una sonrisa de oreja a oreja respondió:
—Llevo esperándote tanto tiempo…
Reunidos. Al fin.
—Nova —murmuró Caenis sintiendo congoja en su corazón.
Virgilia asintió, pero murmuró a su vez:
—Nuestro pequeño estará bien, lo sé.
Caenis la creyó, pues la certeza de una madre… es incuestionable.
Y después de cientos de años, Caenis y Virgilia se abrazaron por toda la eternidad.



Siete días más tarde. 27 de mayo de 1844, Winchester, Inglaterra

Desde la sala contigua, Ovidia pudo escuchar cómo sus progenitores entraban hablando animadamente y ajenos a lo que estaban a punto de descubrir. Ellos habían vuelto hacía una semana y, hasta ese día, no habían podido tener un solo momento privado con su familia. Su vuelta había sido revolucionaria. Habían tenido que explicar que, finalmente, habían encontrado a Harvey y se habían tomado la justicia por su mano. Recibieron duras críticas por parte de los líderes de otros países; algunos dejaron claro que todo aquello debería haber sido controlado por ellos mismos, y no haberlo dejarlo en manos de unos críos como ellos. Unos críos que les habían salvado de una catástrofe; ese detalle se lo ahorraron.

Tal como habían acordado en Surmerya, la isla feérica, perpetuaron la mentira de Augusta y guardaron bajo llave la revelación que los inmortales habían compartido con ellos. Todo seguiría como hasta ahora. Era lo más sensato y lo más seguro.

En cuanto a Harvey, declararon que habían conseguido derrotar al brujo tras una ardua batalla y que este, enloquecido, se había quitado la vida tras un ataque de locura. Habían utilizado ese argumento porque encajaba con los asesinatos macabros que Harvey había llevado a cabo. Cuando preguntaron por el cuerpo, su excusa fue sencilla: lo habían quemado llevados por el pánico.

Algunos líderes había mostrado suspicacia en la mirada, pero, viendo que el problema se había solucionado, no pusieron muchas objeciones. Ahora, con los líderes en sus respectivos países, todos los Sensibles de vuelta en Winchester y los Desertores terminando las negociaciones para saber qué sería de ellos, Ovidia tan solo podía tener en mente una cosa. El hecho de que iban a compartir la noticia de su inmortalidad con sus padres.

La decisión había sido difícil, pero en el barco de vuelta a Inglaterra, Ovidia y los demás habían tenido una larga conversación sobre si sería buena idea o no compartir esas noticias con Theodore, Francis, Marianne y Phillip. Tras un largo debate, decidieron que sí, pero que ellos tres deberían realizar el juramento como lo habían hecho Cressida, Aristylla y Nova.

No habían contado con que Adair también estaría allí, que, tras haber acogido a su hija y a su yerno, había decidido volver con ellos para asegurarse de que su nieta estaba sana y salva. Por lo tanto, se añadía un nombre más a la lista.

Ovidia se giró hacia sus compañeros, que la esperaban en la puerta del estudio de Noam, donde tendría lugar la reunión y la gran revelación. Asintiendo, Endora tomó su presencia allí como señal suficiente, abrió la puerta y los cuatro entraron en la sala en absoluto silencio.

Todos los miraban expectantes ante tanto misterio. No se fueron por las ramas.

Dos segundos después, la verdad salió a la luz. A medida que la información salía de sus labios, la Bruja Negra pudo ver las caras de pura estupefacción y oír los murmullos de miedo, incredulidad e incluso indiferencia, como si no se creyesen una palabra de lo que decía Ovidia. Ella lo contó todo, pero fue lista y abordó la cuestión con un orden preciso: primero la búsqueda del Grimorio del Origen, a dónde los llevó y todo lo que descubrieron allí. No especificó cómo llegaron a Surmerya, solo que este fue el lugar indicado para encontrar el grimorio y que les diese las respuestas que necesitaban. Allí Harvey fue donde atacó, con la intención de llevar a cabo su plan. También contó cómo consiguieron encerrarlo y el precio que tuvieron que pagar por ello. Además, habló del descubrimiento de Augusta y de que ella había sido víctima de una gran conspiración.

—Ni Angelica ni Augusta tuvieron la culpa. Sabían lo que se jugaban y tuvieron que tomar una dura decisión: mentir para sobrevivir.

»Nuestra magia es infinita, y esa infinitud puede ser peligrosa. Por lo tanto, Endora, Lottie, Noam y yo creemos que, lo más sencillo, pero no lo más ético, será seguir perpetuando la mentira de Augusta, por el bien de todos.

Un silencio duro y áspero siguió a sus palabras, las miradas atónitas de sus progenitores no solo se dirigieron a ella, sino a todos.

Respirando hondo, Ovidia continuó:

—Vosotros seréis los únicos en conocer esta verdad. Los demás que vendrán vivirán bajo la máscara de la ignorancia. Por lo tanto, para asegurarnos de que mantenéis vuestra palabra y vuestra lengua en el lugar que corresponde, os tenemos que…

—Pruébalo —gruñó Adair, dando un golpe con su bastón—. Lo de la inmortalidad. Demuéstralo.

Ovidia había previsto aquella situación y, por consiguiente, estaba preparada para ella. Usando su magia, invocó una daga corta y afilada y, levantándose las mangas, se hizo un corte largo y profundo.

—Maldita sea —juró sintiendo la sangre escarlata que corría por su brazo y goteaba ya en el suelo.

—¡Hija! —exclamó Theodore, alarmado.

—Señor Winterson —interrumpió Noam desde su sitio—. Hágame caso, limítese a mirar.

Eso hicieron todos, con preocupación e interés en sus miradas.

Y entonces la herida empezó a cicatrizar.

En segundos, solo quedó la sangre seca como prueba de que Ovidia se había herido. Theodore se quedó petrificado mientras Francis se apartaba, asustado. Adair maldijo en gaélico y Marianne

y Phillip soltaron un grito y se apartaron ligeramente. Sin duda, Ovidia había imaginado una situación peor, debía admitirlo.

—Renunciamos a la mortalidad para evitar cualquier daño a nuestra Sociedad y a la magia —Charlotte fue la que habló; todos los ojos estaban ahora puestos en ella—. Mantendremos esa puerta cerrada por toda la eternidad para asegurarnos de que ese dios no sale del agujero donde debe permanecer.

Marianne fue la primera en levantarse y fue corriendo al lado de su hija mientras lloraba desconsoladamente y murmuraba palabras en gaélico. Lottie la abrazó y lloró en silencio en el cuello de su madre, quien se despegó un poco, observó a Endora y la unió al abrazo. Ambas chicas quedaron así en los brazos de la señora Woodbreath.

—Esto es horrible, ¡horrible!

Phillip se había quedado en el sofá junto a su suegra, la cual se levantó con dificultad y fue hasta Ovidia para darle un bastonazo suave.

—Enséñame esa herida, jovencita.

La Bruja Negra obedeció, y Adair le cogió el brazo, a pesar de su edad, con una fuerza que la sorprendió.

—Esto… no lo he visto nunca. Es insólito —insistió la anciana—. Pobres muchachos…, la desgracia de cargar con el peso de todo será inimaginable. Mi Teàrlag incluida. Nos están pidiendo lo mínimo —concluyó la mujer—. Podéis contar conmigo para lo del juramento. No tengo a quien contárselo por allí, por el norte. Como mucho podría decírselo a un árbol.

—Estoy de acuerdo con usted, señora Modair —dijo Theodore acercándose a su hija y rodeándola con su brazo al fin. Ovidia aguantó las lágrimas y devolvió el abrazo a su padre—. Es como poco chocante que se nos diga que no hay tipos de brujos y que todo fue invención de Augusta. Nuestros hijos no solo han detenido a Harvey, sino una amenaza de dimensiones que tal vez ninguno de nosotros podría haber previsto o frenado. Y para mí, eso ya es suficiente.

—Hijo —Francis fue hacia Noam y le cogió el rostro con fuerza—, ¿es cierto que la portas?

Este asintió; sus ojos miel chocaron con los azules de su padre.

Francis hizo un gesto afirmativo con la cabeza y atrajo a Noam hacia él y ambos se fundieron en un abrazo intenso e íntimo.

—Guardaremos este secreto, ¡claro que sí! —exclamó con obviedad el señor Clearheart—. Yo seré el primero.

—Será mejor que el resto esperéis fuera —intervino Ovidia, captando la atención de todos—. Os llamaremos enseguida.

Theodore le dio un beso en la sien a ella, que anunció que él sería el siguiente. Charlotte y Endora acompañaron a la familia de la primera fuera. La anciana Adair comenzó a conversar con la Desertora mientras Lottie hablaba con su padre.

Una vez que estuvieron tan solo Ovidia, Noam y Francis en la habitación, se pusieron manos a la obra. Ovidia se giró hacia Noam, que poco a poco se acercó a ella, y entonces las invocó.

En ese momento, las hiedras blancas y puras como la luz de ella se entremezclaron con las de él, negras y rojizas, y Noam le dedicó una sonrisa como otra ninguna.

«Juntos», él le lanzó el pensamiento.

Ovidia asintió y ambos se giraron hacia el señor Clearheart, que esperaba pacientemente.

—¿Listo?

—Hagámoslo de una vez por todas —pidió Francis.

Uno a uno, los progenitores siguieron los pasos del juramento, cogiendo las manos de Noam y

Ovidia y murmurando la serie de palabras que el Grimorio del Origen les había mostrado y que harían que el juramento fuese exitoso.

Tras la puesta del sol, todos los juramentos estaban hechos. Endora vio desde lejos cómo Ovidia, Noam y Charlotte hablaban con sus padres. Ella estaba apoyada en el alféizar de una ventana observando como la estrellada noche le daba la bienvenida.

Inglaterra ahora sería gobernada por comarcas, se designaría a un representante para cada una de ellas, que estarían divididas en cuatro sectores: norte, sur, este y oeste. Los Desertores podrían volver a la sociedad si así lo deseaban, quedando exentos de tal título y simplemente siendo otros Sensibles más. Esa había sido la petición especial de Endora.

Todavía quedaba por escoger a cada representante comarcal, pero ya habría tiempo para eso.

Por ahora habían dado un paso verdaderamente importante, difícil pero necesario.

Y se decidió que las mentiras continuarían, por la seguridad de todos ellos.

Endora vio con el rabillo del ojo que Charlotte se acercaba. El resto había desaparecido hacia lo que parecía ser el comedor principal.

—La cena estará lista enseguida —musitó Lottie apartándole un mechón de la cara.

—No tengo hambre, la verdad.

—Yo tampoco.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Endora poniéndose de pie y acariciándola por la cintura tras asegurarse de que no pasaba nadie por allí.

Lottie suspiró apoyando su cabeza en el pecho de la chica mientras la abrazaba.

—Solo quiero hundirme en mi cama y dormir eternamente.

Endora sonrió contra su cabello, cerrando los ojos ante la calidez de la chica.

—Todavía sigo sin creérmelo —volvió a decir la bruja castaña, sintiendo el corazón de Endora bajo su mejilla—. Es como si estuviese dándome cuenta de que esto no es un sueño, sino la realidad. Como cuando ves borroso, te frotas los ojos y al fin ves con claridad.

Endora asintió y Lottie se separó de ella para mirarla, pero sin romper el abrazo.

—¿No te da miedo?

—Me preocupa el no envejecer. Cómo nos las tendremos que apañar en un futuro. Pero… aún queda mucho tiempo, Lottie. Años. Décadas. Siglos.

—¿Y qué hay de lo nuestro?

Cogió el rostro de la bruja entre sus manos y vio cómo aquellos ojos azules brillaban con fuerza, su delicada nariz y sus perfectos y carnosos labios completamente dispuestos para ella.

Las facciones dulces de Charlotte contrastaban mucho con las suyas propias, tan afiladas y frías.

—Si crees que ahora que te tengo voy a soltarte, es que estás muy equivocada.

—Qué posesivo ha sonado eso —bromeó Charlotte; sus ojos brillando.

—Es la verdad. Los hilos de mi destino se entrelazan con los tuyos para crear uno solo, mi dulce Arabella.

—Sorcha… —murmuró Lottie con un hilo de voz casi quebrándose.

Intercambiaron un beso lento pero dulce, para luego abrazarse la una a la otra con fuerza.

Con sus cuerpos entrelazados, Lottie, de cara a los cristales, pudo ver cómo las puertas exteriores de la mansión Clearheart se abrían y, alerta al ver cómo un carruaje empezaba a entrar en el terreno.

—Cielo. —Aquel calificativo hizo que Endora la mirase, siguiendo su mirada.

Su cuerpo se tensó al instante.

El carruaje de sus padres se detuvo frente a la entrada, y pudo ver como de este, tan solo Herbert Clearheart se bajaba, siendo recibido por Francis en la puerta.

Este parecía sorprendido, por lo que la visita era inesperada.

—Tengo que ir. —Endora agarró con fuerza las manos de Charlotte—. Tengo… tengo que hablar con él.

—¿Estás lista para perdonarle?

—En esta vida, no todo el mundo merece nuestro perdón, flor de mi vida. Pero hay personas que merecen segundas oportunidades.

»Mi padre no ha sido un progenitor ejemplar, pero hizo lo que pudo. Y me protegió de mi madre a su manera.

—Entonces ¿qué vas a hacer?

Respirando hondo, Endora arqueó la espalda, y decidida, dijo:

—Quitarme este peso de encima de una vez por todas.



6 de Agosto de 1844. Lago Leven, Escocia

Dejaron las escobas a toda prisa. El atardecer ya estaba lejano desde que habían salido de su punto de origen. Las ocultaron con ramas y ambas avanzaron con paso ágil por la arboleda, riendo bajito mientras esquivaban ramas caídas y sorteaban la irregularidad del suelo.

—Ven, sígueme. Ya casi estamos.

—No sé yo si es buena idea, Lottie…

La bruja no respondió. Simplemente se detuvo cuando salieron al claro que llevaba a la orilla del lago, unos metros más adelante. En medio de este, había un castillo casi derruido que flotaba sobre una isla.

—Es un lago, y te prometo que tan solo hay peces, ranas y poco más. Y tal vez algún fantasma en el castillo, pero seguro que son inofensivos. —Ante la broma de la chica, Endora arqueó una ceja.

—Me dan miedo las profundidades, no los fantasmas.

—Dicen que los dueños son unos tal Montgomery —prosiguió la otra chica, ignorándola a propósito—, pero nadie los ha visto por aquí en mucho tiempo. O al menos eso ha dicho mi abuela.

—No sé, florecilla. ¿Y si hay una sirena de agua dulce que nos arrastra al fondo?

—Primero, no existen las sirenas de agua dulce. Y segundo, no te soltaré en ningún momento, ¿vale? De la mano. Siempre.

Endora la miró a los ojos, y asintiendo, cogió las manos del amor de su vida.

De su alma gemela.

—Siempre.

Tan solo vestidas con una camisola ajustada al cuerpo con un cinturón sencillo, fueron acercándose a la orilla, y Charlotte pudo sentir cómo Endora comenzaba a temblar. Despacio, se puso frente a ella, cogiendo ambas manos y entrando de espaldas al lago.

—Mírame a mí. —Los ojos grises de Endora conectaron con los suyos, y le ofreció una dulce sonrisa—. Eso es, poco a poco. No iremos a la zona profunda, nos quedaremos cerca de la orilla, ¿sí?

Era plena noche, y Charlotte había escogido esa hora a propósito y con luna llena. A pesar de que no hubiera tipos de Sensibles, sabía que la noche aliviaba y calmaba a su pareja.

Y, dada a la situación tan difícil a la que se estaba enfrentando, esperaba que aliviase un poco sus nervios.

—Ufff. Vale. Esta fría. Pero soportable. Y mis pies siguen llegando al suelo. ¿Ahora qué?

—Estupendo —la felicitó Lottie y le dio un beso rápido en la nariz—. Ahora, lo primero que haremos será tumbarnos boca arriba, mirando al cielo, así aprenderás a flotar. Eso es.

Estuvieron unos minutos así, Lottie apoyando su mano en la parte baja de la espalda de Endora mientras la movía, hasta que la bruja pudo flotar por sí misma.

No se dio ni cuenta de que Charlotte ya no le daba su soporte.

—Eso es. ¿Cómo te sientes?

—Es agradable, pero puede que en cualquier momento algo me coja de las profundidades y…

—¡No pienses eso! Apenas hay metro y medio de profundidad, exagerada.

Después, Charlotte extendió su mano y llamó una rama gruesa de la orilla, esta levitó hasta donde estaba la bruja. Endora apoyó las manos sobre la madera, ahora boca abajo. Poco a poco, fue pataleando sus pies, moviéndose patosamente, pero consiguiéndolo.

—Seguro que luzco ridícula.

—Luces valiente —la corrigió Lottie—. Te estás enfrentando a tu miedo. Si alguien ha de reírse de algo tan valiente, es que se cuestiona su moral. Vale, ahora solo con una mano…

De la nada, Endora soltó la madera y se puso en pie, salpicando un poco ante la poca experiencia de la chica en el agua. Charlotte la miró preocupada y susurró:

—¿Ocurre algo?

—Cásate conmigo, Lottie.

No hubo respuesta inmediata. En esa noche de verano, pudieron escuchar a las cigarras cantar, el viento mover las aguas y el croar de las ranas sobre los nenúfares que había más allá, en el centro del lago.

Carraspeando, Lottie empezó a reírse, llevándose una mano a la boca.

—¿Estás cogiendo frío?

Endora le rodeó la cintura, y Lottie apoyó sus manos en los hombros de la bruja, sorprendida.

—¡Sorcha!

—Jamás he estado tan lúcida.

—No… no podemos. Está prohibido —murmuró con pena la chica.

—Nunca he sido de seguir las reglas. Pero a ti te seguiré hasta el fin del mundo. Por lo que, sigue dándome la mano. Y toma la mía.

—Endora…

—Déjame acompañarte a por las flores y las plantas que necesitas para tus medicinas. Déjame llevarte el desayuno a la cama, mostrarte Londres apropiadamente y que tú me muestres Escocia y sus secretos tan góticos. Muéstrame las partes de ti misma de las cuales hasta tú temes, y yo te enseñaré las mías. Aunque a veces siento que me conoces mejor tú que yo a mí misma.

»Cuenta estrellas conmigo. Recuéstate conmigo cada noche y cuenta las estrellas, los planetas e imaginemos qué estará pasando en esos mundos que sabemos que están tan vivos como este más allá de lo que el firmamento alcanza.

»Haremos lo que tú quieras. Pero sigue cogiendo mi mano y déjame coger la tuya. Cásate conmigo, Charlotte Arabella Woodbreath y lady Sabraydh de los inmortales, descubridora del Grimorio del Origen.

—Ahí sí que te has pasado. —Charlotte estaba llorando, su rostro brillante bajo la luz de la luna, sus ojos azules llenos de vida.

—Son hechos, mi estrella. Hechos. Y no hace falta que respondas ahora. Piénsalo. Tenemos toda la vida por delante.

—Ya lo tienes preparado —se percató Charlotte, sus ojos abiertos como platos—. Lo has preparado ya.

Endora intentó ocultar su sorpresa, pero fue evidente. Demasiado evidente.

—¿Es que de repente puedes leer mentes?

—No me lo preguntarías si no supieses que voy a decir que sí y que tendrías todo bajo control como para prepararlo de antemano. Tienes preparada la ceremonia.

—¿Vas a decir que sí? —dijo, admitiendo así que Charlotte estaba en lo cierto.

—¡Ese no es el punto!

—Sí que lo es. Acabas de decir que te casarás conmigo.

—¡Has preparado nuestra boda antes de que te diga nada! —exclamó, dándole golpes en sus hombros—. *¡Cómo se te ocurre!*

—Una es previsora. Nada más.

—Estás loca —no había ni un ápice de seriedad en las palabras de Lottie, que no podía dejar de sonreír y reír y de mirar a Endora como si fuese el regalo más valioso del mundo.

—¿Por ti? Desde que entraste por mi despacho, florecilla.

—¿Y si te lo pido yo? —murmuró, desafiante—. ¿Y si la que te pide que te cases conmigo soy yo?

—Pues te diría que lo hiciéramos ahora. Esta misma noche. Solo tengo que avisar a Cressida y…

—*¿Cressida?*

—Claro, ella es la que nos casará. Al estilo tradicional feérico, que no supondrá ningún tipo de problema para nuestra relación, por suerte. Pero, lo importante: hasta que no oiga tu «sí», no haré nada. Aunque me lo hayas dicho con otras palabras…

No pudo seguir hablando, pues los labios de Charlotte estaban sobre los de ella, suaves pero firmes. La bruja sujetó la cara de Endora y esta abrazó a la chica aún más, ni un centímetro de separación entre ellas. Al fin, Lottie rompió el beso levemente y mirando a los ojos de Endora, murmuró:

—Una y mil veces. Una y mil veces me lo preguntarás, y una y mil veces mi respuesta será la misma: sí. Me casaré contigo.

—¿Esta noche?

—¡No! Esta noche no, pero… en unas semanas…

Esta vez fue Endora la que la besó, dulce y profundamente hasta que, separándose de ella, dijo:

—¡Vamos a contárselo a Adair!

—¿Qué?

—¡Hice una apuesta con ella!

—¿Có…? ¡¿Desde cuándo apuestas con mi abuela sobre nuestra relación?!

Endora rio a carcajada limpia y empezó a salir del lago, decidida a ir a por sus escobas.

—¡Vuelve aquí ahora mismo, Endora Jemima Clearheart!

Recogieron sus escobas y se alzaron en los cielos, dirigiéndose a la pequeña casa de campo donde llevaban pasando el verano. Antes de alcanzar velocidad, Endora rompió la distancia con Charlotte, y atrayéndola a ella con cuidado, la besó intensamente. Sus lenguas se encontraron y Lottie gimió en la boca de la chica.

—Si sigues besándome así…, nos vamos a caer.

—¿Seguimos en casa entonces? —murmuró Endora en los labios de su amada.

Charlotte se mordió el labio inferior y asintió, divertida.

—Voy a ganarte y lo sabes.

—Lo…

Antes de acabar la frase, Lottie salió disparada, su risa haciendo eco en la noche.

Endora la miró estupefacta y divertida. Y agarrando la escoba con ambas manos, siguió a la chica a gran velocidad, las estrellas, la luna y la tierra acompañándolas en aquel inicio de nuevas promesas y nuevos caminos.

Con lo bueno y lo malo que eso acarreaba.

Pero, viniera lo que viniese, lo harían juntas.

De la mano.

Siempre.

12 de noviembre de 1844. Castle Combe, Inglaterra

Le sudaban las manos de los nervios, pero Ovidia no se apartó en ningún momento. Y Noam lo agradeció. Cruzaron el puente, el río bajaba con mucha fuerza. Había poca gente en aquella población tan acogedora y clásica. Reinaba el silencio en el campo que Ovidia adoraba, y Noam se había dado cuenta. Pero ahora en lo único en lo que podía pensar era en la persona a la que estaban buscando.

Cada vez que veía a alguien aparecer, el estómago le daba un vuelco, pensando que sería ella.

Ovidia se detuvo, y obligó a Noam a hacer lo mismo. Cerró los ojos y se giró hacia la izquierda, señalando una pequeña callejuela que se salía del camino principal.

—La siento. Una energía. Por allí.

Se dirigieron hacia allí con paso firme, y Noam dejó que Ovidia la guiara, hasta que se detuvieron frente a una casa que hacía esquina, cerca del camino que ya llevaba hacia las afueras del pueblo.

—Es aquí —le informó la chica—. Tal vez sepan algo.

Llamaron a la puerta, pero nadie respondió. Hasta que oyeron voces del patio de atrás y Ovidia le instó a que fuesen a ver si era ella. Cuando oyó su risa, la reconoció de inmediato. Y cuando el muro de la casa desapareció, y el jardín trasero les dio la bienvenida, la vio, agachada mientras plantaba unas flores.

En los últimos cinco años había cambiado, pero a la vez, seguía siendo la misma. La baja estatura, el largo cabello liso del mismo color que el suyo, ese rubio oscuro tan particular.

«No puedo. Mírala, es tan feliz…».

Antes de que Ovidia pudiera responderle, Selina Clearheart levantó la vista y todo lo que llevaba en sus manos cayó al suelo, provocando un gran estruendo. Los mismos ojos de color miel que los de Noam la miraron, y corrió hacia él de una manera que le dejó aún más paralizado.

Se detuvo delante de él y, negando con la cabeza, murmuró:

—No es una alucinación, ¿verdad?

Levantó su mano hasta que las yemas de sus dedos acariciaron el rostro de su hijo.

—Hola, mamá. Te has escondido bien.

—Noam.

Selina le abrazó tan fuerte que el chico no tuvo más remedio que responder al abrazo, cerrando los ojos al sentirla de nuevo. Al oler cómo esa familiar fragancia le envolvía, todos los recuerdos de su infancia volviendo a él.

Selina apenas le llegaba al pecho. Siempre había sido muy bajita.

—No te recordaba tan alto.

—Es lo que tiene el paso de los años.

Selina rompió el abrazo, y agachó la cabeza, avergonzada…

—Lamento haberte hecho daño con mi partida. Pero no me arrepiento de haberme ido —hizo una leve pausa—. Me sentía atrapada allí, hostigada por la Sociedad. Llegó un punto donde sentía que me tenían retenida con esposas. Le pedí a tu padre que sacrificase todo por mí y por ti. Irnos lejos, empezar de cero. Pero su respuesta fue un rotundo «no».

—Nunca lo mencionó.

—¡Es tu padre! —exclamó Selina, frunciendo el ceño—. Ya sabes cómo es… Y no, no he rehecho mi vida con otro hombre si es lo que piensas. Pero tuve que priorizarme y no me arrepiento de la decisión que tomé. Pero lo que más me duele es no haber pensado en las consecuencias. En ti.

—¿Abandonar a tu marido y a tu hijo sin dar explicaciones?

—Oh, Noam… —Selina negó con la cabeza, apartándose ligeramente—. ¿Vas a venir a martirizarme? Ya lo hizo mi cabeza lo suficiente durante los primeros meses.

—¿Por qué no nos dijiste al menos a dónde ibas? ¡Podría haberte pasado algo! ¡Yo podría haberte protegido!

—Sé cuidar de mí misma —contestó con la misma fuerza Selina, apuntando a su hijo.

Un tenso silencio se asentó entre ambos, y la Bruja Negra decidió intervenir.

—Noam, ¿quieres que me vaya? —murmuró Ovidia tras él.

—No, cielo. Te necesito aquí, conmigo. Y todo lo que tenga que decir, puedes oírlo. Juntos, ¿recuerdas?

Esta asintió, y fue cuando la mirada de Selina se posó en ella.

Sus ojos se abrieron de par en par al reconocerla.

—¡Me acuerdo de ti! Es ella. La chica de la que tanto hablabas.

Ovidia dio un paso al frente, sin soltar el brazo de Noam.

—Me llamo Ovidia Winterson. Un placer.

La mujer respondió al saludo.

—Selina Rogers.

—¿Ha dicho Rogers?

Selina asintió, extrañada.

—Así es. Es mi apellido de soltera —dijo con convicción a la chica.

Ovidia lanzó una rápida mirada a Noam, pero este no se molestó en mirarla.

Ya lidiaría con sus bromas más adelante.

—Es un placer conocerla al fin. Su hijo me ha hablado tiernamente de usted.

—¡¡Esto sí que no me lo esperaba!! —Selina los miró a ambos y la tensión pasó a ser sorpresa y curiosidad—. ¿Le diste una oportunidad? Estuvo días preparándote un poema.

—Mamá, te agradezco que intentes darme explicaciones. No te voy a mentir: me he preguntado cada día el porqué de tu partida. Pero con el paso del tiempo me he dado cuenta de que, si lo hiciste, es porque tendrías un motivo importante. La Sociedad… no es lo mismo que antes.

—Me han llegado las noticias. Los Desertores tenemos una red de contacto bastante buena. Cuando me enteré de que Endora se había convertido en una especie de líder no me lo podía creer. ¿Cómo está?

—Bien —no quiso dar más explicaciones de las necesarias—. Me dijo que, si te encontraba, te mandase recuerdos. Y que te pases a verla.

—No voy a ir a Londres…

—Oh, no están allí. Ella y… bueno. Le diremos que te escriba para que ella misma te lo cuente todo. No somos nadie para contar su historia.

—¿Cómo ha sobrevivido hasta entonces? —preguntó Ovidia, intentando cambiar el hilo de conversación.

Noam le dio un suave apretón de manos en agradecimiento.

Selina sonrió y haciendo un gesto hacia la acogedora casa, musitó:

—Iré a preparar té. Entrad cuando queráis, la cocina esta nada más entrar.

Selina desapareció, y Noam se giró a Ovidia, cerrando los ojos y respirando hondo ante el tumulto de emociones que se aglomeraban en su pecho.

—¿Se lo vamos a contar? Lo de nuestra inmortalidad —musitó Ovidia, preocupada por él.

Noam negó rotundamente.

—No. Al menos no ahora. Veremos… cómo evoluciona todo.

Ovidia asintió, murmurando un suave «vale». Sin poder evitarlo, Noam le cogió la cara con ambas manos y la besó profundamente, haciéndole soltar un suspiro.

—Gracias por hacer esto conmigo —murmuró sonriente contra los labios de su amada—. Gracias por acompañarme.

—Siempre juntos, ¿recuerdas?

—Ahora el «siempre» más que «nunca».

Selina asomó por el jardín, anunciando:

—¡Ya está listo!

Noam respiró hondo.

Y ambos entraron de la mano en la pequeña casa.



Diez años más tarde. 22 de diciembre de 1855. Winchester, Inglaterra

—¿Cobrizo o el clásico negro?

—La cobriza.

—Ni siquiera has mirado, cariño.

Ovidia Winterson-Clearheart se giró mientras acababa de ponerse el sencillo pendiente de perlas, y viendo las dos opciones que Noam Winterson-Clearheart le ofrecía, señaló a la izquierda.

—Lo he dicho porque ese color te queda genial. Además, es el Solsticio de Invierno. Quedará bien con la decoración.

—¿Puedes ayudarme? Me estoy haciendo un lío terrible.

Ovidia enarcó una ceja ante la ironía de sus palabras, y la sonrisa pícara de Noam pudo con ella.

Suspirando, cruzó la estancia hasta estar delante de la cama, donde él la esperó, y poco a poco empezó a colocársela correctamente. Noam era un experto en atarse sus propias corbatas, pero la chica no comentó nada al respecto, y menos aún cuando sintió las manos del chico sobre sus caderas y su sonrisa mientras la observaba divertido.

Dando la vuelta a la corbata, Ovidia observó por la que podía ser la milésima vez cómo, en su dedo anular izquierdo, un anillo sencillo de oro relucía sobre su blanquecina piel.

Uno idéntico al que tenía Noam en su mano izquierda, desde hacía casi nueve años.

—No sé cómo te he podido aguantar tanto tiempo.

—Nos queda toooda una eternidad, esposa mía.

—Ni me lo recuerdes —bromeó ella.

Recuerdos de la celebración vinieron a su mente. Íntima, con los invitados justos y una música de la cual disfrutó cada minuto. Sin duda, un día único e inolvidable. Su luna de miel había sido un viaje de tres meses por Europa, donde habían parado a ver a los líderes de cada país y confederación para dejar clara cuál era la situación política. Ovidia respiraba tranquila al saber que todo seguía igual, mentiras incluidas.

Y donde habían acordado que Noam ocultase su energía pura.

A Ovidia le había parecido injusto desde el primer momento, por lo que había intentado buscar alternativas para que Noam no tuviese que reprimirse.

Pero el Brujo Blanco había tomado una decisión, y por lo tanto, era irrevocable. Ovidia aún recordaba sus palabras como si fuera ayer: «Hasta que esta generación perezca. Después, veremos qué hacemos».

Y Noam Silas Winterson-Clearheart había mantenido su palabra.

Volviendo al presente, la Bruja Negra le dio un par de palmaditas al terminar su tarea, levantando su rostro para encarar a Noam.

Seguía llevando esa barba que tanto le gustaba, y el pelo corto y bien cuidado.

Por lo demás, todo seguía igual. Ni una arruga, ni problemas de salud. Ni ellos, ni Lottie ni Endora habían envejecido desde lo que pasó en la isla feérica.

Algo de lo que hablaban de vez en cuando, y que al principio les había costado mencionar. Pero con el paso del tiempo habían aceptado la realidad, intentando normalizar la situación lo más posible.

Por suerte, la gente no cambiaba mucho de la veintena a la treintena.

Ya pensarían en qué hacer cuando su no envejecimiento fuese demasiado evidente.

—¿Necesita algo más el señor? Tengo que ir a ver cómo van con la cena…

—¿Nos queda tiempo para un beso? —bramó Noam sobre los labios de ella, enarcando una ceja y sonriendo con la comisura de su boca, lo que hacía el gesto *demasiado* atractivo y una distracción.

—Noam…

—Pídemelo, mi reina.

—*No voy a besarte* —respondió esta divertida, intentó apartarse de él. Pero eso solo hizo que él la abrazase más fuerte.

—¿Y si te beso yo?

—Pues gritaré y vendrán a rescatar a una damisela en apuros.

—Tú eres de todo menos eso, Ovi.

—¿Qué te ocurre hoy? —bramó, sorprendida y sonriente.

—Que me excita demasiado que te vistas con ese color.

—Es solo rojo.

—Es *tu* rojo. Y me vuelve…

—¿No te molesta que todos puedan verme y admirarme?

Le encantaba sacarle el lado posesivo. Debía admitirlo.

—Que miren lo que quieran. El que te estará haciendo gritar esta noche seré yo.

—¡Noa…!

El beso la silenció y, en el fondo, Ovidia estaba deseando que la devorase.

Sintió cómo una de sus manos se perdía en su cabello, atrayéndola a él mientras introducía la lengua en su boca de forma sensual y hambrienta. Se estaban devorando mutuamente tal como les gustaba.

Ovidia soltó un suave gemido y se aferró a la camisa que él llevaba, sintiendo la sonrisa de victoria de Noam sobre sus propios labios.

Ambos cogieron aire y se besaron de nuevo, sin percatarse de que sus hiedras habían salido de su cuerpo y empezaban a enredarse lentamente.

Como cada vez que se besaban o…

Llamaron a la puerta y Noam maldijo, pero profundizó el beso, lo que sorprendió a Ovidia.

—¡Vosotros dos! —La voz de Endora vino del otro lado, firme y divertida—. Me da igual si estáis desnudos. Entraré si hace falta. Están llegando los invitados.

Noam rompió el beso, pero sus labios bajaron por el cuello de Ovidia, mientras ella soltaba suspiros de satisfacción y sentía sus enormes y delicadas manos sobre su corpiño.

—Esta madrugada nos lo vamos a pasar tan…

—¡Ya vamos! —anunció Ovidia.

—Sois los anfitriones, ¡os hace falta aprender de mí! —bramó de nuevo Endora—. Si no salís en un minuto entro a buscaros.

Noam se apartó de ella y, susurrando, le hizo saber:

—Sal tú primero. Yo tengo que esperar a que cierta cosa se calme un poco.

Ovidia tuvo que apretar los labios para reprimir una risa y, asintiendo, se dirigió a la puerta, saliendo de sus aposentos.

Endora estaba apoyada contra la pared, de brazos cruzados y mirada divertida.

Su pelo estaba recogido en un moño que, apostó Ovidia, le había hecho la mismísima Charlotte. Era clásico, pero a la vez con ese toque personal que siempre portaba consigo Endora y, como ropajes, había optado por un vestido de ese clásico morado, combinado con toques dorados.

Estaba *magnífica.*

—Estaba a punto de entrar, pastelito.

—Pues no hará falta. Vamos, acompáñame a recibir a nuestros invitados.

—¿Se le ha levantado tanto a mi primo como para que vayas tú primero?

—¿Qué puedo decir? Causo tal efecto, que dejo huella.

Endora soltó un silbido y ambas rieron mientras bajaban las escaleras de la mansión Winterson-Clearheart.

—¿Puedes ir a ver cómo va la cena? Yo iré a recibir a los invitados.

—Si me lo pides así… —Endora le guiñó un ojo y dio media vuelta, dirigiéndose a las cocinas.

Justo en la entrada, ya dejando sus abrigos, los Moorhill entraron, siendo recibidos por Georgia.

—¡Ovidia! —exclamó Nathalie, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Me alegro tanto de verlos de nuevo por aquí!

Ese año, los Moorhill habían pasado casi todo el tiempo en la costa de Cornualles, el lugar de nacimiento de Nathalie, donde Henry fue a conocer a la que iba a ser su futura esposa. El chico, ya a sus veinticuatro años, estaba listo para continuar con el legado que su padre le dejó.

Hablando del cual, estaba esperando pacientemente tras su madre junto a su hermana, Dorothea. Esta también había crecido hasta convertirse en una mujer de veintitrés años algo tímida pero perspicaz. Era igual de alta que Ovidia y su cabello pelirrojo se había oscurecido, y era de un color caoba precioso que hacía contraste con sus azules ojos.

Ovidia sonrió y rompiendo los protocolos sociales, los abrazó a ambos a la vez, sonriendo.

—No me puedo creer que estéis tan mayores.

Los hermanos que una vez fueron niños ahora eran dos adultos. Henry le sacaba dos cabezas, era bastante más alto que Noam, pero la viva imagen de su padre.

En cambio, Dorothea había rechazado ya varias propuestas de matrimonio, alegando que era demasiado joven para tal compromiso.

En eso Ovidia la entendía. Quería elegir por ella misma, tener poder en la decisión sobre *su* vida. Era, una ahora mujer, de admirar.

—La decoración es espectacular —comentó Henry, señalando a su alrededor—. Seguro que habéis tardado días en dejarlo todo así.

—Puede que incluso un poco más —bromeó la Bruja Negra, y Nathalie se les unió—. ¿Cómo estás, Dorothea?

—Exhausta del viaje. Pero con ganas de disfrutar de la velada.

Fue en ese instante cuando otro carruaje llegó y disculpándose, Ovidia les ofreció paso y Georgia les guio hasta el salón principal.

Saliendo hacia la entrada, pudo apreciar cómo una pequeña capa de nieve ya se había acumulado, el frío calando en sus huesos. Pero no fue suficiente distracción como para que le impidiese recibir a sus siguientes invitados con un nerviosismo que llevaba días intentando controlar.

Salieron ocultos bajo capas, pero pudo ver sus expresiones bajo estas, sorprendidos ante tal despliegue.

Ovidia se había asegurado de que fuesen escoltados por varios guardias y cuando llegaron a donde estaba ella, les indicó que entrasen a toda prisa.

Cressida, Aristylla y Nova bajaron sus capas, sus rostros iluminados por sonrisas amables. Y Ovidia lo comprobó: cómo habían ocultado sus orejas con magia, luciendo ahora, como las de un humano corriente.

Excepto Nova, que no lo necesitaba.

—¡Qué belleza! —comenzó Ari, girando sobre sí misma mientras se quitaba la capa—. ¡Y la decoración también! ¡Estás preciosa, Ovidia!

—Sí que lo está —comentó Cressida, que se inclinó para abrazarla—. Gracias por invitarnos. Esperamos no ser una molestia.

—No lo sois.

—¿Tenéis algo de comida caliente? —interrumpió Ari con un escalofrío—. Estoy helada.

—Al final del pasillo a mano derecha está el salón principal. Pide a cualquiera de mis doncellas lo que quieras.

—¡Gracias, Ovi! —Aristylla no perdió un segundo en salir del gran recibidor para dirigirse al pasillo y Cressida suspiró.

—Iré con ella. Os dejo a solas.

La Bruja Negra se giró, al fin, hacia Nova, apreciando la indiscutible belleza del chico.

Se fijo en que, en comparación con cuando le conoció, su cuerpo era más ancho y firme. Tenía el pelo negro y ondulado por los hombros, y una perilla bien cuidada que le hacía parecer más mayor. Ovidia le ofreció una sonrisa dulce y del brazo, se dirigieron hacia el salón, donde el resto de los invitados ya les esperaban.

—Va a ser el primer solsticio en años que consigo reuniros a todos —explicó ella y Nova le prestó toda su atención—. Me ha costado, pero ha valido la pena la espera. Espero que os guste la comida y la bebida…

—Va a estar todo bien.

—Tenéis una habitación para cada uno en la última planta y si encontráis que algo no es de vuestro…

—Ovidia, ¡calma! Estará todo bien. Disfruta tú también de esto. Por cierto, ¿y tu querido esposo?

—Está ocupado con una cosa, pero ahora…

—¿No estaréis hablando de mí a mis espaldas?

Ambos se giraron al escuchar la voz del susodicho, que bajaba por las escaleras ya en circunstancias normales.

Saludó con un gran abrazo a Nova, que le dio un par de golpes en el hombro, admirando su traje.

—Te queda bien ese color —comentó señalando la corbata.

—¿Ves?

En ese momento, los tres escucharon cómo otro carruaje, y por los cálculos de Ovidia, el último de todos, entraba por el camino principal hacia la mansión.

—¿Les recibes tú? —le dijo a su marido.

—Id al salón, ¡enseguida voy! —y Noam desapareció con paso ligero hacia el gran recibidor.

—Está loco por ti —susurró el mestizo, arqueando una ceja.

—Y yo por él. Anda, vamos.

Ovidia aún estaba conversando con Nova mientras entraban en el gran salón, cuando con el rabillo del ojo vio cómo alguien les observaba.

Dorothea, que se encontraba junto a uno de los grandes ventanales bebiendo vino, parecía haberse quedado congelada ante la llegada de los Brujos Negros.

Aunque sus ojos solo estaban en Nova.

Este se percató de que Ovidia ya no le prestaba atención, y siguiendo sus ojos, se encontró también con la curiosa bruja.

—Es algo tímida, y suele examinar así a todo extraño que conoce —la excusó Ovidia, pero Nova negó con la cabeza, quitándole importancia y sin apartar sus ojos de ella—. Puedo presentaros. Aunque, en realidad, la conociste en mi boda, pero eso fue hace ya muchos años.

—Claro, por supuesto.

Con paso firme, ambos caminaron hasta llegar junto a Dorothea, su cuerpo rígido y alerta.

—Dorothea, me gustaría presentarte a Nova, un pariente lejano de la familia. Nova, la señorita Moorhill.

—Sé quién eres.

Ante la respuesta tan directa de la bruja, el chico hizo una mueca y se inclinó mostrando sus respetos.

—Un placer, señorita Moorhill. Espero podamos disfrutar de la velada con gran entusiasmo.

No hubo respuesta. Sin embargo, la joven pelirroja bebió despacio de su vino mientras examinaba con demasiado detenimiento al chico que, Ovidia notó, también la observaba de la misma forma.

—He de ir a reunirme con mi hermano. Si me disculpan… —La chica inclinó la cabeza en señal de respeto y rodeó a ambos, Nova girándose para ver cómo a paso firme, la joven Moorhill se iba, la cola de su pomposo y azulado vestido arrastrándose de manera elegante.

—Creo que no le caigo bien… —empezó a decir Nova.

—Pero ¡a quién tenemos aquí!

Se vieron interrumpidos por una voz conocida, y ambos se giraron para ver cómo, a paso lento, Theodore Winterson se acercaba, bastón en mano, hacia ambos.

—¡No me habías avisado de que venía! —le recriminó a su hija.

—¡Señor Winterson! —exclamó Nova, que fue hacia a él para estrecharle la mano.

—Llámame Theodore, te lo he dicho mil veces. ¿Cómo estás, muchacho?

—Como siempre. Todo bien, señor.

—Te sentarás a mi lado en la cena, ¡espero! Quiero que me pongas al día de todo lo que has hecho este año.

En ese momento, Noam entró acompañado por nada más y nada menos que sus padres: Selina Rogers y Francis Clearheart. Después de encontrar a la madre de Noam, ambos decidieron retomar el contacto poco a poco. Este era el tercer año que Selina pasaba la celebración de Yule con ellos.

Los padres de Noam no habían retomado su relación. Y Francis parecía, al fin, haber aceptado que Selina ya no formaba parte de su corazón.

Además, había decidido marchar a hacer negocios fuera del país, dejando la mansión a su hijo y de ahora también la señora de la casa, Ovidia. Entonces ella se cercioró de que todo el mundo estuviese allí. Los Moorhill, que conversaban animadamente con los padres de Charlotte. Endora, que hablaba mientras se fumaba un cigarro con Cressida y Aristylla, con una taza de té caliente en la mano. Selina y Francis, que fueron a saludar a Theodore y a Nova, mientras Noam se acercaba a ella con una sonrisa y la besaba la sien.

—Están todos, ¿verdad? —musitó, preocupada.

En ese momento, Charlotte se asomó por la puerta que conectaba con el comedor principal y tocando una campanita, anunció:

—¡La cena está servida!

—¡Eso me tocaba decirlo a mí! —se quejó Jeanette tras ella, la aún sirvienta de su padre moviéndose también con un bastón. Ovidia le había prohibido hacer nada debido a su ya avanzada edad, pero la mujer parecía no atender a razones—. ¡Todo el mundo a la mesa, vamos!

Lottie puso los ojos en blanco y fue junto a Endora, que le ofreció una sonrisa dulce a la vez que entrelazaban sus brazos. Su mejor amiga iba vestida con un elegante vestido de la época, pero con detalles originales de un tono azul marino oscuro. Su cabellera estaba suelta excepto por un medio recogido moño que estiraba sus rasgos.

La cena transcurrió entre historias, chistes, algún que otro accidente culinario donde la comida había caído sobre la mesa, pero nada que pudiese perturbar demasiado la velada. Tras los postres, y junto al inmenso árbol que había junto a la chimenea, intercambiaron regalos, cantaron canciones y bailaron hasta pasada la medianoche.

El cansancio pudo con todos y, poco a poco, el salón se fue vaciando de invitados que iban a sus aposentos, hasta que solo Charlotte, Endora, Ovidia y Noam quedaron en la sala, bebiendo vino y charlando frente a la chimenea.

—¿Nova te ha dicho algo de la Puerta? —se atrevió a preguntar en cierto punto Endora.

—Que todo sigue exactamente igual a hace diez años —dijo Ovidia.

—Así que lo único que debemos hacer es procurar que siga cerrada, y no nos dará muchos problemas —añadió Noam, sentado en el sofá y rodeando a Ovidia con un brazo.

—Hasta que dentro de mucho tiempo nos toque pasar el legado. Debemos tener *foighidinn*, como decía mi abuela. Paciencia —musitó Charlotte.

Endora dio un beso en la sien a su esposa, intentando reconfortarla, pues Adair había fallecido

hacía unos años de vejez. Endora y Charlotte se habían casado tan solo un año después de volver de la isla de los feéricos. La boda fue en casa de Adair y reunió a *mucha* más gente que las nupcias de Ovidia y Noam. Sobre todo, a los antiguamente denominados Desertores.

Ahora, Charlotte guardaba el bastón de su abuela en su despacho personal como un símbolo de fortaleza. Un legado.

—Somos Centinelas —afirmó Ovidia, sus hiedras rodeándola mientras invocaba su cetro, etéreo y con la esfera roja en la cabeza del objeto—. Ese es nuestro deber. La energía nos escogió para esta tarea porque sabe que estamos capacitados para ella.

Los demás invocaron también los suyos, y juntándolos uno sobre otro, como si de espadas se tratasen, dijeron:

—Día a día —declaró Endora.

—Paso a paso —la siguió Charlotte.

—Juntos —acabó Noam—. Siempre juntos.

—Hasta que la eternidad nos diga basta y tengamos que buscar a nuevos centinelas que sigan con nuestra tarea —añadió Endora.

—Pueden pasar miles de años hasta entonces —comentó Lottie.

—Pues afrontemos la eternidad. Venga como venga y a donde sea que nos lleve —aseveró la Bruja Negra, a lo que todos asintieron—. Pero ahora, disfrutemos de lo que queda de Solsticio. Nos lo merecemos.

Hablaron hasta el amanecer, jugaron a cartas y dejaron que el tiempo pasase volando entre ellos cuatro. Justo cuando empezó a amanecer, los cuatro salieron al balcón que había a sus espaldas, apreciando cómo la luna y el sol se encontraban en el cielo. Luz y oscuridad en perfecta armonía. Igual que la magia, a salvo y protegida por aquellas cuatro personas que guardaban consigo secretos para proteger a los suyos, pero que los mantenían con vida.

Y junto con años de paz que habían vivido, y aún aparentando las edades en las que se congelaron hacía una década, sabían que eso tan solo era el inicio de algo que no se podían ni imaginar. Un futuro incierto.

Y… ¿acaso no era eso emocionante?



Bueno…, ¿por dónde empezar?

Antes de nada, os quiero dar gracias infinitas por haber llegado hasta aquí. Espero no haberos hecho sufrir mucho.

Me gustaría contaros algo. Cuando empecé a escribir Reino de Brujas II y me di cuenta de la magnitud de la historia, me asusté mucho. Me cuestioné si sería capaz de escribir una historia de tal envergadura y si tendría sentido. También, si sería aceptada por el lector y si la amplificación del *worldbuilding* no sería demasiado. Sin embargo, en mi corazón sabía que esa era la historia que tenía que contar.

En otras palabras, sufrí el maravilloso síndrome del impostor, que nos hace creer que no valemos para nada.

Escribir este libro ha sido mucho más difícil que *Anhelo de Sombras.* Sentía que los personajes habían evolucionado muchísimo, al igual que la historia, y a pesar de pensar que no estaba preparada, como dije antes, no tuve más remedio que indagar en la historia y empezar a escribir.

Desde un principio supe que había llegado la hora de contar la historia de Endora y Charlotte, sus diferentes orígenes y la repercusión que estos tenían en su relación personal. Este trabajo me hizo desconectar de las partes más complicadas de una novela: la psicología de los personajes y sus acciones. Soy consciente de lo tumultuosa que ha sido la relación de Endora y Lottie en este libro, pero las cosas como son: su relación no era un camino de rosas precisamente. Creo que el desarrollo de su historia ha sido realista dentro de sus circunstancias, y me imagino que disfrutarán de su vida juntas, estén donde estén.

Sé que muchos esperabais una boda entre Noam y Ovidia, pero puedo jurar que sentía que no era el momento de que se casasen. Tal vez en un futuro escriba esa escena y la comparta con vosotros. Nunca se sabe.

Y sé que tendréis muchas más preguntas sobre otros temas de la historia, pero eso… lo dejaremos para otra ocasión.

Toca decir adiós a estos personajes y, aunque me apene sobremanera despedirme de ellos, siento que van a seguir acompañándome en las muchas aventuras que aún me quedan por escribir y contar, como si ellos fuesen un espectador más de mi vida.

Reino de Brujas ha sido el inicio de mi trayectoria como escritora. Espero que, de ahora en adelante, como los personajes o las tramas de mis libros, vosotros también me acompañéis. Sois un factor indispensable para que yo pueda seguir escribiendo.

Gracias desde lo más profundo de mi corazón. Y gracias por apoyar a esta escritora de fantasía hispana.

Nos leemos pronto.

NILOA



Escribir agradecimientos siempre parece fácil, pero no lo es. Así que voy a intentar ser concisa y directa, y si lees tu nombre aquí es por una buena razón.

Gracias a Alfaguara Infantil & Juvenil, por haberme dado la oportunidad de publicar mi primera duología por todo lo alto. A Laia, por confiar en mí y en mi historia. Gracias a mi editora, Marta, por la paciencia y el apoyo. Tienes el cielo ganado, te lo digo de verdad. A Inma por escucharme siempre y a todo el equipo que hay detrás de esta historia. Gracias por acompañarme en este camino.

Gracias a mis agentes, Pablo y David, por recordarme siempre lo que valgo.

Gracias infinitas a los amigos que me han acompañado por el camino: Mireia, Alicia, Sergio, Ángel, Carla, Hugo, Sara, Crispi y Chiquins.

A Laura y Silvia, por los consejos brujiles. Os admiro mucho.

Gracias a Josu, por estar ahí siempre y darme consejos tan necesarios.

Adriana Criado, gracias por formar parte de mi vida, por ser una buena amiga y por ser una gran colega en este mundillo que a veces puede hacerse difícil e inhóspito. Te aseguro que a Endora le hubiese encantado salir de fiesta con Spencer.

Gracias mil a Raphe, por ser siempre sincero y honesto y leer todo lo que escribo.

A Eva, por las increíbles ilustraciones de mis hijos. Eres espectacular.

Millones de gracias a Espe, que siempre me echa la bronca por no pensar en mi salud mental. Eres una persona demasiado noble, lo cual admiro muchísimo.

Un saludo especial a varias personitas más: Alba Zamora, Irene Franco, Tamara Molina, Iryna Zubkova, Carla de Azasliterature, Beatriz Esteban, Jon Azkueta, Ana Creswell, Sandra Lawerson, Fran Targaryen y Cris B. Morales. Os llevo en mi corazoncito siempre.

También a mi grupo Elriel. Siempre me apoyáis, animáis y fangirleáis cuando hablo de mis

libros y es algo que aprecio y valoro muchísimo. Gracias, chicas.

Al Reylo, porque siempre me inspira para escribir mis historias.

Mamá, papá: gracias por aguantar mis lágrimas y mis frustraciones, y por animarme a seguir adelante.

Laura: gracias por soportar que tu hermana escriba principalmente de noche.

A mis gatas, Yami y Yuki, por dejarme abrazaros cuando lo necesitaba y llenaros de besos.

A mis abuelos, por iluminar las estrellas cada noche.

A mi abuela, porque a veces siento que te has abrazado a la inmortalidad.

Y finalmente, gracias a vosotros, mis lectores. A los que han llegado hasta aquí, a los que me habéis apoyado desde el primer día hasta el último, y a los lectores que vendrán en un futuro. Gracias, porque a veces confiáis más en mí que yo misma.

Y me doy las gracias a mí misma porque, sinceramente, he hecho lo que he podido. Y creo que eso ya es más que suficiente.

Nos vemos pronto. Espero…

NILOA

P . D.: Cassian, te seguimos esperando. Tengo fe en que aparecerás.

Para Carla y Mireia, porque sé que os habríais subido
a ese barco conmigo sin siquiera pestañear.

Y para todos esos lectores que necesitan
escapar de la realidad.

Como estipula el decreto del año 1543,
quedan establecidas las siguientes reglas y clases
para la Sociedad de Sensibles:

La existencia de las brujas debe ser secreta. Cualquier Sensible sospechoso de haber desvelado el secreto será interrogado por los Sensibles Videntes, pudiendo ser revocado su derecho a permanecer en la Sociedad.

Se permitirá la relación entre un Sensible y un No Sensible si la parte No Sensible realiza también el juramento de fidelidad a la Sociedad, respetándose así la regla número uno.

Los Sensibles podrán tener criados o gente No Sensible que trabaje para ellos, pero estos deben realizar también el juramento, respetándose así la regla número uno.

Cualquier tipo de magia negra está terminantemente prohibida y su uso será castigado con la hoguera. No habrá juicio previo.

Si alguien quiere abandonar la Sociedad por voluntad propia, podrá hacerlo, pero perderá el derecho a relacionarse con su familia o amigos que aún formen parte de ella. Será un Desertor.

Clases de Sensibles

Sensibles de la Noche
Aquellos cuyo poder viene de la Luna y es más poderoso por la noche. Las estrellas los guían.

Sensibles del Día
Sensibles cuyo poder viene del Sol. Son más poderosos durante el día. La luz es su aliada.

Sensibles de la Tierra
Aquellos cuyo poder proviene de la Tierra. Esta los llama.

Sensibles Videntes
Sensibles cuyo poder está relacionado con la mente. Dominan por completo la visión.

Sensibles Grises
Sensibles mestizos, nacidos de la unión entre un Sensible y un No Sensible. Adoptan el poder de su progenitor sensible, adhiriéndose así a esta clase.

Firma este acuerdo, y lo decreta como oficial:

Augusta Florence Newbourne
Líder y representante de la Sociedad Sensible
31 de octubre de 1543

Descubre el origen y el final... la conclusión de la trepidante *Anhelo de sombras*.



La verdadera naturaleza de Ovidia ha sido revelada y tendrá que descubrir sus orígenes y su poder. Además, ella y sus aliados se enfrentan a nuevos peligros y a enemigos ocultos.

Mientras tanto, la pasión ha nacido entre Endora y Charlotte, dos polos opuestos atraídos fatalmente pese a las normas de la sociedad en la que viven y los fantasmas que cargan consigo.

La búsqueda de la verdad, del amor y del futuro llevarán a Ovidia, Noam, Endora y Charlotte a encontrar sus propios límites... y los de su destino.

Niloa Gray es de café y gatos. Y de vez en cuando, también escribe. Nacida en 1997 en una ciudad costera de Barcelona, se graduó en Filología Inglesa y tiene un Máster en Literatura y Cultura Anglosajonas. Empezó a los diecisiete años a crear contenido literario en internet en su tiempo libre, y hoy en día se dedica a ello a medio tiempo, contando con miles de seguidores en las plataformas más conocidas del momento. Autora de literatura fantástica y romántica, y dando voz a los colectivos más vulnerables, Niloa promete ser una bocanada de aire fresco para la literatura *new adult*.



Primera edición: enero de 2024

© 2024, Niloa Gray
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Imágenes de interior: © iStock Photo

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.*
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN: 978-84-19688-81-1

Compuesto en: punktokomo.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El Grimorio del Origen

Prólogo
Primera parte. Serendipia
- Capítulo 1
- Remembranza I
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Remembranza II
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Remembranza III

Segunda parte. El origen
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Remembranza IV
- Capítulo 15
- Remembranza V
- Capítulo 16
- Remembranza VI
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Remembranza VII
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Interludio: el Otro
- Capítulo 21
- Capítulo 22

Tercera parte. El recuerdo de un imperio
- Capítulo 23

Remembranza VIII
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Cuarta parte. Centinelas
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Niloa Gray
Créditos